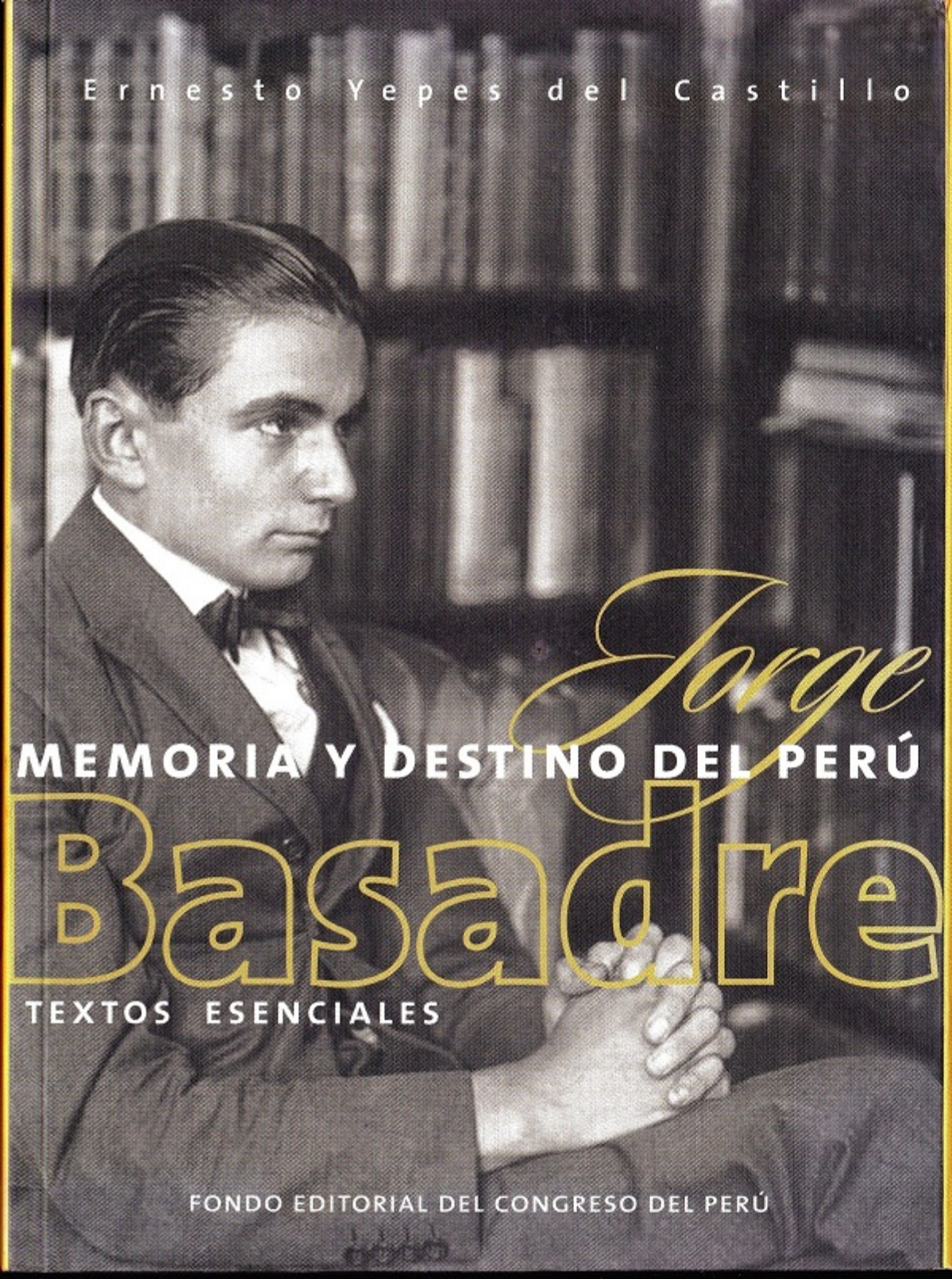

ERNESTO YEPES DEL CASTILLO

Historiador y sociólogo, cursó sus estudios secundarios en Tacna, su ciudad natal.

Egresado de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, es Doctor of Philosophy (Ph. D.) por la Universidad de Manchester, Inglaterra.

Ha sido profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, la Universidad Católica del Perú, la Universidad Agraria La Molina. Asimismo, Profesor invitado en diversas Universidades de Estados Unidos y América Latina.

En la actualidad se desempeña como docente en la Universidad del Pacífico, la Academia Diplomática, y otros centros de postgrado del Perú y del extranjero. Además, es Secretario Ejecutivo del Consejo Nacional de Democratización del Libro y de Fomento a la Lectura

Entre sus últimos trabajos figuran: el libro *Cómo se negoció el Tratado de 1929*; en 1996 aparecen dos ediciones del texto *Mito y realidad de una Frontera. El Informe McBride. Perú, Ecuador 1942–1949*. En 1998 publica *Tres días de guerra y ciento ochenta de Negociaciones. Perú, Ecuador 1941–1942*. El libro *Un Plebiscito Imposible. Tacna–Arica 1925–1926* sale a la luz en 1999. En el 2002 preparó para el Instituto de Estudios Histórico–Marítimos del Perú el trabajo *Las Relaciones Internacionales del Perú durante la Guerra del Pacífico*.

TABLA DE CONTENIDO

PRESENTACIÓN DE LA MESA DIRECTIVA [viÍ]

PRESENTACIÓN DEL PRESIDENTE DE LA COMISIÓN CONMEMORATIVA DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE JORGE BASADRE GROHMANN [ix]

INTRODUCCIÓN A UNA ANTOLOGÍA [xi]

CAPITULO I

LA HISTORIA Y EL HISTORIADOR [1]

1 BASADRE VISTO POR EL HISTORIADOR. PÁGINAS AUTOBIOGRÁFICAS [1]

1.1. Reflexiones previas [1]

Mis deudas mayores: 'Tacna, San Marcos y la Biblioteca Nacional, [1]

Los obstáculos en mi *vida* [2]

Lo *que realmente importa* en *la vida* [3]

En busca de mi propio camino [3]

Normas para una vida [4]

1.2. La patria invisible. Infancia: 1903-1912. [5]

La Casa Familiar [5]

Raíces [7]

La *ocupación chilena* [7]

La *familia abandona Tacna* [8]

La *Patria invisible* [9]

No *confundir, En el "país circundante" puede haber...* [10]

1.3. *La patria visible.* Adolescencia 19l2-l919. [11]

Lima y la nueva morada [11]

La influencia hogareña de la Escuela de Ingenieros [12]

Los *hermanos* [12]

El Colegio Alemán: 1912-1917 [14]

El Colegio Guadalupe: 1918 [16]

"La *enseñanza produce sus mejores productos a quien las imparte"* [21]

1.4. La formación académica .San Marcos .(1919-1927)

La Biblioteca Nacional (1919-1929) [22]

Alumno de la Universidad de San Marcos [22]

EL AMBIENTE ESPIRITUAL E IDEOLOGICO DURANTE NUESTRA ÈPOCA ESTUDINTIL [24]

EL REFORMI,STA UNIVERSITARIO [25]

EL CONVERSATORIO UNIVERSITARIO DE 1919 [29]

EL CONGRESO ESTUDIANTIL DEL CUZCO [30]

¿QUÈ DEBO A LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS? [32]

LA PRMERA PRISIÒN [35]

De alumno a maestro [38]

EL PROFESOR MÁS JOVEN DE LA UNIVERSIDAD (1928) [38]

DISCURSO DE APERTURA DEL AÑO ACADÉMICO. ASISTENCIA DE LEGUIA 39]

Un paréntesis. Regreso a Tacna 1925. [41]

UN NUEVO ESCENARIO PARA LAS DOS PROVINCIAS CAUTIVAS

El. LAUDO [41]

DES'IACADO AL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES [42]

LLEGDA A ARICA Y TACNA[43]

REENCUENTRO CON EL TERRUÑO [43]

UNA TAREA DIFÍCIL, PENOSA, DURA [44]

CINCO MESES SIN TROPIEZOS [45]

"UN PLEBISCITO IMPOSIBLE" [45]

La *Biblioteca Nacional* [46]

PRIMEROS RECUERDOS [46]

NOMBRAMIENTO [47]

BECARIO DEL ESTADO [48]

1.5. El Primer contacto con el exterior: 1931-1934.

Director de la Biblioteca de San Marcos y viaje a Estados Unidos [49]

Estadía en Alemania [50]

BERLÍN EN UN PASADO DOS VECES MUERTO.. LA UNIVERSIDAD. [52]

UN PERUANO EN UNA CEREMONIA NACIONAL SOCIALISTA [55]

Viaje a España [57]

VIVIR Y TRABA/AR EN MADRID [58]

"EL CONDE DE LEMOS"[60]

CHILE, PERÚ y BOLIVIA INDEPENDIENTES [61]

“FIN DE LA AVENTURA ESPAÑOLA [61]

1.6. Cátedra y biblioteca: 1935-1947. [61]

Profesor en San Marcos y Director de la Biblioteca de la Universidad [61]

Reconstruyendo la Biblioteca Nacional [63]

¿Qué HABRIA SIDO YO SI NO VOY A LA BIBLIOTECA NACIONAL EN 1943? [65]

"TODO UN MODO DE SER Y DE VIVIR SE PUSO EN EVIDENCIA" [65]

EL PLAN DE UNA NUEVA BIBLIOTECA [67]

TRABAJO MAÑANA, TARDE Y NOCHE. [69]

LA ESCUELA DE BIBLIOTECARIOS [70]

BALANCE DE UNA OBRA TITÁNICA [72]

LA HORA DE LA PARTIDA [73]

Un paréntesis: Ministro de Educación por dos meses. 1945. [76]

LABOR COMO MINISTRO [77

1.7. La segunda experiencia internacional [77]

El Departamento de Asuntos Culturales en la Unión Panamericana[78]

2 LA HISTORIA VISTA POR EL HISTORIADOR [80]

Trayectoria *y destino* [80]

Historiografía a y compromiso [81]

Cómo entender la historia [83]

Nota sobre la erudición)' la historia [84]

Breve alegato sobre la historia libre y la historia perspectiva [85]

Capitulo II

POR UNA TEORÍA DEL PERÚ [93]

1. ¿POR QUÉ: SE FUNDÓ LAREPÚBLICA? [93]

Esa promesa y algo más [99]

2. TEORÍA DEL PERÚ [102]

Mendigo en banco de oro [106]

¿Cuándo nace el Perú? [109]

Dos *jornadas iniciales de un viaje trascendental* [114]

La hora cero del Perú [118]

Ucron(as [122]

Investigar el pasado no es hacer un catálogo de miserias [126]

¿Vale la pena ocuparse del pasado? [131]

Los peruanos [135]

3. EL SENTIDO DE LA HISTORIA PERUANA [140]

3.1. ¿Para qué el conocimiento y la enseñanza de la Historia? [140]

La finalidad patriótica [141]

La *verdadera finalidad de la historia* [141]

La *historia nacional* [142]

Incaísmo, colonialismo y *procerismo.* [142]

Los *avances del hombre en la historia* [14]

El porvenirismo en la historia peruana [144]

3.2. En torno a la enseñanza de la historia [145]

Nuestra actual guerra civil [145]

Hacia una historia peruana del Perú [147]

Una nueva asignatura sobre el Perú *integral* [153]

¿Es posible una acción privada? [156]

3.3. Didáctica de la historia [160]

La enseñanza de la Historia *del Perú* [160]

Enseñamos más historia que en otros países americanos [160]

Nuestro problema es un problema de eficacia y' no de cantidad [162]

La historia en la escuela primaria [164]

La crisis de la enseñanza escolar de la historia [166]

Necesitamos más y mejores profesores [167]

Necesitamos una moral para maestros [168]

Una herramienta al alcance de cualquier maestro: el lenguaje. [169]

El elemento humano de la historia [170]

Una herramienta de lujo: la imagen. [171]

Otra herramienta de lujo: los discos. [173]

Las estampas [174]

Las lecturas históricas [176]

Materiales reunidos espontáneamente, o *sea no prefabricados.* [179]

Mapas y croquis [179]

Cómo se usa el mapa en los textos modernos de historia [181]

Carpetas de trabajo y cuadernos [182]

Las Bibliotecas [182]

El cultivo de la memoria y la técnica del trabajo intelectual [183]

El método de aprender a aprender. El estudio dirigido de la historia. [184]

No hay verdadero método activo sin contacto con las fuentes. [186]

Modos para el uso escolar de las fuentes [187]

La encuesta [188]

Las excursiones [189]

Las *pruebas objetivas* [190]

Recapitulación sobre cómo superar la crisis en la enseñanza de la Historia [191]

¿Para qué la enseñanza de la historia? [192]

Antihistoricidad e historicidad de nuestra época [194]

El rigor en el método y el arte en la estilística histórica [196]

Un indagar para comprender: la pregunta histórica. [197]

El Perú se hace en la historia [198]

La *historia como afirmación de la vida* [199]

Capitulo III

LA EXPERIENCIA HISTÓRICA DE LA REPÚBLICA [201]

1. DESLINDE DE LA IDENTIDAD HISTÓRICA DEL PERÚ [201]

Estados Unidos del Norte y los Estados Desunidos del Sur [201]

El contraste entre Hispanoamérica y el Brasil [202]

Las comunidades intermedias entre la metrópoli española y *el imperio ultramarino* [203]

La *identidad histórica del Perú* [204]

2. PANORAMA DE SU DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL [207]

Las tensiones externas y las tensiones internas [207]

La *evolución de las clases sociales durante la república* [210]

El militarismo [211]

La nobleza *y* los enriquecidos [211]

El clero [213]

Las clases medias [216]

Las clases populares. los indígenas. [218]

Las clases populares los negros. [220]

Las etapas económicas en la sociedad republicana. . [222]

3. CRÓNICAS NACIONALES [227]

La emancipación [227]

Coordenadas de la primera república [229]

1835-1839: El Perú dividido en tres facciones. [233]

Relaciones entre el sur del Perú y Bolivia [235]

Los factores militares e internacionales en el derrumbe de la Confederación [237]

Factores demográficos y comerciales [238]

La opinión pública en el Sur [239]

La opinión pública en el Norte [240

La Guerra del Pacífico [241]

Después de la guerra [243]

En torno al Perú de 1900 a 1939 [244]

CAPITULO IV

EL PERÚ: ... **PROBLEMA** [255]

1. EL PROBLEMA DE LA EXISTENCIA DEL PERÚ COMO ESTADO (PAÍS LEGAL) O COMO "NACIONALIDAD" (PAÍS PROFUNDO) [255]

El coeficiente de ilegalidad [256]

Intranquilidad política y estatismo social [257]

La *patria invisible* [257]

La *historia del Estado y la del país* [258]

La Nación, fenómeno histórico. [258]

El objeto ideal [259]

Meditación sobre el censo de 1940 [261]

Campo y ciudad [262]

Población urbana y *población rural* [263]

El país legal y *el país profundo* [264]

América, una nacionalidad cultural con varias nacionalidades estatales. [265]

Leyenda negra)' leyenda dorada [266]

Historia funcional [268]

"Conciencia de sí" [270]

2. EL PROBLEMA DE LAS ÉLITES, EL ESTADO EMPÍRICO Y EL DUALISMO EN LA ECONOMÍA. [271]

2.1. El problema de las élites [271]

2.2. El estado empírico y el abismo social [279]

2.3. El dualismo de la economía y "el cuello de botella" un verdadero desarrollo [283]

Complejidad del panorama social y económico [284]
La *ausencia de una burocracia auténtica, eficaz y estable.* [285]

3. EL PROBLEMA DEL CENTRALISMO [286]

3.1. El centralismo y la subversión de las provincias. 1931. [286]

[La *centralización prehispánica* [286]

La *centralización colonial* [286]

Hacia otro Estado peruano [287]

Federalismo continental y federalismo localista [287]

La *descentralización semipolítica* [290]

El centralismo absoluto [291]

Las *ideas de Toribio Pacheco* [292]

La *descentralización administrativa* [292]

La *descentralización fiscal* [295]

El leguiísmo y el centralismo [296]

La *subversión de las provincias* [297]

Conclusiones [298]

El centralismo y la subversión de las provincias. Reconsideraciones 1978. (Breves líneas 47 *allos después)* [302]

3.2. Regionalismo y descentralización [302]

4. LOS TRES DEBERES DE MAÑANA: ESTABILIDAD, RENOVACIÓN, REFORMAS SOCIALES. [307]

5. EL PROBLEMA EDUCATIVO [308]

5.1. Necesidades básicas de la educación en el Perú. Reflexiones 1945-1954. Ministro 1945. [308]

Una cultura para vivir mejor expresar y comprender nuestro tiempo. [308] *Notas para* un *capítulo sobre la educación en el Perú* [310]

5.2. Necesidades básicas de la educación en el Perú. Reflexiones 1956-1960. Ministro 1956-1958. [317]

Reafirmación de la mejora educativa [317]

El planeamiento educativo [320]

La *educación es, en esencia,* un *asunto social.* [322]

Las políticos y los técnicos en educación [326

5.3. La problemática de la universidad peruana [328]

Reflexiones sobre la universidad en *la segunda mitad de siglo* XX [328]

Ni estacionarismo ni negativismo [328]

Los dos vacíos en la universidad de nuestro tiempo [329]

La fecunda tradición" de la universidad [329]

Crear conciencia [330]

El mundo de hoy [330]

La universidad y su misión de servir [331]

El contacto entre el estudiante y la universidad [332]

Objetivos universitarios tradicionales y objetivos dentro del mundo de hoy [333]

Escoger y ayudar a minorías [334]

La universidad no es sólo una entidad educativa [334]

Aspectos económicos de la institución universitaria [335]

Vida social universitaria [335]

La universidad y el país [336]

la universidad y el estado [336]

Servicios de las universidades inglesas y norteamericanas al estado [337]

Profesores, alumnos, estado y sociedad. [338]

La universidad moderna y *la investigación científica* [340

MEMORIA Y DESTINO DEL PERÚ

Jorge Basadre: Textos Esenciales

Reconocimiento

Como se recuerda, el año 2003 fue dedicado a recordar el centenario del nacimiento de Jorge Basadre. Dentro de ese espíritu, este libro fue preparado a solicitud del Congreso de la República como parte de sus actividades celebratorias y publicado luego por el Fondo Editorial del Congreso de la República. Estoy muy reconocido a la junta directiva del Congreso por haber aceptado en ese momento mi solicitud para que los materiales de preprensa pudieran servir de base para una nueva reimpresión destinada tanto a los maestros del Perú como a la población de Tacna. En el primer caso el Ministerio de Educación y un grupo de instituciones lograron financiar un tiraje de alrededor de 10 000 ejemplares destinados principalmente a los centros formadores de maestros del país y, en la medida de lo posible, a los maestros de ciencias sociales de secundaria.

Para el caso de Tacna, el Gobierno Regional y las Universidades locales han asumido la responsabilidad de sacar una edición que permitirá llevar el pensamiento de Jorge Basadre a diversos sectores del departamento. Así, en el mes de junio del año 2,003 el Señor Rector de la Universidad Jorge Basadre de Tacna en la ceremonia de presentación del libro editado por el Congreso invitó a las principales instituciones del departamento a aportar fondos para hacer una reimpresión destinada exclusivamente a la región. Firmaron en esa oportunidad un acta de compromiso el Presidente del Gobierno Regional, el Rector de la Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann y el Rector de la Universidad Privada de Tacna, el Alcalde de la Municipalidad Provincial de Tacna y un Representante de la Municipalidad Distrital de Alto de la Alianza. Guardando como valioso documento la copia de ese acuerdo; pero tengo aún más vivo el recuerdo del entusiasmo del doctor Vicente Castañeda Chávez invocando al público y a las instituciones de Tacna a sumarse a la campaña de llevar el mensaje de Basadre sobre todo a toda la juventud del departamento. Además, el rector advirtió que no se trataba sólo de que el libro llegue a la población sino que había que desplegar múltiples estrategias a fin de lograr que sea leído efectivamente. Recordé entonces al auditorio que el Ministro de Educación, miembro de la Comisión Basadre del Congreso, se había comprometido a apoyar los esfuerzos encaminados a hacer seminarios, mesas redondas y campañas de lectura en base a este texto, considerando incluso un tratamiento especial para Tacna, por ser el terruño de Jorge Basadre.

Hoy me complace anunciar que estamos en vísperas de iniciar esta tarea gracias al esfuerzo del Gobierno Regional, de la Universidad Nacional Jorge Basadre y de la Universidad Privada de Tacna. Con mucho trabajo, se ha logrado reimprimir 2500 ejemplares que nos permitirán poner en marcha un plan lector de Jorge Basadre. Todo un reto, grato y esperanzador. Mi reconocimiento por ello al

Presidente de la Región, Julio Alva Centurión; al Rector Vicente Castañeda Chávez; al Rector MgR. Omar Eyzaguirre Reynoso. También a la Southern Peru Corporation, por su apoyo económico al Gobierno Regional para su participación en la reimpresión de esta obra. No puedo dejar de mencionar a jefes y funcionarios de esas instituciones que durante meses tuvieron la paciencia de recepcionar mis urgencias para concretar el proyecto. También mi mención especial a la familia Basadre, que renunció a sus derechos a la edición comercial del Congreso a condición de que se hiciera una edición gratuita destinada a los miembros de nuestro sistema educativo. Muchas gracias.

Gracias también al Ministerio de Educación porque su edición hizo posible bajar los costos de esta edición destinada al Sur. También por el ofrecimiento del actual Ministro de Educación, Arq. Javier Sota Nadal -gran admirador y conocedor de la obra de Jorge Basadre, de apoyar la campaña para que en cada escuela, en cada institución y en cada hogar de Tacna se lea Basadre. Nuestra gratitud por anticipado a los cientos de voluntarios que deberán necesariamente enrolarse en ese ejército destinado a promover su lectura en aulas, gremios, clubes sociales, asociaciones vecinales, bibliotecas comunales, calles y plazas del departamento.

También mi reconocimiento a los amigos que de diversas formas me apoyan en estos trajines, y que harán posible que este libro llegue a los tacneños, mis coterráneos, a quienes dedico de corazón las páginas que siguen. A ellos pido recordar, en estos momentos decisivos para el futuro de la región trinacional, que para Basadre Tacna debe ser otra vez la atalaya desde donde la región mira en perspectiva su futuro y que, ojala, su casa familiar cristalice ese sueño y se convierta en un centro de estudios "sobre la zona del Pacífico Sur que atraiga estudiosos de Chile, Bolivia y el Perú cuando menos, bajo los auspicios de la Junta de Cartagena, de la OEA y de la ONU" *(La Vida y la Historia).*

Lima, mayo 2004

Ernesto Yepes del Castillo

Presentación de la Mesa Directiva

El Perú como República tiene en Jorge Basadre a su más destacado historiador. Personajes, acciones y contextos; movimientos y grupos; subjetividades y culturas; burocracias y partidos; periodos y coyunturas son puestos en perspectiva para encontrar las claves de la memoria y el destino del país: algo así como una angustia metafísica que se resolvió en la esperanza de que siendo libres cumplirían su destino colectivo. A esa angustia que a la vez tiene un fondo de esperanza Basadre llamó *la promesa del Perú.*

Inspirado en esa motivación del historiador de la República, Ernesto Yepes nos entrega en *Memoria* y *destino del Perú. Jorge Basadre. Textos esenciales,* la primera antología integral de la obra del ilustre Amauta tacneño. Historiador y oriundo de la tierra del río Caplina, como Basadre, Ernesto Yepes revisó libros, artículos, discursos y apuntes; sean juveniles y tardíos, analíticos e imaginativos, breves y copiosos, para seleccionar aquellos textos de mayor significado para el presente.

Memoria y *destino del Perú* compila las teorizaciones de Basadre sobre el Perú como totalidad social y política y sobre el sentido de su trayectoria y destino. También los textos en los que Basadre aborda los grandes problemas que, desde su nacimiento hasta hoy, acompañan a la República: el desencuentro entre nación y estado; el centralismo y el desarrollo regional; el fracaso de sus elites; la lucha e integración de sus clases y grupos étnicos; la debilidad institucional de la 'burocracia estatal y privada; los desequilibrios de su aparato productivo y los problemas de un campo que ocupó siempre un lugar privilegiado para él: la educación, la universidad y la difusión educativa a través de las bibliotecas públicas, a las que concibió como centros culturales y democráticos por excelencia.

Ernesto Yepes nos entrega también, abriendo la antología, un logrado trabajo de composición editorial: a partir de textos autobiográficos de Basadre, realiza una auténtica antropología de sus valores y motivaciones. Así, de la mano del amauta tacneño, descubrimos los problemas que enfrentó para formarse, para no caer bajo el yugo de un grupo o camarilla, para permanecer insobornable y fiel a sus propias ideas y vocación. Percibimos su especial atención para rescatar la investigación del trabajo rutinario y sobre todo para ser un hombre justo y autónomo. Son páginas fundamentales por lo ejemplar que fue la vida de Jorge Basadre, testimonio y mensaje de probidad y entrega a una vocación que resuelve la tensión entre el impulso a la plenitud de la vida íntima y la entrega generosa a pensar y actuar por el Perú. Vida y obra igualmente destinadas a sentar las bases éticas y conceptuales que hagan posible la realización de la promesa de la vida peruana.

El Congreso de la República, con la publicación del libro Memo*ria* y *destino del Perú. Jorge Basadre. Textos esenciales,* rinde justo homenaje al historiador de la República y se aúna a los actos conmemorativos por el Centenario de su Nacimiento.

MESA DIRECTIVA DEL CONGRESO DE LA REPÚBLICA

2002-2003

Presentación de la Comisión Conmemorativa

Para la Comisión encargada de conmemorar el Centenario del Nacimiento del doctor Jorge Basadre Grohmann, que me honro en presidir, difundir el pensamiento del más insigne historiador de la República se ha convertido en una inquietud central, no sólo por su rigor en el examen de este vasto periodo sino por la profundidad de sus reflexiones sobre el futuro y las responsabilidades que nos demanda.

Ha sido por eso muy grato para esta Comisión encargar al doctor Ernesto Yepes la preparación de una antología de la obra de Jorge Basadre. Sabíamos que su producción cuantiosa difícilmente puede compendiarse en un puñado de páginas. Pedimos por eso al compilador privilegiar los textos que dan cuenta de su visión de conjunto, insistiendo en el espíritu positivo y esperanzado que caracteriza a sus escritos.

En mi condición de representante por Tacna ante el Congreso de la República, conocía del compromi*so* permanente de Ernesto Yepes por su terruño y su devoción por la obra de Basadre, su paisano más ilustre.

El texto que ahora presentamos confirma que nuestra opción fue acertada. Gracias a esta antología esperamos tener un Basadre más accesible a todos los peruanos, y no patrimonio de unos pocos grupos que cuentan con sus obras. Podremos también acercamos a un Basadre cálido, con la narración de su infancia en Tacna, su paso por el Colegio Alemán y el Colegio Guadalupe, su ingreso a San Marcos y la Biblioteca Nacional; conocer su experiencia en el exterior: Estados Unidos, Alemania y España, y penetrar en su labor como Ministro de Educación; entender mejor su drama de todos los días: cómo robar tiempo a la rutina administrativa para poder investigar y escribir la obra magna que hoy nos enorgullece tanto; y admirar su independencia para decir la verdad y su renuencia a participar en cofradías y elites, lo que le costó ser maltratado incluso por instituciones a las que había dedicado su vida. Nada de esto amilanó a Basadre, quien, en un ejemplo de entereza, se mantuvo firme en el trabajo, en sus convicciones y su fe en el esfuerzo de los peruanos.

Pero este compendio quiere ayudamos a comprender no sólo su vida sino también "la arquitectura de su obra". Según Ernesto Yepes, para Jorge Basadre hay dos fuerzas fundamentales que definen como colectividad al Perú: el pasado y la fe en el futuro. Asediado desde afuera y con tensiones internas que abonan su fragmentación, memoria y destino son la esencia de su proyecto colectivo. Y razón para que figuren en el subtítulo del libro.

Jorge Basadre reclama, entonces, una historia que fortalezca las raíces y permita mirar más allá del porvenir inmediato. Ése es el mensaje que la Comisión quiere irradiar en este centenario. El Ministerio de Educación ha ofrecido publicar una edición popular de esta antología y hacer concursos de incentivos a la lectura de Basadre. Otro tanto se proponen la Biblioteca Nacional y la Universidad de San Marcos. Desde todos los confines del país nos han llegado sugerencias y palabras de aliento, que ahora quiero agradecer. Y por supuesto, mi gratitud se dirige también a cada uno de los integrantes de la Comisión por su apoyo durante estos meses, y por ser el mayor capital de un esfuerzo que ahora rinde su primer fruto.

RONNIE JURADO ADRIAZOLA

Presidente de la Comisión
Conmemorativa del Centenario del
Nacimiento de Jorge Basadre Grohmann

Introducción a una antología

Hace pocos meses recibí de la Comisión Nacional Conmemorativa del Centenario de Jorge Basadre la tarea de preparar una antología que recogiera lo más sustantivo de su pensamiento y, sobre todo, que lo hiciera asequible a los no familiarizados con él, a los no especialistas, a fin de adentrarlos amigablemente en la arquitectura de una obra monumental y rigurosa, una obra que según señala el mismo Basadre. "no tiene el afán exhaustivo del erudito ni el sentido apologético del cortesano ni la finalidad forense del abogado".

Es explicable que cuando uno se acerca a la obra de Basadre quede abrumado por su magnitud: una innumerable cantidad de libros, folletos y artículos. Y ni qué decir de su imponente *Historia de la República.* También es notable su diversidad temática: política, economía, sociología, antropología, relaciones internacionales, ciencia y tecnología, educación, arte y literatura, historia militar, son parte de este pensamiento sin fronteras. Frente a este mar, a este océano, ¿por qué orilla empezar?, ¿qué ruta seguir para llegar a buen puerto?

Es indudable que esa amplitud testimonia la gran erudición de Basadre y su permanente preocupación por escudriñar nuevas fuentes y por estar al corriente de lo más reciente de la producción historiográfica. También es cierto que sin esa gran erudición 'no hubiese podido escribir su obra. Pero, como él mismo lo confiesa, la sola erudición no hubiera garantizado a sus trabajos ir más allá de las antologías de información, de las crónicas, de las memorias. El acopio de datos, por más generoso que sea, no es suficiente. El aporte más sustantivo de hombres como Basadre, que transitan por la ciencia, es el descubrimiento de las conexiones entre los hechos, el dar sentido a la masa informativa, no importa la magnitud que ella tenga. Y ese –creo- ha sido el apoyo más eficaz con que he contado en la selección de estas páginas.

Debo confesar que en un primer momento el seccionar los textos y luego integrarlos dentro de otra unidad' temática me llenó de inquietud, pues me sentía''''atentando contra un discurso que parecía no admitir recortes y en el que las formas y las ideas se integraban sin rupturas. Pero pronto sentí que un hilo conductor "invisible" atravesaba todos y cada uno de sus escritos, como portadores de una esencia que iba desplegando a lo largo de centenares de páginas la fuerza de una visión totalizadora y al mismo tiempo analítica del Perú.

Esta dualidad, naturalmente, no era aleatoria. Tiene que ver con el método seguido por Basadre desde sus primeros trabajos, como la *Iniciación de la República* y *La Multitud, la Ciudad y el Campo,* un método basado en el desarrollo de un cuerpo de monografías separadas que mantienen una vinculación oculta; y si bien la visión de conjunto se obtiene con la lectura de todo el texto, cada parte, cada sección, tiene su propia individualidad, su propio contenido.

Mantener ese sentido, ese hilo invisible, ha sido, por tanto, nuestra preocupación primera. Por fortuna Basadre mantiene siempre alerta su brújula del país cuando recórrela multitud de caminos que lo llevan a la esencia del Perú, a sus pueblos, a sus hombres, a su entorno físico. No importa el año, el recodo o la circunstancia que le toque abordar. Ese norte está presente, con tonalidades distintas, desde el más juvenil de sus escritos a la más madura de sus obras, del discurso más simple al más acabado de sus textos.

Como señalamos al comienzo, éste es un libro destinado sobre todo a los no especialistas, a los no familiarizados con la vasta obra de Basadre. Es en buena parte por ello que en esta selección hemos puesto énfasis sobre todo en sus obras más reflexivas, de síntesis, de mirada prospectiva tanto de su etapa juvenil cuanto de la madurez, como *Perú, Problema y Posibilidad, la Multitud la Ciudad y el*

Campo, La Iniciación de la República, Meditaciones sobre el destino Histórico del Perú, Materiales para otra Morada, La Vida y la Historia, Apertura, sin desconocer naturalmente el aporte de otros libros y artículos.

Es cierto que estas obras fueron escritas por el historiador en diferentes tiempos y que a menudo se destaca la fuerza y expresividad de las más juveniles. Sin embargo, lo que es interesante recordar es que el de Basadre corresponde a lo que podríamos llamar un *pensamiento vivo,* un pensamiento en constante modificación. Pocos de sus textos escaparon a su autocrítica, a su reelaboración permanente, renovando siempre sus páginas añejas a la luz de nuevas lecturas y nuevas meditaciones. Atento a los comentarios de su tiempo, no pierde ocasión para precisar las fronteras de su discurso, sobre todo cuando intuye en aquéllos raíces tendenciosas. En suma, se trata de un pensamiento que, no acepta ideas destinadas a permanecer inmutables. Desde el más breve trabajo hasta la trascendental *Historia de la República* estarán sometidas a implacables cambios, supresiones o adiciones. Por esa razón, en esta antología cuando nos ha sido posible hemos tratado de contrastar la perspectiva inicial con la reelaborada posteriormente.

Señalamos antes nuestro esfuerzo para que los materiales seleccionados, sin perder su sentido original, consignen la visión de conjunto que buscamos. Para lograr este cometido hemos confiado sobre todo en la propia fuerza explicativa de los textos, sin comentarios, sin notas, sin muletillas que pretendan encaminar al lector. Eso sí, hemos recurrido al manejo de títulos y subtítulos para orientarlo a través del tiempo y de los temas, de los escritos iniciales y de las posteriores reelaboraciones. En su gran mayoría, por tanto, estos encabezamientos son nuevos o han sufrido modificaciones de diverso grado respecto de los puestos originalmente por Basadre.

Ojala hayamos cumplido nuestro cometido y resulte un libro que acerque Basadre al lector, sobre todo al nuevo, y lo persuada luego a continuar, sin mediaciones, tomado de la pluma y del libro del historiador, compartiendo sus meditaciones, hallazgos y esperanzas. El facilismo es uno de los grandes males de los peruanos, que también preocupaba a Basadre. Ojala que este libro no sustituya la lectura de su obra y devenga más bien en acicate destinado a estimularla.

Frente a lo breve del tiempo disponible y la magnitud de la tarea por realizar me fue imprescindible trazar un mapa mínimo para una travesía de emergencia, un mapa bosquejado en torno a una pregunta matriz: ¿Qué era el Perú? Para el hombre que había recorrido como nadie sus orígenes y su trayectoria histórica, explorado con rigor y dedicación casi mística los documentos y evidencias que sustentaban su obra, el Perú era un largo acontecer histórico donde lo inca y lo previo valen sólo en la medida en que superviven dentro de la peruanidad y en tanto y en cuanto sirven a la peruanidad; y donde lo hispano vale Únicamente si se ha adaptado o se ha enraizado en la peruanidad. Así, el Perú de hoy, el Perú republicano, siendo una síntesis, no constituye la mera sumatoria de sus momentos previos sino la creación de una nueva totalidad histórica. "Son incalculables la riqueza y la importancia de las épocas anteriores de nuestra Historia; pero la republicana tiene también relieve primordial porque en ella están integrados los elementos todos que actúan en la nacionalidad."

Además, ingresar a este Perú que nace en el siglo XIX, que no tiene las brumas del Perú prehispánico ni el fausto del colonial, resulta casi tan familiar como ingresar a "nuestro Perú de todos los días":

> Hay épocas donde el funcionamiento y la estructura del espíritu de los hombres se nos escapan. En cambio, estos hombres del siglo pasado están más cerca de nosotros, tenemos más documentos para seguir sus huellas, así como los que vendrán reconstruirán fácilmente nuestra vida y nuestro espíritu por los libros, el cinema, los periódicos y tantos otros

medios de expresión en que abunda nuestra época. *(Iniciación,* t. 1, p. XV)

Definido así nuestro eje republicano, las demás preguntas se desprendieron de él, organizando el texto en seis secciones o capítulos. En el primero, Basadre pone bajo la lupa su propia vida y nos narra, en tono íntimo, los avatares de una trayectoria personal independiente y justa, el precio que tuvo que pagar por ello y si consiguió o no los objetivos que se había propuesto. Desafortunadamente, no he podido ir más allá de 1950 por falta de textos que registren su testimonio después de esa década. En este capítulo se incorporan también algunas de sus reflexiones sobre la historia, la disciplina que fue pasión de su vida. No hemos incluido allí referencias a su producción historiográfica, pues por razones expositivas he preferido hacerla en esta introducción. El segundo capítulo, Por una teoría del Perú, recoge las meditaciones de Basadre en torno al Perú como totalidad, como continuidad, como problema y como promesa; también como comunidad y como patria invisible. En suma, el Perú precisado en sus dos coordenadas fundamentales, memoria y posibilidad.

El tercer capítulo ofrece una brevísima panorámica de lo que fue el gran objetivo de su vida: "conocer cómo se ha formado y cómo ha vivido el Perú", es decir, trazar el decurso seguido por el Perú contemporáneo, la enorme tarea que se impuso en la *Historia del Perú Republicano.* Por ser éste uno de los aspectos más difundidos de su obra, en esta antología se incide sólo en las grandes etapas en que Basadre ha dividido esa trayectoria republicana, puntualizando esquemáticamente algunos de sus momentos más sustantivos. El capítulo avanza luego inquiriendo por el sentido de ese derrotero, si vale la pena ocuparse del pasado y qué importancia tiene el enseñarlo. No podía dejar de incluirse aquí una sección dedicada a una de las más sentidas preocupaciones de Basadre: la didáctica especial que requiere la enseñanza de nuestra historia.

En el capítulo siguiente la antología discurre por una temática sensible a las urgencias y desafíos actuales: los grandes problemas del Perú vistos desde la profundidad histórica en que sólo Basadre puede situarlos.

No están todos los abordados por él pero tal vez los más urgentes a la luz de la apremiante realidad que hoy vivimos, como el centralismo y la regionalización, el desencuentro entre Estado y Nación en el Perú. A la educación se le ha dedicado el más extenso tratamiento, tanto por su importancia intrínseca como por el valor que le confiere Basadre. Con seguridad también ha incidido el probable destinatario de esta antología.

El capítulo penúltimo registra lo que hemos denominado -frase de Basadre, al fin - Los Resultados de la Experiencia Histórica, el saldo de un largo camino colectivo. Una especie de inventario de cómo se encuentra el Perú al final de la trocha: educación, demografía, sociedad, economía y recursos son sus grandes capítulos. En fin, el balance patrimonial que entregamos a las próximas generaciones.

Cierra el texto el mensaje positivo infaltable en la obra de Basadre. Están presentes sus vigorosas advertencias, denuncias y demandas para pasar de la quimera a la solución cuando apenas frisaba los 28 años. Y también las meditadas reconsideraciones del Basadre ya maduro de décadas más tarde. Tampoco podían faltar las razones que, a pesar de todo, sustentan su esperanza, su convicción en la factibilidad del Perú. Finalmente está allí, vibrante, su mensaje a los jóvenes, a sus paisanos, a los peruanos, persuadiéndolos de que sólo el esfuerzo individual y colectivo de todos ellos podrá conseguir que el Perú finalmente deje de ser "una bella promesa aún no cumplida".

Advertimos anteriormente cómo en el primer capítulo de esta antología Basadre, con lenguaje fresco, desanda medio siglo de trajín y reflexión por el Perú: Tacna, el Colegio Alemán, el Colegio Guadalupe, San Marcos, La Biblioteca

Nacional, el Ministerio de Educación son las letras mayores de una bitácora que afectuosamente nos abre sus páginas para conocer la intimidad de sus vivencias y pensamientos, de sus ilusiones, logros y desencantos.

La arquitectura de este trazo autobiográfico se sustenta en dos columnas: la cátedra y la biblioteca. Ambas vinculadas y al mismo tiempo en pugna con la investigación historiográfica, la pasión de su vida, resentida por la tiranía de las obligaciones administrativas. Ocho son los momentos decisivos que jalonan los 77 años de vida de Basadre. Los dos primeros cubren su infancia y adolescencia, esto es hasta 1918. El tercero es fundamental: constituye el formativo del ciudadano y del historiador y llega hasta 1931. El siguiente da cuenta del primer contacto con el exterior: cuatro años en Estados Unidos, Alemania y España. De regreso al país, entre 1935 y 1947, Basadre retorna a lo que constituyó la rutina fundamental de su vida: la cátedra y la biblioteca. De 1948 a 1955 el peso del contacto internacional vuelve a ser decisivo: la Unión Panamericana, la Universidad de Virginia. Finalmente, dos años a cargo de la Cartera de Educación cierran otro capítulo de su vida. A partir" de 1959, llega el momento esperado, el de consagrarse a la lectura, a la investigación, a ampliar y reelaborar sus trabajos, a iniciar nuevos y, en lo fundamental, a desarrollar su amada *Historia de la República.*

Contados a partir de 1919, de los 60 años de trabajo infatigable destinados a conocer el Perú, encontramos que tres son sus momentos más productivos:

- 1919-1931
- 1935-1947
- 1959-1980

También es fácil constatar que la intensidad no es la misma, a lo largo de cada uno de esos ciclos. Así, en el primero, los años que van de 1927 a 1931 fueron los decisivos. De esa intensa coyuntura de su vida y del país provienen tres obras pletóricas de fuerza y perspectiva: *La iniciación de la República* (1927-1928), *La multitud, la ciudad y el campo* (1929) y *Perú Problema y Posibilidad* (1931). Una trilogía historiográfica hoy clásica por su profundidad y voluntad de futuro.

El segundo momento clave es el ciclo que va de 1935 a 1947. Pero otra vez sólo un tramo de ellos, los siete años primeros, fueron intensos académicamente; pues entre 1943 y 1947 Basadre debió dedicar lo mejor de su energía a una tarea inmensa y vital para el país, la reconstrucción de la Biblioteca Nacional, destruida por un incendio. De los años primeros son *Las Fuentes para la Historia del Derecho* (tesis doctoral) (1935); *Historia del Derecho* (1937), *Literatura Inca* (1938), *Historia de la República* (primera edición 1939); *Historia de la República* (segunda edición 1940); *La Promesa de la Vida Peruana* (1943); *Historia de la República* (tercera edición 1946); *Meditaciones* (1945), *Historia de la República* (cuarta edición 1949).

Finalmente, en noviembre de 1958, Basadre comenzó una etapa nueva, una que él define como de dedicación exclusiva a la tarea historiográfica. Por primera vez en mi vida escribir dejó de ser oficio lateral al lado de absorbentes obligaciones administrativas y docentes". Por fin Basadre pudo dedicarse a la ambición de su vida, a llevar adelante el ambicioso proyecto de fines de la década de 1920, iniciado -e interrumpido luego- con la *Iniciación de la República:* reconstruir el derrotero del Perú republicano en sus diversas dimensiones. En 1962 ve con viva satisfacción impresos los seis primeros volúmenes de su quinta edición y en 1964 los cuatro siguientes. Esta edición marca un punto de ruptura con las cuatro anteriores. Era la *Historia de la República,* para la cual se había preparado durante 40 años pero a la que en verdad había podido dedicar sólo unos pocos de trabajo intenso. Para 1969 tenía ya en circulación la sexta edición, como siempre, "corregida y aumentada". No podemos dejar de mencionar en este acápite una obra poco difundida, publicada hacia 1960, *Materiales para otra Morada,* un trabajo

de gran interés educativo muy asociado a su paso por el Ministerio de Educación (1956-1958). Buena parte del discurso educativo de esta antología se sustenta en esa obra.

Naturalmente corresponderá a los lectores juzgar si el texto cumplió finalmente su cometido. Sólo me resta añadirles una confesión: mientras desarrollaba el trabajo, crecía también la esperanza de que pudieran compartir conmigo el impacto que me produjo releer con detenimiento a Basadre, el reflexionar una y otra vez sus ideas y -cómo no- revivir las huellas de su vida. Nunca he sentido tan intenso el drama del Perú. Ni tampoco tan cercana y real su posibilidad, su factibilidad de otro destino.

No puedo concluir estas páginas sin expresar mi reconocimiento a los miembros de la Comisión del Congreso por haberme dado la oportunidad y el privilegio de acometer esta empresa, en especial a su Presidente, el Congresista R. Jurado, al Dr. Gerardo Ayzanoa, Ministro de Educación y a su invalorable y tenaz representante, Ela Martínez. También al Comité Directivo del Congreso, por su decisión de publicar los resultados. A Giovanna Mascaraqui por sus desvelos administrativos; al director, al corrector y la diagramadora del Fondo Editorial del Congreso Rafael Tapia, Marco Ferrell y Ángela Kuroiwa respectivamente, por su trabajo profesional. A Rosa, en especial, por hacer suyo el trabajo en los momentos más difíciles. A los amigos, como Lucho Paredes y Fernando Cabieses, por su consejo acertado y prudente. A Nery, por su indeclinable asistencia. A ellos y a todos los que me ayudaron de una forma u otra, muchas gracias.

ERNESTO YEPES

Lima, febrero de 2003

Abreviaturas de las obras citadas

PV *Perú Vivo.* Jorge Basadre. Lima, 1966. Ed. Juan Mejía Baca.

VH *La Vida y* la *Historia.* Lima, 1981. Segunda edición (primera edición 1975).

PPP *Perú, Problema y Posibilidad.* Lima, 1978. Banco Internacional del Perú. Segunda edición (primera edición en 1931). La segunda contiene el apéndice "Algunas reconsideraciones cuarenta y siete años después", de 1978.

(El símbolo "PPP r." se utilizará para señalar la parte de las Reconsideraciones; PPP para remitir a la reproducción facsimilar de la primera edición de 1931.

BD *Introducción* a *las Bases Documentales Para* la *Historia* de la *República del Perú con algunas Reflexiones.* Dos tomos. Lima, 1971. Ediciones PLV.

MD *Meditaciones sobre el Destino Histórico del Perú.* Lima, 1947. Ediciones Huascarán.

HR *Historia* de la *República del Perú.* Once tomos. Lima, 1983. Editorial Universitaria, sétima edición.

MCC *La multitud,* la *ciudad y el campo* en la *Historia del Perú.* Lima, 1980. Ediciones Treintaitrés y Mosca Azul Editores. Tercera edición (primera edición 1929). Con colofón sobre el país profundo.

Ap. *Apertura.* Lima, 1978. Ediciones Taller.

Azar *El Azar* en la *Historia y sus límites.* Lima, 1973. Ediciones PLV.

MP *Mensaje al Perú.* Lima, 1999. Editorial Universitaria. Contiene mensaje de Jorge Basadre en la CADE 1979.

Morada *Materiales para una Nueva Morada.* Lima, 1960. Librería Editorial La Universidad.

Iniciación *Iniciación* de la *República.* Librería Francesa Científica y Casa Editorial F. y E. Rosay. Tomo primero, 1929; tomo segundo, 1930.

CAPÍTULO I

LA HISTORIA Y EL HISTORIADOR

1. BASADRE VISTO POR EL HISTORIADOR. PÁGINAS AUTOBIOGRÁFICAS

1.1 Reflexiones previas

No podría decir cuál fue el mayor obstáculo que he encontrado en mi vida ni cómo me he enfrentado a él, si 10 vencí y 10 que ganó el Perú. Tampoco, cuál ha sido el obstáculo que no he podido vencer y por qué y qué perdió el Perú. Sólo debo agregar que lamento haber vivido abrumado por demasiadas tareas administrativas (la Biblioteca de la Universidad entre 1930 y 1931 y entre 1935 y 1942, la Biblioteca Nacional entre 1943 y 1947, el trabajo en una organización internacional entre 1948 y 1950) en una época de mi vida en que debí consagrar más tiempo a investigar y a escribir; y no haber podido tener un seminario o instituto en el que hubieran podido forjarse mis libros. (PV, pp. 10-11)

Mis deudas mayores: Tacna, San Marcos y la Biblioteca Nacional.

Si mi infancia en Tacna me enseñó dolorosamente la emoción del Perú y la Biblioteca Nacional me permitió cultivar desde muy joven los estudios históricos, el otro factor decisivo para mi mocedad fue la inquietud social de la que me contagié en los claustros de la Universidad de San Marcos entre 1919 y 1927. [...]

Me formé en la Biblioteca Nacional más que en la Universidad. En ésta, para mi vocación histórica, fueron un estímulo la presencia de mi maestro y paisano Carlos Wiesse en la cátedra de Historia Crítica del Perú y la amistad con Jorge Guillermo Leguía, Raúl Porras Barrenechea y Luís Alberto Sánchez. [...]

Mi nombramiento como empleado de la Biblioteca Nacional en 1919 y mi permanencia allí hasta 1930 con un modesto sueldo primero de S/. 80.00 Y más tarde de S/.160.00 mensuales, no obstante que no poseía medios de fortuna, sirvió para establecer y mantener diariamente y por más de 10 años contacto diario con folletos, periódicos, libros y manuscritos peruanos. (PV, pp. 9 Y 11)

Los obstáculos en mi vida

Si fuera a enumerar los más importantes entre los numerosos obstáculos que he encontrado a lo largo de mi vida podría, tal vez, clasificarlos en las limitaciones económicas, las tentaciones y la envidia.

Innumerables veces se cruzaron tentaciones para que abandonara el camino que escogí. Una de ellas fue, la de emigrar. Ese viaje pudo ser hecho para enseñar en universidades de Estados Unidos donde me esperaron una remuneración mucho más halagadora y la tranquilidad para estudiar. O pudo, con mayor beneficio tangible, ser el traslado a la burocracia internacional. A pesar de todo, preferí no ser producto de exportación. Otra de las tentaciones fue la de abandonar y postergar estudios e investigaciones por modos más convenientes de trabajo en la vida diplomática, burocrática o profesional. El ingreso al Ministerio de Relaciones Exteriores me fue sugerido al terminar la campaña plebiscitaria de 1925-26; y

recibí la oferta de ocupar embajadas o la propia cancillería cuando surgieron más tarde propicias circunstancias políticas. La perspectiva de dedicarme por entero a la profesión de abogado tuvo oportunidades diversas; ninguna como la que sobrevino cuando, muy herido, me retiré de la dirección de la Biblioteca de la Universidad de San Marcos en 1942 por que un artículo especial contra mí había sido introducido en la Ley Orgánica de Educación expedida el año anterior. Desde muy temprano me acechó la tentación de la política e innumerables fueron las ocasiones en que renovó sus hechizos. (PV, pp. 9 y 10)

Lo que realmente importa en la vida

A la larga, lo que importa, en la vida y en la obra, es ser uno leal consigo mismo, proceder de acuerdo con el fondo "insobornable" que todos llevamos dentro. Hay que considerar en toda su importancia al hombre a solas frente a las sectas, frente a las camarillas, frente a los dogmas, frente a los despotismos, frente al anhelo de figuración y frente a la sed de riqueza. Lo que más urgente [mente] necesitamos todos es no desmoralizamos. La más insidiosa debilidad ahora es la debilidad de la cobardía, ante la falsificación de valores, ante la mentira, ante el mercado negro en lo *es*piritual. Lo peor que puede pasarle a la generación nueva en el mundo es la prostitución. (PV, p. 10)

En busca de mi propio camino

Al ingresar a la vida ciudadana nos encontramos con un Perú frío, hostil. No había lugar para la juventud honesta. Instituciones tradicionales, Parlamento, sufragio, municipio languidecían. La libertad de prensa no existía. Imperaban el servilismo, los enriquecimientos veloces, la obsesión materialista. La universidad era muy deficiente desde el punto de vista académico y vivía lánguida con escaso apoyo del Estado. ¿A dónde volver la mirada en busca de algo mejor? Haya de la Torre postuló el mensaje aprista. Mariátegui trajo el mensaje comunista y yo, dentro de mi insignificancia personal sin más título que el de ser un joven más en esa época desorientada, no seguí ninguno de esos dos derroteros y sin embargo soñé, a pesar de todo, en una fórmula de construcción nacional y social para un Perú de más altos niveles de vida, con un Estado técnico, un país progresista, un pueblo atendido, cuidado, entusiasta, creador. Entre los muchos amigos de aquella época de inquietudes sociales, evoco con especial emoción a Abelardo Salís y a Hildebrando Castro Pozo. Al libro del primero *Ante el problema agrario Peruano* dediqué los artículos titulados "Agrarismo, peruanismo, unidad", antes mencionados; y al del segundo de los escritores antedichos "Del ayllu al cooperativismo socialista", los que bajo los nombres de "Ayllu, estado, familia" y "Hacia una historia realista de la propiedad en el Perú", publicó la *Revista de Economía y Finanzas* en octubre y en noviembre de 1936. (PV, pp. 11 ,12)

Normas para una vida

De experiencias, lecturas y reflexiones saqué, en desorden, otras normas: tratar de no obrar apasionadamente, que es una forma de confundirse; mantener la independencia personal ya que "más preciosa es la libertad que la dádiva porque se pierde"; abrir los ojos con tiempo; percibir cuando se cayó en desaciertos; no insistir en la necedad y seguir al clásico en su frase "ni la promesa inconsiderada ni la resolución errada conducen obligación"; dedicarse al estudio por el goce que él genera en virtud de una necesidad esencial y nada más que por eso; hacer de los asuntos que se investiga una cosa que interesa tanto como la existencia propia; vivir en permanente estado de alerta intelectual con un sentimiento radical de las propias imperfecciones; aprender a morar con uno mismo; ocuparse de los trabajos propios y no tanto de criticar el de los demás; emprender lo fácil como dificultoso y

lo dificultoso como fácil; no atemorizarse ante la tentativa vasta e ir a ella sin inconstancia ni engaño porque, según se lee en *La Celestina,* las obras hacen linajes; no imitar a quienes comienzan y nunca acaban y poner atención a que, con sus defectos inevitables, salgan bien las cosas; tratar de evitar en la obra y en la vida la intención malévola; procurar ir, en desafío al paso de los años, a la renovación perenne en los conocimientos y en las ideas; rumiar y rumiar siempre lo que se piensa y lo que se escribe; sentir y seguir sintiendo que sin la desinteresada curiosidad intelectual no se puede vivir y que la ausencia de ella es una forma de muerte; buscar el modo de alejarse sistemáticamente tanto de la vanidad como de la actitud humillante, para quedar en una modestia orgullosa. Y lo más importante de todo: buscar y tratar de mantener la paz interior como algo de mayor valía que cualquiera de los títulos mundanos, es decir, una conciencia tranquila. (VH, pp. 638, 639)

1.2. La patria invisible. Infancia: 1903-1912.

Mi encuentro con el Perú fue muy temprano en mi vida; porque, como ya he narrado en un pequeño libro, nací (1903) y viví durante mis primeros nueve años en Tacna bajo la ocupación chilena. El Perú fue entonces un recuerdo y fue una esperanza, una "Patria invisible" dentro de una comarca que, para todos los efectos prácticos, pertenecía a otro Estado. He tratado de demostrar que, para las muchas gentes modestas de mi tierra, este concepto (para ellos entonces fatídico) no se diferenciaba, en lo esencial, del que tuvieron los próceres, los tribunos, los héroes y las muchedumbres de las grandes jornadas cívicas; aunque fuera bien distinto del Perú prosaico de todos los días con sus limitaciones y con sus máculas. (PV, p. 7)

La casa familiar

Los recuerdos de la infancia en Tacna en los días de la ocupación chilena no son para mí una serie de hechos, o de rostros, o de panoramas eslabonados sistemáticamente en el tiempo. Superviven, más bien, dentro de un vasto conjunto indiferenciado, como, el mar aparece ante los ojos de quien lo contempla desde una playa o desde un barco. Se mezclan dentro de ese todo el hogar, la familia, la ciudad natal, los amigos, cosas que ocurrieron o que oí relatar, sucesos en los que participé o que vi, o que creo existieron, sentimientos o impresiones cuyo aroma aún me sirve de compañía, mezclados con fragmentos de experiencias más recientes.

"¡Una imagen de casa!" En muchas ciudades Y suburbios de nuestro tiempo, aliado o lejos de los monstruos creados impunemente por un ávido e implacable comercialismo, suelen hallarse hospitalarias mansiones que, de un modo u otro, cercana o lejanamente, quieren tener raíces porque hay familias ansiosas de hacer de ellas una expresión de sus vínculos reales o imaginarios con el pasado, en vez de encarar en el vacío las desarraigantes visiones del futuro.

Se ha dicho que la imagen de la casa ejerce enorme influencia sobre la mente humana. Por eso es que dicha influencia no debe llevar a construir la "máquina donde vivir" de algunos discípulos de Le Corbusier.

Muchos son hoy los arquitectos y urbanistas que abogan por la calidad espiritual de las construcciones. Me enfrento a quienes, ciegamente, tratan de imitar en ellas los estilos más nuevos, sin tomar en cuenta a la identidad urbana, a la vida privada, a las reglas y a las *formas* orgánicas que sostienen lo que consideramos como auténtico, útil o agradable.

Ajeno estoy a la necedad de pensar que fuese un modelo el inmueble edificado para mi abuelo por Aniceto Ibarra (a quien Tacna le debió también el

mercado de abastos y la finca de don Julián Caballero, entre otros aportes). Lo único que trato de expresar es que, detrás de la fachada con piedra de cantería netamente tacneña, experimenté, en cada momento, la sensación de vivir en una mansión sugeridora de la idea de espacio amplio y no excesivo, lleno de lugares ocultos que suspiraban o rechinaban o susurraban con intimidad y sencillez confortables, acogedoras, íntimas. Era como si al construir aquella casa, mis abuelos hubiesen metido sus manos en la tierra sembrando allí lo que esperaban les sobreviviera.

Sus almas habían renunciado a la vida del pájaro en el aire al celebrar algo así como un matrimonio telúrico, más fuerte que el tiempo. Carecimos, por cierto, de alardes suntuarios; pero, ni pobres ni ricos, vivimos en una especie de constelación imaginaria como parte de un ambiente que fue, callada e invariablemente, acogedor para nosotros mientras allí estuvimos con la invisible y tremenda fuerza de lo sencillo. Esta manera plácida de vivir que logró desafiar el paso, entonces tan lento, de los días, tuvo una radical autenticidad. Lo que significó perder un tesoro cotidianamente disfrutado entonces como si se tratara de una cosa indiscutible, sin damos cuenta de ello. Sólo supimos apreciado tardíamente cuando la vida nos arrancó de allí para aventarnos a extraños e inhóspitos lugares.

La vieja casa familiar ubicábase en la plaza Colón, en una esquina. (Actual Plaza de Armas, E. Y.) Aliado derecho del hogar veíamos a la Catedral, entonces inconclusa, pero con sus dos torres, erectas como si fueran mástiles orgullosos sobre un barco varado, sobreviviente de alguna silenciosa tempestad. Está hecho aquel edificio con el *rosáceo* sillar tacneño, más hermoso aunque menos conocido que el blanco de Arequipa. (VH, pp. 35-37)

Raíces

Sentirse enraizado en la tierra propia es, acaso, el mejor privilegio que un niño puede alcanzar. Si el terruño posee belleza y personalidad, le ha de estampar, sin que de ello se dé cuenta, ese sentido de compenetración con el mundo físico circundante, que es el más humilde y el más feliz de los dones otorgados por la vida. Y aquella lección será un tónico cuando lleguen las crisis de identidad juvenil y de la mayor edad. Importa mucho sentirse salvaguardado espiritualmente desde el comienzo, no partir de cero, tener un respaldo de cosas vivas y sanas, respirar en un cierto tipo de clima desde que se hace a la vida consciente. La aptitud propia, la labor propia, se acoplan inconscientemente en una continuidad fraterna dentro de una comunicación que es la del lenguaje sordomudo del corazón.

Por eso, ahondar en los recuerdos de la edad primera ubicados en el rincón donde la vida nos depositó es ir mucho más lejos y más hondamente que cualquier palabra, lo cual es obvio como resultado del hecho incontestable de que, en la faena diaria, cada una de ellas trae en sí una vana respuesta intelectual frente a lo inasible. Dichos recuerdos jamás están circunscritos a personas, cosas o sucesos gratos. Hállanse, uncidos también, inevitablemente, a lo prosaico, a lo triste, a lo violento o a lo sucio. Pero las cosas que, en su hora, fueron negativas o nocturnas" con el tiempo resultan interesantes o estimulantes tal como fueron las cosas bellas; porque ostentaron el privilegio de haberse incrustado en nuestra vida y en sus contornos. (VH, pp. 63-64)

La ocupación chilena

Mi padre y mi madre, a diferencia de varios de otros miembros de la familia de aquél, habían decidido que era necesario residir en Tacna, costara lo que costase, dentro de la idea de que el plebiscito ordenado para orientar el destino de la zona alguna vez podía efectuarse. Como es bien sabido, el artículo 3° del tratado de

Ancón suscrito en 1883 entregó las provincias de Tacna y Arica a Chile durante diez años, al cabo de los cuales los ciudadanos de ellas debían ir a las urnas para expresar si querían ser peruanos o chilenos. (VH, p. 109)

Al constatar el gobierno chileno la honda lealtad de los tacneños y ariqueños a su patria, se quedó en la zona disputada, buscó, a través de múltiples medidas, reforzar su influencia en ella y fue dilatando el cumplimiento del antedicho artículo terrero. El Perú, vencido, pobre, buscó en vano, desde 1893, la solución del conflicto por medio de negociaciones directas y, más tarde, a través del arbitraje que Chile rehusó.

La política de chilenización de Tacna y Arica adoptó características de violencia a partir de 1901. En las relaciones diplomáticas entre ambos países hubo entonces momentos de fricción y de crisis. Chile, al mismo tiempo, alentó las demandas territoriales de otros vecinos del Perú: Colombia, Bolivia y, especialmente, Ecuador. Una política de concesiones que incluye el arreglo del litigio con Brasil impidió, entre 1909 y 1912, lo que se llamara entonces el "cuadrillazo", o sea un conflicto bélico en el que nuestro país hubiera tenido que batirse en varios frentes. (VH, pp. 339-340)

La familia abandona Tacna

Mi padre falleció en mayo de 1909. ¡Qué breve resultó para mí, el más joven de sus hijos, aquel tiempo en que festejaban mi cumpleaños y yo era feliz y nadie había muerto y toda la familia se reunía diariamente en el ritual de una asiduidad rigurosa y sencilla que nada tenía de rutinaria, en el comedor, alrededor de una gran mesa con sus sillones forrados de cuero, mi padre en una cabecera y mi madre en la otra!

Si a mi infancia le hubiera sido dable interpretar el mensaje de aquel deceso, hubiera comprobado la fragilidad y la crueldad que a todos nos acompañan y que, con tanta inconciencia, nos estrujan. Es decir, hubiese abierto muy pronto los ojos y el espíritu ante el inexorable desalmamiento del mundo de que habló Fray Luís de Guevara en *su Guía de Pecadores.*

Hoy los tacneños han olvidado quien fue Carlos Basadre y Forero. De nada sirvió lo que acerca de él escribiera *La Voz del Sur.* Señalaré tan sólo que me enorgullece haber encontrado su efigie en el salón de sesiones de la histórica Sociedad de Artesanos "El Porvenir", de la que llegó a ser presidente, con una inscripción enaltecedora escrita poco tiempo después de su muerte. Sus asuntos quedaron a cargo de mi madre, que dirigió a mi hermano Federico, entonces estudiante de Ingeniería.

Las condiciones dentro de las que funcionaban nuestros asuntos empeoraron al intensificarse las tensiones entre los peruanos y las autoridades chilenas. Se salvó lo que se pudo humanamente salvar. Al fin resultó inevitable la necesidad de viajar a Lima. Dejamos Tacna a comienzos de 1912. (VH, pp. 109-110)

La patria invisible

Un importante elemento de mi primera formación intelectual proviene de los días de mi niñez en Tacna. Es el sentimiento de la "Patria invisible", el concepto del Perú como un símbolo.

De niño, el Perú fue para mí, como para muchos, lo soñado, lo esperado, lo profundo; el nexo que unía a la lealtad al terruño y al hogar que invasores quisieron cortar, la vaga idea de una historia con sus fulgores y sus numerosas caídas y la fe en un futuro de liberación.

No conocíamos nada de la prosaica vida diaria en el Perú; para nosotros él

existía sólo en el mundo del recuerdo y en el de la esperanza. Aprendimos a amar al Perú divisándolo en esos nebulosos horizontes y en los polvorientos caminos de los libros. Oriundos de una tierra de minifundios y ajena a la vorágine capitalista, permanecimos en la ignorancia del gran drama contemporáneo en América y el mundo; repetimos nombres que numerosas veces esbozaban en la capa áurea de su seducción una 'mugrienta realidad no percibida por nuestro optimismo; y esa imagen parecía un oasis en las largas jornadas de vigilia durante el cautiverio.

Dicha visión no fue exclusiva de mi infancia y de quienes fueron niños como yo. Tuvo, inclusive, risibles o patéticas exageraciones. Durante la campaña plebiscitaria en 1926, la anciana señora Virginia Sosa, viuda del último gobernador nacional de Arica, desafiando amenazas y peligros, alquiló su humilde casa a unos propagandistas de nuestro país. Cuando algunos de éstos comenzaron a trasnochar y a emborracharse y a disputar entre sí con groseras expresiones, esta viejecita vino donde mí, llorosa, a hacer muchas veces su confesión vacilante. Ella no había imaginado que los peruanos fueran capaces de adoptar esa conducta.

Sin necesidad de incurrir en tan ingenuos errores, el pueblo entero hizo un símbolo de la patria lejana. Tal sentimiento sirvió como un nexo y otorgó a vidas oscuras un místico contenido, una honda razón de ser, engrandeciendo y ahondando las limitaciones del diario y prosaico existir. Así como el lenguaje guaraní ha contribuido a la formación de una identidad en el pueblo paraguayo (ya que los niños lo aprenden en el hogar aunque no sea oficialmente enseñado), a veces creo que el espejismo" doloroso e iluso del Perú cumplió, para los tacneños y ariqueños durante casi cincuenta años después de 1880, análoga tarea, como si fuese un lenguaje secreto.

¿Era una visión del Perú falsa, quimérica? ¿Creyeron ellos, creímos! nosotros, en un ídolo de estiércol, en un pomposo fraude?

No confundir. En el "país circundante" puede haber...

desmán condenable en que incurren el poderoso grande o chico, el funcionario; arbitrariedades y caprichos del déspota; enriquecimiento vertiginosa efectuado por el prevaricador de ayer o de hoyo de mañana; oratoria vacía y vana en los labios de quien, allá en sus adentros, se ríe de sus, frases comunes como sendas por cualquiera transitadas, ocio costoso del diplomático inútil; negligencia o rutina en el burócrata, con daño o desmedro de la justicia clara o del interés legítimo; intriga sórdida bullente en las camarillas; violación mendaz en los derechos del pueblo; calumnia esparcida por el pasquín o el corrillo; amarilla envidia para quienes valen; arrastrarse en las cadenas o enfurecerse en los tumultos; egoísmo ciego de las oligarquías de espaldas ante la comunidad que las nutre; indiferencia, hostilidad o desprecio frente a los que tienen el derecho fundamental de ascender desde un nivel demasiado bajo. Todo esto y otras cosas más y otras que vienen a ser análogas eran notorias dentro del Perú cuando los tacneños soñaban en él, y esperaban tanto de él. Lo mismo y otras cosas; por añadidura prosiguieron, continúan; y ellos mismos las vieron y las ven -de cerca más tarde- y aun las sufrieron y las sufren en la carne y en el alma. Precisamente, aquello es lo que niega de modo sustancial la razón por la que fue erigida, a costa de mucha sangre, la república contra el imperio español y contra los monárquicos criollos; y lo que desmiente, en un sentido categórico, la justificación palpitante, actual y futura, del Perú visto no sólo como conjunto territorial amplio y difícil aunque uncido a través de muchos siglos a un solo Estado y como núcleo humano cuya integración no avanzó todo lo que fue deseable o justo, y al que hay que ver fundamentalmente como instrumento de trabajo para una mejor existencia de quienes aquí moran, No se debe confundir, por eso, la multigeneracional estructura de la "patria invisible" a la que el sacrificio de los buenos otorgó, a pesar de todo, vigencia, con el país circundante que puede ser y es, demasiadas veces, desarticulado, injusto, mezquino, impuro y cruel.

Las debilidades humanas que en 1926, angustiaron en Arica a mi buena amiga, la admirable señora Sosa, son inevitables. Hay en cambio, derechos imprescriptibles, una atmósfera de dignidad mínima para subsistir, seguir adelante y tomar impulso y que constituyen la misión, el destino y la promesa, no cumplida, de nuestra coexistencia libre de indios, mestizos y blancos. (VH, pp. 110-113)

1.3 La Patria visible. Adolescencia 1912-1919.

Lima y la Nueva Morada

A comienzos de 1912 nos embarcamos en Arica con rumbo al Callao en el vapor chileno *Palena,* uno de aquellos antiguos barcos de pasajeros de espléndidas aptitudes navieras, con camarotes frente al mar, espaciosas cubiertas y esmerado servicio.

Por varios años ocupamos en Lima un departamento en un segundo piso de la calle Boza. Más tarde nos trasladamos a la calle Lescano a unos altos; y luego, en 1917, a raíz del incendio en una ferretería en los bajos de esa casa, a la avenida de la Colmena, llamada oficialmente Nicolás de Piérola. Tanto en la calle Lescano como en la avenida de la Colmena mi adolescencia gozó de un privilegio que a los niños y muchachos de hoy les está siendo negado: el de retozar en la azotea. Allí, en ese vasto espacio cortado tan sólo por los montículos creados por las ventanas teatinas, jugué con amigos o familiares a la guerra, al deporte y alguna vez hasta ala representación teatral. En Lescano, dentro de un barrio más antiguo, podíamos a veces damos el lujo de pasar a casas vecinas y asomarnos a la azotea del Club Italiano, hoy lujosamente reemplazado por el Banco Internacional. (VH, pp, 117-118)

La influencia hogareña de la Escuela de Ingenieros

Como en estos apuntes los aspectos familiares, íntimos o puramente personales de mi vida no deben ser destacados, omito la referencia a ellos, pese al hondo valor y a la preciada significación que para mí siempre tienen. Sin embargo, no me es posible, al hablar de los años de mi niñez y de mi adolescencia, callar los nombres familiares y queridos a cuyo amparo ellos pudieron desenvolverse plácidamente. Alrededor de mi madre, hasta su fallecimiento en 1924, estábamos mis dos hermanas Luisa e Inés (ésta casada con Fernando Ortiz de Zevallos) y mis hermanos Gastón (cuyo matrimonio fue con Aurora Elguera), Federico (que formó un nuevo hogar con Clemencia Andraca), Carlos, Óscar y yo. Fue el nuestro, durante muchos años, un grupo muy unido, en el que el cariño profundo no contradecía el mutuo respeto, la no interferencia en los gustos o aficiones de cada uno, la familiaridad seria, sencilla y leal.

Carlos, Federico y Gastón estudiaron y se graduaron en la Escuela de Ingenieros. Fue la de ellos la misma profesión por la que optaron mi padre y sus dos hermanos Emilio y Jorge Basadre y Forero. Pocas familias como la nuestra tan vinculadas a esa entidad. Desde muy niño hasta muy avanzada mi juventud, viví en un ambiente donde todos ellos recibieron la severa formación que a sus discípulos y sus inmediatos sucesores dio Eduardo de Habich. El nombre de este maestro que era, además, un gran amigo de los mayores entre los míos así como los nombres de Joaquín Capelo, Juan José Bravo, Federico Villarreal, Michel Fort, José Balta, *Teo*doro Elmore y otros (aun el mismo Pablo Paulet) los oí repetir como si también pertenecieran a nuestra familia; y como si la mansión de la calle Espíritu Santo fuese también nuestra. Muchas veces asistí silencioso a discusiones animadas sobre temas que podían parecer áridos y abstrusos si no hubiese adivinado que detrás de ellas formaba una lógica severa, un ejercicio mental exigente, esforzado y sin retórica. (VH, pp. 118-119)

Los hermanos

Ingenuamente creí que nuestra camaradería iba a ser muy larga. Inés; tan dulce y tan comprensiva siempre, fue la primera en morir en 1929.

Gastón había llegado a ser gerente de la Compañía de Tranvías y por su don de gentes alguien me dijo que podía ser nombrado Ministro de Relaciones Exteriores de la familia. Falleció en 1939, cuando tenía tan sólo cuarenta y cuatro promisores años. Federico, ingeniero educado por su propio esfuerzo en Estados Unidos después de sus estudios en Lima y con rica experiencia en la Argentina y Brasil, hállase vinculado al plan vial cumplido durante la administración de Benavides y los primeros años de la de Prado hasta 1943, en que murió acaso por dedicarse en exceso al trabajo. Su integridad, su energía, su disciplina espiritual, su sentido del deber, tan grandes como su capacidad intelectual, le suscitaron en vida numerosos enemigos y críticos; y, después de muerto, admiradores y discípulos.

Cuando se avanzaba en el trazo de la carretera a Pucallpa ocurrió el episodio de las dificultades para seguir adelante hasta que fue posible encontrar el llamado "boquerón del Padre Abad". Esta abertura, que la carretera luego pudo seguir, Federico la ubicó después de leer el documento de aquel sacerdote en uno de los volúmenes sobre las misiones franciscanas editados por el P. Bernardino Yzaguirre que dejé en nuestro antiguo hogar de la avenida de la Colmena por no tener sitio en la pequeña casa que ocupé después de mi matrimonio. Carlos era muy inteligente, muy culto y muy fino, capacitado en minas, puertos, astronomía y geología. "La Enciclopedia" lo llamaban sus alumnos cuando llegó a ejercer la docencia en su "Alma Máter", muchos de ellos en actividad ahora. Gran escéptico, desdeñaba el espíritu de lucha; y la circunstancia de haber cargado Con el peso de la familia al fallecer nuestro padre en 1909 no dejó de afectarle. El ingeniero Jacobo Kraus, que vino a hacer estudios en el Callao y en Matarani hacia 1914, lo escogió para llevarlo a Holanda y así resultó un experto en problemas portuarios. Otra fase de su vida profesional, no aprovechada bien por el Perú, como ha ocurrido y ocurre en tantos casos, discurrió en su trabajo durante varios años en el Cuerpo de Ingenieros a cuyo servicio recorrió casi todo el Perú; así como su trabajo en la Dirección de Minas. Exquisito aficionado a la música, gracias a su *e*spléndida discoteca conocí la belleza de la música clásica. Óscar falleció en 1973. Con Luisa, que tanto se preocupó por mí cuando fui niño y adolescente, somos los únicos sobrevivientes de una familia tan numerosa y tan rápida e implacablemente maltrecha. (VH, pp. 119-120)

El Colegio Alemán: 1912-1917

No había entonces en Lima colegio inglés. Mi madre tomó la decisión de matricularme en el Colegio Alemán. Permanecí en este plantel desde el tercer año de primaria hasta el penúltimo de secundaria, o sea el tercero, entre los años de 1912 a 1917. Muchos fueron mis compañeros de clase; pero su número fue disminuyendo a lo largo del tiempo por diversas razones, sin que pudiese haber reemplazos, pues era necesario saber aquel idioma para estar en condiciones de seguir los cursos. [...]

En nuestra época, la "Deutsche Schule" estaba sostenida no sólo por la colonia alemana en Lima sino, además, por una entidad gubernamental que se llamaba “Asociación de los Amigos de la Educación Patria”, editora de algunos de los textos que usábamos en nuestras clases. En la pared de la oficina de la Dirección aparecía, imponente, una gran fotografía del Káiser Guillermo II. Dentro del repertorio muy variado incluido en la asignatura de Música, a la que, repito, se otorgaba gran importancia, o en nuestros paseos campestres, incluíanse "Alemania, Alemania, sobre todo", entonces el himno oficial del Imperio; “La guardia en el Rhin", con bellísimos

acentos melódicos y con el afán de recordar la necesidad de mantener la vigilancia en la frontera con Francia; el himno de la marina de guerra que tenía un elogio a la bandera blanca, roja y negra; y homenajes a los soldados, a la caballería, a las espadas, a las trompetas y a la maravillosa ciudad de Estrasburgo, canción esta última que, según sus biógrafos, tarareaba Karl Marx. [...]

Independientemente del fervor que por su patria tenían, de un lado la colonia y su gente, por lo general admirable en su espíritu de trabajo, unida con lealtad al Imperio, y, asimismo, los profesores de nuestro plantel, éste orientó su enseñanza siempre de acuerdo con los programas oficiales aunque todas las asignaturas no relacionadas con la geografía o la historia del Perú, la religión católica o los idiomas castellano e inglés se enseñaban en alemán, a cargo de profesores especialmente contratados desde Europa. [...]

En 1914, a los dos años de mi ingreso al colegio, mientras estaba yo en quinto de primaria, estalló la contienda mundial a la que ya he aludido. Uno de los maestros, el señor Kitzing, rubio, bigotudo, menudo, muy ceremonioso, siempre elegante con su levita negra en invierno y una americana de dril en verano, partió a incorporarse en el ejército y murió combatiendo.

Los otros continuaron en Lima, acaso por razones de edad, quizás por el bloqueo impuesto por los aliados. El colegio funcionó normalmente. Las clases de inglés siguieron a cargo de un magnífico profesor australiano, el señor Steane, rojizo, canoso, soltero, excéntrico, gran excursionista por los cerros de los alrededores de Lima. En el curso de la guerra llegó nuevo personal docente, venido de las antiguas colonias alemanas en Asia o África, o del plantel similar existente en Chile. [...]

La dirección del Colegio Alemán en mi época estuvo a cargo del Dr. Erich Zurkalowski. Sin duda alguna, desde el punto de vista académico y cultural y acaso socialmente, era superior a sus colegas. Tenía a su cargo, dentro de visible eficacia, los distintos cursos de Historia Universal. Fue mi profesor de Historia Moderna y así resulté obteniendo del movimiento de la Reforma una versión luterana. Alto atildado, con algo de jirafa, nada propenso a la vulgaridad, inspiraba entre los alumnos unánime respeto, aunque en él parecía haber algo de hosco sin desmedro de la sencillez en el trato. Ya en la época en que fui alumno de la Universidad, vi publicados algunos trabajos suyos, sobre aspectos sociales de la época de los Incas...

Todas nuestras jornadas estuvieron acompañadas por cantos. Ya he aludido reiteradamente a la importancia que la enseñanza otorgaba a la música. Ella nos alegraba y alentaba incesante, durante las marchas, o en el descanso, o al lado de las carpas frágiles, o mientras comíamos alrededor de improvisadas fogatas, o al empezar, o al concluir las distracciones al aire libre que tanto nos atraían. Ninguna canción tan popular como la del buen camarada. Era un exponente de la vida guerrera pero en él bullía un hondo sentido humano. Recordaba el autor a su mejor amigo; juntos, con el mismo paso, marcharon a la contienda; vino una bala, él se preguntó con cuál de ellos acabaría y fue el otro quien cayó. En las estrofas no había odio para nadie, la propaganda patriótica estaba eliminada. Lo único importante hallábase en la fraternidad de un hombre con otro hombre en un momento supremo, en la aceptación melancólica del destino y de la muerte. La inmensa popularidad de *Ich hat'einen Kameraden,* o sea Yo *tenía un camarada,* halla una expresión en la anécdota de que el Mariscal von Hindenurg, Presidente de la República alemana en sus días agónicos, obsequió a un gran amigo durante cierto tiempo, el general Schleicher, su retrato con esta dedicatoria: "¡Yo tenía un camarada!" [...]

En 1915, 1916 Y 1917, o sea en los primeros tres años de educación secundaria, llegaron al colegio comisiones oficiales para los exámenes. Ya he dicho que en todos los cursos - menos en los de Historia del Perú, Religión y Castellano,

por supuesto- se nos enseñaba en alemán durante la mayor parte del tiempo; pero se hacía de cada materia una traducción abreviada al español que apuntábamos en cuadernos. Los miembros del jurado eran dos, con un personal distinto en relación con las asignaturas de Ciencias o de Letras. Se rendía un examen oral y uno escrito en cada curso. El respeto que teníamos para cada uno de esos señores llegaba a ser enorme. En efecto, ellos eran entonces personajes en la vida intelectual o profesional de Lima. Intensa emoción nos embargaba al llegar el instante decisivo de nuestra prueba. (VH, pp. 121-50)

El Colegio Guadalupe: 1918

Para el cuarto y entonces último año de Secundaria, el de 1918, fui matriculado en el Colegio de Guadalupe. Resultó una experiencia completamente nueva. El local me pareció enorme. El patio de entrada era imponente. La masa de los alumnos resultaba incontable. El cuarto año hallábase subdividido en dos secciones, de unos cuarenta o cincuenta alumnos cada una. Contra lo que se propaga en una leyenda, no por ser nuevo o recién llegado sufrí molestias o disgustos. Fui recibido con instantánea camaradería en ese ambiente genuinamente democrático. El colegio atravesaba un período de gran orden y disciplina bajo la eficiente dirección de dos alemanes: Gustavo Ries y Karl Weiss. Encontré a dos tacneños en el mismo salón de clase, Alberto Espejo y José Gómez, y me convertí inmediatamente en un camarada de ellos. Otras buenas amistades formé en esa é oca Y hasta ahora las conservo con fraternal afecto. Mencionaré aquí entre mis compañeros de aula en primer lugar a Abraham Guzmán Figueroa, Máximo Ruiz Conejo, Abel Darg, Luís Heraud, Julio Wenzel, laureado con la medalla de oro al ser el mejor alumno de la Sección Secundaria en ese año. Otros nombres de alumnos de entonces darían una lista muy larga. En 1968 los sobrevivientes nos reunimos alegremente para celebrar nuestras bodas de oro, con un fervor sin sombras. Organizó este encuentro con entusiasmo de muchacho Manuel Delgado Bedoya, cuyo fallecimiento mucho después tuvimos que lamentar todos sus camaradas.

Entre los profesores volví a ver a Alberto Ureta y a Leonidas Madueño; pero no pertenecían al cuerpo docente de mi sección. Las clases de Historia del Perú en ella hallábanse a cargo de don Adolfo Quiroga, hombre muy capaz y bueno que dejaba físicamente una impresión muy penosa porque sufría una enfermedad en la columna vertebral y no podía caminar sino agachado. El curso de castellano que era, a la vez, de Historia Literaria, pertenecía a Arturo Montoya en cuyo texto con lecturas adicionales para el último año leí, por primera vez, con gran deslumbramiento, a Rubén Darío y a González Prada. En la abundante biblioteca de mi casa, a donde no llegaban las preocupaciones literarias, no había muestras del movimiento modernista, ajeno también entonces al clima del Colegio Alemán; y, por lo visto, mi padre o mis hermanos tampoco habían escogido como escritor predilecto al autor de *Pájinas Libres,* cuyo elogio a Grau tanto me emocionó en la antología escolar de Montoya en la que aparecían también unos sonetos del propio compilador sobre la crucifixión de Jesucristo. Resulta innecesario decir que la edición de un texto de Literatura con variadas lecturas adicionales es fundamental.

A pesar de mi reciente ingreso al colegio, Montoya tuvo la iniciativa generosa de escogerme para que pronunciase el discurso que, en nombre del alumnado de Guadalupe, era obligatorio decir entonces el 7 de junio ante el monumento a Francisco Bolognesi. En la ceremonia estuvieron los nietos del héroe, Enrique, Augusto y Alberto Bolognesi. El mío fue un conato de interpretación de la batalla en el morro de Arica. Ahí está la primera muestra escrita de mis preocupaciones por la historia del Perú. [...]

Estuve muy lejos de haber sido el primer alumno de la clase. Hubo dos cursos en que cierta forma de favoritismo me ayudó: el de Física, y el de Trigonometría. Yo no llegué a entender la Trigonometría; pero, consciente de que no la iba a

necesitar luego, el profesor me aprobó en esa asignatura. Era nada menos que mi viejo conocido el Padre Vitaliano Berroa, expulsado de Arica por los chilenos algunos años antes. Enseñaba Física, como profesor principal, don Teodoro Elmore con cuya esposa mi familia tenía una relación de parentesco. Elmore era un viejecito menudo, de barba cana y recortada, muy nervioso, lleno de vivacidad, que decía desdeñar la enseñanza de los textos y de las fórmulas que en cualquier momento se podían leer. Lo importante, repetía él, era que los jóvenes aprendieran lo que es la vida, acerca de la cual nos daba consejos paternales: no dejaba, a instancias de alumnos curiosos o burlones, de contar anécdotas de la defensa de Arica en 1880 en la que participó como ingeniero, hecho por el cual había recibido injustas acusaciones. Su auxiliar, Enrique Arnáez, en cambio, se esforzaba en cumplir punto por punto el programa oficial.

Otro profesor muy admirado era Miguel Noriega del Águila con su curso de Química, en el que ponía fervor y conocimiento. Con gran eficacia utilizaba los materiales didácticos tan necesarios en esa enseñanza, mucho mejores que los del Colegio Alemán. El criterio de los muchachos, por lo general, también en Guadalupe, era justiciero para valorizar a quienes "dominaban" la materia y sabían enseñar; aunque, a veces, rompían su compostura en la clase cuando el profesor no se esforzaba en crearla. La tendencia al desorden crecía muy significativamente en las clases sobre el idioma inglés, a cargo de un hombre cuyo valer dentro de la literatura peruana no ha sido apreciado debidamente. En ese curso, en daño propio, nadie aprendía nada. Había escuchado muchos cuentos acerca de la insolencia de los alumnos de Guadalupe pero me encontré con que el docente en plena posesión de sus energías lograba obtener una disciplina casi perfecta, con las limitaciones naturales impuestas por la gran afluencia de alumnos en el salón. En el Colegio Alemán, en una clase que había acabado por no tener más de unos cuantos partícipes, todos nos conocíamos muy bien y cada uno de los maestros sabía cuáles eran nuestros nombres y características. En cambio, en Guadalupe, en aquella época, sentí la impresión de que la gran cantidad de estudiantes impedía, en muchos casos, la identificación personal, si ésta no se había producido a través de alguna circunstancia fortuita.

Había excelentes alumnos en Guadalupe, acaso algunos más estudiosos que los del Colegio Alemán; no faltaban tampoco los muchachos flojos o ineptos en ambos planteles. Los métodos de enseñanza no diferían en lo fundamental. Se basaban en la exposición oral del profesor, que a veces era también un dictado; la toma de la lección o "paso" aprendido en esas notas o del libro de texto, cuanto más literalmente mejor, con excepciones notables. Famoso era el viejo y ya casi ciego profesor Máximo Vásquez en su clase de Geografía cuando pedía "texto, mapa, trazado y paso". Los libros usados en Guadalupe eran, a veces, franceses en traducciones editadas en España: Malet en Historia Universal, Langlebert en Física y en Química. Este detalle parece muy significativo. Otros libros habían sido escritos por los mismos que tenían la responsabilidad de la asignatura pertinente: Montoya en Castellano, Vásquez en Geografía del Perú, Matías Salazar en Matemáticas. No había entonces otro manual de Historia del Perú para todos los años de Media y en Primaria que la última edición de la obra de Wiesse; si bien creíamos que una edición anterior, con pasta roja, la superaba. Muy raramente nos hicieron preparar, aun en los años superiores de Media, salvo Luís Ego-Aguirre, trabajos escritos con alguna contribución propia. En ninguno de los dos colegios existía una biblioteca a donde fuera obligatorio o, por lo menos, voluntario acudir. Los gabinetes de química y física hallábanse, repito, mucho mejor abastecidos en Guadalupe si bien, para hacer uso adecuado de ellos, surgía, otra vez, la dificultad proveniente del gran número de alumnos. El nivel de los profesores peruanos no podía ser considerado entonces, en general, inferior al de los alemanes, según mis recuerdos y en algunos de aquéllos había quizá una aptitud para despertar esa admiración entusiasta del discípulo hacia su maestro, que es una de las más bellas manifestaciones de la adolescencia. En suma, la vida fue para mí acaso más

placentera en el Colegio Alemán aunque con más rígida disciplina; en cambio en Guadalupe tuvo momentos de mayor anonimato y de contacto con grandes grupos de alumnos. Ambas experiencias tan diversas entre sí fueron muy útiles frente a las contingencias posteriores en la vida. En el colegio Alemán quedó formada mi disciplina intelectual, en Guadalupe se acentuó el espíritu peruanista y democrático que aprendí en Tacna.

Dos cosas impregnan inolvidablemente mis recuerdos guadalupanos en relación con el tiempo y en relación con el suelo peruano. Es la primera una mezcla de arrogancia y de humildad, por haberme incorporado a un colegio de tan vieja y hermosa tradición en el país, por haber sido uno más entre los miles de miles de niños que en esas aulas estudiaron y en esos patios jugaron. Aunque sea por la experiencia que viví, apenas un año, he quedado enlazado para siempre a una entidad sustantiva, que seguía y sigue inmutable en lo esencial, mientras pasaban las generaciones y se suceden los hombres. Y tengo, al mismo tiempo, la sensación viva y perenne de que allí, en esos patios y en esas aulas, año a año, hay algo de honda importancia cuando se han juntado, a través de casi un siglo y medio, niños y adolescentes de todas las regiones del Perú y de todas las razas, como símbolo bullente de que, a pesar de todo, nuestro país es una totalidad en el espacio, como también es una continuidad en el tiempo. Y se me ha ocurrido que, durante el año escolar, podrían tener lugar, en forma destacada, dentro de ese colegio y dentro de otros donde análogo fenómeno se realiza, por lo menos un acto o ceremonia o certamen en que se destaque y se acentúe la idea de esa continuidad en el tiempo y de esa totalidad en el espacio, con el homenaje a los guadalupanos más ilustres de todos los tiempos (o a los ex alumnos de otros planteles si se trata de ellos) y al mismo tiempo, a las diversas provincias del país cuyos hijos están o han estado presentes en la tarea común, superando así y fusionando en una síntesis vigorosa las limitaciones de cada época, los particularismos de cada región, la seducción de cada especialidad, y las variantes de cada destino individual. (VH, pp. 153-160)

"La enseñanza produce sus mejores frutos a quien la imparte"

Es un orgullo para mí haber firmado, como Ministro de Educación en 1959, el decreto por el cual, tomando en cuenta su antigüedad y su trayectoria, el Colegio de Guadalupe recibió el título de "Primer Colegio Nacional del Perú".

En 1929, volví fugazmente a este plantel a enseñar Historia del Perú. Carlos Rodríguez Pastor, notable alumno de San Marcos y notable profesor, amigo de las aulas universitarias, tuvo la gentileza de dejarme sus clases de primer y segundo año. Era director de Guadalupe el Dr. César Patrón, y Julio Denegri ejercía la subdirección. Buen amigo de éste, conocí y traté mucho a sus hermanas Manuelita y Carolina, a quienes aprendí a estimar afectuosamente en todo lo que valen. Ya antes, en 1927 y 1928, había enseñado, como otros estudiantes de la Universidad, en colegios pobres. Me inicié en la asignatura de Historia de Límites del Perú en el plantel de Elías Ponce Rodríguez; y abarqué varias más, siempre con bajísimo sueldo. ¡Cuánto se ha hablado en contra del "profesor golondrina", del que enseña en sus ratos perdidos, del que no ostenta un título pedagógico! No conozco de cerca a las generaciones que van saliendo de las Facultades de Educación; pero en el caso de algunos jóvenes a quienes vi en el ejercicio de la docencia a lo largo de aquella época y en el caso mío había para ir a esa tarea unida a un magro estipendio, algo más que diplomas y certificados. Era el nuestro - hablo no sólo en nombre propio sino en el de Jorge Guillermo Leguía, el de Raúl Porras, el de Luís Alberto Sánchez, el de Manuel C. Abastos y de muchos más- un sincero amor a lo que enseñábamos, el ferviente anhelo de dar a los adolescentes una visión viva y directa de lo que en apariencia era árido y monótono, acompañado por el entusiasmo para complementar las clases con lecturas o excursiones, o con las muestras de libros o periódicos o reliquias o grabados, o con las iniciativas para buscar o estimular aptitudes e interés hacia lo estudiado. No en la educación

secundaria en cuyos planteles.

Jamás tuve a mi cargo la Historia de la República, sino en San Marcos utilicé, durante varios años, la ortofónica del gran profesor de Historia del Arte Guillermo Salinas Cossío para tocar *El Ataque de Uchumayo y La Marcha Morán* en un viejo disco que me prestaba Ernesto Alayza Grundy. Poseíamos ese tesoro que no se extinguía y que, por el contrario, la diaria experiencia acrecentaba si bien nuestros nombres no figuraban en diplomas con grados de Pedagogía. En nosotros, se cumplió plenamente aquel dicho según el cual la enseñanza produce sus mejores efectos en quien la imparte. (VH, pp. 160-161)

1.4 La Formación Académica. San Marcos (1919-1927)

La Biblioteca Nacional (1919-1929)

Alumno de la Universidad de San Marcos

A los diez y seis años, terminados los estudios de instrucción secundaria, me matriculé pobre, huérfano y provinciano, en el primer año de la Facultad de Letras en la Universidad de San Marcos. Se había vuelto un valor entendido entre mi familia y yo que ingresaría a esa Facultad. Nunca me suscité a mí mismo ni recibí de afuera interrogaciones acerca de la conveniencia o la inconveniencia, la ventaja o la desventaja de las distintas profesiones.

En el examen de ingreso, presidido por el doctor Mariano H. Cornejo, famoso orador y hombre público, en vísperas entonces de una sobresaliente actuación política, casi fui aplazado. Cornejo me preguntó sobre " varios episodios de la historia contemporánea de Francia. Aludían a Lamartine ya la revolución de 1848 y acaso él se imaginaba en "la inminencia de actualizarlos. Yo no los conocía entonces, pues eran ajenos al cuestionario oficial. Como tantos otros estudiantes, sabía lo que había repasado para el examen y nada más. Sin embargo, obtuve una nota aprobatoria, probablemente por un exceso de indulgencia, y me pude matricular.

Cuando transito en Lima por las calles vecinas al Parque Universitario, hoy tan deteriorado, me sale todavía a recibir la bandada de los recuerdos de aquellos días iniciales en San Marcos. Pocas veces he sentido en la vida tanta satisfacción. No obstante mi anonimato, era algo así como la entrada en la mayor edad, la ruptura con las limitaciones y los constreñimientos de la infancia. San Marcos no nos recibía con afecto particular. Por el contrario, presentábase en actitud indiferente o fría y en nada nOS orientaba o estimulaba. El deleite provenía del hecho mismo de asear por esos claustros históricos tan llenos de un peculiar encanto del encuentro brusco con numerosos muchachos de todos los colegios de Lima y de muchos de provincias con aficiones similares de la entrada en el mundo de la cultura, de la acción, de la libertad, ilusiones, proyectos, arrogancias. [...]

Por haber ingresado a la Universidad a los diez y seis años hice algunas cosas locas o necias, y dije otras que merecen igualo peor calificativo. Escribí demasiado con abuso, muy generalizado de facilidades ilusorias. No creo, sin embargo, haber hecho, entonces o más tarde, nada malo deliberadamente. Intenté trabajar, y proceder lo mejor que pude. Y dentro de mis errores juveniles no estuvo el de rehusar las lecciones de la experiencia. Hice todo lo que estuvo a mi alcance por asimilar el dolor. No fui sordo para atender razones. Y aunque orgulloso, por lealtad a voces ancestrales, fui modesto. Tuve o procuré tener siempre, y a mi manera, un criterio propio así como respeto por los verdaderos valores intelectuales, espirituales o de la conducta. Nunca pretendí ser un apóstol pero siempre anhelé pensar y actuar como hombre justo.

El primer año de Letras tenía entonces cuatro asignaturas: Psicología, Historia

de la Literatura Antigua, Historia de la Literatura Castellana e Historia de la Civilización Antigua. En todas ellas el método se reducía a las lecciones-conferencias.

La cátedra de Psicología hallábase a cargo de un joven muy dinámico y entusiasta, muy metódico y claro en sus exposiciones y exigente en sus demandas de temas y trabajos de clase: Ricardo Dulanto. El curso de Historia de la Civilización Antigua, con el doctor Horacio Urteaga como profesor, si bien era de tipo escolar y (según comprobé posteriormente) ajeno a las investigaciones más nuevas, nos parecía ordenado e interesante, en comparación con otros y tomando en cuenta lo que habíamos olvidado del colegio, si alguna vez lo aprendimos. La Literatura Antigua nos deparó sólo aburrimiento al escuchar las explicaciones del doctor Antonio Flores, un anciano que nos parecía hallábase a bastante distancia de la belleza clásica.

En cuanto a la Literatura Castellana, la enseñaba un profesor famoso en toda la Universidad: el doctor Manuel Bernardino Pérez, el "Burro". La figura de Pérez resulta inolvidable. Menudo, obeso, achaparrado, con una apariencia de hipopótamo, el rostro redondeado, con las mejillas caídas, parecía como con grietas y hubiera dado una sensación de pesadez si los ojillos vivos, que siempre parecían reír para adentro, no revelaran, a pesar de todo, aire de inteligencia y de sutileza. Lento en los movimientos, al parecer con más años de los sesenta y cuatro a los que había llegado cuando lo conocí, vestido con trajes anodinos y oscuros, grave la voz como nacida más abajo de las cuerdas vocales, no parecía el personaje que en realidad era. (VH, pp. 177-180)

EL AMBIENTE ESPIRITUAL E IDEOLÓGICO DURANTE NUESTRA ÉPOCA ESTUDIANTIL

Los años en que fuimos estudiantes sirvieron como un ambiente propicio en el que fueron emergiendo muchas ideas y orientaciones nuevas. Nuestra juventud no correspondió a una época pacífica y optimista tal como sucediera en los felices años iniciales del siglo XX. Recibimos, de un modo u otro, las influencias de la post-Guerra Mundial, de la Revolución' Mexicana y de la Revolución Rusa. Nos golpeó, súbita e inesperadamente, la gran depresión que sacudió al sistema capitalista, iniciada en la bolsa de Nueva York en 1929. Nos tocó ser testigos de la crisis de la democracia liberal que generó mundialmente los grandes movimientos intelectuales y de masas del comunismo, del fascismo y del nacional-socialismo: En los últimos años de nuestra vida estudiantil y en los primeros que siguieron a nuestros grados universitarios, seguimos con enorme inquietud y honda curiosidad el proceso de la descomposición de la monarquía e España y las señales que anunciaban la posibilidad de la república en es país. Y en lo que al Perú atañe, toda nuestra adolescencia y toda nuestra, primera juventud estuvieron indisolublemente ligadas a las crisis del régimen político y social instaurado en 1895 y deshecho en 1919 ya las etapas de surgimiento, lucha, apogeo, envejecimiento y colapso del leguiísmo, fenómeno político-social del que he de ocuparme en otro capítulo.

Esos fueron nuestros marcos generacionales específicos e intransferibles. Los acontecimientos acaecidos alrededor nuestro nos envolvieron y nos oprimieron; y ante ellos, muchos reaccionamos con entusiasmo o con violencia y, más tarde, con angustia o disgusto. (VH, pp. 272-273).

EL REFORMISTA UNIVERSITARIO

El día 26 de junio de 1919, leímos en el diario *La Razón,* que dirigían José Carlos Mariátegui y César Falcón, un artículo sobre el mal estado de la enseñanza en la Universidad, seguido por una serie de ágiles y agudas semblanzas de los profesores del primero y del segundo año de Letras. Ellas coincidían, en lo esencial,

con nuestras propias observaciones. Por los patios vi a un hombre pequeño de estatura, de rostro irónico, que encontré siempre el mismo a pesar de los años: Humberto del Águila. Decía que él y un grupo de estudiantes de Jurisprudencia habían iniciado la campaña y que era preciso luchar por la "reforma universitaria". Apenas empezaron los artículos de *La Razón* de ese día y los siguientes que con tanta franqueza, sencillez, claridad y gracia presentaban las deficiencias de los profesores, hubo una reunión en casa de un prestigio so alumno del segundo año de Letras: José León y Bueno. Allí acudió otro de los autores de esta audaz empresa, Raúl Porras Barrenechea, verdadero inspirador de ella. Bajo su dirección colaboraron Humberto del Águila y Guillermo Luna Cartland. Por nuestra propia voluntad, resolvimos convocar una asamblea de estudiantes de la Facultad de Letras el 28 de junio Con la finalidad de solicitar la renuncia de los catedráticos Antonio Flores y Manuel Bernardino Pérez en el primer año y de Constantino Salazar en el segundo. No nos solidarizamos, en cambio, con las críticas de *La* Razón a Horacio H. Urteaga porque, recién llegados de la educación secundaria, nos pareció que era un catedrático claro y ameno en sus lecciones y, sobre todo, porque era, según creíamos, muy difícil improvisar la enseñanza de la historia de la antigüedad. Acordamos también formar un comité de reforma universitaria. A Salazar no lo conocí; pero he oído que, triunfante la reforma de 1919, entre quienes lo reemplazaron en la misma asignatura hubo quienes no mejoraron su enseñanza.

Fue un gesto de audacia de unos cuantos y de inercia de muchos. Pudo haber sido detenido y cortado. Sin embargo, la asamblea se llevó a cabo; nadie se opuso a las mociones reformistas; y el comité quedó elegido para dirigir el movimiento estudiantil, bajo la presidencia de Jorge Guillermo Leguía, alumno del tercer año de Letras, con personeros de los distintos años. Fueron ellos Leguía y Luís Alberto Sánchez por el tercer año; José León y Bueno, Ricardo Vegas García y Manuel Seoane por el segundo año; Alberto Fuentes Llaguno, Jacobo Hurwitz y yo por el primer año. Para la secretaría de este improvisado organismo fueron nombrados Manuel Seoane y Ricardo Vegas García. El padre de Manolo acababa de jubilarse en la cátedra de Literatura Antigua, una de las tachadas por nosotros, es decir sin ingerencia de nuestro camarada.

Me correspondió formar parte de la comisión que se dirigió al domicilio de Manuel Bernandino Pérez, con la finalidad de cumplir con el encargo de solicitarle su renuncia. Sin duda, él ya había sido informado del objeto de nuestro pedido de audiencia. Nos recibió en su modesta casa en la calle Filipinas -la de él, uno de los más importantes personajes del régimen político imperan te- dentro de una actitud de exquisita cortesía. [...] El "Burro", en evidente contradicción con su apodo, nos respondió muy amablemente, y con lenguaje despacioso, que la solicitud que le ha-cíamos era muy delicada y que necesitaba consultar con el Decano de la Facultad, Alejandro O. Deustua. Una actitud de evasiva similar hallaron los visitantes de don Antonio Flores. Otra comisión no logró, a pesar de su tenacidad, entrevistarse cancel doctor Salazar. El movimiento estudiantil de la Facultad de Letras halló eco favorable por cierto, en el diario *La Razón* y en otro diario, *La Actualidad.* También, por medio de artículo; firmados, expresaron sus simpatías por el doctor Carlos Enrique Paz Soldán en *La Crónica* del 29 de junio y Ezequiel Balarezo Pinillos en *La, Prensa.* Un editorial de este mismo periódico, sin embargo, el 2 de julio después de interpretar lo ocurrido sólo como un conflicto personal con tres catedráticos, censuró a los estudiantes y se manifestó favorable a alguna solución "compatible con la dignidad herida de antiguos y respetables maestros"; si bien, al mismo tiempo, aconsejó a quienes elaboraban entonces la nueva ley de enseñanza que incorporaran en ella el principio de la renovación periódica de las cátedras. [...]

Ya el 4 de julio se había producido la sublevación que llevó al poder *a* Augusto B. Leguía y derrocó al régimen de José Pardo. Este acontecimiento fue una ayuda decisiva a la causa estudiantil. La campaña de *La Razón* prosiguió. Las tachas en las distintas Facultades fueron seguidas por otras y empezaron a organizarse en

cada una de ellas, con dos delegados por cada uno de los años de estudios, comités cuyo objetivo era lograr la victoria del movimiento reformista. Todos ellos se agruparon luego en un Comité Central cuya presidencia fue encomendada a José Manuel Calle. Entre los miembros de este grupo recuerdo a Raúl Porras, Manuel C. Abastos, Elías Lazada Benavente, Ricardo Jeri, Carlos Ramos Méndez y David Pareja, por Jurisprudencia; a Víctor Raúl Haya de la Torre por Ciencias Políticas; a Eleazar Guzmán Barrón y a Juan Francisco Valega por Medicina; a Abel Rodríguez Larraín y Rodriga Franco Guerra por Ciencias; a Federico La Rosa y Raúl Iparraguirre por Odontología; a Oscar Rojas, Félix Mendoza, Luis Payet por Farmacia. [...]

La reforma de 1919 no estuvo, pues, infiltrada por la politización. Implicó, en realidad, una protesta contra lo que entonces se calificó como "esclerosis de la docencia". Sus postulados principales afirmaron la necesidad de elevar el nivel de la enseñanza, de jubilar a los catedráticos vetustos, de poner límites al derecho de propiedad sobre las cátedras, que era *ejercido sin* atender el transcurso del tiempo y de atraer a los jóvenes. Dentro de este último propósito los memoriales estudiantiles demandaron la creación de la cátedra libre y el establecimiento de concursos. También se planteó entonces el derecho a la libre *asistencia* a las clases; la enseñanza práctica, aplicada y técnica a través de laboratorios, museos e instrumental adecuados; la orientación nacionalista en los estudios; la *incorporación* de graduados *elegidos* por los estudiantes al Consejo Universitario; y la extensión de los *conocimientos* a *quienes* vivían en planos sociales inferiores. [...]

El Comité de Reforma, después de largos debates, aprobó los catorce puntos que fueron incluidos en el memorial al Consejo que regía San Marcos. Fueron éstos: la orientación nacionalista de los estudios; la provisión de las cátedras por concurso; la supresión de las adjuntías, de la listas de clase y de los premios; el establecimiento de la cátedra libre en su forma más amplia; la supresión de las inútiles pruebas de los grados doctorales y su reemplazo por otra de carácter práctico; la publicación de programas analíticos de todos los cursos con las debidas fuentes bibliográficas; la participación de delegados de los estudiantes en el antedicho Consejo y en los consejos de las Facultades; el examen por balotas; la creación de bibliotecas y de campos deportivos; el envío de alumnos y de profesionales al extranjero; el aumento de sueldo a los catedráticos y la sepa ración de los tachados en cada una de las Facultades.

El Consejo Universitario alegó que carecía de atribuciones para intervenir en asuntos internos de ellas y manifestó la esperanza de que la nueva ley de enseñanza podía ser la solución. El movimiento de reforma parecía que fracasaba y así lo creyeron muchos jóvenes que antes había demostrando entusiasmo ante él, con mayor razón, los escépticos desde el principio. [...]

Independientemente de las gestiones que hicieron el Comité General de Reforma ante el rector Javier Prado y la Federación de Estudiantes bajo el comando de Haya de la Torre con el Presidente Leguía después de la renuncia de Hernando de Lavalle, similares ajetreos efectuó por su cuenta, el comité estudiantil de Medicina. Juan Francisco Valega (cuyas informaciones recojo aquí sumariamente) recuerda que Leguía, e las entrevistas ya mencionadas, estuvo dispuesto a solucionar el conflicto mediante un decreto y así lo hizo.

Grande fue la trascendencia del cedrito de 20 de setiembre de 1919 firmado por él junto con el Ministro Arturo Osores. Estableció en la Facultades cátedras libres, previa aprobación del Consejo Universitario: ordenó que ellas fuesen otorgadas a quienes, provistos de los requisitos de la ley para ser catedráticos solicitaran dictar un curso correspondiente al plan de estudios; advirtió que este permiso no se daría sin el requisito de un programa analítico y duraría un año con posibilidad de una ratificación, si bien era viable también cancelarlo en cualquier momento; dio al solicitante el recurso de apelar al Consejo Universitario si la

Facultad negaba su solicitud; estableció que las cátedras libres percibirían igual renta que las principales y que esa renta sería abonada por el gobierno con cargo a la partida de extraordinarios del pliego III del Presupuesto General de la República, mientras se consignara una partida especial; ordenó que los delegados elegidos por los alumnos formaran parte del Consejo Universitario, siempre que fueran doctores en alguna Facultad y que tuviesen un mandato de dos años sin derecho a un nuevo mandato; entregó el reglamento para dicha elección al Consejo Universitario; suprimió las listas; y autorizó al mismo Consejo a resolver los demás puntos del litigio.

Con el establecimiento de la cátedra libre quedaba satisfecha la exigencia cardinal del movimiento: la separación de los profesores tachados a través de la cátedra libre. Parecían sancionadas, además, sus principales reclamaciones: asistencia libre, participación en los consejos, supresión de premios y otras. (VH,pp. 185-196)

EL CONVERSATORIO UNIVERSITARIO DE 1919

Insistentemente, alguien había esparcido la versión de que la reforma de 1919 tenía como origen la voluntad de no estudiar. Ocurría, sin embargo, que varios de los dirigentes de la reforma como José Guillermo Leguía, Luís Alberto Sánchez en Letras, Raúl Porras Barrenechea y Manuel G. Abastos en Jurisprudencia, no sólo eran buenos alumnos sino que estaban empezando a realizar valiosas investigaciones por su cuenta. Aquellos trabajos efectuábanse dentro del campo de la historia del Perú. Al aproximarse la fecha en que debía conmemorarse el, centenario de la Independencia, un grupo de jóvenes "reformistas" bajo el comando de Porras decidió organizar el Conversatorio Universitario para presentar, a través de una serie de conferencias que podían ser seguidas por debates públicos, sus puntos de vista acerca del ambiente que precedió y que rodeó a la Emancipación. La primera de estas actuaciones tuvo lugar cuando Leguía leyó su trabajo acerca de Lima en el siglo XVIII. Ocupó el segundo turno Porras con su brillante monografía concerniente a José Joaquín de Larriva. En tercer lugar habló Sánchez acerca de los poetas de, la Revolución, con nuevos aportes sobre el tema. La cuarta conferencia correspondió a Abastos y versó sobre los factores ideológicos que integraron el ambiente de aquella época. En fecha posterior, Porras publicó un trabajo sobre el desembarco de la expedición libertadora en Pisco, que, también puede incluirse en el ciclo del conversatorio. La orientación de estas monografías no fue reaccionaria. No cayeron en la nostalgia colonialista, ni en la retórica patriotera, ni en el negativismo cerrado. Un liberalismo crítico e independiente las definió. (VH, pp. 204-205)

EL CONGRESO DE ESTUDIANTES DEL CUZCO

Una de las secuelas de la reforma y de su éxito legal fue el primer congreso de estudiantes reunido en el Cuzco en marzo de 1920, bajo los auspicios del régimen de Leguía. Continuaba ejerciendo entonces la presidencia de la Federación de Estudiantes Víctor Raúl Haya de la Torre. [...]

El derecho de asistir a esta asamblea se obtenía en el caso de ejercer una delegación de los alumnos de una Facultad, o de presentar un estudio sobre algunos de los temas que fueron expresamente señalados. Yo decidí hacer una pequeña monografía sobre la tacha y la huelga estudiantil. Intentaba reglamentar algo que difícilmente resultaba "reglamentable", pues, en verdad, se mueve dentro de corrientes multitudinarias. El tema obtuvo un dictamen aprobatorio y quedé así premunido con el título de congresista. [...]

Salimos del Callao el 5 de marzo en el barco *Urubamba.* Viajaron con nosotros el Rector de la Universidad del Cuzco, Alberto Giesecke, el "Maestro de la Juventud

del Cuzco", Epifanio Álvarez y Luís E. Valcárcel. El congreso se instaló el 11 de marzo con una barra hostil, por haberse producido divergencias con los universitarios cuzqueños acerca de su organización. Haya pronunció una vibrante arenga en tan difícil momento. Los estudiantes de la imperial ciudad nombraron a sus delegados en una lista encabezada por Manuel González Pino. [...]

Los temas discutidos y sus ponentes fueron: "Bases para la organización de la Federación de Estudiantes" (Porras), "Reforma de la enseñanza (Guzmán Barrón) “Orientación de la literatura nacional" (Porras) Cumpliendo los deberes cívicos (Roldán), "Acción cultural de la Federación de Estudiantes" (Carvallo); "La Federación de Estudiantes y el pueblo" (Gómez), "El regionalismo y su orientación como factor de unidad nacional" (Gil), "Las enfermedades regionales y su profilaxis (Guzmán Barrón), "Cultura eugénica moral y física del estudiante" (Avendaño), "Alcoholismo, cocainismo, tóxicos, y alcaloides" (Luna Cartland), "Orientación de la educación indígena" (Galván). El tema "La solución de los conflictos estudiantiles" quedó, como he dicho, a mi cargo.

Fue aprobado el proyecto de Porras acerca de la reforma de la Federación de Estudiantes a base del sufragio indirecto, previa elección de centros federados por cada Facultad, con voto secreto y obligatorio y representación proporcional. Una resolución específica auspició la intervención doctrinaria de la Federación en la política. Otro acuerdo negó valor a los actos de las asambleas generales de estudiantes, declarando que eran admisibles sólo las asambleas parciales para asuntos propios de las distintas Facultades.

El congreso abogó, además, por un sistema educativo organizado en el Perú bajo la supervigilancia de una entidad autónoma, el Consejo Nacional de Educación; por la descentralización de este ramo; por la reposición de los inspectores provinciales; por el servicio médico escolar; por una adecuada escala de sueldos para los maestros, por la creación de una Facultad de Educación con el objeto de preparar al personal docente en los colegios de instrucción media; por la creación de las Facultades de Farmacia, Ciencias Químicas Y Odontología Y de un Instituto Politécnico también autónomo. [...]

Con mis diez y siete años apenas cumplidos, fui el más joven de todos los delegados al congreso del Cuzco. Mi tema fue criticado por la comisión que lo estudió, cuyos miembros fueron -si no me equivoco- Morey, Weiss y Alvarado Garrido. Encabezó a los amigos que me defendieron Raúl Porras, si bien él expresó claramente su disgusto cuando, en uno de mis discursos, rendí homenaje a los heroicos estudiantes de Medicina. Quedó reconocida la legitimidad del derecho de huelga como medida extrema. Era natural que este asunto tuviese un fuerte sentido controvertible. Se propició la representación estudiantil en las *Juntas* de catedráticos en la persona de un egresado y de dos en el Consejo Universitario. Estableciéronse pautas para el arreglo directo y el arbitraje como posible solución en los casos de conflictos originados en las aulas y fueron también reglamentados los problemas inherentes a las huelgas. Teóricas e ingenuas normas pero reveladoras de un criticismo de la vida universitaria que no degeneraba en simples negaciones o en feroz voluntad destructiva de la institución y de la convivencia académica. Era la búsqueda atípica de un consenso que abría la puerta a la crítica, ignorante de las interferencias feroces que provienen del sectarismo y de la consigna. (VH, pp. 207-212)

¿QUÉ DEBO A LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS?

Al recordar, muchas veces fuera del Perú, a la Universidad de San Marcos, me he preguntado con frecuencia: ¿Qué fue lo que dio para mi formación intelectual y qué no me llegó a suministrar?

Hablo, por cierto, desde el ángulo muy limitado, de uno, entre los muchos

estudiantes en el período de 1919 a 1927 y como uno entre los muchos catedráticos entre 1929 y 1930 Y 1935 a 1956. Distinto puede ser, lógicamente, el punto de vista ajeno en otros períodos o dentro de la misma época, en armonía con lo que haya vivido o buscado u obtenido cada individuo, según sus objetivos fundamentales, o su vocación, o sus peripecias.

En primer lugar, habría que considerar a la universidad como un conjunto: clases, estudios, amistades, ambiente. Es decir, las enseñanzas y las sugerencias, la universidad como punto de partida. Dentro de ese sentido, creo que de ella proviene la mayor parte, en todo caso la mejor y la peor parte de mi primera formación. No obstante las reservas que haya que hacer porque sólo suministró en desigual intensidad, y a veces con notorias deficiencias, conocimientos y perspectivas y estimuló contradictorios intereses, entusiasmos o preocupaciones, la casona del Parque Universitario dejó una huella imborrable en mi vida y en mi espíritu. Me suministró el lugar de reunión donde llegué a conocer a buena porción de la gente inteligente del país, donde alcancé a leer imprescindibles libros y donde tuve múltiples ocasiones de hallar amigos dilectos y de charlar con ellos.

Entonces no había una Facultad o Sección de Educación y tan sólo una cátedra de Pedagogía dictada por Luís Miró Quesada, en la que recogí mis primeras ideas en torno a doctrinas y tendencias educacionales históricas Y contemporáneas Y acerca de la evolución del sistema educativo en el Perú. En mi tiempo, por lo demás, no hubo cursos de especialización en la técnica o en la metodología histórica. Tampoco las hubo de teoría de la historia, filosofía de la historia, historia de la historiografía, bibliografía, paleografía u otras análogas.

Por otra parte, es cierto que no surgió obstáculo serio para que pudiese yo, inmerecidamente, enseñar en la Facultad de Letras desde 1928, sino, por el contrario, apoyo visible bajo dos puestos regímenes universitarios. Tal ayuda se reiteró en la Facultad de Derecho en 1931 y 1935. Así recibieron mis entusiasmos juveniles que no quisieron acordarse de mi situación económica personal y familiar, una coyuntura, una oportunidad y algo más, casi la creación de un deber perentorio para seguir y ahondar investigaciones, ganar experiencias y estudiar más. Obstáculos y asechanzas, a veces feroces, surgieron paradojalmente sólo después, cuando avancé en edad, en obra, en madurez y acaso en importancia y en temibilidad frente a los intereses de otros.

Ignoro cuál sea la visión del mundo cultural que obtenga ahora o la que haya obtenido en el pasado correspondiente a mis lejanos años de estudiante quien pertenezca o haya pertenecido a un *college* norteamericano, a una Facultad de Letras europea o a sus equivalentes en América Latina. En lo que a mí respecta, debo confesar que si la finalidad de la etapa preprofesional de la educación universitaria fue ofrecer una idea básica o de conjunto sobre el mundo actual, sus características y sus orígenes, sólo llegó a cumplirse muy imperfectamente. [...]

Con demasiada frecuencia no fuimos orientados suficientemente hacia el manejo, el examen y la crítica de los textos originales, o hacia la información suministrada por las fuentes mismas. Acaso de las grandes universidades europeas o norteamericanas tampoco se egrese con una carencia de ideas claras de conjunto acerca del mundo, la vida y la cultura. Pero tal vez esas instituciones contribuyan a dar algo que la nuestra no me suministró y que traté de adquirir más tarde: una técnica del trabajo intelectual, un método para reunir, clasificar, valorizar y utilizar los materiales de información, un criterio para distinguir entre lo auténtico y fundamental y lo simulado o improvisado en la vida y en los libros.

No nos ofrecieron desde la cátedra una imagen sobre la situación del indio; en torno a los porcentajes de analfabetismo ya las deficiencia en la nutrición y en la vivienda de nuestros hombres, mujeres y niños problema que algunos médicos como Rómulo Eyzaguirre, Leonidas Avendaño y otros señalaron a comienzos del siglo XX; acerca de las verdaderas condiciones en el trabajo de los obreros a pesar

de las leyes de Manzanilla; a propósito de los dramas angustiosos afrontados por las clases medias y de los hondos desniveles económicos y sociales aquí existentes; sobre las prácticas devoradoras efectuadas por los capitalismo imperialistas extranjeros en nuestro pasado y, con más intensidad, en nuestros días. Todo ello pudo analizarse delante de nosotros y con nosotros, dentro del marco de un criterio objetivo y en una actitud de realismo que tratase de acercarse al rigor científico, ayudándonos a documentarnos, a investigar y a formar libremente nuestras propias opiniones. Pero, vulnerables, tuvimos que percibirlo gradualmente, a lo largo de los años, entre avances y retrocesos, asechados o corroídos por los apasionamientos políticos de radicales tendencias; y ése fue el aporte que, de un modo u otro, con errores o aciertos, empezó a dar nuestra generación y que se acentuó en las que vinieron después. [*]

El tremendo empirismo de la Universidad en la que me formé tuvo una de sus manifestaciones más claras en el hecho de que ella vivió muy lejos de algunas de las especialidades absolutamente necesarias en el tiempo actual: las de economista en sus distintas ramas, antropólogo, psicólogo, sociólogo, lingüista, experto en planificación y otras más. En nada o en ínfimo grado sirvió para ayudar a que surgiera aquella figura – la del tecnócrata – que debe transformar gracias principalmente a los becarios en universidades extranjeras, al Estado empírico tradicional (VH, pp. 265-272).

LA PRIMERA PRISIÓN

El 5 de junio de 1927 el gobierno de Leguía anunció haber descubierto una conspiración comunista. Varios dirigentes estudiantiles y obreros fueron detenidos y llevados a la isla de San Lorenzo. José Carlos Mariátegui quedó preso en el hospital militar de San Bartolomé y se anunció la clausura de su revista *Amauta.* Desde el hospital-cárcel donde se hallaba ignominiosamente detenido, José Carlos envió cartas de defensa que, a pesar del escándalo causado por el incidente y de la sumisión o de la autocensura dominantes en torno al régimen, publicaron El *Comercio, La Prensa* y *La Crónica.*

Contra lo que se dice en un libro por ahí, nunca fui partidario de la candidatura de Germán Leguía y Martínez. En cambio, puede clasificárseme por entonces como estudiante antigobiernista desde 1924. Llegué a ser perseguido durante algunos meses y llevado a la comisaría del Parque Universitario más de una vez.

En otra oportunidad, en ese año o el siguiente, cuando intervenía en una velada en la Federación de Choferes, en el barrio de la Victoria como emisario de la Federación de Estudiantes, llegó de improviso la policía y tuvimos que escapar todos los oradores por los techos. Pero desde 1925 no actuaba en cosas de este tipo, si bien nada había querido aceptar del régimen leguiísta al volver délas jornadas plebiscitarias de Tacna y Arica en 1926, pese a los vínculos de familiares míos con Leguía y a las instancias que recibí de algunos influyentes señores para que entrara en el servicio diplomático.

[*] Generalmente se atribuye la suscitación de esta inquietud tan característica en los años 20 sólo a Haya de la Torre y a Mariátegui. En lo que a mí atañe y dentro de mi condición de limeño adoptivo (sin incidir, por eso, en los movimientos intelectuales de Cuzco, Puno Trujillo o Arequipa), mencionaré otras figuras. De la agitación indigenista anterior a la guerra de 1914-18 provino Pedro Zulen, a cuya memoria están dedicadas más adelante algunas páginas devotas.

El pensamiento muy avanzado hasta lindar con el radicalismo que pudo existir en los mejores partidarios de Germán Leguía y Martínez en 1924 y que la persecución política detuvo, se modernizó y acentuó en Abelardo Solís, ejemplar camarada mío de innumerables jornadas bohemias, autor del Libro *Ante el problema agrario peruano;* y en Hildebrando Castro Pozo, cuya magra y peculiar silueta de mestizo piurano, dueño de una innata nobleza, también aparecerá aquí, si bien demasiado brevemente. Por último, no puedo olvidar a César Antonio Ugarte, autor de una valiosa tesis sobre las comunidades indígenas y colaborador de Amauta, de quien me hice muy amigo en 1930 y en 1931. Los tres -Ugarte, Solís y yo, quisimos en vano buscar la formación de un amplio frente progresista para las elecciones de 1931.

Conversaba por teléfono en la Biblioteca Nacional con una amiga la tarde en que llegaron dos investigadores a buscarme. Otro empleado de aquel establecimiento se acercó, antes de que colgara el fono, a pedirme que escapase por uno de los pasadizos. Creí que se trataba de un insólito alarmismo y me dirigí hacia los visitantes preguntándoles qué se les ofrecía. Respondiéronme que el Prefecto de Lima deseaba conversar conmigo. "¿Quiere decir que estoy detenido?", pregunté con ingenuidad. Me aseguraron que no, que sólo se trataba de aclarar un asunto relacionado con unas cartas llegadas a mi nombre desde el extranjero. Fui con ellos a la comisaría de Santa Ana y quedé encerrado en un cuarto hasta las diez de la noche. Fue esto a los veinticuatro años mi primera cita con el Estado peruano. De Santa Ana me llevaron en un camión con rejas en la puerta trasera a uno de los grandes calabozos de la intendencia, donde encontré como a diez o doce presos, algunos por delitos comunes. Sería medianoche cuando me pusieron junto con un joven obrero, cuyo nombre he olvidado, en otro vehículo y fuimos conducidos al Callao; y de allí, en una lancha especial, ya en la madrugada, a la isla de San Lorenzo. [...]

Los meses en que me tocó estar en la isla correspondieron a una época de "baja" similar a las que tienen ciertos hoteles en las estaciones en que el clima no es propicio, o a las que surgían, hasta hace poco tiempo, en ciertas líneas de transportes marítimos durante los meses de invierno. Aparte de los estudiantes y obreros, los presos eran unos cuantos recalcitrantes opositores del gobierno. Habían pasado por allí en otros momentos verdaderas procesiones de altos personajes de la vida política, económica y social del país: banqueros, industriales, comerciantes, catedráticos universitarios. En su mayoría eran personajes de la oposición civilista. Uno de los presos, Rafael Belaúnde, al ingresar a la isla, sorprendió a sus carceleros y a sus compañeros de infortunio porque gritó "¡Viva Piérola!" [...]

Mucha gente se interesó por mí desde el primer momento. Intervinieron ante el presidente Leguía grandes figuras de la época plebiscitaria como el doctor Anselmo Barreta y el general José R. Pizarro, senador por Tacna. La sociedad de tacneños, ariqueños y tarapaqueños, por medio del más alto personero, el doctor Ángel Parodi, actuó por su lado con gran su existencia.

Sin embargo, continué viviendo en la isla durante algunos meses, por fin, inesperadamente, una mañana se me notificó que me embarcara en la lancha que debía regresar al Callao, a eso de las once de la mañana. En el muelle me esperaba un investigador y en su compañía silenciosa viajé a Lima en un ómnibus hasta la Plaza de Armas. [...]

¿Por qué fui apresado en 1927? ¿Por qué fueron apresados José Carlos Mariátegui Y el grupo de estudiantes y de obreros en ese mismo momento? Más tarde escuché diversas interpretaciones de estos hechos. Decían unos que por luchas internas dentro del leguiísmo, a veces feroces si bien la gente común las ignoraba; un grupo de políticos o de funcionarios en el servicio de investigaciones empleó en varias oportunidades el método de afianzar o apuntalar sus cargos o ascender en ellos simulando que descubría conspiraciones, en este caso una de tipo comunista. Por primera vez, creo, se hizo el empleo in escrupuloso del temor o del recelo contra el extremismo de izquierda, sin que se percibiera una agitación estudiantil, o un estado de efervescencia colectiva. [...]

No faltó quien dijera que se trató de cortar los planes ya en marcha para formar una entidad sindical muy poderosa en Lima, así como una empresa editora y una cooperativa estudiantil-obrera anexas a la revista *Amauta.* [...]

No faltó quien sostuvo que medió en este asunto la ingerencia resuelta de la Embajada de Estados Unidos, pues se acababa de publicar un número de la revista *Amauta* con varios artículos adversos a la penetración norteamericana acentuada en América Latina entonces. Uno de esos artículos era mío. Se titulaba "Mientras

ellos se extienden" e incluía una referencia al problema con la International Petroleum. Lo que dije allí entonces, inclusive la referencia al petróleo de Talara, lo sigo pensando ahora y lo repetí en mi *Historia de la República;* si bien en épocas posteriores logré el privilegio de conocer muy de cerca la vida estadounidense y de admirar las cualidades de la gente buena que en ella abunda.

Por lo demás, los ciudadanos podían ser llevados a la isla de San Lorenzo por las razones más variadas. Unos por conspirar. Otros porque podían pensar en eso. Otros por mantener correspondencia con desterrados: Otros por venganzas e intrigas de funcionarios mayores o menores, a veces inspirados no en motivos políticos sino hasta en algún caso por afines amorosos para descartar a algunos maridos o amantes. Hubo, quien cayó preso por hablar demasiado.

Al recobrar la libertad en 1927 descubrí que lejos de haberme hecho daño la prisión, me daba importancia, me suscitaba simpatías entre la gente que se caracterizaba por su animadversión al gobierno. (VH, pag, 281-290)

De alumno a maestro

EL PROFESOR MÁS JOVEN DE LA UNIVERSIDAD (1928)

Después de que me gradué de doctor en la Facultad de Letras con una tesis sobre la historia social de la República que años más tarde, desapareció en forma misteriosa, un grupo de miembros del cuerpo docente auspició, a comienzos de 1928, mi nombramiento como catedrático en la asignatura monográfica de Historia del Perú, vacante por la ausencia de Riva-Agüero. [...]

No pasó mucho tiempo y fue promulgado el Estatuto Universitario obra del Ministro de Instrucción Pública Pedro M. Oliveira. Este maestro sanmarquino quiso auspiciar, domesticar y evitar que crease dificultades al gobierno de Leguía, en un momento de apogeo de éste, el anhelo de reforma siempre latente. Su estrategia fue muy hábil. Buscó, después numerosas consultas, a las individualidades que consideró más apta sin dejarse llevar por razones políticas, para que ocupasen las nuevas cátedras o para los que resultaron vacantes cuando se trataba de enemigo del leguiísmo, a veces no muy altamente cotizados en el mundo académico. En la Facultad de Letras hizo decano a José Gálvez, nombramiento feliz aunque suscitó la cólera irreconciliable de algunos sectores muy poderosos. Esta reacción fue injusta, porque, de todos modos, habría nombrado un nuevo decano en Letras y dentro de esa situación sin medio, Gálvez era preferible a cualquier improvisado. Entró, entonces en nuestra Facultad un grupo muy distinguido de catedráticos jóvenes, entre ellos Raúl Porras Barrenechea, Guillermo Luna Cartland, Manuel G. Abastos, Enrique Barboza, Julio C. Chiriboga, Carlos Rodríguez Pastor. Al año siguiente ingresó José Jiménez Borja. Fue creada - ¡algo inverosímil en 1928! – La Facultad de Ciencias Económicas bajo el Decanato de Abraham Rodríguez Dulanto, con figuras como Erasmo Roca, antiguo “germancista” exiliado en 1924, Emilio Romero y otros. [...]

Bajo el Decanato de Gálvez, la Facultad de Letras adquirió un gran dinamismo. Apareció la revista de este nombre: *Letras.* Editáronse los programas razonados de gran parte de las asignaturas. Oliveira vaciló antes de ratificar el nombramiento hecho en mi favor pocas semanas antes; hubo un personaje altamente colocado en Palacio de Gobierno, más tarde gran amigo mío, que me consideró sujeto indeseable. Con un alumnado muy selecto, tanto en 1928 como en 1929 y en 1930, no sólo dicté las llamadas "clases-conferencia" sino pedí y obtuve con facilidad que jóvenes entusiastas hicieran investigaciones propias y leyesen los resultados de ellas ante nuestro auditorio. Más de una vez llamé a Gálvez, hombre muy bien enterado acerca de la historia republicana, con el objeto de que presidiera y tomase parte en aquellas actuaciones, y ellas terminaban en animados debates.

Mi objetivo fue iniciar el estudio de la historia de las ideas y de la historia social

en el Perú del siglo XIX. No tardó mucho tiempo y llegué a darme cuenta de que los estudiantes ignoraban o habían olvidado las más elementales nociones acerca de la historia política, sin la cual los temas especializados antedichos resultan muy difíciles de seguir. Fue así como tuve que variar el método y asociar distintos tipos de enfocamiento histórico. De esas lecciones, cuyo nivel me vi compelido a bajar, así como de algunos fragmentos extraídos de la tesis de 1927, salió el libro *La Iniciación de la República* editado en dos tomos bajo los auspicios de la Facultad de Letras en 1929 y 1930. Aparecieron dos volúmenes y otros debieron seguirlos; pero las tormentas que convulsionaron al país desde este último año lo impidieron. (VH, pp. 328-331)

DISCURSO DE APERTURA DEL ANO ACADÉMICO. ASISTENCIA DE LEGUIA.

Entronizada reforma de Oliveira sin dificultades, el flamante rector Deustua quiso para el año siguiente, el de 1929, volver a celebrar la apertura del año universitario con Asistencia del Presidente de la República y con un discurso de tipo académico. Ya entonces me había nombrado director de la Biblioteca Central Universitaria. Un día me hizo llamar a su despacho. Aludió a la anunciada ceremonia, para decirme en seguida que, en su opinión, era para mí a quien tocaba pronunciar el discurso de orden por ser entonces, a los veintiséis años, el catedrático mas joven [...]

Añadió que él sabía muy bien que yo no era amigo del gobierno; pero que no quería bajo su periodo un acto cortesano análogo al del recibimiento de los virreyes es esa misma Universidad de San Marcos. Terminó solicitándome que me encargara de dicho trabajo sobre un tema elevado dentro del ámbito de mi cátedra y exigiendo mi palabra de honor con el objeto de acatar su deseo de que no aprovechase la ocasión para un alarde político. Mi respuesta fue solicitar veinticuatro horas para decidir acerca de este asunto. A solas con mi conciencia, llegué al fin a decidir que mi vocación y mi objetivo era entonces ser un profesor universitario; que, como tal se me conferiría el derecho de reanudar una costumbre muy antigua en San Marcos, ejercida ante sucesivos Jefes de Estado, algunos de ellos dueños de una autoridad legítima y otros, inclusive en el siglo XX, con una génesis sumamente dudosa; que el Presidente de la República no sería sino un oyente más de mi trabajo sin en él no daba cabida, ni siquiera en un frase, a la pleitesía entonces general de San Marcos, el pueblo iba a ser el personaje dominante. Deustua me solicitó un esquema del discurso y me lo devolvió sin objeciones [...]

La ceremonia se realizó en el general de San Marcos. El presidente Leguía, con innegable entereza, entro con su cortejo repartiendo venias y sonrisas entre aplausos tibios. Cuando me levanté en la tribuna para leer mi discurso, recibí una ovación ensordecedora, la más grande que he tenido en mi vida, no por ser quien era, sino por que el auditorio deseaba señalar un contraste con la escena anterior. El tema acerca del cual diserté resultó audaz y en extremo vasto; y si bien procuré utilizar sólo las secciones que me parecieron esenciales, tardó demasiado tiempo su lectura. Está hecho allí un planteamiento sobre las masas en este país de tan fuerte tradición intelectual individualista. En cuanto al problema campo – ciudad, de tan dramático sentido en nuestra historia, también su enunciado carecía, de tan dramático sentido en nuestra historia, también su enumerado carecía de antecedentes entre nosotros. [...]

No pude escaparme cuando vino, en seguida, una corta recepción en los salones de rectorado. El ambiente allí era tenso. Sin duda, las palabras de Testua habían molestado más que las mías. Leguía me saludó extendiéndome su mano derecha, secamente. El ministro Oliveira, en un ademán que quiso que fuese ostensible, me volvió la espalda. Deustua estuvo cariñoso; perro se quejó porque mi discurso había tomado un tiempo excesivo. En los meses que siguieron,

mientras ejerció su alto cargo, evidenció su cordialidad de siempre.

Mucha gente mezquina auguró una magnífica posición para mí después del discurso académico de 1929, sin tomarse el trabajo de leer su contenido. Nada cambió de inmediato en mi vida. En abril de 1930, como ya tuve oportunidad de narrar, fui apresado una vez más. Ello no obstante cuando surgió y se propagó como una plaga el apasionamiento antileguiísta, en agosto del mismo año y en el periodo siguiente no faltaron los acusadores que, por los demás, nunca llegaron a la denuncia pública. (VH, pp. 331-335)

Un paréntesis. Regreso a Tacna. 1925

UN NUEVO ESCENARIO PARA LAS DOS PROVINCIAS CAUTIVAS. EL LAUDO.

Durante la etapa final de la primera gran guerra mundial (primera gran guerra civil de Occidente) tan cruelmente luchada entre 1914 y 1918, el Presidente de EE.UU., Woodrow Wilson, proclamó sus llamados "catorce puntos". Como ellos anunciaron la llegada de la justicia y del derecho en el mundo y elevaron al rango de un dogma el principio de la libre determinación de los pueblos, surgió en el Perú una ola de entusiasmo, ya que tanto los intelectuales y los estudiantes como la gente común creyeron que aquellas puritanas normas iban a ser aplicadas también en América del Sur, y especialmente en relación con el viejo conflicto peruano – chileno. Se divulgó la tesis de que, como el tratado de Ancón no habían respetado por Chile, ya era nulo; y de que por lo tanto, no solo Tacna y Arica sino además Tarapacá debían volver al seno de la patria. [...]

Un inesperado cable de la cancillería de Santiago el 12 de diciembre de 1921 sugirió al gobierno peruano la apertura de nuevas negociaciones. De allí emanó el protocolo de 21 de julio de 1922 mediante el cual ambos litigantes resolvieron entregar la solución del conflicto al Presidente de los Estados Unidos, Warren G. Harding, famoso por los escándalos a él ligados. [...]

El fallo arbitral del Presidente de Estados Unidos Calvin Coolidge fue publicado el 9 de marzo de 1925. Ordenó que el plebiscito descendiera la suerte de estas provincias de acuerdo con el artículo 3.1 del tratado de Ancón suscrito cuarenta y dos años antes. Según se ha dicho, contribuyó a esta actitud una mala traducción la inglés en el alegato peruano en su afán de repudiar el mencionado artículo. Las palabras "expirado el plazo", referentes a los diez años para el plebiscito, fueron traducidas "*alter the expiration"* en vez de *"at the expiration of"* o "*Having expired this time limit"*. Es decir, el ámbito consideró que el plebiscito era válido en cualquier tiempo y no en el que señalo taxativamente el documento normativo de la paz entre Chile y el Perú en 1883. Aquel país obtuvo así una enorme victoria (VH, p. 340)

DESTACADO AL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Desfogadas las reacciones emotivas, imperó, sin embargo, la tesis de, lejos de protestar en actitud estéril contra el laudo, lo que el Perú d. hacer era seguir adelante, participar en los actos preparatorios del plebiscito y demostrar sobre el terreno, en el mismo suelo disputado, la imposibilidad de llevarlo a cabo. Para reunir materiales y elementos destinados a la campaña, el Ministerio de Relaciones Exteriores nombró al gran tacneño, Carlos Jiménez Correa, muy capaz y muy honesto; y él pidió a varios coterráneos jóvenes, entre los que estuve yo, que lo ayudaran.

Así fui "destacado" a principios de 1925, por un tiempo, de la Biblioteca Nacional al Ministerio de Relaciones Exteriores sin más sueldo que el de aquella entidad de cultura. Fue en aquel entonces cuando, con José Jiménez Borja, escribimos el librito de propaganda titulado *El Alma de Tacna* para resaltar, sobre

los aspectos diplomáticos o jurídicos del litigio, su hondo sentido humano. Fue publicado bajo el seudónimo "Unos Tacneños". Aunque escrito con juveniles defectos, abre una era dentro de la literatura tacneñista. (VH, p. 343)

LLEGADA A ARICA y TACNA

Llegué así el 8 de agosto de 1925 al buque *Ucayali* en la rada de Arica, ubicado por las autoridades del puerto en una posición algo distante dentro de la bahía, hecho que incitó al cura chileno Bernardino Abarzúa a afirmar, en uno de sus muchos discursos, que estaba allí como señal de que pronto emprendería el viaje al Callao. En ese barco residía la delegación plebiscitaria peruana y habían sido instaladas sus oficinas. Al lado del jefe de la delegación, don Manuel de Freyre y Santander, laboraban sus asesores doctores Alberto Salomón, Anselmo Barreta y Manuel María Forero [...]

No estuve en el Ucayali sino en oportunidades muy ocasionales de un día para otro, cuando fue necesario llevar a bordo algún documento o mensaje. Como mi trabajo se efectuaba en la secretaría de la Comisión de Límites que funcionaba en Tacna, busqué y encontré alojamiento en esa ciudad. Una familia antigua, buena, patriota y valiente, la familia Thiel, compuesta por tres mujeres, se decidió, en un acto entonces muy riesgoso, a ofrecerme hospedaje en su casa en la Calle San Martín. Más tarde, al concluir la campaña plebiscitaria, esa familia tuvo que emigrar a Lima. Se trataba de leales amigas de mi madre y de mis hermanas. (VH, pp. 345-351)

REENCUENTRO CON EL TERRUÑO

Mi llegada y mi residencia en el terruño diéronme una honda y permanente emoción. Había viajado en busca del niño que fui. Cada día miraba resumirse muchos años en pocas escenas, una ciudad en unos cuantos sitios. Al mismo tiempo ambulaba por rincones que eran pedazos del alma y los sentía ajenos; otros, en cambio, emergían simultáneamente en la realidad y en la imaginación, como una melodía vieja y tenue. Se ni figuraba a mi alrededor, con tantos ausentes, como si un terremoto hubiera provocado el éxodo a través de los años de muchos habitantes. Las mujeres exhibían intacto el fervor de antaño. En cambio, los hombres cuidadosos ante sus responsabilidades personales, familiares y ocupacionales, por lo general optaban por una mayor cautela. De un balcón aparentemente cerrado, en una calle cualquiera, vi muchas veces salir un mano que saludaba. O, cuando no había nadie cerca, fui detenido en m! de una vereda por una viejecita, o por una empleada de tienda, o por J, empleado de banco y hasta por un joven vestido con el uniforme de club de "nativos" para recordar a los míos o al Perú al que veían acercarse después de tantos años. Cuando el comandante Ordóñez, para celebrar el día de Santa Rosa, ordenó izar el pabellón nacional y oficiar una misa en la sede de la Delegación de Límites, el 28 de agosto de 1925, la noticia se propagó de boca en boca velozmente no sólo en la ciudad sino también en la zona rural. Desde temprano hubo aquella mañana gente esperaba en la Alameda. Al surgir en el asta la bandera tantos años proscrita, vi lágrimas en muchos ojos y no faltaron gentes que se arrodillaron con religiosa unción. (VH, pp. 352-353)

UNA TAREA DIFÍCIL, PENOSA, DURA.

La tarea para la delegación nuestra se presentaba en apariencia difícil, penosa, dura. Los chilenos habíanse adueñado del territorio durante un período ininterrumpido que sumaba ya cuarenta años. Actuaban decididamente para lograr una rotunda victoria electoral todas las autoridades y todos los funcionarios.

Destacábase en tan ardorosa campaña la *troika*, formada por el intendente de Tacna, Luís Barceló Lira, siempre con una flor fresca en su solapa; el General Fernandez Pradel, Jefe de la numerosa Brigada Combinada, hombre de notoria intemperancia hasta en sus expresiones publicas: y el activísimo obispo Rafael Edwards, cuyas giras proselitistas bajo el amparo de misas y sermones por todo el territorio en disputa eran muy frecuentes. (VH, p.348)

CINCO MESES SIN TROPIEZOS

Durante todos los meses de mi residencia en Tacna, entre agosto y diciembre de 1925, no tuve un solo tropiezo, a pesar de que las fricciones entre peruanos y chilenos adquirieron constantemente gran violencia. Quizás ello se originó por mi condición de tacneño genuino, o por mi juventud, o por mi insignificancia, a por el hecho de no formar parte de ningún grupo porque vivía en el centro de la ciudad en la casa de una familia con muchas relaciones en los altos niveles chilenos. Salía temprano en la mañana solo y a pie de esa residencia en la calle San Martín con rumbo a la sede de la Delegación de Límites en la Alameda y volvía al atardecer y jamás fui molestado. En un choque callejero resultó, en cambio, gravemente herido por un arma de fuego, en el mediodía del 13 de noviembre de 1925 en el centro de Tacna y se creyó por muchos días que moriría, un lejano pariente mío, Luís Basadre Siles, miembro de uno de los fervorosos grupos de tacneños adscritos a las oficinas de propaganda. La noticia fue transmitida por el cable a todo el Perú y no faltaron quienes creyeron que el moribundo era yo. Llegó hasta mí entonces un largo telegrama de un notable intelectual, en el que me felicitaba por herida. Nunca he recibido telegramas por los libros o artículos que he publicado (VH, p.357)

UN PLEBISCITO IMPOSIBLE"

Pershing y sus asesores adoptaron, según su leal saber y entender, las directivas que siguió la delegación norteamericana en el territorio plebiscitario. El Secretario de Estado hizo al vencedor de la guerra europea reiteradas y enérgicas instancias para que no pospusiera la consulta electoral a Un dentro de una situación imperfecta. Desde octubre el mismo Pershing manifestó claramente su voluntad de renunciar. Kellog no accedió. Por fin obtuvo el general lo que tanto ansiaba y se alejó de Arica el 27 de enero de 1926, invocando motivos de salud. Sin mengua de nuestra gratitud ante su asco frente a un plebiscito prefabricado, los tacneños en especial debemos censurarle a este general el hecho de que no siguió adelante en su tarea. En la última conversación que tuvo con Edwards, éste se mostró anheloso de neutralizar el territorio en disputa. No quiso dejar un testimonio escrito de dicha idea y luego afirmó que tan sólo fue una sugerencia personal.

Llegó en el crucero *Cleveland* como nuevo Presidente de la Comisión el General William Lassiter, jefe de las fuerzas de Estados Unidos en la zona del Canal de Panamá, escogido con la finalidad de hacer entrar en escena a un hombre nuevo, totalmente ajeno a lo que hasta entonces había ocurrido en Tacna y Arica. Sus instrucciones fueron las de buscar y mantener los mejores vínculos de amistad con los personeros de los Estados litigantes, ser estrictamente imparcial y, sobre todo, llevar a efecto el plebiscito ordenado por el laudo si ello era humanamente posible.

Sin embargo las circunstancias no se habían modificado. Tampoco cambió la tónica de la delegación norteamericana, tanto de Lassiter como de sus asesores, en sus documentos y en sus conversaciones reservadas con Edwards. La línea dura chilena se mantuvo, quizás bajo una oculta influencia militar, según creyó por un momento el Departamento de Estado. Edwards, con entereza, llegó a decirle verbalmente a Lassatier que entre un plebiscito en que Chile saliera vencido y ningún plebiscito su gobierno estaba dispuesto a optar por lo segundo. (VH, pp. 367-368)

La Biblioteca Nacional

PRIMEROS RECUERDOS

Mi primer recuerdo de la Biblioteca Nacional se remonta a los años 1914 ó 1915, sin duda, más probablemente en este último. Quise ir a leer allí pero fui rechazado por no tener la edad mínima necesaria para gozar de ese privilegio. En conmemoración del episodio, dispuse que la prime sala de la nueva Biblioteca Nacional abierta al público en 1947 fuese del Departamento de Niños.

Obtuve de mi familia una carta para el Director, que era don Luís Ulloa. Este, con gran bondad, dispuso que se me diera una mesa en su despacho. Allí conocí a José Carlos Mariátegui, contertulio habitual de Ulloa entonces. Debe ser estudiada la influencia que don Luís pudo ejercer sobre José Carlos. Lo aquí narrado debe ser coincidente con, las vacaciones del colegio, pues recuerdo haber acudido a la Biblioteca durante las tardes. Cuando Ulloa renunció, por desacuerdos con el gobierno de don José Pardo, ya no volví, pues carecía de relaciones con su sucesor, Manuel Gonzáles Prada. [...]

En 1919, cuando acababa de ingresar a la Universidad como estudiante, pertenecí al grupo que organizó Raúl Porras Barrenechea para registrar los folletos dispersos en la Colección *Papeles,* que ocupaba numerosos estantes de la sección Perú en la sala América de la Biblioteca Nacional. En dicha colección habían sido encuadernados, según su tamaño y sin otro orden, aproximadamente 15,000 folletos nacionales, impresos durante la época colonial y la republicana. Había allí, desparramadas, fuentes para la historia religiosa, literaria, jurídica, política, científica del Perú sin que faltaran muchos que trataban de asuntos personales. Nuestro trabajo voluntario y gratuito debía hacerse al servicio de la cátedra de Historia del Derecho Peruano a cargo del Dr. Arturo García Salazar. Integraron el equipo Jorge Guillermo Leguía, Manuel G. Abastos, Ricardo Vegas García, José León y Bueno, Eloy Espinosa Saldaña y Jorge Cantuarias. Nos dedicamos con empeño a labor tan ardua y fatigosa y llegamos a terminar uno de los estantes de *Papeles Varios.* Faltaban tres o cuatro más para terminar. (VH, pp. 422-425)

NOMBRAMIENTO

Un día vacó una plaza en la Biblioteca y obtuve el nombramiento por acción coincidente de Luís Alberto Sánchez, entonces Secretario-Contador de la institución, y de Jorge Guillermo Leguía, cuyo influjo era grande, pues su tío acababa de hacerse cargo de la Presidencia de la República. Entré como "auxiliar", con el sueldo de ochenta soles mensuales. Mi antecesor fue un joven intelectual que en su escritorio se dedicaba, por no sé qué medios, a tener charlas con personajes fallecidos; al renunciar dejó gran cantidad de papeles alusivos a esas entrevistas misteriosas. Se me asignó primero la tarea de ir apuntando en unas tarjetas verdes los libros de la sala Europa. En obedecimiento de órdenes especiales y quizás sardónicas del subdirector, don Carlos A. Romero, empecé por anotar a mano, pues no disponía la Biblioteca de muchas máquinas de escribir, una enorme cantidad de obras en latín provenientes del antiguo convento de los jesuitas, que yacían sin moverse muchos lustros y acaso siglos en la parte alta de esta sección. El Director del establecimiento era el doctor Alejandro O. Deustua. Llegué a tener directa relación con él, pues distinguió muy cariñosamente entre sus alumnos de la Facultad de Letras y me nombró amanuense en la Secretaría de ella, cargo que sólo ocupé durante corto tiempo. A través de varios años trató, en repetidas ocasiones, de inducirme a que me dedicara a los estudios filosóficos. En la Biblioteca, un día Deustua me ordenó que registrara en fichas sólo las ediciones del siglo XX con el fin de obtener una guía que tuviera utilidad para el salón de lectura, disposición que cumplí aunque, sistemáticamente, Romero, ante mí y ante todos los visitantes, la

criticaba con los más duros comentarios. (VH, p. 426)

BECARIO DEL ESTADO

Hacia 1926, ascendí, por antigüedad, a “conservador” con ciento setenta soles mensuales. Deustua me dijo que había enviado la propuesta con mi nombre al Ministerio de Instrucción; pero que era de mi incumbencia obtener el documento oficial confirmativo para evitar el de cualquier candidato premunido con el favor político. Felizmente era Ministro un gran caballero, el doctor Alejandrino Maguiña. Había sido él catedrático mío en el curso de Metafísica. Pedí audiencia y resultó una sorpresa obtenerla de inmediato. Con gran cordialidad me ofreció el Ministerio el nombramiento y lo firmó. Desde entonces mi tarea principal fue tener al día, con los datos correspondientes, el voluminosos libro de ingresos de la sala Europa en la sección moderna; y esta labor, así como la del fichero mencionado, que por fin completé después de mucho tiempo, no fueron, por cierto, abrumadoras a lo largo de los años. Me dediqué entonces, como casi todos los empleados que no estaban al servicio del público lector, a leer por mi cuenta en las horas de oficina. Así se enriquecieron mis nacimientos en el ámbito de la literatura, la historia, la política, el derecho y la economía principalmente. Pero siempre, después de muchas incursiones en la bibliografía moderna, volví a manejar folletos, libros, periódicos y manuscritos sobre la historia nacional, consciente a medias que tenía a mi disposición un filón único. Muchas veces acudí para esto a la Biblioteca en días de fiesta y en sábados, cuando las oficinas no funcionaban. En realidad fui, durante varios años, sin compromiso expreso, algo así como un becario del Estado peruano para realizar investigaciones con el título de empleado público. Entre 1923 y 1925 compartí las labores en la Biblioteca Nacional con el trabajo de supervigilar el servicio nocturno en la Biblioteca de la Universidad y de colaborar en la edición del Boletín Bibliográfico, cargos que debí a Pedro Zulen. Fue la de Zulen una de las grandes influencias que tuve en mi juventud.

Desde agosto de 1925 hasta junio de 1926 estuve en la campaña plebiscitaria de Tacna y Arica; pero volví a la Biblioteca Nacional en esta última fecha y allí permanecí hasta a 1930. Por esa época fui profesor de Historia del Perú en varios colegios pobres, hasta que me nombraron en el Colegio de Guadalupe y en el Instituto Pedagógico. Me quedé en la Biblioteca, si bien concluí mis estudios universitarios en 1927, y permanecí en ella dos años después de mi iniciación como catedrático de Historia del Perú en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos. (VH, pp. 426-428)

1.5 El primer contacto con el exterior: 1931-1934

Director de la Biblioteca de San Marcos y viaje a Estados Unidos

En 1930 vacó la dirección de la Biblioteca universitaria por fallecimiento de quien estaba a cargo de ella. Deustua, bondadoso conmigo una vez más, no obstante que era conocedor de mi falta de simpatía para el gobierno que lo había rehabilitado, me confió este cargo.

Poco después, desde setiembre de 1931, gracias al apoyo entusiasta del gran rector José Antonio Encinas, me trasladé a Estados Unidos para estudiar organización de bibliotecas con una beca de la Fundación Carnegie. Debo gratitud a Julio C. Tello por sus insistentes consejos para que aprovechara esta oportunidad que, según él, sería decisiva en mi vida, desechando las tentaciones de la política y de otros señuelos criollos. Fui el primer peruano que recibió aquel cargo. Entre setiembre y junio del año siguiente trabajé en duro esfuerzo como “interno” en varias bibliotecas tiempo y en algunas Escuelas de bibliotecarios especialmente

seleccionadas para mi programa de actividades por la Asociación Norteamericana de bibliotecarios y bajo la supervigilancia constante y estricta de ella. Durante mi ausencia, la Universidad de San Marcos fue declarada en receso por un acto dictatorial. En esa época viajé primero a Alemania y luego a España. (VH, pp. 430-431)

Estadía en Alemania

En el ejercicio de la beca para estudiar la técnica bibliotecaria, permanecí en Estados Unidos entre setiembre de 1931 y mayo de 1932. Como otras veces he regresado a este país -en 1940, 1941, 1947, 1948, 1951 1952, 1954, 1969, 1970, 1978 y 1979 (en estas últimas oportunidades por motivos de salud)-, aplazo hasta una oportunidad posterior lo que creo necesario decir acerca de él.

Omito pues aquí mi experiencia norteamericana en la época de "depresión" y empiezo a tratar de la primera visita a Europa, que comenzó con el viaje a Alemania, ante la clausura de la Universidad de San Marcos, de la que era bibliotecario y catedrático. Realicé dicho viaje por mi propia cuenta, aunque con facilidades y recomendaciones del Instituto Ibero Americano de Berlín, gracias a la gestión de la doctora Edith Faupel, que había sido alumna de mi curso inaugural en la Facultad de Letras en 1928 y que desde entonces me animó a que viajara a Alemania cosa que me había parecido imposible.

Encantadora fue la travesía de Nueva York a Bremen en el *Europa* en junio de 1932. Lo recuerdo como uno de los momentos culminantes en mi segunda juventud. Todos los camarotes de la zona perteneciente a los pasajeros con boleto de turismo en la nave estaban llenos. En su gran mayoría mis camaradas de viaje eran alemanes con residencia en los Estados Unidos de vuelta a su patria, o hijos de inmigrantes de la misma nacionalidad. La mayor parte estaba formada por hombres y mujeres jóvenes; algunos, en los linderos de dicha edad, hallábanse ansiosos de conservarla y no faltaba quien, ya más entrado en años, vivía en esa desesperada rebelión contra el tiempo que alguien ha llamado "el demonio e mediodía". Fácilmente, entre quienes convivimos entonces, se establecieron cordiales relaciones y, a veces, amistades que podían parecer entrañables. Las charlas estimulantes, los cánticos y los bailes del hermoso país a donde íbamos fueron tan animados que algunos pasajeros de la primera clase rompían estrictas restricciones para acudir a contemplarlos; y a veces parece mezclarse con ellos. A todos nos envolvió el espejismo de aquellos días y aquellas noches de excesos fugaces. Cuando llegamos a Bremen cada persona o cada familia, por cerca que hubiese estado una de otra, siguió su propio destino como si entrara en ignotas cavernas. Si alguna vez volví a tropezar luego en Berlín con algún compañero en la travesía del *Europa*, pareció el hallazgo extraño del sobreviviente de un mundo encantador desaparecido para siempre.

Al desembarcar en Hamburgo, encontré hospedaje generoso en la casa de la señora Fera, acaudalada dama que hacía gala del más amplio espíritu internacional. No sé si la señora Fera era judía. Imagino que sí. En todo caso trabajaba en vinculación muy estrecha con el Instituto Ibero – Americano, que era una entidad oficial. Me parece que en su generoso espíritu alentaba la tradición abierta y hospitalaria de la vieja ciudad libre hanseática. Su esposo se dedicaba a negocios de exportación. Ella distraía sus ocios haciendo el bien a profesores, o estudiantes, o estudiosos que a Hamburgo llegaban de distintas partes del mundo. Su casa tenía todas las características de un viejo hogar alemán. Alojaba allí, siempre por corto tiempo, a gente de las más diversas nacionalidades. Recibía a esos huéspedes gratuitamente y sin alardes, como si se tratara de viejos y estimados amigos. Se interesaba por el pasado, la ocupación, los gustos, los problemas de cada cual. Había creado en aquella morada la atmósfera que, sin duda, se respirará algún día en Europa cuando las fronteras de ese continente

sirvan sólo como señales que demarquen una vasta federación.

Cortos fueron los días que viví en la ciudad natal de mi abuelo materno, puerto lleno de historia y de vida. Me pareció inútil seguir la indicación que se me hizo de indagar acerca de los parientes o relacionados con él. En realidad, hubiese sido una búsqueda quizás satisfactoria para la vanidad familiar, pero sin ninguna consecuencia importante.

Para ir de la casa de la señora Fera al distrito mercantil, había que viajar en bote por un lago azul poblado de cisnes y de velas triangulares que flotaban como pétalos. En lontananza los árboles tapaban la cinta de los caminos y en las riberas plácidas crecía, sumisa la yerba. Había en la ciudad rincones de la Edad Media y también edificios llenos de un desafinante modernismo cuyas líneas horizontales se levantaban como rieles entre la tierra y el cielo. La huella profunda de las alzas y bajas economías de Alemania durante la década posterior a la paz de Versalles surgía hasta en el mapa de la ciudad; y una calle donde vivían muchos "nuevos ricos" era llamada popularmente "Inflationtrasse". La enorme estatua granítica de Bismarck hallábase a corta distancia del barrio de San Pauli, hasta ahora vivo, con cafés, salas de cine y cantinas para marineros, prostitutas y turistas.

BERLÍN EN UN PASADO DOS VECES MUERTO. LA UNIVERSIDAD

Viajé luego a Berlín en tren, admiré los bellos paisajes de Alemania del norte al final de la primavera, inspiradores de ideas tan lejanas de los odios y de las fraticidas que separaban a los hombres. Paisajes bellos, alegrados por el sol, vivo contraste con la sombría perspectiva de las guerras y de las matanzas que luego vinieron.

No fui, por cierto, el único peruano visitante de Alemania en esa época que tuvo en la doctora Edith Faupel algo así como un hada madrina de su viaje. El Instituto no era entonces -en la era prehitlerista un órgano de agitación política sino un centro de estudios e investigaciones históricas, geográficas y lingüísticas, prestigiado por la magnífica biblioteca que le dejara el polígrafo argentino Ernesto Quesada y por una revista científica llamada *Ibero-Amerikanisches Archiv.* Funcionaba, a la vez, oficina de informaciones y de servicios a los latinoamericanos que llegaban a Alemania.

El idioma alemán aprendido en el colegio y en la infancia volvió a mi memoria con la rapidez con que una máquina antes arrinconada pone en movimiento. En Berlín asistí puntualmente a la universidad, fui a teatros y conciertos, visité museos y bibliotecas, traté con mucha gente. Viví en no pocas ocasiones dentro de la mayor pobreza, después de que se terminaron mis ahorros y lo que me concedió el Instituto; entonces hice, con alternativas entre la bonanza relativa y las penurias, traducciones de folletos u hojas sueltas de empresas alemanas interesadas en su propaganda en América Latina. Cualquier sacrificio resultó valioso ante la necesidad de demorar todo el tiempo que fuese dable de la experiencia alemana. Quizás de un fondo ancestral indígena me vino, cuando fue necesaria, la aptitud para la vida de frugalidad, y secretamente supe ser orgulloso porque nada hizo contrario a su dignidad este viajero en Berlín sin renta propia no cargo oficial.

¡Que lejana, extraña e irreal parece ahora la Alemania que conocí! Primero fue asesinada por Hitler y después quedó en escombros durante la Segunda Guerra Mundial, para renacer, con otro espíritu y otras características, en las décadas siguientes. Ante un noticiario cinematográfico con las ruinas de Berlín en 1945, me sentí un anciano sobreviviente de un pasado arqueológico. ¡Cuántas eruditas mañanas pasé en la Universidad hay desdoblada en las zonas occidental y de la República Democrática! ¡Cuántas alegres noches en la calle Kurfürstendam luego destruida y ahora rebosante de la vitalidad que le infunde una nueva juventud a la

que también llegará en su día, como a mí ahora, el momento de las añoranzas! A pesar de todo. Alemania sigue siendo Alemania y, debajo de las catástrofes, borbota en ella, indeclinable, nueva vida.

El Berlín que conocí en 1932 tenía un espíritu epicúreo a pesar de la tradicional rigidez prusiana y de la creciente psicosis política y social.

Innumerables eran los cabarets, los cafés, los bares, los lugares de recreo que encendían sus luces en las noches de aquella primavera, aquel verano y aquel otoño, los últimos de una Alemania libre. Había *Lokale* de todo precio, de todo tamaño, para todos los gustos. En la calle llamada Kurfürstedam, en algunos cafés se bailaba en un piso con música clásica y en el piso tercero ya no había orquesta alguna. La Haus Vaterland, "la casa Patria", era un enorme establecimiento con diversas secciones que tenía bebidas y comidas de las distancia zonas del país y aun de varias naciones extranjeras, servidas por muchachas con vestidos típicos. Por la calle Kant, (¡oh sarcasmo!) iban y venían hombres pintados, vestidos de mujer, Bien conocidos eran los cabarets para homosexuales, mujeres y varones; y ciertas guías para turistas las anotaban. Quien llegaba de un modo u otro a tomarle el pulso a la ciudad, aprendí a distinguir entre los centros de perversión, los lugares fáciles para las masas anónimas y los aislados rincones refugio de unos cuantos estudiantes, escritores o artistas. Allí iban muchas muchachas de buenas familias burguesas, representantes típicos de una generación nacida dentro de las tensiones de la Primera Guerra Mundial, crecida en la locura increíble de los años de la inflación en la década de 1920, distanciada de toda norma de estabilidad y de continuidad en la vida. Muchas salían por las noches no tanto con objetivos mercenarios, sino a buscar un poco de aturdimiento después del trabajo gris o en contraste con el hogar triste, o pobre, o inseguro o ya inexistente.

La ayuda del Instituto Ibero – Americano y mi asistencia a la Universidad gracias a una tarjeta de "oyente" me suscitaron relaciones muy valiosas. Richard Thurnwald me interesó sobré manera por sus estudios sobre los pueblos llamados primitivos, superando las separaciones geográficas y englobando sus distintas formas sociales, o sea la familia, la economía, la cultura, el estado y el derecho. Era con este ultimo aspecto con el que quería familiarizarme dentro de la finalidad de saber algo de la llamada "etnología jurídica" en sus más recientes expresiones, por su posible utilización para el estudio del derecho prehispánico; ya que incurre en un error quienes estudian nuestras viejas culturas utilizando sólo las huellas que de ellas han quedado y desprecian el método comparado, que sea necesario utilizar pero, evidentemente, con suma cautela. Me sirvieron más tarde mucho aquellos estudios para organizar la sección sobre derecho inca en mi cátedra de Historia del Derecho Peruano. También llegué a acercarme a la técnica y a la metodología de la historia del Derecho como disciplina con identidad propia.

Evoco a los muchachos y a las muchachas con las que iba a las clases, a los lagos cercanos, o a las excursiones cantando las canciones que de niño aprendiera yo en el colegio, o enfrascados en indeterminables debates políticos. Con ellos subía a las altas localidades del teatro renovado bajo la influencia de Edwin Piscator y de Bertold Brecha; o a ver y oír a Elizabeth Bergner, entonces en la madurez de sus facultades artísticas; o a escuchar conciertos cuyas obras varios de mis amigos conocían en detalle y en torno a las cuales podían ellos discutir interminablemente, sin que me fuera dable aventurar una opinión [...]

Estoy de acuerdo con quienes creen que, a pesar de todo, por vez primera en Alemania contemporánea, fue entonces Berlín una capital no sólo convencional sino europea en el campo cultural y artístico. [...]

Los amigos y las amigas alemanas que he citado y otros cuyos nombres y cuyos rostros me acompañan ahora fueron en todo momento gentiles con este viajero de un país distante; y en su naturalidad y sencillez alentaba ese fondo de cultura de siglos que los europeos llevan como algo innato, adherido a su

personalidad, a pesar de todos los desvaríos racistas que después surgieron. Ante las muchachas berlinesas de entonces quienes no eran pura raza blanca, contra lo que cabe suponer entonces, tenían a veces un atractivo especial. Así, un joven Quiroga, de Puno, acentuaba artificialmente el tono café con leche de su piel; y un buen amigo médico, criollisimo, connacional nuestro que mediante un hábil truco fotográfico, logró aparecer con su mandil blanco a la derecha con un gran especialista retratado junto a sus ilustres colaboradores. Por su origen africano, en aquellos años en Washington, capital de la república democrática de Roosevelt, no hubiera entrado en los mejores hoteles, teatros y restaurantes; si bien llevaba en Berlín una vida de nabab. Y me pregunto: ¿Cuántos de estos hombres y mujeres alemanas, por sincera ilusión o por contagio del ambiente, o por necesidad, se agolparon entonces o después, al lado de las masas del nacionalsocialismo; y cuántos de ellos han muerto ya? El único alemán de aquella época que volví a ver después fue Kart Posner, a quien conocí en el archivo de Berlín y llegó a ser más tarde catedrático de la Universidad Americana de Washington. [...]

UN PERUANO EN UNA CEREMONIA NACIONAL SOCIALISTA

Me acompaño en aquella ocasión la señora Faupel; y nos distraíamos en el tedio de la espera larga hablando en castellano, cuando un hombre se levantó de su asiento y, dirigiéndose con enojo a nosotros, exclamó: “Ésta es una reunión para alemanes y aquí no se habla sino alemán”. La señora Faupel, muy cortésmente, se identificó y dijo que yo era profesor de una Universidad de América del Sur con sangre alemana por mi lado materno, interesado en el nacionalismo. Así quedo detenido este incidente; pero nuestra charla, que todavía duró bastante tiempo, fue reanudada en el idioma de mi generosa amiga.

El espectáculo ostentaba una liturgia muy análoga a la del catolicismo preconciliar en sus grandes ocasiones. La señal para un verdadero comienzo fue un interminable e impresionante desfile de bosques movibles de banderas portadas por apuestos jóvenes que marchaban en maravillosa disciplina con sus uniformes pardos, cuya prohibición acababa ser levantada.

Jose Paul Coebbels empezó su discurso. No era rubio y atlético, símbolo solar, expresión viva de la superioridad racial aria. Tenía, por contrario, una figura menuda, un rostro pálido, con ojos y cabellos Oscuros semblante hundido. Daba una impresión de fragilidad engañosa porque en la tribuna su figura era impresionante y su magnífica voz de barítono resultaba ayudada por las manos expresivas y por la diversidad, la agilidad y la cáustica agudeza de su talento. [...]

La parte final y, ante el público, la más importante de aquel comicio, estuvo a cargo de Adolfo Hitler. Es innecesario que repita ahora todo lo que se sabe de él. Lo vi de lejos, frescos los carrillos como los de un niño suave al principio la voz para llegar, en el momento oportuno, dentro de un torrente de palabras, al grito y al paroxismo acompañados por golpes en la mesa. Estaba vestido con el uniforme partidario, dentro de una limpieza y una sencillez absolutas. Como siempre, se manifestó totalmente decidido, totalmente enfático, totalmente seguro de si mismo y de su causa. Este hombre que a lo largo de casi toda su vida no quiso tener una esposa ni una amante fija, sentina una pasión por la multitud equivalente al connubio con ella. ¿Qué sería de mí sin todos ustedes?, exclamó una vez ante sus adeptos. Estos encuentros le producían, sin duda, un orgasmo emocional. El espectador llegaba quizás a la conclusión de que su mente estaba guiada sólo por ideas fijas. De otro lado, ¿Cómo atreverse a negar el hipnotismo de su carisma sobre la muchedumbre? [...]

Aquella tarde inolvidable vi surgir a mi alrededor al clima de entusiasmo infeccioso que, sin duda, hace y ha hecho posibles los mesianismos y los milenarismos, fenómenos increíbles de todos los tiempos y todas las latitudes, cuidadosamente estudiados ahora por un grupo creciente de hombres de ciencia. Vi

mujeres fuera de sí y en trance sólo porque miraban y escuchaban a este hombre por tanta gente despreciado (VH, pp. 529,551)

Viaje a España

Cuando resultó obvio, con una claridad meridiana, que, económicamente, no era posible ya que siguiera viviendo en Alemania más tiempo, la solución lógica fue mi regreso al Perú. Sin embargo, aquí no me esperaban sino amarguras. La Universidad de San Marcos seguía clausurada. Mi único medio de vivir hubiera sido unas clases mal retribuidas en colegios pobres. Del gobierno no me era dable recibir sino hostilidades. El país hallábase frente a la cuestión de Leticia. Un grupo de civiles, junto con algunos militares sueltos, bajo la influencia del hacendado peruano Enrique A. Vigil, dueño del fundo La Victoria, o con la finalidad política de crear dificultades al régimen de Sánchez Cerro, o por sincero entusiasmo loretano, o por todos esos motivos entremezclados, habíanse hecho dueños por la fuerza de ese lugar a orillas del río Amazonas, cedido en el pacto Salomón – Lozano a Colombia, aprobado en 1927. Cierto es que dicha entrega implicó una tremenda claudicación. Una vez más, el Perú cedió fácilmente como había ocurrido con Brasil y con Brasil y como ocurrió en 1929 con Chile. [...]

Adopté entonces una decisión crucial: ver la manera de quedarme en Europa. Pero ¿a dónde ir? Acababase de establecer la Republica en España, y desde lejos, tan novísimo experimento parecía interesante. Se me ocurrió viajar a Madrid y creí que quizás me serían útiles, desde París, las recomendaciones de mis parientes Francisco y Ventura García Calderón. Se trataba de un salto en el vacío. Para los gastos de viaje y para una corta estada en la capital española no tenía sino el dinero guardado celosamente con la finalidad de viajar en barco desde Ámsterdam o El Havre hasta el callao. Si fracasaba, mi situación era gravísima. A mis familiares, de quienes me había independizado desde tiempo atrás en mis actos y en mis orientaciones, no les hubiese sido fácil socorrerme. No tenía derecho alguno para exigirles, casi a los treinta años de edad, sacrificios a favor mío. En esta actitud se ocultaba una buena dosis de dignidad personal.

Preocupado aunque sereno, subí al vagón de tercera clase en el expreso de Berlín – París en una húmeda tarde. Dejaba para siempre, amortajado en el sudario ceniciento de aquella llovizna, a un muerto: el hombre que había vivido, varios meses, feliz instalado en la capital alemana. Me convertí luego en un huésped cualquiera de un hotel cualquiera Barrio Latino.

Francisco García Calderón era entonces Ministro del Perú en Francia. Me recibió con la sencillez y la amabilidad que eran en él consustanciales. Gran tristeza me suscitó su respuesta, cuando le inquirí por qué no actualizaba o ampliaba su clásico libro sobre el Perú contemporáneo. Díjome que ya había dicho todo lo que tenía que decir, aunque, más tarde de en los papeles que me legó su viuda Rosa Amalia Lores, hallé notas deshilvanadas y dispersas sobre su biografía, su época, sus contemporáneos. Pero en realidad sus raíces en el terruño estaban marchitas por el alejamiento de largos años.

Con Ventura mi relación fue mucho más ligera. Siempre estaba prisa, torrencial en su lenguaje y con algo de matachín en medio de adiposidad. Tuvo la gentileza de entregarme una carta dirigida a Carlos Esplá, subsecretario en el Ministerio de Gobernación. Este político gallego había sido buen amigo suyo en los días de su exilio, entonces todavía recientes [*] (VH, pp.625- 629)

[*] José Ramón Riveyro, altísimo exponente de los escritores no solo peruanos sino internacionales contemporáneos, a quien hubiese sido justo incluir en el Premio Nacional de Literatura, tiene en su reciente libro de la caza sutil, palabras despectivas en relación José García Calderón, hermano de Francisco y de Ventura, José, el más brillante en esta familia, murió en Verdum durante la Primera Guerra Mundial, y Ribeyro comenta un diario intimo suyo no escrito para ser

Ya en Madrid, dediqué varios días a visitar a los destinatarios de las recomendaciones que llevaba conmigo. Esplá, con sincera cordialidad ante este emigrado sudamericano, me ofreció dos alternativas: un cargo en la administración pública, o sea lo que se llamaba un "enchufe"; o su apoyo a mi ingreso en un periódico republicano. Insistí en que ansiaba mantener mi condición de visitante, de profesor universitario y de estudioso de la historia. Entonces me dijo que no podía ayudarme dentro de sus funciones, pero que me recomendaría ante el Rector de la Universidad de Madrid, el gran historiador de la Edad Media Claudio Sánchez Albornoz, a quien le unían vínculos políticos.

Con su esquela introductoria acudí al salón en donde se agolpaban las muchas personas que solicitaban favores de don Claudio. Envuelto en su capa, éste no las recibía una por una sino paseaba por aquel lugar como un torero que da la vuelta al ruedo; oía a cada solicitante todo el tiempo que era necesario y absolvía con rapidez su asunto. En lo que a mí atañe, demostró suma gentileza.

Me dijo que no funcionaban en Madrid cátedras especiales a las que pudiese incorporarme. Añadió, sin embargo, que el gobierno de la República había establecido centros de estudios clásicos, arábigos e hispanoamericanos en Salamanca, Granada y Sevilla, respectivamente, y que le sería fácil encontrar un lugar para mí en este Último, gracias a su buena amistad con su director, José María Ots y Capdequí. Como es sabido, Ots, entre los discípulos de Eduardo de Hinojosa, el renovador de la historiografía jurídica española, habíase dedicado al estudio del Derecho Indiano.

No bien llegué a Sevilla y me presenté ante Ots, me concedió este gran señor y gran investigador la acogida más calurosa y me incorporó al flamante Centro de Estudios Hispanoamericanos anexo a la Universidad.

Dicho organismo debía ofrecer recursos especializados y otorgar a quienes de el egresaran un título cuya finalidad, aparte de su significado cultural, era otorgarles la preferencia en las vacantes del cuerpo de archiveros y bibliotecarios, así como en las opciones para cátedras de historia americana y en nombramientos diplomáticos y consulares según los casos[...]

Mis conferencias, dos veces por la semana, versaron acerca de la sociedad en nuestro continente y, especialmente, en el Perú; y se inspiraron en el libro que dediqué en 1929 a la multitud, la ciudad y el campo. Lejos de buscar una acomodaticia laudatoria hispanista, señale los caracteres propios de nuestra historia. Sin olvidar los elementos a ella transportados de ultramar, exhibí la problemática de la cultura andina a la luz los estudios sobre etnología jurídica que conociera en la Universidad berlinesa y a través de las primeras monografías de Heinrich Trimborn. Recordé también los opuestos planteamientos en torno al mestizaje, simbolizados entonces por Alcides Arguedas y José Vasconcelos, entre otros. Asimismo, di a conocer la obra de Mariátegui.

El reglamento del Centro ordenaba que los profesores extranjeros variasen de año en año. Ots me confió entonces al cargo de hacer investigaciones documentales en los archivos sevillanos, así como en el Archivos Histórico y en el Palacio Real de Madrid sobre la legislación de Indias en la época inmediatamente anterior a la Independencia.

publicado aunque lo fue en una mala traducción. Pero este gran escritor ignora la obra *Reliquias*, de José García Calderón en la que fueron reunidos los dibujos y apuntes literarios dejados por él. Ésta allí coleccionada gran parte de una obra brillantísima. El ensayo "La herencia de Wagner" une a una fina sensibilidad para la música, gran agudeza intelectual. En el mismo volumen cabe encontrar originales apuntes de viajes por distintas, gran agudeza intelectual. En el mismo tema. Y, por último, están unas notas escritas en las trincheras, entre combate y combate, testimonio vivo por su sentido humano y su realismo no exento de ironía a veces consigo mismo. Ellas, de haberse completado, hubiesen podido integrar a un libro muy original sobre aquella guerra. Si Ribeyro hubiera leído *Reliquias* habría encontrado a un autor similar a él en la inteligencia, en la figura, en la sensibilidad.

Es tradicional en el Archivo de Indias ofrecer el más eficiente de los servicios

a quien allí acude. Conocí y trate mucho al hombre entonces más valioso en aquella gran central de la historia española y americana: José de la Peña y Cámara. Rumoreábase que debió ser su director; pero que razones políticas lo impidieron. Sin amargarse por esta injusticia; era no sólo un funcionario modelo sino el amigo ejemplar de todos los investigadores (VH, pp. 629-631)

"EL CONDE DE LEMOS"

Ots me permitió que, en ratos libres específicamente pactados, hiciese estudiosos por mi cuenta. Fue así como tracé el esquema de un examen completo del Perú dentro de un corte horizontal en cuatro momentos distintos: 1570, 1670, 1770, 1870, por lo tanto debía estudiar los períodos de los virreyes Toledo, Lemos y Amat y el del Presidente Balta. Por fortuna no partí del siglo XVI, ya que me habría ahogado en el gigantesco mundo de los documentos toledanos antes de conseguir orientarme. Empecé con la etapa de Lemos, mucho más breve y accesible, si bien estaba no exenta de problemas. A lo largo de los años 1932, 1933, 1934 y 1935 con interrupciones creadas por las circunstancias, estuvo terminada la labor investigatoria en Sevilla y en Madrid y aún alcanzó el tiempo p¡ una primera redacción. (VH, p. 634)

"CHILE, PERÚ Y BOLIVIA INDEPENDIENTES"

La vida en España se me hizo más cómoda cuando, gracias a la bondad de un consagrado y ya maduro historiador que a la vez era un gran caballero don Antonio Ballesteros, recibí el encargo de escribir un manual sobre a vida republicana Perú, Chile y Bolivia auspiciado por la casa Salvat de Barcelona. Me hice amigo entonces del hijo de don Antonio, Manuel, todavía muy joven y ya promisoriamente orientado hacia la misma especialidad en obedecimiento a una bella herencia, ya que su madre doña Mercedes Gabrois también era una especialista en el estudio del pasado. Fue el mío un ensayo sin precedentes y todavía sin sucesores, a pesar de todas sus innumerables imperfecciones, ya que rompió las vallas de los nacionalismos, en realidad provincialismos, en nuestra América e intentó un estudio comparado que en Estados Unidos llámase "de área". Las mismas guerras y los consuetudinarios litigios entre Bolivia, Chile y el Perú son exponentes de una honda interrelación. (VH, pp. 636-637)

FIN DE LA AVENTURA ESPAÑOLA

Y así culminó con éxito mi aventura española. Viví entonces años regados con el sudor de la frente, siempre lejos del amparo diplomático o de la burocracia nacional. Años durante los cuales traté de mantener, a toda costa, la dignidad en la conducta y en el pensamiento y no hacer ni escribir nada que no fuera sincero. Innumerables viajes en la tercera clase de los ferrocarriles españoles me hicieron consciente de la enorme riqueza de valores humanos que hay en el fondo de la gente más humilde y común de ese viejo y siempre nuevo país. (VH, p. 638)

1.6 Cátedra y Biblioteca: 1935-1947.

Profesor en San Marcos y Director de la Biblioteca de la Universidad

Como la Universidad de San Marcos fue reabierta en 1935, volví al Perú a hacerme cargo nuevamente de mis cátedras y de la Biblioteca que varios interesado pretendían obtener, y entregué en la Secretaría General los honrosos documentos sobre mis actividades académicas en Estados Unidos y Europa. Un

poderoso enemigo mío, que ocupó el cargo algunos años después, los hizo desaparecer. En la Biblioteca no fue fructífera mi labor desde el punto de vista técnico, por invencibles dificultades económicas y deficiencias del local. Es decir, tropecé con los mismos obstáculos que tuvo Zulen. Pero me preocupé por dar nueva vida y nueva orientación al Boletín Bibliográfico. Gracias a mi iniciativa y con la inapreciable y eficacísima ayuda de Federico Schawb, aparecieron de dicha revista listas de libros peruanos editados anualmente, relaciones sistemáticas de artículos aparecidos en diarios y revistas nacionales, bibliografías de autores contemporáneos, relaciones de seudónimos, etc. Es decir, a partir de 1936 se puede conocer debidamente clasificada la producción bibliográfica en el Perú. También recuerdo unos eruditos artículos que el Boletín publicó Rafael de la Fuente Benavides, "Martín Adán", eminente compañero mío en aquella oficina. Además, el servicio al público lector fue organizado en forma que resultara eficiente y rápido. Quedaron atendidas las necesidades más urgentes para los alumnos; pero, a la vez, hubo ayuda a algunos catedráticos en sus tareas de investigación. Libros especialmente adquiridos facilitaron el incremento en la cultura jurídica de Ángel Gustavo Cornejo, por ejemplo; y Teodosio Cadaba pudo dedicar algunas de sus lecciones en el curso de Historia de la Cultura a la obra de Toynbee, cuando ésta apenas acababa de aparecer. Estoy citando apenas dos casos. Podrían mencionar otros. Federico Schawab, repito, muy capaz y muy activo tradujo algunas obras fundamentales para el Perú o para la cultura en general, con el fin de ponerlas a disposición de los lectores de la Biblioteca. Así fue como llegaron hasta ellos los primeros trabajos de Hermann Trimborn. Al mismo tipo de primicias pertenecieron tres traducciones de libros de viajeros franceses del siglo XIX, que hizo Emilia romero a mis instancias y que varios años más tarde llegaron a ser impresas.

En el ensayo que publiqué en la Prensa de Lima titulado El sentido de las bibliotecas (12 de enero de 1936) y llegó a ser reproducido en el Nº 2 del Boletín de la Biblioteca Municipal de Lima (enero de 1936), propagué entre nosotros, por vez primera, la filosofía de la moderna institución bibliotecaria.

Directamente colocando contra mí por ese mismo personaje que he mencionado antes, un artículo en la Ley Orgánica de Educación promulgada en 1941 me hizo renunciar a la dirección de la Biblioteca de la Universidad en 1942, cuando estaba casi lista la ayuda de una poderosa fundación norteamericana para llevar a cabo de modo integral la tarea de catalogarla [*] Un grupo muy numeroso de estudiantes de todos los sectores políticos de entonces me ofreció un agazajo de despedida en el Hotel Bolivar, hermosa compensación a mis truncos afanes. René Boggie hizo uso de la palabra en aquella inolvidable tarde.

Años más tarde, la Biblioteca de San Marcos, a la que hice ingresar la totalidad de los libros de José Carlos Mariátegui adquiridos a su viuda, fue saqueada, deshecha. Últimamente ha funcionado entre locales, por lo cual cayó sobre ella una nueva desgracia. Todo el esfuerzo hecho por tantas personas se ha perdido irremediablemente. (VH, pp. 431-433)

Reconstruyendo la Biblioteca Nacional

A comienzos de 1943, recibí una propuesta para dirigir un curso de seminario de historia latinoamericana en la Escuela de Verano de la Universidad de Columbia en Nueva Cork Acepté gustoso [...]

[*] El artículo de la ley decía que nadie podía ocupar más que de un cargo administrativo y una cátedra de la universidad. Mi caso era único. Reunía yo, desde muchos años atrás, las clases de Historia del Perú (investigación) en la Facultad de Letras y de Historia del Derecho Peruano en la de Derecho más la dirección de la biblioteca. Lo hacía porque las remuneraciones eran muy bajas. Trabajaba con dedicación exclusiva, a veces desde las 8 de la mañana hasta las 7 de la noche. Años después mi enemigo fue secretario general de la universidad y catedrático en las facultades de Letras y de Educación, sin objeción de nadie.

Todo estaba listo para el viaje a mediados de junio y hasta mi pasaporte

con la vista respectiva. La Universidad de Columbia había anunciado públicamente mi nombre como profesor en sus prospectos. Un lunes de mayo, al ir, a las ocho de la mañana, a la clase de Historia del Derecho Peruano en la Universidad de San Marcos, me enteré de que esa madrugada, habíase producido un devastador incendio en la Biblioteca Nacional. Tiempo hacía que, a pesar de mis deseos, no frecuentaba dicho lugar. En ese momento, la violencia de recuerdos y de mis amarguras de hicieron preferir no ver convertido en ruinas el recinto que, aparte de su enorme significado para el país, era el lugar donde tantos años de mi juventud transcurrieron. Pocos días después falleció mi hermano Federico; y por este duelo, no asistí a la sesión del Comité Pro Reconstrucción de la Biblioteca Nacional nombrado por el gobierno después del incendio. [...]

Hallábase enfermo en esos momentos el Ministerio de Educación, doctor Lino Cornejo, y la sesión plenaria de la Comisión fue presidida por el doctor Alfredo Solf y Muro, Ministro de Relaciones Exteriores, con quien había guardado siempre muy cordial relación durante el tiempo en que él fuera Rector de la Universidad Mayor de San Marcos y yo Bibliotecario de ella. El doctor Solf, en mi ausencia y sin previo aviso de nadie, me propuso como Secretario, lo que de inmediato fue acordado. Con esta investidura, de la que me enteré en la noche, me fue acordado. Con esta investidura, de la que me enteré en la noche, me fue forzoso ir a la mañana siguiente a la Biblioteca Nacional. Nunca en mi vida había visto espectáculo tan impresionante. Daba la impresión de un lugar bombardeado. Gruesas paredes desnudas sobra las que se sostenían algunas vigas calcinadas y que, a medias, protegían escombros llenos de lodo, era lo que había en lugar de las apacibles salas de América, Europa y Periódicos Peruanos, con sus bellas estanterías y sus anchos corredores, y como resto del depósito de publicaciones recientes. En el suelo yacían, en confusión, papeles y trozos de anaqueles, muebles, pisos y techos. El fuego, al consumir los pisos, al poner en descubierto la tierra del suelo y al ocasionar el desplome de habitaciones enteras, habíase unido, en monstruosa alianza, con el agua para la destrucción de impresos y manuscritos preciosos que yacían empapados y en desorden, susceptibles de acabarse de malograr en la intemperie. Había en el aire un característico y muy desagradable olor a papel quemado y a humedad. Con la angustia de dominar el fuego los bomberos habían prodigado, a veces innecesariamente, el uso de sus mangueras en todos los lugares en donde podía observarse escombros humeantes. Más tarde encontramos, por ejemplo, el libro manuscrito con el diario de viaje del Amazonas, barco de la Armada nacional, en su vuelta al mundo, indemne al fuego pero con el texto borrado irremediablemente por el agua [...]

La Comisión Pro Reconstrucción habíase constituido sin mella de la autoridad del Director, don Carlos A. Romero. A él y únicamente a él obedecían los empleados. No teníamos ni el Dr. Solf y Muro, Ministro de Relaciones Exteriores, ni yo, individuo particular con un nombramiento ad honores, la facultad de impartir órdenes dentro de lo que quedaba del establecimiento. (VH, pp. 433-437)

¿QUÉ HABRÍA SIDO YO SI NO VOY A LA BIBLIOTECA NACIONAL EN 1943?

Un bibliotecario de la Universidad, expulsado por obra y gracia de un artículo ad hoc; un catedrático a quien jamás dejaron ser Decano, Director de Departamento o Rector y que no pudo serlo como resultado del hecho de que no perteneciera a ninguna camarilla ni aludaba a nadie; u escritor de relieve aldeano, desde la perspectiva de la República, de las letras de habla española. Porque el nombramiento de Ministro de educación en 1945 estuvo vinculado al realce que la Biblioteca Nacional me otorgara. Exento de poder económico, social o de partido; sin gravitación influyente sobre los grandes diarios; provincianos, lejos de los contactos familiares o de interés que representan algo así como una capa subterránea para estimular el crecimiento de algunos hombres, hubiera vegetado dentro de las cuatro paredes de la insignificancia. Si mi obra de historiador me

condujo en 1943, sin que de esto me percatara, al cargo al que, lógicamente, tenía acceso por la especialización hecha en Estados Unidos en 1931-32, este episodio no sería más que un ejemplo más de la con fusión de valores en que hemos vivido, fenómeno que ojalá no conozcan las nuevas generaciones. (VH, p. 441)

"TODO UN MODO DE SER Y DE VIVIR SE PUSO EN EVIDENCIA"

El país vivía entonces tremendas horas de lucha política. Habían ocurrido, cosas que, ante el criterio impresionable de la opinión pública, eran más importantes que el incendio de 1943. También se pensó que nada se ganaría con remover el asunto. Cuando hablé en alguna oportunidad de nuevo acerca del incendio intencional, se me dijo en el periódico Verdades, por el señor Luís Solari Swayne, que había que terminar con recuerdos bochornosos y no insistir sobre tan viejo escándalo. Y esto lo decía un hombre de la más alta calidad humana. [...]

A mi juicio y de acuerdo con mucha gente hubo en aquel sinistro algo más que un misterio acerca de su génesis. Todo un modo de ser y de vivir se puso en evidencia allí. Por largos el Estado había abandonado a ese organismo de cultura. En la época de Ricardo Palma demostró el dinamismo, capacidad de crecimiento. Con Manuel Gonzáles Prada aumentó en forma notable el caudal de sus libros modernos. Luís Ulloa ocupó la dirección por muy breve tiempo. Alejandro Deustua tuvo constante interés en adquirir obras acerca del pensamiento contemporáneo. Poco a poco, el magro y estacionario presupuesto de la institución, el reducido número de empleados (a veces muy capaces y conocedores y a veces muy empíricos y desidiosos) y la limitación del local vinieron a resultar un contrasentido frente a un Estado en pleno crecimiento. La Biblioteca continuó en el ritmo del pasado, ajena a cualquier nueva inquietud Carecía hasta de las más modestas facilidades de trabajo. Sus instalaciones eran tan pobres que permitieron la hipótesis del incendio por un cruce eléctrico. Sus máquinas de escribir se caracterizaban por ser muy escasas y anticuadas. No podía mandar hacer mucha cantidad de papel con su sello y casi ni tenía relaciones epistolares con el país o con el extranjero. Los suelos continuaron siendo absurdamente bajos y las horas de funcionamiento no satisfacían a buena parte de los presuntos lectores. El catálogo no tenía cuando hacerse. Libros modernos sobre ciencias o técnica casi no existían. El Director, señor Romero, cumplió ochenta años de edad. De ellos tenía la increíble cifra de sesenta de servicios a la institución. Nadie se atrevió a pedirle que se jubilara. Eran respetados sus merecimientos innegables como erudito e investigador. Ante cualquier rumor o chisme de que un cambio pudiera ocurrir, acudía donde el Ministro o el propio Presidente, denunciando en forma dramática que ese gesto envolvía una ofensa personal que no era justo inferirle. Parecía, efectivamente, cruel arrancar del lugar donde transcurriera toda su vida a este hombre, todavía robusto y ágil físicamente [...]

El incendio fue el resultado de ese mal endémico en el Perú del siglo XX. Que alguien quemara la Biblioteca es cosa sujeta a discusión, probablemente nunca cerrada; que la Biblioteca pudiera quemarse es el hecho más ominoso y lamentable ocurrido hasta ahora en el Perú en el siglo XX. ¿Dónde estaban los cuidados elementales para el servicio eléctrico, si el mal estado de dicho servicio podría ser origen del siniestro? ¿Por qué no existía la vigilancia mínima que un local de esa clase requería día y noche, y que, de haber funcionado, habría permitido siquiera la oportuna localización del fuego? ¿Por qué no se había puesto celo especial en las especies más valiosas guardándolas en cajas de fierro o en estantes de acero o depositándolas, si ellos no existían, en lugares de seguridad? Por lo menos la figura jurídica del "delito culposo" asoma en este caso; si bien, para ser justos, envolvía no sólo a quienes habían tenido a su cargo la administración de la Biblioteca También eran responsables los que, durante muchísimos años, nada hicieron para mejorarla. Excluidos de este juicio hállanse, por cierto, quienes intentaron previsoramente el cambio y no contaron con suficiente poder para hacerla efectivo;

tal es precisamente el caso del doctor Manuel Beltroy, Director de Educación Artística y Extensión Cultural en aquellos momentos. En el banquillo de los acusados por delito de omisión debe ser puesto el Estado, a través de muchos años y de varios gobiernos; y también la opinión pública.

Ojalá que no se reincida, en nuestro tiempo o en el futuro, en este abandono de la Biblioteca Nacional, si bien a veces parece, de cuando en cuando, que esto sucede. (VH, pp. 448-459)

EL PLAN DE LA NUEVA BIBLIOTECA

No vaya narrar aquí todos *los* detalles de la acción efectuada en ese establecimiento entre 1943 y 1948. Ella consta en el folleto titulado *La* Bi*blioteca Nacional* (que debió ser seguido por una Memoria sobre los años 1945-1947, inédita hasta ahora); y, cosa más importante, puede seguirse en sucinta y difícil trayectoria consultando las publicaciones que fundamos: la revista *Fénix,* el *Boletín de la Biblioteca Nacional y el Anuario Bibliográfico Peruano. [...]*

Creo que este período, con el que abre la Biblioteca Nacional, sin duda alguna, una etapa íntegramente nueva, es el tercero en la historia de ella, totalmente distinto del que simbolizó Ricardo Palma al concluir la ocupación chilena en 1883. [...]

El principal tema a considerar y decidir en relación con dicho instituto era, en junio de 1943, uno teórico o principista: ¿Cuáles debían ser sus objetivos? ¿Podía intentarse una copia o imitación de lo que hiciera don Ricardo Palma? ¿Debía tratarse de hacer una mera reparación del establecimiento? ¿O era necesario crear una entidad nueva? Lo primero parecía cosa imposible: don Ricardo Palma fue una figura única [*] Lo segundo, es mi concepto, no era de desea. En suma, la única coyuntura de buscar en 1943 una obra de gran formato, con perspectivas de permanencia y de servicio de las generaciones futuras del Perú, estaba en el tercer camino, el más difícil. Había que elaborar el plan de una Biblioteca técnica tratando de dotarla de todos los servicios de las modernas instituciones de ese tipo, adaptados a las circunstancias propias o peculiares nuestras, a base de la experiencia internacionalmente obtenida, formando dos entidades que integrasen una biblioteca para el gran público junto con un instituto de investigación bibliográfica; y procurando, al mismo tiempo echar las bases de una acción futura de la Biblioteca Nacional sobre el desarrollo bibliotecario en todo el país. Esta dualidad de lo técnico y de lo popular se derivaba de limitaciones económicas inevitables.

"Era mi convicción profunda -escribí en el folleto La Biblioteca Nacional de Lima 1943-1945- que las llamas oprobiosas del incendio debían haber destruido algo más que libros, manuscritos , estanterías. Sobre sus cenizas sólo le cabía al Perú erigir otra institución, no para que fuese lo más parecida posible a la antigua, sino para tratara de ser lo más parecida posible a lo que significa una biblioteca moderna en un país democrático. La incuria burocrática tenía responsabilidad directa o indirecta en el siniestro; a ella habíase sumado también el viejo espíritu. La reconstrucción tenía que ser total: libros, servicios, organización, personal, espíritu".

Por todo ello, creí necesarias las tres condiciones que señale al Presidente Prado para asumir el cargo de Director de la Biblioteca y que fueron aceptadas: criterio técnico en la organización del nuevo establecimiento, Escuela de Bibliotecarios, autoridad efectiva para manejar la Biblioteca y para tratar

[*] Por eso, no llevé a cabo, como me pidió, no sé si con buena fe, mi buena amiga Renné Palma, una visita a su casa, o sea la de don Ricardo, para leer la correspondencia de éste en relación con la biblioteca en 1884.

directamente con el Jefe del Estado acerca de los grandes problemas que la reconstrucción suscitara. A lo anterior se agrega otro punto que, sin odio o malquería para nadie, me pareció, así mismo, imprescindible: el personal antiguo, sin duda proclive a la resistencia contra las nuevas orientaciones, sería transferido a otras dependencias del Ministerio de Educación, salvo un pequeño grupo que podía ser muy útil y en cuya aptitud tenía además plena confianza, por haberlo conocido bien durante diez años, entre 1919 y 1930. (VH, pp. 459 – 462)

TRABAJO MAÑANA, TARDE Y NOCHE

Largos meses de trabajo, sin descanso, mañana y tarde y a veces hasta altas horas de la noche empezaron en el devastado local de la calle de Estudios. Inmediatamente pusimos en efecto, con la ayuda de diversas dependencias oficiales, entre las que se destacó, por el fervor de Enrique Dammert Elguera, la Junta Pro Desocupados, un plan sistemático de rescate de papeles semiquemados o mojados, recogiéndolos del suelo, limpiándolos y ordenándolos; con especial atención para las zonas correspondientes a la ubicación que tuvieron los más valiosos. Una máquina que se había importado al Perú para secar las paredes del nuevo Palacio de Gobierno en 1938 fue prestada por el Ministerio de Fomento y funcionó bajo la dirección del ingeniero Roberto Dammert Tode. Mucho nos sirvió ese artefacto para secar papeles; en otros casos los llevamos a Chosica para que se secaran con el sol. Así fue como resultó posible exhumar importantes periódicos, folletos, libros y manuscritos cuya relación minuciosa fue publicada en listas sucesivas y escuelas, a medida que el trabajo avanzaba, en el Boletín de la Biblioteca. [...]

Había que encontrar en Lima, en el resto de nuestro territorio y en el extranjero, lo que tanto nos faltaba: material bibliográfico peruano o referente al Perú, con preferencia, desde los momentos iniciales, por tratarse de una Biblioteca Nacional. Eminentes intelectuales creyeron que esa recolección era tarea en absoluto imposible, y en forma pública y solemne entonaron el “De Profundis” del patrimonio cultural del país. Claro que tratándose de gran parte de los manuscritos, no había remedio. Los impresos quemados o no rescatados en la búsqueda minuciosa que tuvo lugar esforzadamente entre junio de 1946 y enero de 1944 estaban también perdidos; en algunos casos en lo que atañe a los impresos, quedó abierta siempre la posibilidad de obtener copias fotográficas de otros ejemplares. Pero la experiencia demostró, al mismo tiempo, en numerosos casos, que era posible conseguir los originales mismos de obras peruanas o referentes al Perú, si en eso se ponía paciencia, constancia y, a veces, astucia. Lo que nos ayudó muchísimo a sopesar nuestras necesidades y a medir nuestras fuerzas fue el catálogo. [...]

Fue así como, desde le primer momento, pudimos saber lo que teníamos y lo que no teníamos; y nos dimos el lujo de publicar desde los primeros números en la revista Fénix y en el Boletín anuncios en los que se solicitaba ediciones específicas de diferentes autores, e hicimos, de cuando en cuando, lo mismo con gran discreción en la [sección de] Avisos Económicos de algunos diarios y también, a través de avisos semejantes, en periódicos de provincias. [...]

No pretendo decir que todas las obras de importancia llegaron a ser registradas en la Biblioteca Nacional de Lima entre 1944 y 1948 o que puedan llegar a incorporarse a sus fondos en ediciones originales en el futuro próximo. Sostengo, sí, que se formó una buena base para una importante colección, superior a lo que pudo esperarse y sin hacer dispendios excesivos y con ahorro de comisiones, porcentajes y "ruanillos. Afirmo también que, con más dinero y con celosa constancia y ductilidad inteligente, esa base, que ya ha alcanzado considerable incremento, pudo y debe ser más ampliada en tiempos mejores. No es cierto – como algunos declararon en 1943 – que las nuevas generaciones

quedasen, con el incendio, privadas de conocer y estudiar el pasado o la realidad actual del país. Ese veredicto negativo lo borramos del mapa. (VH, pp. 462-472)

LA ESCUELA DE BIBLIOTECARIOS

Cuya creación gestioné ante el Presidente Prado y que él aprobó contra el parecer de algunos señores altamente colocados, según los cuales Ricardo Palma no la necesitó, traería muchos gastos e iba a implicar un precedente peligroso si otras entidades de la administración pública imitaban el ejemplo, comenzó a funcionar en junio de 1944. Su personal docente estuvo formado por cuatro profesores seleccionados por el comité de Ayuda Norteamericana a la Biblioteca después de que indiqué cuáles eran las asignaturas que pretendía crear. Los haberes de ellos fueron abonados a medias por el gobierno del Perú y dicho Comité [...]

La enseñanza en 1945, 1946 y 1947 se orientó, como en 1944, en un sentido teórico – práctico con énfasis en este último aspecto. Prácticamente se trabajó como en un seminario de educación superior.

El personal admitido en la Escuela en los años 1944 a 1947 tuvo corto número. Esta limitación fue voluntaria. Nos preocupaba entonces, en primer lugar, llenar los cuadros en los distintos departamentos de la institución destruida en 1943, En aquella época, en realidad, no había otras posiciones que los egresados pudieran ocupar. No queríamos engañar a nadie para que luego se encontrase ante el fantasma del desempleo. Nuestros instrumentos de trabajo cotidiano no correspondían tampoco a lo que hubiese sido necesario para un alumnado numeroso. Esperábamos que en tiempos más propicios la Escuela se expandiese y lograra un nivel universitario. Su ligamen con la Biblioteca Nacional, que más tarde pudo discutirse, provenía entonces de la necesidad angustiosa de apresurar las labores en la organización de ella. [...]

Al retirarme de la Biblioteca Nacional en 1947, cuidé que la Escuela la permaneciera abierta.

Ella no puede, sola, ser una panacea para males o atrasos del ambiente. Tampoco es una fábrica de eruditos, ni una proveedora de talento. Ha servido para poner a prueba vocaciones, eliminar a los frívolos o a los desorientados, fomentar la disciplinas del trabajo, ofrece año a año frescos contingentes que sirven para el ejercicio de nuevas actividades o el reemplazo de quienes se alejan por una razón u otra, irradiar lentamente sobre todo el país y eliminar la peligrosa tendencia a los nombramientos arbitrarios debidos al variable favor de la política. Quedó para el futuro la tarea de desligar a la Escuela de la Biblioteca Nacional, desarrollar e intensificar sus proyecciones, hacerla influir directamente sobre la vida del país, renovarla sin cesar trayendo personal docente extranjero, dar carácter universitario a sus estudios, ampliar sus objetivos en un sentido social y documental. [...]

No pretendo decir que entre 1943 y 1948, todo lo que ocurrió de la mejor manera posible, o que nunca nos equivocamos. Lo que si aseguró es que hicimos lo mejor que pudimos. En general me siento contento con la labor realizada en lo que atañer a los libros; las estanterías de acero (que fueron encargadas a Francia bajo nuestra dirección, después de luchar tenazmente contra la peregrina iniciativa de construirlas de “Eternit”); a las publicaciones; y en lo que concierne a la Escuela. Creo, en cambio, que mucho mejor resultado pudimos obtener en cuento al edificio. La idea de mantenerlo en su sede tradicional fue, a mi juicio, entonces acertada. Aparte de las razones históricas, esa zona hallase en el corazón de la vida comercial y oficial de la ciudad, cerca de la antigua Universidad, de la Plaza de Armas, de la Plaza San Martín, de la Plaza del Congreso y hasta del hoy Mercado Mariscal Castilla. También me parece que fue adecuada para aquella época la decisión de hacer avanzar el nuevo edificio hasta tomar una cuadra de la avenida

Abancay, incorporando la casa de la que era dueño el Estado entre esa avenida y la calle Botica de San Pedro y expropiando una pequeña propiedad particular en la antigua calle Casacarilla. Así ocupó, repito, un terreno mucho más grande que el de la antigua Biblioteca Nacional. (VH, pp. 497-506)

BALANCE DE UNA OBRA TITÁNICA

Adquirí (o acrecenté) fama de hombre difícil por mi incapacidad para conformarme con las deficiencias que fui observando en el edificio y con la lentitud en su construcción, desesperante para los que día a día veíamos crecer las incomodidades de nuestro alojamiento en la Escuela de Bellas Artes y sentíamos que ya, hacia fines de 1944, por lo menos en parte, estábamos en condiciones de prestar servicios al público.

Los planos fueron hechos dentro del Ministerio de Fomento. Asimismo, la realización de la obra estuvo a cargo de un ingeniero contratista, también bajo la supervigilancia de ese Ministerio. Desgraciadamente hubo no sólo lentitud, sino también una orientación por la cual no pudo irse por secciones o áreas del vasto edificio. [...]

La fachada de la nueva Biblioteca tomó íntegramente una cuadra de la avenida Abancay. Nada tiene de común este edificio con el que fue destruido en 1943. Sin embargo durante el segundo gobierno de Manuel Prado un prestigioso Senador de la República, por razones que las personas expertas en la psicología criolla reconocerán como ajenas a un inocente homenaje histórico – literario, redactó una moción para que la avenida antedicha recibiera el nombre de Ricardo Palma, a pesar de que el gran tradicionista fue ajeno a esa área urbana. Sin embargo, el Senador por Apurímac Enrique Martinelli Tizon, hombre muy dinámico y resuelto consideró que se estaba infiriendo ostensible agravio a aquel departamento de la República al suprimir en el plano de la capital el nombre de una de sus provincias más importantes; y solicitó la firma de todos los senadores de la Sierra para una protesta común. Por ese motivo, el cambio de nombre de la avenida no llegó a efectuarse. Pero don Ricardo recibe otros homenajes en la misma Biblioteca. Todos mis sucesores han adornado su oficina con varios cuadros o esculturas que representan exclusivamente a un gran personaje; el "bibliotecario mendigo"... de 1884. De dicha oficina está ausente el director de la Biblioteca restaurada en 1943-1947. (VH, pp. 497-509)

A HORA DE LA PARTIDA

En setiembre de 1947, sin ceremonia (pues las había habido con exceso anteriormente), abrimos el Departamento de Niños que organizó María Elisa de Otero. Fue una selección simbólica ésta, pues quisimos dejar constancia de que en la nueva Biblioteca Nacional en el niño excluso como lo había sido antes, sino, por el contrario, era atraído a ella, no sólo con libros especiales y con la “hora del cuento” sino además con un teatrín propio. En noviembre del mismo año abrimos la sala de lectura Perú y en enero de 1948 las salas de Ciencias y Artes (en la que se dieron también libros de educación), la sala de Investigaciones, a cargo del Departamento de Investigaciones Bibliográficas, y la sala de Obras Generales.

En total fueron abiertas hasta enero de 1948 cinco salas de lectura. Debo dejar constancia de la amplia ayuda que suministró en este esfuerzo final el Ministro de Ecuación general Óscar Torres [...]

Ese mismo mes de enero de 1948 recibí del entonces Director General de la Unión Panamericana, doctor Alberto Lleras Camargo, la propuesta de ocupar el cargo de Director del Departamento de Asuntos Culturales que acababa de crearse en aquel organismo internacional. En 1946 y 1947 no había aceptado honrosas y

convenientes propuestas para ocupar cátedras en Estados Unidos porque la Biblioteca Nacional no estaba abierta de lectura (inclusive las dos de mayor significación en la Biblioteca); estaba en vísperas de darse por terminada la construcción del edifico en todo lo que atañe al sector destinado a este instituto de cultura; regían los contratos sobre las estanterías de acero; existían fondos seguros para establecer de inmediato nuevos servicios y atender a las necesidades del momento. Mi misión había sido cumplida es sus aspectos básicos o esenciales. Por otra parte, había percibido claramente a lo largo de las gestiones para obtener la ley sobre las joyas, para que la Dirección del Presupuesto tomara en cuenta y para mejorar sueldos y otras partidas de la Biblioteca (este último esfuerzo, que implicaba un deber ante el personal, resultó infructuoso), que carecía de efectividad para conseguir más recursos y más ayuda a la institución. Me había gastado en tanta lucha, por lo cual "un cambio de guardia" parecía beneficioso. Por lo demás, tampoco habían tenido éxito mis gestiones para que se diera mayor autonomía administrativa a la Biblioteca, y para que, sobre todo, repito, ella lograra tranquilidad económica por medio de rentas especiales y adecuada compensación a quienes allí trabajaban. Al mismo tiempo (esto resultó importante) la situación política hallábase en vías de violentos estallidos, desatadas más y más las pasiones; no era imposible que el gobierno cayera, lo que efectivamente aconteció en octubre de aquel mismo año. En ese movimiento, de todos modos yo hubiera sido barrido aunque no tenía desde 1946 actuación política, e irremediablemente habría arrastrado conmigo a la Biblioteca. Cuando se produjo el golpe militar que encabezó el general Manuel A. Odría, ella no fue tocada y esto se debió a mi ausencia y al hecho de que el Director, ingeniero Cristóbal de Losada y Puga, era amigo personal y ex compañero de gabinete del nuevo gobernante. [...]

No fue culpa nuestra la exorbitante afluencia de escolares que posteriormente dañó tanto a los materiales de la Biblioteca; ni la caída en el nivel de la Escuela; ni la creación de un clima de tensiones internas en el establecimiento; ni la dispersión o incoherencia entre los sectores técnicos de él. Tampoco fue culpa de ninguno de los buenos bibliotecarios.

La Biblioteca Nacional albergó en 1880, 56,127 volúmenes. En 1884 fue reabierta con un total de 27,894 volúmenes. Al quemarse en 1943, se dijo que tenía 100,000 volúmenes. Cuando llegó a ser reabierta en 1947 contaba con más de 134,000 volúmenes. Este último cálculo no lo he hecho yo. Consta en la Memoria del Director de la Biblioteca, Ingeniero Cristóbal de Losada y Puga. Señala esa Memoria también que en la Sala Perú había en 1950, 25,980 obras a las que sería justo sumar 3,800 folletos peruanos sin catalogar, 7,897 publicaciones oficiales, 3,976 libros peruanos duplicados y 8,049 folletos peruanos duplicados, Ellas integraban en la nueva Biblioteca un fondo nacional más considerable que la totalidad de la colección de la Biblioteca reabierta en 1884. Llamo la atención sobre este año, en que se produjo la reiniciación de las labores, el año inmediatamente posterior al de la desocupación de Lima por los chilenos.

La Biblioteca destruida en 1943 sólo pudo ser reabierta a fines de 1947, o sea cuatro años después.

El ingeniero de Losada al iniciar su Memoria como Director de dicha entidad, fechada el 9 de diciembre de 1950, expresó lo siguiente: "Debo, ante todo, dejar constancia de que al asumir la Dirección de la Biblioteca (el 13 de julio de 1948) me encontré con una institución perfectamente organizada y en un *magnífico pie* de *funcionamiento* [estas cursivas y las siguientes son mías], servida por un excelente personal de funcionarios. *Por haber organizado esta institución modelo* y *por haber formado este cuerpo* de *funcionarios ejemplar,* debo rendir homenaje a la labor realizada por mi eminente antecesor, el doctor Jorge Basadre". (VH, pp. 513-516)

Un paréntesis: Ministro de Educación por dos meses. 1945

Cuando llegó la oportunidad de formar el primer gabinete del régimen presidido por Bustamante y Rivero (julio de 1945), decidió él encargar las tres carteras de la Defensa Nacional a miembros apolíticos de los Institutos Armados; las de Relaciones Exteriores, Gobierno y Educación a ciudadanos sin bandería; y la de Hacienda a un especialista conversación aprobada; y ofrecer dos al aprismo, dejando a esta agrupación en libertad para escogerlas entre los ministerios técnicos.

El 26 de julio, dos días antes del cambio de gobierno, me llamó por teléfono Rafael Belaúnde para ofrecerme la cartera de Educación en momentos en que todo estaba listo para el viaje de vacaciones a Chosica con mi esposa y mi hijo. Yo había apoyado a la candidatura de Bustamante en la revista *Historia,* sin mayor ingerencia en la campaña. Me contó don Rafael que todavía estaban vacantes los Ministerios de Hacienda y Justicia. Finalmente quedaron designados el general Óscar N. Torres (Guerra), el contralmirante José R. Alzamora (Marina), el general Carlos A. Gilardi (Aeronáutica), el doctor Luís Alayza y Paz Soldán (Justicia), el Ing. Enrique Góngora (Fomento), el doctor Oscar Trelles (Salud), el Ing. Enrique Basombrío (Agricultura), y el Ing. Rómulo Ferrero (Hacienda) y yo. Góngora, Trelles, Basombrío y Ferrero eran profesionales jóvenes, nuevos en política. Para el Ministerio de Relaciones Exteriores el candidato era Luís Fernán Cisneros, entonces embajador en México, pero el mismo 28 de julio en la mañana llegó un cable en que se excusaba por razones de salud. Con tal motivo fue designado en su reemplazo el doctor Javier Correa y Elías, entonces oficial mayor de esa dependencia. Ante el equipo que comenzó a trabajar el 28 de julio de 1945 hubo desilusión y disgusto en muchos sectores. En el aprismo porque el sabotaje al nuevo régimen pudo ser evitado. Para gente ubicada en zonas de opinión conservadora, éramos la mayor parte de los ministros civiles, desconocidos o inexpertos. La verdad es que Bustamante dio una oportunidad a varios profesionales jóvenes. De nosotros y de nuestros sucesores en esa época bien puede afirmarse que, por lo menos, fuimos honestos. (VH, pp. 696-697)

LABOR COMO MINISTRO

Mi labor como ministro fue, en esta oportunidad, muy breve (28 de julio-7 de octubre de 1945). Estuvo ella facilitada por dos hombres de primera clase: Uladislao Zegarra Araujo y Fernando Romero. Al primero lo nombré Director de Educación Común. Funcionario infatigable en el trabajo, sincero y fervoroso cumplidor del ideal de servicio público, es acreedor al recuerdo agradecido del magisterio. [...]

Con Uladislao Zegarra elaboramos un plan de orientación en torno a la educación rural. Aquello no conocido por mí sobre este asunto Zegarra me lo enseñó. Los antecedentes que era necesario tomar en cuenta al respecto vinculábanse, en primer lugar, con la campaña evangelizadora iniciada por los adventistas en la región de Puna a partir de 1906. Se destacó en ella el misionero Ferdinand Stahl. Según ha narrado el antropólogo Gabriel Escobar, los adventistas optaron por dedicarse a las zonas campesinas, y sus escuelas primarias funcionaron en los mismos locales del culto religioso. Cada director de escuela fue, a la vez, un misionero que unió a la enseñanza las prédicas y las lecturas de la Biblia. Con el tiempo, obtuvieron que tan variadas actividades estuviesen a cargo de indios conversos, pletóricos de ardorosa fe y pagados por su comunidad sólo para que lograsen subsistir. Los locales eran edificados por los creyentes o productos de sus limosnas. El año escolar difería aquí del oficial y se adaptaba a los ciclos de las actividades económicas comunitarias; empezaba después de la cosecha en marzo o abril y terminaba cuando iba a empezar el tiempo de la siembra. Durante las vacaciones, los profesores acudían a centros de entrenamiento de Puna o Juliaca y se consagraban también a la obra misionera. El porcentaje de asistencia escolar en estos planteles era mucho más alto que el de los premunidos de carácter oficial.

[...]

Para fines de 1945 estaba anunciado un encuentro de los Ministros de Educación de Bolivia y el Perú. Zegarra y yo preparamos los documentos para esta reunión que contó con la asesoría de técnicos norteamericanos. La filosofía que nuestra educación rural debía adoptar necesitaba principios básicos. Entre ellos, la necesidad de enlazada con los problemas socioeconómicos, agrarios, jurídicos, de higiene y salud, y también la urgencia de sacada de las aulas para llevada al hogar del campesino y para incorporar a ella en lo posible a la población indígena. Mi renuncia se produjo inmediatamente antes de que se inaugurase la cita ya mencionada. Pero ya en 1947, gracias a la notable obra de mi sucesor, el Dr. Luís E. Valcárcel, había diez y seis núcleos escolares campesinos en los alrededores del lago Titicaca y en las zonas de Vilcanota y Urubamba en el departamento del Cuzco. [...]

De Fernando Romero era yo viejo amigo y camarada. Cuando estuve con él en 1940 en Estados Unidos, supe que la Marina le había encomendado una investigación sobre la educación técnica en dicho país. Apenas llegué al Ministerio, le di el comando de la educación técnica con amplias atribuciones [...]

La obra que hizo Romero desbordó ampliamente los escasos meses de mi Ministerio y llegó hasta el instante en que uno de mis sucesores, cometiendo un grave error, chocó innecesariamente con él. Después vino, sobre todo con el gobierno iniciado en 1948, un marasmo en este sector educativo acompañado -cierto es- por una intensa y fecunda actividad en otros niveles. Puedo jactarme, a pesar de todo, de que, con el apoyo decidido y entusiasta del Presidente Bustamante, con Romero y conmigo, se inició una nueva era en pro de la enseñanza técnica jamás conocida antes y no emulada, ya que choqué con dificultades en mi gestión de 1956. Fue elaborado un plan quinquenal que tuvo los siguientes objetivos básicos: a) atraer la atención de la juventud hacia profesiones y actividades prácticas y útiles para el desarrollo económico de la sociedad; b) hacer partícipes de este beneficio a los adultos que, por falta de planteles especializados o deficiencias en ellos, adquirieron conocimientos sólo empíricos y rutinarios de oficios o artes industriales; c) buscar la formación de un profesorado numeroso y eficiente especializado en este ramo, antes pospuesto; d) crear rentas propias como producto del trabajo industrial. (VH, pp. 705-709)

1. 7 La segunda Experiencia Internacional

El Departamento de Asuntos Culturales en *la Unión Panamericana*

Viajé a Estados Unidos en enero de 1948, nombrado por el doctor Alberto Lleras Camargo en la Unión Panamericana. Acababa de instalarme en Washington cuando se reunió la Conferencia de Bogotá y aprobó la Carta de la Organización de los Estados Americanos. La Unión Panamericana, de acuerdo con esta Carta, quedó .como Secretaría General de dicha entidad. Fue entonces ella dividida en tres departamentos técnicos: el de Asuntos Jurídicos, el de Asuntos Económicos y Sociales y el de Asuntos Culturales. Me correspondió el honor de ser el primero en ejercer esta última función sin que el gobierno del Perú nada hiciera a mi favor. Más tarde, el Brasil y otras repúblicas, en contraste con esa indiferencia, han disputado encarnizada mente dicha presa burocrática.

Entre enero de 1948 y noviembre de 1950 procuré dejar las bases de una estructura adecuada a las funciones de la Organización. Cuando llegué, existían en este campo tres oficinas desarticuladas ya veces en mutua interferencia: la biblioteca, sumida en una vida lánguida; la Oficina de Cooperación Intelectual, muy dinámica y servicial aunque frenada por la escasez de fondos, por la complejidad de sus campos de trabajo y por la mezcla de atribuciones técnicas y administrativas

en su personal, y por último, la oficina de Música. Al retirarme en noviembre de 1950 dejé una biblioteca dinámica, con un salón de lectura propio y una flamante revista; la División de Educación con sus tres secciones: de Educación Primaria, Secundaria y Vocacional; la División de Música y la de Artes Visuales; y Unidades de Literatura y Filosofía, de Ciencias y Tecnología y de Ciencias Sociales. Quedaron también marcados no sólo el ámbito de trabajo de cada núcleo y las labores de cada funcionario sino también las diferencias entre el personal técnico y el personal administrativo.

Entre otros trabajos realizados en aquella época mencionaré rápidamente: la encuesta hecha a especialistas de distintos países de América Latina sobre la identidad, las características y el futuro de las clases medias en esa región; las antologías de autores clásicos hispanoamericanos preparadas por el gran escritor mexicano Emilio Abreu Gómez; la antología sobre filósofos de nuestro continente admirablemente hecha por nuestro colega de entonces, el profesor argentino Aníbal Sánchez Raulet, que descubrió un mundo no muy conocido antes; la relación minuciosa de las cátedras sobre América Latina en las universidades de Estados Unidos, editada con un extenso prólogo mío sobre la historia y las características de esa enseñanza; los boletines sobre avances científicos y tecnológicos periódicamente enviados a los centros de educación superior en México, Centro América y América del Sur.

Mención especial corresponde al pacto de colaboración entre nuestro Departamento y el Instituto Panamericano de Historia y Geografía de México. Dirigía entonces la Sección Historia de dicha entidad el gran Silvio Zavala, a cuya iniciativa y perseverancia se debieron una serie de volúmenes sobre la historia en cada una de las áreas y de las épocas americanas, así como varios resúmenes de conjunto, entre los cuales el muy extenso trabajo del mismo Zavala sobre la Colonia sigue siendo una obra ejemplar. Marietta Daniels Shepard inició por aquel entonces la labor que durante muchos años siguió cumpliendo, de estimular, orientar y ayudar al movimiento bibliotecario en nuestros países.

Las más ambiciosas realizaciones que llevamos a cabo entre 1948 y 1950 fueron los seminarios interamericanos de educación reunidos en Caracas en 1948, en Río de Janeiro en 1949 y en Montevideo en 1950 con la participación conjunta de la Organización de Estados Americanos y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO); y, además, el centro para preparación de maestros y materiales especializados de educación rural y de adultos inaugurado en Pátznaro (México) también bajo los mismos auspicios.

Para efectuar el planeamiento de dicho centro, así como para afrontar el problema general de una cooperación futura entre UNESCO y la OEA, viajé como observador varias veces a París entre setiembre de 1949 y febrero de 1950 y a Florencia en mayo de este Último año. Ambos acuerdos, sobre cuyos detalles no fue fácil una concordancia, fueron aprobados por los dos organismos. (Ap, pp. 411-414)

2. LA HISTORIA VISTA POR EL HISTORIADOR

Trayectoria y destino

Fui terco al hurgar desde los dieciséis años en el campo del pasado nacional, sobre todo en la época republicana, y esa porfiada tarea fue la razón de ser para mi existencia intelectual, anheloso siempre de no inyectar en los muertos mis pasiones y mis dogmatismos. Dicho periodo era, entonces, una selva no desbrozada que casi nadie se atrevía a transitar. Ahora muchos, dentro de mejores circunstancias y más favorables condiciones, allí cómodamente laboran; y acaso, algunos han olvidado las penurias de antes y los estímulos que pudieron recibir o la semilla o la apertura

que en algo les sirvió quizá. He aprendido que es de veras histórico únicamente lo que en un sentido fundamental y, de un modo u otro, repercute sobre nuestra época. El presente está repleto de pasado y preñado de porvenir. He aprendido también que en el Perú no hay una unidad geográfica, ni racial, ni lingüística; pero que esta comunidad histórica, que enmarca las vidas de todos nosotros querámoslo o no, se ha ido haciendo penosamente en una marcha multisecular llena de contradicciones y, dentro de una trayectoria que, en tales o cuales momentos, pudo parecer que florecía y en otras ocasiones, en más de una oportunidad, quedó en honda desolación para luego, a pesar de todo, seguir una vez más. En suma, aunque es tan rico y tan complejo el pasado del Perú, lo que importa sobre todo no es lo que fuimos sino lo que sí -venciendo la inextinguible capacidad nacional para buscar la propia agonía espiritual con el yaraví de la autoflagelación y de la autonegación o para *so*plar en el pututo del encono- pudiéramos ser si de veras lo quisiéramos. (MP, p. I)

Historiografía y compromiso

Me ocuparé tan sólo de mis trabajos historiográficos. No los considero definitivos sino labor de siembra. Alego como circunstancia atenuante que dichas obras no nacieron por una curiosidad cómoda ni por el manejo de un oficio más o menos ornamental. Los asuntos que abarqué, con todos los errores y omisiones que pudo tener su tratamiento, surgieron desde el fondo de mi ser por una necesidad que se convirtió en parte integrante de mi existencia misma.

A lo largo de estos trabajos, cuyas limitaciones, repito, jamás he ocultado, no menosprecié, por cierto, las fuentes auténticas como testimonio irremplazable del pasado; pero, con el máximo respeto hacia ellas, siempre entendí a la erudición como un medio para ir en pos de la historia del hombre, el hombre protagonista, autor o víctima, el hombre en sociedad, en este caso en el Perú. Dentro de mis limitaciones, lejos de todo impulso irreflexivo o irracional (con el anhelo que no sé si he logrado de colocarme por encima de los apriorismos, los primarismos y los sectarismos), traté de sentirme comprometido sólo con este país dispar, desigual, en formación y ebullición, con tantas cosas espantosas y maravillosas en su seno. País cuyos horizontes culturales, mirándolos en su integridad, parecen cada vez más vastos y complejos, gracias al enorme desarrollo de las ciencias humanas. País de choques y mezclas entre razas inconexas y polivalentes a través del tiempo largo, a veces cegado por la embriaguez de momentos alegres y confiados aunque, en más de una ocasión, resultó sumido en un agonizar cruento para tener, luego, extraordinaria aptitud para reaccionar. País de demasiadas oportunidades perdidas, de riquezas muchas veces malgastadas atolondradamente, de grandes esperanzas súbitas y de largos silencios, de obras inconclusas, de aclamaciones y dicterios, de exaltaciones desaforadas y rápidos olvidos. País dulce y cruel, de cumbres y de abismos. País de Yahuarhuácac, el inca, que según la leyenda, lloró sangre en su impotencia; y de Huiracocha, el inca que se irguió sobre el desastre. País de aventureros sedientos de oro y de dominio sobre hombres, tierras y minas y, también, país de santos y de fundadores de ciudades. País de cortesanos según los cuales no se podía hablar a los virreyes sino con el idioma del himno y el idioma del ruego. País de altivas y valerosas cartas que suscribieron Vizcardo Guzmán y Sánchez Carrión, separadas en el tiempo y unidas por la más pura inspiración democrática. País donde, a lo largo del tiempo, gamonales altivos o taimados creyeron vencida a la estirpe de los defensores de los indios entre los que hubo mártires como Juan Bustamante y oradores incorruptibles como Joaquín Capelo. País con millones de analfabetos monolingües y con grandes figuras culturales. País de tanto desilusionado, pesimista y maldiciente en 1823 y 1824 mientras que, en esos mismos momentos horribles, Hipólito Unanue voceaba su esperanza terca en el fervoroso periódico *Nuevo Día del Perú.* País donde, en la guerra de la independencia, se produjo el bochorno de la escaramuza de Macacona y, poco

después, la carga luminosa de los Húsares de Junín. País que entre 1879 y 1883 se enredó y dividió en un faccionalismo bizantino cuyos efectos letales no lograron contrarrestar, en múltiples rincones de la heredad nacional, numerosos héroes fa-*mosos* o anónimos cuyos nombres debemos exhumar y que lucharon durante cinco largos años, a diferencia de lo ocurrido en la guerra entre Francia y Alemania en 1870, limitada a unos pocos meses. País que requiere urgentemente la superación del estado empírico y del abismo social; pero, al mismo tiempo, necesita tener siempre presente con lucidez su delicada ubicación geopolítica en nuestra América. [Discurso agradeciendo la imposición de la Orden del Sol, en enero de 1979.]

Cómo entender la historia

La historia es un proceso motivado por fuerzas humanas al que hay que entender a través de términos puramente humanos. Ella no debe ocuparse sino de la verdad de nuestros semejantes en su calidad de seres que vivieron, a lo largo y a lo ancho del tiempo que nos interesa. Su destino alberga un enjambre de causas diversas, coyunturas, estructuras, avances y retrocesos y fenómenos con elementos eventuales de sorpresa. Si hay una utilidad en estudiada es la de ahondar la experiencia y lograr que, de algún modo, seamos más lúcidos en relación con nosotros mismos y con nuestros semejantes y con la sociedad que nos circunda. Debemos investigar con humildad, paciencia y honestidad los factores auténticos en el acontecer histórico y tratar de entender e interpretar la amplitud de las relaciones que los generan, los caracterizan o los rodean. Se trata de una labor primaria pero no sencilla, ya que la complejidad de las fuerzas desencadenadas en el tiempo es intrincada y su dilucidación resulta una tarea nunca fácil. De allí la necesidad de ser extremadamente atentos, sensibles y cautos.

El deber del historiador está en hallar, dentro de lo posible y sin desconocer la verdad de que otros han de superado inevitablemente más tarde, por lo menos alguna de las complejidades en la conducta, el pensamiento, la sensibilidad y las obras de la existencia humana a través de las distintas etapas del acontecer y dentro de los marcos específicos de su interés profesional. Ello implica buscar las interrelaciones sutiles entre las luces y las sombras del pasado, ser leal a éste y no distorsionarlo, Cosa que no es tan fácil como parece; tener siempre presentes las difíciles y largas tareas que aún faltan por cumplir a nuestra especie. No se trata ya de que la historia proporcione auxilios o instrumentos para el dominio del poder o de la autoridad política o económica establecida, cualquiera que ella sea. Su deber es proclamar que en la razón (siempre y cuando esté controlada por los hechos mismos y por la experiencia viva y se halle incentivada, además, por los hondos instintos biológicos y sociales que buscan el desarrollo y la protección de la especie), así como en la capacidad para pensar acerca de ellos mismos, de sus semejantes y de su medio ambiente, encuéntranse, pese a todos sus defectos, errores o miserias, los atributos mejores de los hombres, los elementos que les otorgan una calidad única y superior dentro del universo todo.

Las ciencias humanas. La historia, disciplina llamada por algunos auxiliar y, en realidad, fundamental, otorga a las ciencias del hombre esa densidad en el tiempo que, cuando aparece verdaderamente comprendida en su relativismo y en su complejidad, constituye el sustituto más *se*guro de una experimentación imposible.

Nota sobre la erudición y la historia

Es evidente que sin erudición no se puede escribir historia. Esto lo olvidan siempre y lo están haciendo ahora mismo algunos audaces empeñados en inyectar dentro del pasado sus creencias, sus opiniones y hasta sus afanes proselitistas y combatientes. Pero aquella, la erudición, con ser tan imprescindible, no es aún

historia. Quiere decir que la simple acumulación de noticias no puede ser y no integra en ningún caso la verdadera forma constituyente de la vida intelectual. No bastan los datos estrictos Y fehacientes para que quien los reúne o expone, gracias a la posición favorable que el destino le hizo adquirir o en virtud de una paciencia tenaz o del dinero que tuvo o por cualquier otra circunstancia, adquiera el rango de historiador.

Dentro de los datos aparecen los hechos históricos. Entendemos al enunciar estas últimas palabras no sólo las referencias a los sucesos descollantes sino cualquier información sobre el ayer. Los hechos, encerrados cada uno dentro de sí mismo, aislados dé los demás, abruptos, no son nunca ciencia. La ciencia es teoría y ésta consiste en darles su fundamento, en interrelacionarlos: La ciencia es el descubrimiento de conexiones entre los hechos. En la conexión el hecho desaparece como puro hecho y se transforma en parte de un "sentido". Entonces se le entiende. El "sentido" es la materia inteligible. Lo aseverado antes es muy notorio en la historiografía de nuestro tiempo, preocupada, cada, vez más por los movimientos de larga duración, por lo que cambia lentamente. La teoría estructuralista ha contribuido a que los fenómenos observables por los historiadores nuevos se presenten no tanto como productos de una o más voluntades sino como fragmentos que emergen de un sistema subyacente. Por otra parte, la hoy despreciada "historia de los acontecimientos" es también estructural porque el acontecimiento en sí posee su estructura y en ella está precisamente el acontecimiento de que se trata. (BD, pp. 1055-1056)

Breve alegato sobre la historia libre y *la historia perspectiva*

Hace poco tiempo un joven investigador norteamericano que se había iniciado con brillantes contribuciones en el campo de la historiografía anunció públicamente que abandonaba sus estudios. Para justificar tan brusca actitud, expresó que había estado ocupándose de un ejercicio puramente académico, inútil para resolver los problemas inmediatos del mundo cuando nuestro tiempo exige la acción para buscar la justicia social y la creciente productividad en sociedades que afrontan, cada vez más, la necesidad de esenciales cambios.

La Historia ha tenido, por cierto, a lo largo de muchos siglos, numerosos adversarios. Pese a ellos, está inevitablemente, de un modo u otro, unida a la cultura de cada época. Sus métodos hállanse hoy mejor encaminados que nunca para obtener, en lo posible, una mayor rigidez, una mayor complejidad. Su aptitud renovadora resulta asombrosa. Ha sido posible, por ejemplo, escribir de nuevo sobre la vida de la antigüedad clásica con tal riqueza documental y de conocimientos, que autores como Herodoto, Tucídides, Tácito y Tito Livio ya están superados en los años que atañe a los contornos de las sociedades que perpetuaron en sus clásicos libros [*]

No han transcurrido muchos años desde que el famoso millonario Henry Ford afirmó: *History is bunk,* o sea "la historia es basura". Con esa frase sintetizó el desprecio de muchos hombres de negocios para una disciplina que no produce el pan de cada día. Es cierto que conocimientos como el de la sociedad en el siglo XIX no ayudan en modo alguno a la fabricación de un automóvil. Ford y muchos como él simbolizan la idea de que el hombre existe para producir y para consumir. El utilitarismo de ellos no acepta la vida sino en la fábrica y en la oficina. En cierto sentido, pensaron y piensan con lógica, con su lógica.

Hoy el ataque viene, sobre todo, precisamente desde el campo opuesto:

[*] H. Plumb, *The Oeath afthe Past,* Houghton Mifflin, Bastan, 1870, pp. 102-145.

Quienes lo encabezan son jóvenes iconoclastas, rebeldes, tenaces. A ellos se

suman, a veces, especialistas de la antropología social y las disciplinas conexas.

Conviene recordar, en seguida, que todos los despotismos erigidos en el mundo, incluyendo los de nuestros días, se han esforzado y se esfuerzan en "reescribir la historia de sus respectivos países y, a veces, la historia universal". Ello demuestra claramente que la consideran muy importante. Dentro de aquellas sociedades, a veces delante de nosotros, se han registrado, no una sino varias veces, cambios en su historiografía, de acuerdo con lo que ha convenido en distintas etapas. La presencia de una historiografía libre no ha estado ni está permitida en los regímenes mencionados. El motivo para esa actitud no se deriva de que hay presuntas ofensas deliberadas a la moral de los poderosos. Dicha historiografía cuando es aplicada con limpieza, cuando se libra de la gritería, del emocionalismo, de la sumisión ante el poder imperante, amenaza de modo directo o indirecto su poder político. Una disciplina capaz de suscitar reacciones tan enérgicas de los fuertes no puede estar carente de todo valor social. La historiografía verdadera, repitámoslo, la verdadera, lleva en sí un tremendo poder destructivo de los dogmas. Y de allí su inextinguible valor en todo tiempo, en especial el nuestro [*]

Pero precisamente quienes obedecen a ellos están también infiltrados en las áreas del mundo donde no hay restricciones para escribir. Como acaba de denunciar el historiador francés Francois Furet en la gran revista *Annales,* esos autores encierran los hechos o los procesos de cuya narración o valoración se trata, dentro de una conciencia ideológica contemporánea, por lo cual los interpretan como una proyección pasional del hoy sobre el ayer. Tales aportes, agrega Furet, representan "el espíritu maniqueo, sectario y conservador de una historiografía que sustituye con el juicio de valor al concepto, con la finalidad a la causalidad, con el argumento de utilidad a la discusión". Su mundo tiene sólo dos dimensiones, una demonológica y otra hagiográfica y su presentación del pasado une, inseparablemente, comunión y pedagogía. Cualquier otro tipo de historia, o sea cualquier historia que pretenda escapar a la identificación mecánica entre los objetos del ayer y los valores de hoy, aun aquella que trata de cumplir con honestidad el propósito de esclarecer a aquellos, es, de hecho, “contrarrevolucionaria” [**]

No se trata, por cierto, de justificar la historia tradicional, animada por nostalgias retrógradas, entretenida en cosas intrascendentes o hecha para No se trata, por cierto, de justificar la historia tradicional, animada por nostalgias retrógradas, entretenida en cosas intrascendentes o hecha para defender, de un modo u otro, el *statu quo.* ¡Cuántos libros históricos intentan justificar, consciente o inconscientemente, las fuerzas ya entronizadas o surgentes de unos u otros grupos de presión! ¡En cuántos se ve la exaltación sistemática de unos personajes, grupos o situaciones, o se halla el afán imperioso y deliberado de querer hundir a otros!

Tampoco hay aquí la apología del mero eruditismo que suele agudizarse en quienes no saben o no pueden escribir cosas interesantes y creen que es prueba de sabiduría aburrir a los lectores. En este sector pueden ser clasificados no sólo escritores anticuados sino otros novísimos que se proveen de una jerga sociológica o se parapetan detrás de tablas de recóndita estadística

Las interpretaciones tradicionales del pasado se están derrumbando. Frente a realidad tan trascendente, el objetivo de la historia es hoy entender a los hombres como individuos y también en sus relaciones sociales a lo largo del tiempo, lo cual implica una seria búsqueda con finalidad propia. Estas investigaciones pueden abarcar actividades en los ámbitos económicos, sociales, políticos, religiosos,

[*] Edward Pessen: "Is History Irrelevant?" en *Dissent,* New York, Junio de 1971.

[**] Francrois Furet, "le catéchisme révolutionnaire" en *Annales,* Paris, marzo-abril de 1971.

filosóficos, artísticos, jurídicos, militares, científicos, etc., en suma, en todo lo que

afectó la vida de la humanidad. Su tarea no se enfrenta ante un fenómeno estático sino frente a procesos que son de movimiento y cambios, a veces rápidos, a veces lentos, a veces subterráneos, a veces ostensibles. Llevamos cada uno de nosotros, en nuestras respectivas sociedades, innumerables reliquias y huellas y otras han sido eliminadas, superadas o perdidas o van a desaparecer mientras otras tienden eventualmente a reaparecer. En todo caso, nosotros y la colectividad a la que pertenecemos hemos sido moldeados por el tiempo, lo cual no obsta para que debamos seguir nuestros propios caminos aunque llevemos siempre el pasado como fuerza condicionante.

Escribir acerca de la historia es hoy, más que en ninguna época, tarea de profesionales, a pesar de que en el campo de ella irrumpen los intrusos, sobre todo en los países subdesarrollados. La finalidad de esta disciplina, a través de un proceso de hallazgos y autocrítica mediante una tenaz verificación de las generalizaciones hechas con el sincero propósito de documentarse, es comprender el pasado que en sí no implica jamás una cosa simple aunque lo parezca, pues se trata, por el contrario, de algo complejo por lo que resulta intrincada la dilucidación propuesta.

El historicismo retrógrado pretende erradicar de la historia los hechos revolucionarios. La suya es, en verdad, una actitud de inmovilidad. Pero el hombre no es un ser inalterable que cambia sólo de vestidos, de escenarios o de años. Hay interrelaciones entre la sicología de la gente de cada época y sus condiciones económicas, sociales y morales y en ellas hay, además, conflictos y tensiones entre factores diversos. Fue exacto Marx cuando dijo que no es la conciencia de los hombres lo que determina su ser sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia. Puede, inclusive, ser visible en determinadas épocas la lucha de clases. Se ha dado el nombre de "epistema" al campo dentro del cual en un al campo dentro del cual en un tiempo dado se determinan *los a priori* históricos, principios de ordenación, el subsuelo intelectual común a las ciencias, las artes y las ideologías. Este ámbito, del que, a pesar de todo, no tenemos una conciencia totalmente clara, no es el mismo en todas las generaciones. La evolución de las sociedades humanas se cumple por acción de fueras distintas que, en los pueblos muy jóvenes hacen predominar los factores biológicos, la sangre, la raza; en otros tiempos rigen la vida colectiva elementos políticos como la razón de Estado, la razón dinástica; en épocas muy modernas predominan fuerzas económicas. Las clases sociales mismas no han sido en todo momento de la historia clases como las entendemos hoy. Tampoco el individuo coincide siempre con el temperamento de su clase ni quedan fatalmente supeditados a ésta sus pensamientos. Hay quienes pugnan por liberar su ideación de su estado económico y a veces lo consiguen, por ejemplo Karl Marx. Aceptando el formidable aporte que para la historiografía hizo este gran pensador tan fecundo, en cada época distintas ideas y actitudes se entrecruzan y así actúan las unas sobre las otras y viceversa. La nueva sicología y sociología del conocimiento llevan en sí un llamado para que los historiadores jóvenes se muestren atentos a *los* aspectos emocionales y simbólicos de la conducta. El análisis funcional en sociología *les* ofrece un mensaje similar. El método tan recientemente difundido de las encuestas de opinión pública ya está aportando nuevas perspectivas acerca de los rumbos políticos de las masas. La historia cuantitativa, apenas en sus comienzos, también suministra materiales para verificar la exactitud de viejas generalizaciones.

Las influencias diversas, operando en distintos ámbitos del tiempo sobre los ambientes específicos de personas, grupos, regiones, países o conjuntos de países, se asocian o se contrarían según modalidades incesantemente variadas en el tiempo y en el espacio. El pasado, repitamos lo, no consiste en un esquema; la existencia humana es en sí compleja y Heva en sí mezcladas ocultas interrelaciones. Lo real es siempre más variado y más rico que los trazados dogmáticos. Hay inclusive un papel que desempeñan lo arbitrario, lo contingente, lo irracional y lo accidental en la historia para acelerar, retardar o modificar sus

procesos. Los cambios que irrumpen dentro de ella siempre albergan un contingente de sorpresa. No se trata de negar que cabe una interpretación orgánica del pasado; pero ella debe ser pluralista. Toda concreción de vida, todo hecho vital o viviente presenta lados diversos. Dilthey dijo: "La vida es, precisamente, multilateralidad".

El siglo XIX tuvo distintos profetas que anunciaron el porvenir de la humanidad. Hoy los llamados "futurólogos", presuntos voceros de una autollamada nueva "ciencia", anuncian lo que ocurrirá tan sólo dentro de los próximos veinte o treinta años. Del porvenir podemos vislumbrar algunas líneas generales; pero no detalles precisos. El universo contemporáneo presenta notorias variedades de tipos de evoluciones en distintas *so*ciedades. Esta diversidad persistente implica una rebelión de los hechos contra los esquemas monolineares de la humanidad. Hasta en el mundo comunista hemos visto producirse escisiones. Existe, a veces con más intensidad que otros factores, el fenómeno de la "aculturación" que no sólo funciona en las sociedades primitivas, como lo han anotado etnólogos y antropólogos, sino también en otras más desarrolladas, a través de la recepción de influencias extranjeras o foráneas en las elites o en las masas. El marxismo es una doctrina que se formó, por cierto, lejos de Rusia. El mundialismo del Manifiesto Comunista estuvo constreñido al panorama de la sociedad económica moderna dentro de la óptica de 1848, o sea se concentró en Europa Occidental. Lenin expresó alguna vez acerca de esa ideología: "Es lo mejor de la filosofía alemana, de la economía inglesa y del espíritu revolucionario francés". No tenía nada de eslava; pero él la implantó genialmente en el inmenso país de los zares, ha sido llevada a los países de Europa Oriental y sobre China y Cuba, irradia sobre todo el mundo del siglo XX como el más grande acontecimiento de esta centuria, y su más grande esperanza ha sido "deportada" hoya los países no desarrollados. Y, en nuestros días, Leopold Senghor, refiriéndose al África, ha expresado que el marxismo, concebido y construido en Europa, no ha de ser sino uno de los instrumentos de la obra política que ha de construirse en el continente negro [*]

El hombre es, interesa decirlo de nuevo, producto de sí mismo dentro de las condiciones en que vive su vida, así como de su propia acción. Podemos diferir de nuestra manera de ver o interpretar el pasado hasta llegar a las discrepancias. Todos somos humanos, nadie es perfecto. Existe una inescapable dosis de subjetividad en cada historiador, aparte de lo que puede manifestar acerca de "lo dado", lo no discutible. Pero cada uno de ellos, si no respeta la integridad, la independencia y la pretericidad del pasado, si no pretende justificar lo injustificable, si se aparta de interpretaciones crudas que violan las esencias de su disciplina misma, si no justifica a la autoridad tan sólo porque ella está allí, ni a la vanidad nacional, ni a la dominación de clases, sino tan sólo a las más altas cualidades de la mente y del instinto humanos, puede aportar lúcidos, útiles y hasta, siquiera en parte, veraces observaciones acerca del ayer.

Como ha dicho Richard Hofstadter en el párrafo final de su libro *Los historiadores progresistas:* "En una época en que tanta parte de nuestra literatura está impregnada de nihilismo y otras disciplinas sociales se ven impulsadas hacia una estrecha investigación positivista, la historia puede seguir siendo la más humanizadora de las artes"[**].

Por encima de todo, lo primero que necesitamos es que ella, la historia, sea escrita con toda libertad y la alegría incomparables que emanan del pensamiento desinteresado Son indispensables, como lo ha expresado un gran escritor venezolano, en éste como en los demás ámbitos de la vida del espíritu, "la

[*] Léo Hamon. *Acteurs et données de l'Histoire,* v. 1. Presses Universitaires de France, 1970, pp 31-45 y otras en libro tan interesante.

[**]Richard Hofstadter. *Los historiadores progresistas,* Buenos Aires, 1970, Editorial Paidós, p. 423.

amplitud, el intercambio de ideas y de escritura, la exención de impuestos intelectuales pagados a la industria cultural, a la masificación, a la moda, a la ideología militante, a la sacralización de alguna causa" [***]

Todo ello nos conduce a aspirar a que los historiadores sean hombres honestamente convencidos de su lealtad con ellos mismos, con los muertos y con los que vendrán, ante los hechos objetivos, concretos y auténticos que llegaron a aprehender; hombres, en fin, que dentro de sus limitaciones traten de superar, en lo que de ellos depende, lo sectario, lo apriorístico y lo primario. Y, aunque seamos conscientes acerca de las locuras, las iniquidades y las estupideces de la humanidad, así como de sus momentos luminosos, el requisito fundamental es el deber de amar la vida en nosotros y...en los otros, incluyendo a los más humildes, los más desvalidos. Sólo con ese intenso amor daremos contenido hondo a nuestra vocación y a nuestros desvelos. (BO, pp. 1056-1061)

[***]Juan Lissano. "Carta a nuestros lectores" en *Zona Franca,* Caracas Mayo-Junio de 1970.

CAPÍTULO II

POR UNA TEORÍA DEL PERÚ

1 ¿POR QUÉ SE FUNDÓ LA REPÚBLICA?

El Perú moderno -lo hemos dicho muchas veces- es una continuidad en el tiempo. A la época prehistórica debe, en parte, la base territorial y parte de la población. De la época hispánica provienen también una base territorial, otro sector de la población y el contacto con la cultura de Occidente. Y la época de la Emancipación aporta el sentido de la independencia y de la soberanía. Mas en esta última etapa, madura, asimismo, un elemento psicológico sutil que puede ser llamado *la promesa.*

El sentido de la independencia y de la soberanía no surge bruscamente. Dentro de una concepción estática de la historia, el periodo de tiempo comprendido entre 1532 y 1821 se llama la Colonia. Para una concepción dinámica de la historia, dicha época fue de la formación de una sociedad nueva por un proceso de rápida "transculturación", proceso en el cual aparecieron como factores descollantes la penetración de los elementos occidentales en estos países, la absorción de elementos de origen americano hecha por Occidente, el mestizaje, el criollismo y la definición de una conciencia autonomista.

Los americanos se lanzaron a la osada aventura de la independencia no sólo en nombre de reivindicaciones humanas menudas: obtención de puestos públicos, ruptura del monopolio económico, etc. Hubo en ellos también algo así como una angustia metafísica que se resolvió en la esperanza de que viviendo libres cumplirían su destino colectivo. Esa angustia, que a la vez fue una esperanza, podría ser llamada *la promesa.* Nada más lejos del elemento psicológico llamado *la promesa* que la barata retórica electoral periódica y comúnmente usada. Se trata de algo colocado en un plano distinto de pasajeras banderías. Aun en los primeros momentos de la independencia así quedó evidenciado. Los llamados separatistas o patriotas entraron en discordias intestinas demasiado pronto, antes de ganar esa guerra, aun antes de empezar a ganada. Se dividieron en monárquicos y republicanos; y los republicanos, a su vez, en conservadores y liberales, en partidarios del presidente vitalicio y del presidente con un periodo corto de gobierno, en federales y unitarios. Y sin embargo, a pesar de todo el fango que con tal motivo mutuamente se lanzaron y a pesar de la sangre con frenesí vertida entonces en contiendas fratricidas, para todos ellos esa victoria en la guerra de la independencia al fin lograda después de catorce años apenas si fue un amanecer, un punto de partida. Bolívar y San Martín, Vidaurre y Luna Pizarro, Monteagudo y Sánchez Carrión, por hondas que fuesen sus divergencias, en eso estuvieron de acuerdo.

Las nacionalidades hispanoamericanas tienen, pues, un signo dinámico en su ruta. Su antecedente inmediato fue una guerra dura y larga; su origen lejano allá en la colonia, que algunos imaginan dormida o estática, un fenómeno de crecimiento espiritual dentro del proceso vertiginoso de la "transculturación" de la civilización occidental en este suelo simbólicamente llamado el "Nuevo Mundo". Y por eso se explica que en el instante de su nacimiento como Estados soberanos, alejaran su mirada del ayer para volcarla con esperanza en el porvenir.

Esperanza, promesa que se concretó dentro de un ideal de superación individual y colectiva que debía ser obtenido por el desarrollo integral de cada país, la explotación de sus riquezas, la defensa y acrecentamiento de su población, la creación de un *mínimum* de bienestar para cada ciudadano y de oportunidades

adecuadas para ellos. En cada país vino a ser, en resumen, una visión de poderío y de éxito, para cuyo cumplimiento podrían buscarse los medios o vínculos más variados de acuerdo con el ambiente de cada generación.

En el caso concreto del Perú, sin saberlo, la promesa recogió algunos elementos ya existentes en el pasado, trasformándolos. Los incas para sus conquistas inicialmente procuraron hacer ver a las tribus cuya agregación al imperio buscaban, las perspectivas de una vida más ordenada y más próspera. Más tarde, incorporado el Perú a la cultura occidental, su nombre sonó universalmente como fascinador anuncio de riqueza y de bienestar. También al fundarse la independencia, surgió un anhelo de concierto y comunidad: "Firme y feliz por la Unión", dijo por eso, el lema impreso en la moneda peruana. Y surgió igualmente en la emancipación un anuncio de riqueza y de bienestar proveniente de las minas simbolizadas por la cornucopia grabada en el escudo nacional y de todas las riquezas que el Perú alberga en los demás reinos de la naturaleza, que el mismo escudo simboliza en la vicuña y en el árbol de la quina. Pero hubo un fermento adicional en la promesa republicana que el *quipu* inca y el pergamino colonial no pudieron ostentar porque ambos correspondían a un tipo de vida socialmente estratificada: el fermento igualitario, o sea el profundo contenido de reivindicación humana que alienta en el ideal emancipador y que tiene su máxima expresión en el "somos libres" del himno nacional.

Lágrimas de gozo derramáronse en la Plaza de Armas de Lima el 28 de Julio de 1821; con majestad sacerdotal se sentaron los hombres del Primer Congreso Constituyente en sus escaños; heroica mente fueron vertidos torrentes de sangre tantas veces; estentóreos sonaron los gritos de tantas muchedumbres incluyendo las que vocearon su solidaridad con México, Cuba y Centro América amenazados y las que combatieron cantando el 2 de Mayo de 1866. Y sin embargo ¡cuán pronto se escucha también en nuestro siglo XIX quejas y protestas, voces de ira y desengaño reiteraciones vacías, loas serviles, alardes mentidos; y se ven, al mismo tiempo, encumbramientos injustos, pecados impunes, arbitrariedades cínicas y oportunidades malgastadas!

A pesar de todo, en los mejores, la fuerza formativa e inspiradora de la promesa siguió alentando. Abandonarla implicó el peligro de que otros la recogieran para usarla en su propio beneficio quizás sin entender bien que el destino dinámico de estas patrias para ser adecuadamente cumplido necesita realizarse sin socavar la cohesión nacional y los principios necesarios para el mantenimiento de su estabilidad. Porque careciendo de otros vínculos históricos, algunos de estos países tienen como más importante en común sólo su tradición y su destino.

En aquel ámbito de la vida republicana sobre el cual resulta posible intentar un juicio histórico, llaman preferentemente la atención dos entre los diferentes modos como se intentó el cumplimiento de la promesa: el debate entre las ideas de libertad y autoridad y el afán de acelerar el progreso material.

El dilema libertad-autoridad no estuvo felizmente planteado por los ideólogos del siglo XIX. Los liberales se dejaron llevar por la corriente de exagerado individualismo que después de la Revolución Francesa surgió en Europa. Tuvieron de la libertad un concepto atómico y mecánico. No miraron a la colectividad como a una unidad orgánica. En las Constituciones de 1823, 1828, 1834, 1856 Y 1867 intentaron el debilitamiento del Ejecutivo y pusieron en todo instante una fe excesiva en el sufragio, cuya máxima ampliación buscaron. Por su parte, los conservadores fueron incrédulos ante la ilusión del sufragio, criticaron la acción del Poder Legislativo (léanse, por ejemplo, las páginas de "La Verdad" en 1832 y las notas de Bartolomé Herrera al texto de Derecho público de Pinheiro Ferreira) y quisieron fortalecer el Ejecutivo. Pero a veces les caracterizó su falta de espíritu de progreso, su carencia de fe en el país y su poca cohesión. Los liberales, en cambio, tuvieron seducción en su propaganda, optimismo, inquietud por los humildes. Cabe pensar, por eso, que el ideal habría sido "encontrar una fórmula que recogiendo los

matices mejores de ambas concepciones fuese hacia un Estado fuerte pero identificado con el pueblo para realizar con energía y poder una obra democrática" (son palabras de quien escribe también estas líneas, incluidas en un estudio titulado "La Monarquía en el Perú", que se publicó en 1928).

En 1867 por Última vez se quiere hacer la felicidad del país con un texto constitucional. Pero el afán exclusivo por el progreso material se plantea por primera vez en gran escala como programa colectivo por acción de Enrique Meiggs hacia 1870. Este hombre de negocios norteamericano había vivido en Estados Unidos durante el rápido tránsito de dicho país desde la vida agrícola hacia la vida industrial. Había visto Meiggs, por lo tanto, surgir y desarrollarse aquella exuberancia de energía [y] aquella actividad casi frenética que siguieron a la guerra de Secesión, mediante la construcción de ferrocarriles, la difusión del telégrafo y del cable y las especulaciones osadas de los bancos y bolsas comerciales. Moddar el continente para beneficio del hombre y participar en las grandes ganancias que de allí resultan; ese fue el prosaico ideal de dicha época. Meiggs quiso aplicar bruscamente la misma panacea en el Perú. De allí la febril construcción de ferrocarriles, los grandes empréstitos, "el vértigo comercial que arrastró a los hombres de negocios a toda clase de negocios". Bien pronto, sin embargo, vinieron la formidable oposición ante la nueva política económica, la tragedia de los hermanos Gutiérrez, la crisis que precedió a la guerra con Chile. La experiencia evidenció así que el desarrollo material del país no podía ser una meta Única. Evidenció también que este mismo desarrollo para ser sólido necesita basarse no sólo en la hacienda pública sino, sobre todo, en una permanente estructura industrial y comercial; y que en la administración fiscal preciso es dar importancia aliado del aumento de las rentas y de los gastos, a un maduro y sistemático plan económico.

¿Para qué se fundó la República? Para cumplir la promesa que en ella se simbolizó. Y en el siglo XIX una de las formas de cumplir esa promesa pareció ser, durante un tiempo, la preocupación ideológica por el Estado y el individuo y más tarde la búsqueda exclusiva del desarrollo material del país. En el primer caso, el objetivo propuesto fue el Estado eficiente; en el segundo caso, fue el país progresista. Los hombres del siglo XIX no lograron la estabilidad en las relaciones entre el Estado y el individuo ni el sistemático progreso del país. Más en la promesa alentaba otro elemento que ya no era político ni económico. Era un elemento de contenido espiritual, en relación con las esencias mismas de la afirmación nacional. ¿Comprendieron y desarrollaron íntegramente y de modo exhaustivo ese otro matiz de la promesa los hombres del siglo XIX?

La respuesta, igualmente negativa, surge al leer lo que un peruano, también del mismo siglo, escribió: "Como individuo y como conjunto, finalmente, el hombre necesita tener un ideal que perseguir, una esperanza que realizar. Por ese ideal y conforme al que se trazan, se hacen los hombres y los pueblos. Cuando carecen de él se arrastran, como nosotros, perezosos, desatentados, perdidos en el desierto, sin luz en los ojos ni esperanza en el corazón. Crearlo digno y levantado y mantenerlo siempre viviente para los individuos y para el conjunto es suprema necesidad de todo pueblo y misión encomendada a los que lo guían".

Quitarle empirismo al Estado, hacerle dar un rendimiento mayor, mucho mayor de utilidades sociales, estructurar la maquinaria administrativa y jurídica de modo que se libre de las taras burocráticas, de la lentitud en el expedienteo, de la incertidumbre o la miseria para sus servidores, del parasitismo en sus oficinas. Pero, al mismo tiempo, no hacer pesar al Estado como un yugo sobre el país y sobre el hombre peruano, conjugar una armoniosa convivencia entre esos tres factores: ¡el país estatal, el país nacional y el país humano! ¡Incrementar nuestra vitalidad como pueblo, lograr que eleve su nivel económico, intelectual, moral y social! Recoger y proseguir, de acuerdo con el espíritu de cada momento histórico, lo que pudo haber de idealista, de progresista, de ímpetu de creación en quienes,

en este suelo ungido por los siglos, dominaron a la naturaleza, fecundaron la tierra, fundaron hogares, crearon la Patria, dieron acento propio a nuestras cosas, simbolizaron, en suma, una actitud humanista, demócrata, liberal, social y creadora! ¡Ser conscientes de la inmensa tarea que falta por hacer; exigir para el planteamiento y la solución de cada caso, dos cualidades, justicia y eficacia; organizarse en línea de agresión contra todas las inmoralidades de nuestra vida criolla, desde los grandes o pequeños peculados, hasta los gritos radicales o reaccionarios, los desbordes primitivos y la mentira de nuestros convencionalismos! Querer un Perú en buena salud, no sólo por la acción, que debe ser fundamental y primordial sobre sus flagelos biológicos y sociales, sino también por la honestidad cívica.

Eso es comprender yeso es querer cumplir en nuestros días la promesa de la vida peruana. (MD pp. 24-33)

Esa promesa y algo más

En la vida de Francisco Pizarra la realidad ratificó espléndidamente los sueños más audaces que la riqueza y el poder pueden inspirar. Al ser comprobadas luego la hermosura y la fecundidad del continente americano, surgió la teoría de que aquí estuvo el Paraíso Terrenal; y en la obra de Antonio de León Pinelo *El Paraíso del Nuevo Mundo,* un mapa exhibe el Arca de Noé acoderada al litoral peruano. El anhelo de vida ultraterrena que en el Perú alcanzara intensidad altísima a través de los santos y ascetas del siglo XVIII trasladó la ilusión paradisíaca a un plano inmortal. Desde los tiempos en que comenzó a estar en boga la idea del "noble salvaje", en el siglo siguiente, el amoroso enlace entre el indio y la tierra en la época prehispánica y el manejo estricto del hombre por el Estado inca llegaron a ser vistos con caracteres idealizados al punto de considerarse al imperio por algunos, como un "paraíso destruido". Fue así como se sucedieron en el Perú hazañas inauditas de geografía y de milicia, ansias de religiosidad trascendente, nostalgia del paraíso bíblico, idealizaciones del pasado histórico local. En los dos últimos casos mencionados, el paraíso vino a ubicarse ya no en el presente" como ocurriera en el siglo XVI, sino en el ayer. La importancia creciente de los fenómenos políticos y sociales y la irrupción de las masas a partir del siglo XIX hicieron trasladar el paraíso del ayer hacia el mañana y difundieron una promesa de vida libre y feliz para todos. Esa promesa pareció empezar a cumplirse cuando fue logrado el ideal de la emancipación americana.

Observemos que la esencia misma de la promesa no vino importada íntegramente por la tormenta de la revolución. En realidad, ella movilizó anhelos y aspiraciones latentes desde mucho tiempo atrás. El hecho mismo de que un grupo de hombres o de familias abandonara voluntariamente el Viejo Mundo, y llegase a América a cumplir no sólo funciones burocráticas, o a enriquecerse, o a explorar sino a construir sus hogares y a tener y a educar a sus hijos, ya implicó desde los primeros tiempos de la colonización una tácita prueba de su disconformidad con la suerte que el Viejo Mundo le deparara y un propósito de mejoramiento y de renovación. En escala diferente, sin duda, si se trata de hacer una paralelo con América del Norte, hubo además en los pobladores de origen europeo que aquí se enraizaron, un sector de refugiados o de perseguidos. Por otra parte, aun cuando en el fondo psicológico de esa población proveniente del Viejo Mundo no hubiesen existido tales fermentos, el contacto con las demás razas aquí residentes, tuvo que crear, a la larga, la conciencia de una nueva personalidad colectiva. El mismo hecho de que los españoles carecieran del llamado asco racial y dieran origen al mestizaje (fenómeno de incalculable sentido democrático) contribuyó a que se formara una personalidad diferenciada en los americanos de nacimiento. Y no debe olvidarse, por último, el efecto que a estos haría el espectáculo de la amplitud, de la riqueza, de las inmensas virtualidades propias de su continente, en contraste con la menor dimensión y el carácter "cerrado" del mundo europeo.

Lo que se quiere decir con lo anterior es que ha sólo el influjo mecánico de hechos y de ideas ocurridas en el extranjero determina la promesa que sirve de fundamento, de explicación y de justificación al acta de la independencia.

Ahora bien, la independencia no fue hecha en términos continentales. Hubo coincidencia cronológica en los movimientos emancipadores, interrelación en ellos, alianzas y auxilios mutuos y hasta planes de unidad; pero nada más. Sin insistir por ahora en las causas que crearon nuestros Estados Desunidos del Sur frente a los Estados Unidos del Norte y los Estados Unidos del Brasil, fuera de todo juicio y de toda emoción, de aquí un hecho inexorable: ni una sola de las repúblicas surgidas hasta 1830 se ha fusionado con otra y, por el contrario, hoy existen algunas repúblicas más que entonces. Tal comprobación es necesaria para ver con claridad el contenido que ha de tener en un estudio orientado hacia el futuro la promesa del acta de la independencia.

Existe una escuela de pensamiento según la cual esa promesa ha de resolverse con una orientación que se atenga al factor racial. El Perú, por lo tanto, estaría ahogado dentro del concepto de "indianismo". Esta escuela empirista y materialista toma en cuenta en forma exclusiva un punto de vista binario: sólo, los elementos individuo y masa. Mayorías indígenas, analfabetas, económicamente limitadas son vistas en un plano igual, cualquiera que sea el lugar de su residencia. Se les toma como si fueran una unidad, para los efectos de juzgar su condición actual y sus posibilidades futuras. [...]

Asistimos ahora en América a un progreso de la solidaridad continental; pero no asistimos, por cierto, a un debilitamiento de los intereses, de las conveniencias o de las aspiraciones que caracterizan a cada Estado americano. ¡Ay del Perú si su opinión pública cerrase los ojos ante esa tremenda realidad! Cabe imaginar para el futuro un *Commonwealth* o comunidad continental; más es evidente que cada país aportaría allí su contribución propia en el plano material como en el plano de la cultura.

Los empiristas se han desgañitado hablando de la necesidad de que el indio sea “redimido”. Les preocupa que el campesino Pedro Mamani, por ejemplo, no tenga piojos, que aprenda a leer y a escribir y que sea garantizado en la posesión de sus ovejitas y su terrenito. Pero al mismo tiempo que la higiene, la salud, el trabajo y la cultura de Pedro Mamani, importa que el territorio en el cual él vive no disminuya sino acreciente su rendimiento dentro del cuadro completo de la producción nacional. Si eso no ocurre, aun cuando goce del pleno dominio de su chacrita y de sus ovejitas y aunque lea toda la colección del "Fondo de Cultura Económica", Pedro Mamani no tendrá resueltos sus problemas básicos.

En nuestro país no sólo debemos preocupamos de la distribución; sino también de la mayor producción y del mayor consumo. Nuestro problema no es sólo de reparto; es también de aumento. Que el peruano viva mejor; pero que al mismo tiempo el Perú dé más de sí. Y para elevar y superar el nivel general de vida aquí no hay que actuar exclusivamente sobre el indio descalzo, pues hay quienes no se hallan en esa condición y se mueven dentro de horizontes económicos asaz reducidos. Ninguna de nuestras soluciones nos vendrá, pues, cocida y masticada de otros países, aunque sean hermanos, primos o prójimos. Y, sobre todo, nada se podrá hacer a fondo si al país no le conmueve la conciencia de sí, si no afirma en esta hora feroz su querer existencial nacional. Por eso, la promesa de la vida peruana atañe a la juventud para que la reviva, a los hombres de estudio en sus distintos campos para que la conviertan en plan, a la opinión pública en su sector consciente para que la convierta en propósito.

Al leer esto no faltará quien haga una mueca de sarcasmo, de amargura o de cólera, creyendo que se le habla de cosas manoseadas, vacías o cínicas. Porque la promesa de la vida peruana sentida con tanta sinceridad, con tanta fe y con tanta abnegación por próceres y tribunos, ha sido a menudo estafada o pisoteada por la

obra coincidente de tres grandes enemigos de ella: los Podridos, los Congelados y los Incendiados. Los Podridos han prostituido y prostituyen palabras, conceptos hechos e instituciones al servicio exclusivo dé sus medros, de sus granjerías, de sus instintos y sus apasionamientos. Los Congelados se han encerrado dentro de ellos mismos, no miran sino a quienes son sus iguales y a quienes son sus dependientes, considerando que nadie más existe. Los Incendiados se han quemado sin iluminar, se agitan sin construir. Los Podridos han hecho y hacen todo lo posible para que este país sea una charca; los Congelados lo ven como un páramo; y los Incendiados quisieran prender explosivos y verter venenos para que surja una gigantesca fogata. Que el Perú no se pierda por la obra o la inacción de los peruanos. (MD, pp. 34-40)

2 TEORÍA DEL PERÚ

Hace algunos años cundió en el Perú una literatura indigenista. Se habló y escribió mucho sobre la dorada edad de los incas, sobre el valor básico de los indios en la vida nacional y sobre los aspectos puramente negativos o destructivos de la influencia española.

En estos últimos tiempos ha surgido una ebullición hispanista, ya no el hispanismo del Día de la Raza con sus odas a Colón, tampoco el hispanismo de toreros y cupletistas, sino un hispanismo histórico, con nostálgica evocación de los imperiales días de Carlos V.

Se ha corrido ahora el riesgo de incurrir en el extremo opuesto pero en una exageración análoga a la de los indigenistas desenfrenados. En una de sus conferencias en el Teatro Municipal de Lima, el escritor español Eugenio Montes ha expresado su disconformidad con quienes, a fines del pasado siglo y en los comienzos del siglo actual, se esforzaron por hacer de España una infra Suiza o una sub-Francia. Pero es también erróneo suponer que el Perú sea la "Nueva Castilla" o la "Nueva Toledo" de que hablan los más antiguos documentos jurídicos y políticos de la Conquista. Extraño destino el del Perú si se quiere que espiritualmente siga para siempre con España en la relación que Australia tiene con Inglaterra.

Las nacionalidades europeas se han formado con el aporte histórico de diversos pueblos, por circunstancias de orden geográfico, por fenómenos sociológicos y por un conjunto de factores más; y lo mismo ha ocurrido con las nacionalidades americanas, si bien tratándose de estas últimas, hay un retardo en el tiempo, una menor antigüedad que a veces conduce a la desorientación.

La conquista en el Perú no sólo fue lo que ha afirmado en un artículo el doctor Julio C. Tello: un diálogo entre el hierro y la pólvora española y el oro y la piedra indígenas. Además de la espada y del arcabuz, los españoles trajeron muchas otras cosas ignoradas en el Perú. Trajeron el arado, la rueda, el trigo, el arroz, el olivo, el vidrio, la caña de azúcar, la naranja, el melocotón, la manzana, la ciruela, el caballo, el asno, el buey, la rosa, el clavel, el lirio, la guitarra, la imprenta, el navío, la casa para el individuo particular, la celosía, el encaje, el azulejo, la pintura como arte autónomo. Y también el idioma que hoy hablamos, la religión cristiana, la visión geográfica y filosófica del Universo, el nombre y el concepto del Perú. Formidable aporte. Pero ello no quiere decir que todos esos elementos fueran exclusivos de España, o que la cultura en general tenga su único foco en España, o que cuanta influencia benéfica se ha vertido sobre la vida americana sea exclusivamente española.

Desde los tiempos remotos de la Conquista, la geografía y la sociología diferenciaron a América de España, pese a la comunidad de idioma y cultura. Ese fue nuestro "manifiesto destino". Obscuras fuerzas telúricas y cósmicas cogieron el alma de los propios españoles que aquí se avecindaron muchos años. En el habla, en las comidas, en los bailes, en los gustos de quienes vivían en América surgió un

acento peculiar. No es *só*lo el deseo insatisfecho de ocupar puestos el que torna insurgente al criollo de fines del siglo XVII, y comienzos del XIX, como afirman historia-dores miopes; es la conciencia honda, casi metafísica, de que es "diferente" del chapetón. Aun en plena colonia, América ya da de sí. Enriquece a Europa con sus productos propios: el maíz, la papa, el cacao, el tabaco, la quina. A la literatura aporta nuevos colores y nuevos sabores, ahondando y desarrollando el sentimiento de lo exótico, la idea del "noble salvaje", el ensueño de las utopías sociales.

Dentro de las ciencias jurídicas, inspira los primeros atisbas del Derecho Internacional, del Derecho Social y del derecho Natural. Sus bailes llegan a Europa; entre ellos, la chacona que Bach y Remeau recogen, así como, más tarde, Bizet y Ravel han de inspirarse en la habanera. Y dentro de la arquitectura, las realizaciones barrocas americanas influyen sobre edificios españoles del siglo XVIII. Más tarde, Los americanos más grandes -Bolívar, Martí, Sarmiento, Bello, Cecilia Acosta- lo son por que se sienten americanos y no españoles de ultramar. Y aun aquellos entre los grandes que más ternura prodigan al pasado, Montalvo, el que dijo: "Yo que hablo lengua de Castilla, yo que abrigo las afecciones de mis padres y sigo sus costumbres, ¿cómo la aborrecería?",el que escribió los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes?, ¿no hizo también el elogio del maíz, pan y vino del indio, y no puso en la ruta de Don Quijote, balanceándose, el cuerpo ahorcado de Ignacio Veintemilla, tirano del Ecuador? Y Palma en sus *Tradiciones,* ¿qué sería si en la prosa castiza no irrumpiera a cada rato el palmoteo de la jarana criolla?

Fuimos, desde temprano, una promesa para el mundo, verdad es que no siempre hemos realizado esa promesa de la vida americana y que muchas de nuestras efemérides merecen el duelo y no el festejo. Pero precisamente eso se debe al que, a menudo, nos fascinó el despedazamiento interno o el espejismo de lo extranjero y no escuchamos la voz de nuestro propio, íntegro ser.

Puede todavía no considerarse al Perú como a una nación en el cenit. Pero lo menos que debe tener el Perú es un querer intencional como una consecuencia de este hecho irrebatible: *el Perú existe como una totalidad en el espacio y como una totalidad en el tiempo.* Totalidad en el espacio, es decir, armoniosa coexistencia de la "loma" y la puna, del cóndor y del alcatraz, de la quinua y el algarrobo, del mate ayacuchano y el sombrero de Catacaos, de la chicha y el pisco, de la natilla y el picante, de las piedras del Cuzco, la cortesanía de Lima y las revoluciones de Tacna heroica en el cautiverio aunque olvidada después de la reincorporación, y Tumbes asechada por la codicia y la envidia. Totalidad en el tiempo, es decir, un largo acontecer histórico donde lo inca vale sólo en la medida en que supervive dentro de la peruanidad y en tanto y en cuanto sirve a la peruanidad; y donde lo hispano vale únicamente si es que se ha adaptado o se ha enraizado en la peruanidad. Nuestra mayor desgracia colectiva es, sin embargo, que a menudo, no nos colocamos en ese plano espiritual. De pavores y espantos y angustias y desgarramientos se ha hecho el milagro de todas las patrias; pero aunque la nuestra puede ser más dulce que cualquiera, no nos avergüenza ser crueles con ella y mientras unos se ponen a soplar estérilmente en los siniestros pututos del encono, en otros reaparece de pronto la ancestral dureza del abuelo corregidor.

Han dicho algunos que lo peruano es lo cholo o lo mestizo. Aunque tales elementos tienen un alto porcentaje en la vida nacional, no la cubren íntegramente. Gran peruano, por cierto, el mestizo Ramón Castilla. Grandes peruanos, también, Unanue, blanco de origen español; Bolognesi, blanco de origen italiano; José Manuel Valdez, mulato; Pedro Zulen, injerto. Que la herejía de las razas no nos alucine. Abiertos debemos ser para el que venga de buena fe a colaborar con nosotros en el quehacer nacional; implacable con aquel, sea quien sea, que pretenda desunirnos, disociamos, explotamos, dominamos; dignamente cordiales pero sin genuflexiones de lacayos, para el amigo que nos visite.

Hace algunos años, un autor que decía ser brasileño (y que luego resultó un banquero judío alemán que se había cambiado de nombre y de nacionalidad para

huir de la policía de Berlín) publicó en Estados Unidos un libro notable titulado *La lucha por América del Sur.* Efectivamente, se lucha hoy en América del Sur. Con ferocidad, rivales intereses europeos, norteamericanos y asiáticos se disputan nuestros mercados, nuestras materias primas, nuestra dirección espiritual. Frente a este caso, ¿qué rumbo tomaremos los peruanos? ¿Guiamos por nuestras simpatías ideológicas, por nuestras relaciones personales, o por nuestra vanidad comprada por el mejor postor?

Quien debe guiamos es el amor al Perú, el cuidado de los intereses del Perú, la defensa de las conveniencias del Perú. (MD, 91-97)

Mendigo en banco de oro

Las sorprendentes revelaciones que surgen como consecuencia de los descubrimientos arqueológicos de los últimos tiempos evidencian que los incas, tan celebrados durante varios siglos, en verdad implicaron una decadencia comparados con algunas culturas anteriores. Tres lecciones emanan de ese auge arcaico, que los incas no hicieron probablemente sino reiterar. Una de ellas es una lección de unidad, otra es una lección de señorío y la tercera es una lección de eficiencia. La lección de unidad alude a la superación de las distancias y de los contrastes, tan invencibles según algunos, entre costa, sierra y montaña. Un distinguido escritor peruano de las últimas generaciones llegó a afirmar una vez que este ligamen de las tres regiones le parecía tan inexplicable como la existencia de la Santísima Trinidad, formada por tres personas completamente distintas y una sola verdadera. Sin embargo, la aparición de adornos y símbolos marinos en los yacimientos arqueológicos de Chavín, los tejidos de Nazca hechos no sólo con el algodón de los valles costeños sino también con la lana de llamas y vicuñas andinas, la presencia de plumas que pertenecieron a aves selváticas como adornos de momias y, en suma, la importancia paralela de Chavín y de Nazca, de Pachacámac, de Casma, de Cuzco y de la parte alta de los afluentes meridionales del Amazonas están enseñando elocuentemente la gran lección de la unidad ancestral y negando con ella mezquinos localismos. La red de caminos incas, el sometimiento de los dioses provincianos al dios solar y el envío al Cuzco de tierra de todas las regiones sojuzgadas, son algunas de las tantas evidencias de que esa misma lección de unidad fue reiterada antes de la conquista española. El nexo político y económico entre sierra, costa y montaña es, pues, una realidad que se pierde en la noche de la prehistoria y que sobrevive al nacimiento, al desarrollo y a la muerte de varios ciclos culturales.

También hay una lección de señorío. Mientras en el resto de este continente la vida civilizada estaba ausente o empezando, sobre el suelo peruano se vivía en el trabajo incesante y metódico, en la prosperidad, en el cuidado de indigentes y desvalidos, en el aprovechamiento cuidadoso de la tierra y de las aguas de regadío, en el desarrollo pleno de las artes que aquellos hombres pudieron conocer, y también en la prepotencia militar.

La lección de eficiencia fue el sustentáculo de la lección de señorío. La historia no exhibe pueblos donde ellos están permanentemente separados. Contra los que enarbolan el argumento del clima o del medio para querer explicar flaquezas o claudicaciones, en este suelo se vivió entonces no en laxitud sino en tensión. Vivir en tensión es producir, crear, crecer, vencer. Los monumentos megalíticos, los canales, los andenes, los acueductos, los caminos mismos revelan la gigantesca acumulación de energías humanas para hacer y ejecutar planes de permanente beneficio común. El hombre estuvo no de espaldas a la naturaleza o tratando de maltratada o de ignorada, sino tratando de aprovechada en la medida de lo posible. Esta comunión con el medio, este usufructo gozoso y cariñoso de la tierra es tal vez la nota más tierna que aquel pasado produce. Necio sería hacer una contraposición de culturas y desconocer la superioridad de la cultura greco-

romano-cristiana, o europea u occidental. Se trata únicamente de hacer resaltar la evidencia de que los antiguos peruanos fueron al aprovechamiento inteligente de los elementos que tuvieron a la mano, aunque ellos hoy nos parezcan escasos u simples.

La introducción de la cultura occidental engendra un cambio absolutamente fundamental. Reconozcámoslo así con lúcida y elemental hidalguía. Pero reconozcamos, al mismo tiempo, que si forman parte del Perú elementos que provienen de tan decisivo acontecimiento, también forman parte de él elementos que existían desde antes y elementos que resultaron del contacto de la cultura occidental y del ambiente americano. En todo caso, nuestra vida adquiere valor universal sólo desde el, siglo XVI y aparte del trasiego de las formas de vida europeas, debemos a esa época la presencia de nuestra misma población de blancos, negros, mestizos de indio y blanco y de negro y blanco así como de negro e indio.

No fue esa la idea, ciertamente, de los que trazaron el Estado libre e independiente que recibió el nombre de República del Perú. Creyeron ellos inventar un país nuevo tratando de olvidar que precisamente éste, más que otros, poseía un privilegio envidiable, el privilegio de una vieja cultura. Hablaron de la época anterior tan sólo como" si fuera el "largo tiempo" durante el cual "el peruano oprimido la ominosa cadena arrastró". No se fijaron que la gloria más alta de la ciencia peruana, Unanue, era un ejemplo de hombre colocado en medio de dos siglos y de dos regímenes, sin mengua o desdoro y antes bien con honra y realce.

La primacía continental del Perú en la época prehispánica y mantenida durante el virreinato recibió una ratificación épica durante la guerra de la independencia porque ésta necesitó decidirse; aquí. Pareció, luego, bambolearse en la primera década republicana. Volvió, sin embargo, después de 1840 para durar treinta años más o menos. Después conocimos la crisis económica y la bancarrota fiscal, la catástrofe bélica, la mutilación territorial y adicionales desgracias. Obsérvese, sin embargo, el reconfortante significado de esa aptitud evidenciada por el Perú para reponerse después del infortunio, su capacidad para resistir y para sobrevivir frente a todas las tendencias disolventes, su predestinación para mantener, a pesar de todo, uña personalidad intransferible e inconfundible y para conservar libre hasta ahora un futuro magnífico.

El mal no está, pues, en el Perú en sí. Visto con una perspectiva de siglos, mantiene una línea continua de altitud en el continente, ha llegado a producir el heroísmo como la santidad y sus caídas abarcan, comparativamente, un breve lapso. Mirando el desarrollo posible del futuro, las perspectivas son vastísimas. Aceptamos que todo lo que ocurrió aquí hasta ahora es prehistoria. El mal verdadero, el peligro terrible, se halla, en cambio, por el otro lado: en el empequeñecimiento espiritual.

Alguna vez se dijo que el Perú es un mendigo sentado en banco de oro. Si en esta frase se quiso aludir a una miseria voluntaria y a una riqueza inmensa al alcance de la mano se incurrió en el error. Tal vez sin darse cuenta de ello Piérola lo refutó así: "Es el Perú un pedazo de globo destinado a colosos de trabajo audaz, infatigable, avasallador. Nuestra descantada riqueza está sólo en la seguridad plenísima de conquistada si lo queremos; pero siendo pobrísimos en caso contrario".

La silueta del hombre vestido con despojos y retazos en una actitud de espera ante el favor ajeno, o de letargo, olvidando su pasado de grandeza y de gloria, así como las responsabilidades y peligros del presente y el futuro posible de bienestar y de auge, surge nítida, sin embargo, observando a algunos ciudadanos de la patria desmedrada que heredamos. Y precisamente si hay dos tipos de hombres que a nuestro tiempo repugnen, son el mendigo y el que está sentado. También hay otra imagen que debemos borrar y es la del pobre cargador de la

fotografía que alguna vez publicó la revista norteamericana *Look* como típica de este país, abrumado por el peso de su miseria, de su ínfimo nivel de vida y de su analfabetismo. Entre las figuras de los peruanos nuevos hay, en cambio, dos que se yerguen en contrate con la del mendigo y la del cargador. En ellas desearíamos ver un significado simbólico, promisor, augural. Son el *chauffeur* de los caminos longitudinales o de penetración y el aviador, transeúntes cotidianos, ambos bajo el cielo y sobre la tierra del litoral, de la cordillera y de la selva como lo fueron los incas, los conquistadores y los libertadores. (MD. 98-113)

¿Cuándo nace el Perú?

Creemos-casi siempre que "historia del Perú" quiere decir "historia de los hechos ocurridos en relación con el Estado llamado Perú". Limitación de concepto, a la vez que vaguedad en la perspectiva del tiempo. Su origen hállase en el tradicional encajonamiento de la historia dentro de los sucesos, los individuos y las instituciones. La historia de las ideas y de los sentimientos puede brindar, sin embargo, sugerencias y virtualidades innumerables.

Así es como se llena de resonancia esta pregunta de aparente sencillez: *¿cuándo nace el Perú?* La respuesta puede ser voceada desde distintos ángulos. El geólogo dará noticia del momento determinado en la vida de la Tierra a la cual corresponden las distintas capas del suelo peruano. Para el historiador de la cultura occidental, el Perú entra en escena cuando Francisco Pizarro arriba a Tumbes. Un estudiante de Derecho Político responderá con aquella estampa de la Plaza de Armas de Lima, en el instante en que San Martín pronuncia sus palabras “Desde este momento...”

En cambio, cuando se trata de averiguar acerca del nacimiento de la conciencia nacional peruana, la respuesta sólo puede darse después de una pesquisa. Pasado muchísimo tiempo después de la formación geológica del territorio, sólo algunos siglos después del desembarco de Pizarro y algún tiempo antes de la encendida escena en la Plaza de Armas, habrá que buscar el nacimiento de la conciencia nacional peruana, aún no lo suficientemente madurada.

El Perú, como nombre y como hecho social donde coexisten lo hispano y lo indígena, no aparece modesta o desapercibidamente. No proviene de que el Estado español fija linderos y demarca provincias. Es una nueva sociedad la que nace entre sangre y llanto en un abismo de la historia con un estrépito que conmueve al mundo. El Estado español llega más tarde, después de constatar el acontecimiento, con el fin de utilizar y de administrar esa realidad ya bullente. El nombre mismo "Perú" es fruto de ese impulso colectivo, lucha y connubio a la vez: surge de un bautismo anónimo, desplazando al nombre oficial de "Nueva Castilla". Entendámoslo bien; no es "Nueva Castilla", es el Perú.

Y por un misterioso designio, no faltan españoles que se sientan emancipados desde los primeros tiempos. En el mismo Francisco Pizarro, ¿no se dice que empezó a hablar una voz nueva en los últimos años impregnada del sentido de la tierra por él conquistada? La obra de Fr. Luís de la Magdalena titulada *Bella Justa,* tratando de justificar con argumentos jurídicos la rebelión de Gonzalo Pizarro, obra muy leída entonces y más tarde perseguida, puede citarse (mejor que la panfletaria carta de López de Aguirre al rey Felipe II) como documento de este prematuro separatismo. Más tarde, los memoriales de Juan Ortiz de Cervantes (1617, 1619, 1620 y 1621) revelan la tendencia de marcar la división entre españoles intrusos en América y españoles afincados en ella.

En las Indias -léese en el memorial de 1620- muchos ingenios hay que deberían estimarse en más que su plata y oro; pero la avaricia desto y desdicha dellas no dejan sacar las riquezas de los entendimientos que cría sino las de los cerros".

Pero no es de ahí de donde va a nacer el verdadero Perú. No son los encomenderos pretendiendo concesiones jurídicas o victorias militares los que van a amasar el nuevo país. Ese nuevo país hallase expresado en una obra que, lejos de tener carácter clandestino o ignorando, va a adquirir universal renombre. En Lisboa se edita el año 1609. Se titula *Los Comentarios Reales.* Lo escribe, como todos sabemos, el hijo de un conquistador y de una princesa inca. Podrá objetarse que el Inca Garcilaso se siente no tanto un peruano como, sucesivamente, un descendiente del derruido imperio en la primera parte y un español en la segunda. Algo de la mitológica figura del centauro habría en su alma eximia y bifurcada. Cara al pasado de su pueblo y al pasado de su propia vida, el Inca ciertamente no profetiza el porvenir de la patria ni la promesa de una vida mejor para todos los peruanos. Mas este dualismo es propio de la hora auroral a la que él pertenece. Y hay en él un sello unitario. El Perú como continuidad en el tiempo está visto al enlazar los nombres de Manco y Pizarro. El Perú como totalidad en el espacio surge en las páginas donde nos asomamos a "aquella nunca jamás pisada de hombres, ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieves", como en las páginas donde vemos las bandas de pájaros en el litoral "tanto y tan cerrados que no dejan penetrar la vista de la otra parte" y hasta oímos "los golpazos que dan en el agua". La tragedia espiritual del peruano se resuelve aquí en jactancia porque se dirige "a los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo imperio del Perú, su hermano, compatriota y paisano, salud y felicidad". Él se sabe "diferente", mas no por aislamiento anárquico de torre de marfil sino por mandato de su estirpe y de su suelo. Sicológicamente, sobre todo y no sólo por acento y por su asunto, los *Comentarios Reales* son el cantar de gesta de la nacionalidad.

No se hallarán, sin embargo, después de este preludio admirable, notas coincidentes en un período de tiempo inmediato. Describir los accidentes geográficos o narrar las anécdotas históricas del país aunque sea en forma precisa o elocuente sirve a la historia de la cultura; pero la idea de la conciencia nacional requiere algo más que precisión o elocuencia, una chispa mística que se refracte en obra inmortal hacia el porvenir. En ese largo período el peruano no se ha descubierto a sí mismo. Observemos que el mestizo Espinoza y Medrano (Lunarejo) pone en el altar de Luís de Góngora las flores de su vistoso *Apologético.* Cuando Peralta y Barnuevo quiere narrar en las estrofas de Lima *Fundada* los anales del primer imperio, la aventura de Pizarra y el cronicón del virreinato, lo pierden varios pecados capitales. Primero imita sin brillo el modelo clásico queriendo ser el Virgilio de un nuevo Eneas. Además imita no sólo el género y el plan de la obra sino también el estilo. Se excede, por otra parte, en el servilismo áulico con todos los virreyes, especialmente su contemporáneo Castelfuerte. Y, por último, se muestra incomprensivo con la tradición indígena leal a la pluma que también escribiera la *Historia de España Vindicada.* Más que en éste o en otros coetáneos una expresión definidamente nacional hállase en humildes pintores, imagineros, alfareros y ala rifes. Juli, Pomata, Chucuito, Arequipa, Ayacucho, Cuzco, Lima ostentan fachadas y altares, cuadros y esculturas que prolongan los acordes de los "Comentarios Reales".

En 1791, leemos la palabra "patria" y tiene sentido exacto. Unos hombres estudiosos la propagan. "El principal objeto de este papel periódico es hacer más conocido el país que habitamos, este país contra el cual los autores extranjeros han publicado tantos paralogismos", dice el primer artículo del Primer Mercurio *Peruano.* La íntima tortura, la tumultuosa presencia de contrarios atavismos que en Garcilaso vibra no la hallaremos en el primer *Mercurio Peruano.* Quienes lo escriben tienen, por el contrario, un secreto sosiego, un armonioso racionalismo muy del siglo XVIII. Edad del minué y de las pelucas empolvadas, ella permite aquí la aparición del llamado "perricholismo" criollo equivalente del *rococó:* más nada hay frívolo en los redactores del primer *Mercurio.* Al Perú lo estudian en forma insistente, tan morosa, tan realista a la vez, que en el subsuelo de su prosa sedentaria está el jadear de un anhelo profundo de conocer, de amar y de progresar. Por eso pudo escribir más

tarde Juan de Arona: "El *Mercurio* se ocupaba con pasión de su Perú".

1699 y 1791 señalan, pues, los dos documentos, que al Perú naciente definen literariamente.

Parece que al empezar la época colonial, a la pregunta: "¿Quién vive?" *Los Comentarios Reales* hubiesen respondido "¡El Perú!"; y al finalizar la época colonial, a la misma pregunta "¿Quién vive?" el primer *Mercurio* hubiese contestado nuevamente "¡El Perú!" "Así fue como empezamos", dicen *Los Comentarios Reales.* Todo esto somos ahora", responde ciento ochenta y dos años después el primer *Mercurio.* No es una casualidad que ambos aparezcan a ambos extremos de una misma era.

Vive el Perú naciente en los *Comentarios Reales* y vive el Perú adolescente en el primer *Mercurio.* He aquí definido ya al país. La línea que va da las culturas indígenas al virreinato es, a pesar de todo, una línea simple, sin ajenas interferencias y sin interrupciones. País de rico pasado que se remonta a edades inciertas: tan rico como sus recursos naturales. Pero la prosperidad económica no es aquí signo de tosquedad. En la búsqueda de su tradición no tiene nada que tomar del vecino. Son otros más bien de los que vienen o van a venir a alimentarse con sus despojos. ¿Que hay en su seno problemas sociales? Indudablemente pero, contra lo que van a creer los *secuaces* del positivismo, ello no son su único bagaje. Recuérdese una vez más que esta época no ha sido exclusivamente explotación y festival y contra las anomalías sociales bien pronto va avenir la emancipación. Bien pronto el continente entero se va a lanzar a la aventura magnífica de una vida libre.

Coloquémonos en el ángulo crucial del siglo XVIII y miremos al Perú con su doble tradición imperial.

¿Que profetizaremos entonces para él, suponiendo que hemos adivinado desde entonces la estrofa del "Somos libres"? Le profetizaremos, sin duda, un lugar patricio y director en América emancipada Y sin embargo, el siglo XIX es el siglo más desgraciado de la historia peruana. El Perú de los incas y el Perú de los virreyes, cada uno en su esfera y dentro de las leyes de su mundo temporal, dieron de sí el máximo. En el siglo XIX el Perú fue menos de lo que pudo ser. Esto se llama en el lenguaje vulgar "venir a menos". ¡Por qué? He aquí una pregunta cuya respuesta exige más espacio. (MD, pp. 104-111)

Dos jornadas iniciales de un viaje trascendental

Frente a quienes se ocupan de hacer la historia de lo que desuna, urge insistir en la historia de lo que une a los peruanos.

Frente a la generalmente aceptada "historia de lo que ocurrió en el Perú" con una ilación de almanaque, hay que insistir en la auténtica historia "del" Perú, o sea del Perú como idea y como entidad que nace, crece y se desarrolla.

He señalado ya como exponentes máximos de la idea Perú entre los siglos XVI y XVIII los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, la obra anónima hecha por obreros y artistas en iglesias y casonas de algunas ciudades y el primer *Mercurio Peruano.* Este último documento, que corresponde cronológicamente a los años 1791 y 1795, aparece con un carácter definido y egregio, no obstante las desmembraciones territoriales hechas en el virreinato del Perú por la monarquía borbónica, desmembraciones cuyo estudio no caía en el propósito del artículo mencionado.

El Perú no es un ausente en la lucha que se inicia en todo el continente en 1810. Sangre peruana se había derramado por la libertad ya en 1805. Dos posibilidades emergen a favor de este país en aquel momento. La una está representada por Pumacahua. Este indio, cacique y brigadier, encarna el indigenismo que, lejos de erguirse contra la cultura occidental, la procura asimilar;

[es] el indigenismo que convive con el mestizaje y con el criollismo. Por eso, Pumacahua es un contraste frente a Túpac Amaru. A Túpac Amaru en su famosa rebelión de 1781 le ocurrió lo que a todos los que utilizan los instintos primarios de las masas para insurgir: las masas lo desbordaron. Es, en el fondo, el mismo caso, que el cine ha popularizado, de Frankenstein. El sabio crea un monstruo en su laboratorio y el monstruo, lejos de ser un instrumento dócil, desafía al sabio. Pese a la buena fe, a la sinceridad ya la nobleza de Túpac Amaru, su sublevación fue no sólo contra los españoles sino contra los mestizos y los criollos, un levantamiento del campo contra la ciudad. Detrás de Túpac Amaru, generoso e ilustrado, apareció Túpac Catari, violento y semianalfabeto. Del mismo modo, muchos años más tarde, en 1886, la tragedia de Atusparia, el rebelde de Huaraz ha de desembocar en la misma encrucijada y detrás de Atusparia han de seguir también el saqueo, el incendio, el asesinato y la feroz figura de Uchcu Pedro.

Pumacahua, en cambio, indio que había combatido contra Túpac Amaru en 1781, se subleva en 1814 en un gesto que, mediante la acción de los Angula, no mira hacia el pasado sino al porvenir; no se asoma sobre el imperio de los incas muerto para siempre, sino sobre el naciente Perú. *Pero Pumacahua es vencido. Con él se Pierde la posibilidad de un Perú independiente, con directivas indígenas y mestizas.* El virrey Abascal no sólo debela la rebelión de Pumacahua sino muchas otras en el Perú y, movilizando elementos genuinamente peruanos, abate los focos de Quito, Alto Perú y Chile. Se abre entonces en Lima la segunda posibilidad. El propio Abascal puede darse cuenta del curso inexorable que el destino de América sigue y puede encabezar un movimiento que, sin sangre, corte los lazos políticos con España. Recibe insinuaciones para ello y por un momento parece vacilar. ¡Cuánta lucha puede evitar este gesto que sería de abnegación más que de ambición! Pero Abascal, español de nacimiento y de sentimientos, funcionario y militar leal a su rey, se niega a romper con el pasado, y entre España y Perú opta por España.

Pese a numerosos movimientos, conatos o gestos, heroicos, esforzados o meritorios, el Perú juega así en la partida de la independencia, la carta de España, por razones seculares de primogenitura y también por la circunstancia casual de haber tenido durante los años más difíciles a un gobernante tan hábil y enérgico como Abascal. Juega la carta de España y no gana. Vienen San Martín y Bolívar. Su presencia en suelo peruano *es,* por cierto, también un reconocimiento y un tributo a la posición primordial del Perú en el continente. Resulta simbólico que la sangre vertida en las batallas decisivas de la independencia americana caiga en suelo peruano. Pero es caro el precio de la venida de Bolívar. El Perú pierde en el norte Guayaquil y mira impotente cómo se crea en el Alto Perú la república que ha de llevar el nombre del Libertador.

El personaje más prominente de la revolución peruana después de 1814 *es Riva Agüero;* pero su nacionalismo busca el enlace entre la tradición española y el nuevo Estado, sin que la realidad le secunde. La corriente peruanista que para el arreglo interno del país se yergue contra los españoles, contra los argentinos y contra los colombianos se halla simbolizada por Luna Pizarra y su grupo ideológico. Son ellos los que hacen del Perú una república, contra los monarquistas hispánicos, contra los monarquistas sanmartinianos y contra los partidarios del régimen pasado. Son ellos luego los que encabezan la reacción contra la Constitución vitalicia y contra la Federación de los Andes, ideadas por Bolívar. Pero este nacionalismo peruano hállase fuertemente influido por un contenido democrático. Los liberales en este momento inicial son belicosamente patrióticos.

Desgarrado por un trágico dilema frente a España, desde 1805, desangrado y empobrecido cuando luchó solo contra el continente, más desangrado y más empobrecido todavía en la guerra tremenda que se inició en 1820 y concluyó en 1824, el Perú emerge del periodo de la emancipación para enfrentarse a los formidables problemas que dicho periodo le ha creado. Tiene su frontera enferma

en el norte. No sólo ha perdido Guayaquil: la Gran Colombia, vitalizada por la gloria del Libertador, formula demandas territoriales. Y tiene la frontera enferma en el sur. La indeterminación del destino de Bolivia ha de durar hasta 1841. Ambos acortamientos en los límites alejan del Perú a dos figuras eminentes: La Mar y Santa Cruz. El Perú abandona su reivindicación de Guayaquil; pero, de otro lado, la disolución de la Gran Colombia y los conflictos internos del flamante Ecuador coinciden con un *statu qua* en la frontera norte. Tampoco en el sur hay cambios catastróficos. Se agostan las veleidades separatistas, queda en simple desvarío el plan de incorporar el sur a Bolivia y alcanza sólo breve apogeo el Estado Perú-Boliviano creado bajo el patrocinio de Santa Cruz, que podía haber ahondado la separación entre el norte y el sur peruanos.

No faltan los críticos miopes que se indignan y se burlan ante las violentas o desaforadas actitudes de los hombres y ante la inseguridad y variabilidad de los acontecimientos en esta época. Olvidan esos críticos que no sólo el país está empezando a hacer doloroso experimento de la vida autónoma y que no sólo está tratando penosamente de adaptarse a las instituciones ultramarinas que los doctrinarios le han dado; además está luchando con los problemas que la emancipación le ha dejado. Todo el periodo que va de 1825 a es un periodo donde todavía no se sabe qué va a ser y hasta dónde se va a extender el Perú. La guerra con la Gran Colombia en 1829, las intrigas entre Gamarra y Santa Cruz de 1829 a 1834, las guerras de la Confederación Perú-Boliviana entre 1835 y 1839, el frustrado intento peruano de avasallar Bolivia en 1841, la paz con Bolivia de 1842 sin cesiones territoriales, corresponden a un mismo ciclo inicial de movimientos genésicos que termina en una afirmación y en una definición. La vitalidad secular del país impone un destino de supervivencia y el Perú salva todos los escollos, escapa a todos los peligros y mantiene incólume su intransferible personalidad. En vez de ensayar fáciles gestos de cólera, desprecio o burla ante los hombres y los acontecimientos, más adecuadas resultan la admiración o el júbilo ante la persistencia y el ahondamiento del Perú como idea y como realidad.

1842 es el año en que termina el periodo de la determinación de la nacionalidad. La primera jornada del azaroso viaje del Perú como Estado independiente ha concluido.

Bien pronto empieza un nuevo periodo. Es un periodo de apogeo. El antiguo soplo de grandeza que elevara al Perú de los incas y al Perú de los virreyes vuelve entonces. Tres circunstancias contribuyen a este renacimiento. Una de ellas es *la prosperidad económica.* Una vez más, el rico suelo peruano regala una riqueza pingüe y con ella aparece, casi sin acción de los hombres, el bienestar. Pero, contra lo que imaginan quienes, sabiéndolo o no, se afilian al materialismo histórico, *el factor económico no* es *único.* A él se agrega la poderosa personalidad de Ramón Castilla, no emulada por los caudillos genuinamente peruanos de la época inmediatamente anterior. Y se agrega como tercer factor la terminación del periodo genésico. El día culminante de este periodo estupendamente manirroto de dinero, entusiasmo y energías es el 2 de mayo de 1866. (MD, pp. 112-118)

La hora cero del Perú

Cuando el humo del último cañonazo disparado en el Callao el 2 de mayo de 1866 se perdió en el horizonte, un júbilo inmenso embriagó a los peruanos. El Perú había probado heroicamente su derecho para seguir existiendo como nación libre y soberana. Trece a los después, sin embargo, una inmensa catástrofe se cernía sobre el país. Ella se generó no solamente por una crisis internacional, pues al fin y al cabo, otra crisis internacional análogamente grave había sido salvada en 1866. En 1879 se trata de algo más hondo: la crisis total del Estado empírico con proyecciones de tipo internacional, económico y político. Crisis política también porque el Perú pagó en 1879 muy caro el precio de su crónica inestabilidad pública

marcada por las luchas del caudillaje y por el diálogo teorético entre liberales y conservadores.

El caudillaje, al lado de manifestaciones inferiores, suscitó la aparición de hombres eminentes que hubieran podido crear el orden, la estabilidad, el progreso nacionales. El desacuerdo entre esta posibilidad y las normas teóricas constitucionales dictadas para la república fue una causa adicional de desgracias. Obsérvese el contraste con Chile, donde entre 1830 y 1870, o sea durante los años de organización, sólo gobernaron cuatro presidentes: Prieto, Bulnes, Montt y Pérez. La Constitución política chilena hizo posibles estos periodos largos; así como permitió otras costumbres, discutibles en principio, útiles en la práctica para la estabilidad institucional

De otro lado, *la disputa entre liberales y conservadores* en la cual se enfrascaron muchas inteligencias estimables procurando inclusive arrastrar a la juventud favoreció la aparición de antagonismos que contribuyeron a impedir un común ideal nacional ya la larga, resultó estéril. El abismo abierto entre ambos grupos era artificial frente a los urgentes problemas de *hacer adelantar al país y dar una vida mejor a su gente.* Faltó la síntesis entre los dos extremos, que recogiese el anhelo de orden y de gobierno efectivo invívito en la prédica autoritaria, sin aceptar, al mismo tiempo, su negativa para ponerse a tono con el nuevo sistema social y político adoptado por el país con la independencia; y que, al mismo tiempo, recogiendo el ímpetu progresista y el amor al pueblo latentes en la prédica liberal, pusiese de lado la peligrosa tendencia al desarme del Estado ya la libertad atómica del individuo.

La realidad del caudillaje que no halló una fórmula adecuada en las Cartas políticas nominalmente adoptadas por el país y *el estéril diálo*go *de liberales y autoritarios* que omitió la preocupación por dotar a las nuevas generaciones de una afirmación nacional se unieron en sus efectos al desbarajuste económico. El crecimiento presupuestal después de 1842 habíase generado no por el desarrollo de las potencialidades industriales del país o por la llegada de una buena inmigración, sino por un motivo exclusivamente financiero: la venta del guano. La maraña creciente de los problemas de esa clase impuso la obligación de tener un Estado técnico con especialistas y expertos, sobre todo en el Ministerio de Hacienda. De otro lado, el incipiente desarrollo económico, desproporcionado en relación con el fantástico crecimiento presupuestal, así como los vaivenes políticos a los que ya se ha hecho referencia, conspiraron para impedir la maduración de ese Estado técnico y ayudaron a preservar el Estado empírico.

Varios años de manejo de los complicados problemas propios de un Estado técnico en manos de un Estado empírico condujeron a la crisis fiscal que alcanzó su primer momento culminante en 1869, exactamente tres años después del combate del Callao y diez años antes de la catástrofe. En 1869 se apeló, como remedio de urgencia, al capitalismo prestamista extranjero. Tal es el significado histórico del contrato Dreyfus. Pero como el capitalismo extranjero representado inicialmente por Dreyfus pareció resolver mágicamente el problema de la escasez fiscal se insistió en esta política y por primera vez el país creyó que la llave para su desarrollo material estaba en el empréstito. A la larga, el capitalismo prestamista extranjero no hizo sino agravar las dificultades creadas por el manejo doméstico de las finanzas nacionales. Dreyfus terminó por simbolizar el sentido funesto que ese capitalismo puede asumir, en contraste con el significado benéfico que tuviera el capitalismo de Wheelwright invertido en el desarrollo industrial del país.

La agravación de los acumulados problemas de la hacienda pública había tomado caracteres excepcionalmente serios en 1879. La guerra vino a agudizarlos todavía más. Obsérvese que en 1866 la magnífica defensa del Callao pudo contar con novísimos cañones adquiridos en Europa por Bolognesi y otros comisionados. El erario todavía próspero logró obtener entonces rápidamente y aun a costa de dispendios inevitables los elementos necesarios para contrarrestar el formidable

poder de la escuadra española. En el caso de haber continuado la prosperidad fiscal algo análogo hubiera podido hacerse, siquiera entre febrero y abril de 1879. Lo tremendo en ese año fue que la crisis internacional y la crisis económica coincidieron. He aquí una clara lección histórica: la salud en la vida económica y hacendaria de un país que puede no ser necesaria cuando ese país está lejos de toda aventura bélica es, en cambio, un indispensable requisito previo cuando en cualquier encrucijada de la vida internacional resulta sorprendido con una inevitable guerra defensiva. Todo no depende en una guerra del ejército. El ejército recibe una situación determinada, favorable o desfavorable, y actúa dentro de la órbita creada por ella. Antes de juzgar acerca de los resultados de la acción realizada por el ejército, preciso es preguntar si el erario nacional le suministro los elementos necesarios, si la estructura política del país era lo suficientemente sólida y si la diplomacia y aun en determinados casos la opinión pública siguieron durante una serie de años un adecuado plan internacional. A propósito de la necesidad de un plan internacional, en el Perú, país rodeado por cinco Estados fronterizos, es sorprendente cómo grandes escritores de enorme influencia sobre la juventud han olvidado este hecho sencillo y han visto los problemas nacionales con un criterio que podría llamarse horizontal, ahondando antagonismos para lanzar a unos peruanos contra otros peruanos, sin preocuparse del efecto que esa situación pueda causar sobre la codicia, o la envidia, o el rencor de los vecinos. Han hablado de los problemas nacionales y de sus soluciones como si el Perú fuese una isla sin más fronteras que el Océano Pacífico.

Durante los primeros años de la república el Perú había tenido un plan, malo o bueno, de política internacional. Fue primero el alerta ante la Gran Colombia y el mantenimiento de una situación estacionaria en los límites del norte; así como la solución del caso Bolivia, sea creando un nuevo Estado perú-boliviano, sea incorporando Bolivia al Perú. Más tarde ya, después de 1842, frustrada la segunda parte de esta política el plan internacional del Perú fue la suscitación de la solidaridad americana frente a las amenazas europeas y al filibusterismo del norte. Fue, en otras palabras, el plan de poner la preponderancia económica y militar, entonces lograda generosamente, al servicio no de miras expansionistas sino de un ingenuo romanticismo ético y jurídico.

Cuando, después del triunfal año de 1866, se hizo más evidente el avance chileno hacia el norte estimulado por los sucesivos descubrimientos de las riquezas salitreras, el Perú tuvo que cambiar bruscamente de actitud. Surgida así una nueva situación en el inmediato futuro del Pacífico sur, la indiferencia hubiera sido culpable. Cabía, por cierto, la dureza de una *Realpolítik* que reviviendo las directivas de Gamarra buscase nuevamente la alianza peruano-chilena contra Bolivia. Si Gamarra hubiera sido el gobernante del Perú en los días del salitre, evidentemente la habría buscado, como lo hizo en días más pobres y turbulentos. Pero consideraciones obvias de orden moral y jurídico condujeron, por el contrario, a la creación de un instrumento para preservar la estabilidad continental: la alianza defensiva peruano-boliviana genialmente concebida como alianza tripartita con la adhesión de la Argentina. Una vez resuelto en un sentido bolivianista el rumbo de la política peruana hacia 1873, la idea de la alianza tripartita nació de una visión internacional de gran formato, continental en sus repercusiones pero sin el gaseoso lirismo de la generación anterior.

Pero este plan requería audacia, energía, coherencia y continuidad. El Perú no las tuvo y ello le fue fatal. La Argentina, reacia a la alianza mientras ella estuvo vinculada al conflicto chileno-boliviano, solicitó luego en dos ocasiones al Perú, en 1875 y 1878, la concertación del pacto, como lo ha probado en un libro notable el doctor Pedro Irigoyen. Y el Perú, previendo entonces el inmediato choque con Chile, no aceptó. Al mismo tiempo, el Perú vio impotente el rearme chileno. En mi estudio publicado hace poco tiempo, un gran historiador de ese país, Francisco Encina, plantea por primera vez esta cuestión elemental: ¿por qué cuando el Perú vio que Chile iba a arrebatarle el dominio del mar en el Pacífico, mediante la orden para

construir dos acorazados en Inglaterra, no declaró la guerra preventiva contra Chile, si es que su situación económica le impedía mandar construir, por su parte, otros dos blindados?

Obtenida por Chile sin oposición la supremacía naval y fracasada la adhesión argentina al tratado de alianza, el Perú no rompió, a pesar de hallarse desarmado, el documento firmado con Bolivia. Sin duda la razón para esta persistencia estuvo en que si Bolivia era dejada sola, podía caer en brazos de Chile, que durante muchos años había querido atraerla ofreciéndole el litoral peruano del sur. Por otra parte, la firma del tratado boliviano-chileno de 1874 hizo alimentar en el Perú la engañosa esperanza de que el conflicto entre esos países, si no había terminado, estaba sujeto a una indefinida congelación.

Pero el problema boliviano-chileno no estaba congelado. Adquirió, de pronto, tremenda virulencia al iniciarse el año de 1879. Es en ese instante en que se aproxima la "hora cero" de la historia del Perú.

(M O, pp. 119-126)

Ucronías

He querido probar que la república no aparece a través de su historia como una cueva de bandoleros ni como una simple, monótona o catastrófica serie de terremotos o temblores políticos. La interpretación bandoleril y la interpretación sísmica coinciden consciente o subconscientemente en suscitar una impresión de asco o vergüenza. Este breve caso del curso del Perú como Estado independiente - con una momentánea prescindencia, tanto de los personajes como de los sucesos anecdóticos- permite ver una lógica en este estudio por debajo de convulsiones y de vaivenes e inspira la ufanía en unos casos o un sano y constructivo disentimiento en otros.

El Perú independiente nació con el privilegio y bajo el peso de una cita continental realizada en su territorio. Pagó ese privilegio. En la hora de su nacimiento, *las circunstancias no pusieron la república bajo el signo de un gran caudillo militar peruano.* El político nacional más eminente de entonces, Riva Agüero, terminó propiciando una solución peruano-española que la realidad no adoptó. Fue con el doctrinarismo civil de Luna Pizarro, peruano y antiargentino, anticolombiano y antiespañol, que la república nació en 1822 y volvió a ser restablecida en sus límites estrictos en 1827. Sin embargo, los doctrinarios bien pronto se vieron arrastrados a la guerra con Colombia en 1829, comienzo de una maraña de hechos derivados de las circunstancias propias de la emancipación, de las cuales el Perú pudo sacudirse únicamente en 1842, fecha en que, con la paz con Bolivia, termina el período de la determinación de la nacionalidad.

De resultas de la emancipación y de resultas de la guerra con Colombia y de las intrigas y guerras peruano-chileno-bolivianas entre 1829 y 1842, pudo haber nacido en el Perú una honda conciencia nacional, impregnada de un sentido defensivo y empapada en amarga experiencia. No fue así. Más bien el sentido continental que la guerra de la emancipación tuvo en el Perú, así como el doctrinarismo carente de una gran figura militar, bajo el cual nació la república peruana en 1822 y renació en 1827, ejercieron una influencia sutil en los años posteriores. Hubo después de 1842 prosperidad económica, desarrollo institucional, prepotencia militar y naval y hubo entonces además un gran caudillo militar peruano. Sin embargo, el Perú puso esos factores de superioridad al servicio de un ingenuo romanticismo internacional (actitud ante Santo Domingo, México, Nicaragua, Costa Rica, Cuba y Paraguay, guerra con España, Congresos de Lima de 1848, 1864 y 1878). A Bolivia se limitó a tenerla en jaque y cuando avanzó sobre el Ecuador en 1859 dio en el tratado de Mapasingue un plazo de dos años para que el Ecuador pudiera exhibir documentos que invalidasen la cédula de 1802, no tomó un

kilómetro de territorio ni exigió indemnización de guerra y al retirarse el ejército peruano dejó al del Ecuador uniformes, zapatos y fusiles.

Aun así la expedición fue censurada, como si representara una agresividad excesiva, por un sector de la opinión pública. En una de las cartas de José Antonio Barrenechea, publicadas en el interesante libro dedicado a este personaje, léese una confesión que le hizo Castilla: "Me han silbado por las calles a mi regreso del Ecuador..." Y cuando el Ecuador rompió el tratado de Mapasingue, Castilla, maniatado por las pequeñeces de la política interna, agitada con motivo de la inminente transición del mandato presidencial, nada pudo hacer.

De pronto comienza a oírse el ruido creciente de tambores por el sur. El conflicto boliviano-chileno viene a crear una nueva situación en el continente después de 1870. El Perú acepta el tratado defensivo con Bolivia y toma la iniciativa para la adhesión argentina. Pero aun así, en ese instante de rara clarividencia internacional, el tratado es visto tan sólo como un instrumento para la preservación de la paz americana, negándose el Perú, por eso, a aceptar las situaciones que se le presentaron para provocar una guerra preventiva o para intervenir en el conflicto chileno-argentino.

Las fuerzas espirituales del país tampoco siguieron entre 1842 y 1879 el camino de *una enérgica afirmación nacional.* Inteligencias eminentes se dedicaron a perder el tiempo solemnemente, polemizando con pasmosa erudición acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado o, como entonces se decía, sobre el equilibrio entre las dos potestades. En sus días de máximo brillo las aulas de Guadalupe y San Carlos albergaron ávidas mentes que estudiaron a fondo y desde los más opuestos puntos de vista el problema de la soberanía: pero el estudio realista del país y de sus problemas no recibió idéntica, minuciosa atención. Entonces no se produce un gran libro en el Perú sobre el Perú. La figura de Antonio Raymondi aparece en el campo de las ciencias naturales como una reivindicación y un ejemplo. Dentro de la acción, la ausencia de una enérgica inquietud nacional que, en otro plano, llevó pasivamente a la pérdida del dominio naval en el Pacífico, llevó también al descuido frente al problema educacional y al problema indígena.

El estudio atento de la historia, hecho sin propósito de vapulear o de endiosar a talo cual personaje y tampoco para quedarse en un relato de hechos en indiferente cronología de almanaque, induce a creer, a pesar de todo, que los vacíos, antecedente lejano del desastre, no se debieron a una radical inferioridad ni a las maquinaciones de tales o cuales malvados de melodrama, como se sostuvo amargamente en el atolondramiento de la catástrofe. La verdad, seguramente es más sencilla. *La historia del Perú en el siglo* XIX *es una historia de oportunidades perdidas y de posibilidades* no *aprovechadas.*

Después de la guerra-invasión, contrastes militares, mutilación territorial, empobrecimiento desolación en campos y ciudades, conflicto posterior creado por la retención de dos provincias más, *el Perú se rehizo con sorprendente vitalidad.* Quedó, sin embargo, un hondo complejo de inferioridad. Con la perduración del conflicto del sur, vino el afán de liquidar transaccionalmente los demás litigios de fronteras y así se explican los arreglos con Brasil, Bolivia, Colombia y hasta el proyecto del tratado García Herrera; por último, después de tantos años vino el arreglo con el mismo Chile. Por otra parte, *la crisis violenta en las instituciones tutelares del país, el debilitamiento de la conciencia jurídica en la colectividad y la acentuación de las ideas y de la táctica de las luchas sociales,* sobre todo en la mente de las nuevas generaciones, contribuyeron también a que no desapareciera el complejo de inferioridad. *Sólo la realidad creciente del desarrollo material del país en los últimos años empezó a actuar en sentido contrario.* Otros síntomas también halagadores son ya demasiado recientes.

Hace muchos años Renouvier se ocupó de intentar lo que el llamó la *uctonía,* o sea la historia tal como pudo ser y no fue. ¡La historia que pudo ser! En verdad el

curso de la historia se ha visto muchas veces desviado, sobre todo en países donde los factores personales y donde las contingencias eventuales han tenido una importancia especial. Por eso alguien ha dicho a propósito del bello libro de Roberto Aron titulado *Napoleón venció en Waterloo:* “Como un oficial que habituado a tratar sobre el terreno temas imaginarios de ataque o defensa se hace reflexiones rápidas y seguras para la oportunidad de los ataques reales, asé el hombre de Estado o el filósofo encuentran provecho para meditar sobre hechos ficticios. Las “ucronías” son las grandes maniobras del historiador”.

No es, por eso, una locura completamente absurda Suponer que bien ha podido ser posible que leyéramos hoy en nuestros textos escolares frases como estas: "La enseñanza de la realidad y de las posibilidades nacionales con criterio constructivo, claro y fervoroso en las aulas de San Carlos y de Guadalupe condujeron a que se abordaran estos problemas desde el estado, cuando los antiguos carolinos y guadalupanos llegaron al gobierno del país. Una Constitución sencilla y realista fue promulgada. La defensa nacional recibió adecuada atención construyéndose dos blindados, el Mariscal Castilla y el *Dos* de Mayo, que vinieron a complementar el poder del Huáscar y de la Independencia. La guerra francoprusiana de 1870 fue observada con especialísimo interés por el Estado Mayor, procuró recoger de ella las experiencias adaptables. El metódico progreso social e institucional se basó en la defensa, la mejora y el incremento del capital humano en el país"... ¿Qué dirían a continuación estos textos "u crónicos" de 1879?

Lema para una generación vigorosa: "Vivir de tal manera que, cuando ella haya desaparecido de su tiempo se diga que fue el de las oportunidades ganadas y el de las posibilidades cumplidas. Vivir de tal manera, que todo ensayo futuro de 'ucronía' sobre su tiempo no sea una 'ucronía' dorada sino una 'ucronía' negra referida a las cosas funestas que entonces pudieron ocurrir y afortunadamente no ocurrieron". (MD, pp. 13 5-141)

Investigar el pasado no es hacer un catálogo de miserias

Andan por ahí quienes afirman que la verdadera historia peruana no puede ser escrita, pues diría cosas tan tremendas que el rayo de feroces venganzas personales o de familia o de grupo fulminaría al audaz a tan loca empresa aferrado. O en todos los países existe este obstáculo inexpugnable para la sincera investigación histórica, o se trata de un triste privilegio del Perú comparable al que ocurre con la "agresión climática" que diezma al poblador serrano cuando desciende a vivir en la costa y al costeño cuando asciende hasta la sierra. Lo primero no es posible. Habrían sido entonces vano ocio o ridícula farsa todos los libros editados y todas las cátedras, academias, institutos, publicaciones, seminarios y becas establecidas en el mundo para el cultivo de la historia.

Pero son muchos los peruanos que consideran posible el segundo extremo de este torvo dilema. "¿Qué escándalo no dimos al mundo?", preguntaba indignado González Prada cierta vez, mirando el cuadro de nuestra vida republicana. A estas alturas, en cambio, bien sabemos que otros países, cabeza del mundo, han dado y dan escándalos mayores. Y sabemos igualmente" que la anarquía como el despotismo son reflejo de una etapa sociológica determinada y no lacras o manchas de un pueblo maldito tirado en la zona tropical. Si esa es la verdad en cuanto a fenómenos permanentes que nos han abochornado, ¿qué diremos de los casos personales o de grupo, en donde se supone precisamente que existió incrustada una carga insólita de vicio o de maldad cuyo secreto custodian vigilantes sombríos, listos para eliminar a quien pretenda revelados? ¿Podemos creer que, de todos los países, el Perú es el único que ha producido monstruos de esa clase?

Es que a algunos ha llegado la resaca fangosa de las pasiones convulsas vertidas en nuestras luchas, con crueldad de tribu amazónica. Y su escasez de facultades críticas, o sus menguados intereses inmediatos, o su complejo de

inferioridad les han hecho ver brillar allí el oro de la evidencia. Se ha estado hablando últimamente de la importancia de la semántica en la historia. Es que muchas veces unas palabras o fórmulas cuya interpretación no era conocida han dominado a los hombres. Del mismo modo, ha habido entre nosotros una perdurabilidad excesiva de calificativos, motes, remoquetes y apodos. No se trata de negar la existencia de errores, de vacíos, o de defectos muchas veces gravísimos; pero no siempre ellos implicaron traición, crimen o cualquier otro delito máximo. El atolondramiento, la debilidad de carácter, la incompetencia, la falta de espíritu de comando o de organización, el error, el desacierto son tal vez causal es más frecuentes de lo que supone el vulgo; bien pudieron estar acompañados por la buena fe, la sinceridad o el patriotismo.

Y en último caso y a pesar de todo lo que interesa, la investigación de nuestro pasado no es un catálogo de miserias. El personaje más importante de la historia peruana es el Perú. Muchos han olvidado el significado gramatical de la frase que da el nombre a esta asignatura en colegios y universidades. Cómo se forma y qué marcha sigue el Perú: he ahí el contenido de tan zarandeada materia. Lo demás es accesorio o accidental. Por eso los muros que elevan algunos entre épocas o periodos se desmoronan, horadados por esta continuidad esencial de la vida peruana, continuidad que fluye hasta nosotros y que envolverá a nuestros hijos.

Los incas, que en conquistas prodigiosas llegaron hasta el mar y la selva y abarcaron territorios de siete repúblicas actuales, los conquistadores que en número irrisorio derribaron al imperio, los indios en sus rebeliones tardías en la época hispánica, los exploradores, colonizadores, sabios, artistas y misioneros de todas las épocas y los próceres de la independencia y de la república crearon esa continuidad a pesar de guerras y matanzas, continuidad creada por la unidad de territorio, por el elemento humano ,en él asentado, por el transcurrir de las generaciones y por los problemas transportados desde el pasado hacia el futuro.

Es una tradición que se pierde en la niebla de los siglos y que a una distancia todavía no desentrañada enciende su antorcha. El peruano aborigen domeñó, a su modo, a la naturaleza y así, desde el punto de vista humano, este país fue en el continente como una cordillera elevada *so*bre la selva de la barbarie primordial y sobre el desierto inhollado por el hombre. Hay, pues, una predestinación de siglos que unge a este suelo. De tan remotos tiempos no sólo nos llega indirectamente la base territorial y directamente una parte de la población. Llegan lecciones vivas, aplicables, concretas. Cuando el barón de Rotschild visitó la región andina hace algunos años, declaró ante un coro de periodistas: "¿Por qué no restauran ustedes a los incas? Eso atraería mucho a los turistas". No, no podemos restaurar a los incas, ni volver al culto del Sol. Pero sí podemos entender la lección tácita que emana de su vivir "en forma", de su comunión con la naturaleza para ir al aprovechamiento máximo de ella, de la función de previsión social asumida por el Estado para combatir el hambre y el ocio. La época siguiente empieza con contornos de epopeya y de tragedia, aunque en verdad es un cantar de gesta. Nos suministra en esencia otra parte de nuestra población y el contacto permanente con la cultura occidental. La emancipación nos da, por último, el sentido de la soberanía nacional, el acta irrevocable de la independencia y una inmensa promesa de vida para todos los peruanos, completando así las premisas para la realidad nacional.

A la época republicana cabe subdividida en los períodos de definición nacional, apogeo, crisis, catástrofe y renacimiento. Contra lo que algunos afirman, repitiendo fórmulas pedantes, en el sentido de que el Perú es sólo un Estado pero no una nación, los periodos de crisis y de catástrofe emergieron por deficiencia o imprevisión, o empirismo del Estado. El soldado peruano que en tiempos de Abascal luchó victoriosamente en Quito, Chile y Alto Perú, que dio los laureles de Junín, que sostuvo el peso de Ayacucho, fue el que hizo la campaña de Bolivia en 1828, que capturó dos veces Guayaquil y que luchó cantando en las baterías del Callo en

1866. ¡Comando y medios adecuados! Es decir, una *élíte* dirigente y los aparatos técnicos que sirvan de instrumento. La lucha iniciada en 1879 prosiguió después de que se perdió la escuadra, después de que se perdió la capital, después de que fueron ocupados los centros vitales del país y todavía Cáceres intentó prolongada después de la derrota de Huamachuco.

"¡Infortunada generación la nuestra!", escribió una vez don Germán Leguía y Martínez. Así *es,* en efecto. Al doloroso espectáculo que el país presentaba, se unió bien pronto entonces la boga del sociologismo positivista con su fatalismo y con su pesimismo. A pesar de todo, sin embargo, aquella generación inició el renacimiento- del país. Vinieron las generaciones siguientes que no habían visto la catástrofe y que quizá por eso no tenían tan arraigados ideales. Y esas generaciones palparon, es cierto, la convalecencia nacional; pero vieron también las soluciones transaccionales en cuatro litigios de límites, uno de ellos el suscitado con el vencedor del 79 que tanto lirismo había inspirado y vieron luego el desmedro del individuo arrollado por el aparato represivo y preventivo del Estado. Y la educación que recibieron no fue ni siquiera esa sólida educación humanista de antaño sino una educación orientada hacia un superficial profesionalismo, hecha de imitaciones y de retazos. Y junto al espectáculo político del individuo amedrentado por el Estado proliferaron los que únicamente buscaban la riqueza material, o los que hacían gala de servilismo ante el poderoso; y como reacción contra todo ello y como contagio de la época alcanzó vertiginoso desarrollo en las nuevas generaciones la prédica revolucionaria social.

La segunda guerra mundial y los trastornos que después de ella han surgido: y van a surgir plantean una interrogación que antes hubiera parecido absurda acerca de la existencia misma de este país. Los siglos lo han creado y las tremendas tormentas sobre él desencadenadas lo respetaron otorgándole una providencial perdurabilidad. Pero no es en ese regazo donde debiéramos quedar dormidos. Convocar a los jóvenes a una afirmación nacional es una de las tantas maneras de cumplir los imperativos de la hora. A una afirmación nacional que busque su alineamiento en el tiempo. Hoy menos que nunca la historia es una colección filatélica de datos o una heráldica para hinchar vanidades familiares o personales. La consideramos como un orden vivo llamado a influir en un sentido de depuración y de superación. Porque las más profundas resonancias del pasado se enlazan con las necesidades creadoras de la vida, y el desarrollo del espíritu nacional se integra en el entrañado contacto con el pasado dentro de un "conocer" en el sentido que el lenguaje sagrado da a esta palabra. Para quien sepa escucharlas, las campanas del tiempo suenan no como un toque de queda, ni tampoco modulando la estéril queja del yaraví. Aquí, donde recibimos como herencia, aliado de tanto tesoro y de tanta gloria, tanto problema y tanta posibilidad, tanta oportunidad perdida y tanta capacidad mutilada, suenan llamando a rebato, como en los cabildos abiertos de antaño y convocan a recuperar y no ya a malgastar nuestras horas, a aprovechar y ya no desperdiciar energías, a proseguir y a superar la historia (MD. p, 152-59)

¿Vale la pena ocuparse del pasado?

En estos tiempos revueltos, ¿para qué ocuparse del pasado? Fijémonos bien, sin embargo, y veremos que el pasado asoma de pronto su rostro fantasmal aun en aquello que representa y encarna la actualidad volandera: el cable. Cuando nos hablan de la "hispanidad" y del "hispanismo", ¿no es precisamente un cabal conocimiento histórico lo que nos permite examinar el título de padres putativos y de tutores nuestros que algunos se han arrogado en ultramar? Y pasando del periódico al aula y al libro, ¿no es dicho conocimiento el arma mejor para combatir a quienes proclaman la urgencia de un movimiento revolucionario indígena? La historia bien entendida nos libra de ambos espejismos y, aceptando el sentido positivo de los aportes culturales que hay en nuestro acontecer, nos coloca en el

camino de una sana y constructiva afirmación nacional.

¿Por qué, sin embargo, estamos insistiendo en esa afirmación nacional? ¿Y América? ¿Y el mundo?

No es que se trate de negar las analogías con los demás países del continente, ni los elementos comunes que todos ellos ostentan, ni, su destino común en lo esencial. Pero todavía no se ha firmado el tratado de unión continental. Cada república americana sigue con su existencia separada y con sus propios intereses. Más aún, hay alguien que ronda en torno de nuestra heredad y no podemos garantizar si otros pretenderán darnos un zarpazo más en el porvenir. *Solidaridad continental ante problemas comunes,* nos enseñó el más grande de los peruanos; pero fue él también quien dio a nuestra escuadra sus primeros barcos a vapor y él quien mandó a Francisco Bolognesi a comprar armamento en Europa. Así como el rey persa tenía un criado que todos los días le repetía: "Señor, acordaos de los atenienses", así nosotros debemos repetir: "Acordémonos de que tenemos cinco vecinos y de que nuestro litoral es largo y accesible".

Algunos siguen moviendo la cabeza con un gesto de displicencia: "¡Demasiada historia, demasiada historia!" Observémosles bien. Tal vez su secreto anhelo sea que nos entreguemos a una frenética desintegración, en provecho de ellos. Aparte de que existen museos, ruinas y leyendas, ¿podemos decir en justicia que este país posee una vigorosa conciencia histórica? Véase el estado real de nuestra enseñanza. Acaba de llegar a mis manos uno de los tantos cuestionarios "desarrollados" que se vende a los candidatos para entrar en la universidad y en las escuelas superiores.

Aparte de su superficialidad, inconexión y esquematismo, en lo que respecta a la historia patria falta el estudio de las causas de los hechos, el concepto del desenvolvimiento de la persona nacional, el entusiasmo ante las grandezas del pasado, la meditación ante los errores, el recogimiento ante las catástrofes, la esperanza ante el porvenir, la valoración de los grandes hombres. Recordemos que *esos* cuestionarios valen más que los textos de cada año porque son estudiados con mayor avidez y porque forman parte de la preparación pre profesional, si bien es cierto que repiten y continúan los vacíos y defectos de textos y programas. ¿Qué dirán ante ellos quienes murmuran en son de censura: "¡Demasiada historia, demasiada historia!"?

Dicen también: "Es menospreciar el porvenir". Pero ello no siempre resulta exacto. Ya alguien ha dicho que, en realidad, los tradicionalistas no aman el pasado porque no quieren que sea pasado. Una de las más evidentes enseñanzas históricas es la que se refiere a la virtualidad creadora y dinámica de la vida. Mucho tiempo ha pasado desde que surgió en Alemania la "escuela histórica" en los estudios jurídicos, afirmando que el derecho surge únicamente como resultado de la costumbre y que, por lo tanto, la formulación de la leyes inútil o perjudicial. Ignoraba esta escuela las dos ideas que luego se enfrentaron en la mente de los hombres de ciencia: la idea de evolución, que pretende explicar los cambios sociales y doctrinarios por un proceso interno de las sociedades, y la idea de alumbramiento, de invención, de influencia o de contagio como factores importantísimos en la vida social, política o jurídica. En resumen, pues, la posición de la antigua "escuela histórica" no es la posición del historicismo jurídico actual que ya reconoce lo que puede haber de novedad o de originalidad en cada época y lo mismo ocurre en todos los campos de la historiografía. En países como el nuestro, sobre todo, es imposible una actitud de estatismo o de fatalismo porque la historia no es una realidad cancelada, un circuito completo, sino un proceso en marcha, una fuerza ascendente. Del Perú se dijo no hace muchos años que el porvenir le debía una victoria. En realidad, son muchas las deudas que el Perú puede cobrarle al porvenir, siempre que posea la capacidad y la voluntad para ello.

Menos cabe una actitud inmóvil ante el ayer en los días que vivimos. Ciego

será quien no vea en la guerra Última no sólo un choque entre distintos países sino el vehículo de una honda transformación social que cogió de un modo u otro a ambos beligerantes y repercutió sobre el mundo entero.

Pero si afirmamos las virtualidades creadoras de la historia alegando una razón general, una razón vinculada a lo que pasa actualmente en el mundo, ¿cómo es que hemos insistido tanto en la idea del Perú como continuidad en el tiempo? Decimos *continuidad* no en el sentido de identidad; tampoco olvidamos choques, guerras, diferencias o realidades propias de cada época. Aludimos a los elementos fundamentales de nuestra formación como país a través de los siglos para mencionar que entre ellos ha habido, si es que han sido elementos realmente formativos de la persona nacional, convivencia, yuxtaposición, interacción o enlace; y para llamar la atención precisamente al hecho de que al fin y al cabo el pasado peruano tan segmentado por algunos es un todo en sí que no agota, sin embargo, el contenido de la idea y de la realidad llamadas *Perú.*

No se trata, por otra parte, de que se multiplique en este país la fauna de los historiadores. Cada cual debe seguir el camino hacia donde lo llamen su vocación, su profesión o el azar. "Serás lo que debes ser o no serás nada": he aquí un sabio consejo. Pero al lado de la necesaria multiplicidad de actividades, de oficios y de profesiones, necesitamos el denominador común de la afirmación nacional que el historiador busca a través del pasado y que otros pueden buscar de diferentes modos. Y si no pretendemos que todos sigan el mismo camino, ¿qué contestaremos a quienes desaprueban el nuestro? A nadie se le ocurre detener a un *chauffeur* en la calle para ordenarle que se vuelva albañil, y nadie interrumpe un concierto para exclamar "Todo esto puede estar bien, pero hay que dedicarse a pintar cuadros". Sin embargo, de rato en rato, surgen voces malévolas que nos gritan: "¡A la acción, a la acción!" Algo hay allí del torero malo que invitó a quienes silbaban a bajar el redondel y del tenor que no pudo dar el do de pecho y que se vengó pidiéndole al público que intentara esa hazaña vocal. Pero otro concepto es, en verdad, más aplicable aquí. Frecuentemente quienes dicen "¡A la acción, a la acción!" están diciendo: "¡A mancharse, a mancharse!" y podrían en algunos casos agregar todavía "como nosotros". No discriminan si en esa abstención que condenan ha habido falta de vocación efectiva, o juicio moral alerta, o insatisfacción ante los programas presentados.

Defendemos, en resumen, una afirmación nacional hecha de experiencia frente a posibles peligros, un sentido constructivo y dinámico de la historia que ni olvida ni empequeñece el provenir y la libertad de cada cual en su vida, siempre que no dañe a esa afirmación nacional.

Los años después de 1945 son propicios para un examen de conciencia en nuestro país. Se han cumplido o van a cumplirse centenarios de hechos y de acontecimientos cuya importancia no disminuye a causa de la desatendencia oficial. Después de 1841 el Perú comenzó a ser ya definitivamente el Perú y no un trampolín para una Confederación Perú-Boliviana. 1842 es el año en que empieza el auge económico que duró hasta la víspera de la guerra con Chile. 1845 es el año en que empieza el apogeo nacional, esa época feliz en que el Perú republicano pareció digno del señorío que otrora ostentaran el Perú de los incas y el Perú de los virreyes. La década que en inglés se llama de los "cuarentas" empezó en el Perú del siglo pasado cargada de siniestros presagios y terminó en una gloriosa plenitud. Pero, de acuerdo con lo expuesto aquí, no se trata de quedarse fascinados ante ella. Se trata de mirar al pasado en conjunto y al porvenir como venero de soluciones.

Ante la mirada de conjunto, el Perú republicano se divide en etapas que pueden ser catalogadas según varios puntos de vista, así entre ellos, uno que los escalone así: Edad de la Desorientación, Edad de la Prodigalidad, Edad de la Amargura, Edad de la Negación. La Edad de la Desorientación puede ser comparada con un determinado momento en la vida de todo joven cuando en materia de

profesión, amores o convicciones doctrinarias aún no sabe bien a qué atenerse. ¡Cuántos hay que recuerdan con una sonrisa de tristeza o de ironía lo que quisieron ser, o de quién se enamoraron, o qué pensaron a los veinte años! El Perú adolescente empieza sin saber si será monarquía o república, república liberal o autoritaria, centralista, federal o centralizada, germen de un Estado más vasto o de Estados más pequeños. Es ésta la era en que la nacionalidad va definiéndose Y que precisamente concluye en 1842, después de Ingavi. Viene en seguida la Edad de la Prodigalidad. El Perú ostenta su señorío de mayorazgo dispendioso. Tiene centralizada, germen de un Estado más vasto o de Estados más pequeños. Es ésta la era en que la nacionalidad va definiéndose Y que precisamente concluye en 1842, después de Ingavi. Viene en seguida la Edad de la Prodigalidad. El Perú ostenta su señorío de mayorazgo dispendioso. Tiene todo lo que suele darse en la aristocracia de abolengo: largueza en la dádiva, generosidad en la amistad, cordialidad en el trato, pundonor quisquilloso, valentía y obstinación ante la desgracia. Pero tras la Prodigalidad vino la Amargura; y tras la Amargura, la Negación.

Aceptando la carga de glorias y de sombras que el pasado aporta, el Perú, si es que quiere redimirse, ha de erigir frente a la Desorientación, la Planificación; frente a la Prodigalidad, la Cordura; frente a la Amargura, la Previsión; frente a la Negación, la Construcción. (MD, 160-167)

Los peruanos

Todo país con una vejez de muchos siglos ostenta en el mapa complicado de su desenvolvimiento espiritual determinadas líneas que, a pesar de quebraduras y circunvalaciones, mantienen cierta continuidad y sentido. Buscar estas líneas es rastrear lo que el país en cuestión posee de más típico y genuino, es descubrir su "mensaje".

La historia cultural del Perú no está escrita. Apenas si lo que se ha hecho hasta ahora es presentar en visiones de síntesis, más o menos incompletas, su trayectoria literaria. No poseemos todavía un esbozo de historia de nuestras inquietudes teológico-filosóficas, de nuestro arte en un sentido integral, de nuestras ciencias puras o aplicadas. Y por esta razón la búsqueda de nuestro "mensaje" espiritual se ha hecho a través de la obra de poetas, cuentistas, novelistas y, a lo sumo, ensayistas.

Desde ese punto de vista se ha divulgado la idea, o, mejor dicho,]a impresión de que "lo genuinamente peruano" estaría en cierto don de burlas que amanece ya quizás en algunas muestras de cerámica *muchic,* que convive irrespetuosa con la solemnidad virreinal y que se vierte pródigamente en los costumbristas de la primera generación republicana, Pardo y Segura, y en el periodismo epigramático cultivado por "El Murciélago", Juan de Arona y Yerovi y de cuya gracia hay tantas partículas en innumerables modismos, chistes y apodos anónimos. El monumento máximo de tal espíritu serían las inmortales *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma y como no se hallan lejos de todas estas obras, mirando en lo íntimo y profundo, ciertos exponentes del barroco en el apogeo colonial y del rococó dieciochesco como el convento de San Francisco, el palacio de Torre Tagle o el Paseo de Aguas, así como los cuadros de Merino y de Laso y hasta la legendaria "tapada" limeña, resultaría que en una elegancia jovial, en una sensibilidad afinada está la flor más exquisita de nuestra cultura.

Y es así cómo, a veces, la gente de ciertos países vecinos, a pesar de que pueden haber sido países más felices que nosotros, suelen parecer a nuestra vanidad más lentos, más pesados o más burdos.

Pero todo no es acento festival en nuestra mejor tradición de cultura. Hay en ella una veta recia, grave y hasta austera. Está ya en una época no bien ubicada,

en el prodigio de las culturas enigmáticas que florecieron con lozanía entre los años 1500 antes de Cristo y el siglo XI donde tienen su origen los incas; y que realizaron el milagro de haber cultivado originalmente plantas que eran en sí venenosas o silvestres, de haber construido acueductos y canales para destruir la nativa hurañez de la tierra y de haber dejado las ruinas imponentes de Chavín y de Casma, de Chanchán y Pachacámac.

Desembocaron esas culturas en la monumentalidad del Tahuantisuyo, a cuyo tono grandioso en su barbarie corresponde, pese a su significado aluviónico, la aventura de la Conquista. Luego hay un acento profundo e imponente en la arquitectura hispano-indígena del Cuzco, de Ayacucho, de Arequipa, de Juli y de Pomata, como lo hay en ciertos aspectos de la administración colonial (la precisión y el detallismo de los censos, por ejemplo); en la preocupación teológico-filo-sófica dentro de la que sobresalen Pérez de Menacho y Avendaño, para quienes Europa tiene asombro y admiración; y en la cultura jurídica que alza monumentos inmarcesibles no sólo en obras de magistrados peninsulares como Solórzano y Matienzo, sino también en obras de autores criollos como Pinelo y Escalona. No hay que olvidar tampoco que este país fue el único en América en donde la preocupación religiosa llegó a su tensión máxima, engendrando sublimes figuras de santos y beatos. Y aún en la república, a pesar de sus contrastes, aliado del jardín de los costumbristas y epigramáticos, hay selvas imponentes y moles grandiosas. Aparece lo que pudiera llamarse una escuela matemática peruana, no en el sentido de que represente una teoría fija o una orientación predeterminada, sino como supervivencia de inquietud y como continuidad de pensamiento vigoroso y a veces original, a través de Caraycochea, Hipólito Sánchez y Villarreal. En las ciencias puras está la figura ejemplar y señera de Sebastián Barranca, prototipo y paradigma del sabio y del hombre de ciencia. La rica estirpe de los jurisconsultos coloniales se renueva a través del Código Civil de 1852, el primer código americano pensado en América y no transplante o traducción de códigos europeos; y a través de los libros de Pacheco y de García Calderón. Dentro del campo de la historiografía, esa misma ausencia de encanto y de hechizo que los críticos de Paz Soldán y de Mendiburu aducen proviene de la riqueza prodigiosa de sus materiales, de la vastedad de su horizonte, del vigor ejemplar de su laboriosidad. Y en las ideas políticas, aunque sea antagónica su postura doctrinaria, Sánchez Carrión, Pando, Vigil, Francisco Javier Mariátegui, Herrera, Gálvez dejan análogo sedimento de autenticidad y de reciedumbre.

Nuestra cultura ha conjugado, pues, la gracia y la fuerza, la elegancia y la profundidad, la sonrisa y el apóstrofe, la cortesanía y el éxtasis, el adorno y la norma. Poseemos, aunque sea en estado embrionario o a *ve*ces interrumpido, una tradición de país viejo y selecto.

Lo que hemos hecho y lo que podemos hacer se ha enfrentado y ha de enfrentar a múltiples factores de dispersión. El Perú existe como una totalidad en el espacio y como una continuidad en el tiempo; pero existe combativo y sin ensamble. A su totalidad en el espacio pretenden quebrarla la tragedia de las distancias, los exclusivismos regionalistas, y las incitaciones a las luchas de razas. A su totalidad en el tiempo ansían romperla la superestimación o el menosprecio de sus distintos períodos históricos o de las sucesivas influencias en ellos predominantes, así como las prédicas contra clases, grupos, partidos, sistemas, hombres o generaciones del pasado.

Comparable es el Perú a un organismo dotado de espléndidas virtualidades de orden físico y espiritual aunque debilitado por imposición de su propio crecimiento. Lo que lleve a robustecerlo necesita ser bienvenido. Por eso, la más alta jerarquía entre los peruanos corresponde a quienes, sabiéndolo o no, cumplieron una misión tonificante.

Para identificar dentro de estos conceptos a los que realizaron obra cultural o pragmática acerca del Perú, basta pedirles una credencial muy simple. Es

necesario que hayan meditado o sentido lo esencial de su obra y de su vida dentro de dos límites: nada más que el Perú y nada menos que el Perú. Nada más que el Perú: es decir, una visión de patria estricta que no se extienda ni a España, ni a Francia, ni a Rusia, ni a Italia. Tampoco, a cualquiera de los demás países americanos porque cada uno de ellos está deslindado del Perú en virtud de un sino inexorable, sin que ello quiera objetar tendencias de armonía, alianza o coalición. Nada menos que él Perú: es decir, una visión de patria total, por encima de sentimentalismos o prejuicios de región, ciudad, raza, clase o partido. No es que sean condenables en sí los estilos de arte o de literatura que presentan tipos o escenas de carácter localista considerándolos como facetas o matices dentro del panorama general de la patria, algo así como un motivo dentro de una sinfonía; pero es condenable pretender hinchar los valores de este carácter, desconociendo otros de igualo análogo significado y estorbando la armonía y la unidad del conjunto.

Dentro de este rango de peruanos auténticos, dentro de esta Orden de caballeros del culto del Perú, el primer lugar en el tiempo lo ocupa el Inca Garcilaso de la Vega. Tuvo Garcilaso para merecer esta designación múltiples condiciones. Por su raza, fue un fruto primigenio del mestizaje hispano- indígena tan combatido, tan calumniado. En su biografía, alternó el contacto con indios y con conquistadores.

En su cultura, se juntaron la huella de los parientes maternos y la huella occidental hispano-renacentista. Su libro capital señaló la aurora de la literatura peruana: fue la elegía del mundo prehispánico muerto y el cantar de gesta de la nacionalidad surgente; y, a la vez que el primer poema, la primera novela, la primera historia política y cultural, el primer tratado de geografía y de historia natural referentes al Perú. Su pluma cantó las hazañas de los incas y de los conquistadores, el prodigio de haber traído el trigo y la vid, el caballo y el arado, el buey y el rosal. Por esa, su centenario reciente no ha sido un acontecimiento de región, de capilla o de grupo, sino un acontecimiento nacional; y han sido y serán inútiles todos los esfuerzos que se hagan por los representantes del "Me nos que el Perú", sean ellos quienes sean, para capitalizar su homenaje.

A través del tiempo, la figura de Garcilaso se enlaza con las de los redactores del primer *Mercurio Peruano.* En las páginas de esta revista venerable, publicada en Lima, como es sabido, entre 1791 y 1795, el Perú aparece en esencia y en potencia y es visto, estudiado y voceado a través del tiempo *como* continuidad y a través del espacio como totalidad. *Nada más que el Perú* y *nada menos que el Perú* parece haber sido el lema de los redactores del primer *Mercurio;* y por eso no prescindieron de la cultura aborigen y no prescindieron tampoco de la época virreinal y superando todo localismo de época, clase, región, bandería personal, ideológica o sectaria, acogieron estudios históricos, geográficos, de ciencias puras Y aplicadas, económicos, institucionales, costumbristas, lingüísticos y literarios sobre el Perú total. Entre aquellos sabios eminentes quizá Hipólito Unanue presenta una obra escrita más continua que se prolonga hacia los años posteriores a la desaparición del primer *Mercurio Peruano.* Unanue más tarde reúne y enlaza no sólo dos siglos sino también el coloniaje y la emancipación, y marca un sentido de continuidad histórica a través de ambas épocas que no implica afrenta o desdoro sino, antes bien, honra y prestigio y que, a la vez, viene a encarnar la continuidad misma del Perú.

No es indispensable que se exprese o se formule a través de los temas de la obra misma esa autenticidad del ser peruano. Basta que la obra resulte, a la larga, con un significado de afirmación Y de integración y cuanto más intenso y más permanente sea su estímulo en *ese* sentido, más egregio será su aporte. Por *eso,* las figuras de los héroes desbordan el campo circunscrito de la historia bélica para entrar también en e! campo de la historia de la cultura, como exponentes de excelsitud moral, como profesores de abnegación y de sacrificio de la carne y por

eso, también, ingresan en la jerarquía de los afirmativos todos aquellos que representaron dentro de! campo de sus especialidades, vocaciones orientadas hacia la tarea creadora, vidas que enriquecieron la vida de su tiempo, almas que irradiaron el bien o irradiaron la belleza. Porque puede ser una forma del heroísmo e! solo hecho de no caer en la modorra, en la sensualidad o en el escepticismo, el solo hecho de absorber las miasmas y venenos de la incomprensión, de la soledad o del arrinconamiento y contener su letal influencia para, en cambio, tenazmente formar, sembrar o construir.

Al lado de estos peruanos afirmativos, está la muchedumbre de los peruanos negativos que se subdividen en múltiples grupos, dentro de los cuales se cuentan, sobre todo, los fugitivos Y los desviados. Los fugitivos son aquellos que emigran física y espiritualmente; los desviados, aquellos que incurren en los distintos errores de poner su fe y su amor en algo más que el Perú o en algo menos que el Perú. Pero hablar en detalle de los fugitivos y de los desviados, así como de sus exponentes risibles patéticos, requiere más amplio espacio. (MD, pp. 168-176)

3 EL SENTIDO DE LA HISTORIA PERUANA

3.1 ¿Para qué el conocimiento y la enseñanza de la historia?

¿Para qué el conocimiento y la enseñanza de la Historia?", se pregunta la nueva educación. Antaño se creía que la Historia era la maestra de la vida, la forjadora de la conducta, la fuente del patriotismo. Prejuicio intelectualista demasiado ingenuo porque entonces los historiadores debieran ser los monopolizadores de la heroicidad, del civismo, de la virtud. Pero Miguel Grau fue héroe, héroe excelso, porque la guerra no le impidió actuar con las más grandes virtudes de la vida civil; y José Gálvez, Rector de Guadalupe, *leader* radical en la Convención de 55 y caído el 2 de mayo de 1866, fue símbolo de dignidad, teniendo ambos menos conocimiento de Historia que e! catedrático de esa asignatura en la secular Universidad de San Marcos, don Manuel Marcos Salazar, y acaso éste los hubiese aplazado en un examen menos difícil que aquellos que tan severo maestro acostumbraba presidir.

La finalidad patriótica

Se cree también -y esto es del presente- que la Historia es instrumento de predicación de un nacionalismo celoso y agresivo. La patria es, para el chauvinista, la mejor tierra del mundo porque él tuvo la virtud de nacer allí.

En los conflictos y guerras internacionales, la patria siempre monopolizó la razón; sus enemigos fueron malvados, traidores y cobardes. Por eso, ante las disputas de los nacionalismos europeos contrapuestos, hubo quien afirmó que "de un lado al otro del Rhin cambia la verdad". Pero el error bélico está pasando a medida que el mundo se internacional iza más y su oquedad es idéntica a la del mito del "orden social". El Perú mismo tiene el caso del odio a los chilenos. Producido ya el arreglo - incompleto y tardío- sobre Tacna y Arica, se están desvaneciendo muchos prejuicios de odio y de rencor; y, con el tiempo, el odio a los chilenos será como el odio a los españoles que exaltó tanto en 1821 y 1865. Si nuestros poetas dijeron entonces que e! equivalente de la palabra "indigno" era la palabra español, algo parecido se dijo por poetas, políticos, diplomáticos, oradores y publicistas sobre e! "corvo chileno". Hoy España inspira respeto lejano, curiosidad artística, cariño atávico, desprecio estulto o indiferencia vaga; pero no odio. Mañana, Chile inspirará sentimientos de interrelación, de vinculación, de comunidad.

La verdadera finalidad de la historia

¿Para qué conocer y divulgar la Historia, entonces? El especialista responde en nombre de investigación de la verdad que, a su vez, realiza, en otros campos, el que se preocupa por las plantas, por los insectos, por los tumores, por los idiomas, por la metafísica, por los caracteres humanos. El artista responde en nombre de la preocupación por la belleza. Esto se relaciona con el interés del investigador y del aficionado; pero, ¿y la generalidad de los ciudadanos? La Nueva Educación toma en cuenta a esa generalidad de ciudadanos, al decir que la Historia sirve "para sacar a los niños y a los hombres de sí mismos, para colocarlos en una consciente relación con el mundo en que viven, para hacerlos considerarse como actores, y autores de un gran drama que empezó antes de que ellos mismos nacieran y que abre perspectivas que trascienden en mucho a cualquier personal fin en interés e importancia".

La Historia Nacional

No se quiere decir con esto que se deba abandonar el estudio de la Historia Nacional sino, simplemente, que ha de mirarse junto con ella los sucesos ocurridos en el mundo que a ella atañen. Los hombres no han vivido en una comunidad universal, sino condicionados por la geografía, la economía, la sociología, etc., y dentro del marco de estados y naciones. El verdadero nacionalismo es el estudio de esas realidades distintas. Esto tiene palpitante importancia ante el prurito de implantación ciega de concepciones típicas exóticas. La tiene también desde el punto de vista de la Historia porque en el Perú ella es lo único que poseemos de común; todo lo que no emana de lo histórico es, en el Perú, radicalmente heterogéneo.

Por lo demás, es sabido que el individuo sano vive porque tiene memoria, porque sabe cómo se llama, cómo fue su vida anterior; si no, caería en la locura, en la inconsciencia. Piensa, habla y actúa "a partir de", "sabiendo que", es decir, teniendo la previa capacidad de recordar. La Colectividad humana vive también por la misma base y el mismo germen; y en el Evangelio de la Ciencia se ha dicho que la primera frase podría ser: "En el principio era la Memoria".

Incaísmo, colonialismo y *procerismo.*

Dentro del historicismo nacionalista, han luchado entre sí en el Perú el incaísmo, el colonialismo y el procerismo superestimando esas épocas, con esos odios terribles que los parientes tienen entre sí. Concepción anatómica y no biológica de la Historia, ésta. Caso práctico del viejo proverbio que habla de que los árboles impiden ver el bosque. Incaísmo, colonialismo, procerismo en el fondo, provincianismo, amor al villorrio con prescindencia de la nación, error inverso pero igual al cosmopolitismo sin matices. Incaísmo, colonialismo, procerismo: en el fondo idéntico espíritu estático, nostálgico, retrógrado. Si no se estudia la historia peruana recordando que el incario fue sólo el terreno; la conquista, la siembra; y las épocas posteriores, la cosecha y el comienzo de nuevas siembras; que han de germinar, ese estudio ha perdido su significado. Más que el amor al pasado urge el amor al porvenir, no el porvenir utópico e idílico, sino conquistado por el propio trabajo duro e incejable frente a tanto peligro y a tanto problema. Y del estudio de la Historia -porque ella en el Perú no es sino un crisol que aún no ha concluido su obra- debe salir un espíritu de avance impregnado del conocimiento de la realidad.

Los avances del hombre en *la historia*

¿Y por qué? Es que no debe olvidarse nunca la evolución humana en general "En el breve período de diez mil años, se ha dicho, las entidades sociales o políticas

creadas por los hombres han crecido de la pequeña tribu familiar, de la primitiva cultura neolítica a los vastos reinos y repúblicas de los tiempos actuales. La coacción y la servidumbre han cedido el lugar a las ideas de libertad asociada y la soberanía que antaño estuvo concentrada en un rey y dios autocrático, hace difundido ampliamente por toda la colectividad". El tipo más alto de vida hace centenares de años hoy parece una crueldad increíble. En la antigüedad, las grandes comunidades eran de obediencia a un monarca; la comunidad libre mayor era apenas la ciudad-Estado. La Historia se forjaba, hasta hace pocos siglos, en pocos países o fragmentos de continentes; el resto del mundo era lo ignorado, lo desconocido, lo legendario o lo bárbaro. La imprenta, el ferrocarril, el telégrafo, el avión, la fábrica, el dinero van vinculando o solidarizando al mundo. El camino es largo y penoso, trágico y cansado pero el avance es evidente.

Se ha llegado a emplear, a propósito, el argumento del reloj. Dentro de las doce horas que marca un reloj, englobemos -se dice- toda la historia del mundo desde hace 240,000 años. Cada hora significará 20,000 años; cada minuto 333 1/3 años. La época actual marca las 12. Durante 11 horas y 1/2 nada fue registrado; el hombre recién vivía. A 20 minutos para las doce aparecen los primeros vestigios de Egipto y Babilonia. La literatura y la filosofía griegas tienen 7 minutos de vejez. A un minuto para las 12 apareció Lord Bacon; y medio minuto después la máquina de vapor. El progreso, primero imperceptible, vuélvese luego lento y, en seguida, raudo. Aprendiendo y mejorando durante largas centurias sin conciencia, el hombre hace de su mejora un ideal sólo desde el siglo XIX. A un minuto antes de las 12, viene a desear el progreso y, más recientemente, a convencerse de que puede progresar voluntariamente, y de que ha progresado y por eso ha dicho Verhaeren en un poema admirable que cierta vez Eva, ya convertida en madre del género humano, encontró la puerta del Paraíso abierta y al ángel benévolo; pero que la visión de la obra humana en el porvenir, mediante el duro trabajo de sus hijos, la hizo quedarse fuera, ahora voluntariamente.

Verdad es que el progreso existe sobre todo como dominio sobre la naturaleza, como *confort.* Después de los griegos y del cristianismo las grandes normas culturales y morales quedaron fijas; pero en los últimos tiempos la difusión del socialismo señala también la divulgación de nuevos progresos en esa esfera.

El porvenirismo en la historia peruana

No cabe, pues, la mirada nostálgica atrás. No cabe en el Perú, sobre todo, por otras razones. La síntesis social peruana -hay que repetirlo- no se ha realizado aún. El pasado peruano no es algo colmado ni admirable; y el Perú sigue siendo una serie de compartimentos estancos, de estratos superpuestos o coincidentes, con solución de continuidad. Por todo ello, el nacionalismo que, en otras partes, no es necesario o, fatalmente, está superado, urge aquí. En otras partes el nacionalismo es algo destructor; aquí debe ser constructor. Constructor de conciencia y constructor de soluciones. En otras partes es ofensivo; aquí necesita ser defensivo. Defensivo contra el ausentismo y defensivo contra la presión extranjera, de absorción material o mental.

Ésa es la más alta función de la Historia: ver no sólo lo que hemos sido sino lo que no hemos sido. Ésa es la función del patriotismo: "conocimiento de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos". Patria dícese, tierra de los padres; pero más bien debería decirse, dentro de un vocablo bárbaro pero más exacto *Patrifilitria,* tierra de los padres y de los hijos.

Quienes únicamente se solazan con el pasado, ignoran que el Perú, el verdadero Perú, es todavía un problema. Quienes caen en la amargura, en el pesimismo, en el desencanto, ignoran que el Perú es aún una posibilidad. Problema *es,* en efecto y por desgracia, el Perú; pero también, felizmente, posibilidad.

Para contribuir, en forma siquiera mínima, a que sea algo más, ha sido escrito este libro. (PPP, pp. 1-7)

3.2. En torno a la enseñanza de la historia

Nuestra actual guerra civil

Cuando decimos que el Perú limita con cinco vecinos y que además presenta el flanco de una costa larga y accesible, parece que estamos enunciando una verdad elemental sin mayor trascendencia. Y, sin embargo, meditándola bien, recogiendo las observaciones de la experiencia, de ahí nace un enérgico llamado par la formación de una conciencia de la patria y de una integración nacional. Porque a cada uno de esos cinco vecinos les hemos cedido jirones de territorio y porque la costa larga y accesible, más de una vez sirvió de puerta de entrada a la invasión. No se trata de hacer gesticulaciones de melodrama ni de exhumar rencores pasados o mórbidos recelos. Se trata de afirmar únicamente que necesitamos trabajar para que se difunda el "querer existencial nacional" compuesto de cariño, orgullo, comprensión y fe para el propio país. Tal vez porque él no fue demasiado fuerte, tuvimos horas de desgracia en el pasado.

Y nada nos dice que el porvenir será idílico en el mundo.

Pero el "querer existencial nacional" no será posible mientras arda la guerra civil en el alma de los peruanos. El desprecio o el encono entre región y región, entre raza y raza, entre clase y clase abren cortes horizontales en el alma del país para impedir, consciente o subconscientemente, su integración. La elocuente voz de González Prada, que se alzó después de la catástrofe del 79, bien pronto cambió sus imprecaciones contra el invasor en imprecaciones contra hombres, ciudades, instituciones y cosas del propio país. Y más tarde, al llegar hasta nosotros los ecos de las tremendas luchas sociales de nuestro tiempo, esa guerra civil espiritual se ha avivado, hasta alcanzar proporciones monstruosas. Agréguese a todo ello, cierto "complejo de inferioridad", cierta voluptuosidad que hay en algunos para zaherir o difamar a determinados aspectos o matices o épocas de nuestra formación histórica y se tendrá una mediana idea de nuestra presente desorientación.

Es curioso anotar que el campo principal donde se libran estas furiosas, aunque incruentas batallas, es el campo de la historia patria. No sólo en libros de investigación y ensayos interpretativos. También en la enseñanza. El alma delicada de nuestros niños y nuestros adolescentes es, a veces, arrastrada a tan inicua tempestad.

De otro lado, ¿dónde están los refugios o las puertas de escape en la enseñanza de nuestra historia? Colecciones de fecha, listas de nombres, datos escuetos, frívolas anécdotas amueblan por un instante los tiernos cerebros. Al peligro de la pasión mezquina se junta el aburrimiento de la erudición estéril.

Necesitamos una historia del Perú sana y amplia que suscite cariño a la tierra y al hombre peruano de todas las regiones, que suministre o prepare para suministrar una visión orgánica de la formación del país al través del tiempo y de su significado en el mundo y que despierte la conciencia acerca de la común tarea de un destino mejor. En otras palabras, necesitamos una historia del Perú puesta al servicio del querer intencional nacional.

He aquí una misión de los historiadores, de los profesores de historia, autores de textos y demás especialistas de esta materia. La formulación de las proposiciones básicas para una filosofía de la enseñanza de la historia patria como marco o derrotero para la enseñanza misma se halla bajo su responsabilidad.

Hay disciplinas donde el solo enunciado de cada proposición basta para su

debido entendimiento. Nadie puede disentir, por ejemplo sobre las fracciones de monomios en álgebra, sobre las plantas talofitas o muscíneas en botánica, sobre la litósfera en geografía física, sobre la oración gramatical en castellano. Aquí el problema consiste en ubicar a las distintas asignaturas dentro del plan de estudios, en formular programas convenientemente dosificados.

Por encima de estos problemas de detalle, está el problema de la metodología. Se abre aquí el debate sobre si el alumno ha de estar en situación "activa" o "pasiva" ante el maestro, sobre el uso de textos y libros auxiliares de consulta, sobre el empleo o la proscripción de apuntes de clase, sobre la periodicidad y el contenido de las interrogaciones, sobre la objetivación de la enseñanza y sobre el valor de los distintos tipos de pruebas en los exámenes.

Más allá todavía se halla el problema aún más importante de la estructura educacional del Estado, de la división de la enseñanza en distintos ciclos o períodos; de la formación de maestros profesionales, de los requisitos para los planteles de enseñanza y para cursar en ellos y demás cuestiones análogas. Todo lo anterior concierne al sector administrativo de nuestro problema educacional. ¿Cuál es el deber de los profesores? ¿Van a permitir que continúe en la enseñanza de la historia patria el peligro de la pasión mezquina o el aburrimiento del eruditismo estéril? ¿Van a continuar favoreciendo la desorientación, las contradicciones, la anarquía que dicha enseñanza presenta en conjunto en el país? ¿Van a continuar descuidando la magnífica oportunidad para tonificar el "querer intencional nacional" mediante una visión orgánica de la formación del país a través del tiempo que desarrolle el cariño a la tierra y al hombre peruano de todas las regiones y la conciencia acerca de la tarea común en el destino nacional? (MD, pp. 43-47)

Hacia una historia peruana del Perú

Me he permitido llamar ya la atención sobre "nuestra actual guerra civil". Ella impide la existencia de un "querer intencional nacional" y llega hasta el alma de niños y jóvenes a través de una caótica enseñanza de la historia patria. Es éste un problema diferente del problema de "estructura", del problema metodológico y del problema de la programación. Perfora todos ellos y se coloca en medio del diálogo entre maestros y discípulos con preguntas que, a muchos, parecerán sorprendentes: "¿Por qué? ¿Para qué?" El recuerdo de todos los ronquidos y de todos los bostezos en la clase de historia nacional se levanta para comprobar el aburrimiento del eruditismo estéril. Por desgracia, el mal es mayor y abarca también la omisión de una conciencia patria y hasta el suministro clandestino de explosivos y venenos a las delicadas mentes de niños y adolescentes.

Un país es una mezcla de tradición y de destino. Al decir *tradición,* se entiende continuidad. Y la continuidad implica la necesidad de la memoria. Aquí es posible emplear un ejemplo aplicable a cualquier persona. Cada uno de nosotros está viviendo aisladamente en este preciso instante dentro de un determinado mundo personal formado por la resonancia de los momentos que acaban de transcurrir y de toda su biografía íntima. Cada instante de nuestra vida anímica hállase cargado con los residuos de lo ya vivido. Esa carga de pasado es lo que confiere su riqueza intransferible y su sabor único a nuestra existencia personal. La memoria, por eso, no es sólo la conservación del pasado en medio del presente: es también (fijémonos en esto) la colaboración de lo ya vivido en la actualidad de la existencia. Quiere decir que en toda personalidad puede haber muchas cosas; pero una de ellas tiene que ser indefectiblemente la memoria. Quitémosle al individuo la memoria: caerá en la locura, en la inconsciencia, en el aprendizaje diario de lo más esencial en el inacabable empezar. Los manicomios y los cementerios están llenos de cuerpos humanos que no saben cómo se llaman, ni lo que fueron ni lo que hicieron.

Análogo es lo que pasa con los pueblos. La memoria colectiva fortifica y

acentúa en ellos la propia personalidad. El Perú, país de contras*tes* geográficos y de diversidad de población, ¿qué vínculos de unión tendría si no existieran los vínculos de la tradición común y del destino?

Muchas son las cosas que ocurren o acontecen dentro del tiempo. Hechos, sucesos y personajes pasan, en el sentido vulgar de la palabra, apareciendo y desapareciendo. Pero allí no se agota el contenido de la historia. Aliado de lo que ocurre *o* pasa, al lado de aquello sobre lo cual rebotan las personas de los que entonces nacen, viven y mueren, está lo que es, lo que va siendo. Hay algo libre de muerte, algo impermeable al ácido de la transitoriedad, algo que desborda las limitaciones de lo puramente existencial, algo que se presenta como fatalidad y como posibilidad, algo futural. En el caso nuestro ese "algo" es la plasmación del Perú. Ignorarlo para contentarse con menudas disputas, con frívolas anécdotas o con datos escuetos es una grave omisión.

Por lo demás, si la historia va a disociar, mejor es no enseñarla. Uno de los vicios primarios de su estudio hasta la fecha ha sido la colocación de las distintas épocas o períodos entre compartimentos estancos, como bloques separados y hasta como reductos hostiles. Es imprescindible, por eso, que al empezar el estudio de cada época o período se aluda, en forma global, a nuestra formación histórica. Y una vez concluido dicho estudio, habría que presentar en resumen lo que esa época aporta a la creación del Perú, empleando para ello las palabras y el método que sean más adecuados a la edad y a la situación de los educandos.

Tratándose de la época preinca, urge depurar el contenido de lo que se enseña. Debe evitarse el ahondamiento de toda teoría arqueológica no comprobada, el uso de palabras técnicas y raras, las citas excesivas de nombres propios, los desbordes provocados por el capricho o la imaginación del profesor. Hoy constituye frecuentemente este curso una orgía de voces indígenas, de referencias geográficas que no encuentran adecuada ubicación en el mapa *o* en el croquis, de vanidades o resentimientos con carácter lugareño y de hipótesis más *o* menos discutibles.

Bastaría que la parte preinca, en su estudio, se limitara a insistir en la antigüedad del fenómeno cultural en el Perú, haciendo comparaciones que la hagan más clara, a señalar los principales yacimientos arqueológicos hasta la fecha encontrados y a marcar los rasgos estilísticos más saltantes de cada foco cultural, con proyecciones hacia su apreciación estética.

Aun desde esas edades remotas llegan hasta nosotros, sin embargo, vivas lecciones. Tres mil años antes de Cristo, *o* más lejos todavía, mientras el resto de América vegetaba en una vida puramente zoológica o botánica, el indio peruano, antepasado de buena parte de nuestra población actual, encendió aquí la luz de la cultura. Y aunque ignoremos detalles de ornamentación o de sociología o de procedencia, existen yacimientos arqueológicos de las tres regiones -costa, sierra y montaña- y señales de regiones distintas en cada una de ellas. Adornos y símbolos marinos en la serranía de Chavín, lana andina y plumas de aves selváticas en la costeña Nazca, íntimo parentesco familiar en las telas, los huacos y la piedra. Es decir, a pesar de los regionalismos, surgió entonces una síntesis cultural. ¿Cómo afirmar entonces en vista de esta intercomunicación antiquísima, que costeños, serranos y montañeses jamás se han entendido, que se repelen y contraponen inexorablemente? Una fresca, tónica y hermosa lección de armonía sobre el Perú integral brota de la boca desdentada de las momias y del polvo secular de las ruinas. [...]

Algunos indigenistas han pretendido probar su regresiva doctrina con un argumento matemático. Han dicho que los períodos prehispánicos ocupan, por lo menos, dos mil quinientos años de historia, mientras que la conquista y el virreinato duran menos de trescientos y la república tiene ya ciento veintidós. Coloniaje y república juntos dan poco más de cuatrocientos años, en tanto que el

período aborigen da, en un cálculo mínimo, dos mil quinientos. A estos nuevos "amautas" y "quipucamáyocs" hay que enfriarles un poco su entusiasmo estadístico. En primer lugar, deben saber que están omitiendo en su ecuación la cifra más importante: el futuro. El peruano que se sumerge en la contemplación del pasado y olvida esa cantidad "x" de futuro, la más importante de la ecuación nacional, está demostrando fallas y defectos de diverso calibre, entre ellos la ausencia de comprensión histórica. Porque precisamente el exacto entendimiento de nuestra trayectoria en el tiempo nos conduce a la conclusión de que el Perú no está definitivamente plasmado y de que puede y debe dar todavía mucho de sí. Pero aun prescindiendo de esa "x" promisora de futuro (de un futuro que no será nuestro si no lo queremos de veras), los amautas y quipucamáyocs que usan letras de imprenta y máquinas de escribir y tienen auto particular y, a veces, auto oficial, pesan en su balanza la cifra de años desnudos, escuetos, cadavéricos. ¿Por qué no se ponen a pesar, por ejemplo, cuántos elementos culturales del Perú actual provienen exclusivamente de la época prehispana? ¿No saben cuándo vinieron el trigo, la cebada, el arroz, el olivo, la vid, la caña de azúcar, la naranja, la manzana, el melocotón, la cereza, la rosa, el jazmín, la azucena, el lirio, el clavel, el arado, la rueda, el caballo, el asno, el buey, la vaca, la oveja, el cerdo, el canario, el vidrio, el retablo, el encaje, la celosía, el fusil, el cañón, la pólvora, la arquitectura entendida como construcción de casas para particulares aunque no fuesen nobles, la pintura como arte independiente, la literatura con letras, papel e imprenta, el número y también el idioma, que ellos hablan y se ven obligados a usar para que el mundo entienda sus dicterios?

Estas y parecidas valoraciones es preciso hacer. Pero con ellas tampoco hay que ponerse al servicio de los que quieren seguir bailando el minué colonial. Hay que ir en busca de una expresión peruana. Y por eso ostenta un significado enorme un hecho que nuestra enseñanza ha ignorado hasta ahora. Cuando, a partir de 1532, el Perú se incorpora a la historia y a la geografía universal es y nace como nombre y como hecho sociológico, recibe muchos elementos de la cultura occidental. Pero, a la vez, proporciona elementos al desarrollo de esa cultura. Elementos que ella no conocía, como la papa, por nuestros indios descubierta y que es hoy día básica en la producción agrícola mundial. Y también elementos que Europa no poseía en número suficiente, como el oro y la plata que al salir de nuestras minas e invadir el mercado occidental originaron la más completa transformación en *los* precios, en la moneda, en la economía y en la vida social que el mundo conociera hasta entonces. Más tarde la colaboración del guano de nuestras islas es fundamental para la agricultura europea. Pero no *só*lo damos *estos* y otros aportes materiales. Una investigación minuciosa llevaría a constataciones sutiles sobre la influencia de América en general, del Perú en especial, en el pensamiento y en la imaginación europea.

Claro que no todas las observaciones aquí hechas se pueden aplicar a la enseñanza en todos sus grados. Corresponde a los especialistas ver lo que hay en ellas de pedagógicamente valedero y eficaz.

Después de haber tratado de la época prehispánica en general y de las culturas preincas, falta aludir a los períodos siguientes. A propósito de los incas, existe también la tendencia nociva de caer en el eruditismo estéril o en la anécdota frívola o en la exaltación tendenciosa. Urge, en aras de la verdad científica, señalar las limitaciones propias del mundo cultural aborigen; y, a la vez, señalar las características únicas que los incas presentan como conquistadores y desde el punto de vista de su sentido jerárquico de la vida. La nota de la asistencia social en la cual se insiste Con maliciosa exclusividad debe ser estudiada, por cierto; pero también otras igualmente importantes para comprender a aquella cultura. Aparte del sentido jerárquico y conquistador de la vida es preciso mencionar la comprensión y el entendimiento de la naturaleza (revelado, por ejemplo, en andenes, terrazas, caminos, etc.) y el principio de la unidad estatal (que impone la paz y la sumisión internas y desplaza la guerra hacia las fronteras) y el principio de

la tensión (que explica la ruda crianza de la nobleza, para la cual los goces y las voluptuosidades estaban unidas a una suma tremenda de deberes y obligaciones).

La época inca contribuye a la formación del Perú sólo con dos elementos: una base territorial y un sector de la población con su correspondiente bagaje de formas de vida. La incorporación del Perú a la geografía mundial ya la cultura de occidente marca, al mismo tiempo, el verdadero nacimiento de la colectividad peruana. Éste es el hecho que, precisamente, debe constituir el objeto de la pesquisa que educadores y educandos deben hacer. Lo que importa aquí es ver el panorama temporal desde 1532 hasta 1821 no desde un punto de vista político externo, sino desde un punto de vista interno. Por lo tanto la enseñanza debe concentrar se especialmente alrededor de los siguientes centros de interés: 1) la formación de una sociedad criolla; 2) la aparición del mestizaje; 3) el surgimiento y el desarrollo de una conciencia nacional criolla peruana. Naturalmente que antes de entrar en estas materias específicas, es preciso estudiar el enriquecimiento de elementos culturales de todo orden, tanto materiales como espirituales, que la incorporación del Perú a la geografía mundial y a la cultura de Occidente producen; y es preciso también estudiar, en lo más esencial, los otros fenómenos de interés permanente o más decisivo que entonces surgen.

Hasta ahora el estudio de esta época ha oscilado entre las odas his-panoamericanistas y los amargos insultos contra España, resto de la sumisión cortesana virreinal y las pasiones que se agitaron con la guerra de la emancipación. Preciso es superar ambos extremos y reconociendo y aceptando los elementos culturales aportados por España, ir al examen objetivo de lo que contribuye a la formación del Perú, así como de lo que obstaculiza dicha formación.

El estudio de la época de la emancipación peca hasta ahora por la inflación de anécdotas referentes a conspiraciones locales y a peripecias guerreras en otros sectores del continente. Conviene reducir tales extremos y otorgar su debida importancia a la obra de Abascal porque con hombres y recursos peruanos tuvo en jaque al continente, aludiendo también a la magnífica oportunidad entonces perdida.

La época republicana es la más maltratada en la docencia histórica. Domina aquí un criterio que podría llamarse sísmico. El estudiante recibe noticias de una serie de gobiernos fugaces y de revoluciones fallidas o triunfantes. Nombres de mandatarios, nombres de batallas y fechas se suceden con abrumadora rapidez. El saneamiento de la historia republicana no se logrará del todo con la simple inclusión de episodios o de datos no políticos, como algunos creen. Nada substancial se habrá ganado, por ejemplo, con hablar de la navegación a vapor, del ferrocarril, de don Ricardo Palma o de don Sebastián Barranca en forma dispersa. Es preciso comenzar por dotar de un sentido y de una clave a la propia historia del Perú como Estado independiente. Para ello hay que subdividir el estudio en varios períodos.(MD, pp. 48-58) [1940]

Una nueva asignatura sobre el Perú integral

Todo lo anterior implica la conveniencia de revisar programas y textos y de dotar de un propósito definido a la acción del educador. Pero tal vez resulte mucho más eficaz si se va a una revisión en la nomenclatura de los cursos mismos. Ya se ha señalado en una de las páginas anteriores el daño que puede suscitar una periodificación rígida que segmente en bloques aislados a las distintas épocas de la trayectoria histórica peruana. Cabrían intentar una ruptura de esta periodificación. Tanto en la escuela primaria como en el colegio de instrucción media podría dedicarse dos o tres años de enseñanza al criterio cronológico puro, aliviándolo de todo lo que sea adjetivo o complementario y procurando la valoración de los datos desde el punto de vista de la información histórica del Perú. Luego, se podría dedicar dos cursos a una visión sistemática y no cronológica. Rompiendo las

murallas entre las distintas épocas, cabría estudiar si la mente del niño y del adolescente puede asimilar una enseñanza de síntesis acerca del Perú integral. Se podría, por ejemplo, hablar del problema del hombre y la tierra a través del tiempo, mencionando los cultivos descubiertos por los indígenas, la importancia de su acción sobre la naturaleza el valor que los productos peruanos alcanzaron en el mundo, los nuevos elementos aportados desde el siglo XVI, las dificultades que se presentaron para dominar al medio y la forma como ellas han sido vencidas paulatinamente. Este curso sobre el hombre y la tierra en el Perú histórico podría tener uno de los capítulos más interesantes en el estudio breve de la penetración de la Amazonía; su *leit motif* sería la Patria como tarea en el pasado y en el presente. Otro curso podría ocuparse de recordar la vida y la obra de grandes figuras históricas nacidas en el Perú o consagradas a él. Tampoco aquí se pondrían vallas cronológicas, y de este modo podría incluirse, por ejemplo, a algunos de los grandes incas en el apogeo del imperio, por haber contribuido a crear la base territorial sobre la cual se asentó el virreinato y surgió luego la república, sirviendo ello de pretexto para hablar de las características esenciales de esas épocas. Estaría allí también, por cierto, en Inca Gracilazo, no desde un punto de vista literario p de eruditismo historiográfico, sino como exponente de una afortunada fusión de razas y de una naciente conciencia nacional. Podría estar también Unanue con símbolo de evocación cultural, de eficiencia educadora y definición patria. Pero no quedaría circunstancia esta galería a figuras de escritores. Precisamente habría que ampliar la selección a distintos tipos humanos, tratando de no omitir a ninguno dentro de las clasificaciones que de ellos se ha hecho. Habría que aludir, pues, a ejemplos de figuras políticas como Castilla, “religiosas” como Santa Rosa, “estéticas” como Palma, “cientificas” como Raymondi y Barranca, “económicas” como Elías. Especial atención habría que dedicar a las figuras "heroicas" otorgando su debida importancia al heroísmo militar y naval de Bolognesi y Grau, sin olvidar el heroísmo científico de Carrión, el heroísmo técnico de Jorge Chávez, el heroísmo explorador de Fitzcarrald. Se buscaría, pues, el en lace armonioso de los variados fines a los cuales puede dirigirse la actividad humana. Resultaría así esta asignatura nacional una parte aplicada o concreta de la filosofía de la cultura y de la moral y podría entrar quizá en el examen de los distintos tipos y virtudes profesionales y de su relación con el tipo general del hombre. Serían incalculables las consecuencias no sólo desde el punto de vista de la armonía entre las disciplinas históricas y filosóficas, sino también en cuanto a su valor formativo general.

Las consideraciones aquí expuestas son únicamente una primera aproximación personal a un problema urgente. Puede discutirse acerca de las reformas enunciadas, o sugerir otras más eficaces. Lo que no podrá negarse es la crisis de la enseñanza de la historia patria. El Perú hoy no se conglomera detrás de un gran ideal internacional; tampoco puede jactarse de una intensa vida cívica. Pueden venir muy pronto días de prueba que de manden grandes sacrificios y es preciso que sepamos bien que esos sacrificios valen la pena porque en este suelo hay una personalidad burilada por los siglos y una promesa por cumplir. El "querer intencional nacional" tiene que ser elaborado desde la escuela hasta la universidad Y ninguna disciplina más propicia en este sentido que la enseñanza de la historia patria. Necesitamos una historia peruana del Perú. No en el sentido de quitar a la historia su seriedad científica, su apego a la verdad o su cuidado metodológico. *Historia peruana del Perú* quiere decir una historia que estudie el pasado de este país desde el punto de vista de la formación del Perú mismo. Podemos dejar a los eruditos que hagan libremente sus aportes personales; pero es preciso distinguir entre el lado historiográfico puro y el dato pedagógico. Necesitamos una enseñanza planificada que antes de otorgar pasaporte de ingreso a cada tema, constate si es objetivamente auténtico, si es asimilable por el educando y si sirve para el mejor conocimiento histórico del Perú. Hasta ahora han regido programas escuetos que acumulan indiferentemente proposiciones con un criterio de calendario. (MD, pp. 59-62) [1940]

¿Es posible una acción privada?

La negligencia o la pasividad del Estado no es la única causa de los males que en la enseñanza de la historia patria han sido señalados. El Estado utilizó los elementos que había. Ha faltado, además, una actitud orientadora en la universidad. Se ha dejado sentir, por otra parte, la ausencia de una institución dedicada al examen de los problemas históricos nacionales. A este respecto, las distintas sociedades que existen en la actualidad para el desenvolvimiento de los estudios médicos pueden mencionarse como un modelo.

El Perú ha carecido de una conciencia histórica a lo largo del siglo XIX y en los primeros años del siglo actual. Múltiples testimonios de todo orden lo prueban. Si en la destrucción de los monumentos indígenas por los españoles cabe encontrar como causa una razón religiosa o la simple codicia del *oro,* ¿qué explicación tiene el ciego y frío despilfarro de riquezas tradicionales durante la república? Bizarros caudillos hicieron cargar sus cañones con cartuchos envueltos en papeles de los archivos nacionales. El premio que obtuvo un particular por haber contribuido a debelar una revolución fue el permiso para recorrer todo el país extrayendo papeles antiguos. Momias lujosas han despertado de su sueño de siglos para viajar a otro mundo insospechado: Europa o Estados Unidos. ¿Quién sabe cómo se formó la colección Harkness, hoy depositada en la Biblioteca del Congreso de Washington, con valiosos documentos sobre los Pizarro y Almagro y actas de cabildos de varias ciudades peruanas? Ahora mismo, ¿no ha caído en la indiferencia el descubrimiento hecho por el Dr. Juan Bautista de Lavalle del riquísimo archivo de la Audiencia de Lima, pese a los esfuerzos de este ilustre jurista? ¿No acaba de ver la capital que en una de las iglesias céntricas bajo una capa de barro anodino se ocultaba una fachada primorosa? País carente de conciencia histórica, país con enseñanza anémica, caótica o dañina del pasado nacional.

¿Qué cosa quiere decir tener una conciencia histórica? Es haber visto el nexo unitivo entre lo que fue y lo que es, con un margen abierto para el porvenir; no es, por lo tanto, la imagen del pasado como algo pasivo y muerto. Es el sentido del ritmo vital como perspectiva y como continuidad, frente al concepto estático e inorgánico del mundo como naturaleza. Es la conjugación de la tradición y del destino escapando así de la actualidad pasajera. Es la búsqueda del auténtico "yo" colectivo, o sea de lo que "es" o "puede ser", en medio de lo que pasa y desaparece. Es la historia genética, en contraste con la historia erudita y la historia pintoresca. Historia, por lo tanto, quiere decir no sólo un conjunto de anécdotas o de datos, sino una verdad más profunda y compleja que viene desde los obscuros abismos del tiempo, escala las cumbres a donde llegan héroes y genios y se hace evidente en la aspiración de una cultura. En el Perú, si hay algo de roca y de montaña en la época aborigen, el contacto con occidente viene del mar y la independencia surge como fuego de la entraña social: de la interacción de estos elementos -tierra, mar y fuego- nace la imagen primitiva de la patria; y como espíritu animador del símbolo, está el soplo de la peruanidad numen de la tierra, alma donde se juntan las almas de caciques e incas, conquistadores y libertadores, tribunos y próceres, héroes y sabios. El territorio entonces no es una mera expresión geográfica, sino un crisol de fuerzas cósmicas que obra sobre la raza, dándole un carácter peculiar. La raza no viene a ser una discutible unidad de rasgos fisonómicos, sino la personalidad colectiva del país, avivada por la emoción territorial y por la atmósfera común de la convivencia histórica. La cultura resulta alcanzando su definición exacta en la organización de tradiciones dentro de un cuerpo de instituciones nacionales, de doctrinas propias y de símbolos emocionales que sirven para dar al país la idea de sí mismo.

Si todo esto entraña la conciencia histórica, llegaríamos a la conclusión paradojal de que buena parte de nuestros historiadores han carecido de ella, de que hemos tenido historiadores a históricos. Lo dicho aquí no implica una irreverencia. No se trata de negar la abundancia de fuentes impresas o manuscritas

que ellos rescataron del olvido. Tampoco se discute la claridad de su exposición. Menos, la sinceridad o elevación de sus juicios, el desinterés muchas veces heroico de sus esfuerzos, el patriotismo ejemplar que los animara, el carácter monumental de sus obras. La tacha aquí enunciada es, si se quiere, metafísica.

Se encuentra en la constatación de que muchos de ellos carecieron de una visión filosófica para ver el tiempo como perspectiva y como continuidad, para enlazar la tradición con el destino nacional, para ir a lo que "es" o "va siendo" con prescindencia de lo que "pasa", para llegar a la historia como algo más que una simple reunión de datos o una pintura literaria.

Agréguese a esto la falta de un balance o suma que reúna jerárquicamente nuestros conocimientos históricos. Tratándose, por ejemplo, de las culturas preincas, han sido tan frecuentes y abundantes los descubrimientos hechos, que ha faltado tiempo y tranquilidad para hacer una completa valoración de ellos desde el punto de vista cultural general al margen del punto de vista arqueológico puro. Acerca de los incas, todavía no ha muerto el romanticismo oratorio, a pesar de los ejemplos de rigor científico que para su estudio nos dan algunos investigadores extranjeros como Cunow y Trimborn, sin olvidar el sensacional trabajo de Ángel Rosenblat sobre el verdadero número de la población indígena en 1492. Ya he tenido oportunidad de puntualizar la mala suerte que desde el punto de vista historiográfico ha tenido la época de la conquista y del virreinato. En los primeros años de la república, la rodeó una leyenda negra, consecuencia de las pasiones e intereses removidos por la guerra de la emancipación. Volvió este encono entre los años 1862 y 1866, con las veleidades imperialistas de España en Santo Domingo, México y el Perú. Más tarde consagró a dicha época un granítico diccionario biográfico el general Manuel de Mendiburu; pero su misma prodigiosa riqueza de datos contribuyó a dar una sensación de aridez a sus páginas. El extremo opuesto estuvo representado por las inmortales *Tradiciones Peruanas* de Palma: allí se pinta jocosamente un virreinato donde lo más importante son las fiestas, las querellas por cuestiones de etiqueta y las intrigas amorosas. Sensación de árida da la Colonia con Mendiburu, sensación de frívola con Palma. La generación de fines de siglo pasado estudió la misma época desde el punto de vista positivista entonces dominante. Sin saberlo, reavivólos rencores de la guerra de la independencia e hizo el juego a la crítica protestante, dentro de la cual hay que incluir también al admirable Prescott. De allí la visión pesimista que emerge de los estudios entonces publicados sobre las clases sociales, la vida intelectual y otros. Contra ella, por otra parte, resulta ineficaz la "leyenda dorada" que por motivos políticos o religiosos se ha querido resucitar últimamente.

De la república tuvimos un ciclópeo comienzo de historiografía erudita con Mariano Felipe Paz Soldán, análoga en sus méritos a la de Mendiburu, y el esfuerzo también erudito y detallista aunque movido y nervioso de Nemesio Vargas. Por mucho tiempo el esfuerzo de estos autores quedó aislado, quizá porque primó la idea de la república como cueva de bandoleros. Idea que no era refutada ciertamente por el único libro de memorias generalmente consultado sobre la era republicana, las *Revolu*ciones *de* Arequipa, de Valdivia, con su confusión narrativa y que resultó propagada luego en marmóreas frases por Manuel González Prada. Después vinieron, aparte de algunos ensayos de historia local o aldeana o de vanidad familiar, los historiadores patrióticos que evocaron las hazañas de los héroes como consuelo ante la catástrofe en la guerra del Pacífico. El estar rumiando la derrota, sin embargo, bien pudo significar el peligro de prolongar excesivamente una queja de yaraví, favoreciendo, sin darse cuenta, un complejo de inferioridad.

Tal ha sido la situación de nuestra historiografía hasta la aparición de la generación contemporánea de historiadores. Una serie de síntomas indica precisamente ahora que el Perú está maduro para una concepción orgánica de su vida colectiva y, por lo tanto" que es posible intentar la formulación de bases par una interpretación vitalista y funcional de su historia. No basta con esperar que el

Estado tome la iniciativa para la revisión de la enseñanza en sus dos fases programas y textos- con un nuevo *es*píritu, o que el Congreso legisle acerca de la preparación de una historia general del pueblo peruano a cargo de los más competentes especialistas del país. Y si la universidad no asume una actitud orientadora, vayamos a la acción privada. Fundemos un dinámico Centro de Estudios Históricos.

O, mejor, apoyemos la iniciativa ya lanzada de crear una Facultad de Estudios Peruanos, un colegio libre para el examen científico de los problemas nacionales, entre los cuales, sin duda alguna, ocupa un lugar importante el problema de nuestra tradición y de nuestro destino. (MD, pp. 63-69)

3.3 Didáctica de la historia

La enseñanza de la historia del Perú

Muy grato y muy honroso es para mí que, al volver a hablar en público en Lima, después de mucho tiempo de ausencia, lo haga en esta casa de maestros y de estudiantes que van a ser maestros. El tema de mi charla de hoy no es nuevo para mí. Aparte de mi propia experiencia como profesor de Historia del Perú en colegios de secundaria, de examinador de colegios y de profesor, no hace demasiados años, de Metodología de la Enseñanza de la Historia; y aparte de mi contribución insistente para que se creara el curso de quinto año sobre el proceso histórico peruano, recordaré la serie de artículos sobre enseñanza de la materia reunidos en un libro aparecido en 1947, último de mi residencia estable en Lima, y la conferencia ante la Asociación de Profesores Egresados de San Marcos, publicada en la revista *Nueva Educación*[*]. He de hablar, pues, esta tarde, como un antiguo soldado que no olvida sus cicatrices y sus reliquias y siente como uno de los goces que la vida aún le depara el de conversar sobre cosas de estrategia y de táctica de una profesión que ha sido desinteresada preocupación de toda una vida.

Enseñamos más historia que en otros países americanos

Entrando en materia, veamos la posición que ocupa la historia nacional en nuestro plan de estudios vigente.

El Instituto Panamericana de Geografía e Historia está publicando en la actualidad una serie de monografías acerca de la enseñanza de esa asignatura en los distintos países del continente. Hasta ahora han aparecido los volúmenes que tratan de Estados Unidos, Honduras, Cuba, Venezuela, Argentina y Colombia. Voy a referirme ahora tan sólo a estos dos últimos países con el objeto de comparar sus planes con el nuestro.

En la Argentina, a partir de 1949, enséñase la historia en la siguiente forma en la educación secundaria, allá llamada bachillerato: *Primer año:* Historia Argentina desde las civilizaciones americanas precolombinas y las aborígenes del territorio argentino hasta las causas de la Revolución de Mayo, con cinco horas semanales (es la parte que llamamos aquí "período prehispánico" enseñándola en los dos primeros años). *Segundo año:* Desde la Revolución de Mayo hasta nuestros días con cuatro horas semanales (lo que se halla en el plan de 3er y 4to año en el Perú, o sea Emancipación y República). *Tercer año,* último del ciclo común: Historia antigua y medieval con cuatro horas semanales (son cursos de 1° y 2° año entre nosotros). Viene en seguida el segundo ciclo de bachillerato, que se inicia en el cuarto año e incluye historia moderna y contemporánea, con especial referencia a

---

[*] "Los nuevos programas y la enseñanza de la Historia del Perú" en el número 11 de setiembre-diciembre de 1947 de *Nueva Educación.*

América, con tres horas semanales (materias que son de 3° y 4° año en el Perú). En el quinto y último año de bachillerato: Historia de las instituciones sociales y políticas de la Argentina (similar en el título pero no en el contenido a nuestro curso de quinto año). En el ciclo superior del magisterio que se sigue en las Escuelas Normales terminando el bachillerato, o sea un *sexto año,* existe una asignatura sobre la historia cultural argentina con cuatro horas semanales, que no tiene relación con el tema que estamos tratando, reducido a la secundaria propiamente dicha.

La enseñanza de la historia se hace en Colombia de la siguiente manera, según los programas vigentes en 1950: *Primer año:* Historia de la República, con 3 horas semanales. *Segundo:* Edad Antigua de la Historia Universal, con 4 horas semanales. *Tercero:* Épocas moderna y contemporánea, con 4 horas semanales. *Cuarto:* Hechos más salientes de la Historia colombiana en todos sus períodos y biografías de los próceres y estadistas más notables, con 2 horas semanales. *Sexto:* Estudio crítico general del pasado colombiano, si es posible en forma de seminario, con 3 horas semanales.

Comparando estos planes con los del Perú se ve que hay mayor volumen y mayor detallismo en la enseñanza de la historia de nuestro país. Tenemos aquí cursos de historia nacional en todos los años de secundaria, lo que no ocurre ni en Argentina donde ellos se dictan sólo en los dos primeros años del ciclo común y en el último del segundo ciclo; ni en Colombia donde se siguen en el primero, cuarto y sexto; y tenemos además cuatro cursos de historia universal, al último de los cuales está adherido un cursillo sobre América, mientras esta materia en Argentina es *se*guida sólo en el tercer y cuarto años y en Colombia en el segundo y tercero. Nuestros cinco cursos de historia nacional toman 14 horas en total, frente a 12 que absorben los tres cursos argentinos y 8 horas adscritas a los tres cursos de Colombia. Nuestras cuatro asignaturas de historia universal emplean un total de 8 horas frente a 7 de la Argentina con 2 cursos, y 8 en Colombia con 2 cursos.

Hemos creado 9 cursos de historia; Argentina, 5; y Colombia, 5. Nuestro total general de horas de historia llega a 22, superando a las 19 de Argentina y a las 16 de Colombia. Es decir, no enseñamos menos sino más historia que en esos países. Hay, además, una notoria desigualdad en la relación entre esas cifras de los tres países si se compara la nomenclatura de los cursos y la cantidad de horas e ella asignadas, lo cual comprueba el recargo de nuestros programas.

Nuestro problema es un problema de eficacia y no de cantidad

Tenemos una superestructura perennemente reformista y una subestructura tenazmente rutinaria. Y sin embargo, quienes tienen a su cargo los exámenes de ingreso en las universidades y escuelas de institutos armados año a año no ocultan que la gran mayoría de los alumnos no conoce la historia universal y, lo que alarma a muchos espíritus patriotas, ignora la historia del Perú. Sin duda nuestro mal no es la anemia sino la congestión. Nuestro problema no consiste en aumentar el número de las horas de clases o en poner mayor densidad en los programas, sino en buscar eficacia en los resultados de la enseñanza.

A propósito de los programas decía yo en la conferencia de 1947 y voy a leer unos párrafos de la versión que de ella publicó la revista *Nueva Educación* en su número de setiembre-octubre de 1947, para ver que no me estoy refiriendo a un estado de cosas demasiado reciente.

"Hay un riesgo en este moroso tratamiento de cada tema y ese riesgo se hace más patente en los programas de 1947, y es que la enseñanza caiga en el eruditismo, ampliando el caudal que a cada enunciado toca. Resulta algo fundamental por eso que los profesores midan bien su tiempo disponible, las posibilidades de sus alumnos, la armonía entre el todo y las partes y utilicen cada

programa en escala de amplitud y no de profundidad, considerando que su variedad de tópicos tiene por objeto enriquecer el tratamiento de los conceptos esenciales que deben formar la asignatura y no hacerlos sumergirse en el follaje de una erudición recóndita. Las exigencias de la materia tienen que ser puestas en consonancia con las dotes peculiares de los discípulos en los distintos estadios de su evolución intelectual; o sea que en cada caso el volumen del enunciado histórico debe estar de acuerdo con las condiciones de la psicología del niño y del adolescente."

"Es preciso recordar siempre las diferencias que existen entre la metodología de la investigación y la metodología de la enseñanza histórica. Para el investigador lo fundamental es ampliar los conocimientos sobre un problema dado; al maestro le corresponde divulgar en forma progresiva y adecuada y de hacer arraigar de modo firme en la conciencia de sus discípulos los conocimientos alcanzados ya por la investigación. No se trata de hacer de todos los niños peruanos futuros historiadores; se trata de proponer, por eso, a los maestros, mediante los programas, una serie metódica de cuestiones que, convertidas en bolo alimenticio para los educandos, sirvan para renovar la enseñanza misma.

"Porque debajo de la serie atropellada o movediza de los planes y programas, hemos vivido, en realidad, demasiado tiempo en un monótono sistema de tópicos y lugares comunes. El día en que se pase por la pantalla, como se dice en términos médicos, nuestros textos, copias y documentos para los exámenes de ingreso a la universidad, y a las escuelas superiores, en los últimos 15 a 20 años, se verá no sólo la auténtica orfandad de la enseñanza y el simplismo de su contenido efectivo, sino su espíritu opuesto al cambio. *Nuestra, realidad educacional puede ser definida en una breve fórmula: una superestructura perennemente reformista y una subestructura tenazmente rutinaria.* Los nuevos programas, cualesquiera que sean sus defectos, deberían ser una poderosa ofensiva lanzada contra esta estructura tradicional. Necesitamos que cese lo más pronto posible el divorcio entre el derecho estratosférico y el fondo plutónico, por primitivismo o simplismo de la vida peruana, que se acerquen el país legal y el país profundo".

La historia en la escuela primaria

La enseñanza de la historia no presenta, en el estado actual de las ideas pedagógicas, tantas discrepancias teóricas acerca de sus principios, métodos y técnicas como las que existen en otras disciplinas en estos momentos. Cabe hallar acerca de ella fundamentales coincidencias entre las directivas y documentos oficiales, por un lado, y los libros especializados por otro, empezando desde el *Manual* de Hinsdale, traducido en España en 1912, que abrió nuevos rumbos.

Tratándose de la enseñanza primaria, por ejemplo, después de interesantes debates acaso ya superados, se propugna por una mayoría de opiniones el empleo sucesivo de las formas episódica, biográfica y cronológica. La primera, destinada a los grados inferiores, se nos dice que debe concentrarse en el aspecto dramático de hechos históricos sencillos para ser tratados en forma de cuentos atrayentes, leyendas y narraciones, utilizándose, lo más posible, el método interrogativo; y excluyéndose rigurosamente la exposición dogmática. Es la etapa en que la historia debe ser un cuento, según quería Tolstoy, agitando cuidadosamente el corazón de los niños con la varita mágica de las emociones. Las historias deben tomar en esta etapa el lugar de la historia. Y es que se ha dicho que el pueblo de los niños tiene algo de la infancia de los pueblos. Se propugna, en seguida, que hacia el tercer grado el alumno llegue al período biográfico en el que se agrupan alrededor de grandes figuras históricas los hechos culminantes de distintas épocas. Sólo hacia el cuarto grado, más o menos, se aconseja presentar sucesiva y sistemáticamente las diversas fases de la historia patria, sin abandonar en lo substancial lo que corresponde a los aspectos anteriores. Por último, ya en la etapa cronológica, cabe

estudiar en forma global la interrelación y el significado de los hechos históricos culminantes, aunque se, arguye que antes de los 14 años no se puede abarcar la noción de la causalidad político-histórica propiamente dicha. Enlázase con esta graduación de aspectos el empleo atinado de la intuición, la sinopsis y los ejercicios. La intuición inmediata volcada sobre monumentos, monedas, banderas, escudos, edificios, vestidos, armas y lugares históricos; la intuición mediata sobre cuadros y retratos, dibujos, mapas históricos y geográficos. Surge la sinopsis en los diagramas, los cuadros resúmenes, los esquemas y las síntesis. Corresponde, aparte de esta labor dirigida por el maestro, a los alumnos mismos hacer recitaciones de leyendas, relatos y poesías históricas, reunir y ordenar recortes, coleccionar y dibujar objetos, y aun iniciar ciertas investigaciones sencillas. Este último punto lo desarrollaré más adelante.

Hay, sin duda, maestros de primaria que hacen mucho de todo esto. Conozco personalmente a algunos de ellos. Su amistad es para mí timbre de mayor orgullo que el haber tratado a tales o cuales figuras de renombre internacional.

Pero en otras clases hay acumulación desordenada de datos, ejercicios mnemónicos con nombres y fechas, sucesión de episodios que no dejan ni huellas estéticas ni infunden entusiasmos generosos, ni estimulan la imaginación y el juicio, ni incitan a conocer y a servir al Perú. Abramos uno de los textos de quinto año de Primaria, con los que se enriquecen algunos autores; no quiero decir que sea el peor o que esté sólo en el empleo de su método. Dedica 19 páginas a la época prehispánica y en ellas he contado 68 nombres indígenas, o sea un promedio de casi cuatro por página, incluyendo los que se refieren a pokes, huallas, sausaceras, alcabizas y huallacanes que se dice fueron derrotados por Manco Cápaco Enumera los aillus Urumarcas, Vilcas, Pocras, Iquichano y Morochuco de la nación chanca con su respectiva ubicación geográfica, su dios Huamaní y la lista de los principales monumentos que existen hoy en Vilcashuamán. En seguida, el libro ofrece implacablemente los nombres de los catorce virreyes con sus obras notables. Después de cada uno de ellos y de treinta precursores de la independencia, siguen casi todos los presidentes de la república, incluyendo al arzobispo Holguín ante quien (según el texto obliga a saber) dimitió Sánchez Cerro para ser sucedido por el Dr. Elías" el Comandante Jiménez, el señor Samanez Ocampo y Sánchez Cerro otra vez; finalizando esta sección con todos y cada uno de los ríos y quebradas de la línea de fronteras con el Ecuador fijadas en 1942.

Frente a este triste documento del país real y frente a otros testimonios que tan crueles resultan con nuestros muchachos de once y doce años y con las normas de pedagogos y psicólogos, podemos afirmar que no se cumplen los fines que en principio se señala a la historia patria en la educación primaria: es decir, que ella no es lección viva de amor patrio y de solidaridad humana. Ni podemos ver cómo ha de funcionar el concepto de las unidades de trabajo correlacionando los conocimientos de la historia y los de naturaleza, geografía y educación religiosa, moral y cívica, por la actividad organizada por los alumnos.

La crisis de la enseñanza escolar de la historia

Pero no es de la educación primaria sino de la secundaria de la que vamos a conversar esta tarde. El vistazo a la Primaria no está de más; sin embargo, por allí están algunas de las raíces del problema. Problema -reconozcámoslo con serenidad - que no sólo es nacional. De muchas partes, no sólo de nuestro país, se alzan voces señalando la crisis de la enseñanza de la historia. Amaranto Abeledo, en su libro sobre esta materia, enumera los siguientes males en los colegios de la Argentina, que acaso, con ligeras variantes, pudiéramos localizar en nuestro propio ambiente:

1° El desconocimiento de las funciones de los cursos de historia que no sean las simplemente informativas.

2° La limitación de su contenido a los aspectos político-militares.

3° La improvisación del profesorado.

4° El escaso tiempo dedicado a la enseñanza.

5° La falta de materiales gráficos y documentales, de trabajos prácticos, de ejercicios de crítica o análisis histórico por los alumnos y de estímulo a su espíritu creador.

Necesitamos más y mejores profesores

Al analizar estos cinco argumentos de Abeledo, puede constatarse que, a excepción del cuarto, referente al escaso tiempo dedicado a los cursos de historia (afirmación que, como ya hemos visto, es más válida en la Argentina que en el Perú) todos los demás pueden ser compensados, en una u otra forma, siquiera en parte, por la preparación, la orientación, el entusiasmo, el tacto de los, profesores. Eso es -permitidme que lo señale desde ahora- uno de los *leitmotif,* acaso el más insistente, de mi charla de hoy: *necesitamos más y mejores profesores.*

Ellos, mañana a mañana, tienen que enfrentarse en cada uno de los cinco años de Media a ese personaje colectivo que se llama la clase, compuesto por cierto número (a veces excesivo número) de muchachos o muchachas, cada uno con su individualidad y su propio medio; conjunto de bullentes seres entre los que ya cabe diferenciar a los hábiles ya los mediocres, a los tranquilos y a los activos, a los razonadores y a los entusiastas, a los desordenados y a los prácticos, a los ilusos y a los escépticos, a los engreídos y a los groseros, a los vanidosos y a los sencillos; y a la vez, cada uno sujeto a las constantes generales de la psicología de la adolescencia con el gusto por lo concreto y la superstición de las palabras, la imaginación rápida y la curiosidad por lo real, la emotividad y el olvido rápido, la necesidad de acción y el deslumbramiento de ir descubriendo cada día el mundo y la vida. El maestro es el intermediario, o mejor dicho, el intercesor entre la historia y esa horda primitiva y encantadora, cruel y generosa, arrogante e ingenua.

A él le ha sido encomendada la tarea de domarla y encauzarla y, a través de cinco años, hacerle tomar conciencia del recorrido que el hombre peruano ha hecho en el tiempo. ¿Será cierto que se trata de un asunto aburrido y poco interesante? ¿Lo será de verdad ante esos muchachos y esas muchachas que están en la edad en que su aptitud para admirar e impresionarse está patente; que diariamente aprenden, miran, intuyen e imaginan una infinidad de cosas y que, fuera del colegio (hablo de los varones ahora), por un instinto invencible pretenden ser a veces explotadores audaces, deportistas empeñosos, fabricantes de utensilios y de armas, coleccionistas de estampillas o de retratos de estrellas de cine y siempre son devoradores insaciables de revistas, periódicos, novelas y películas? No, ellos, mozos, ya casi hombres, en cuyos rostros apunta el bozo, símbolo de virilidad, no serán insensibles a la emoción y al sentido de la historia patria, percibirán en lo esencial lo que el Perú es como recuerdo, como destino y como esperanza, si el profesor los sabe llevar suave y seguramente a encontrar ese fascinante camino.

Necesitamos una moral para maestros

Al profesor le corresponderá, en primer lugar, hacer su plan de trabajo, poniendo en cumplimiento, dentro de sus propios recursos, elementos y posibilidades, la distribución de las unidades de los programas según los distintos meses, excelente innovación del sistema hoy vigente. Le toca al profesor, además, establecer un ambiente de confianza en el alumno, que no debe degenerar en indisciplina perturbadora de la normalidad en el aula, ni basarse tampoco en la coacción y en el miedo. Le incumbe, asimismo, dar amenidad a la clase sin hacerla superficial, hacerla seria y sustanciosa evitando la pesadez. Correspóndele el

manejo juicioso del programa y del texto cuyas deficiencias posibles tratará de salvar; el empleo debido y racional de tareas y ejercicios de los alumnos; el mantenimiento armonioso de la actividad de ellos, exigiéndoles no más ni menos de lo que pueden dar, revisando sistemáticamente sus trabajos, para que no sean hechos por extraños y cuidando de no desalentar a los buenos con una indiferencia que puede ser muy nociva y de asediar a los insuficientes con una atención que puede ser estimulante.

La enseñanza en nuestros colegios adolece de dos defectos que resultan antagónicos y, a la vez, se complementan entre sí. De un lado, pesa sobre ellos un espíritu seudouniversitario (como que universitarios más que pedagogos han hecho muchas veces programas y directivas y aun textos). Ello explica el detallismo de las proposiciones, las nomenclaturas minuciosas, el ambicioso exceso de conocimientos que se imparte. De otro lado, están el simplismo, la frivolidad, la esterilidad de la enseñanza misma que resulta seudoprimaria. Nuestra directiva tiene que ser darle serie dad al estudio de la historia restándole pesadez. Volverla auténtica a la vez que sencilla. Y de ello es preciso que tenga clara conciencia el profesor aun antes de entrar en funciones; y es preciso que posea la aptitud para actuar en consecuencia. Su tarea resulta así incrementada porque tiene que luchar contra defectos tradicionales. Urge que, si es eficiente, si ofrece garantías de salud mental y espiritual, ese maestro cuente con estabilidad en su cargo, con sueldos adecuados, con atractivos para su futuro y, al mismo tiempo, con el estímulo constante de revistas y otras publicaciones, de sociedades profesionales, de guías y aun de misivas que lo orienten y lo ayuden. Esta labor de orientar a los maestros de toda la república y de levantar su moral puede ser llevada a cabo por la Escuela Normal, que así actuaría en el campo de la educación postescolar, de la educación de los adultos, de la educación de los educadores.

Una herramienta al alcance de cualquier maestro: el lenguaje

¿Cuáles serán las herramientas de trabajo del maestro? Los textos de metodología de la enseñanza de la historia proponen films, mapas, cuadros, estampas, libros de lecturas históricas, visitas, excursiones, etc. Pero dejando para hablar después de tan refinados instrumentos, miremos a nuestros colegios más pobrecitos y algunos de los más costosos, y no hallaremos sino el viejo triángulo: el maestro, el texto y los alumnos. El método didáctico tradicional basado en esos tres elementos es el que domina entre nosotros: el alumno que memoriza más que aprende, el compendio cuyo objeto es exponer lo que debe ser recordado y el profesor que se limita a seguir el programa y el compendio.

El primer material tanto de ese maestro, llamémoslo anacrónico, como también del otro maestro juvenil, renovador, técnico o progresista, es siempre el mismo: el lenguaje. Acaso no pensamos en esto lo suficiente. Después de nuestra propia infancia y adolescencia, ¡cuántos de nosotros nos hemos habituado a una deformación profesional en nuestro vocabulario! Podemos estar seguros de una cosa: acerca de las palabras usadas en la clase o escritas en el texto que los alumnos no entiendan, ellos no preguntarán nunca el significado. Los unos por indiferencia, los otros por miedo, los más por falta de costumbre, todos habituados a resistir sin protesta en tantas aulas, en tantas clases, el diario diluvio de los nombres insólitos que en ciertas materias como Botánica, Zoología y Anatomía llega entre nosotros al límite de lo increíble. Anotar el texto, cuidar la fraseología de la lección oral, ser parco y explícito en el uso de los vocablos técnicos, interrogar y comprobar que todo lo que se dice es asimilado: he aquí tareas previas y elementalísimas del profesor cuidadoso que no por eso va a puerilizar su enseñanza. He aquí una necesidad que mis colegas que han hablado en esta sala de la enseñanza del idioma ratificarán. Pero no se tratará sólo de un cuidado semántica o estético. Se trata de una necesidad netamente histórica. Como la cronología, la terminología representa una técnica indispensable de la historia.

Tratándose, verbigracia, de las instituciones de los incas o del virreinato, o de las campañas de Junín y Ayacucho, o de los debates doctrinarios entre los próceres, o de la evolución republicana, ¿cómo no percibirla? Hace pocos días constaté, por ejemplo, interrogando a un grupo de alumnos de la sección doctoral de la Facultad de Letras que, leyendo el actual texto del 4° año de secundaria, ninguno podía diferenciar entre el papel moneda anterior a la guerra con Chile y la moneda de papel establecida en 1914 que dicho texto menciona en su capítulo XIX; tampoco ninguno podía precisar lo que es y lo que hace la Compañía Administradora del Guano, también, incluida en el contenido del mismo capítulo. Si esto ocurre con futuros doctores en Historia y doctores en Educación, ¿qué ocurrirá con los estudiantes de colegio?

El elemento humano de la historia

Necesitamos, pues, primero, un lenguaje claro, correcto, debidamente explicado cuando sea necesario para la lección, la interrogación o el diálogo; un lenguaje vivo, animado, que sepa distinguir entre lo que algunos modernos pedagogos llaman los conocimientos brutos y los conocimientos que no son de memoria sino de cultura. En éstos ya será posible y es muy deseable tratar de colorearlos con medios de expresión casi visual, prefiriendo el detalle siempre tan seductor para las mentes jóvenes y frescas de todas las edades; allí está, en el fondo, el secreto de la eterna boga de las novelas históricas y de la reciente racha de las biografías noveladas. En las fuentes más auténticas, sin necesidad de inventar o exagerar, ¡con qué nítido relieve, con qué vida insuperable a través de pequeños rasgos concretos y accesibles, aparecen figuras como Colón, Pizarro, Toledo, el Conde de Lemos, Santa Rosa, San Martín, Bolívar, Salaverry, Castilla, Raimondi, Palma, Grau! No es que la clase deba convertirse en colección de anécdotas. Ellas, si son pocas, interesantes y fundamentales, pueden ayudar para vitalizar la hora de historia.

Y así, cuidando las palabras, usando con mucho tacto las anécdotas, empleando el diálogo, el debate, el interrogatorio, el ejercicio y el esquema en la pizarra, el profesor puede suplir, siquiera en parte, las deficiencias o las limitaciones de su medio, sin que por ello necesite excederse en el papel que le corresponde dentro de la clase. De él depende evitar los terribles enemigos de la historia en el aula escolar: el bostezo y el ronquido

Que esto ocurre, inclusive en otros países, tenemos pruebas. El gran: historiador argentino Ricardo Caillet Bois en un artículo sobre la enseñanza de la historia en el ciclo secundario publicado en el primer número del *Boletín de la Comisión Revisora de textos de Historia* y *Geografía Argentina* y *Americana,* decía en 1946.

"En primer término, el aprendizaje de la asignatura resulta para el alumno uno de los más pesados. Montones de nombres, montañas de fechas, enumeración interminable de hechos sin importancia, repetición mecánica de juicios y de datos, producen en aquél una irresistible aversión por la historia. Es decir, un fenómeno totalmente contrario al que debería existir. Todo se reduce a un esfuerzo de memoria. Nada de comprensión del fenómeno humano que se estudia que, por ser humano, exige, por lo tanto, un mayor razonamiento".

Una herramienta de lujo: la imagen.

Para suministrar esa comprensión del fenómeno humano surge la necesidad no sólo de la palabra. Puede ser utilizada la imagen.

Entre los distintos tipos de imagen no puede omitirse, a estas alturas de la mitad del siglo XX, una referencia al cine. En el congreso de juristas que se celebró

en Lima en 1951, el profesor italiano Carnelutti fundamentó la necesidad de que, dentro de la enseñanza del Derecho, se agregara la proyección cinematográfica. Menos audaz resulta, por cierto, su empleo en las clases de historia. Ya hay colecciones de películas histórico - pedagógicas. En Francia la Asociación de 16 Milímetros (4, Rue Andre-Collede-Boeuf, París 16e) ofrece en su Annuaíre de *programmatíon* en formato reducido algunas grandes películas de interés desde el punto de vista de la reconstitución histórica. Hay además colecciones especia les como las que produce en Inglaterra United World Film. Existen también ensayos en este campo en la Argentina. Entre nosotros, no sería imposible tomar de antiguos y usados noticiarios nacionales un documental de monumentos históricos que incluyera escenas del Cuzco y sus alrededores que por sí solas ofrecerían material valiosísimo y nutrido; a más de que hay escenas utilizables de Pachacámac, Chanchán, Paramonga y lugares representativos de las épocas colonial, emancipadora y republicana. Puede considerarse utópica esta ponencia; mas si existen los noticiarios nacionales para las salas cinematográficas, no parece imposible ensayar siquiera uno o más noticiarios histórico-geográficos escolares. En algunos colegios se utiliza el cine con motivo de la Semana Misional o la Semana de Vocaciones Sacerdotales; pero no en relación con la historia del Perú. Pero aun en los medios muy adelantados, resulta menor el grado de servicio que el cinema puede prestar a la enseñanza de la historia comparado con el que suministra en la enseñanza de la Geografía y de las Ciencias.

Distinto es el caso de las colecciones de vistas fijas ya tan numerosas en Europa. Citaré tan sólo entre las series producidas en Francia: 1) imágenes de la vida cotidiana en Egipto, Grecia y Roma, de la Librería de la Enseñanza; 2) la historia general, la historia de las ciudades Y de la habitación, la historia del campo y la historia de los transportes, que pertenecen a la colección Carlier; 3) la serie completa de historia Y la serie de "Grandes Franceses", de la Oficina Escolar de Estudios por el Film (O. s. E. F.); 4) la reproducción de documentos de la librería Hachette hecha por las Ediciones Nuevas para la Enseñanza; 5) el curso completo elemental, medio y superior de historia por Larousse. Algunos aparatos tales como el "Lux 145" permiten la proyección en pleno día sobre pantallas especiales o simplemente sobre una pared clara. La cantidad de dichas vistas fijas evidencia su aceptación y su popularidad. Entre nosotros, por cierto, no podría tenerse igual abundancia; creo que nada se ha hecho al respecto hasta ahora.

Otra herramienta de lujo: los discos

Dos palabras sobre algo que también algunos clasificarán como estrafalario: el empleo de discos. Las actualidades sonoras suministran incomparables documentos de historia contemporánea mundial. Hay en estados Unidos ya varias colecciones de discos; la más popular es la obra del periodista Edward Murrow, sobre sucesos recientes y con voces de personajes prominentes desde 1929 más o menos. Difícil parece, a primera vista, entre nosotros utilizar esta técnica. Recuerdo, sin embargo, entre mis más interesantes experiencias de profesor, que cuando comencé a enseñar historia republicana en la universidad, allá en los tiempos lejanos en que mi clase pertenecía a la estructura misma de los planes de Letras, llevaba el disco con el *Ataque* de *Uchumayo* al hablar de Salaverry y su época. "Vamos a bailar hoy" me solían decir en broma los muchachos al comienzo, al ver la ortofónica en el aula; pero la atmósfera cambiaba de improviso cuando les explicaba esa época y escuchaban la típica marcha de clarines y tambores que parece una proclama, la mejor proclama de Salaverry. La misma experiencia recogí en un pequeño colegio de instrucción secundaria.

Claro que no tenemos en el Perú los elementos técnicos para preparar estos materiales en gran escala y claro es que también nuestro acervo histórico-musical no resulta demasiado grande: melodías indígenas, yaravíes de Melgar, expresiones folclóricas, mestizas, el Himno, el *Ataque de Uchumayo,* la marcha Morán, ciertas

marchas militares, unos cuantos trozos más incluyendo la *Rapsodía Peruana* de Rebagliati, admirable obra, esta última para ser comprendida y para hacer comprender al Perú en el aula escolar. Pero no podía dejar de mencionar este material auxiliar (ya no visual sino auditivo), recordando además que su uso puede resultar menos circunscrito si se ensaya grabar en discos o en cintas la lectura o recitación de trozos selectos de documentos históricos esenciales e interesantes: trozos de crónicas de la conquista, fragmentos de poesías representativas, cartas o proclamas o discursos bien escogidos, descripciones clásicas de escenas o episodios. Estas recitaciones grabadas pueden interesar no sólo a los jóvenes sino también a los adultos, como lo comprueba su éxito creciente en Estados Unidos. Entre tan novedoso tipo de discos, recuerdo las series que edita la Biblioteca del Congreso de Washington.

Las estampas

Aparte de las proyecciones cinematográficas y de las proyecciones fijas, puede mencionarse entre los materiales auxiliares de la enseñanza de la historia que emplean imágenes o representaciones visuales, los siguientes: las vistas estereoscópicas, los vaciados y las estampas. De los dos primeros no me ocuparé ahora en detalle; pero sí de las estampas.

Los alumnos pueden ir formando colecciones de ellas que queden en la clase a través de los años, mientras llega el momento de que se establezca por órganos oficiales o comerciales su distribución sistemática y en gran escala. Cabe hallar estampas históricas en periódicos y revistas nacionales. *El Comercio,* por ejemplo, publica diariamente una sección gráfica llamada "Nuestro Pasado". Puede buscarse algunas en revistas extranjeras, como también en tarjetas postales. ¡Qué interesantes trabajos cabría hacer, por ejemplo, teniendo en cada carpeta de trabajo las vistas de monumentos que en Lima y Callao conmemoran a grandes personajes o acontecimientos o figuras nacionales, con apuntes históricos acerca de ellos!

Prospectos y publicaciones oficiales como las que editaran hace pocos años la Corporación de Turismo y el Ministerio de Relaciones Exteriores pueden ser aprovechables. Muy útil sería que nuestros museos publicaran sistemáticamente guías ilustradas para sus visitantes y reproducciones parciales de sus colecciones. A este respecto contamos con ejemplos que han adolecido del pecado criollo de la discontinuidad. Me refiero al minucioso *Catálogo del Museo de Historia Nacional, Sección Colonia y República,* que editó en 1916 Emilio Gutiérrez de Quintanilla, y a los bellísimos folletos del Museo Nacional de Lima de 1938 y 1939, entre los que recuerdo uno titulado *Muestrario del Arte Peruano Precolombino: Cerámica,* y otro, *Escultura Antigua del Perú.* Guías ilustradas de ciudades son también utilísimas, aunque generalmente costosas y muchas de ellas ya están agotadas. Por lo mismo que, en general, estos materiales tienen las características de la dificultad y del alto precio, necesitamos uno o más álbumes históricos con sentido didáctico que incluyan no sólo ejemplos de la magnífica cerámica y textilería prehispánicas sino además muestras gráficas de las épocas siguientes, cuadernos históricos de buena presentación, buena técnica y buen precio, como los que publica Hachette en Francia bajo el título *Enciclopedia por la Imagen.*

Esos álbumes deben juntar, repito, tres requisitos": ser de precio accesible, ser estéticamente laudables y ser históricamente exactos. No suelen tener esas condiciones los que aparecen por allí por obra del esfuerzo particular. Tal ocurrió, por ejemplo, con las láminas en cromolitografía que la Casa Rosay editó a fines del pasado siglo o comienzos del actual, advirtiendo que habían sido aprobadas por el Consejo Superior de Instrucción. Nada más digno de respeto que su finalidad: suministrar materiales gráficos y sintéticos de enseñanza para la historia del Perú. Fueron cinco cuadros sobre los incas, cinco sobre la conquista, cuatro sobre el

virreinato, cinco sobre la república. El libro Mi *primera Historia del Perú* publicado en 1914 por la señora Rosay, tan valioso bajo muchos otros aspectos, los utilizó y así lo anunció orgullosamente en la portada. Llega uno a pensar ahora que, a pesar de todos nuestros defectos, hemos progresado en gusto y en conciencia histórica, viendo a esas figuras contrahechas o deformes, a esos indios prehispánicos con pantalón actual, a esos incas mofletudos y caucásicos, a esas acllas con vestidos de bayaderas, a Pizarro enarbolando la bandera roja y gualda que, como se sabe, sólo fue establecida en el siglo XVIII, a las figuras a veces grotescas de próceres y héroes. La intención era noble y en su época estas láminas cumplieron una misión de pioneros; hoy Fernando Rosay pretende editarlas de nuevo corrigiendo sus *errores.* Es de desear que logre su propósito.

No es imposible que lleguen algún día al aula escolar en un álbum histórico las fotografías antiguas de personajes y lugares y modas, para lo cual pudieran servir muchos de los daguerrotipos pertenecientes a la casa Courret y los álbumes de tipos populares de Lima que adquirí hace algunos años para la Biblioteca Nacional. Algunos cuadros históricos también pueden ser divulgados como *Colón en Salamanca* de Merino, los estupendos retratos de Laso, *La Capitulación de Ayacucho* por Hernández, *La Muerte de Gamarra* y algunos de los retratos (no los abominables que son los más recientes) exhibidos en el Museo de la República.

Pero el trabajo con estampas en el aula (aun suponiendo que se posea una colección mucho más pequeña e incompleta o modesta que la aquí señalada y suponiendo que demore mucho en editarse el álbum histórico cuya edición propugno y no por primera vez) necesita una técnica. Conviene que con las estampas a la vista, los alumnos digan, en trabajos debidamente intercalados en la secuencia de sus clases, lo que ellas representan, el símbolo allí invívito, resumiendo lo que saben sobre el personaje o el suceso de que se trata y haciendo un comentario escrito de alguna frase célebre acerca de ellos, o efectuando comparaciones con monumentos o figuras o hechos similares o antagónicos.

Las lecturas históricas

Pero más aún todavía que los álbumes, necesitamos libros de lecturas históricas. Me permito pedir que se edite siquiera uno, lo más pronto posible. Su utilidad es manifiesta. Aquí ya nos hemos movido hacia otro de los materiales de enseñanza, hacia las fuentes escritas. Ellas nos transportan al pasado, nos envuelven en su atmósfera. Las directivas de los programas vigentes mencionan las fuentes literarias al hablar de la "sistemática lectura de trozos escogidos". Concretamente aluden dichas directivas al efecto imborrable que puede producir en los jóvenes el oportuno contacto con un trozo de Garcilaso o de Prescott, o de Palma, o el fragmento de la semblanza de Grau por González Prada o una página de la historia de la guerra del Pacífico por Jacinto López. Lo malo ha sido que eso queda librado a la voluntad, a la aptitud, a las posibilidades de cada profesor. No tenemos nada parecido a obras como las *Lecturas de Historia Argentina* por José Luís Busaniche, o las *Lecturas de Historia de España* por Claudio Sánchez Albornoz y Aurelio Viñas.

Los pocos esfuerzos que se han realizado entre nosotros en este sentido han sido de carácter cívico o literario más que documental y han tenido un éxito extraordinario, sorprendente, aunque fugaz. No perteneció a la categoría de libro histórico el *Catecismo Patriótico* de Francisco de Paula G. Vigil aprobado como libro de lectura escolar por la Dirección General de Estudios en 1859; pero sí cabe incluir dentro de dicha categoría, en parte, al *Catecismo Patriótico* que, imitando al de Vigil, publicó años más tarde José Luís Torres para agregar como apéndice, por orden alfabético, *breves* biografías de héroes de la guerra del Pacífico. Este último libro alcanzó más tarde varias ediciones, fue aprobado por el Consejo Superior de Instrucción Pública el 28 de enero de 1905, recomendando su lectura a los colegios

y escuelas de la república. Las *Lecturas Históricas Comentadas,* obra de Ismael Portal que comprende sus trabajos *La Independencia del Perú, Morir por la Patria, José Olaya* y *Bologne*si *y sus Hijos,* más una biografía de Grau, fueron recomendadas por el Ministerio de Instrucción a todos los colegios y escuelas de la república por resolución de 26 de octubre de 1917 y premiadas con medalla de oro del Comité Municipal de Fiestas Patrias en 1918. Casos más recientes son el *Tríptico Heroico,* de Abraham Valdelomar, que incluyó la oración a la bandera y la oración a San Martín y circuló entre los escolares en 1919 en edición oficial con un retrato del Presidente Leguía; y la biografía de Miguel Grau, por Fernando Romero, reeditada por el Ministerio de Educación en 1936. Otro esfuerzo en el mismo sentido ya de origen netamente oficial es el cuaderno titulado *Lecturas Patrióticas,* primero y hasta ahora el único tomo de una *Colección Escolar Patrióticas,* primero y hasta ahora el único tomo de una *Colección Escolar Peruana,* editado por la Dirección de Educación Artística en cumplimiento del decreto de 15 de febrero de 1944. Fue este cuaderno una antología histórico literaria relacionada primordialmente con toda la época republicana como las anteriores. Se agotó rápidamente y ha desaparecido de la circulación.

Las generaciones nuevas de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX tuvieron también a la mano algunos libros de episodios históricos, lectura para jóvenes y adolescentes en el hogar o en el colegio. Me refiero a obras como los *Cuadros Históricos de la Guerra del Pacífico* por Domingo de Vivero publicada en 1893, y sobre todo a *Nuestros Héroes* por Víctor G. Mantilla, a *Episodios Nacionales de la Guerra del Pacífico* por Ernesto A. Rivas, y a la tercera serie bajo este mismo título por Nicolás Augusto González, impresos todos en Barcelona en 1903 y editados por J. Boix, de la librería "La Joya Literaria". En estilo sencillo narran estos cuatro libros aquí mencionados rasgos heroicos o románticos de grandes figuras o de gente humilde de esa guerra, indios, niños, mujeres; expresan orgullo, dolor y esperanza; reflejan un momento doliente del alma nacional, a pesar de todo unida entonces alrededor de los mismos ideales. Muchos ojos de niños y de adolescentes se humedecieron ante aquellas páginas. Todavía (aunque la actitud de las nuevas generaciones es muy distinta) uno que otro de tales episodios podría ser utilizado, como por ejemplo el que se titula "La Bandera en el Pino", por Mantilla, recordando el admirable espíritu de Tacna durante el cautiverio. Ahora que corre muchos más peligros nuestra convivencia nacional, ahora que estamos mucho más divididos, no hay un Rivas, un González, un Mantilla.

Como comentario adicional sobre el tema cabe decir que no convienen las ediciones esporádicas, sino las ediciones constantes y orgánicas y no solamente de piezas de exaltación patriótica o cívica sino de documentos estrictamente históricos. Tratándose de este último tipo de documentos, hay ventaja en buscar no sólo las obras literarias a las obras historiográficas con encanto artístico, sino también los trozos de fuentes primarias, o sea de documentos coetáneos a los hechos de que se habla como, por ejemplo, actas de cabildos (si se trata de esa típica institución colonial), fragmentos de cartas o proclamas (si se trata, por ejemplo, de la campaña final de la independencia) y hasta estadísticas sencillas en columnas que el alumno pueda interpretar (nada mejor para hacer ver el renacimiento del país después de la guerra con Chile).

Si lo que queremos llevar al aula es material propiamente documental en relación con la enseñanza de la historia, no debemos incurrir en el exceso de poetizar o literatizar demasiado dicha enseñanza. Y así el libro de lectura histórica podrá ser utilizado como fuente para el estudio dirigido al que me referiré más adelante.

Otra sugerencia es que si alguna vez se publica el libro de lecturas históricas, haya un solo volumen utilizable en todos los años. Así el alumno conservará el mismo libro, podrá ojear páginas sobre épocas que ya estudió o va a estudiar, sentirá la sensación tónica de la experiencia común del Perú en su historia, porque

el pasado, por más complejo que parezca, desemboca en la realidad del Perú del presente y en lo inevitable de nuestro destino común.

Materiales reunidos espontáneamente, o sea no prefabricados.

En la prosaica, en la limitadísima realidad de muchos de nuestros planteles, siquiera parte del material para la enseñanza objetiva de la historia puede ido reuniendo y organizando lentamente el mismo maestro, en colaboración con sucesivas promociones de discípulos. No falta quien propugne con razón que todo no debe estar ya prefabricado y listo, sino más bien abierto a la iniciativa y a la acuciosidad en el salón de clase. Las estampas pueden resultar así de una serie de contribuciones individuales de los mismos alumnos; el contacto con las obras históricas surge cuando el maestro sabe iniciado y tiene o puede conseguir por su cuenta o ayudado por su plantel, libros, revistas y documentales adecuados. Caben sustitutivos transitorios del libro de lecturas usando transcripciones en mimeógrafo y listas con adecuadas indicaciones bibliográficas.

Mapas y croquis

Mapas, aunque sea imperfectos, en forma de croquis o esquemas, deben irse haciendo todo el año por cada alumno.

El contacto entre Geografía e Historia es obvio aunque a veces olvidado. Es preciso insistir en él una y otra vez. No es imposible preparar de antemano una especie de mapa matriz y reproducido a lo largo del año escolar en numerosos ejemplares en mimeógrafo, para ir repartiendo en ocasiones sucesivas y con objetos distintos esas hojas con el trazado del territorio nacional, por ejemplo, para que allí los alumnos vayan haciendo múltiples ejercicios de tipo geohistórico. Se trata de los llamados "mapas mudos" entre los cuales conozco dos clases. Uno (como, por ejemplo, el usado por Emilio Ravignani en sus *Equipos para ejercicios cartográficos de historia argentina* y *americana,* editado por la casa A. Kapelusz de Buenos Aires) tiene simples líneas o puntos indicativos quedando para los alumnos escribir sobre aquellas líneas o junto a esos puntos los nombres correspondientes. En otro ejemplo de mapa mudo, usado por Abeledo en sus *Equipos para trabajos prácticos de Historia Universal,* las líneas o puntos son trazados por los alumnos mismos dentro de indicaciones precisas hechas en cada caso.

Estos mapas pueden ser utilizados para los siguientes fines: señalamiento de lugares; localización de centros artísticos, religiosos, etc.; delimitaciones de territorio, indicación de conquistas territoriales, fijación de rutas seguidas por los descubrimientos o invasiones, comparación de extensiones territoriales, determinación de distancias, localización del teatro de acciones militares, difusión de una doctrina o movimiento político, apreciación de un recorrido histórico. En alguna ocasión podrían hacerse temas mixtos de los cursos de historia y geografía. No se debe tratar aquí de algo excepcional o raro sino de algo cotidiano y permanente. En el texto de historia de, Estados Unidos por Lawler usado en el colegio Santa María de Miraflores, al fin de cada unidad de trabajo viene una página con el sumario de ella y en seguida varias páginas se dedican a múltiples series de ejercicios: y entre ellos nunca falta en ninguna unidad la referencia a los varios croquis geográficos que al alumno corresponde hacer y varias identificaciones en mapas ya existentes que deben ser oportunamente distribuidos en la clase.

Terminaré esta sección de mi charla llamando la atención de los futuros maestros del Perú acerca del nuevo sentido que toma en los textos de historia el elemento cartográfico. Hoy esta ilustración no es un adorno o un complemento. Tiene un valor en sí, atrae al alumno, fija su atención, despierta su curiosidad, lo hace colaborar en la dilucidación del problema creado gráficamente. Ejemplares son, a este respecto, los mapas de Jacques Bertin en los textos de *Nueva Historia*

Universal de Charles Morazé y Ph. Wolff, publicados recientemente en París.

Cómo se usa el mapa en los textos modernos de historia

Los croquis cartográficos pertenecen a los procedimientos prácticos englobados dentro del concepto de "esquemas". Dentro de la misma clasificación se encuentran los cuadros sinópticos acerca de cuya importancia, frecuencia y utilidad no vaya insistir ahora.

También en ese grupo están los diagramas, sin duda alguna mucho menos usados y conocidos en nuestras aulas y por eso dedicaré a ellos unos pocos minutos.

Los diagramas en la clase de historia pueden servir para dar: 1) la noción de duración, 2) la noción de magnitud, y 3) la noción de coexistencia. En cuanto a la primera, cabe presentar en diagramas las grandes épocas de la Historia. La noción de magnitud, ingeniosamente expresa da en gráficos de carácter económico, hasta en documentos oficiales como los *Extractos Estadísticos* del Perú, puede ser utilizada también en gráficos históricos para exhibir fenómenos de ese tipo u otros. Particularmente interesantes son los llamados diagramas de sincronización histórica utilizados para suministrar la noción de coexistencia de los pueblos en la historia, coexistencia de próceres o figuras representativas, duración y señalamiento de hechos sucesivos o contemporáneos en una misma área o en distintas áreas. He visto un valiosísimo esquema de coexistencia o sucesión de nuestras más antiguas culturas en el libro con una serie de estudios globales sobre el Perú preincaico editado por Wendell Bennett en 1948. Algo fundamental y de vastísimas proyecciones sería intentar -para el curso de quinto año- un diagrama de coexistencia entre las grandes culturas andinas prehispanas o la relación cronológica de ellas con México y Centro América o la marcha en el tiempo de las culturas aborígenes americanas, la cultura occidental y la cultura oriental. Esta última correlación cronológica no la he visto nunca expresada en forma gráfica y serviría simultáneamente para los cursos de historia universal e historia del Perú.

Carpetas de trabajo y cuadernos

Hoy contamos por mandato oficial en el aula con las carpetas de trabajo y los cuadernos. Al alumno de ahora, por lo general, de acuerdo con el plan vigente, se le hace escribir temas especiales, trazar croquis, o esquemas o cuadros sinópticos, reproducir mediante el dibujo objetos o monumentos característicos de cada época. Suele ocurrir, sin embargo, en la realidad cotidiana de los cursos de Historia del Perú como en otras asignaturas, que el alumno no haga personalmente ese trabajo, sino que inserte o reproduzca o agregue lo que hicieron sus padres o los profesores contratados con tal objeto, y hay por allí quienes medran con el negocio de suministrar tales ayudas. Estoy hablando de algo que no es una revelación sensacional para muchos padres de familia. De un curso en un colegio de niños ricos, me cuentan que el trabajo de la carpeta lo hace el mismo profesor por un estipendio.

Resulta, así, obvia la necesidad de vigilar la autenticidad y efectividad de la labor recogida en las carpetas de trabajo y en los cuadernos, así como la pertinencia y la importancia de su contenido, lo cual implica un toque de atención hacia la necesidad de tener más horas de estudio dentro del horario escolar y un distinto régimen para el trabajo que se ordena preparar en la casa. Y señala, al mismo tiempo, la importancia de las bibliotecas escolares.

Las Bibliotecas

Ya funcionan entre nosotros algunas dignas de elogio. Son muy pocas, por desgracia, aun en Lima. La tremenda proporción de estudiantes entre los lectores

de la Biblioteca Nacional revela las deficiencias que al respecto hay en los colegios de la capital, creando una situación crítica dentro de la realidad de los servicios de consulta y lectura de ese instituto. La Biblioteca Nacional está convertida, para ciertos efectos, en una gran biblioteca escolar.

La biblioteca escolar verdadera, ubicada en el colegio mismo, es, para los cursos de humanidades lo que el laboratorio es para las clases de química y física. No basta, tratándose de la Historia, la enseñanza objetiva, con material auxiliar audiovisual. Más y más viene insistiéndose en la importancia de la documentación desde la preadolescencia y la adolescencia. No hay documentación sin biblioteca. Y de la Historia, como de otras ramas de la cultura humana, podemos decir que sabemos de ellas, ante todo, por lo que está escrito. Aquí se trata, pues, de algo más que un lujo o un alarde. Cuando construyamos locales o unidades escolares, pensemos en los laboratorios y gabinetes científicos y pensemos en las bibliotecas escolares como parte esencial de esos proyectos. Fundemos esas bibliotecas con el aporte del Estado a través de impuestos especiales y también con el aporte de los municipios, de ciertas entidades como los Clubes de Rotarios y de Leones, y de los particulares.

El cultivo de la memoria y la técnica del trabajo intelectual

Ahora vamos a entrar en el fondo mismo de la presente disertación. Todo lo anterior alude a medios, instrumentos o herramientas de trabajo. ¿Qué pretendemos hacer con ellas?

El objetivo básico de todo proceso educativo escolar no sólo es una preparación general sino también una formación personal. Esta segunda finalidad es la más importante. Confiar exclusivamente su cumplimiento al trabajo de la memoria que se inspira en un solo libro de texto resulta falaz, pues los resultados de su esfuerzo circunscrito suelen ser de escasa duración. Por eso es que nuestros alumnos se olvidan en días o semanas de lo que estudiaron durante un año, por eso es que presentan un espectáculo tan doloroso en los exámenes de ingreso a las universidades: aprendieron memorizando, aprendieron el texto, no comprendieron la historia, no aprendieron historia.

El problema básico del aprendizaje es sencillamente encontrar de nuevo. Y para ello es preciso la disciplina del trabajo mental; uno de cuyos elementos claro está que se halla en la buena memoria, a cuyo don natural de recordar lo importante o valioso conviene unir, sin embargo, la aptitud de organizar sistemáticamente los conocimientos obtenidos de varias partes, lo cual no puede ser sino el fruto del entrenamiento. Mediante el proceso educativo el niño o el adolescente se va poniendo en relación con lo que se halla fuera de su mundo personal. A ese respecto Bertrand Russell ha comparado en un artículo reciente a la mente humana con una linterna en una noche oscura: lo que está cerca lo ve con más claridad, pero lo crecientemente lejano lo percibe con más y más vaguedad, y más allá de cierto límite ya no hay para ella sino sombras. La educación no es sino un esfuerzo, dice Russell, para aumentar la potencia de esa linterna y la amplitud del área sobre la que puede verter luz. Para ello no basta el ejercicio de la memoria. La clave del problema no está, pues, sólo en el cultivo de esa facultad sino en el de la técnica del trabajo intelectual, y esa técnica resultaría luego útil para todas las profesiones y todas las actividades de la edad madura, cuando es posible adquirida durante la edad escolar. Pocas asignaturas resultan tan espléndidamente propicias como la historia para ayudar a la técnica del trabajo intelectual.

El método de aprender a aprender. El estudio dirigido de la historia

Contra la tendencia a la mecanización del aprendizaje, con la vista puesta exclusivamente en el examen final, surge, pues, el estudio dirigido de la historia

que, ante todo, enseña a aprender, por lo cual viene a resultar de aprovechamiento después del examen. Las horas que al estudio dirigido se dediquen vienen a ser tan esenciales como las horas de explicación o de "paso". Algunos han llamado a aquella hora, "hora de práctica" propugnando que se realice en un gabinete especial o en la biblioteca una vez por semana, por lo menos, para que surja un ambiente propicio o singular que la caracterice. Aquí el alumno es un auténtico elemento activo.

El maestro brasileño Delgado de Carvalho, que dedica a este método de aprender a aprender buena parte de su reciente y valiosísimo libro sobre la enseñanza de la historia, aconseja aplicado con los estudiantes aun desde los 13 años y usar dentro de las dos primeras semanas del curso los dos procedimientos siguientes:

1º *Dictado* de 15 a 20 líneas de un trozo de historia, distinto del texto, con sentido completo, claro y conciso.

Diez minutos servirían para que cada alumno lo relea y para que subraye las palabras o expresiones que juzgue de capital importancia, demostrando así que comprendió su significado. Un breve debate general finalizaría la prueba.

2° *Respuestas sintéticas* de 20 ó 25 líneas como máximo hechas dentro de una hora de clase a dos o tres preguntas de historia, para indicar lo que el alumno aprovecha del curso, seguidas por una corta discusión.

Pero estos procedimientos de estudio dirigido no son sino iniciales o preparatorios, para ser complementados en forma gradual por otros más complejos que son los que realmente deben servir para que el alumno aprenda a aprender. Ninguno de ellos viene a resultar tiempo perdido si no sale fuera de los límites del programa; por el contrario, cada uno viene a ser poderoso auxiliar en la práctica de la técnica del trabajo intelectual. Entre tales procedimientos complementarios mencionaré aquí sólo el de las fichas sinópticas y el de las notas sobre lecturas comentadas.

Las fichas sinópticas preparadas por los alumnos pueden estar en relación con la diaria, tarea o ser sumarios de lecturas históricas. Las primeras deben resumir el contenido de una clase. Las segundas extractarán de acuerdo con un modelo y siguiendo ciertas prácticas elementales de técnica bibliográfica, el contenido de un artículo de revista o el capítulo de un libro al alcance de la edad del escolar. Preparadas con estilo conciso y claro, conviene que tengan parágrafos, títulos y subtítulos y hasta, si es posible, cuadros sinópticos. Ideal sería que se llegara a la ficha comparativa de las nuevas ideas con los conocimientos anteriormente adquiridos.

Entrenado poco a poco el alumno en esta técnica y familiarizado plenamente con ella en el quinto año, podrá más tarde tener una base para organizar su trabajo intelectual, cualquiera que sea la actividad a la que se dedique en la vida.

Entre otras ventajas ofrece además la de señalar a los jóvenes que el texto o compendio es apenas un auxiliar de estudio, que el profesor es sólo un orientador y que existe una variedad de fuentes históricas que permiten ir alcanzando un concepto más exacto del asunto estudiado.

Las fichas sobre lecturas implican una de las aplicaciones del uso de las fuentes históricas en la clase. Debería hacerse con los cuidados del caso, empleado posible una fuente primaria, o sea de la época de que se trata, que sea breve o interesante, o de una fuente secundaria cuidadosamente seleccionada.

No hay verdadero método activo sin contacto con las fuentes

Se trata de que el alumno termine no sólo por aprender la historia sino que llegue a captar algo del espíritu y del método histórico, yendo más allá del mero recordar lo que dice esa traducción de traducciones que es a veces el texto. Se

trata de superar la imagen simplificada a veces hasta el máximo y en ocasiones fosilizada, que en las aulas se implante. Por cierto que primero deben enseñarse los sucesos esenciales, los hechos más importantes que constituyen lo que cabe llamar la armadura y el esqueleto de la historia. En modo alguno se trata de hacer penetrar a los adolescentes en la selva de lo que aún nadie ha investigado, de tratar de que ellos hagan descubrimientos como si fueran archiveros o eruditos, de poner en peligro su fe en lo que aprenden presentándoles el cuadro de una historia tambaleante, ciencia en marcha, a veces intrincada y contradictoria. En modo alguno debe irse a una erudición recóndita incompatible con los fines de la enseñanza misma.

Pero aun reconociendo todo esto y reconociendo que primero es indispensable remachar bien los conocimientos de memoria y buscar un cuadro de organización básica a través de la complejidad de los acontecimientos o características que pertenecen a un período, ello puede constituir tan sólo los cimientos para ir luego a que se levante la edificación de los conocimientos de cultura. Cabe llegar ala fisonomía y a la atmósfera originales del suceso histórico y a la comprensión de sus proyecciones intransferibles; pero eso sólo puede obtenerse acercándose a las fuentes. El dogmatismo de la voz del maestro y el cortante enunciado del texto pueden quedar balanceados por la explotación inteligente y sistemática de los testimonios que son la voz verdadera de la historia. Cabe así conciliar exigencias y hábitos inconmovibles de la enseñanza con el respeto al espíritu y al método historiográfico, llegando a trasladar y adaptar al aula la fórmula de Lucien Febvre: *historiador no* es *el que sabe sino el que investiga.*

Despertar intereses, atraer iniciativas personales o colectivas, fomentar el deseo de saber: he allí el secreto de los métodos educativos. No nos quedemos pues, en los métodos pseudoactivos que suscitan la reflexión y el juicio sobre un saber todo hecho, tomado del texto o basado en una dogmática afirmación del profesor, actividad a veces convencional y pasajera que termina en un juego de memoria sin resonancias profundas y de la que sólo una pequeña minoría de estudiantes sobresalientes (los intelectuales) obtendrán provecho. Es en el documento histórico auténtico, unido, por cierto, a otros auxiliares audiovisuales, donde está la rica sustancia que el alumno puede elaborar por sí mismo. No sin vacilaciones y errores que el profesor deberá corregir cuidando siempre que el proceso mental al alumno pertenezca. Y de este modo, si bien no llegará éste a la percepción directa de los hechos, cosa imposible de la historia, resultará aproximándose a ella. Por sí mismo el alumno descubrirá todo un mundo de ideas y de impresiones, elaborará su propio saber, aprenderá el respeto a la investigación superando la vieja idea de que la historia es una colección de historietas; recibirá lecciones de prudencia y de paciencia y también de confianza en sí mismo y de respeto a la cultura.

Modos para el uso escolar de fuentes

En la primaria (y tratándose de ella formulo algunas reservas, por ahora) se propugna la utilización de sólo dos modos en el uso de las fuentes:

1. *El modo ilustrativo,* en el cual se aplican dichas fuentes a la vivificación o intuitivación de las materias halladas por la explicación del maestro o el libro de texto.
2. *El modo confirmativo* o justificativo que afianza lo dicho o leído. En estos casos los documentos serían escogidos por el maestro o estarían señalados en su libro de lecturas históricas.

Sin prescindir los dichos dos modos, se postula para la enseñanza secundaria (en proporción con el grado de adelanto de los alumnos y con su edad) tres modos más donde cabe la misma decisiva acción del maestro y cabe también a veces,

sobre todo en el último año, dejar al alumno investigar y escoger dentro de los materiales que sean disponibles:

1. *El modo demostrativo* en el que el maestro, renunciando a toda exposición sobre un punto concreto, lo desarrolla presentando una o más fuentes históricas.
2. *El modo heurístico* en el que, partiendo de las fuentes, los alumnos encuentran por sí mismos *un* determinado estado de cosas históricas.
3. *El modo sintomático* o *fenomenológico* que se propone deducir de las fuentes el espíritu de los pueblos, de las figuras *representativas*, o de una época dada.

Nada de esto debe resultar en la instrucción secundaria desproporcionada a la edad de los escolares, evitándose deformaciones nefastas y ridículas y recordándose siempre que es preferible no tanto leer mucho sino leer bien.

Junto con ese contacto de las fuentes o después de él, y para evitar que surja un criterio demasiado estrecho o circunscrito en los alumnos, caben las discusiones y apreciaciones de conjunto. Una de ellas puede hacerse a base de debates en los que uno de los jóvenes, después de los estudios hechos, sostiene un punto de vista libremente elegido y otro punto de vista opuesto y, dentro de adecuadas limitaciones de tiempo, se presenta por cada uno el alegato, la réplica y la duplica, finalizando todo con una discusión en la que interviene toda la clase. Análogo resultado puede tener la aplicación de coeficientes para la apreciación de valores, comparando dos personajes históricos, o escogiendo el mejor inca, o el mejor virrey o el peruano más fascinante del siglo XIX, o valorizando un determinado hecho o institución a base de un puntaje para cada uno de los elementos de juicio que van a ser puestos en juego dentro del problema planteado. Son balances acerca del estado de una cuestión determinada a través de valoraciones sucesivas que no resultarán ociosas si vienen tras el contacto con documentos e imágenes.

La encuesta

Y ya que de una referencia a los métodos nuevos *se* trata, mencionaré, de pasada, el que E. Monlau, director de la Escuela Normal de París, y R.

Planté, profesor de la misma, propugnan en un reciente manual editado bajo la dirección de L. Josserand *(L'enseignement de l'histoire, Cahiers de Pedagogie Modeme, París,* 1951, Ediciones Bourrelier). Se trata de la utilización del método de la encuesta a *través* de preguntas de los alumnos a sus padres o parientes, o a los viejos del lugar sobre cosas del pasado inmediato general y también de la localidad y región: usos, costumbres, vestidos, medios de transporte, aparición o desarrollo de inventos y descubrimientos, sucesos notables, etc.

Entre nosotros este método se ha aplicado con éxito en la sierra por José María Arguedas en relación con cuentos y leyendas folclóricas. Cabe aplicarlo para algunos *temas* mixtos de geografía e historia, o sea geohistóricos.

Las excursiones

Dos palabras sobre excursiones. Las directivas del plan vigente las mencionan refiriéndose a las ruinas del lugar donde está ubicado el colegio, a los sitios donde hay colecciones de objetos valiosos, a los monumentos arquitectónicos de las diversas épocas, a los museos y rincones con recuerdos históricos. Específicamente en el caso de Lima, aluden, además, las directivas a una visita ilustrativa a la tumba de hombres eminentes en el cementerio y supongo que también en el Panteón de los Próceres.

No basta una recomendación general. Conviene preparar con cuidado no sólo

guías de lugares históricos, sino también guías metodológicas para tales paseos instructivos. Aquí podría intervenir también con su consejo la Escuela Normal. De no ser bien planeados, fácilmente puede convertirse en una pérdida de tiempo. Necesitan ellos una debida preparación, no revelando el maestro de antemano lo que se ha de ver, sino destacando la importancia del lugar y de la visita proyectada. Acaso algunas lecturas previas puedan servir para el caso. La excursión en sí puede dar lugar a un trabajo colectivo del orden de los llamados proyectos de carácter geográfico-histórico, interviniendo los alumnos mismos en su concepción y su disposición. Las ilustraciones formarían parte del proyecto. Caben aquí casi simultáneamente lecturas de algunas fuentes y ejercicios de redacción, exposiciones orales y aun representaciones por trabajos manuales o croquis. Los cursos de Geografía, Castellano y Dibujo podrían coordinarse con el de Historia con tal motivo.

Las pruebas objetivas

Termino esta parte de mi charla con una breve referencia a las pruebas objetivas.

Un viejo amigo, profesor de historia a quien encontré en la calle hace pocos días, sabedor de que iba a hablar esta tarde me decía: "No defienda usted la prueba objetiva. Está matando la enseñanza de la historia auténtica. Por ella, donde ella es utilizada, el alumno ya lee poco, ya no desarrolla temas; sólo se preocupa de resolver mecánicamente la charada que le presentan unos puntos suspensivos como las palabras cruzadas que aparecen en ciertos diarios". Por cierto que no debe convertirse la prueba objetiva en el zumo o jugo concentrado de todo lo que se estudie o sepa. Hay que complementarla y acompañarla por otras prácticas. Bastantes de ellas que implican buena cantidad de lectura he ido mencionando. La prueba objetiva es sólo una fijación de conocimientos, una entre varias. Pone a prueba la memoria y la atención aunque no excluya el buen sentido y el raciocinio. Puede ser útil como correctivo de la retórica, de la ampulosidad y de la vaguedad a que tan propensa es la enseñanza histórica tradicional. Supera con creces el cuestionario anfibológico aún en boga en muchas aulas.

He aquí diez formas de la prueba objetiva de fijación de conocimientos que han probado su utilidad práctica en la enseñanza de la historia y ayudan a aclarar problemas de tiempo y problemas de espacio y también problemas de sustancia histórica.

a) La mejor de las razones para subrayar los factores determinantes de algún hecho fundamental.

b) *La de correlaciones* entre series de personas, lugares, instituciones, obras o acontecimientos vinculados entre sí.

c) *La de verdad* y *error* que suele incluir además la indicación de los fragmentos de verdad existentes, en una afirmación equivocada.

d) *La de distribución de fechas capitales* para localizar en el tiempo los hechos estudiados más importantes.

e) *La de características personales,* para establecer relaciones entre nombres propios, profesiones, rasgos psicológicos, títulos o notas distintivas.

f) *La de complementación de frases.*

g) *La de múltiple elección:* entre muchas, una afirmación debe ser subrayada por ser la más rigurosamente exacta.

h) *La de analogía* o *coexistencia* por naturaleza o definición.

i) *La de contrarios u opuestos,* con series de palabras que expresan ideas adversas o antagónicas.

j) *La de continuación* o *de series* para obtener o complementar clasificaciones.

Cabe complementarlas con otros tipos de pruebas que incluyen breves juicios, apreciaciones, paralelos, retratos, etc.

No tenemos todavía baterías de pruebas objetivas para los distintos años de los cursos de historia patria. He aquí otra tarea posible para la nueva Escuela Normal.

Recapitulación sobre cómo superar la crisis en la enseñanza de la Historia

En resumen, como respuesta a los males señalados por Abeledo en la enseñanza de la historia, planteamos las siguientes fórmulas:

1. *La historia, tanto la universal como la nacional, debe enseñarse de acuerdo con las normas de la psicología de la infancia* y *de la adolescencia.*
2. *Contra la rutina, el memorismo* y *la inercia que dominan en el momento actual* y *son los factores determinantes del fracaso, constatado por las comisiones examinadoras, debe estimularse la tendencia a la función activa del alumno, la orientación práctica y la objetivación de la enseñanza.*

Ello implica el otorgamiento de una gran importancia al estudio dirigido y al prudente contacto con las fuentes, a medida que se avanza en los distintos años de colegio. No se trata de rebasar los límites de la enseñanza secundaria *o* de congestionarla más. Uno de sus males entre nosotros precisamente -vuelvo a repetirlo- es el excesivo espíritu de seudouniversitarismo, así como uno de los males de nuestras universidades es a veces la indebida interferencia en ellas de un nivel vergonzante de educación secundaria. Infundir seriedad a la enseñanza de la historia no es incrementar su pesadez. Mientras llega a implantarse el uso del cine y de las grabaciones, propugnamos la cuidadosa y gradual preparación de materiales gráficos y documentales para trabajos prácticos, incluyendo el libro de lecturas históricas, el álbum gráfico, las guías para excursiones, las baterías de pruebas objetivas, las directivas metodológicas, las normas para los ejercicios de crítica y de análisis históricos que sirvan de estímulo al trabajo de los alumnos. Todo ello podría prepararse desde la nueva Escuela Normal.

Propugnamos también, en armonía con estos puntos de vista, la implantación y el uso máximo de las bibliotecas escolares, así como la redistribución del tiempo dedicado a esta enseñanza, que debe ser puesta al servicio de su dinamización. Pero como base esencial es necesaria la debida formación histórica y preparación técnica del profesorado, cuya capacidad y entusiasmo puede suplir, en muchos casos, siquiera en parte, la escasez de los elementos auxiliares a su disposición.

¿Para qué la enseñanza de la historia?

Hay un punto señalado por Abeledo que no hemos abordado aún. Alude a algo que ya concierne a los maestros, a los directores de la vida educativa del país, a quienes aspiran a orientar los rumbos de la cultura de la época presente. Se trata de los fines de los cursos de historia que no sean los simplemente informativos. En la enseñanza de nuestra asignatura no es suficiente hablar del *cómo.* Queda siempre la interrogante del *para qué.*

En éste, como en otros aspectos de la cuestión educacional, no cabe un

criterio exclusivamente técnico. Si se tratara sólo de cambiar los métodos didácticos anticuados por otros modernos, como creen algunos educadores, se habría aclarado la incógnita sólo con hacer penetrar en nuestras escuelas los sistemas y los hallazgos de la Pedagogía de hoy. Entonces el problema casi no sería problema. Para el trabajo en las bibliotecas *o* para la preparación de estadísticas basta la técnica. El bibliotecario moderno, el verdadero, no el anticuado o falso bibliotecario, necesita en relación con el ingreso, la clasificación, la catalogación, la circulación de los libros y la información o referencia sobre ellos y aun en relación con el edificio destinado a albergarlos -aunque mucha gente todavía no se dé cuenta de ello o no le otorgue importancia -, necesita estudiar y aplicar pautas que más y más tienden a recibir una aceptación universal. De la misma manera, una oficina de estadística, en relación, por ejemplo, con el próximo censo nacional, puede y quizá convenga que procure funcionar como las oficinas análogas en otros países americanos. Pero el enigma de una cuestión como la educativa es que, actuando sobre elementos mucho más diversificados y complejos, la técnica es sólo en ella un procedimiento y de ninguna manera adquiriendo ese procedimiento se ha conquistado plenamente el fin perseguido. Por eso, porque rebasa los límites de la mera técnica, porque en ella se entremezclan lo social y lo filosófico con lo puramente pedagógico, porque el individuo y la sociedad plantean en esta cuestión sus solicitaciones y reclamos, en un país como el nuestro que necesita recuperar tanto tiempo perdido, fortalecerse tanto y en el que bullen tan múltiples acechanzas y diversos y simultáneos factores de dispersión y de empequeñecimiento, tenemos e! derecho de reservar para la educación el denso sentido que se encierra en la palabra *problema.*

No puede existir educación sin base filosófica. No puede enseñarse la historia del Perú sin una filosofía de la historia del Perú. Si al penetrar en la psicología y la pedagogía de hoy se atiende sobre todo y muy laudablemente a los factores individuales -edad, temperamento, vocación, inteligencia, formación de hábitos, etc. - la tarea educativa no termina en aquella función pedagógica de formar al individuo adiestrado y hábil con un cerebro amueblado de conocimientos. Más allá de él empieza el fin social de toda educación. No se trata sólo de mejorar órganos enfermos o débiles en nuestra vida docente o estudiantil, sino de llegar a la profundidad y a la integridad de nuestro organismo colectivo. No debemos educar sólo con un propósito individualista; para que la cultura sea como una masa informe de noticias, conocimientos y sugerencias venidas de todas partes, impresiones y retazos no soldados y flotantes. Debemos educar para que la nación utilice y recobre en energía humana, en inteligencia creadora, en esfuerzo social, lo que ella gastó y diseminó en su empresa educativa. No nos interesa, por ejemplo, una cultura que sirva tan sólo como el aditamento decorativo de un grupo de *snobs;* la cultura para conversar en un club con unas cuantas damas elegantes y unos cuantos hombres narcisistas inútiles y culpables. No queremos tampoco un país poblado de vanidosos inmersos en la contemplación de su yo, príncipes criollos que se pasean y divagan entre su inventado paisaje de sombras. Tampoco queremos multitudes de rapsodas que se dediquen a cantar el yaraví de las bellezas y grandezas del pasado, sin ojos, orejas ni conciencia para el presente y para lo que puede venir; ni turbas de mente ciega, violenta o rudimentaria, afanosas de destruir todo lo que antes de ellas existió. Queremos nuevas gentes con conciencia del destino nacional y universal, con fe en lo que puede y debe ser el Perú, con la aspiración de ascender en capacidad y potencia manteniendo, a pesar de todos los obstáculos y a pesar de todas las desilusiones, el respeto de lo que es intangible y la voluntad de cambiar lo que es reformable y la habilidad para coordinar una y otra aptitud.

Antihistoricidad e *historicidad de nuestra época*

Es la nuestra, en todo el mundo, una generación que ha llegado a ver cómo

ha sido descubierto el secreto del átomo y cómo ha empezado a ser sondeado el silencio de los espacios estelares. Más que ninguna otra generación anterior, podemos preguntamos si debemos entregar a las minucias de la erudición sobre cosas y seres muertos, el tiempo precioso de las gentes jóvenes. No faltan en nuestra época, por otra parte, voces egregias o vulgares que acusan a la historia de que carece de solidez como ciencia y de provecho para la vida. Uno de los más grandes escritores contemporáneos, Paul Valéry, dijo de ella en una frase asaz repetida que es el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto, pues hace soñar, embriaga a los pueblos, les sugiere falsos recuerdos, los atormenta en su reposo, los lleva al delirio de grandeza y vuelve a las naciones insoportables y vanas.

Y sin embargo, a pesar de estas y otras críticas, allí está la historia, viviendo tal como ha vivido siempre que fue auténtica, ciencia por su apego a la verdad posible, arte por el aura de belleza que acompaña a toda evocación y afirmación de la vida; fábrica aérea impalpable, sutil, hecha con ideas y sentimientos aunque, en cierto sentido, comparable a la arquitectura pues necesita basarse, para poder perdurar, en principios técnicos en cuanto a los materiales que la elaboran; y necesita, además, basarse en principios artísticos en cuanto a la construcción misma.

Por más rica que sea nuestra época en nuevos aparatos, instrumentos y potencias, al fin y al cabo, la humanidad se compone más de muertos que de vivos. Nuestra época, tan antitradicional, forma parte de una cultura esencialmente historicista. Lo es el cristianismo cuyos libros sagrados son, a su manera, libros históricos. Lo fue, a su modo, el otro fundamento de Occidente, la tradición grecolatina, creadora de la historiografía clásica.

Nuestras artes, nuestra literatura, nuestra vida misma, llenas están de los ecos del pasado. Pero hay algo más: en el siglo XX la historia es una preocupación vital, como lo fue la ciencia en el siglo XIX, la filosofía en el siglo XVIII, la teología en los Siglos anteriores. Con la historia tropiezan en nuestros días hombres de ciencia, políticos, literatos, filósofos, sociólogos. Esta característica tiene sus raíces en Hegel, en el marxismo y en el positivismo, pero alcanza mayor plenitud en el pensamiento de las mejores mentes de las últimas generaciones a partir de Dilthey, como lo prueba el debate sobre ideas tales como el tiempo y el ser según Heidegger, la sociología del saber de Max Scheler, la sociología del conocimiento de Karl Mannheim.

Esto en el terreno filosófico. En el campo de la historia misma, tanto el público selecto como el vulgar de todos los países lee hoy más libros de historia que nunca. Y ello no es una paradoja, mientras aumentan los aparatos y los instrumentos que parecen ir conduciendo a la regimentación de la vida y a secar muchas de sus raíces tradicionales; y mientras en el Viejo como en el Nuevo Mundo comienza a perderse el sentido de continuidad y de seguridad que permitía antaño el estudio y la lectura sosegados, pues los cambios y los peligros que ante todos nosotros se van acumulando amenazan con no conocer limitaciones. Todo ello contribuye acaso a que el hombre precisamente se interese ahora más acerca de sí mismo, sobre lo que ha sido, lo que ha hecho, cómo ha llegado a ser lo que es; y la transformación revolucionaria ocurrida en las ciencias, inclusive aquellas que parecían más estables, la física y las matemáticas, contribuye, por su parte, a restaurar al hombre en su papel histórico fundamental en la vida, en el saber y en la cultura, que es un papel dinámico y central.

El rigor en el método y el arte en la estilística histórica

Piedras, documentos, tumbas, recuerdos, allí están dispersos y tal vez contradictorios. Llega el historiador y trata de revividos, de animados, de interpretados. La grandeza y la servidumbre de la historia consisten en que el

historiador crea su propio objeto. Los hechos históricos son, en buena parte, construcciones de la historia misma. Y no hay historia sin hipótesis de trabajo, del mismo modo que no hay arquitectura sin proyecto del arquitecto.

¿Para qué sirve esta tarea? Sirve, en primer lugar, para el goce y la hazaña del saber. Hay un encanto en la curiosidad, en el escozor que induce a querer conocer, en el deseo un poco goloso que alguien ha llamado la voluptuosidad de aprender las cosas singulares. La historia tiene así una eterna seducción estética que le es propia y acaso resulta mayor que la de otras disciplinas humanas. Pero ese saber que es revivir, evocar o interpretar no es fácil y no puede ser obtenido sino después de duro esfuerzo y severa técnica.

"No conozco -ha escrito uno de los más grandes historiadores del siglo XX, George Macaulay Trevelyan- triunfo más grande del intelecto humano que la reconstrucción cierta de etapas pasadas de la vida en sociedad por largo tiempo olvidadas, o no bien comprendidas y que son recuperadas después por el esfuerzo paciente de arqueólogos, anticuarios e historiadores. Descubrir en detalle -agrega - lo que fue la vida del hombre hace diez mil o cien años es un milagro tan grande como hacer que los barcos naveguen bajo el agua y surquen el espacio".

Rigor en el manejo de las fuentes, tan imprescindible como lo son los principios asépticos antes de las operaciones quirúrgicas, cosa que no es innata sino necesita ser aprendida -estoy hablando del historiador profesional- en el seminario, en el gabinete de trabajo, y sobre todo en la sala del archivo o de la biblioteca; el arte en la narración, en la evocación o en la interpretación cuya técnica se resuelve en tener talento, imaginación, sensibilidad: he aquí la difícil síntesis para una obra histórica auténtica.

Un indagar para comprender: la pregunta histórica.

Pero esto, interroguemos de nuevo: ¿para qué? A un erudito podrá bastarle únicamente el refinamiento de su método. Gracias a él podrá descubrir, reunir, ordenar, aclarar y seleccionar y publicar fuentes; podrá ir a la crítica externa de ellas en cuanto a la forma como han llegado hasta nosotros, o entrará en la crítica interna, o sea en la apreciación de su sinceridad y su exactitud. El mismo u otro podrá ir un paso más allá todavía, redactando una obra propia basada en las fuentes así desenterradas y depuradas. Esto en el terreno profesional o especializado o del oficio. Pero ello no implicará una obligación o una necesidad para que la gente de la calle, el maestro de escuela o el educando que no va a ser un experto en la materia sino un ciudadano corriente, conozcan esas obras eruditas, fruto de la paciencia y del orden, aunque sean, además, obras de arte. Como erudición escueta -el dato por el dato- o como estética -la verdad por la belleza -, la historiografía resulta cultura marginal, menester para la gente del oficio, profesionales o aficionados o curiosos. La historiografía interesa a todos los ciudadanos o futuros ciudadanos sin excepción, únicamente cuando presenta lo que Droysen llamara la *Frage,* o sea la pregunta historiográfica, concepto que él definía diciendo que consistía en Un *forschend zu verstehen,* un indagar para comprender.

¿Comprender qué? Una respuesta fácil a tal pregunta es decir: el pasado. La historia -se nos ha repetido muchas veces- es la ciencia del pasado. Pero ¿es verdad que el pasado nos interesa como hecho desnudo, absoluto, compuesto por todas las cosas que sólo tienen como carácter común haber existido antes y ya no ser contemporáneas nuestras? El médico no estudia el cadáver porque sea cadáver. Lo estudia por aquel lo que hay en él y que sirve para conocer la vida.

Del mismo modo, el pasado no es una colección de cadáveres que el historiador coge para poder identificar y fichar a cada uno de ellos. Es el historiador el que hace nacer la historia. La historia es una ciencia de la vida. Y es la vida lo que ella pretende tomar como tema. Por lo que resulta mucho más rica y mucho

más fecunda la definición que la escuela historiográfica francesa actual propugna y dice: "La historia es una investigación de lo humano, estudia al hombre en sociedad, es una ciencia de los hombres. Mejor dicho, una ciencia de los hombres en el tiempo". Repitamos una fórmula tan preñada de sugerencias: *historia no* es un regis*tro* de datos *sino* un *conocimiento* de *los hombres* en *el tiempo.*

El Perú se hace en la historia

Tratándose del Perú siempre necesitamos tener presente que, a la vez (y sin que ello resulte contradictorio), el Perú se hace en la historia, o sea a través del paso de los hombres peruanos en el tiempo y al mismo tiempo lo que presupone esa historia es el Perú.

Por eso, no cabe ninguna visión nostálgica, o partidista o mutilada de las distintas épocas de la Historia del Perú. Yo no rehúso nada de la herencia francesa, decía Charles Peguy, y esa bellísima frase debemos hacerla nuestra.

Un curso, el de quinto año, trata de afirmar la unidad de la historia peruana. De una-manera u otra conviene mantenerlo frente a la tendencia al especialismo que ha venido caracterizando a la enseñanza universitaria en los últimos años. También en cada uno de los cursos escolares sobre cada período que sigue una tendencia divisionista, en la que nosotros más que otros países americanos hemos ido muy lejos, conviene afirmar al empezar y al concluir, el mismo concepto de continuidad nacional.

Ni vejamen de la época prehispana a la que pertenece una de las más originales altas culturas no europeas; ni idolización de ella, ya que cedió el paso cuando se produjo un hecho tan inexorable y tan imborrable como fue la incorporación de América dentro de la gran corriente de la cultura occidental y de la historia universal; sus muchos siglos de lejanía no hay que valorizarlos haciendo una estricta medición de tiempo, pues si el número de los años sirviese como criterio determinante, las milenarias culturas egipcia, hindú, china o japonesa tendrían para la humanidad de hoy y del futuro más valor que los breves momentos de Grecia y Roma, y los fenómenos relativamente recientes del cristianismo y la revolu*ción* industrial e ideológica que empieza a eclosionar a fines del siglo XVIII.

Ni vejamen de la época colonial que para nosotros, americanos o, más netamente en este caso, peruanos, presenta la importancia fundamental del nacimiento y desarrollo de nuestra sociedad indígena-hispano-criolla; ni idolización de ella pues si ya entonces se diseñan las bases históricas y geográficas del Perú, se carece sin embargo todavía del sentido filosófico y político de la soberanía y de la libertad. Ni vejamen de la época independiente para considerarla sólo un muladar de más de un siglo, olvidando que ella presenta el proceso penoso y doloroso de un pueblo que busca su definición nacional, es sacudido por crisis internacionales y económicas como ningún otro pueblo de América ha afrontado, tropieza para levantarse, es presa a veces de oligarquía y gentes manchadas y acaba por Surgir de nuevo siempre después de sus más hondas caídas; ni idolización de esta época en la que hay tantas oportunidades desaprovechadas.

La historia como afirmación de la vida

Somos producto de ese pasado y estamos viviendo en lo que de él quedó al deslizarse para convertirse en presente. Por todas partes nos rodea; pero a la vez, tenemos que vivir nuestra propia vida, como individuos, como pueblo y como Estado. Percibir este dualismo es precisamente tener una conciencia histórica. Y lo curioso es que, como pueblo, nos ha falta do esa conciencia histórica aunque no nos hayan faltado a partir del siglo XVI magníficos historiadores.

Tomar conciencia de la historia es hacer del pasado, eso: pasado. Ello lleva a

aceptarlo como carga de gloria y de remordimientos, a aceptarlo íntegramente, pero implica, además, percibir que el pasado es algo que, por el hecho de haber sido vivido, irrevocablemente ya dejó de ser y hay que asimilar la experiencia del presente. El haber sido algo no debe ser un estorbo sino parte del propio ser, es decir, formar la experiencia que permita seguir viviendo. La historiografía nos debe libertar de la historia, ha escrito Croce, en el sentido de que haga frente al pasado, lo reduzca a problema mental, lo resuelva en una proposición de verdad, que sea la premisa ideal de la nueva vida. El historicismo así, bien entendido, no es reo por promover el fatalismo, o disolver los valores absolutos o permanecer en éxtasis ante la muerte, o aceptar la brutalidad del hecho consumado en cuanto hecho, u ordenar el quietismo; en suma, no es culpable del delito de restar ímpetu y confianza a las fuerzas creadoras, embotando el sentido del deber y predisponiendo a la inercia y a los peores acomodos. El pensamiento histórico auténtico no corta, por cierto, relaciones con el pasado; pero tampoco vive sólo sumergido en él. Se levanta sobre él idealmente y lo trueca en conocimiento, desempeñando un oficio de catarsis análoga a la que suele ejercer la poesía cuando se sacude de la servidumbre de la pasión. Pero aquí lo que se procura es una orientación dentro del mundo en que vivimos y en el que hemos de cumplir nuestra propia misión y nuestro deber propio. Por ello la historia estimula para hacer una verdadera vela de armas que no admite estupefacientes o enervantes; y así en vez de ser un carcelero, nos abre las puertas de una prisión en la que de otra suerte acaso permaneceríamos encerrados.

La ciencia y la cultura histórica verdadera -y esto deben tenerlo en cuenta en todo momento los profesores de historia- existen en su más profundo sentido, con el propósito esencial de mantener y también con el propósito de desarrollar la vida activa y civilizada en la sociedad humana. (Ap., pp. 135-180) [1947]

CAPÍTULO III

LA EXPERIENCIA HISTÓRICA DE LA REPÚBLICA

DESLINDE DE LA IDENTIDAD HISTÓRICA DEL PERÚ

Estados Unidos del Norte y los Estados Desunidos del Sur

Las colonias inglesas de América, dirigidas por protestantes, enemigos de la jerarquía eclesiástica y secular, fueron, al emanciparse, a la unidad política, o sea a los Estados Unidos. En cambio, las colonias españolas de América, gobernadas directamente por la monarquía e imbuidas durante tres siglos en los principios político-religiosos de ella se sumieron en la dispersión, o sea formaron los Estados desunidos. Y es que esa misma organización y poder fuertes del gobierno en América española sembraron, precisamente, vastos núcleos de población, hondos intereses, poderosas fuerzas colectivas que estuvieron esparcidos a lo largo de todo el continente. Ganar la guerra de independencia en Norte América costó sólo seis años en el norte, y no catorce como en el sur. La misma amplitud y extensión de las colonias "españolas-americanas" las alejó entre sí. Las colonias inglesas, mucho más pequeñas y geográficamente más unidas, no tuvieron, en el norte del continente, las altas cordilleras, los esparcidos desiertos y la inmensa selva como barreras y obstáculos. Bien pronto, por otra parte, los Estados Unidos vivieron en el siglo XIX bajo la influencia de la preocupación por el aprovechamiento y el desarrollo de las fuentes de riqueza en los territorios que estaban a su alcance, dentro de una expansión de pleno tipo capitalista a la que no convenía el aislamiento de las distintas zonas, sino precisamente su enlace.

Hacia la mitad del siglo afrontó ese gran país el drama de la escisión cuando surgió la guerra del Norte contra el Sur. Esta guerra fue, en realidad entre el Norte unionista y el Sur separatista. El norte representó, como se sabe, el industrialismo en pleno desarrollo, ávido de conservar y consolidar la unidad. En la zona meridional dominaba, en cambio, una economía agraria y precapitalista, regionalista, destinada a morir en Estados Unidos pero todavía no en América Meridional. En ésta fue como si el sistema del Sur de Estados Unidos anterior a la guerra de secesión continuara vivo. Al amparo de la unidad nacional inicial luego reforzada, fue más fácil en Estados Unidos el desarrollo de los medios de comunicación" que, además, no tenía ante sí los obstáculos geográficos existentes en Hispanoamérica; y así pudo consolidarse una estrecha relación entre materias primas e industrias y entre producción y mercado. Por el contrario, los Estados de la América desunida, a la zaga en el proceso capitalista del siglo XIX, casi no comerciaron entre sí; cada uno de ellos exportó sus materias primas y dependió del extranjero para obtener capitales y artículos manufacturados. Ello fue, sin duda, otro factor favorable a su aislamiento. (HR, t. I; p. VII)

El contraste entre Hispanoamérica y el Brasil

Roto el sistema mágico de relación religioso-monárquico entre España y América, las antiguas provincias del imperio español se desmembraron porque al emanciparse no encontraron otra fe u otra idea que las mantuviera a todas juntas. El Brasil, en cambio, evitó ese fenómeno de balcanización y conservó y afirmó su unidad

por la emigración del monarca de Portugal y de su corte ante la invasión napoleónica con el apoyo británico; Y por haber guardado, al independizarse, la realeza y el imperio que conservó) hasta 1889.

Todo hubiese podido indicar una tendencia al seccionalismo en la colonización portuguesa en el Brasil. Portugal era un Estado mucho menos populoso que España; su régimen colonial presentaba una estructura mucho menos robusta Y desarrollada que el hispánico Y algunas de las autoridades regionales en el Brasil gozaban de semiautonomía Y hasta tenían correspondencia directa con la metrópoli. Por otra parte, Río de Janeiro sólo tomó características de capital nacional Y se definió claramente como algo distinto del "interior", de las "provincias" o del "campo" con la llegada del príncipe regente, don Juan y su corte.

A pesar de la divulgación del idioma castellano y de la similar ordenación cultural, jurídica Y política, hubo, desde el siglo XVI, elementos que fueron definiendo una fisonomía multiforme en los territorios americanos del imperio español. Uno de los gérmenes de esta variedad estuvo en la propia amplitud del dominio español en América, que dio lugar a la variedad de jurisdicciones creada para el gobierno Y la organización de estos territorios o por la metrópoli. Los virreinatos, las audiencias Y la capitanías generales surgieron como "provincias mayores" del imperio hispánico. Escasa o nula fue la relación que tuvieron entre sí, ya sea por las grandes distancias, por la dificultad de medios de transporte y comunicación, o por una previsora suspicacia.

El segundo elemento para la ausencia de homogeneidad fue la coexistencia, en las distintas regiones de la misma sociedad americana, de elementos sociales, y culturales prehispánicos intactos o semi intactos; elementos comunes a toda la cultura occidental; elementos hispánicos; elementos negros; y elementos mixtos provenientes de la combinación de los anteriormente mencionados, en la proporción más diversa. Las variantes de estas características dieron lugar a una gama variadísima según las localidades, comarcas o provincias, dentro de múltiples condiciones geográficas, económicas y sociales; pero, a pesar de eso, la dispersión o aislamiento completos no llegaron a producirse. Había un vínculo unitivo visible que era el Estado. (HR, t. I, p. VIII)

Las comunidades intermedias entre la metrópoli española y el imperio ultramarino

En América el Estado (aunque teóricamente era un reflejo del imperio metropolitano), para los efectos prácticos del régimen administrativo y social, funcionó a través de diversas áreas que podrían ser llamadas "comunidades intermedias" ubicadas entre la metrópoli *y* la vida local. Dichas comunidades intermedias ensambláronse en las regiones de más alta tradición indígena -México *y* Perú- dentro de los virreinatos; *y* en las zonas periféricas dentro de las audiencias *y* las capitanías generales. Así se fueron desarrollando, en el seno mismo de esas áreas de organización interna colonial, difusos gérmenes de entidades estatales con proyecciones diversas sobre la población de sus áreas. Su elemento aglutinante estuvo en la demarcación trazada en América por el imperio español, dentro de la heterogénea nacionalidad cultural hispanoamericana-indígena-mestiza-negroide. La República del Perú fue la heredera del virreinato del Perú. (HR, t. 1, pp. VIII-IX)

La identidad histórica del Perú

¿Qué tenían de común en 1824 un labriego de Piura *y* un labriego del Cuzco,

por ejemplo? Muy poco, evidentemente. Pero ambos *y* otros como ellos *y* sus antepasados vivían dentro del mismo ámbito político-administrativo *y* no únicamente desde el siglo XVI sino desde muchos siglos antes de los incas. Este molde impalpable influyó, de una manera u otra, sobre su niñez, su juventud, su adolescencia, su ancianidad *y* sobre las de sus familiares. ¡Cuántos son los pueblos europeos, asiáticos *y* africanos que carecen de esa larga continuidad en su destino histórico! No faltan, por el contrario, los que hállanse aglutinados apenas desde hace pocos años. De otro lado, aquel piurano *y* aquel cuzqueño, a pesar de sus notorias diferencias, seguramente descendían de súbditos del Tahuantinsuyu o de reinos anteriores, ligados a esas tierras o a otras en contacto con ellas; y tenían en su sangre o, por lo menos, en parte de sus cultivos, su ganado, sus aves domésticas, sus vestidos, sus viviendas *y* otras cosas, tales *o* cuales, aunque fuesen mínimos, elementos culturales provenientes de los conquistadores *y* colonizadores españoles *o* de quienes llegaron después de ellos. No fue el caso de la dominación austriaca sobre Hungría desde el siglo XVI hasta 1918, que no alteró la identidad de este país, la raza, el idioma *y* la conciencia magiares. Y aunque hoy sabios minuciosos discriminen nuestros factores autóctonos bajo distintos sincretismos, aquellas mismas paradojas ostentan semejanzas entre si. Observando el acontecer histórico desde otro nivel, en el ya tan viejo virreinato del Perú abundaban, por cierto, las diferencias, las contradicciones y las desigualdades. Miopes son quienes pretenden ignorarlas. Pero el mestizaje, por más sentido relativo o limitado que se le otorgue, le confería una peculariedad sin semejanza con la estructura de África del sur, donde por tanto tiempo ha regido el *apartheid* entre la minoría blanca gobernante y las mayorías negras dispersas; y aún con el cuadro que presentaba y presenta Estados Unidos, donde era y es fácil encontrar una coexistencia bipolar que ubica a los blancos de un lado *y* a los negros e indios en otro plano. A este último argumento, a veces, responden escritores norteamericanos, con su complejo de superioridad en relación con América Latina, que allá el nígger *y* el antiguo "piel roja" saben en qué país se encuentran; mientras que un aborigen de Paucartamba *o* de Aija, por ejemplo, ignora la condición de peruano. Sin embargo, se trata de un doloroso problema de analfabetismo que tiende a ser superado gradualmente en un país subdesarrollado *y* en una sociedad muy lejana al mundo postindustrial. En todo caso, las manchas raciales quechuas *y* aimaras en el Perú no forman núcleos homogéneos, ni compactos, ni son conscientes de su personalidad colectiva. Hállanse dispersas e incrustadas de norte a sur, en zonas donde viven también cholos *o* mestizos de distintas variedades *y* hasta blancos. Por eso, fue vana la tentativa de la burocracia comunista en los congresos de Montevideo *y* de Buenos Aires en 1929 para enarbolar en estas tierras la bandera europea de las minorías oprimidas *y* propiciar la formación de repúblicas indígenas.

Viajeros contemporáneos de Indonesia hallan en aquel inmenso territorio cuya independencia no cuenta aún muchos años, el creciente distanciamiento entre la mayoría musulmana predominante en la población aunque no en la vida pública actual *y* los que viven fuera del islamismo.

Entre estos últimos cabe hallar, de un lado, cristianos; *y,* de otro, a quienes tienden cada vez más a acercarse a la fe javanesa con su propio equipo de dioses *y* de diosas *y* con raíces animistas e influencias del hinduismo, del budismo y aun de los prosélitos de Mahoma. Los contrastes de origen religioso ayudan a viejas fuerzas centrífugas de tipo étnico y geográfico; y sus derivaciones gravitan con posibilidades explosivas en el futuro sobre la vida social y política. En Indonesia sí hay enorme dificultad para siquiera buscar una identidad nacional.

De otro lado, tampoco existen, entre nosotros, activas e insalvables rivalidades de origen cultural y expresión lingüística como las que separan históricamente a anglocanadienses y a francocanadienses y llegan la época actual.

Y dentro de los múltiples y graves problemas ostensibles o latentes en el vasto territorio del virreinato peruano que la republica heredó, no había ni hay nada semejante al que simbolizan los territorios, las poblaciones y los idiomas del país Vasco y de Cataluña (y en menor grado los de Galicia) en España. Igualmente no poseemos ni hemos tenido micronacionalismos como el bretón, el corso y el vasco en Francia, el galés y el escocés en Inglaterra, el de Sardinia y Sicilia en Italia, el de flamencos y valones en Bélgica, paradojalmente revividos en esta época de las superpotencias y del crecimiento en el mundo postindustrial.

Las repúblicas hispanoamericas – y el Perú no fue sino una entre ellas – se sintieron, desde la primera etapa de su vida independiente, separadas e individualizadas desde el punto de vista político y administrativo; diferentes de otras colectividades hermanas, inclusive de las que fueron, en los momentos epocales de la áspera y larga guerra con los españoles de 1820 a 1824. "auxiliares" o "aliadas". No fue sólo por la voluntad de hombres ambiciosos que tenían las armas en las manos; funciono también el voto de los Congresos y los cabildos, entidades estas de tipo local heredadas del régimen colonial así como el clamor de los "cabildos abiertos", asambleas multipartidarias en las ciudades grandes y pequeñas. A pesar de la ausencia de una unidad de raza en cada flamante Estado, ninguno de los erigidos a partir de 1827 desapareció; y, antes bien, surgieron otros después. Así, no obstante que todos poseían oficialmente el mismo idioma vino la diferenciación de entidades estatales. Hasta llegaron demasiado pronto, absurdamente, a guerrear vecinos contra vecinos. En estas campañas, tal como ocurrieron entre 1810 y 1825 y también en las frecuentes jornadas de las querellas internas, estuvieron juntos quienes el reclutamiento capturó en el norte, en el centro o en el sur. (HR, v. I, pp. IX-X)

2. PANORAMA DE SU DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL

Las tensiones externas y las tensiones internas

Desde el punto de vista de su posición geográfica céntrica en el continente sudamericano y su estado social, el Perú presentó una situación muy difícil al terminar la guerra de la independencia y en los años que vinieron después, por nueve motivos.

1. Sus fronteras eran muy dilatadas y carecían de una demarcación fija ante los cuatro vecinos, en el E. en el N. y el S.;
2. La guerra de la independencia había sido larga, dura y sangrienta, lo había desangrado y empobrecido inmensamente desde hace mucho antes de la Expedición Libertadora, dejándole problemas adicionales;
3. Como resultado de esta guerra, quedaron en el Perú, como en su vecina del sur, Bolivia, ejércitos auxiliares colombianos;
4. La dificultad de comunicaciones hacía complicada y discontinua la relación entre la capital y las provincias, entre el centro y las extremidades del país;
5. Había, desde la época colonial, un abismo cultural, social y económico entre las reducidas clases ilustradas y la gran masa indígena,
6. La emigración de una gran parte de los funcionarios peninsulares y de algunos peruanos, así como las circunstancias políticas, militares e ideológicas de los años entre la proclamación de la independencia y la batalla de Ayacucho, desarticularon el aparato del estado;
7. El fenómeno político se presentó con caracteres de gran inestabilidad,

8. El descubrimiento y la explotación del guano desde 1842 envenenaron la vida hacendaria, económica, política, administrativa y social del país hasta los días de la guerra con Chile.

9. Colocado el Perú en la zona céntrica del Pacífico sudamericano, sin que el canal de Panamá se hubiese construido, hallábase de espaldas a Europa. El primer puerto importante que encontraban los navíos después de su navegación en el Atlántico era Valparaíso. Esta situación dificultó la llegada de corrientes inmigratorias blancas y, aliado de factores sociales, ayudó al ingreso primero de chinos y posteriormente de japoneses.

Al extremo sur del continente, Chile; liquidó la guerra de la independencia en plazo relativamente breve y vivió libre de todo problema de fronteras por muchos años, pues tuyo por linderos, de un lado, al mar; de otro, la Cordillera de los Andes que lo separaba de la anarquizada Argentina; y, al norte, el desierto que los alejó, hasta bien avanzado el siglo XIX, de Bolivia y el Perú. A solas, por su cuenta, libre de toda complicación internacional y de toda pesada carga de daño o destrucción en su propio territorio, logró aquel país orientar los problemas de la organización y la estructuración interna; con su oligarquía dirigente intacta -allí sí hubo oligarquía intacta - favorecida por la cercanía entre sus dos grandes centros urbanos y políticos, Santiago y Concepción. Esa oligarquía, con una orientación intelectual dada a través de muchos años por Andrés Bello, cuya influencia no debe ser subestimada, supo absorber a hombres provenientes de estratos sociales bajos (como Manuel Montt, presidente de 1850 a 1860). Sólo muchos años más tarde, gracias a la victoria sobre el Perú y Bolivia, la heredad chilena se extendió hacia el norte, que el salitre explotado por el capital británico dominó, y también, más pacíficamente, hacia el sur, fecundado por la inmigración europea.

En el caso de los países como Colombia y Venezuela, aunque en ellos surgió, por obra del genio de Bolívar, una vasta aunque efímera federación, ninguno de ellos se enfrentó, dentro de ésta, a posibles mermas territoriales; y cada uno dispuso, por otra parte, a consecuencia de la trayectoria de la guerra de la independencia, de fuerzas propias, políticas y militares.

Apenas empezada su vida independiente, el Perú tuvo ante sí hasta siete zonas críticas, cuatro en el norte y tres en el sur: Guayaquil, Tumbes, Jaén, Maynas, el Alto Perú, Tacna-Arica- Tarapacá y Arequipa-Puno-Cuzco.

En Guayaquil existió un partido peruano hasta la guerra de 1829. Jaén fue, durante muchos años, material del debate diplomático con el Ecuador. Tumbes también llegó a ser reclamado por este país, a pesar de que, durante el virreinato, había sido parte integrante de la Intendencia de Trujillo y del partido de Piura, que comprendió esta parroquia y la de Amotape; y no obstante que juró la independencia del Perú el 7 de enero de 1821. Maynas, con Tumbes y Jaén, llegó a constituir, al avanzar el siglo XIX y a lo largo del siglo XX, una aspiración nacional ecuatoriana, si bien ella no existió entre 1830 y 1840, como se prueba en el libro *Historia de la república del Perú.*

Dominado por tendencias centrífugas hacia el norte en un período inicial, que abarcó desde 1823 hasta 1829, el Perú conoció luego tendencias centrífugas hacia el sur entre 1829-1842.

La creación de la República de Bolivia vino a ser una bomba de tiempo. Bolivia ambicionó Arica y, por lo tanto, el territorio circundante desde 1825. Dicha zona, según algunos autores, integra una unidad con el altiplano. La idea de formar con Arequipa, Cuzco y Puna un Estado independiente o de unir estos departamentos a Bolivia dentro de un régimen federal estuvo flotando entre 1826 y 1836 y algunos años

más tarde, por ejemplo, en 1849.

Aparte de los problemas conexos con las siete zonas críticas ya mencionadas, existió la eventualidad histórica de que el Perú se convirtiera, entre 1825 y 1826, en Estado satélite de Colombia; o en provincia de una vasta república bolivariana, cuyos límites hubieran ido desde el Orinoco hasta Potosí. Este proyecto no duró largo tiempo, ni podía enraizarse por imperativos geográficos. Lo que sí constituyó un hecho permanente (ahondado por el desarrollo posterior de los problemas de límites con los vecinos Ecuador, Colombia, Brasil, Bolivia y Chile, y por el surgimiento de otras complicaciones internacionales) fue la persistencia de tensiones externas. Hundido en ellas transcurrió gran parte del acontecer republicano peruano. Aliado de las hondas y desgarradoras tensiones internas (derivadas de las diferencias en la condición social y en el nivel de vida de la población, de los contrastes geográficos, de la inestabilidad política y de la supervivencia de un Estado empírico), las tensiones externas tuvieron muchas veces, en ilusoria apariencia, contenido más influyente; presentaron complejidad que en otros países americanos no existía; y demandaron considerables cantidades de atención, de esfuerzo que en muchas ocasiones llegó al sacrificio, de sangre, de tiempo, de inteligencia y de dinero. Así como los meridianos y los paralelos determinan la ubicación de los lugares geográficos, la interpretación de la historia republicana del Perú no puede hacerse cabalmente si no se toman en cuenta las tensiones externas y las tensiones internas que la han caracterizado de modo pertinaz. (PPP r., pp. 320-324) [1978]

La evolución de las clases sociales durante la República

EL MILITARISMO

El militarismo nace de tres causas: como reconocimiento nacional a los triunfadores en contiendas decisivas o como escarmiento después de la derrota o en situaciones de indecisión política y social (liquidación de una dictadura, defensa desesperada contra la revolución social). En el primer caso se trata de "una deuda nacional de triunfo a la que se abona crecidos intereses, morales y materiales; o nacional codicia por un negocio de expansión territorial o comercial en el que se agotan capitales de moneda y de espíritu". En el segundo y tercer caso se trata tan sólo de que el ejército es la única institución materialmente fuerte y, además, la clase mejor organizada en instantes de debilidad colectiva.

El Perú ha tenido dos tipos de militarismos: el militarismo después de la victoria y el militarismo después de la denota. Se dibujan ya los contornos de un militarismo del tercer tipo.

Desde el principio, el militarismo, a pesar de haber albergado en su seno a representantes de las clases altas -en mayor proporción de lo que ocurre en la época actual- cumplió aquí una misión democrática al encumbrar a indios y mestizos, dándoles la única válvula de ascensión social que podía existir en aquella sociedad.

El ejército peruano no fue nunca "ejército nobleza"; se acercó más al "ejército nación". Con ello ofrece esperanzas de que contribuirá, en lo futuro, a la transformación de la nación en pos de la justicia social.

LA NOBLEZA Y LOS ENRIQUECIDOS

La infer-estructura colonial perduró en los primeros tiempos de la república. Un fenómeno, en otros casos cambiante y nervioso por su esencia, pero estático aquí, la moda femenina (supervivencia de la saya y el manto hasta 1860) es su representación

más visible. Perduraron buena parte de los privilegios coloniales (latifundios, privilegios eclesiásticos, etc.), y los que llegaron a ser liquidados lo fueron parcial o lentamente (mayorazgos, vinculaciones, diezmos y primicias, fueros).

No había sido la nobleza peruana, como puede colegirse de la revisión hecha anteriormente, una capa social única o impermeable a través de toda la colonia. Su génesis había sido varia: la conquista en primer lugar; luego, cuando vino el entronizamiento del virreinato, los conquistadores o sus descendientes fueron, en realidad, pospuestos ante los funcionarios o aristócratas venidos de España; por último, en el siglo XVIII, aumentó la venta de títulos de nobleza por las urgencias económicas de la corona, alcanzando esos honores familias españolas de origen comercial y burgués avecindadas en el Perú. Este mismo proceso de integración y desintegración constantes se aceleró en la república. La ascensión comercial y burguesa iniciada en el siglo XVIII se acentuó; pero si entonces ella giró alrededor de los cánones nobiliarios, en el siglo XIX la nobleza fue paulatinamente poniéndose bajo la esfera de la influencia de los enriquecidos so pena de desaparecer, aunque sin perder la vida social su carácter jerárquico.

La nobleza colonial, carente de entrenamiento político o directivo y empobrecida con la guerra de la emancipación y las guerras civiles posteriores, no tuvo el poder político; pero conservó su poder social. La falencia del erario -sujeto, por las revoluciones, al régimen de los empréstitos internos - impide en los primeros años la postergación social y aun económica de la nobleza antigua. A partir de 1842 empieza la lotería fabulosa del guano. Se descubren las propiedades fertilizantes de este abono; su demanda para la agricultura europea se hace intensa; el Perú lo tiene en grandes cantidades y de la mejor calidad en islas que permiten la más fácil extracción. El guano, negociado, mediante un oneroso sistema de consignaciones (la venta por contratantes particulares a nombre del Estado, con comisiones para ellos, venta incontrolada que da lugar, además, a un oneroso sistema de préstamos de los consignatarios al Estado) ejerce una influencia triple en la evolución histórica del Perú: acentúa el carácter costeño de la vida republicana; produce una enorme pero pasajera bonanza presupuestal que redunda en la crisis y en la bancarrota, ya que a los errores de las consignaciones mismas se agrega el despilfarro en los gastos públicos y el abandono de la creación y ordenación sistemada de impuestos; y da lugar al encumbramiento de una nueva clase social. Esta nueva clase social de enriquecidos se enlaza con parte de la antigua nobleza genealógica. Comunidad de intereses comerciales y financieros, matrimonios de enriquecidos con mujeres aristocráticas, matrimonios de aristócratas con hijas de enriquecidos, los ligan. La clase plutocrático-aristocrática usufructúa de los pingües provechos que a la agricultura de la costa produce la introducción de los *coolíes* chinos como braceros, introducción precipitada en grande escala después de la manumisión de los negros esclavos.

Pasan los años y el militarismo se va desacreditando. Han desaparecido ya los "mariscales de Ayacucho", es decir, los combatientes en aquella batalla convertidos más tarde en presidentes y caudillos. El creciente malestar económico y financiero obliga a dar preponderancia en las luchas políticas a este factor. Cuando llega al poder Balta -hombre de cortos alcances y de violentas pasiones-, su ministro de Hacienda, un jurisconsulto eminente, el Dr. Francisco García Calderón, renuncia casi al mismo tiempo de ser nombrado, a causa de la grave situación financiera, pues el erario está exhausto y lleno de deudas a los consignatarios. Entonces es llamado al ministerio el hijo de un sabio que fue antiguo Ministro de Hacienda y que vivió pobre en medio de la dilapidación: un joven de treinta años, antiguo seminarista, antiguo periodista. Este hombre casi desconocido, Nicolás de Piérola, afronta la situación con, una actitud revolucionaria. Hiere gravemente a los intereses de las clases capitalistas nacionales que formaban casi en su totalidad la clase adinerada; y para ello corta las amarras con

que tenían ellos sujetado al fisco y negocia el guano con el contratista judío francés Dreyfus. Piérola, pues, llama al capitalismo extranjero como reacción contra el capitalismo nacional y sostiene impávido la agitación protestante de los perjudicados y sus poderosos elementos afines en la sociedad, el parlamento y la magistratura. Pero, apartado Piérola, el gobierno entra en una loca carrera de empréstitos y negociados y se desprestigia por estas dilapidaciones principalmente y también por sus medidas arbitrarias y hasta por la incipiente ingerencia clerical que en él se oculta.

Es así como en 1872 en nombre de una renovación administrativa -la "República Práctica" - sube al poder con gran popularidad el partido civil, que viene a ser la concreción política de la nueva clase dirigente plutocrático-aristocrática. Se ha visto ya las causas de esta popularidad. Pero sobre todo, esta popularidad hace crisis por la traición de los Gutiérrez contra Balta y por el horrendo asesinato de éste. Jefe de este partido es Manuel Pardo, hijo de un antiguo político, periodista aristocrático y poeta autoritarista. "Parece haber nacido -dice de él en 1872 Mariano Amézaga en su acerado folleto *Galería Financiera* - con dos propensiones igualmente enérgicas, la de acumular oro y la de enseñorearse en las altas regiones de la política"

El predominio de la clase plutocrático-aristocrática queda consolidado en el Perú. Como el civilismo llega a ser la concreción política de esta clase, la muerte de Manuel Pardo no acaba con dicho partido, caso distinto al de todos los demás partidos nacionales. El predominio civilista preside la gradual evolución de la moda y las costumbres bajo la influencia de España o Francia, la creciente importación del europeísmo dentro de la infer-estructura colonial inalterable.

EL CLERO

La iglesia fue la única institución de la colonia que sobrevivió plenamente en la república. Su permanencia y su raigambre símbolo son de que la república no significó una diferenciación en la estructura auténtica del país.

Dice Blanco Fombona que la emancipación fue católica en el sur y laicista en el norte: en Venezuela los frailes predicaban que los temblores eran un castigo divino contra los insurgentes y en el Río de la Plata la Virgen era nombrada patrona de las armas. La emancipación peruana fue, en eso, sureña. El alto clero combatió a la revolución: hubo obispos que lanzaron pastoral es furiosas de españolismo; en cambio del bajo clero salieron agitadores abnegados, tribunos fogosos, guerrilleros indomables.

El clero tuvo una influencia familiar y una influencia pública: por la primera le estaban abiertas las interioridades de los hogares, aun los linajudos y aristocráticos. Por la segunda, alrededor de los conventos y monasterios menudeaba una turba de gente afecta; las procesiones eran solemnes y magníficos acontecimientos populares y locales incluyendo trozos de folclore como danza de los diablos y los autos de moros y cristianos; las fiestas religiosas conmovían a la sociedad entera: el toque de oración deteniendo el tráfico y las conversaciones y haciendo arrodillarse a hombres y mujeres es el símbolo de esta época. El más definido tipo de nuestra literatura en la primera mitad del siglo XIX tiene algo de clerical: es la beata Ña Catita que pintó en una de sus comedias Manuel Ascensio Segura.

Pese a los ingresos pingües, las contribuciones de los fieles, las rentas de los bienes, los legados, las colectas, el apoyo del Estado, la Iglesia no mantenía hospitales, no extendía la caridad, no instruía a los indígenas, en gran escala. Los conventos subsistían en número casi o idéntico al crecido que alcanzaron durante la colonia, aunque con cierto relajamiento en las costumbres y decadencia en el fervor

que otrora dio lugar a las misiones en el oriente. Imperaba, en las parroquias, la práctica de las mayordomías, exigíase dinero para los bautizos incluyendo propinas para los sacristanes y a veces capillo o dádivas para el pueblo; cobrábanse el sacar las imágenes en procesión, las visitas, alferazgos, venta de bulas, ofrendas del mes de noviembre; eran onerosas también todas las ceremonias anexas al matrimonio y sólo responsos y derechos parroquiales merecían los cadáveres de los pobres, aunque el entierro de los más acomodados era de cruz mayor con cuerpo presente y honras de mes de duelo.

En relación con los privilegios legales de la Iglesia, la evolución del siglo XIX marca su lenta pero inexorable desaparición. El derecho de así lo, la autorización para efectuar los entierros en los conventos y otros privilegios análogos de la Iglesia habían sido liquidados ya desde la época colonial. La abolición de los fueros fue aprobada limitativamente en la Convención Nacional de 1856, después de tempestuosos incidentes con una cláusula adicional que decía "No se menoscaba la jurisdicción sobre materia eclesiástica que corresponde a los tribunales designados por las leyes canónicas; ni se autoriza para proceder a la detención ni a la ejecución de penas corporales contra personas eclesiásticas sino conforme a los cánones" (art. 6). Pero la Constitución de 1860, mucho más moderada que la de 1856, acentuó la tendencia de este principio abolicionista incluyéndolo sin taxativas.

De otro lado fueron suprimidas también en la Constitución de 1856 las vinculaciones eclesiásticas. La ley del 10 de agosto de 1856 suprimió los diezmos, las primicias y derechos parroquiales. Se discutió en 1856 y 1867 la tolerancia de cultos y significativamente la votación se repartió así: en 1856 por la tolerancia 22 votos y 46 en contra, en 1867 por la tolerancia 43 y 40 en contra.

La autorización del uso del cementerio para los no católicos, lograda por resolución de noviembre de 1868; el establecimiento de los registros civiles municipales en 1873 al lado de los parroquiales; la implantación del matrimonio civil para los no católicos hecha por ley de 23 de diciembre de 1897 y libre de su reglamento limitativo en 1903; la supresión de la prohibición para enajenar que las comunidades religiosas tenían hasta el 30 de setiembre de 1901; la tolerancia de cultos implantada desde el 11 de noviembre de 1915, señalan otros jalones en el mismo camino de liquidación de los privilegios clericales, realizada (sin apoyarse en movimientos continuos de opinión agitados por partidos estables.

Por lo demás, el clero a principios del XIX influenciado, por lo menos en ciertos sectores selectos, por el regalismo y el liberalismo que aceptaban la intervención del Estado en los asuntos eclesiásticos relacionados con la vida civil, se va tornando más tarde sumiso a Roma y rígidamente ultramontano. La declaración de la infalibilidad del papa marca la culminación de este proceso.

LAS CLASES MEDIAS

Las clases medias son prósperas y poderosas cuando las favorecen el desarrollo de la instrucción, el comercio y la industria. Ello no ocurrió en el Perú en el siglo XIX. Y las clases medias tampoco adquirieron entonces un honor beligerante. El Perú se dividió en dos capas: la capa superior, humor beligerante. El Perú se dividió en dos capas: la capa superior primero nobiliaria y luego plitocrática, y la masa. Quienes, sobre todo por la política, emergieron desde la masa se pusieron al servicio de la capa superior; y así el estatismo social subsitió bajo las inquietudes políticas.

La insipiencia de la instrucción pública tuvo múltiples aspectos. Entre ellos están la escasez de escuelas, la desorientación y anarquía del plan educacional, las

deficiencias del profesorado y la desatención y anarquía del plan educacional, las deficiencias del profesorado y la desatención para sus necesidades, el olvido de la adecuación de la enseñanza a las conveniencias e interés del país, el literalismo filosofante.

El cuadro del comercio y de las industrias nacionales no ofrecía mayores perspectivas para las clases medias. Error de la época colonial había sido el considerar a la minería con única riqueza nacional por la extraordinaria abundancia de metales existentes en el Perú y por las dificultades para la agricultura a causa de la falta de agua en la costa, y lo quebrado y hostil de la sierra. Ya en las postrimerías coloniales cayó en decadencia la minería; y la destrucción de las minas de Pasco y otras durante la guerra de la independencia, la abolición legal de las mitas, la falta de capitales y de maquinas y el desarrollo posterior de la economía nacional a base del guano acrecentaron esa decadencia.

En decadencia, también, la agricultura por la falta de capitales y de brazos, por los cupos, saqueos y desórdenes de las revoluciones y la abolición de la esclavitud realizada en 1854 que pareció cerrar sus últimas esperanzas hasta que vino la inmigración china abriendo una era de enrome prosperidad. Pero como el régimen de la gran propiedad no había sufrido alteraciones, la riqueza producida entonces por el sudor y la sangre de los nuevos esclavos quedó para la minoría privilegiada. Y nunca la riqueza agraria llegó a ser más pingüe que la riqueza lograda a base fiscal.

Nuestra conformación social – económico – territorial resultó paradojalmente análoga a la de los países orientales de Europa. Como en Grecia, Bulgaria, Rumania, Serbia, Checoslovaquia, la industrialización llegó a principios del siglo XX intermitentemente, alrededor de unos cuantos focos urbanos, manteniéndose la feudalidad económica a pesar de la liberación de Turquía en los países balcánicos. Una masa aldeana, vasta, abandonada, ignorante; una historia política inestable hasta llegar a lo bufo completan nuestras semejanzas con los Balcanes. Las diferencias, para tema de la cuestión territorial, valen menos: mayor salvajismo e intensidad de vida allá.

Las semejanzas con Rusia, si bien grandes desde el punto de vista económico y aun folclórico, se atenúan en lo que respecta al régimen político. Rusia hasta 1917 no había sufrido las consecuencias de la Revolución Francesa; América Latina las había recibido por lo menos parcialmente. No debe olvidarse tampoco que la revolución se produjo en Rusia a consecuencia del profundo disloque causado por la derrota y la invasión en la guerra iniciada en 1914; y que la tradición revolucionaria era allí vieja, heroica e ilustre. Además Rusia no es un país semicolonial.

La industrialización del país no se produjo. Razones geográficas y económicas lo determinaron principalmente. La primera huelga – hecho se debió no como ocurriera en Europa por la explotación del capital la importación de los artículos elaborados en el extranjero por el capitalismo (21 y 22 de diciembre de 1859).

Extranjeros fueron los impulsores del comercio y los dueños de los servicios de transportes. Por mucho tiempo la profesión comercial fue incompatible con la calidad de “gente decente” y decir “extranjero” fue referirse a “comerciante”. Nuestra sociedad careció por lo general hasta la época de Balta (1869 a 1872) de los que se ha llamado el sentido reverencial del dinero, esa preocupación absorbente por la ganancia. Predominó luego del sentido del dinero pero siempre como medio y no como fin. Y a pesar de todo, la idiosincrasia nacional aún no comprende la voluptuosidad de la empresa, que, sin necesidad material, impulsa a trabajar por trabajar a los grandes capitanes de la economía yanqui, herederos, según comentarios sutiles, del espíritu decidido y dinámico y de la seriedad mental de los puritanos.

Todo ello, unido a la prosperidad fiscal aparente marcada por el guano, favoreció a la empleomanía. Abundaron los puestos públicos no obstante de que la administración siguió lenta, desganada, enredada. El cesante y el aspirante fueron tipos populares corrientes y numerosos.

Pero si es así como no se perfilaron las clases medias, tampoco surgió el choque entre capitalistas y proletarios, sin que ello quiera decir que no hubo explotación.

El capitalismo hizo su aparición tardíamente y sólo con la navegación a vapor, con los ferrocarriles y con otras empresas públicas más que con las empresas privadas. Al mismo tiempo, y con mayor importancia acaso, hizo su aparición con los empréstitos, tan inconvenientes y funestos históricamente en el Perú. Útil en las empresas de servicio público, el capitalismo fue funesto en esta forma financiera por los intereses que cobró, por las especulaciones a que dio lugar, por lo oneroso que resultó al erario, por lo peligroso que fue para la ciudadanía. Por capitales clamaban entonces nuestra agricultura, nuestra minería, nuestro territorio entero. Ahora mismo este clamor subsiste; lo contrario sería tener gestos hastiados de don Juan Orlando se es virgen. Pero el capital necesario es el capital benéfico, el de Wheelwright, introductor de la navegación a vapor, y no el de Dreyfus, contratista fiscal.

Las clases populares. Los indígenas.

El indio no vio prácticamente la transición de la colonia a la república. Varios años después de que Rodil había arriado el estandarte español de las almenas del Real Felipe, los indios salvajes de Huanta todavía combatían por el rey.

Las procesiones, los curas, los amos, el pongaje, la servidumbre, las exacciones, el atraso en el cultivo continuaron. La legislación republicana fue un trasiego de Francia y era básica en la legislación francesa la reacción individualista contra la feudalidad. Por esa reacción tuvimos entonces las leyes que reparten las comunidades entre los indios. El Código Civil de 1852 se inspiró, naturalmente, en el Código de Napoleón; y en menor grado, en las legislaciones española y romana.

Producto no del medio, como la flora y la fauna, distante de la voz de la raza, la legislación civil ignoró a la comunidad y al indio. Así el Perú republicano fue inferior a la colonia, que tuvo abundantes disposiciones creando, siquiera teóricamente, una tutela social para la raza aborigen.

En tanto no hubo límites para el derecho de adquisición territorial, ni sanciones para la falta o el atraso en el cultivo, ni siquiera la sanción indirecta del impuesto. La feudalidad -feudalidad económica- perduró.

De otro lado, el tributo -contribución colonial- perduró oficialmente hasta 1854. Abolido en una revolución entonces, el mismo Castilla que firmó el decreto respectivo quiso restablecerlo cuando llegó al gobierno. Prado en 1866, Pardo en 1872, Cáceres en 1886, lo restablecieron efectivamente suscitando sangrientos desórdenes. Hasta ahora subsiste en parte, en forma de servicio personal.

Se ha dicho que entre lo rural y lo agrario hay diferencia. Lo agrario no está en desacuerdo con el espíritu industrial, la preocupación técnica, el dinamismo, la progresividad. Es, en suma, la técnica de la ciudad trasladada al campo. De por sí, el campo es conservador, retrógrado, impasible. Cuando se conmueve, es que la ciudad llega hasta él. A veces va a la sublevación negativa pero no a la revolución y hasta defiende el pasado como en la Vandee en Francia, en el carlismo español, en los "tejo-nes" de la novela rusa. Es lo rural, lo genuinamente campesino: el hombre pegado en la gleba, orgánicamente adscrito a ella, como un ingrediente del paisaje. No se

engarfia lo rural con lo distante: ignora a la nación y al Estado hasta que le cobran el impuesto, lo reclutan para el cuartel o ve llegar a los soldados extranjeros que no suelen cometer mayores excesos que los propios.

El Perú fue, pues, rural, profundamente rural y no agrícola.

El contraste resultó enorme. De un lado, unas cuantas calles con gas, ferrocarril y miles de ciudadanos; y de otro, cientos de miles diseminadas arando la vega, escardando la huerta, empujando el ganado en la dehesa. Sólo para los primeros existieron los códigos, el parlamento, la prensa, las escuelas. El sentir y el pensar de los otros no se articularon con el sentir y pensar nacionales.

El estatismo a pesar de la emancipación tiene una explicación. En las regiones montañosas o labriegas *ese* estatismo es natural. En los *países* de llanuras el caballo, en cambio, resultó un elemento de movilización. "Si los caballos tártaros conquistaron a China y los caballos árabes fundaron el imperio de la media luna, los caballos españoles realizaron la conquista de América y los caballos gauchos y llaneros destruyeron la dominación española en el Nuevo Mundo". Este fenómeno fue visto ya por Sarmiento. "En Venezuela y la República Argentina los llaneros y la montañera han ejercido suprema influencia en las guerras civiles habilitando a las antiguas razas a mezclarse y refundirse, ejerciendo como masas populares a caballo la más violenta acción contra la civilización colonial y las instituciones de origen europeo".

LAS CLASES POPULARES. LOS NEGROS

El pueblo de la costa fue en la campiña, salvo en el sur, predominantemente negro. No tuvo la esclavitud en el Perú los caracteres crueles que en Norteamérica; basta comparar *La Cabaña del Tío Tom,* la típica novela antiesclavista, con *Matalaché,* la novela sobre el esclavo peruano, de Enrique López Albújar. Peones de las haciendas, los negros fueron también sirvientes de las casas grandes y ocuparon algunos puestos inferiores en los gremios de las ciudades. Se ha dicho que tienen los negros la ligereza, la imprevisión, la volubilidad, la tendencia a la mentira, la inteligencia viva y limitada, la pereza para el trabajo, que el niño tiene. Su influencia correspondió a *esos* caracteres. Impusieron sus bailes en el folclore popular; dieron al culto religioso mayor abigarramiento, mayor colorido y mayor materialismo; rodearon de agorerías y de consejas la niñez de los hijos de grandes familias; enseñaron a amar más y gozar más la vida. En resumen, fue el suyo un aporte de sensualidad y de superstición.

La emancipación de los negros en 1854 los llevó a la política. Se convirtieron en agentes de las algaradas electorales; fueron los adalides del capitulerismo criollo hecho de gritos y de embriaguez.

Mas tarde, el elemento netamente negro pierde su sentido propio a causa del mestizaje. El chino, mezclado a los elementos étnicos previos en el pueblo, acentúa este mestizaje. En este sentido, Lima con sus negros, zambos, chinos y blancos, con sus zonas tan disímiles -el Cercado, Malambo, Hoyos y las nuevas avenidas- sería la ciudad representativa si tuviese un porcentaje de indígenas.

No debe olvidarse que gran parte del pueblo es mestizo en el sentido amplio de esta palabra, el que la identifica con la mezcla de razas. Esta mezcla de razas se hizo más fácil en este país donde los españoles encontraron sociedades constituidas y semicivilizadas, de tipo agrícola de población muy numerosa; fenómeno muy distinto al de aquellas regiones de América donde hubieron de vencer a gran número de tribus de carácter cazador y no agricultor, belicosas y dispersas en un territorio que no ofrecía ventajas para la vida.

Parece que todavía es necesaria la, defensa del mestizaje. Todavía hay que repetir, por lo visto, que los pueblos se diferencian de los pueblos por los ambientes y la contextura social más que por la raza. El caso del Japón asimilando rápidamente la civilización occidental es un dato sobre la permeabilidad de las razas llamadas inferiores. Cuando Grecia decayó - también se ha dicho -, ¿no era el griego de la misma raza de Pericles y de Platón? Además, la mezcla de razas significa un fenómeno viejísimo en la humanidad y hasta necesario para su marcha, que es la interferencia de las culturas y de las influencias. Si el mestizaje en algunos casos es la anemia y la maldad, en otros casos es la superación y la originalidad. Los grandes representativos de la América auténtica han sido mestizos desde Garcilaso Inca hasta Bolívar. Producto del amor y de la fusión de castas, el mestizaje llena una bella misión unitiva. Pero su advenimiento en América coincidió con un fenómeno de decadencia económica y política en España y luego con la emancipación americana lograda a pesar de inmensas dificultades y ante tremendos peligros; por *eso* el desgarrado carácter de su historia aÚn en forja y en gesta. (PPP, pp. 106-122)

LAS ETAPAS ECÓNOMICAS EN LA SOCIEDAD REPUBLICANA

La sociedad peruana, a lo largo del siglo XIX y la primera parte del siglo XX, no siguió ni pudo seguir una vida quieta. En los niveles más altos de ella hubo, por lo menos, las siguientes etapas:

a) La pobreza general después de las luchas de la independencia y de las que siguieron en los años anteriores a la explotación del guano sin cambios jerárquicos en la estructura social excepto los derivados del militarismo, el caudillaje y la inestabilidad política y administrativa.

b) El rápido enriquecimiento ilícito de los favorecidos con la consolidación y con la conversión de la deuda interna entre 1851 y 1853. Dicho pequeño grupo, cuyo éxito escandalizó a una sociedad aún hondamente tradicionalista más que los desbordes cínicos de épocas posteriores, no dejó huellas visibles, excepto en lo que atañe a la vida urbana y la agricultura costeña.

c) La formación de un sólido grupo plutocrático nacional después que la consignación del guano a la Gran Bretaña le fue entregada, desde el 14 de febrero de 1861, en cumplimiento de un anhelo nacionalista expresado ya en la resolución legislativa del 10 de noviembre de 1849 y reiterada por la de 27 de agosto de 1860 en el sentido de que fuesen preferidos en los contratos sobre expendio del guano "los hijos del país". "Hay precedentes muy significativos - dijo el fiscal Manuel Toribio Ureta en un dictamen fechado el 11 de setiembre de 1869- que demuestran no ser indiferente, para las conveniencias del país, la observación de la ley protectora de los nacionales. Centenares de millones de pesos en valores de guano nacional han pasado por las manos de las consignaciones Gibbs. *Éstos han quedado opulentos en Londres,* y *de esa opulencia no se ha formado en el Perú la pobre fortuna de un aldeano. [*]* [Las cursivas son nuestras.). Recuérdese que el anhelo de entregar el guano a los "hijos del país" fue expresado ya en 1849. Por desgracia, no fue sana la política de la Compañía Nacional de Consignación; y en 1869 el Estado, cuando era Ministro de Hacienda Nicolás de Piérola, le entabló un juicio en Londres que pasó por largas alternativas hasta que en 1879, por una oscura maniobra llamada "transacción", la casa Thomson Bonar, que había sido agente de los consignatarios, abonó al Tesoro peruano una suma de dinero.

---

[*] Alfredo Gastón: *Compilación de las Vistas Fiscales que en materia judicial y administrativa se ha expedido en el Perú desde el año de 1840 hasta 1870, por los doctores D. José Gregario Paz Soldán y D. Manuel Toribio Ureta.* V. 11, lima, Imp. del Estado. 1875, pp. 562-563

d) La apropiación en la región serrana del país, por un pequeño número de antiguos y nuevos dueños de tierras que antes pertenecieron a las comunidades indígenas, al Estado, a la Iglesia, a las municipalidades y a las beneficencias. Este fenómeno de neolatifundismo tuvo continuidad a lo largo de toda la época republicana y se acentuó al finalizar el siglo XIX y al empezar el siglo XX. Las masas rurales empobrecidas quedaron como mano de obra servil en los grandes dominios agrícolas u optaron por la emigración.

e) El auge de la agricultura de exportación del algodón y del azúcar con la mano de obra servil china en la época inmediatamente anterior a la guerra con Chile, entre cuyas causal es estuvieron: el) el fenómeno anterior de las generosas compensaciones que los propietarios habían obtenido después de la manumisión de los esclavos; e2) la plutocracia formada en los negocios del guano; y e3) la aparición y el desarrollo incontrolado de los bancos que comenzaron emitiendo moneda de papel cuya fase final vino a ser su conversión en papel moneda, es decir, en billete fiscal. Hay que agregar a los fenómenos anteriormente mencionados la importancia adquirida por la propiedad urbana, sobre todo en la capital. El proceso esquematizado aquí y en detalle tratado por la *Historia de la República del Perú,* se cumplió en un sentido más diversificado de lo que se cree. Se ha hablado, por ejemplo, acerca de la trayectoria de las plantaciones trujillanas patriarcales y coloniales inicialmente especulativas y librecambistas más tarde. En realidad, el desarrollo agrícola en la Libertad y Lambayeque tuvo entre sus pioneros al alemán Luís Albrecht; a los hermanos Larco, italianos con hijos peruanos; a un chileno, Ramón Aspíllaga, cuya descendencia también se incorporó a la vida nacional; y al inglés Enrique Swayne, que no puede ser considerado como tal ya que su familia, asimismo, se peruanizó.

f) Los enriquecimientos en los finales de la década de los 860 y en la de los 870 con las dispendiosas leyes sobre obras públicas y ferrocarriles y con la expropiación de salitreras [*]

g) La miseria general después de la catástrofe que significaron la guerra con Chile (1879-83) y la ocupación de gran parte del territorio del Perú (1881-83).

h) La resurrección e incremento en la agricultura de exportación del algodón y del azúcar, en notorio progreso ya a fines del siglo XIX y en las décadas iniciales del XX a base de los contratos de enganche de indígenas y mestizos, horribles al principio para ir mejorando relativamente en épocas posteriores. Ello estuvo acompañado por la tecnificación, a veces notable, en la agricultura costeña.

i) Después de la primera guerra mundial fue más notorio el tránsito a una economía capitalista moderna en dicha región geográfica. Así resultó favorecida, de una parte, la formación de masas obreras sindicales (agrícolas e industriales) primero muy limitadas en su organización, que fue más tarde ampliada; y se desarrolló también una clase media citadina gracias al rápido proceso de urbanización que no llegó en forma intensa a la sierra, donde perduraron estructuras económicas sociales arcaicas.

En el ámbito político la etapa 1899-1919 implicó el apogeo del partido civil, cuya figura representativa fue el Presidente de la República en 1904-1908 y 1915-1919, José Pardo, hijo del fundador de esa organización y dueño de la

[*] En su *Diccionario* de *Peruanismos,* Juan de Arona incluye la palabra "Consolidado" como "peruanismo histórico-político-fiscal" para referirse a los enriquecidos con la ley de consolidación de la deuda interna. Pera agrega: "Algo análogo debía repetirse en los decenios del 60 y 70 Y también con el pretexto de alguna ley, la de obras públicas o ferrocarriles y la de expropiación de salitreras". Juan de Arana, *Diccionario* de *Peruanismos,* Librería francesa, J. Calland, Lima, 1884, pp. 122 Y 123.

hacienda Tumán. En algunos salones de Lima entonces sólo se recibía a gente rica y además con linaje, aunque fuera republicano y guanero, y se negaba el acceso a quienes sólo tenían la credencial de su prosperidad reciente. El nivel de las grandes fortunas se elevó grandemente en el transcurso de la primera guerra mundial acompañado sólo en unos cuantos casos (Fernandini, Rizo Patrón, Proaño, Osma y otros) por el éxito de peruanos en la minería, por lo general entregada libremente a capitales extranjeros que por vez primera en la vida republicana fueron, a partir de comienzos del siglo y en forma creciente, a la exportación en gran escala y no controlada de ese tipo de producción.

j) El desplazamiento en el poder político de la aristocracia plutocrática, sin mengua de su fuerza económica y social, se opera durante el oncenio de Leguía (1919-30) acompañado por un notable crecimiento en el poder del Estado, el desarrollo de la burocracia, la modernización de la capital y el incremento del capitalismo norteamericano. Al amparo, de este régimen se esboza una nueva plutocracia de base política y mesocrática, en gran parte deshecha por la crisis mundial iniciada en 1929 y por las persecuciones sistemáticas de 1930-31.

k) El inmovilismo en la situación de la sierra, donde la gran mayoría de la población se compone de campesinos sin tierras o con tierras insuficientes, que constituyen la mano de obra servil de los latifundios. El poder económico, político y cultural sigue monopolizado por los grandes propietarios generalmente ausentistas y por sus administradores mestizos. Dentro de este contexto las masas indígenas representan, no obstante su gran número, un grupo étnico-cultural generalmente monolingüe y analfabeto que no tiene derechos políticos ni sabe lo que son los sindicatos.

l) La reafirmación de la plutocracia costeña, merced al aumento de los negocios, del desarrollo en el poderío bancario y de una incipiente industrialización a partir de 1933, fecha en que concluye la depresión mundial. A partir de esta época se acentúa notablemente la no discriminación de los orígenes sociales de quienes tenían la fuerza del dinero. La plutocracia no es ya plutocracia aristocrática sino acoge a quienes tienen origen más modesto aliado de su fortuna reciente. Predominan grupos comerciales, bancarios e industriales favorecidos con la economía de exportación, los negocios especulativos, las urbanizaciones y los contratos relacionados con el Estado. Esta plutocracia se caracteriza, además, porque desde 1931 abandona la dirección formal de la vida política al militarismo o a quienes el militarismo tolera, por su ceguera, por su ausencia de respaldo popular y por su espanto ante una supuesta revolución social. Es visible también en esta época que, en el campo cultural, se intensifica el interés por la gente de las clases medias, por el pueblo y por el país auténtico.

m) Después de 1950 el Perú experimenta lo que se ha llamado una nueva ola de movilización social. Su exponente más visible es el éxodo de centenares de miles de campesinos a la región costeña. A partir de esta época las masas rurales de los departamentos del interior empiezan a tomar conciencia de su situación y poco después surgen clamores por el cambio radical de las estructuras socioeconómicas. De otro lado, el crecimiento económico de los años 1950-60 y, en especial, el progreso de la industrialización y el desarrollo de actividades terciarias (públicas y privadas) generan nuevas capas dentro de las clases medias: técnicos, funcionarios? educadores, estudiantes, intelectuales, gestores de negocios, etc. Estos flamantes grupos ayudan a la aparición de un multipartidismo, o sea el surgimiento de nuevos partidos políticos sin que en ellos actúe, como fuerza directora, la plutocracia. Ella

continúa de hecho sin dirigir la cultura, salvo aisladas excepciones notables, y se resigna a no ser sino una clase económica dirigente; permite por lo tanto la integración progresiva de algunos grupos movilizados en el sistema social y político; al mismo tiempo, negocia con los hombres públicos más diversos y adquiere una fuerza de arbitraje; [*] mientras que, por su parte, el industrialismo se convierte en la década del 60 en un auténtico grupo de presión con el incremento de la pesquería. (PPP r., pp. 334-340

3 CRÓNICAS NACIONALES

La emancipación

En las postrimerías de la dominación española, las características esenciales del Perú, como las del resto de América ibera, eran las de una sociedad agraria de fondo feudal [**] y con un comercio que, tradicionalmente orientado, en su sector más vigoroso, hacia la metrópoli, estaba empezando a incrementar sus actividades en otras áreas. El virreinato peruano, como es bien sabido, había sido perjudicado por las reformas emprendidas durante la época de los Borbones. La agricultura mercantil no había alcanzado aquí una proporción alta, si se miraba el panorama económico en conjunto. Dentro de la población existía una masa, o sea un fuerte porcentaje de campesinos marginados, entre los cuales ejercían sus efectos largos años de subordinación a una alta clase propietaria, estado de cosas mantenido por realidades históricas, pese al generoso proteccionismo que las leyes brindaron teóricamente al indígena y que no tuvo alteraciones, si bien hubo cambios relativos durante el transcurso del tiempo en el seno de esa alta clase, desde el siglo XVI. LA Revolución de la Independencia, en muchos aspectos, aunque no en todos, se inspiró en la Revolución Francesa. Ésta, a la larga, produjo no sólo el colapso del absolutismo monárquico sino, lo que fue en verdad más importante, el aniquilamiento del poder político de la aristocracia terrateniente y el enorme desarrollo, aunque fuese ulterior, de la agricultura comercial, libre de ataduras preindustriales. Así revolucionariamente, aunque sin llegar a los extremos, Francia, como antes Inglaterra dentro de muy distintos cauces y como los Estados Unidos en una evolución propia, entró si bien no en emerger súbito, ya que se presentaron distintas alternativas a lo largo del siglo XIX, en el plano de la democracia capitalista, es decir, la democracia occidental [***]

La emancipación en el Perú cumplió, al fin, con la finalidad de romper las ataduras con España, como ocurrió en los otros países hispanoamericanos excepto Cuba y Puerto Rico, después de áspera lucha que aquí duró largos años, arruinó buena parte de la agricultura, la minería y el comercio nacionales y empobreció todo el país ya afectado por el proceso iniciado desde comienzos del siglo. Esto no bastaba. Había que erigir un orden nuevo. Parte de la nobleza viajó a la antigua metrópoli y, lo que fue más grave, un sector de la burocracia hizo lo propio, con lo cual el flamante Estado peruano sufrió una erosión en sus fuerzas dirigentes. Pero ocurrió algo más. Entre los aristócratas que permanecieron en el país no faltaron quienes, tarde o temprano,

---

[*]Philippe Spaey *L'élite politique peruvienne,* Editions Universitaires, 1972, pp. 76-90.

[**]Una referencia a la feudalidad agraria fue hecha en *La Multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú,* discurso de 1829, pp. 121-125 en la edición de 1947. Al respecto, el autor sostuvo una polémica con el Dr. *Arturo* García Salazar, en *Nueva Revista Peruana,* Lima, No 2, octubre de 1929. Véanse pp. 225-226 en el v, I de *Historia de la República,* 6a edición

[***] Un importante estudio sobre los orígenes revolucionarios de la democracia capitalista en los tres países citados, en comparación con la evolución de China, Japón y la India, en 'el excelente libro de Barrington Moore Jr. *Social Origins* of *Dictatorship and Democracy,* Bastan, 1967, Beacon Press

hicieron causa común con los ejércitos que defendían al antiguo régimen en cuyo seno había no pocos peruanos; o, de un modo u otro, se acercaron al pasado en la búsqueda desesperada e ilusa de una solución intermedia. Riva-Agüero y Tagle, los dos primeros presidentes de la joven república, caracterizados por su inicial entusiasmo independentista que tuvo fecundas proyecciones, acabaron como acérrimos enemigos; y ambos, por distintas circunstancias, estuvieron lejos de las tropas que vencieron en Junín y en Ayacucho. Muchos de los personajes de la alta clase limeña y no de los menos destacados y, en el fondo de su alma, otros que continuaron hasta el final en el bando patriota, junto con intelectuales y sacerdotes dispersos y otros individuos, también fueron reacios a romper de modo abrupto con la tradición y a extremar la "subitaneidad del tránsito". Hubiesen querido que la independencia (por ellos anhelada sinceramente) hubiera sido guiada en sus primeros pasos por una monarquía. Su sueño no fructificó. No fue más que eso: un sueño. Su cumplimiento no habría sido posible, por antihistórico; En el caso de realizarse, no habrían emergido, como por encanto, la paz y la estabilidad tan anheladas y sí, en cambio, el mantenimiento y la vigorización de los privilegios seculares que, a pesar de todo, fueron disolviéndose a través de los años, aunque, de hecho, no totalmente y para ser suplidos por otros [*]. Por otra parte, la implantación del sistema republicano liberal en sus formas ortodoxas, tal como aparecen en las Constituciones de 1823, 1828, 1834 y siguientes, no correspondió a las características de una terca realidad, no funcionó o funcionó mal.

Las condiciones para que el optimismo liberal floreciera en los hechos no existieron [**]. En el vacío que se produjo, emergieron el militarismo y el caudillaje. El capitalismo llegó como fenómeno mayormente extranjero. El industrialismo nacional sólo pudo alcanzar parvo, penoso y tardío desarrollo. La agricultura comercial, cuyo crecimiento en la zona de la costa empezó en años posteriores a la emancipación misma, durante la década de los 1850 y 1860, por razones que serán explicadas más adelante, no logró estar libre de ataduras preindustriales sino hondamente ligado a ellas. El Perú no fue Francia, ni política ni, sobre todo, social y económicamente. No se cumplió aquí el proceso que para el vigorizamiento de la democracia capitalista señaló Barrington Moore en Inglaterra, Francia y Estados Unidos. (BD, pp. 183-185)

Coordenadas de la primera república

Los hombres que hicieron la independencia dotaron al Perú, como a los demás países hispanoamericanos, de una Constitución de tipo republica no. Un Presidente de la República elegido por los pueblos en votación indirecta; un Parlamento dividido en Cámara de Senadores y Cámara de Diputados por directa votación popular; las garantías individuales más o menos celosamente defendidas: he aquí los marcos constitucionales para el Estado naciente.

---

[*] El autor de este libro enumeró las razones por las cuales objetaba la panacea monárquica en las pp. 71-76 de *La Iniciación de la República,* v. 1, Lima 1929

[**] Véanse las pp. 206, 226, 246, 273-74 del v. I de *Historia de la República,* 6.a edición y sobre todo, las pp. 291-92 del v. 11 de la misma obra. Mucho tiempo antes en los párrafos finales de un ensayo titulado "Apuntes sobre la monarquía en el Perú" que apareció en *Boletín Bibliográfi*co de setiembre de 1928, el autor señaló cuáles fueron, a su juicio, las ventajas y las desventajas en el pensamiento de los partidarios del "gobierno fuerte", y de los liberales en la primera parte del siglo XIX; y la conveniencia de que hubiera habido "un Estado fuerte pero identificado con el pueblo, para realizar con energía y poder una obra democrática". En 1951, en el extenso prólogo que acompañó la edición de la obra *Historia de los partidos,* de Santiago Távara, insistió en el fracaso tanto de los liberales como de los autoritaristas en el Perú, así como en la perdurabilidad del liberalismo como tradición y en la transitoriedad del liberalismo como partido (pp. LXVIII-LXX). En un artículo aparecido en *Amauta,* No 6, de febrero de 1927 con el título de "Caudillaje y acción directa", afirmó que el caudillaje era el resultado del choque entre la democracia y la realidad criolla, un "modo elemental de acción directa". Con todas sus impurezas, desplazó, en alguna forma, a la oligarquía y, a SU modo, encumbró, siquiera políticamente y aunque fuera por corto plazo a la clase media, expresó el mencionado artículo de 1927.

La realidad se rebeló contra tales cánones. La abundancia de militares a causa de la guerra larga con España, la falta de entrenamiento y de hábito en el gobierno propio, el desborde natural después de una sujeción de siglos, la ignorancia que sobre los principios de la ciudadanía tenían las grandes masas, la avidez de poder en muchos militares, y políticos, la impotencia del Estado para defenderse, las grandes distancias favoreciendo el particularismo, el choque entre los nacionalismos limítrofes y una serie de factores análogos contribuyeron a que las Constituciones se aplicaran sólo parcial o eventualmente.

El ejército se volvió el Gran Elector: sus "pronunciamientos", aunque sucesivos y contradictorios, tuvieron sus ritos. Entre ellos figuran las *actas* o documentos en que una guarnición o un vecindario expresan los motivos para el pronunciamiento o rebaten los argumentos emitidos a favor de él; las *proclamas* o comunicados de los caudillos o jefes alentando a sus partidarios, conminando al país, condenando a sus enemigos; y los *partes* o relatos oficiales sobre el curso y resultados de los combates y batallas, verdadera sustitución de las gacetillas periodísticas, desconocidas entonces.

Las facciones en lucha reclutan su contingente humano en primer lugar con el aporte de jefes y oficiales ávidos de poder y de figuración. La masa está compuesta por indios enrolados a la fuerza, ignorantes a veces del castellano y de la causa que defienden. También, por vagos y aventureros. A veces, van al vivac y a la campaña artesanos y estudiantes de las ciudades, ilusos y generosos. La infantería es el arma predominante en el ejército y sus marchas por el territorio inmenso son increíbles; la caballería tiene más bien un rol decorativo y espectacular; y la artillería sólo adquiere importancia para, el asedio de las ciudades, sobre todo después de 1866. En cuanto a la marina, a pesar de la costa extensa del Perú y de la experiencia recogida en las guerras entre la Confederación Perú-Boliviana y Chile, apenas sirve para una secundaria misión de transporte y de bloqueo.

El abigarramiento criollo pone su ironía chirle en el escenario –arenales desolados de la costa, quebradas y desfiladeros ásperos y cerros altísimos en la sierra, callejuelas con acequias en las ciudades solariegas, huraña soledad en los villorrios- y también en el jipijapa aliado del morrión, en el poncho sobre la casaca, en la ojota junto con la bota, en la honda junto con el cañón. [*]

Los pronunciamientos son capitalinos o provincianos. Rápidamente se resuelven los primeros; significan la liquidación de un régimen caduco o la desesperada intentona por prolongar la vida de él (1827, 1834, 1842, 1872). Los segundos significan la guerra civil. Por lo general, su *so*lar es Arequipa. "Si la revolución pasa de Ayacucho, la cosa es grave", dícese entonces. En caso de que el gobierno esté fuerte, busca a los revolucionarios; si está débil, los espera. El propio Presidente de la República manda al ejército gobiernista. Es el "tirano" o el "usurpador" de que hablan las proclamas revolucionarias.

La revoluciones importantes pueden tener dentro de motivos más o menos complejos tres matices predominantes: el matiz *nacionalista,* invocando la patria frente a la negociación traidora con el enemigo o la prepotencia humillante del extranjero en la vida nacional (1827, 1829, 1835-38, 1865); el matiz legalista, o sea la defensa de la Constitución y la ley frente al despotismo (1834, 1844); o el matiz *moralizador* frente al peculado y al derroche (1854). Pocas son las revoluciones personales; ellas actúan sobre todo en los momentos de anarquía, cuando desastres internacionales han repercutido duramente en la política interna (1842, 1881).

---

[*] El desarrollo de esta vista de conjunto está en los libros del autor, *La Iniciación de la República* y *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú.* En especial, se recuerda que en el primero de dichos libros hay una interpretación del caudillaje

Ese fallo decisivo que las Constituciones asignan a los comicios electorales es adjudicado por la realidad a las batallas. Sólo por raras circunstancias la revolución triunfa o acaba sin batallas: el abrazo de Maquinhuayo en 1834, el pronunciamiento simultáneo y pacífico de todo el país en 1843, la "huaripampeada" de Prado a Pezet en 1865, es decir, la burla que el ejército revolucionario hizo a su enemigo, esquivando el combate para proseguir su avance victorioso. Batallas confusas son aquellas aunque los nombres más celebres de la antigua Roma y de las guerras napoleónicas figuran con frecuencia en los discursos, y aun Balta en Otuzco en 1867 dijo a las tropas gobiernistas que lo perseguían y que le pidieron la rendición de sus armas: "Vengan a tomarlas". Las posiciones estratégicas contribuyen al éxito; pero otras veces un rasgo de valor o de audacia en el momento culminante resuelve todo. Por otra parte, la tradición habla de casos en que los jefes se dan a la fuga con demasiada precipitación; y en la batalla de Agua Santa en 1842, esa fuga fue simultánea en ambos bandos. Sin partidas de exploración, sin líneas de avanzada, sin mapas, los ejércitos dependen mucho de los guías o prácticos en el terreno.

No es raro, tampoco, el empleo de espías en el campo enemigo destina dos a dar informes falsos para inspirar temor o confianza.

Resuelta la campaña, el vencedor entra en la capital, oye un "Te Deum" en la Catedral, recibe las arengas de los personeros de las corporaciones, que acaso felicitaron también a su antecesor y rival. Enseguida reparte puestos entre sus adeptos más cercanos y convoca a un Congreso - muchas veces a una Constituyente - y obtiene fácilmente la elección "constitucional"

Cronológicamente, hay tres períodos durante la etapa militar de la república. En el primer período (1827-1841) motivos de orden geográfico-político intervienen decisivamente. Cuáles serán la extensión, los límites, los caracteres del Estado republicano formado sobre la base del antiguo virreinato del Perú; he ahí el problema capital de esos años. Por fin, con la caída de la Confederación Perú-Boliviana y, de otro lado, con la batalla de Ingavi, en que el Perú es derrotado en su plan de dominar a Bolivia, concluye este período. En su transcurso ha florecido la rivalidad Santa Cruz-Gamarrra, emergente desde 1829 después de comunes esfuer*zos* hasta 1837.

El segundo período, con la nacionalidad definida, se caracteriza por la preponderancia de Castilla y su rivalidad con Vivanco, la prosperidad económica mediante el auge del guano, la acentuación de la lucha entre conservadores y liberales (1841-1862).

En tercer lugar, el predominio militarista pasa por una etapa de decadencia, coincidente con los primeros síntomas del malestar financiero y con el conflicto con España y la amenaza del monarquismo imperialista europeo en América (1862-1868). (PPP, pp. 25-29).

1835-1839: ***El Perú dividido en tres facciones.***

Quienes sostienen que el Perú pasó del poder de España al poder de Inglaterra han hablado de un predominio avasallador del capital inglés desde la independencia y resultan desmentidos, en lo que su afirmación tiene de, absoluta, por diversos hechos, entre ellos el muy importante de que el gobierno británico trató de proteger a la Confederación Perú-boliviana, a pesar de lo cual triunfaron los emigrados peruanos partidarios de Perú surgido en 1822, con la decisiva ayuda de Chile; así la

Confederación quedó eliminada para siempre en 1839, cuando estaba resuelta la intervención armada de Inglaterra a favor de ella [*].

El Perú pareció próximo a desintegrarse al avanzar Santa Cruz en 1835 victorioso sobre Gamarra y Salaverry. Luis Monguió ha escrito cosas muy pertinentes a propósito del papel decisivo que según Valdivia, en ese momento representó José Joaquín de Mora (3360). Comenzó entonces el proceso integracionista que condujo al experimento confederal. La amenaza escisionista volvió, sin embargo, durante las negociaciones e intentos de negociaciones entre Santa Cruz y los chilenos antes de Yungay y después de esta batalla. Al respecto, Vicuña Mackenna publicó noticias secretas en artículos que Paz Soldán incluyó en su libro (3243); y hay datos en otras fuentes, entre ellas, las memorias de Echenique y, sobre todo, la valiosísima y reveladora correspondencia entre Santa Cruz y el vicepresidente Calvo en 1838, dada a conocer por éste en su folleto *La Proscripción y la defensa de Mariano Enrique Calvo* (Sucre, 1840). El peligro sobre el Perú en esta época no se redujo a lo anteriormente recordado, sino tuvo otra expresión en las ideas de Belford Hinton Wilson reveladas en la reciente tesis de Celia Wu, en el sentido de que este país debía desaparecer. Los peruanos se dividieron no en dos sino en tres facciones: la que apoyó a los chilenos, la que optó por aliarse con los bolivianos y la minoría que pretendió enfrentarse a unos y a otros. Este último partido presenta uno de sus mejores documentos en el manifiesto de Domingo Nieto (3070). De dicho personaje se incluyen en el texto de *Historia de la República del Perú* (6.a edición) dos reveladoras cartas con detalles íntimos sobre la batalla de Guía [**].

La aparición de siete presidentes simultáneos en un momento del año de 1838 no revela, como se ha querido sostener, que el país estaba fragmentado en una serie de "archipiélagos" autónomos alejados entre sí: Surge como resultado de que, precisamente, en escala nacional, estaban en lucha desordenadamente los tres bandos antedichos; además, la Confederación había creado un Protector, sendos Presidentes para las dos repúblicas peruanas y en la del norte hubo dos personajes con el mismo título. El estado era de anarquía; pero las tendencias predominantes bajo ella se orientaban, a pesar de todo, en sentido centrípeta y no centrífugo. Sobre el fenómeno de los siete presidentes, los libros que lo destacaron fueron primero *La Iniciación de la República,* y luego la *Historia de la República del Perú.*

Al final, ni el integracionismo con Bolivia, ni el separatismo del sur ni el desquiciamiento predominaron. Triunfó la restauración. ¿Desdeñable "historia de los acontecimientos"? ¿Superficial historia política que ignora la de las estructuras? En todo caso, revela cómo el Perú fue el Perú. (BD, pp. 243-244)

Relaciones entre el Sur del Perú y Bolivia

Es frecuente, cuando se alude a las circunstancias que favorecieron la invasión dirigida por Santa Cruz en 1835, mencionar los vínculos entre Bolivia y Perú.

---

[*] La actitud de los diplomáticos, cónsules y comerciantes británicos en el Perú y el, Bolivia no sólo fue resuelta sino activamente favorable a Santa Cruz. El representante de aquel país en Lima, Belford Hinton Wilson, perteneció al círculo íntimo del Protector e hizo cuanto pudo para ayudado aun después de la batalla decisiva de Yungay. Para elaborar un nuevo Reglamento de Comercio que eliminara al anterior, caracterizado por un rígido proteccionismo, fue nombrada en 1836 una comisión, muchos de cuyos miembros eran británicos. El proyecto rápidamente aprobado, redujo drásticamente los derechos sobre diferentes e importantes artículos venidos del extranjero. También favoreció a la actividad mercantil la eliminación de las barreras entre las aduanas del, Perú y Bolivia. El tratado llamado "de amistad, comercio y navegación" entre la Gran Bretaña y la Confederación suscrito en 1837 suscitó el entusiasta elogio del ministro Palmerston en nombre de los principios del libre comercio. Cuando la existencia del flamante Estado sudamericano corrió peligro, Wilson participó en los esfuerzos para salvarlo tratando de evitar la guerra. La decisión que adoptó su país en el sentido de intervenir por la fuerza con el propósito de impedir ese derrumbe, fue tardía pues ya se había librado la batalla antedicha. Este dato que ya había sido consignado por nosotros antes de Ramírez Necochea, ha sido confirmado también por los documentos oficiales de Londres por W. H. Mathew en su estudio "The Imperialism of Free Trade: Perú, 1820-70", publicado en *The Economic History Review,* diciembre de 1968, p. 567. Aquí queda rectificado Luis Monguió en su notable libro *Don José Joaquín de Mora y el Perú del Ochocientos*

[**] *Historia de la República del Perú,* v. 11, pp. 157-158

Cuando en 1777 el virrey de Río de la Plata prohibió la exportación de oro y plata no elaborados a cualquier lugar excepto Buenos Aires, el comercio entre las dos grandes comarcas que llevaban el mismo nombre peruano quedó muy afectado. Sin embargo, no murió. De unas informaciones estadísticas que el Ministro de Hacienda boliviano entregó en 1827 al inglés J. B. Pentland ya aparece que el costo del transporte al nivel de 100 libras por mercaderías era más bajo y por lo tanto ofrecía más ventajas cuando efectuábase a través de la ruta peruana de Arica, que cuando optaba por la de Buenos Aires:

BUENOS AIRES A:			ARICA A:
Potosí	S/. 16.4	Potosí	S/. 16.4
Chuquisaca	S/. 19.0	Chuquisaca	S/. 16.4
BUENOS AIRES A:			ARICA A:
Oruro	S/. 22.0	Oruro	S/. 13.4
Cochabamba	S/. 25.0	Cochabamba	S/.13.4
La Paz	S/. 26.0	La Paz	S/. 7.02

El puerto de Arica, fundado en el Océano Pacífico en 1535, en una esquina de una vasta llanura con abundante provisión de agua, la mejor zona entre el Callao y Valparaíso, según se dijo con exactitud en los días coloniales, alcanzó una brusca prosperidad desde 1546 con el descubrimiento del Cerro Rico de Potosí. Su relación con el altiplano tuvo otras faceta s distintas aparte de la puramente mercantil. Funcionarios y empleados de la Audiencia de Charcas viajaban de allí a cumplir sus tareas, en vez de arriesgarse a la travesía de 1,500 millas desde Buenos Aires. Era el punto final en el camino del altiplano, a través del oasis de Tacna y por ahí pasaba el tráfico desde La Paz, Cochabamba y las zonas más densamente pobladas de la región. La fruta, el azúcar y las aceitunas de los jardines irrigados en Azapa y demás distritos ariqueños al lado de otros productos y hasta el mercurio de Huancavelica, remitido por la vía de la costa, subían en mulas y llamas al Alto Perú. Adicionales rutas de enlace entre el Pacífico y la antigua Audiencia de Charcas hallábanse en el sector del lago Titicaca que unía a La Paz con Puno, Cuzco y Arequipa. Subían por todos esos caminos alimentos y objetos importados; y bajaban otros alimentos y, además, minerales y coca. Arequipa era tradicionalmente un centro mayor de relaciones mercantiles, interrumpidas por breve tiempo en los, días finales del coloniaje cuando un señor apellidado Cotero, gracias a su poder ante el virrey La Serna, elevó los precios y así favoreció la gravitación de los mercaderes de Buenos Aires sobre el Alto Perú. Cuando vino la independencia, ya se normalizaron las Gosas; y el bloqueo del Río de la Plata llevó al crecimiento de los contactos antedichos [*]. Ellos eran de múltiples tipos. El cónsul Ricketts escribió al ministro Canning en mayo de 1826 que Cochabamba debía ser la capital de la república erigida por Sucre y por los doctores de Chuquisaca en vista de que era más central que la docta ciudad y tenía más fáciles comunicaciones con Arica. [**] Su clima es templado y desde tiempos atrás servía como granero para el Alto Perú. Moquegua exportaba gran parte de sus licores, su aceite y sus aceitunas no al norte sino al mercado relativamente cercano que fue extranjero desde 1825.

---

[*] c. M, Ricketts a George Canning, Lima 27 de diciembre de 1826. Documento inédito del Foreign Office transcrito por V. Fisher, ob. cit., p. 24

[**] c. M. Ricketts a George Canning, en J. V. Fisher, ob. cit., p. 27

En cambio, si las relaciones económicas entre el Sur del Perú y Bolivia eran las que brevemente se indicó, aquella porción del territorio nacional tenía menos contactos de este género con el norte en los años 1835-1839 y en los precedentes. La navegación a vapor no había llegado a la costa occidental del Pacífico. Los caminos eran largos y difíciles, a través de la fragosidad de los Andes. No habían sido concebidos en estas comarcas el ferrocarril ni el telégrafo Pero los factores geográfico-económicos resultaron de menor efecto, en el caso aquí estudiado, que los elementos de tipo militar, geopolítico, político e internacional.

Los factores militares e *internacionales en el derrumbe de la Confederación*

No es descabellado suponer que, sin la formidable y tenaz enemistad de Chile, Santa Cruz hubiera podido sostener, proseguir y ahondar su vasto plan, más próximo al grandioso ensueño de Bolívar aunque sin su irradiación hacia la Gran Colombia que al esquema de Sucre (captura de Arica con la división del Perú en dos estados y, si fracasaba esta fórmula, una liga con Chile y Argentina, según lo comprueba la declaración del Gran Mariscal de Ayacucho fechada el 4 de abril de 1827).

Chile y en mucho menor grado las Provincias del Río de la Plata, que también fueron a la guerra contra la naciente Confederación, pusieron en la balanza el peso de su fuerza guerrera (en el caso de Chile, además, el de su superioridad marítima, el de su buena organización administrativa y el de la eficiencia de sus soldados y de sus jefes). Al mismo tiempo, estos adversarios internacionales dieron a los enemigos internos que la Confederación tenía en el Perú y en Bolivia un estímulo enorme; y contribuyeron a la decisión de muchas voluntades que, en el caso de verse aisladas, habrían sido, por cierto, más cautas. Por otra parte, al verse envuelto en incesantes guerras internacionales, Santa Cruz perdió el argumento esgrimido a su favor dentro de la política interna: la necesidad de establecer el orden y la paz. La Confederación apareció unida a cruentos recuerdos desde que empezó derramando sangre peruana, identificada primero con los adeptos de Gamarra y luego con la persona misma de Salaverry y sus jóvenes secuaces. [*]

Tampoco cabe menospreciar las alternativas de la guerra de 1837-39. En la primera campaña Santa Cruz no se decidió a trocar su propicia situación estratégica en una victoria implacable; y optó por firmar un pacto transaccional, suscrito en Paucarpata que luego Chile desconoció. De la segunda campaña, dicen los críticos del Protector que inicialmente no utilizó éste algunas oportunidades favorables; que cometió en seguida el error de apresurarse en la persecución al ejército del general chileno Bulnes hasta Yungay (sin duda, ante el temor de algunas defecciones en el sur del Perú o en Bolivia); y que en Buín y en Yungay cayó vencido. Santa Cruz, al frente de un ejército, era buen comisario o administrador; pero guerrero mediano. Hubo, además, en el duelo entre Chile y la Confederación, que era en realidad un duelo entre Portales y el mariscal paceño, una circunstancia que quizá fue la decisiva. Él y sus huestes venían de los Andes; en cambio, el vehículo de las dos expediciones chilenas fue la escuadra. Visto esquemáticamente, fue el choque entre la cordillera y el mar. Santa Cruz podía presentar soldados iguales o similares a los del ejército de la Restauración; pero su marina era notoriamente inferior y lo dejó condenado a una estrategia defensiva. La simpatía que hacia él evidenció Inglaterra, representada por fa tardía gestión pacifista de ese país, no tuvo tiempo para alterar la realidad geopolítica de un mayor contenido moderno en la estructura de Chile.

---

[*] El más elocuente testimonio del sentimiento netamente peruano en la lucha contra Santa Cruz fue la carta que envió Andrés Martínez a Orbegoso, como Secretario General de Salaverry, con fecha 22 de enero de 1836 *(El Republicano,* Arequipa, N.o 1O, 16 de marzo de 1839).

Cabe mencionar, además, una serie de hechos que contribuyeron con una eficacia cuyo volumen no se puede determinar matemáticamente, pero que cabe suponer de todos modos muy fuerte, en el desenvolvimiento del acontecer histórico.

Factores demográficos y comerciales

Según las matrículas actuadas por el cobro de los impuestos en 1836, la población de los departamentos que integraron al Estado Sud-Peruano fue la siguiente:

	Habitantes
Ayacucho y Huancavelica	159.608
Cuzco	216.382
Puno	156.000
Arequipa y Moquegua	136.812
SUMA	**568.812**

Las cifras demográficas en los departamentos y provincias litorales dentro del Estado Nor-Peruano resultan mayores:

	Habitantes
Lima y Callao	151.718
La Libertad	162.429
Amazonas	71.267
Piura	53.815
Ancash	121.462
Junín	144.243
SUMA	**704.934** [*]

Más notable fue la diferencia en lo que atañe al movimiento de las importaciones y las exportaciones, como se deduce de los datos consignados por el marino sueco Carl August Gosselman después de su visita en 1837 a la "República Perú-boliviana". Los más altos ingresos del estado provenían de la aduana del Callao. Según este autor, las casas de comercio del Perú con negocios en el extranjero "están establecidas en Lima y tienen sus agentes en los puertos importantes situados en la costa". Gosselman dio los nombres de cuatro casas inglesas, dos norteamericanas, dos francesas y una española entre las de mayor volumen y agregó: "De los comerciantes del país no hay ninguno que haga negocios en el extranjero".

La opinión pública en el Sur

Hay señales inequívocas de que en Arequipa tanto la alta clase como el pueblo simpatizaron con Santa Cruz y la Confederación. En dicha actitud influyeron, sin duda, las antiguas vinculaciones económicas, mencionadas en la sección III del presente

[*]Transcribió las cifras aquí reproducidas Eduardo Carrasca en su *Calendario y Guía de Forasteros para el año bisiesto de* 1848, Lima, Imp. de José María Masías. 1847, p. 31. Esta *Guía* fue mucho más rica en pormenores estadísticos que las anteriores

ensayo, intereses de algunas familias poderosas, anhelos de figuración pública, resistencias ante el centralismo de Lima. El libro de Juan Gualberto Valdivia *Memorias sobre las revoluciones de Arequipa,* la primera obra que, en nuestra América, exhibe a la gente humilde o anónima como personaje principal en su texto, recuerda muchos episodios acerca del sincero afecto que Santa Cruz suscitó, fenómeno seguramente acentuado como reacción ante la política de violencia que insensatamente empleó el caudillo limeño nacionalista Salaverry en aquella región. Los ejemplos que se enumeran en seguida tienen el valor de símbolos.

En el Cuzco, el otro gran centro del sur del Perú, pudieron influir también los antiguos lazos con el altiplano convertido desde 1825 en República de Bolivia. Sin embargo, debe ser recordado que la antigua capital de los incas era la ciudad natal de Agustín Gamarra, el gran caudillo émulo constante de Santa Cruz, muy popular allá aun en momentos de desgracia, según confesó el sacerdote Blanco, en el diario por él escrito, alusivo a lo ocurrido en diciembre de 1834.

En el tumulto surgido en el Cuzco ante la noticia de que la venerada imagen del Señor de los Temblores iba a ser enviada a Bolivia, motín que tuvo entre una de sus consecuencias la destrucción del Colegio de Artes, aliado de sus connotaciones de fanatismo religioso y de herido orgullo nacional, existió sin duda, un fermento antiboliviano.

La opinión pública en el Norte

En lo que se refiere al norte, cabe afirmar que, en conjunto, la población consciente de esta zona se consideró amenazada con la Confederación. Amenazada en la preponderancia que, desde la consolidación española en el país, tuvo y aún sigue teniendo en nuestros días. Históricamente, en el Perú, los incas representaron un mayor realce del sur sobre el norte, gravitación amenazada cuando las victorias de Atahualpa implicaron una nueva tendencia: el poder del militarismo quiteño sobre la nobleza tradicional que el infortunado Huáscar simbolizó. Luego, la fundación de Lima por Pizarra y el significado monopólico que esta ciudad tuvo durante el virreinato llevaron en sí una fuerza cuyo volumen naturalmente pudo resultar contrapesado al pertenecer los territorios del sur a una misma comunidad política junto con Bolivia, matriz del nuevo aparato estatal que Santa Cruz empezó a fabricar.

El notable sabio alemán Johann Jakob von Tschudi, residente en Lima en 1838, anotó el júbilo con que allá fue recibida la declaración de la independencia del Estado Nor-Peruano ante el simple anuncio de la inminente llegada de la expedición chilena antisantacrucina. Sin embargo, una absurda batalla entre norperuanos y chilenos creó enconos populares que los comerciantes extranjeros atizaron. Tschudi registró también este cambio en el ánimo capitalino. Inclusive llegó a constatar el entusiasmo paradojal ante el regreso de Santa Cruz poco tiempo después. Pero aquí no hubo sino un fenómeno de volubilidad en la opinión pública.

En el centro y en el norte costeños, precisamente, la huella indígena, tan fuerte en la sierra peruana del sur y en Bolivia, se atenúa o cede ante el mestizaje blanco, negro-indio; allí estaban frescos todavía los recuerdos del boato y de la arrogancia desplegados durante casi tres siglos por el legendario virreinato, cuya capital había sido Lima; allí predominaba y predomina todavía un sentimiento de desdén por los "cholos" y los "serranos". En varias letrillas Felipe Pardo y Aliaga explotó este factor sicológico para hacer hablar en una jerga tartajosa al decorativo Protector y a su madre, la cacica Calaumana y llamado "Alejandro huanaco", "Jetiskán" o "cholo jetón", como si fuera el mayor delito el hecho de que Santa Cruz no tuviera la figura de los modernos héroes del cine. (Ap., pp. 283-292)

La Guerra del Pacífico

Sobre la multitud, la ciudad y el campo en la guerra del Pacífico, va a tener este trabajo una deliberada sobriedad. Primero la multitud en la ciudad fue de esperanza y de fervor, como en todas las guerras, como en todas partes. "¡A Santiago!" gritase en Lima, y "¡A Lima!" en Santiago. Luego, vino la guerra misma. Notase en el lado peruano la deficiencia en la organización colectiva compensada a veces, no en el éxito sino en la gloria, por el heroico gesto individual. Por el lado chileno, en cambio, acaso hubo menos floraciones de actos individuales y más eficiencia de conjunto, aportando esto último la victoria. El ejército peruano fue más multitud, más improvisado, más desarticulado, menos unificado, menos conectado con el comando general; y en la guerra, el ejército debe ser lo menos multitud posible para volverse mecanismo técnico.

La campaña de Tarapacá, Tacna y Arica liquidó el ejército propiamente dicho. La campaña de Lima inició el ejército a base principalmente del vecindario de las ciudades, renaciendo en la defensa de la capital la organización por gremios. Las campañas posteriores de la ocupación dieron lugar al ejército de los villorrios y de la campiña remota.

Hay en Huánuco un episodio conocido con el nombre de "el hombre de la bandera", que Enrique López Albújar ha perennizado en un cuento. Allí está el símbolo del villorio y de la campiña propiamente dicha ante la invasión chilena: la indiferencia primero, la sorpresa luego, la indignación más tarde, la actitud combativa desesperada e inútil en seguida.

Lima conoció durante tres años las humillaciones de la ocupación. La bandera invasora flameando en el palacio de gobierno; funcionarios extraños, el fusilamiento y el suplicio para el que osara erguirse ante la situación creada; nostalgia y angustia para los seres queridos perdidos en la contienda *o* emigrados para proseguir en la Breña; clandestino envío de dinero, armas y hombres; obligatoria y amarga obediencia a las órdenes del ocupante. La capital orgullosa salió de la ocupación empobrecida, entristecida.

El tratado de paz dio lugar con el correr del tiempo a un tipo constante de multitud: la multitud patriótica. El nombre de Tacna y Arica, al que con las ilusiones ingenuas que contagiaron a todo el país al concluir la guerra en 1918 fugazmente se unió el nombre de Tarapacá, hizo olvidar muchas veces el divisionismo político y las jerarquías sociales y lanzar a la multitud a la calle con fervor de oración. Pero el paso inflexible del tiempo, el advenimiento de nuevas ideas, más materialistas en ciertos sectores y más definidas ideológicamente en otros, el cansancio ante el abuso que de tan sagrados sentimientos hicieran explotadores y usufructuarios de él, la conciencia de que no hay entre Perú y Chile diferencias radicales, el vago influjo del ambiente internacionalista y hasta pacifista que, a pesar de todo, ha dado lugar la postguerra desde 1918, han de hacer, en lo que alodio a Chile, como país, como conjunto de hombres, sin distinguir entre sus castas y sus hombres, respecta, que ese odio sea algún día mirado con el mismo carácter de lejanía con que hoy vemos el odio que en 1821, 1824 y 1866 fue prodigado a los españoles. (MCC, pp. 226-228)

Después de la Guerra

El gran acontecimiento dentro de la vida peruana que es el desastre de la guerra con Chile no altera la composición social, si bien empobrece al país y relaja la importancia del Estado. Más tarde, la iniciativa individual, apoyada por el Estado y por la paz pública, echa las bases de la reconstrucción. A diferencia de los individuos, los pueblos pueden resucitar.

Finaliza el siglo XIX, cuando llega el capital extranjero a impulsar la minería. Esta penetración, que en ningún momento controla el Estado, se va extendiendo no sólo por la necesidad de grandes capitales que la minería tiene, sino por la idiosincrasia nacional. A su vez, la agricultura, en manos peruanas, gira alrededor de los mercados de Nueva York o Londres y resulta más tarde endeudada al capital extranjero. Extranjeros son los servicios de transportes. Nuestra economía resulta, sobre todo, después de la apertura del canal de Panamá y mucho más con la guerra europea de 1914-18 y sus consecuencias, semicolonial. A ello se agrega la política de los empréstitos que implican un enfeudamiento financiero progresivo. El centro alrededor del cual gravita la vida económica y financiera se va volviendo, cada vez más Estados Unidos, desplazando a Inglaterra, dominante hasta antes de la apertura del canal de Panamá.

Dentro de las clases sociales resulta de todo esto la creciente importancia económica de los extranjeros y de quienes son sus servidores, agentes, abogados o empleados, para quienes existe la genérica denominación de "hombres de paja". Como muestra de esta creciente importancia, basta recordar la reciente historia del petróleo, con insinuar el rol de la minería en nuestra balanza comercial y con aludir a la política de los empréstitos.

La política de los empréstitos se realizó no para obras reproductivas, como ordena la ciencia financiera, sino muchas veces para obras no reproductivas y para el pago de deudas pendientes y el saldo de los déficits. En el contenido mismo de los contratos respectivos, hubo notables deficiencias de inminencia peligrosa. Se estipularon garantías reales; se comprometió el Estado a no hacer modificaciones en las rentas afectas; se injertó en los cuerpos directivos de las entidades de recaudación y administración de rentas a representantes de los banqueros; la realización misma de los empréstitos estuvo gravada por descuentos y gastos que representaron enormes pérdidas; el sistema de emisión fue criticable pues su base estuvo en la adjudicación de bonos a los interesados, sin concurrencia; se aludió en algún contrato, como razón suprema, a las conveniencias del Departamento de Estado de los Estados Unidos [*].

No es inexacto que a cambio del enfeudamiento puédese extinguir parte del atraso peruano, pueden elevarse rascacielos sobre nuestras ciudades de tristeza castellana; pueden mejorar el agua potable, la vida galante, etc. También trae ganancias la prostitución.

Hay que rechazar el enfeudamiento primeramente porque es condenable en nombre de la humanidad. Todo el progreso que aporte no será más que algo secundario y subordinado a los fines de explotación de nuestro capital territorial, de nuestro capital humano en beneficio de un número ínfimo de intereses detentadores de privilegios antisociales. Nunca compensarán este progreso las ganancias que tales explotadores recojan para usarlas a su capricho. Y hay que rechazar el enfeudamiento, también, porque es lesivo a nuestro mensaje como pueblo, a nuestra misión colectiva. Allí es donde debe basarse la ciudadanía, más que en el odio retrospectivo al vecino y vibrar magnífica y espontánea la conciencia de nuestra individualidad histórica. ¡Bendito lugar común este del imperialismo y lástima que no sea más común todavía!

***En torno al Perú de 1900 a* 1939** [**]

¿Qué ha pasado en el Perú del siglo XX? Habría que marcar, para explicarlo más claramente, una subdivisión de etapas cuyos hitos serían las siguientes fechas:

---

[*] El estudio completo de los empréstitos peruanos recientes está en el libro de Manuel Irigoyen Puente *Bosquejo sobre empréstitos contemporáneos del Perú,* Lima, 1928

[**] Se publicó en Historia, N.o 4, marzo-abril de 1943.

1900-1919, 1919-1930, 1930-1939. Y para comprender mejor lo ocurrido entre 1900-1919, habría que recordar lo ocurrido entre 1895-1899. Entonces pudo erigirse un estado de contextura moderna con un funcionamiento administrativo limpio cuyas raíces populares eran sólidas y profundas, como que un gran movimiento de masas lo había engendrado y como un caudillo bien amado por los humildes lo simbolizaba. Este caudillo, Piérola, rechazando el ejemplo de Porfirio Díaz, que algunos le presentaban como modelo, quiso ser fiel al principio de la alternabilidad en el gobierno y dejó la presidencia al cumplirse la escasísima suma de cuatro años que ella constitucionalmente tenía. El nuevo siglo encontró, pues, al Perú libre del "continuismo" que otros países americanos presentaban, con una optimista visión acerca de la salud y la estabilidad de las instituciones estatales.

Ya a partir de 1903 se inició, sin embargo, el proceso de arrinconamiento de Piérola y de su partido, pese a su indudable arraigo en las masas. Los elementos dirigentes de la política, utilizando el mismo aparato electoral que Piérola había creado, arrebataron a éste la oportunidad de volver a gobernar. Todo se hizo sin derramamiento de sangre, sin brechas profundas en la moralidad colectiva, sin eliminar la libertad de imprenta y la libertad de palabra, sin coactar el crecimiento del país. Especialmente durante el período de 1904-1908 en que un grupo de jóvenes tomó los puestos de comando, la grieta abierta fue invisible. Pero había una grieta y era ésta: si el estado de 1895-99 había empezado teniendo fuertes raíces populares, ellas comenzaron a agotarse. Poco a poco vino a crearse una separación entre estado y pueblo, entre gobierno y nación. Las elecciones presidenciales o parlamentarias no siempre daban el triunfo a los candidatos de arraigo popular y a veces lo daban a quienes tenían a su disposición a los organismos del sufragio o a los elementos del oficialismo.

Dentro de los grupos dirigentes de la política -el partido civil surgió un cisma. El grupo que podía ser llamado ortodoxo rompió con el hombre audaz y emprendedor a quien antes había ungido: Leguía. De otro lado, frente a las elecciones presidenciales de 1912, surgió una oleada popular, un pierolismo sin Piérola, que echó de lado la maquinaria del sufragio en la que tal vez no hubiera encajado e impuso al Congreso la designación del ídolo del momento: Billinghurst. Pero Billinghurst, anciano ya y de carácter impulsivo, se vio pronto envuelto en conflictos con el Congreso, que era extraño a su génesis demagógica. Yen 1914, llamado por el Congreso, reapareció en la vida política peruana después de veinte años de ausencia el ejército, para derrocar a Billinghurst. Poco después de la primera guerra mundial creaba un elemento adicional de preocupación y buscando la vuelta a la normalidad interna fue reelegido en una convención de todos los partidos entonces en actividad el gobernante afortunado de 1904-1908, José Pardo.

Cuatro años más tarde, en 1919, el país tomaba un nuevo rumbo, otra vez bajo el comando de Leguía. Toda una era desaparecía; y una era nueva llegaba con ímpetu incontenible. En general, se había estado gobernando al Perú honestamente: el servilismo y la violencia eran, desconocidos o poco practicados; la libertad de prensa y la libertad de palabra habían sido coactadas sólo en forma intermitente o pasajera; la oposición en el Parlamento era posible; aun se había dado el caso de que una enmienda constitucional aprobada por éste, la que estableció la tolerancia de cultos en 1915, fuera aceptada por el presidente Pardo aunque hería convicciones y creencias muy próximas a su persona y a su familia. Sin embargo, y aparte de las imperfecciones en el aparato electoral, aquel régimen había sido, en conjunto, demasiado tímido. El Perú avanzó entonces con un ritmo de "cámara lenta". El súbito golpe de prosperidad que la primera guerra mundial produjo después de una crisis inicial, enriqueciendo a los productores de la agricultura de exportación, dando impulso a un industrialismo todavía balbuceante, vigorizando a las clases medias y creando, a

través de las agitaciones sociales extranjeras, un fermento de rebelión en el proletariado, demandaba gobernantes alertas, emprendedores, fascinantes y hasta demagógicos. Al no existir ellos en el régimen imperante, la opinión los buscó fuera de él y se volvió partidaria de Leguía.

Leguía fue un hombre de extraordinaria capacidad y de singular fascinación personal. Ni sus enemigos políticos de 1919 hubieran podido negario porque ellos lo hicieron Ministro de Hacienda durante varios años y candidato presidencial en 1908. Claro que al estudiar su significación más profunda, una Historia del Perú lógica haría ocupar a este enemigo del partido civil un puesto inicial como lugarteniente de Piérola, el otro adversario de ese mismo partido. No le hubiera hecho mal esta escuela a Leguía, pues allí habría aprendido bien algunas virtudes cívicas. Pero Leguía, hombre de realidades, no se hubiera inscrito jamás en el partido demócrata, allá entre 1899 a 1908, porque en la destartalada casa de la calle Milagro se vivía únicamente entonces en la abstinencia continua de las renunciaciones enfáticas, como aquella, típica, expresada en la famosa frase "abstenerse es obrar". En 1919 Leguía suscitó un súbito renacimiento de la oleada popular que en su hora representaran Piérola y Billinghurst. Independientemente de casos personales aislados, implicó la llegada al poder de un sector de las clases medias frente a la aristocracia civilista y sus servidores. Sea por personal desconfianza a ciertos elementos con presunto brillo propio en la política, a quienes fue separando sucesivamente o porque, en conjunto, las clases medias todavía no estaban entonces [...] en aptitud de integrar un Estado Mayor técnico y austero, Leguía se encontró con que su autoridad personal comenzó a desbordar todas las vallas. Un caudillaje patriarcal y paterna lista en relación con sus adeptos, fuerte con los enemigos aunque sin extremar siempre su rigorismo y abriendo frecuentemente la puerta del perdón a los arrepentidos e inutilizados, fue surgiendo y consolidándose a lo largo de once años.

Naturalmente eso no fue lo único que ocurrió. El país despertó a una ilusión de grandeza basada en el progreso material, que no había conocido después de la Guerra del Pacífico. Aparecieron los banqueros y otros elementos capitalistas norteamericanos que con pingües ganancias prestaron aquí el dinero que a manos llenas recibían de ilusos tenedores de bonos en su país. Comenzó en gran escala el temible desarrollo de la inmigración japonesa. El aparato represivo y preventivo del estado fue rehecho y perfeccionado mediante la conversión de la policía en una institución técnica. Pero conviene examinar con más detalle lo que ocurrió con el estado mismo.

Al estado estrechamente ensamblado con la nación que surgió en 1895, al estado que sólo ocasional o débilmente mantuvo esa adecuación después de 1899, vino a reemplazar un estado cuyas instituciones fueron desapareciendo a veces con un mero mantenimiento de la forma, ante la creciente importancia del Poder Ejecutivo. Anteriormente habían existido, por ejemplo, municipios de nominal elección popular; entonces los municipios comenzaron a ser nombrados por el Ministerio de Gobierno. Antes se había escuchado en el Parlamento voces de disidencia y hasta de apasionada discusión; ahora estas voces fueron ahogadas por la persecución o el destierro. Antes había parecido olvidada la tradición virreinal de adular o reverenciar al gobernante; entonces eso se volvió usual, precisamente porque venía a ser una escuela o un corolario de la progresiva eliminación de las instituciones. Había florecido, antes con las fugaces limitaciones ya mencionadas, la libertad de prensa; entonces ella fue ahogada, iniciándose el pavoroso fenómeno de la decadencia de la literatura periodística, tan brillante siempre en el Perú. Antes los comicios electorales se habían reunido bajo la égida de las asambleas de mayores contribuyentes; entonces fueron hechas las elecciones por nominación directa del Palacio de Gobierno. Antes las Juntas Departamentales quedaban como un muñón de los organismos que debieron ser; entonces, después de un fugaz ensayo de Congresos Regionales que murió por

consunción, desaparecieron todos los órganos de carácter local.

Las elecciones políticas y municipales habían sido deficientes; en vez de paliar o suplir esas deficiencias, el nuevo régimen, urgido por la obsesión de perpetuarse, las festinó. Las Cámaras habían recibido acerbas críticas por sus irregularidades funcionales; ahora se burocratizaron, desprendiéndose mediante su adhesión incondicional al Ejecutivo, de la función de legislar mientras se dedicaban a manejar la administración de las provincias y departamentos, carentes de entidades propias no sólo desde el punto de vista político -lo cual era aconsejable- sino aun desde el punto de vista económico y administrativo, lo que era más discutible.

En resumen, si se fuera a buscar un saldo positivo a favor de Leguía durante el oncenio, un criterio simpatizante señalaría lo siguiente: 1) las condiciones personales del caudillo que atrajeron sobre él no sólo devociones pasajeras o interesadas sino también afectos hondos perdurables, como lo revela la subsistencia de un partido cuyo programa consiste en reivindicar su figura; 2) el espíritu de empresa particular y público que surgió, con gran audacia a veces, en esta época; 3) el crecimiento material del país que repercutió más visiblemente en el progreso urbano, sobre todo en la capital; 4) la tendencia a la delimitación de las fronteras, concluyendo los conflictos con los países vecinos, fuente de amenazas para la paz internacional y premisa para la solidaridad americana impuesta por el ritmo de los tiempos que han venido después; si bien cabe presentar críticas a la parte procesal de estos arreglos, o sea a los linderos exactos que fueron fijados, a veces lastimando a la geografía patria hasta en su contenido sentimental.

Aliado de sus positivos méritos y de sus auténticos servicios al país, Leguía tuvo, sin embargo, varios lados vulnerables: 1) pidió prestado demasiado dinero que hasta ahora no ha sido posible devolver; 2) fue despreocupado ante la indiferencia moral de algunos de sus partidarios y relacionados; 3) no toleró ninguna clase de oposición; 4) no puso frenos al servilismo; 5) se embarcó en la política de las reelecciones sucesivas bajo la ciega consigna que no podía ser eterna de "durar".

La reelección, lujo cívico que Estados Unidos podía permitirse porque sus instituciones representativas y su maquinaria de sufragio son básicamente sanas, en el Perú de 1924 implicaba, como claramente lo dijeron con gran valor moral Manuel Vicente Villarán y Germán Leguía y Martínez, el falseamiento de estas entidades. Gran parte de las características estatales bajo el régimen leguiísta se produjeron o acentuaron precisamente como una consecuencia del hecho de que el propio presidente se colocaba en la condición de candidato en cada elección. Por otra parte, es cierto que un hombre tan astuto como Leguía nunca habría entrado por ese camino, si el país con su pasividad no hubiese expresado, si no aprobación, por lo menos tolerancia. La verdad es que el eco de las agitaciones antirreelecionistas fue escaso. Se iba a cumplir una vez más el siniestro vaticinio de Bolívar en la "Carta de Jamaica" sobre el pueblo que se arrastra en las cadenas cuando no se enfurece en los tumultos.

En 1930 cayó Leguía como consecuencia de la depresión mundial y de la imposibilidad de nuevos empréstitos; al mismo tiempo, circunstancias de orden personal que los historiadores médicos del futuro sin duda superestimarán, y aun hasta las propias rivalidades dentro del mismo régimen, ya gastado después de once años, contribuyeron a ese hecho. Leguía, el gobernante propulsor como Balta de vastas obras públicas, en mayor escala y dentro de diferentes circunstancias por cierto, pero homenajeado más de lo que lo fueron San Martín y Bolívar, fue depuesto sin lucha, vio desmoronarse en unos cuantos días su régimen y llegó a ser conducido a una cárcel donde se le trató bochornosamente para morir allí con cristiana resignación. Todo lo que había estado identificado con él se derrumbó: parlamento, sistema electoral, administración local, organización universitaria, hasta parte del Poder

Judicial. Sólo quedaron en pie el ejército, una ciudadanía exultante, entregada primero a desbordes tumultuarios, víctima luego de la desorientación y más tarde del atolondramiento.

Interesante resulta una comparación, por sumaria que sea, entre el Perú de las últimas dos décadas y algunos de los países vecinos. En Chile irrumpió hacia 1918 una oleada populista bajo la fascinación de un gran conductor de masas -Alessandri- para luego generar un autoritarismo militar preocupado por él progreso material, a cuya caída, coincidente con la crisis del año 30, siguió una etapa de inestabilidad social y política, para retoñar el dominio conservador bajo el mismo Alessandri, reemplazado luego pacíficamente por una coalición de partidos de izquierda y centro, el Frente Popular. Argentina presenció poco antes que Chile el ocaso del antiguo régimen, con la llegada del partido radical al poder en 1916; pero este partido corrió en 1930 la suerte de su ídolo Irigoyen, derribado por una restauración conservadora aún predominante. El partido liberal de Bolivia, similar al civil del Perú, cayó al iniciarse la década de los 20, cuando Saavedra llegó al poder con el partido republicano; Saavedra también siguió una política de empréstitos, de progreso material y de mano dura con la oposición pero fue su sucesor, Siles, quien sufrió el vendaval del 30 para dar paso a una corta era de elementos civiles ilustrados, tras los que emergieron los militares jóvenes de la guerra del Chaco. En cambio, en Colombia, sólo en 1930 se produjo la caída del partido conservador para ser sucedido por su rival histórico, el partido liberal, hasta la fecha.

Lo ocurrido en el Perú en 1919 se parece, pues, a lo ocurrido en Argentina en 1916, en Chile en 1918, en Bolivia en 1920, en Colombia en 1930. Leguía, Ibáñez y el binomio Saavedra-Siles presentan algunas semejanzas entre sí y una que otra con Irigoyen. Lo ocurrido en el Perú en 1930 se parece también a lo ocurrido en Argentina y Bolivia ese mismo año y en Chile en 1931. Pero después de 1930 no hubo en el Perú una sólida restauración conservadora lisa y llana como en Argentina; ni, como en Chile, una restauración conservadora fugaz con el prohombre demagógico de años antes para producir luego sin tragedias una transición hacia el Frente Popular mediante la continuidad y coherencia de las agrupaciones políticas, ni un pacífico vuelco al liberalismo como en Colombia por un fenómeno de partidos similar aunque mucho más sencillo que el de Chile; ni, como en Bolivia, surgió el impacto de una guerra exterior.

Injertado en la vida política un movimiento con la organización peculiar de los partidos de la postguerra y a base de radicales reivindicaciones sociales -el Apra-, las luchas políticas entre 1930 y 1939 -cuyo estudio no es posible hacer aquí, desgraciadamente- giraron alrededor de este dilema: ¿"capturaría" el Apra el poder o no? Esa pregunta explica muchos hechos, muchas leyes y hasta muchas actitudes personales en el orden interno e internacional (ante la revolución española, el fascismo, Estados Unidos, etc.). El miedo y el odio orientaron varias veces al país y generaron más de un episodio luctuoso o condenable.

El fenómeno de la prosperidad que siguió a la depresión de 1929-32 produjo, por su parte, importantes consecuencias en el Perú ya bajo el gobierno de Benavides. El ritmo de crecimiento material se reanudó con la característica interesante de que esta vez no estuvo empujado por el fenómeno del empréstito en el exterior. Comenzó una política que en términos generales podría ser calificada de "socializadora", dentro de la cual el Seguro Social tiene una profunda trascendencia histórica. Otro hecho de vastísimos alcances fue la intercomunicación de las regiones por medio de los caminos, rompiendo el aislamiento geográfico que fuera la silenciosa causa de tantas tragedias en la vida peruana después de los incas. La eliminación de las sombras de la guerra con Colombia marcó, además, una ratificación de la tendencia a fijar los

linderos del país que Leguía audazmente cumplió desde su primera administración en 1908-12 cuando firmó los tratados con Brasil y Bolivia y luego prosiguió entre 1919-30 por medio de los tratados con Chile y la propia Colombia.

Pero las instituciones que el oncenio hizo desaparecer o florecer sólo en apariencia no renacieron, por cierto. La eventualidad de que sirvieran como pedestales o trampolines para la revolución social fue el pretexto o la causa para este fenómeno. Continuó el contraste entre el relativo primitivismo de la vida política y la complejidad creciente del desarrollo económico; del mismo modo como antes, entre 1899 y 1919, aliado de la aparente madurez política coexistió una vida económica de volumen escaso. Leguía había caído y había muerto y el leguiísmo estaba fuera del poder; pero había un "sistema" o unos "modos" que Leguía había creado y que paradojalmente eran perceptibles a veces todavía en el estado. Lo más lamentable de todo era la falta de espíritu público, la inercia cívica.

A pesar de todo -ya pesar de críticas adicionales como en lo referente a educación y a algunas obras de ornamento-, cabe aplaudir el hecho de que no hubo empréstitos externos, como ya se ha dicho, ni improvisación de muchas grandes fortunas. En la realización de los planes administrativos, el criterio técnico fue mayor. Y al evitar Benavides el error de encerrarse en la consigna de "durar", que perdió a Leguía, prestó uno de los más auténticos y positivos servicios al país.

Visto a la luz de este análisis, el camino para el Perú de 1940-50 parece claro. El Perú necesita, por cierto, continuar y acelerar su desarrollo material. Pero eso no es todo. El gran aporte positivo del planteamiento de la cuestión social radica en la elevación del problema humano al primer plano entre los deberes del Estado. Proteger y ayudar la vida y la salud de la población, procurar su incremento, que ningún gobierno ni en el siglo XIX ni en el siglo XX supo realizar mediante un plan adecuado de inmigración blanca, levantar su nivel de vida, desgraciadamente tan bajo si se mira a las grandes masas, hacer que el hombre peruano produzca más, consuma más y tenga un reparto mejor de su riqueza: he aquí necesidades urgentes y cardinales. Un país no es solamente el territorio en el cual se puede introducir un número más o menos grande de máquinas y de productos de las máquinas. Está constituido también por el elemento humano que es, en última instancia, lo que más importa; y está constituido, asimismo, por el estado. Ahora bien, el estado es, de un lado, una estructura administrativa cuya eficiencia y cuya limpieza le garantizan un rumbo seguro, del mismo modo como su ineficacia o sus lacras pueden conducirlo a horribles abismos; y es, de otro lado, un conjunto de instituciones. El Perú necesitaba en 1939 ir, aunque fuera lentamente, a una revaloración y reorganización adecuada de esas instituciones. No para repetir los errores de otrora, no para dar tontamente combustible adicional a la guerra social y civil, sino para reeducar y encauzar en forma realista y razonable a una ciudadanía que se había acostumbrado al dilema de ser paralítica o ser epiléptica. Pero eso no abarca tampoco la totalidad del problema.

La juventud que surgió a la actividad intelectual a principios de siglo conoció la sensación optimista de vivir en un país organizado y en marcha que, a su hora, ella dirigiría pacíficamente; lo que había de deleznable en el andamiaje político y de taras en la vida social y económica no aparece en las páginas de *El Perú Contemporáneo,* de Francisco García Calderón, la obra que resume ese estado de ánimo. La juventud que en 1918 hizo a Leguía "Maestro de la Juventud" y editó el periódico Ger*minal* personificó su esperanza en ese caudillo y luchó por él. La juventud que en 1921 y sobre todo entre 192 3 y 1928 combatió a Leguía, creyó que, precisamente con la caída del gobernante del oncenio, vendría la palingenesia nacional. Más tarde, hacia 1930, la juventud puso fanatismo en la lucha política. ¿Cuál era, en cambio, el término medio de la temperatura espiritual juvenil hacia 1939? Aparte de los sectores

fanatizados, podía observarse un peligroso afán por el acomodo personal, por los goces y concupiscencias de la vida y, en el mejor de los casos, una escéptica indiferencia. Parecían en suma, salvo excepciones meritísimas, prosperar los genuinos productos de lo que en pública ocasión he llamado la Edad del Asfalto, caracterizada por la adoración del automóvil no como útil instrumento de trabajo y de progreso, sino como símbolo de vanidad y despilfarro. Con lo cual no trataba de atacar, por cierto, a los automovilistas sino de buscar un símbolo para una determinada actitud espiritual de frívolo deslumbramiento ante las cosas externas y ostentosas con olvido de otros valores, del mismo modo que cuando se censuró en la época virreinal el afán de reducir la vida a la quema de cohetes y al toque de campanas, no iba con eso implícito un ataque contra las torres de las iglesias y contra las luces de los fuegos artificiales. No es ese el estado de ánimo deseable entre las nuevas generaciones, como no lo es la saña destructora. Un país robusto necesita una juventud entusiasta con capacidad para sentir un íntimo asco ante toda falsificación de valores, con voluntad de construcción inteligente y honestamente combatiente, con pudor de lo que hace y lo que dice, inspirado en la dignidad cívica sin la cual una república no merece ese nombre. Pero, a su vez, un país sano necesita ofrecer a su propia juventud perspectivas amplias, posibilidades abiertas, colaboración efectiva en el quehacer común. De modo que el problema no es sólo el Progreso material, de reformas sociales, de organización estatal. Es también problema de renovación de valores, de fervor espiritual, de capacidad de entusiasmo, de mística colectiva. Entre las oligarquías aferradas al pasado -en el cual no todo es sacrosanto y sin cuya rectificación y superación no existiría la historia, las iras revolucionarias de otro lado y las concupiscencias inmediatas como tercer término, más lamentable todavía, un progresismo constructivo con nutricias raíces populares y con la mira puesta en el bienestar común podía evitar en 1939 los peligros de la estagnación y del estallido, siempre y cuando reuniera el triple requisito de la técnica, de un mínimo ético y de la capacidad para planificar con lucidez y coherencia y ejecutar una decisión. (Ap., pp. 477- 488)

CAPÍTULO IV

EL PERÚ: ... PROBLEMA

1. EL PROBLEMA DE LA EXISTENCIA DEL PERÚ COMO ESTADO (PAÍS LEGAL) O COMO "NACIONALIDAD" (PAÍS PROFUNDO)

Primero es necesario recordar que la idea de Estado se refiere a un conjunto de servicios y oficinas de carácter político o administrativo. Desde el Estado actúan los magistrados, los funcionarios y los burócratas. En relación con el Estado están los contribuyentes, los soldados, los electores, los pensionistas y los postulantes.

Hecha esta advertencia previa, resulta fácil comprobar que hay problemas, hechos y asuntos peruanos a los cuales es ajeno el Estado en el Perú. Por ejemplo, las circunstancias espacialísimas de carácter geográfico por las cuales existen las zonas del litoral, de la sierra y de la selva, cada una con su ambiente propio, determinan el caso del hombre andino que baja al valle o a la ciudad costeñas, o el del habitante de la Amazonía en análogo trance, o el del costeño que va a la altura o se interna en la "montaña". Estos casos, interesantes para el sociólogo, el economista, el folclorista y hasta el médico, pueden ser contemplados con indiferencia por el Estado y por sus agentes. Y así, ejemplos del mismo tipo podrían ser presentados. Mencionemos sólo uno. Las formas especiales que aquí revisten la ganadería, la producción agrícola, la industria y el comercio otorgan al problema de la alimentación en el Perú, características que no existen en Colombia o la Argentina, en Estados Unidos o en México, y por ese problema muy antiguo recién el Estado empieza a preocuparse

El coeficiente de ilegalidad

El drama de la vida peruana ha surgido del hecho de que el Estado no resultara acondicionándose bien dentro de la nación. Un jurista francés, Jean Crouet, en un curioso libro titulado *La vida del Derecho y la impotencia de las leyes* ha mostrado un fenómeno de creciente importancia en Francia antes de la Segunda Guerra Mundial: el debilitamiento de la autoridad moral de las leyes, la pérdida de la fe tranquila en que el legislador será obedecido. Las revoluciones y los golpes de Estado, dice Crouet, nos han enseñado a amparamos detrás de los actos de audacia, colocándonos al mismo tiempo la investidura de la soberanía legislativa y gubernamental. La Iglesia ha mantenido en el espíritu de sus fieles la preeminencia de las normas religiosas sobre las civiles y ha señalado con anatema a algunas de éstas, como el divorcio. El movimiento obrero ha suscitado el afán de transformar la fuerza creciente de las agrupaciones sindicales en una soberanía unilateral e ilimitada. Y la clase media, que siempre ha tenido el horror de la ilegalidad tumultuosa y cruenta, no ha mostrado igual repugnancia por las ilegalidades pacíficas y secretas que constituyen la moneda menuda de lo arbitrario administrativo y contribuyen a minar por invisibles fisuras el régimen de la legalidad.

Curiosas observaciones podrían hacerse también en el Perú acerca de nuestro viejo y alto "coeficiente de ilegalidad". Y no se alegue, a propósito de la cita anterior, que tanto la iglesia como los movimientos obreros son fuerzas internacionales. El poder o la debilidad de los sindicatos peruanos se halla en relación con el volumen y las formas propias del desarrollo industrial de este país. Y

la fuerza o la debilidad del problema religioso no será igual en el Perú y en el Ecuador, por ejemplo, donde la dictadura de García Moreno provocó por largos años el predominio de los liberales. En realidad, lo que se trata de probar, sobre todo, es que el Estado es y puede ser burlado o combatido o contradicho. Esa opinión pública que crea o justifica las numerosas "ilegalidades pacíficas y secretas" es un exponente de que el país no está constituido única y exclusivamente por el Estado.

Intranquilidad política y estatismo social

Hay otro argumento más, si se examina el curso de la vida peruana durante el siglo XIX. De 1836 a 1839 el Perú cesó de existir como Estado pero continuó como país. En una oportunidad en este territorio gobernaron siete presidentes simultáneos. ¿Cuál de ellos representaba al Estado? Seguramente ninguno; pero el Perú seguía viviendo. Podemos hablar también de mutaciones en la fisonomía del Estado, por cambios de los regímenes políticos reflejados, por ejemplo, en la promulgación de textos constitucionales antagónicos; y sin embargo esos cambios no repercutieron *so*bre la nación. "Intranquilidad política, estatismo social": esta fórmula expresa el contenido de la vida peruana durante las primeras décadas de la república. Del mismo modo, se ha dado el caso de profundas transformaciones operadas en el país, sin que ellas resultaran compartidas, por lo menos durante un tiempo más o menos largo, por el organismo estatal.

La patria invisible

Y si el Perú fuese única y exclusivamente un Estado, ¿cómo podría ser explicado el caso de Tacna y Arica? En estas provincias, durante cincuenta años hubo numerosos hombres y numerosas familias que se mantuvieron fieles a la bandera roja y blanca. En el caso de ellos sí que Chile era un Estado y nada más. Cuando los tacneños y ariqueños se manifestaron remisos frente a la organización administrativa, bien eficiente por cierto, bajo la cual vivían, no pensaban que el Presidente alojado en el palacio de los virreyes era mejor estadista que el Presidente de la Casa de Moneda; ni se ponían a perder el tiempo imaginando que las leyes publicadas diariamente en *El Peruano* eran más perfectas que las leyes del parlamento santiaguino. Para ellos, el Perú era una realidad fundamentalmente sentimental e ideal.

Ese sujeto andino, costeño o selvático que se mueve por el país, esa masa que a veces cumple y a veces no cumple las órdenes oficiales, esas generaciones que vieron a veces desaparecer y restaurarse el Estado peruano, esos hombres y esas mujeres que sintieron en sus vidas quizás humildes el aliento formidable de la "Patria invisible", ¿qué formaban?

La historia del Estado y la del país

La historia del Perú se ha escrito y se escribe, se ha enseñado y se enseña como historia del Estado. He aquí una razón evidente para la exagerada importancia atribuida a los distintos períodos: prehispánico, virreinal e independiente. Claro está que entre el Estado inca y el Estado virreinal, y entre el Estado virreinal y el Estado republicano hubo notables diferencias. El día que, hagamos la historia, del hombre peruano en función con la naturaleza peruana serán vistas desde otro prisma esas normas de periodificación. Se observará entonces que después de 1532, si el andamiaje estatal inca sucumbe, la población perdura; pero no idéntica porque recibe en una forma u otra el impacto de Occidente. Aun hoy mismo, en aquel indio que usa un arado, hace pastar unas ovejas y viste calzón corto hay un proceso de mestizaje cultural, aunque se trate de un ejemplar de pura raza. Y del mismo modo la llegada de esos hombres

descontentos por una razón o por otra en su situación en el Viejo Mundo, resueltos a comenzar aquí de nuevo, a morir aquí y a dejar aquí a sus hijos, formará, sin duda, uno de los más interesantes capítulos de la historia del Perú aunque poco o nada tenga que ver en apariencia con la historia del estado peruano. Igualmente la obra de tantos misioneros y exploradores que ganaron para el Perú parajes de la selva deberá ser incluida en esa historia que no se contente con los nombres de los personajes oficiales.

La Nación, fenómeno histórico.

La idea de que una nación necesita tener comunidad de raza, de sangre, de idioma o de intereses económicos en su población corresponde a un momento en que se atribuyó excesiva importancia a las ciencias naturales. La nación es un fenómeno histórico y la historia no es una ciencia de la naturaleza. Suelo, idioma o sangre pueden formar el cuerpo de la nación; pero la explicación de, este concepto no resulta viable a través de las cosas naturales. La nación, dice un pensador de nuestros días, está por encima de las realidades naturales y de toda cosa concreta; porque la nación es creación exclusivamente humana. Por cierto que, en parte, el hombre es también naturaleza; pero, al mismo tiempo, el hombre es el único ser capaz de superar a la naturaleza en tanto que la vida del animal transcurre toda ella constreñida por las leyes que imperan sobre la especie. Vivir es para el animal hacer en cada momento lo que por ley natural tiene que hacer. Vivir, en cambio, es para el hombre resolver en cada momento lo que va a hacer en el momento siguiente. La nación surge como una de las estructuras humanas, hija legítima del hombre.

Ha habido, hay y puede haber países carentes de comunidad de raza, de sangre, de idioma o de intereses económicos. De todos modos, no son una novedad en la historia, la coexistencia sobre un mismo territorio de pobladores de las más diversas procedencias. Lo que ocurre en el caso nuestro es que dicho experimento se ha realizado en una época demasiado cercana. España misma, que trasladó su cultura a América, es un resultado de la convivencia primero entre iberos y celtas. Luego entre celtiberos y romanos, más tarde entre hispano-romanos y visigodos y entre cristianos y árabes.

El objeto ideal

Cuando insisto acerca de esta interpretación histórica de la idea de nación, no he afirmado algo arbitrario, intuitivo o novedoso. Bien saben los interesados en estudios filosóficos en general lo que es el llamado "objeto ideal". Y los expertos en temas sicológicos y pedagógicos utilizan frecuentemente la idea de "estructura" que afirma el carácter unitario de la vida síquica refutando todo asociacionismo y todo atomismo mecanísticos en este campo. "Objeto ideal", "estructura" y otros temas contemporáneos, independientes, por lo demás, de cualquier contenido político, se enlazan con la idea de la nación como continuidad en el tiempo.

Entre nosotros, algunos aceptan la, existencia de una unidad lograda por los incas y todavía antes de los incas, entre la cordillera y el litoral y entre el norte y el sur; pero se niegan a aceptar esa unidad en épocas posteriores. Otros emplean la palabra "peruanos" para referirse única y exclusivamente a los indios anteriores al siglo XVI que ignoraban su significado. Y no falta quien se olvida de que junto con un nuevo Estado surgió una nueva sociedad en ese siglo, con la diferencia de que si entonces el Estado suplantó íntegramente al antiguo régimen, en la sociedad persistieron muchos elementos que de él provenían. El nombre "Perú" fue acuñado y popularizado para aludir al nuevo Estado, fracción o parte de un Estado metropolitano, y a la nueva sociedad, desde un principio autónoma en su proceso de desarrollo y crecimiento.

Desde el Inca Garcilaso, ya a fines del siglo XVI, y el primer *Mercurio Peruano* (1791-95) hay una floración de periódicos y de libros donde la idea y el sentimiento del Perú desbordan hasta llegar al título mismo: *El Satélite del Peruano, El Verdadero Peruano, Nuevo Día del Perú, Sol del Perú,* sin olvidar el *Plan del Perú* de Vidaurre. Si el Perú hubiese sido nada más que un Estado, únicamente un Estado, nada explicaría esta constante inquietud.

Cierto es que al avanzar nuestro siglo XIX esa línea se desvía con frecuencia. Todo ello no quiere decir que el Perú no existiera como unidad anímica. El Perú es tema y motivo en las páginas de *La Revista de Lima, El Correo del Perú* y *Revista Peruana;* en las *Tradiciones* de Palma y en el *Diccionario* de García Calderón; en las investigaciones de Sebastián Barranca y en los libros y viajes de Raimondi; en la burla fuerte del "Tunante" Gamarra y en el verso pobre de Constantino Carrasco, en el eruditismo de Mendiburu y de Paz Soldán; en los editoriales de Andrés Avelino Aramburú y de Alberto Ulloa; en el pensamiento orientado hacia la acción de Piérola y de Pardo.

Y no fue el Perú tampoco fría idea embalsamada en el papel impreso o aislado alarde personal. Las multitudes soñaron, se agitaron, se sacrificaron, gozaron y murieron por él tiñendo para siempre con su aliento las fechas decisivas del 28 de julio de 1821, del 2 de mayo de 1866 y de febrero de 1879 a octubre de 1883; y en las grandes rebeliones populares de 1854, de 1865 y de 1895 que conmovieron de un extremo a otro al país, no hubo tan sólo el afán de cambiar un gobierno por otro gobierno sino la esperanza inmensa en una profunda transformación nacional.

Para considerar este problema conviene constatar también que la raza indígena en el Perú no constituye una minoría y que ella está formada por mestizos.

El fenómeno del mestizaje no es un hecho local o regional en el Perú. Tampoco se halla confinado en la costa. En el norte, domina dentro de departamentos como San Martín, Amazonas, Cajamarca y Loreto. En el sur prepondera en los de Madre de Dios, Moquegua y Arequipa. Lima no es el departamento donde hay el mayor número de mestizos y blancos; ocupa en este aspecto el sexto lugar, predominio de mestizos y blancos hay en cinco de los diez departamentos de mayor población en la república; en cambio, predominio indígena hay en sólo tres de los mismos departamentos, quedando los dos restantes en situación de equilibrio.

Me parece que todavía no se ha valorizado bien ese sentido revolucionario del Censo Nacional de 1940. Durante muchos años habíamos vivido bajo los siguientes supuestos: 1° El Perú es un país con una mayoría de indios, ascendente según unos al 50%, según otros a las dos terceras partes, sin que faltase algún cálculo hablando de las cuatro quintas partes de la población; 2° El dualismo racial peruano permanece estacionario; 3° La división de territorio en costa y sierra contribuye a dar un carácter inexorable a esta separación.

El Censo de 1940 ha demostrado, por el contrario, los siguientes hechos: 1° La mayoría de la población peruana es mestiza y el porcentaje indígena ha bajado en un 11.74 desde el Censo de 1876; 2° El mestizaje se extiende en la costa y en la sierra, así como en el norte y en el sur; 3° Costa y sierra no son dos zonas irremediablemente hostiles y sus respectivos pobladores se mezclan y no quieren separarse, como lo demuestran no sólo el mestizaje sino también el fenómeno de las migraciones espontáneas.

Es evidente que la sola indicación de la raza "india" no implica la existencia de un abismo cultural frente al resto de país. Hay indios que colaboran activamente en la vida nacional, en los cuarteles por ejemplo. Otros, aun fuera de las ciudades, se han "amestizado" en el idioma, la religión, los usos y los utensilios, precisamente en todo eso a lo cual conceden tanta importancia los sociólogos materialistas.

Por otra parte, ¿dónde está la conciencia nacional indígena? ¿Quién será capaz de acoplar a las "nacionalidades" quechuas y aimaras, a los chancas, huancas, yungas y demás razas y subrazas que existen al mismo tiempo, sin contar a las tribus del Oriente? Tampoco hay que olvidar que quechuas y aimaras no forman un bloque territorial, pues se hallan dispersos por los más apartados lugares del territorio. Por último, ¿qué se piensa hacer con los mestizos y blancos del Cuzco, con los de Junín, con los de Áncash, con los de Puna, con los de Apurímac, con los de Huancavelica, con los de Huanuco?

Cuando se insiste en el predominio del fenómeno del mestizaje, no se pretende basar lo peruano exclusivamente allí. Lo peruano es un término ancho en el cual sociológicamente la nota más visible es la mestiza; pero aliado de ella caben muchas otras. Grandes peruanos hubo, sin duda, entre muchos mestizos. Grandes peruanos también fueron indios como Olaya; descendientes de judíos como los León Pinelo; mulatos como Pancho Fierro y José Manuel Valdez; blancos criollos de origen español como Unanue y Salaverry; españoles del siglo XIX como Sebastián Lorente; anglosajones como Guisse, el héroe de Guayaquil, Billinghurst el tarapaqueño leal a su patria; Fitzcarrald el explorador; descendientes de alemanes como Althaus el poeta; Contzen el educador; Wiesse el historiador; descendientes de italianos como Bolognesi el héroe, Raimondi el sabio y Rebagliati el músico; polacos como Habich; injertos como Zulen.

Campo y ciudad

Aliado de la división "horizontal" de la sociedad existe también una división "vertical". Es la división entre el campo y la ciudad. Todas las funciones de dirigir y gobernar en cualquier forma tienen su centro en la ciudad. El campo es reservorio, base, sustento y aliento de la ciudad; pero si se rompe un vínculo con ella marcha a la estagnación ahistórica o a la rebeldía bárbara. Ahora bien, ¿no es cierto que entre nosotros lo indígena es lo rural? ¿Cuál de nuestras ciudades podría ser considerada como genuinamente indígena? ¿En cuál de ellas no domina la nota mestizo-blanco? El presunto "nacionalismo" indígena es cultural, espiritual y sociológicamente más débil que los llamados "nacionalismos" catalán, gallego y vasco cuyas reivindicaciones, por lo demás, no impiden la existencia nacional de España, que el bretón y el provenzal frente a Francia, y que el galés y el escocés frente a Inglaterra.

Población urbana y población rural

Otro dato interesante del Censo de 1940 es el que se relaciona con la población urbana. La población total calculada en 7'023.111 habitantes *está* distribuida según un primer cálculo, así: 63.51% en la zona andina: 25.02% en la costa; y 11.47% en la selva.

Según el mismo cálculo la población que habita en las ciudades con más de 3,000 habitantes asciende a la exigua cifra de 1,368.580 con un porcentaje de 19.48% sobre el total. Al separar a los habitantes urbanos según las zonas geográficas, aparece el siguiente resultado: en la costa 68%; en la sierra, 26.59% y en la selva 5.41%.

Lima con más de 533,644 habitantes se halla seguida por el Callao con 84,438. Vienen después Arequipa con 80,487; Cuzco con 45,230; Trujillo con 41,589; Chiclayo con 33,748; Iquitos con 33,539; Piura con 26,674; Huancayo con 29,240; Sullana con 22,222; Ica con 21,240. Siguen, en orden sucesivo, con menos de 20,000 Cerro de Pasco, Ayacucho, Cajamarca, Puno; con menos de 15,000, La Oroya, Pisco, Talara, Huacho, Huánuco; con menos de 13,000, Mollendo, Chincha Alta, Chulucanas; con menos de 12,000, Huaraz y Tacna hasta los 10,000.

El porcentaje indicado sirve de explicación para la posición directiva de la costa en la vida peruana. La ciudad es lo que históricamente determina el curso y el sentido de la cultura. La historia universal es, sobre todo, historia del hombre urbano. La política, la religión, todas las artes, todas las ciencias se fundan por él.

¡Mucho cuidado, sin embargo, amigos de la capital! Acaba de ganar una gran victoria la causa de la unidad nacional y ha sufrido un rudo golpe el romanticismo sociológico y jurídico de los últimos veinte años. Pero que nadie pierda la lucidez. No olvidemos la indispensable necesidad de elevar el nivel de vida de nuestra población que es problema de vida o muerte para nuestra salud social y para nuestro futuro como pueblo. Y no olvidemos tampoco la escasez de ciudades de mediana población y la cifra de 13,817 escuelas primarias y de 48,819 maestros que, según otro dato del mismo Censo, debemos tener en tanto que nuestras escuelas primarias ascienden hoya 5,000 más o menos y nuestros maestros a 10,000, de los cuales tampoco estamos seguros si son otros tantos artesanos de la unidad espiritual nacional.

El país legal y el país profundo

Volvamos a recordar que la autoridad estatal ha estado y está constituida por las fuerzas armadas, por un conjunto de oficinas y cierto número de burócratas. La tarea de servir al Estado y de velar por su seguridad, de cobrar impuestos, de tramitar expedientes y de atender solicitudes fue aparentemente lo único que ocupó día a día a los empleados públicos mientras subían, se mantenían o caían los gobiernos. Pero al margen de esa diaria tarea la existencia misma de la autoridad estatal ha dado lugar, directa o indirectamente, a consecuencias trascendentales en la vida y en el destino de innumerables hombres y mujeres. Además, ha influido sobre sus ocupaciones, su cultura, sus posibilidades sociales y sus recursos.

Y del mismo modo ha actuado sobre el cuadro variable de la producción, de la circulación, de la distribución y del consumo de la riqueza, a pesar de las separaciones entre costa, sierra y selva, entre blancos e indios y entre norte y sur. Es evidente, por ejemplo, el movimiento de atracción hacia la capital o hacia las ciudades grandes o hacia los centros de actividad económica rompiendo barreras de altura o de localidad. En los mismos productos agrícolas que el Perú explota en mayor escala no se ve una dominante huella de la tradición indígena: recuérdese que de ellos tres son originariamente importados -el trigo, el azúcar y el arroz- y que si el algodón es aborigen, tiene un simbólico valor siglo XX el algodón Tangüis que algún día debe ser estudiado en este sentido.

La relación entre la vida colectiva y la existencia del Estado (que es independiente de la eficiencia o de los defectos de éste) no proviene de ayer. La fecha de su iniciación no es el 28 de julio de 1821. Tampoco se halla en el año de 1532. Ni siquiera los incas fueron sus creadores. La unidad política y la relación cultural entre costa y sierra, entre nuestro norte y nuestro sur se pierde en la lejanía de la prehistoria. Tiempo suficiente ha pasado para que el Estado haya podido empezar a moldear una nacionalidad, o sea para que seamos la base de una nacionalidad estatal.

América, una nacionalidad cultural con varias nacionalidades estatales

La historia conoce, de acuerdo con la terminología de Kirchhoff, Neumann y Meinecke, nacionalidades estatales y nacionalidades culturales. La antigua Grecia formó el primer y más armonioso ejemplo de nacionalidad cultural; pero se dividió en muchos Estados-ciudades. Aunque el Estado romano dominó a gran cantidad de pueblos, no los nacionalizó, creando sobre ellos un Estado-poder. La Edad Media presentó en Europa una comunidad cultural análoga, en cierto sentido, a la que existiera entre los griegos; pero no construyó un Estado. Al desarrollarse la Edad

Moderna tras la ruptura de la comunidad espiritual medioeval, el individualismo renacentista terminó en los absolutismos monárquicos de los siglos XVII y XVIII. Fueron entonces los Estados europeos Estados-poder por la jerarquía establecida alrededor del derecho divino de los soberanos. Del absolutismo se pasó, después de las Revoluciones Norteamericana y Francesa a la soberanía popular; al Estado-poder reemplazó entonces, al menos nominalmente, el Estado de derecho.

América fue incorporada a la cultura occidental cuando empezaba a desarrollarse el Estado-poder monárquico y absolutista en Europa continental. Sobre la sociedad americana (donde convivían elementos prehispánicos, hispánicos, comunes a toda la cultura occidental y otros resultados de esa mezcla), la fuerza política y administrativa del Estado metropolitano actuó fuertemente. La organización erigida sobre cada uno de los territorios del Nuevo Mundo fue acentuando la fisonomía especial de ellos, a pesar de las diferencias internas de clima, raza y economía. En ciertos casos hasta evitó o disminuyó as relaciones interamericanas.

El afán de buscar interpretaciones delictuales a la historia ha hecho que algunos acumulen insultos o dicterios al interpretar la separación de nuestras repúblicas. Cualquiera que sea nuestra actitud sentimental, dicha separación fue un hecho proveniente de las grandes distancias, así como de la ausencia de comunes intereses positivos entre los distintos países, comprobada por el escaso comercio intercontinental y por la posición de países exportadores de materias primas y de importadores de Europa que ellos asumieron luchando a veces entre sí.

Las "nacionalidades estatales" así surgidas en América no han sido un caso único. Algo parecido ocurrió en Suiza y en Estados Unidos del Norte. Por otra parte, los Estados americanos forman una misma "nacionalidad cultural" al estilo de la antigua Grecia. Sólo la amenaza de grandes y comunes peligros o la planificación de una economía unificada puede desarrollar ese nacionalismo continental. El error de algunos de sus defensores contemporáneos ha sido el de querer establecerlo de arriba hacia abajo borrando las nacionalidades estatales; y el peligro de su exclusiva difusión en países como el Perú consiste en que la acechanza de más de un vecino puede resultar así facilitada.

El reconocimiento de la influencia estatal no implica una alabanza o satisfacción ante la obra cumplida por el Estado. Respalda, eso sí, a la afirmación de que países viejos como el Perú no son única y exclusivamente un Estado. Antes bien, podría desarrollarse la teoría de que el Estado peruano, con frecuencia, no ha actuado a la altura de lo que el Perú necesitaba o requería. Con lo que otra vez quedaría probado que el Perú no es únicamente un Estado.

Leyenda negra y *leyenda dorada*

La "leyenda negra" acerca de la obra de España en América tuvo su origen en Las Casas y otros intérpretes humanitaristas de la bula del Papa Alejandro sobre los territorios americanos. Dicha bula entregó los territorios recién descubiertos a los reyes de Castilla y Portugal; pero si algunos creyeron que una conquista política había sido permitida, según otros, la autorización estuvo limitada a un plano espiritual, en relación con el derecho de difundir la fe cristiana. Los panfletos de Las Casas, propagados por Benzoni en Europa durante el siglo XVI y por otros en los siglos siguientes, alcanzaron luego eco universal. Algo que podía haberse considerado como una virtud del carácter español -la capacidad para anhelar lo mejor, el descontento ante la realidad imperfecta, la franqueza en la crítica- sirvió para afrenta de ese país. Otros realizaron empresas de rapiña o de conquista que no fueron ciertamente modelos de escrupulosidad; pero en su propia patria no hubo quienes los anatematizaran con elocuencia y obstinación semejantes.

Agregáronse para propagar la "leyenda negra" la codicia y la envidia ante los tesoros americanos, las rivalidades políticas en unos casos, políticas y religiosas en otros y la declinante ruta seguida por España hasta el siglo XIX. Voces europeas escuchadas a través de los siglos condenaron así a los descubridores y colonizadores de América: Montaigne, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Robertson, Raynal, De Paw, La Harpe. En la misma España penetró ese ambiente a partir del siglo XVIII, y en un clima de derrotismo surgió la revolución americana.

Tal es la tesis que Julián Juderías expone en su libro La *Leyenda* Ne*gra* y que otros autores han continuado y renovado. Que la leyenda negra sigue viva en el mundo lo demuestra un hecho incidental, en apariencia frívolo: hace poco tiempo se exhibió en Lima una película donde los dulces y caballerescos piratas ingleses aparecían como contraste con los crueles, solemnes, codiciosos y fanáticos hidalgos españoles.

Se acaba de celebrar (1941), por otra parte, en Lima una ceremonia que parece indicar el desarrollo de un espíritu distinto en el Perú. El homenaje a Pizarro ha coincidido con la pública reaparición y con la solemne consagración de Raúl Porras Barrenechea que, sin seguir ni imitar a nadie en el trabajo *o* en la actitud, ha realizado una difícil síntesis entre la rigurosa novedad documental y la clásica belleza de estilo marcándola con el sello inconfundible de la sinceridad.

Ha pasado ya la hora en que se aceptaba sin objeción la frase "Ya el estruendo de broncas cadenas que escuchamos tres siglos de horror" en la primera estrofa inicial agregada al himno nacional. Idos son ya los tiempos en que Clemente de Althaus decía. "Es digno de novedad de España sola tan torpe y tan infame proceder"; y de Juan de Arona, si viviese hoy, no escribiría "La Pinzonada".

El neohispanismo apareció entre nosotros literariamente con la "Elegía a Alfonso XII", de Luis Benjamín Cisneros. Chocano lo continuó en numerosos poemas como aquél en donde afirmó refiriéndose al lazo existente entre España e Hispanoamérica a pesar de la emancipación, que "un anillo de oro hecho pedazos ya no es anillo... ¡pero siempre es oro!" Más significativamente cabe mencionar aquí el "Canto a España", de José Gálvez. En otros sectores y en otro plano nunca faltaron entre nosotros los devotos de la mantilla y del mantón, de las corridas de toros y del teatro español y hasta los oradores ampulosos del Día de la Raza y del Día del Idioma que tanto disgustaban a Pío Baroja. Pero donde más tardó en desarrollarse en el Perú el neohispanismo fue en el terreno de la crítica histórica. Allí a la visión de la Colonia árida presentada por Mendiburu en su monumental *Diccionario* y de la Colonia frívola animada por Palma en sus imperecederas *Tradiciones* siguió el pesimismo de la generación de fines del siglo pasado, imbuida por las ideas sociológicas positivistas. El incremento que en los años veintes y treintas de nuestro siglo alcanzó el romanticismo indigenista y la agitación revolucionaria bien poco propicios fueron, por cierto, para un amistoso enjuiciamiento de la obra de España en el Perú y la espuma de esas inquietudes ha salpicado nuestros programas de instrucción primaria, media y superior y más de un texto pedagógico.

Historia funcional

Nadie puede sorprenderse si, una vez más, expongo mi punto de vista acerca de este asunto. Él se encuentra ya implícito y explícito en mi juvenil trabajo sobre la multitud, la ciudad y el campo en la historia peruana (1929); en la tesis acerca de que los árboles no deben hacer olvidar nuestro bosque histórico, contenida en el libro *Perú: Problema y Posibilidad* (1931); en la serie de artículos inaugurada con el que se tituló "Teoría del Perú" en 1938; y, por último, a través de varias de mis colaboraciones en *La Prensa* en 1940 y 1941.

Ante el problema de nuestra personalidad nacional, resulta interesante citar un testimonio insospechable en estos momentos, el de Manuel García Morente en su obra *Idea de la Hispanidad.* Aquí, por lo demás, Morente sigue la ruta de algunos filósofos alemanes como Vierkandt y Heidegger. "Ni la raza, ni la sangre, ni el territorio, ni el idioma -dice Morente y vale la pena volver a leer varias veces los nombres por él consignados- bastan para dilucidar el ser de una nación. Ella es la adhesión a una empresa futura y la adhesión a un pasado de glorias y de remordimientos. Aquello a que adherimos no es tampoco ni la realidad histórica pasada ni la realidad histórica presente ni el concreto proyecto futuro, sino lo que hay de común entre los tres momentos, lo que los liga en una unidad de ser por encima de la pluralidad de instantes en el tiempo".

Como anillo caen estas palabras en el dedo del momento presente. No porque repitamos con el poeta que "Cervantes fue nuestro mejor virrey" olvidaremos nuestro yo. Y, de otro lado, aquellos que andan voceando que no somos una nación porque no tenemos unidad de raza, de idioma o de sangre bien pueden meditar en nuestra continuidad en el tiempo y en nuestra comunidad de destino.

Sólo aquello que tiene un futuro posee un pasado fecundo. Por eso, para la patria, que es la totalidad en el espacio y continuidad en el tiempo, comunidad de destino y convivencia en el presente, el ayer vale si sus vibraciones repercuten aquí y si van a prolongarse más allá, lejos del lugar a donde nuestra propia vida perecedera llegue. Historia no es sólo un relato de acontecimientos. Historia es también la búsqueda de lo que resta después del paso de los acontecimientos.

Los eruditos necesitan investigar en documentos originales y reconstruir la vida que pasó. A los ciudadanos todos de un país les corresponde, en cambio, ver desde el mirador de su propia época y en función del porvenir. Colocándonos en ese mirador, Pizarro para nosotros, los peruanos, no es un fin; es un comienzo. Una vez más constatemos que él y otros Con él y más tarde no pensaron en enriquecerse aquí y tomar el barco de regreso. Se quedaron para fundar ciudades, hogares, linajes. Los conquistadores fueron, a su manera, conquistados. Sus nietos y biznietos se llamaron ya criollos y algunos tuvieron sangre indígena lo mismo que los hijos del propio Pizarro y que el hijo de Almagro dueño del Perú en 1541.

Visión geográfica y filosófica del universo, idioma, religión y sentido del hogar y otros elementos esenciales para nuestros *ethos,* junto con numerosos elementos materiales vinieron con Pizarro. Pero vinieron a un "Nuevo Mundo" con características geográficas, económicas y sociológicas peculiares y con un peculiar desenvolvimiento en el plano de la cultura. No llegaron a suelos desérticos u ocupados exclusivamente por especies inferiores del reino animal. Tal es, por lo menos, la versión acogida por la mejor tradición española y cristiana, refrendada por el famoso "breve" del Papa Paulo III. A consecuencia de ese contacto entre la cultura occidental y América surgió un vasto proceso que cabe llamar de "transculturación", utilizando la palabra apadrinada por el etnólogo Malinowski.

Llegó el día en que los americanos quisieron ser independientes. ¿Qué había pasado? Muchos de los que en este momento están en ultramar batiendo palmas en honor a Pizarro dicen que España perdió su imperio porque el amor a lo extranjero, el sentido secularista del gobierno y de la vida rompieron el vínculo del ideal y de la autoridad comunes convirtiendo la antigua monarquía misionera en una ordenación territorial, pragmática, económica y racionalista, transtornadora de una tradición de lealtad y de obediencia. Con lo cual quiere decir que Carlos III a través de sus reformas sería el autor de la independencia de América. Otros se limitan a afirmar, por su parte, que la "leyenda negra" después de abrir se camino en Europa emponzoñó a los españoles americanos y a los propios españoles peninsulares a principios del siglo XIX.

"Conciencia de sí"

Se equivocan y muy de veras quienes eso creen. Cierta es, sin duda, la decadencia espiritual y material de España en aquella época y cierto es también que esa decadencia contribuyó a la victoria de la Emancipación americana. Mas no está allí la causa profunda' de tan trascendental acontecimiento. Como no se encuentra tampoco en el influjo mecánico de las Revoluciones Francesa y Norteamericana o en la avidez de los criollos por ocupar puestos públicos. Hay algo más sólido que la "leyenda negra", más permanente que las ideas filosóficas entonces en boga acerca del contrato social y de los derechos sacrosantos del individuo, más noble que las menudas pretensiones burocráticas en las esencias de ese movimiento que toma cuerpo en 1810 y logra su victoria definitiva e irrevocable en 1824, a pesar de innumerables errores, excesos, violencias y defecciones. Es la "conciencia de sí" adquirida por los americanos cuando precisamente por el conducto abierto entre América y Europa gracias a los conquistadores del siglo XVI comenzaron a llegar en creciente número elementos que ya no eran estrictamente hispánicos sino europeos y occidentales. Al desarrollarse esa "conciencia de sí" surgió una inmensa promesa abierta para todos los que en el presente o en el futuro nacieran en el suelo americano extendida también al integral desenvolvimiento de las posibilidades que cada país alberga. La promesa y el sentido de la soberanía nacional son los elementos nuevos que la época de la independencia aporta a la formación del Perú histórico. Unidos a los elementos preexistentes, cada uno en su plano dentro de un sentido funcionalista, coadyuvante y orgánico, ellos han fijado la personalidad de ese ser colectivo que aún no ha llegado al ejercicio pleno de todas sus potencialidades y cuyo nombre es el Perú. (MCC, pp. 241-257) [Colofón 1941]

2. EL PROBLEMA DE LAS ÉLITES, EL ESTADO EMPÍRICO Y EL DUALISMO EN LA ECONOMÍA

2.1 El problema de las élites

Uno de los más fascinantes y menos estudiados asuntos que la historia social ofrece entre nosotros es el que atañe a las *élites.*

Un país no es sólo pueblo. El pueblo suministra la base telúrica, la unidad histórica, el complejo sociológico, la estructura económica, la materia prima humana que son los cimientos de un país. Ahí no queda, por lo demás, su aporte. Él se manifiesta también mediante un conjunto de urgencias y de aspiraciones quizás confusas, de posibilidades y de necesidades a veces mutiladas, de empresas y de esperanzas siempre latentes. No es, por lo tanto, su contribución una simple carga de pasado. Pero si ese país quiere desempeñar una función activa en el mundo, necesita algo más que una masa. Necesita mando. En épocas y en ambientes donde primó la tradición, ese mando partió de la aristocracia de sangre. Error profundo, suponer, sin embargo, que sólo esos aristócratas por herencia mandaron. Siempre mandó alguien. En las épocas más revueltas emergieron jefes improvisados, seguramente los que evidenciaron mayor audacia, valentía o decisión. Y democracia no quiere decir que nadie gobierne, sino que el pueblo escoge a sus propios dirigentes por medio del sufragio, para un tiempo corto y con poderes limitados, seleccionándolos según los partidos políticos a los que pertenecen. No hay nada reaccionario, pues, en esta teoría del necesario mando. Las grandes democracias anglosajonas han inventado y popularizado una palabra que expresa tal vez más nítidamente que el castellano este concepto: *leadership* y desde niños los anglosajones se entrenan en el arte de dirigir y de obedecer libremente, y el juego llamado "follow the leader", o sea 'seguir al jefe', así lo indica. Su diferencia con la concepción totalitaria del mando no está en la existencia misma de él, sino en el modo como surge, en su alcance, extensión o duración, en

al ámbito que se deja a la acción individual, en el carácter absoluto o relativo de la obediencia.

Sin embargo, ningún problema más discutido en nuestro tiempo que el problema de los dirigentes, o sea el problema de las *élites.*

Frente a los distinguidos caballeros que se creen facultados para cualquier exceso porque heredaron un nombre y una cuenta corriente, se yerguen con más encono en estos tiempos los que quisieran arrasar con todas las jerarquías; a los flancos de la soberbia, siempre emerge el rencor. Si por un lado están los que creen que dirigir es hacer uso únicamente del látigo, por otro lado proliferan los que al pretender eliminar a las llamadas clases dominantes, en ciertos países están en realidad queriendo eliminar a las clases educadas, es decir, amenazando la delgada capa de cultura allí erigida. En la crisis de las *élítes* tradicionales, tienden a definirse nuevas *élites.* [...]

Ni la juerga ni el látigo son los símbolos de las *élites* auténticas. Tampoco, el camarote de lujo de la emigración. Harto populares se hicieron en una época esos suramericanos ostentosos que iban a derrochar sus fortunas en Europa; menos populares, aunque asaz frecuentes, fueron esos otros suramericanos emigrados no por la violencia de la política o por el poder de la fortuna, sino por el malestar íntimo que la patria les causaba. Pero en esta especie infortunada de trasplantados, en esta aristocracia que volteaba las espaldas al propio solar, quizá aliado de desniveles económicos y culturales urgentemente remediables, había un fenómeno natural o inevitable de atracción hacia lo más grande, hacia lo más prestigioso. Porque otros trasplantados o emigrados análogos llegaron también a Europa provenientes de los Estados Unidos, donde ciertamente no podían aparecer críticas acerca de la falta de comodidades, o acerca de las turbulencias políticas, o acerca del primitivismo económico. [...]

Ni los que emigran, ni los que se disipan en la frivolidad, ni siquiera los que sólo saben manejar el látigo cumplen la misión esencial de las auténticas élites: comandar.

Comandar no es sólo impartir órdenes. Es preparar, orientar, comprender las situaciones que han surgido y adelantarse a las que van a surgir, unir a la fuerza de la voluntad el sentido de la coordinación, vivir con la conciencia del propio destino común, sentir la fe en lo que puede y debe ser, en aquello por lo cual es urgente vivir, y por lo cual, cuando llegue el momento, es preciso morir. La élite no es, pues, una suma de títulos exclusivamente, porque los títulos pueden ser adquiridos en la brega cotidiana; ni de derechos porque los derechos se conquistan o se imponen; ni de antepasados porque "todos tenemos abuelos". Tampoco es una mera guardianía, usufructo fácil o cómodo deleite. Ni su arte consiste en encaramarse sobre el presente ni en hacer escamoteo o prestidigitación con los problemas para "ir tirando". En relación con la masa, la élite necesita ahondar y fortificar su conciencia colectiva, crear su unidad consciente, interpretar y encarnar sus esperanzas, atender a sus urgencias, resolver sus necesidades, desarrollar sus posibilidades, alentar sus empresas, acoger sus elementos aprovechables, presidir sus avances, defenderla de los peligros que vengan desde afuera o desde adentro.

Tal es, menos hoy, la misión de las élites. ¿Han sido siempre así? Por lo menos, en todo gran pueblo cabe estudiar históricamente la obra de esas fuerzas dirigentes. Pareto ha llegado a afirmar que la historia es un cementerio de aristocracias.

Y teorías trascendentales han llegado a elaborarse a propósito de la acción o reacción entre aristocracias y masas. Bien sabido es cómo ha preocupado a los historiadores, por ejemplo, el problema de la decadencia de la civilización antigua, representada por el final del Imperio Romano. Han surgido interpretaciones de tipo político (Beloc, Guillermo Ferrero) o de tipo económico (Max Weber, Salvioli) o de tipo biológico (Seeck, Tenney Franck) o de tipo religioso (Jorge Sorel). Pues bien,

aliado de ellas se encuentra el punto de vista del eminente historiador ruso Rostovtzeff en su libro titulado *Historia social y económica del Imperio Romano,* verdadera obra maestra por la acumulación de sus fuentes y por el brillo de la exposición. Para Rostovtzeff, el fenómeno principal del proceso de la decadencia romana fue la absorción gradual de las clases cultas por las masas y la simplificación consiguiente de todas las funciones de la vida política, social, económica e intelectual, o sea aquel fenómeno al que damos el nombre de barbarización del mundo antiguo.

Ahora bien ¿qué puede observarse a propósito del problema de las élites en el Perú histórico? (MD. pp. 72-78)

Los incas no fueron hombres de hoy que vivieron ayer, o sea, cualquiera que pasa por las calles con otros vestidos, otras instituciones y unos cuantos aparatos menos. Pertenecieron a un mundo completamente distinto, cuyos secretos podemos imaginar, pero no siempre comprender bien. No va esto contra una idea que me he permitido repetir con frecuencia: la idea del Perú como totalidad en el espacio y como continuidad en el tiempo; el Perú es continuidad en el tiempo en el sentido de que la nación de hoy ha recibido aportes y elementos de orden geográfico y humano acarreados por los siglos. Es una continuidad hacia adelante, o sea del pasado hacia el presente. Los incas nos han legado en forma indirecta una parte de nuestro territorio y en forma directa una parte de nuestra población y también algunas lecciones y sugerencias que no siempre hemos aprovechado. Ello no obstante, su mundo espiritual es en sí un mundo extraño, lejano, muerto.

Con estas aclaraciones previas debe abordarse su estudio ¿Cabe hablar de elites en esta época? Se ha hecho tanta algarabía con el llamado comunismo de los incas, se ha prodigado tanta exaltación tendenciosa a propósito de sus instituciones económicas que, a primera vista, muchos considerarán absurda la pregunta anterior. LA imagen de los incas comunistas ha borrado la imagen de los incas jerárquicos, conquistadores y guerrilleros. Al estudiar las instituciones jurídicas en mi libro *Historia del Derecho Peruano* (y la autocita no es por mezquina vanidad, si no por el deseo de señalar los lugares donde el pensamiento aquí apenas esbozado ha tenido desarrollo más extenso) ha señalado estas características de estratificación bicolor.

La diferencia entre nobles y plebeyos -léese allí - se mantuvo *es*tricta en todo orden de cosas. En el privilegio de recibir la enseñanza de los amautas, solamente otorgado a los hijos de los incas y curacas; en la exención de tributos, propia también de la categoría señorial; en el uso de determinada calidad de ropa y de determinados distintivos y colores que favorecían la más fácil identificación según la clase social; en el consumo de chicha y de coca, negado o permitido en virtud de gracias especiales a los plebeyos y permitido con mucha liberalidad a los personajes; en el usufructo de mujeres, pues los tributarios debían ser monógamos, mientras la poligamia funcionaba en las altas clases; en el derecho de tener asiento o de viajar en literas, que sólo era concedido a personas de rango; en la diversidad de sanciones por la perpetración de delitos, así como de jueces y hasta de funcionarios encargados de cumplir sus mandatos; en la costumbre de la momificación o del entierro aparte o del servicio mortuorio en gran escala, que también obedecía a reglas de jerarquía social; y hasta en el uso de caminos. [...]

En el Perú colonial, como en el Perú de los incas, ocurrió un hecho universalmente observado, con frecuencia, en las épocas antiguas: los conquistadores se convirtieron en nobleza, y la nobleza de sangre tendió a trocarse en nobleza de funcionarios. Pretendieron los encomenderos peruanos gobernar cuando se rebeló Gonzalo Pizarra; y aun después de la derrota de este caudillo comisionados especiales viajaron a España a procurar la compra de algunos cargos administrativos o judiciales. El centralismo de Felipe II no lo permitió y los virreyes y demás autoridades de nombramiento metropolitano no tuvieron en apariencia más contrapesos que los creados por el rey mismo. [...]

Por la "transculturación" América recibe pero también suministra elementos culturales, formas de vida, ideas, usos y hasta modos de gobierno y no es simple factoría o dependencia. Porque ignoran este fenómeno, algunos hablan hoy de la "España de Europa y de las Españas de América" y sin embargo, aparte de lo que pueda haber de originalidad americana desde el punto de vista geográfico, sociológico, económico y espiritual, aun en el régimen político colonial habría que estudiar hasta qué punto el gobierno por el monarca fue una realidad con atenuantes.

Pero los criollos que tuvieron influencia personal o eventual de gobierno no pudieron impedir que el régimen mismo caducara. Las singulares características que la independencia presentó en el Perú con la participación argentina y colombiana determinaron dos hechos de vastas proyecciones: 1° no surgió en esa guerra un gran caudillo militar peruano; 2° la nobleza no presidió como grupo social orgánico, el comienzo de la república. Empobrecida por la guerra, contempló luego cómo eran abolidos los títulos de nobleza y cómo eran abolidos los mayorazgos. El *folleto Reclamación de los vulnerados derechos de los hacendados de Lima* pinta su decadente situación hacia 1830. El poder político cayó de inmediato en manos de los ideólogos, de los militares y de los políticos profesionales.

En el vecino Chile, después de 1830 precisamente, una oligarquía de grandes propietarios unida por intereses familiares se erigió sobre una masa pasiva. Pero si los *pelucones* construyeron un muro alrededor del Estado chileno contra el oleaje demagógico, no se limitaron a tener el espíritu colonial. Hombres como el gramático, jurista y poeta Andrés Bello, el geógrafo y explorador Claudio Gay, el naturista Domenyko dieron a Chile un estilo peculiar de cultura. Bello, sobre todo, contribuyó, al amparo de la paz *pelucona,* a crear el equipo conductor que luego pudo sin derramamiento de sangre presidir las reformas liberales objetadas al principio y, más tarde, presidir la guerra que hizo a Chile una potencia en el Pacífico Sur.

No fue esa la situación en el Perú. En nuestros treintas y cuarentas tuvimos momentos en que pareció haberse llegado a una extrema simplificación de la faena de comandar y dirigir por haberse roto el equilibrio entre masa y élite. Fueron momentos de "ahistoria", o sea de choques contradictorios de continuo empezar, en contraste con la historia que es en sí proceso y esencial continuidad. El ejército y el caudillaje, tan vilipendiados, tan incomprendidos, pretendieron a veces sofrenar el frenesí ideológico y dar paz y cohesión al país. Al amparo de ellos, o también contra ellos, surgieron intentos de élite; posteriormente cuando la vida institucional del país se estabilizó un poco, esos intentos fueron más sólidos, alcanzando a veces éxito, por desgracia fugaz. Tuvimos *esbozos* de verdaderas élites, élites a medias, élites latentes y también élites falsas y antiélites. No haremos ahora ni de jueces, ni de estadísticos, ni de censores, porque sería trabajo arduo, antipático y estéril. Diremos tan sólo que en la república, como en las épocas anteriores, los momentos culminantes de la vida peruana han estado presididos por una élite. Y veremos algunos puntos dé vista adoptados como tarea y misión por quienes se creyeron llamados a una función dirigente.

Cuando vino la fatiga ante la ilusión de las reformas constitucionales como ideal para el país, surgió en algunos una visión administrativa de la vida nacional. Para ellos, el Perú era un Estado y nada más. Lo importante venía a ser el aparato fiscal y burocrático. Tener con qué pagar, idear fórmulas de centralización o de descentralización, atender a los servicios públicos, balancear los presupuestos fue un plan de acción de estas sedicentes élites. Hubo, en cambio, quienes tuvieron una visión económica. Aliado del Estado contemplaron al país pero sólo como fuente de producción, como depósito de materias primas, como reservorio de riqueza potencial. Si los unos fueron magníficos funcionarios, los otros fueron magníficos hombres de negocios. Si para los primeros el Perú fue una oficina; para

los segundos el Perú fue una hacienda.

La visión administrativa como la visión económica bien pudieron ser muy sinceras y entusiastas y estar acompañadas al mismo tiempo por un íntimo desprecio al hombre peruano. Es evidente, por ejemplo, que el caudillo don Manuel Ignacio de Vivanco y su grupo honesta y resueltamente buscaron orden y progreso como que se llamaron a sí mismos la "Regeneración". Leemos, sin embargo, en el libro *Revoluciones de Arequipa,* del deán Valdivia que, viendo luchar heroicamente a los arequipeños por su causa, Vivanco exclamó cierta vez negligentemente "Cada muerto es un chichero menos". Se nos antoja que se trata de una de las tantas calumnias que la envidia unida alodio urden en todos los tiempos. Mas, a pesar de todo, constatamos qué clase de argumentos podía emplearse para desprestigiar al vivanquismo porque acaso este grupo no insistió suficientemente en el contenido humano de los problemas peruanos.

La visión humana se yergue como una réplica frente al exclusivismo de las visiones económica y administrativa de la vida nacional. Cuando esa reivindicación humana surge sola, prescindiendo de las otras dos, se queda como aislada serenata o como perjudicial gritería o como morbosa desorientación. Por su parte, las visiones administrativa y económica solas, sin calor humano, sin fe, cariño o preocupación por la masa, resultan gélidas, incompletas y, a la corta o a la larga, impopulares. Los que unieron las tres actividades y sólo ellos echaron las bases de una verdadera élite nacional.

Es necesario un Estado eficiente, como es necesario un país progresista; pero también conviene tener un pueblo en forma. Es más: no habrá verdadero Estado eficiente, ni habrá país cabalmente desarrollado si el pueblo es descuidado. Nada más trágico que la suerte de unas élites refinadísimas erigidas sobre una masa primitiva. Sin necesidad de caer en el ejemplo de las élites de Francia en el siglo XVIII o de Rusia en el siglo XX, bastará mencionar cómo en los momentos de amenaza internacional, esas masas no sabrán actuar con eficacia. Los índices de natalidad y de mortalidad, los datos sobre lo que produce o consume una población y sobre lo que come, viste, lee o sueña han de suministrar -en nuestro tiempo *so*bre todo- las más interesantes sugerencias a las auténticas élites. Éstas se hallan en el poder y bajo la responsabilidad de trazar planes para un rendimiento nacional mejor, más copioso o más racional, para la defensa biológica y sicológica de niños y de adultos, para el estímulo de la vitalidad y de la capacidad colectiva. Pero tampoco este pragmatismo es suficiente. Aliado de él es imprescindible una comunión nacional, el enlace .entre pueblo y dirigentes, territorio y población, pasado y porvenir. Por eso el problema de la educación, por ejemplo, no es en último término una cuestión de porcentajes en el presupuesto, de número de escuelas, de preparación magisterial, de formulación de planes, ni de aplicación de tales o de cuales sistemas novísimos; es, en el fondo, un problema de actitud vital, de movilización espiritual hacia una conciencia del común destino nacional y hacia una fe en lo que el país puede y debe ser.

Recordemos bien, por último, que élite no es lo mismo que oligarquía. Ésta representa un hecho económico social; aquélla un fenómeno espiritual. Ser de élite no se hereda: se conquista. No basta sentirse élite: hay que probarlo y hacer que los demás lo comprendan y actúen en consecuencia, a veces sin darse cuenta de ello. Para formar élites no importa de dónde se procede: importa a dónde se va o se quiere ir. No se forma una élite por acumulación de fortunas, camaradería de aula, identidad profesional, coincidencia de edad o costumbre de tertulia; se forma por analogía de sentimientos, actitudes, esperanzas, ensueños y sacrificios. Se ha hablado mucho de la rebelión de las masas: olvídase con frecuencia el fenómeno de la deserción de las élites. (MD, pp. 79-88) [1947]

2.2. El Estado empírico y el abismo social

Las llamadas clases inferiores resultaron favorecidas, a partir de 1848 en Francia y en otros lugares del mundo en Occidente, por la introducción del sufragio universal, por el desarrollo de la economía capitalista y por el proceso del movimiento socialista, hechos que alteraron por completo la fisonomía tradicional de la intervención política emanada de ellas. El Sufragio, cuando funcionó sanamente, llevó como fenómeno anexo la libre dispersión partidaria y variantes notables en su motivación. Así la promoción política de dichas clases disminuyó o acalló la vieja unidad de los estallidos populares desde abajo.

Contra el reformismo implícito en el sufragio, una parte del movimiento socialista europeo construyó sobre bases nuevas, desde mediados del siglo XIX, el viejo modelo revolucionario. De los tiempos antiguos mantuvo la santificación del pueblo y de su violencia. Pero los transformó sustancialmente. Mediante una labor selectiva dentro de las clases inferiores mismas, que estuvo apoyada en el análisis económico, los obreros de la industria quedaron convertidos en los portadores privilegiados de un esquema global de transformación en la sociedad. La revolución popular resulta así tan sólo una revolución asociada; ella ha encontrado de antemano sus jefes inevitables y sus objetivos precisos. Clase demiúrgica, los obreros deben comandar al pueblo en la lucha contra la burguesía. Gran parte de las élites obreras de Europa continental fueron, poco a poco, ganadas por este análisis bipolar de la lucha de clases: para los anarquistas como para los marxistas, la sociedad capitalista ha simplificado extraordinariamente las vías para la integración y para la victoria futura de las clases populares. La escatología marxista se apoya tanto sobre un análisis como sobre una profecía. La conciencia de clase que ambos suponen fue generada, a lo largo del siglo XIX, por hombres nacidos lejos de las clases inferiores y provenientes de la *íntellígentsía.* Aparte del mundo que corresponde a los dirigentes y a los militantes, ¿en qué medida han penetrado, en realidad, estas ideas dentro de las capas profundas de las clases obreras mismas? De otro lado, la religión populista o la pasión igualitaria en sí vienen a tener, en muchos casos, una honda importancia que no es otorgada a la teoría misma, por más que se utilicen, en la guerra de las palabras, los términos y las expresiones por ella divulgadas.

Para América Latina y, en especial, el Perú, la crisis de nuestra época presenta caracteres especiales. El sufragio panacea de la democracia liberal no funcionó en este país o funcionó con intermitencia, o funcionó mal, a veces, tuvo resultados conflictivos. En las instituciones que mediante él se establecieron, surgieron características de enfermedad que el tiempo no curó sino que hizo crecer. El poder ejecutivo osciló frecuentemente entre el abuso o la impotencia. El poder legislativo, caracterizado en forma creciente, dentro de los últimos tiempos, por la mediocridad de sus miembros, salvo excepciones, acentuó su afán de interferir en la administración pública y de aprobar leyes empíricas, o movidas por minúsculos e impuros intereses, o proclives a acentuar el desequilibrio en el fisco. El presupuesto de la república fue confeccionado, por lo menos en los últimos quince años de vida constitucional, apresuradamente, en la mesa de las comisiones parlamentarias, sin plan orgánico, bajo la obsesión de atender a exigencias de carácter personal, local o partidista. La burocracia quedó, en gran parte, a merced de las contingencias políticas; junto con nombramientos arbitrarios hubo postergaciones también injustas y, en general, existió una baja remuneración para los trabajadores del Estado. El delito de enriquecimiento ilícito, cuyos orígenes se hallan sin duda, en los corregidores y otros personajes de la vida colonial, tornose grave en la época de las grandes exportaciones del guano, en la consolidación de la deuda interna, en la conversión de la deuda externa, en la nacionalización de las salitreras, en el proceso iniciado por el billete bancario, cuya última etapa fue el billete fiscal. Resucitó hacia 1894 por breve tiempo y se expandió con prepotencia después de 1919, con breves excepciones; porque hubo más dinero y porque apareció, en número creciente, la tentación de gozar con artefactos e instrumentos que hacían la

vida más placentera o más cómoda, o más fácil. Hubo períodos a los que es dable calificar de sanos y fecundos dentro de la historia republicana; pero ellos no tuvieron continuidad. En suma, el Estado peruano fue y continuó siendo un Estado empírico.

Al lado empírico se sumó el abismo social. Repitamos algo de lo ya enunciado antes y agreguemos observaciones complementarias. Las raíces económicas semifeudales en el campo, heredadas de la época colonial, fueron ahondadas por el neolatifundismo. Prosiguió la división entre los de arriba y los "cholos" pobres, aunque hubiese en la cúspide de la pirámide mayor movilidad de lo que hoy afirman algunos. El problema indígena quedó irresuelto.

El capitalismo vino desde afuera. Está de moda hablar sobre la "dominación" británica. Así como el clérigo satírico otrora dijo que "pasamos del poder de don Fernando al poder de don Simón", se nos repite hoy que pasamos del "poder de don Fernando" al poder de la reina Victoria. Son novedades no constatadas por los muchos que, ante lo ocurrido en nuestra tierra en el siglo XIX y en la primera parte del siglo XX, se quejaron y protestaron. En ningún país como el Perú fue tan abundante y enconada la literatura de denuncia, ya sea de aristócratas nostálgicos o de radicales demagogos. Manuel González Prada, quien dijo innumerables veces, en una forma u otra, que aquí donde se pone el dedo brota pus, halló en los grupos dirigentes toda clase de pecados y delitos; pero nunca anotó que estaban hipotecados a Londres. Middendorf, en su monumental libro sobre el Perú, una verdadera enciclopedia sobre la vida nacional en el siglo XIX, ahora próxima a ser editada en castellano, recogió observaciones y datos provenientes de muchos años con ese deleite germánico que, según el chascarrillo, publica eruditos volúmenes sobre las patas de las moscas; y, aunque era médico, tampoco hizo aquel diagnóstico. Desde un punto de vista político, nadie nos ha podido refutar cuando hemos probado que Gran Bretaña quiso defender hasta con la fuerza a la Confederación de Santa Cruz y no logró su objetivo. En el terreno político-económico, ahí está el caso del régimen de Manuel Pardo que marchó, audaz e impunemente, a la nacionalización de las salitreras con daño notorio a fuertes intereses chilenos, peruanos y, sobre todo... ingleses. Los hombres dominantes en las grandes especulaciones de fines de los 860 y de los 870 fueron un norteamericano, Enrique Meiggs, y un francés, Augusto Dreyfus. Nada de lo anterior implica negar que el Perú vivió dentro de la órbita de la "Pax Británica" como el resto del mundo, sobre todo el mundo subdesarrollado. Tampoco se trata de ocultar la verdad importantísima de que los ingleses dominaron el comercio trasatlántico y el comercio mayor en los puertos importantes. Pero, asimismo, es cierto que estuvieron lejos de tener fuerza decisiva en el tráfico al por menor o en los centros mercantiles provinciales o interprovinciales. Sólo desde fines del siglo XIX, a partir de un momento cuyo símbolo en el Perú podría ser el contrato Grace, aquella dependencia se acentuó. El capitalismo británico primero y el norteamericano después, hicieron, ya en el siglo XX, de toda Hispanoamérica claramente un proletariado externo.

Hubo ceguera y egoísmo excesivos en los grupos altos. El crecimiento de las clases medias y el despertar de las clases populares, acompañados por los espectaculares avances en el número de la población y por el relativo progreso educacional, amenazaron y, por último, rebasaron a los sectores plutocráticos, intrínsecamente muy frágiles no obstante las apariencias.

El problema fundamental en América Latina y en el Perú de nuestros días y del futuro consiste, nada más y nada menos, que en esto: ¿cómo ir acabando con el Estado empírico y cómo ir destruyendo el abismo social; o, por lo menos, cómo colocar vasos comunicantes sólidos y anchos para que sea posible una sana movilidad dentro de una sociedad al servicio de quienes la integran *y no de unos cuantos?* Todo ello dentro de lo posible, con respeto al principio de la dignidad humana.

Cuando el Perú tuvo la osadía de optar por la independencia y, en el ámbito de ella, por la república, lo hizo porque en sus hijos mejores alentó un sincero entusiasmo ante la gran promesa que ambas llevaban consigo. Aquí se produjo un fenómeno que tuvo algunas similitudes con la creación de otra república, los Estados Unidos de América. Por ello, aunque nuestros rumbos sean distintos, viene a ser oportuno, guardadas las distancias, pintar en grandes letras como colofón de este vagabundo ensayo, unos versos del gran poeta negro norteamericano Langston Hughes:

¡Oh, deja que América sea América otra vez, la

tierra que nunca ha sido todavía

Y, sin embargo, debe ser!

(EL AZAR, pp. 249-253) [1973]

2.3. El dualismo de la economía y "el cuello de botella" para un verdadero desarrollo

Es innegable que, en la evolución realizada a partir de la independencia, ajena a cualquier verdadera y amplia transformación social, se va marcando el dualismo entre una economía mercantil y de exportación de materias primas en la zona modernizada del país, y una economía de subsistencia, rudimentaria, autárquica o semiautárquica en diversas áreas de la región andina. Por lo tanto, el mercado de consumo interno en gran escala de los productos industriales no existe o es demasiado frágil; con lo cual aparece el "cuello de botella", obstáculo para el salto hacia el auténtico desarrollo.

He aquí uno de los factores decisivos para que, tras su independencia formal, mediatizada por el hecho de que se convirtió en proletariado externo del capitalismo británico primero y norteamericano después, el Perú no lograse integración nacional.

Complejidad del panorama social y económico

A pesar de todo, muchas de las situaciones que ante los ojos de la crítica social de nuestro tiempo resultan inconcebibles fueron aceptadas de buena fe por gentes de otras épocas como hechos consumados aunque dignos de lástima, como realidades históricas fatales a las que, según algunos ciudadanos de buena voluntad, debía ponerse, de inmediato, apenas tales o cuales paliativos. Dentro de las múltiples áreas del país hubo climas sociales contradictorios. Existieron el latifundio convertido en gran empresa capitalista a veces ,de gigantescas proporciones (Casa Grande); también el latifundio serrano estancado con claras características feudales, pero, en la realidad, en numerosos casos, con una pequeña área utilizable (en Apurímac, por ejemplo);[*] la propiedad mediana (Arequipa, por ejemplo); y el minifundio (Tacna por ejemplo).

---

[*] El escritor colombiano José María Samper vivió en lima durante algún tiempo, a mediados del siglo. XIX. Fue director de *El Comercio;* tuvo ruidosas polémicas con Manuel Atanasio Fuentes, "El Murciélago", y en 1863 editó La *Revista Americana* como suplemento quincenal de aquel diario, en realidad un órgano precursor del movimiento integracionista continental. En 1881 publicó la extensa novela *Los Claveles de Julia,* "Escenas de la vida peruana" (Bogotá, Imprenta Zalamea Hermanos) de la que había hecho conocer algunos fragmentos en *La Revista Americana.* Ningún crítico de la literatura nacional se ha ocupado de esta interesante novela. Redactor de la mayor parte de los artículos de dicha publicación de 1863, en uno de ellos puede ser que se encuentre el origen de la difusión en nuestro país de la palabra "gamonal", sobre la que han sido hechos distintos comentarios. Samper dice después de haberla usado en su artículo "Tipos americanos. La trinidad de parroquia": "tenemos que explicar la etimología de nuestra nomenclatura. La lengua castellana da el nombre de gamonal a un terreno que abunda en plantas afroditas. Pero en algunos pueblos americanos ampliando la idea y tomando por extraña analogía y pícara mente al propietario por la propiedad, llaman "gamonal" (por no decir capataz o cacique) al hombre rico en un lugar pequeño, propietario de las tierras más valiosas, especie de señor feudal de parroquia que influye y domina en el distrito, maneja a sus arrendatarios como a borregos, ata y desata como un San Pedro en caricatura y campea sin rival como el gallo entre las gallinas, El gamonal es, pues, el sátrapa de la parroquia". *(La Revista Americana,* anexa a *El Comercio* de lima, N.o 1, 1 de enero de 1863, p. 7. En la p. 8 hay un párrafo acerca de los sórdidos intereses del gamonal en su localidad.) El diccionario de la Academia señala entre las distintas acepciones que están generalizadas en América Central la de "gamonal" como el ricacho que hace de cacique en un pueblo.

Aún en las zonas más nocturnas como en las del departamento de Puno surgieron variantes. En el altivo informe que presentó como Agente Fiscal de Azángaro (zona de consuetudinaria y feroz opresión sobre las masas aborígenes) ello de octubre de 1916 el Dr. José Frisancho, enfrentándose a mentiras convencionales, léese lo siguiente acerca de las provincias contiguas o inmediatas de Azángaro y Lampa: "En la primera de éstas el latifundio ha llegado a un grado extremo de preponderancia y esto se traduce para el indio también en extremada servidumbre, dando lugar a la explosión de las sublevaciones; en la provincia de Lampa los terratenientes no han podido romper la barrera de la administración de justicia porque ésta ha sido afianzada por la integridad acrisolada de magistrados modelo como los señores doctores Facundo Molina y Justo Muñoz Nájar, ya esto se debe que gran parte de las propiedades indígenas se conserven y aquí es precisamente donde se halla moderada y suavizada la opresión sobre los comunarios, tanto cuanto está reprimido el latifundio"[*]La situación pudo variar más tarde; pero este ejemplo, de todos modos, revela la existencia de un panorama social no monolítico

La ausencia de una burocracia auténtica, eficaz y estable

El empleo mucho más refinado del método analítico necesitará ser aplicado a las principales clases, profesiones y grupos ocupacionales, a la familia y a los cuadros de la sexualidad en la historia peruana. Será necesario estudiar también cómo y dentro de qué características en el Perú (donde en el siglo XIX y gran parte del siglo XX hubo inestabilidad y empirismo, discontinuidad e incoherencia en la administración pública) no se mantuvo la casta de burócratas, tan importante durante el virreinato y que en un país como Francia ha defendido al Estado a lo largo de ciento cincuenta años de regímenes distintos. Es una casta autoconsciente que suele llamarse a sí misma "la verdadera aristocracia francesa moderna", despótica, muy hábil para la manipulación de secretos y "convenientes demoras" y con un disimulado desprecio frente a grupos rivales de la burguesía. En ella se ha producido una revolución tecnocrática y empresarial que sólo en los últimos años apenas si se está iniciando en nuestro país. (PPP I., pp. 340-344)

3. EL PROBLEMA DEL CENTRALISMO

3.1. El centralismo y la subversión de las provincias. 1931

La centralización prehispánica

Se ha dicho, a propósito del asombro de Baudin ante la centralización incaica por el contraste que ella presenta con lo heterogéneo y parcelado del territorio peruano, que en territorios como los de Europa, por ejemplo, donde las comunicaciones son fáciles, donde las llanuras y los ríos navegables permiten a los pueblos vincularse, ninguna tribu, por hábil que sea, puede dominar fácilmente en una gran extensión territorial pues las alianzas entre unas y otras impiden el fortalecimiento de toda autoridad central; en tanto que en zonas aisladas como las de Asia, el pueblo que domina a los demás es vínculo de unión. Por esta semejanza del Perú con Asia, o por el común origen lejano de los incas con las demás tribus peruanas, por el aumento de población incaica o por las peculiares formas de asimilación de ese pueblo, se hizo tan vasto el incario.

---

[*] José Frisancho, *Vistas Fiscales concernientes al problema indígena del Agente Fiscal de Azángaro...* 2.a Edición, lima, Empresa periodística S. A., 1952, pp. 11-12. La primera edición fue hecha en lima, Tipografía El Progreso Editorial, 1916

La centralización colonial

La dispersión y el tradicionalismo reaparecen, en el Perú, con la conquista. Ella ha sido realizada por gente del pueblo. En el espíritu del pueblo español están todavía los gérmenes de municipalismo. A medida que los cristianos habían ido recuperando el territorio de España, habían ido preponderando las ciudades, centros de resistencia contra los moros; y como recompensa se les había dado el derecho de jurisdicción y cuasi soberanía sobre el territorio que eran capaces de proteger, formándose las comunidades compuestas por la ciudad o villa y sus burgos tributarios, gobernados todos por el Cabildo. Eran directas las relaciones de las ciudades con el monarca, con quien estaban asociados por contrato. Ocupados los reyes en las guerras, les dieron cartas pueblas y franquicias. Pero luego el poder real fue aumentando con el éxito en la misma guerra contra los moros; los legistas plantearon, además, una legislación uniforme por encima de las dispersas cartas forales; el carácter electivo de los cabildos provocó turbulencias. La monarquía aprovechó de todo ello. Y usando de la nobleza contra las ciudades y de las ciudades contra la nobleza pudo sucesivamente acabar con el poder político de ambos factores y quedar dominando sola, dentro de una omnipotencia que Carlos Marx ha comparado a la del sultán de Turquía. A este proceso de creciente predominio monarquista se le ha llamado en España *imposición extranjera* porque se consumó con los Austria. La flamante república española se jacta de haber vengado a los que cayeron vencidos en su inútil esfuerzo por mantener los fueros de las ciudades contra la autoridad monárquica.

En el Perú intentaron los cabildos, dominados por los conquistadores convertidos en encomenderos, es decir, en señores feudales, trasplantar el municipalismo. Este proceso hizo crisis cuando la monarquía pretendió imponer sus propias autoridades, su propio régimen de gobierno y, al mismo tiempo, cumplir con una humanitaria protección al indio, prohibiendo las encomiendas y el servicio personal. Los anhelos de consolidar el municipalismo y el feudalismo de los conquistadores, que están latentes en las rebeliones de Gonzalo Pizarro y Francisco Hernández Girón, fracasaban por el fondo de fidelismo a la monarquía que late en los españoles de entonces, por el carácter vago de *esos* anhelos y por las concesiones que a última hora hace la Corona permitiendo el servicio personal y las encomiendas con tal de que le dejen el poder político o sea la organización del Perú como virreinato. Ajusticiados, cohechados o enviados a expediciones lejanas quienes pueden seguir encarnando el feudalismo y el municipalismo, la sociedad colonial, de militar y feudal, se vuelve cesarista y burocrática.

Pero aliado del poder centralista hay, en el Perú como en España, decadencia de la agricultura, el comercio y la industria, disminución en el intercambio interior, pocos caminos y medios de comunicación; en suma, una vida local favorecida, rica en elementos propios y típicos.

Hacia otro estado peruano

La filosofía individualista de fines del siglo XVIII pudo destruir el centralismo peruano. Para aquella filosofía mientras el individuo menos delegue la soberanía, mientras haya más contacto entre los pueblos y sus mandantes, es mejor. Lógicamente, pues, el ideal dentro de esa filosofía era el federalismo. Había sido aplicado con éxito, además, el federalismo en Estados Unidos, país que era visto como un modelo entonces. Aparte de esto, la ausencia de intereses colectivos era una herencia de España, patria de behetrías, de guerrilleros y de conquistadores. Y en la Colonia, debajo de la centralización artificial, habían subsistido las formas disgregativas y rudimentarias de carácter localista.

Pero el federalismo no prosperó en el Perú. Se ha visto ya en otro capítulo de este libro, que en contraste con países de grandes llanuras que han creado el tipo ecuestre, individualista y gallardo de hombre representado en el gaucho, el llanero

o el charro, el Perú, país agrícola y donde la ganadería se produce en un territorio abrupto, fue más estacionario. El impulso federalista no contó con el ímpetu desde abajo, desde la vida local o provinciana que lo favoreció por esas circunstancias, en Argentina, Venezuela y Méjico. Los ideólogos y teorizantes, reunidos en el parlamento de Lima, que hubieran podido implantar el federalismo, no se atrevieron a hacerlo en 1823, porque estaba pendiente la guerra con España; y en 1828, porque era inminente la guerra con Colombia.

Federalismo continental y federalismo loca lista

Hubo además un tipo de federalismo continental y otro separatista en *esos* tiempos. El primero fue el de Bolívar, frustrado por la realidad, propensa más bien a la formación de las nacionalidades de América, por el intercambio difícil, la incipiencia de industrias, la extensión inmensa del territorio. El segundo fue el que buscó ya sea el avance peruano a Bolivia para dominar en una u otra forma en ese país, ya sea la segregación de los departamentos del sur para unirlos o no a Bolivia. Los antecedentes lejanos de esta tendencia están en la hermandad antropológica de quechuas y aimaras, en el alejamiento y la artificialidad inicial de Lima, en la comunidad de formas de vida entre el sur del Bajo Perú y el Alto Perú demostrada por factores geográficos, económicos y étnicos, por la repercusión simultánea de las revoluciones, de Túpac Amaru, de Zela y de Pumacahua. Por esto, cuando se reunió la asamblea de Chuquisaca en 1825 para decidir la suerte del Alto Perú independizado, hubo en ella un partido favorable a la incorporación del Alto Perú al Bajo Perú; y desde entonces, en que se fundó la república de Bolivia, surgió la tendencia de hacer llegar esta república hasta Arica, considerándola su puerto natural. Consciente de la necesidad unitiva fue el canciller peruano Panda cuando en 1826 quiso la unión entre los dos Perús. En cambio, el espíritu oculto de la invasión de Gamarra a Bolivia en 1828 fue el hacer que el Perú predominase en la política de ese país o que, por lo menos, se segregara de Bolivia el departamento de la Paz, de acuerdo con el general boliviano Loaiza. Y en cuanto a los planes de segregar el sur, ya se ha hecho mención de los intentos del prefecto de Puno, Laso, en 1826, de Santa Cruz, presidente de Bolivia, en 1829, de Valdivia en las columnas de *El Yanacocha* en 1836, y del propio Santa Cruz en 1838. A los factores enumerados ya, para apoyar estos planes en especial, se agregaba la separación entre los departamentos del norte y los del sur por el desierto de Islay y las serranías de Ayacucho, Huancayo y Apurímac, la falta de caminos, telégrafos, ferrocarriles y vapores en aquellos tiempos, el tráfico constante con Bolivia, las características de proximidad entre la costa y la sierra que el sur tiene, en contraste con la separación entre ambas regiones acentuada en el norte.

Ni estas intentonas subrepticias de federalismo localista ni la intentona formidable de la Confederación Perú-Boliviana lograron alterar las bases del Estado peruano, marcadas desde la primera Constitución. Sobre la Confederación, sus características y su historia se ha hablado ya largamente en otro libro. Baste decir ahora que resultaron muy hondas las huellas de la centralización colonial que en realidad beneficiaba al norte del Perú y que por eso fue defendida por éste en nombre del nacionalismo. En resumen, sin el unitarismo centralista, el Perú no sería el Perú. Las culturas locales preincaicas, el particularismo de los encomenderos, la disociación anárquica de la primera república, fueron evitados por el unitarismo centralista.

Pero, de otro lado, este centralismo llegó a sus peores extremos por la falta de un adecuado control. Vanos resultaron los tres intentos que con efectividad fueron hechos para atemperarlo: el de la descentralización semipolítica de 1828, el de la descentralización administrativa de 1872 y el de la descentralización simplemente fiscal de 1886.

La descentralización semipolítica

Los constituyentes de 1828, imitando a los de 1823, crearon las juntas departamentales tomándolas de la Constitución española que, a su vez, las había imitado de la Constitución imperial francesa. Se componían de dos representantes por provincia, elegidos como los diputados, con iguales requisitos, y con los goces de inmunidad e inviolabilidad. Esta extensión de privilegios que nominalmente debe restringirse a quienes tiene la representación de la Nación, hubiera podido escandalizar, si los constituyentes no hubiesen declarado expresamente que las juntas departamentales debían ser las células de los futuros parlamentos federales. En cuanto a sus atribuciones, a ellas les correspondía promover los intereses generales en los respectivos departamentos, para lo cual la Constitución les señalaba una larga lista de actividades; y también debían proponer a los funcionarios políticos y judiciales de dichos departamentos. Una crítica severa que se les hizo en 1832 las acusa de ser cuerpos híbridos, mezcla de instrumentos fiscales y asambleas representativas, unas veces con papel de gobernantes y otras de órganos científicos. Otras críticas pueden agregarse. La base de la representación había sido confiada a las provincias, con igualdad de jerarquía entre todas ellas. Pero tanto los departamentos como las provincias eran circunscripciones defectuosas, herederas de la arbitrariedad en las divisiones territoriales de la colonia. Teóricamente, los primeros legisladores de la república debieron intentar, o, por lo menos, preparar una nueva distribución del mapa político administrativo del Perú, tomando del pasado sólo aquello que fuese acertado. Había departamentos pobrísimos y departamentos menos pobres, departamentos cultos y departamentos en semibarbarie; el desnivel era peor en lo que respecta a las provincias y todo ello repercutía sobre la organización y la acción de las juntas departamentales, cuyo personal uniformemente seleccionado en las provincias dentro de idénticas condiciones no siempre era idóneo. Otro error de los constituyentes había sido asignar muy pocas rentas a las juntas. Les correspondía tan sólo los derechos de pontazgo, los bienes y rentas de las comunidades indígenas en beneficio de ellas y las rentas municipales una vez deducidos los gastos de las municipalidades. De estas rentas cabe decir que sólo eran auténticas los derechos de pontazgo, si bien mínimas por cierto. Por otra parte, las juntas cayeron en el burocratismo, se preocuparon demasiado de tener empleados y pagar sueldos. Hubo también escaso interés en los pueblos para ellas, por falta de educación cívica y de propaganda democrática. Pero sobre todo, lo que influyó fue la situación política. En los años en que funcionaron las juntas, 1829 a 1834, el Perú estuvo gobernado por Gamarra y este gobierno creó una despótica oligarquía militar para mantenerse en el poder contra las múltiples asechanzas que lo amenazaban. Dentro de este despotismo cuartelesco, fue imposible que las juntas pudieran desenvolverse.

El centralismo absoluto

La Convención Nacional de 1834 las suprimió dejando sólo subsistentes a las municipalidades, también auspiciadas por la Constitución de 1828.

Aquí los convencionales, que pertenecían al mismo sector liberal que había primado en 1828, cometieron una claudicación porque dieron un paso favorable al centralismo; y cometieron también un error porque si las juntas tenían vicios y deficiencias, lo lógico era darles una nueva estructura de acuerdo con la experiencia ya recogida. No sólo la discontinuidad y la incoherencia criollas pueden explicar esta omisión. Preocupaba a los convencionales, sobre todo, el problema de una posible unión federal con Bolivia que se veía como inminente y que muchos de ellos, los mejores, aceptaban y ante este federalismo perdía importancia cualquier intento de fortalecer las juntas, órganos de mera descentralización. Aparte de estas previsiones, los convencionales estaban absorbidos por su propósito de defender al Estado de la prepotencia del militarismo, que tan odiosos caracteres había revestido

en los años anteriores.

De 1835 a 1839 el Perú vivió entre las guerras que decidieron la suerte del plan de Confederación con Bolivia. En 1839, el militarismo de Gamarra derrota, con el decisivo apoyo chileno, a Santa Cruz, derrumba la Confederación e impone el centralismo. La Constitución emergente entonces consagra esta victoria del caudillaje militarista extendiendo la acción del Poder Ejecutivo y suprimiendo todos los órganos locales, inclusive las municipalidades. El prefecto, el intendente de policía, el subprefecto, el gobernador son los funcionarios encargados de velar por los intereses de las regiones y de las ciudades. Dieciocho años vive el Perú sin municipalidades; y cuando el Congreso de 1852 las restaura, las pone como meras dependencias del Ejecutivo.

Las ideas de Toribio Pacheco

En este plazo de absoluta prepotencia centralista se publica el primer estudio sobre Derecho Peruano, el folleto de Toribio Pacheco titulado *Cuestiones Constitucionales,* editado en 1853. Pacheco aborda en este folleto el problema del federalismo en el Perú. Sus conclusiones son claras. El federalismo, segÚn él, está bien en Estados pequeños, más o menos uniformemente iguales, en que no hay elementos de progreso de unos sobre otros. El objetivo principal de la Federación, agrega, es reunir varias parcialidades que son débiles aisladamente y que pueden sucumbir por la codicia de potencias vecinas o por conmociones internas. Requiere, además, el federalismo una práctica constante en los derechos y deberes democráticos, el hábito de la vida pública. Necesita, por Último, un país rico porque es un régimen costoso. Por todas estas razones, Pacheco no lo ve aplicable al Perú. Aún más, teme que, implantado aquí sólo favorezca a una "oligarquía despótica", según él, de los "más ilustrados" (debió decir de los "más privilegiados"); y ello unido a la escasa difusión del concepto del patriotismo integral reemplazado por menudos orgullos, rencores y desdenes localistas, podía ser muy peligroso. Pero tampoco es centralista Pacheco. Dice que el centralismo cabe en países pequeños con regiones uniformes. Su tesis es, pues, antifederalista y anticentralista, es decir, descentralista.

La descentralización administrativa

La Convención de 1856, de tipo liberal, abordó la necesidad de la descentralización. Restableció en el texto de la Constitución por ella promulgada las municipalidades autónomas y juntas departamentales; y por la ley del 24 de diciembre de 1856 fijó las atribuciones de dichas juntas, su personal y sus rentas, calcando las disposiciones de 1828. Ni esta Constitución ni esta ley llegaron a aplicarse. La Constitución de 1860, en cambio, guardó silencio sobre este punto, lo que implicó la no existencia de las juntas. En 1861 fueron restablecidas las municipalidades, dando injerencia en ellas al ejecutivo y privándolas de elementos propios de vida.

Con el advenimiento del partido civil se realiza un segundo intento de descentralización. La ley del 7 de abril de 1873 creó los concejos departamentales y municipales, calcándolos de la ley francesa de 1871.

La filosofía de esta ley está en la diferenciación entre el gobierno nacional y el gobierno local, entre lo que compete al ciudadano y lo que compete al vecino. Los autores y defensores de la nueva organización que quedó establecida hablaron lúcidamente sobre el carácter esencial y básico que en todo país democrático tiene la libertad municipal, el manejo propio de los intereses vecinales. Pero el departamento tiene también intereses propios que no son los distritales ni los provinciales; y, por otra parte, para su mejor acierto, el municipio necesita de una corporación respetable con funciones revisoras. Si se concede el autogobierno a las

provincias y a los distritos, con más razón debe ella concederse a circunscripciones más grandes, tanto más cuanto que hay intereses que escapan a las municipalidades. Por otra parte, los organismos departamentales deben tener igual origen y carácter que los organismos provinciales; sería extender el beneficio de los municipios a todas las divisiones territoriales. Por todo ello, el gobierno sería libertado de multitud de atribuciones con los consejos proyectados.

Los consejos departamentales tenían, pues, un carácter y una función mucho más modestos que los de las juntas departamentales. Eran éstas ambiciosas instituciones destinadas a convertirse en Parlamentos; eran aquellos transplantes o emanaciones de las municipalidades. Entre concejos distritales, concejos provinciales y concejos departamentales había jerarquía y gradación y les competía la administración de los servicios respectivos. Aprobaban o rechazaban arbitrios, supervigilaban a la policía y gendarmería, tenían poder reglamentario, promovían la instrucción primaria y media, los caminos, las obras públicas. A diferencia de lo que ocurrió en 1828, además de funciones más concretas, fueron asignadas rentas auténticas, con todo detalle, a los órganos departamentales. Otra diferencia estribaba en su composición respectiva, ya que los concejos tenían en cuanto a su personal interrelación con los provinciales y dicho, personal no gozaba de inmunidad ni de inviolabilidad.

Los resultados de los concejos departamentales durante su breve funcionamiento (1873-1880) no fueron del todo halagadores. Los departamentos más populosos eran los que menos contribuían a los gastos públicos y la mayor parte de los departamentos no retribuían ni el valor de los servicios locales, aun sin considerar el de policía que era el más costoso. Los pueblos sentían repugnancia por pagar nuevos arbitrios. Tenían los concejos un personal excesivo; el de Lima, llegaba a cien miembros. Faltaban los hombres aptos en este Ejecutivo pluripersonal, difícil de reunirse y de actuar. A menudo surgieron competencias entre los concejos y el gobierno, resultando conflictos. Hubo en la administración de aquéllos bastante desorden y no poca ingerencia de la política. Como las juntas, cayeron a veces en la burocracia, en la empleomanía. Por otra parte, tenían, como las juntas las deficiencias derivadas de la empírica distribución de los departamentos y de las provincias.

Por decreto del 14 de enero de 1880, la dictadura de Piérola suprimió los concejos. Piérola, enemigo político del civilismo, destruyó pues esta obra del civilismo. Al mismo tiempo, firmó Piérola el pacto de creación de los Estados Unidos Perú-Bolivianos, convirtiendo en Estados federales a cada uno de los departamentos del Perú y de Bolivia. Federalista en sus puntos de vista internacionales, Piérola era paradojalmente centralista dentro de la política interna. En el mensaje con que presentó al Consejo de Estado el plan de la nueva federación, llegó a decir que los concejos departamentales habían juntado los vicios del centralismo y los vicios del federalismo. Aquí hubo inconsecuencia y error en Piérola. Los concejos debieron subsistir aunque dándoseles una nueva organización de acuerdo con la experiencia recogida. No se debe olvidar al sentenciar los que duraron muy poco tiempo, tocándoles vivir en una época de extrema crisis económica y financiera y de intensas agitaciones políticas.

La descentralización fiscal

En la legislatura de 1886 el diputado Arturo García y otros presentaron un proyecto de descentralización fiscal. Se trataba de "facilitar el establecimiento de contribuciones y aplicarlas en provecho de la misma localidad en que se recaudan", de clasificar las rentas y los pagos y entregar su manejo a una junta especial que regularizara la administración., La nación, empobrecida después del desastre de la guerra, necesitaba organización y dinero. Creando rentas del y para el departamento se creía que los contribuyentes las pagarían con más agrado y que

se podría restablecer la contribución personal. Las juntas no administrarían: recaudarían y vigilarían. Las diputaciones provinciales españolas y los concejos de prefecturas franceses eran los modelos de esta organización. Al aprobarse el proyecto, se acentúo dentro de las nuevas juntas departamentales la influencia del gobierno porque se dio a los prefectos la presidencia de ellas y la revisión de sus actos por aquél. En cuanto a su personal, debían componerse de delegados de los concejos provinciales. La transición desde las juntas del 28 elegidas como los diputados, continuada por los concejos del 73 de origen mixto, se ha consumado: aquí el pueblo no interviene. La administración continuaba centralizada. Cada departamento adquiría, según ha dicho José Carlos Mariátegui, "la autonomía de su pobreza". El abatimiento del poder central a causa de la guerra con Chile tenía parte decisiva con este ensayo.

En los años inmediatamente siguientes a 1886, las juntas departamentales ensancharon sus funciones. Lograron la revisión de los actos municipales, el nombramiento de sus empleados, el derecho de proponer a los tesoreros departamentales, la exclusión de los prefectos. Pero en 1895, ya fortalecido el Estado, el gobierno de Piérola pidió lisa y llanamente su supresión. Alegó, para ello, las irregularidades de sus servicios, el déficit en sus presupuestos, los fuertes gastos que ocasionaban. En el Congreso se discutió largamente este asunto. Los impugnadores de las juntas prebuciones; todo tendió a girar alrededor del presidente; el progreso material incrementó el predominio de la capital.

La subversión de las provincias

Pero, desde principios de siglo, la reacción anticentralista en la que había mucho de antilimeño había estado incrementándose. González Prada en sus *Horas de Lucha* había dedicado lapidarias frases para Lima. El programa del partido Unión Nacional, de tipo radical, abogó por la federación; y ella había sido también fugazmente la bandera del caudillaje de Durand. En Arequipa la acción valiente de agitadores populares como Francisco Mostajo y Modesto Málaga fue un síntoma de mayor importancia. Intermitentemente surgía el dicterio a Lima y a la costa. *Lima contra el Perú, Chile y Bolivia* se llama un libro de Federico More. Frente al "resentimiento" provinciano creciente, la aparición del ensayo de José Carlos Mariátegui marca una voz de orientación para esta inquietud que se desviaba hacia odios de carácter racial, geográfico o biliar. Mariátegui plantea la superación del dilema entre el federalismo y el unitarismo y afirma que el federalismo hubiera implicado el gamonalismo; postula la prioridad del problema del indio, de la cuestión agraria sosteniendo que nada vale la descentralización sin ellas; y aborda la cuestión del regionalismo para advertir que regionalismo no quiere decir separatismo, si bien insinúa la existencia de un Perú costeño y español frente a un Perú serrano e indígena, sosteniendo que el sur es fundamentalmente serrano. Dos libros muy valiosos complementan y amplían el aporte de Mariátegui: *La Realidad Nacional,* por Víctor Andrés Belaúnde; y *Geografía Económica, del Perú,* por Emilio Romero. Belaúnde rebate con éxito el pretendido dilema entre el Perú costeño y español y el Perú serrano e indígena aduciendo que la sierra es española en ciertas regiones, que los conquistadores llegaron a las montañas, que hay indios en la costa, que no todo es comunidad y cabaña en la sierra y que en la ciudad, la aldea y la villa serranas, actúa el mestizo, siendo este elemento mestizo el vínculo de unión del Perú y dependiendo por lo demás del mar el desarrollo de los centros productores de la sierra, resultando finalmente regresivo el regionalismo puramente indígena, pues el indio requiere la escuela y la tierra que aisladamente, por sí solo, no puede lograr. En conclusión, Belaúnde propone una nueva división de regiones según la producción: la del petróleo (Piura y Tumbes), la del azúcar (Libertad y Lambayeque), la del algodón y la vid (Lima e lea), la del tráfico internacional (Arequipa, Moquegua y Tacna), la de la ganadería y agricultura (Cuzco, Apurímac y Puno), quedando la montaña en situación especial. Igualmente propone la creación

de organismos regionales a base de representación ocupacional, según las profesiones y oficios, con intervención en los nombramientos judiciales y, por lo menos, derecho de veto en los nombramientos políticos.

Emilio Romero comprueba la prioridad del fenómeno económico y señala la importancia de las vías de comunicación y de la productividad regional. Su división es más esquemática. La zona del centro abarcaría a Lima, lca, Junín y parte de Huánuco; la zona del norte a Tumbes, Piura, Lambayeque parte de Cajamarca, Libertad hasta el sur de Trujillo; la zona del sur, a la que comprende el ferrocarril del sur y la meseta del Titicaca; la zona de selva sería separada bajo la unión aduanera amazónica. Al lado de estas zonas constata la existencia de zonas no definidas: del valle de Huacho a Santa Catalina en la Libertad; de lea a Camaná; de Áncash.

El descontento de las provincias contra Lima tiene su expresión en el origen provinciano de la revolución contra Leguía. Más tarde, del sur parte la protesta revolucionaria contra la pretendida autoelección de Sánchez Cerro. Triunfante este movimiento hay días de conflicto entre los directores de la política del sur y los directores de la política en Lima. "Arequipa ha libertado a Lima de dos tiranías en seis meses", afirma hiperbólicamente en *Noticias* Luís de la Jara, gallardo periodista sureño. Y por todo el país se propaga, sin resistencia, la bandera de la descentralización, como no se sospechó antes ni después de las reformas de 1823, de 1873 o de 1886.

Conclusiones

Las conclusiones que cabe hacer después de esta árida pero útil revisión histórica son nítidas.

1. El unitarismo centralista cumple, en su hora, el destino de crear el Estado peruano. La tradición tanto prehispánica como colonial así como las condiciones sociológicas y económicas del país impiden el desmoronamiento de este unitarismo al surgir la república o al sobrevenir la anarquía militar.

2. Sobre el federalismo, las razones esgrimidas por Toribio Pacheco y por los constituyentes de 1828 están en pie. El federalismo no ha traído, por lo demás, bienes visibles a Venezuela y otros países federales donde hoy se va a la concentración y a la unificación legislativa y económica y al fortalecimiento del poder central. Pero, al mismo tiempo que se consuma este proceso coincidente con el internacionalismo de la vida moderna, se tiende a una diferenciación funcional y orgánica. Los centros de concentración de las actividades políticas y económicas son los grupos (clases, profesiones). La entidad más interesante en el mundo hoy es el sindicato. Y frente al descrédito de los llamados "parlamentos ómnibus" surge la idea de desconcentrar el poder central por la diversidad funcional, de separar las funciones políticas y económicas del Estado, debiendo éstas ser abarcadas por grupos profesionales y gremiales ensamblados por un plan federativo. Al federalismo político debe reemplazar, pues, el federalismo económico, que ya tiene aplicación en Rusia, Alemania, Italia y otros países.

3. El problema del Perú, como acertadamente viera José Carlos Mariátegui, es ante todo económico-social. El descentralismo acompañado por la injusticia social ninguna ventaja traería. Ésa es una de las causas del fracaso de las anteriores tentativas de descentralización.

4. Hay que revisar la demarcación misma. Los departamentos tienen su origen en las intendencias y han ido aumentando en número en relación con las necesidades del país y, a veces, en relación con conveniencias de momento. No ha habido pauta científica ni técnica para su creación. Peor es lo que ha

ocurrido con las provincias. Muchas veces incentivos electorales las han engendrado. El departamento de Madre de Dios, por ejemplo, carece de las condiciones elementales. Provincias como las de este departamento, como las de Víctor Fajardo, Canas, Cajamarquilla, Jaén, son verdaderas provincias nominales. Claramente debe establecerse qué condiciones históricas, sociológicas y económicas son necesarias para modificar la demarcación, no haciendo tabla rasa con lo ya existente sino revisándolo cuidadosamente y tomando en cuenta el sentir, el pensar y el querer de las mayorías trabajadoras. Los siglos XVIII en su última parte y XIX señalaron la omnipotencia de lo político, del acto legislativo, de la fórmula. Para el legislador de entonces, la tierra fue un simple escenario; de ella lo interesante estuvo en la industria, en el comercio, en lo extractivo. Ignoró ese legislador las realidades básicas de la tierra, los contornos, las áreas de vegetación, los recursos más adecuados, los tipos de vida más convenientes para ella, los grados de influencia del territorio sobre el hombre. La civilización vivió en el dilema de explotar o de abandonar a la tierra. Primó la mentalidad minera, afanosa de extraer pronto la riqueza. En el Perú esto fue peor. La ignorancia y el descuido impidieron la formación de estadísticas. Y las estadísticas son indispensables para una reconstitución de la demarcación territorial.

5. La Constitución peruana, como se ha dicho de la española, ignoró la vida local. Partió de la capital, del Estado. Reconoció como meros subordinados al departamento y a la provincia. Pero ellos no eran sino un "arbitrario tatuaje sobre la piel del país". El Parlamento implicó así una absurda fusión de menudos intereses provincialistas y departamentalistas con altos intereses nacionales. Y la provincia vivió sólo para votar para un remoto y abstracto Parlamento, para recibir autoridades políticas y para seguir en una vida sórdida. Todo el resto de la vida del país fue, según mandaron las Constituciones, vida nacional, vida de la capital. Pero en el Perú no había sino vida local. Precisamente no existía la vida nacional. La solución está, en cambio, en forjar por medio del localismo, la autoconciencia de la nación, que no existe. Se dice que en la vida local no se siente; pero hay que suscitar, precisamente, cuestiones públicas que pue dan ser sentidas por la colectividad local, con medios para organizar y hacer perdurable ese sentimiento haciéndolo más amplio. A la vida local tan débil cuantitativamente y tan sórdida cualitativamente jamás se le ha intentado organizar políticamente. Urge que el peruano sea cogido por sus preocupaciones y que luego por un mecanismo adecuado sea obligado a complicarse con otros peruanos en afanes más amplios, a luchar, a apasionarse, a acometer empresas, a exigir más, ser responsable. Que piense más, que intente más, que sea más impetuoso. Pero ¿en qué órgano de vida local se basará, esta terapéutica? Se ha visto ya cómo son el departamento y la provincia. El municipio es utilizable en muy pequeña escala para esta clase de empresas, pues peca de demasiado reducido, demasiado alejado de los asuntos capitales que ocupan a los hombres que trabajan. Allá en el valle algodonero, allá en los pastales ganaderos, allá en las factorías mineras está la solución. En los núcleos del territorio y de la población que tienen vida propia y por ello ocupaciones predominantemente análogas ya sea en forma directa o indirecta, por la producción, por la distribución o por el consumo, en la unidad económica. Exportación, impuestos, precio de jornales, explotación, costo de la vida, subsistencias: ¡de cuántas cosas pueden conversar los hombres de cada unidad económica! De ella debe partirse para llegar a la vida nacional. [*]

---

[*] Estas constataciones han sido sugeridas por el último libro de Ortega y Gasset *La rebelión de las provincias y la decencia nacional* a causa de la semejanza que existe entre España y el Perú. Ortega, por lo demás, ha aplicado la tesis delegionalismo económico planteada por Geddes y otros sociólogos ingleses.

No son la costa, la sierra y la montaña unidades económicas autónomas; Belaúnde y Romero lo han probado. Ni el sur, el centro y el norte. Tampoco es aceptable sino como un simple esquema la división regional propuesta por Belaúnde. La que propone Romero establece regiones demasiado extensas y necesita aclaraciones. Son las estadísticas, los mapas económicos, los técnicos, acaso, en cierta forma el propio deseo de las regiones, quienes deben llegar a una conclusión definitiva.

Organizar el Estado sobre la Nación: vióse ya que era una de las conclusiones de la revisión doctrinaria hecha en anterior capítulo. Organizar el Estado sobre la nación; esa es otra conclusión de la presente revisión. Ya no humillada y olvidada por el Estado.

6. Las intentonas descentralistas han durado antaño muy poco tiempo. Su fracaso es definitivo y hay que lamentarlo. La del 28 fue buena por su tendencia general y por la intervención de los órganos regionales en los nombramientos de funcionarios; y mala por su electoralismo provinciano, por su falta de rentas, por su burocratismo la del 73 tuvo la ventaja de la fijación de las rentas pero su miembros fueron demasiado numerosos, no resultó la intervención de los concejos provinciales, carecía el país de una adecuación en su si tema de contribuciones. La del 86 también pecó por su base municipalista y no afectó al centralismo. Todas las intentonas se caracterizaron, por lo demás, por su espíritu de imitación a Francia o a España.

7. La revisión del sistema de contribuciones es indispensable. El aparato tributario debe funcionar es estrecha conexión con los órganos regionales.

Por último hay derecho para ser optimista en este asunto. La historia del Perú en los últimos tiempos quizá no es sino la subversión de las provincias contra Lima, por primera vez. O Lima concede y otorga, o sobrevienen males que no serán ya los que pasivamente soportaron las provincias sino los que de la rebeldía de ellas emanaren. (PPP, pp. 202-223) (1931)

El centralismo y la subversión de las provincias. Reconsideraciones. 1978. (Breves líneas 47 años después)

Las relaciones entre Lima y las provincias han sufrido, a partir de 1940, más o menos y con ímpetu creciente, cambios sustanciales. Su origen está en el éxodo rural, muy intenso en torno a la capital y aparece también visible a lo largo de toda la costa y en ciudades de la sierra y de la selva. La invasión campesina sobre los ámbitos urbanos es la primera revolución social en el Perú del siglo XX e implica un grave problema adicional en este país – problema. (PPP, rec.p. 389)

1.2 Regionalismo y descentralización

El gran vacío de las concepciones formuladas para resolver el problema de la intercurrencia entre la capital y las provincias estuvo en que ellas se limitaron a la búsqueda de las instituciones administrativas o fiscales (Juntas Departamentales, Concejos Departamentales, Municipios, etc.). Su punto de vista fue, más que todo, formalista. En tanto la experiencia consagraba el predominio netamente centralizador, los órganos departamentales o locales no llegaron a funcionar con autonomía y a la larga se subordinaron al Estado. Por eso se ha sentido el vago malestar inherente al centralismo.

Al Perú hubiera podido aplicársele la comparación que ya en 1740 hacía

D'Argenson respecto a Francia: una araña de gruesa cabeza y largos brazos delgados. El sistema circulatorio del centralismo francés y del centralismo en general. Inclusive el nuestro, es insuficiente porque la enorme potencia ardorosa del corazón no basta para impedir que las extremidades se hielen. Y cuando el centralismo es a la francesa pero sin ese foco maravilloso de París y con diferencias raciales, geográficas y sociológicas dentro del país y con diferencias raciales, geográficas y sociológicas dentro del país, la realidad es peor. Así surge el "resentimiento" de la provincia respecto a la capital, esa irritación que sabe lo que no quiere pero que no sabe lo que quiere.

Hay que distinguir entre federalismo, descentralización y regionalismo. El deferalismo es una fórmula netamente política por medio de la cual un estado debe subdividirse en pequeños Estados o cantones, cada uno con su Constitución propia, debiéndose ocupar el poder central tan sólo del interés general, de las relaciones exteriores. Respecto del federalismo, el regionalismo tiene la diferencia de que no es una fórmula netamente política y que si bien reivindicaba la autonomía de la región, la considera como parte del todo nacional respetando la autoridad suprema del Estado. La descentralización puede ser política en cuanto establece la autonomía provincial y municipal y la existencia de autoridades intermediarias entre los organismos locales y la autoridad central y administrativa, aunque esa autonomía y esas autoridades no se relacionan con el poder ejecutivo y sus funciones políticas, que quedan sujetas al poder central; y la descentralización es fiscal en cuanto se trata simplemente de la recaudación y de la inversión de las rentas departamentales o provinciales dentro del mismo departamento o provincia. El regionalismo se diferencia de la descentralización en que ésta puede referirse simplemente a la provincia, el departamento o el municipio sin abarcar a la región que es una realidad muchas veces distinta y cuyas características son geográficas, sociales y económicas. Además la descentralización se limita a lo político y a lo administrativo y el regionalismo puede comprender estos aspectos pero debe incluir así mismo los económicos, sociales, etc. [*]

El federalismo tal como lo concibió al menos la filosofía política del siglo XIX, resulta hoy un mito anticuado. A Venezuela, a México no trajo una mejora nacional. Su radio de acción se limita a lo formulístico, a lo político, sin abordar lo social: se ha dicho por eso con justeza que sus beneficios se localizarían en los gamonales de provincia [**]. Sus mismas bases teoréticas están hoy en revisión como lo está la doctrina del parlamento a base de elecciones por circunscripciones geográficas, como lo está la doctrina de la prescindencia del Estado ante una serie de problemas sociales, como lo están otras doctrinas que fueron contemporáneas de este federalismo. Acaso el federalismo que sirvió siempre más bien para unir lo separado que para separar lo unido es aplicable en América, por eso, mejor como fórmula de relación supranacional, para unir los Estados hoy distanciados, primero con carácter parcial y más bien económico que político.

A su vez, la descentralización política o administrativa resulta insuficiente, modesta, parcial. Queda entonces el regionalismo. ¿Pero qué es, en concreto, el regionalismo? Algunos lo nombran al realizar una prédica motivada por razones geográficas o mejor dicho literarias condenando a Lima y la costa. Se explicaba esa prédica en escritores de cultura netamente artística, sin bases mentales económicas ni sociológicas: como gesto estético, moral o biliar. No se explica en mentalidades socialistas. Los problemas que abarca el socialismo no son geográficos ni

---

[*] J. Sánchez de Toca, "Regionalismo, municipalismo, centralización". Biblioteca sociológica de autores españoles y extranjeros. Vol. XIV-Lewis Mumford, "The Theory and practice *of* Regionalism". The *Sociologíal revíew,* enero y abril de "928, Londres. "Regionalism and Irregionalism", ídem, Octubre de 1927. Charles Brun, "Le Regionalisme". Vidal de la Blache, "Principies of Human Geographie". V. Bradford yP. Geddes. "The Coming Policy".

[**] Toribio Pacheco, *Cuestiones constitucionales,* Lima, 1855.

meteorológicos ni locales: son sociales y económicos. Las injusticias y los dolores sociales no son patriotismo de una raza o de una circunscripción territorial; los privilegios indebidos y oprobiosos no se adquieren por el hecho del nacimiento en una ciudad determinada, aunque sea la capital. En cualquier provincia remota cabe hacer sufrir la injusticia y en la capital cabe sufrirla. Además, los derechos y los intereses de la colectividad cuyas reivindicaciones constituyen la injusticia social tienen tantos y tan numerosos enemigos dentro y fuera, que hay que comenzar por afirmar la necesidad de una fuerte unidad como previo postulado para abordarla, convirtiéndose así en auténticamente disociadora toda prédica que pretenda derribarla en nombre de prejuicios geográficos o raciales.

En tesis general, el regionalismo realiza una necesaria reacción contra la tendencia a seguir, los patrones extraños (sobre todo francés o yanqui en el pasado, yanqui, ruso o italiano en nuestros días) porque enfoca los problemas peculiares de la realidad circundante. Por cierto, existe también un legítimo regionalismo limeño que reivindica los problemas y necesidades de la gente que sufre y que trabaja en Lima y que no debe ser olvidada. De allí a encasillarse en el amor exclusivo a Lima -cuya tradición colonial, como se ha podido ver a lo largo de esta revisión, no es muy digna de admiración - hay mucha distancia: y nada más irritante que aquella frase infame: "Lima es el Perú y el jirón de la Unión es Lima".

El regionalismo es una reivindicación integral de los valores que constituyen una comarca. De acuerdo con él y después de estudios y experimentos o inspirados por él, hay que plantear una nueva organización de las divisiones territoriales del Estado, menos artificial, menos intrincada, más vasta, basada en las necesidades de producción y de intercambio de cada comarca; y cabe pensar, en general, en nuevas agrupaciones dentro de la política, la administración y la economía según las necesidades, los intereses también de cada comarca y según el género de trabajo y de vida de la población. Pero conservando siempre el legado más sagrado que nos deja nuestra Historia: la unidad nacional que por una triunfal predes-tinación quedó incólume a pesar de todas las convulsiones y de todas las inestabilidades que asecharon nuestra gesta.

La región como base administrativa, social y económica no ha aparecido en la historia del Perú. En el despertar ideológico del siglo XVIII que el siglo XIX siguió, se tuvo fe absoluta en la omnipotencia de lo político, del acto legislativo, de la fórmula; y a pesar de la teoría de Montesquieu sobre la influencia del medio físico, se creyó que las diferencias entre los pueblos y entre las regiones provenían única y exclusivamente del hombre. El siglo XIX fue el siglo de las grandes ciudades, de las grandes industrias, del gran comercio; pero a consecuencia de aquellas ideas, la tierra fue mirada como simple escenario, menospreciándose sus leyes y sus características, por parte de las ciudades, de los industriales, de los legisladores. Se ignoró las realidades básicas, los contornos, las áreas de vegetación, los recursos, los tipos de influencia del territorio sobre el hombre o se les usó en forma ciega. Al período lejano de los descubrimientos de nuevos continentes e islas siguieron épocas de explotación sin medida o de abandono supino. La reivindicación de la región, iniciada sólo en forma artística en el mismo siglo XIX, tiende a ser hoy una realidad económico – administrativa.

Una región se perfila por su estructura geológica, por sus contornos, por su clima, todo lo cual condiciona el suelo, la vegetación y la fauna. El hombre viene después a caracterizarla en forma definitiva actuando *so*bre sus posibilidades económicas y creando su tradición. La distribución de la población, la creación y el desarrollo de las ciudades, la implantación de industrias, el desenvolvimiento de la agricultura, la división política y administrativa, las funciones representativas y gubernativas deben conocer, seguir o respetar la región. El fomento de las fuentes de recur*sos* regionales *es,* sobre todo, básico en el regionalismo, no para que cada región se baste a sí misma sino para que cumpla su misión típica en el balance general del país, del continente y del mundo.

En síntesis, pues, ante todo la región. Ella en el Perú no se limita a la conocida y a veces simplista división entre costa, sierra y montaña; tampoco a una convencional y frívola división entre norte, centro y sur. A especialistas y técnicos corresponde señalar con precisión la región auténtica: tarea ajena a esta síntesis histórica. Sobre esas bases, cabe la descentralización administrativa y fiscal y una nueva distribución de las instituciones del Estado. Pero, por encima de todo, la unidad, la peruanidad. (MCC, pp. 160-164) [1941]

2. LOS TRES DEBERES DE MAÑANA: ESTABILIDAD, RENOVACIÓN, REFORMAS SOCIALES. [*]

Los tiempos que vienen reclaman ya una amplia y permanente garantía para la emisión del pensamiento. Y si el deseo pudiera marcar los rumbos de la realidad, *ese* pensamiento libre debería señalar no sólo un conjunto de derechos individuales como en el siglo XIX, sino también ante la conciencia pública, para evitar un nuevo dilema entre la epilepsia y la parálisis, un grave repertorio de deberes: entre ellos, el deber de estabilidad, el deber de renovación, el deber de las reformas sociales.

El deber de estabilidad quiere decir que es preciso mantener ciertas ideas e instituciones esenciales frente a las amenazas o peligros de orden internacional y frente a la posible disgregación interna, salvando lo que Mirabeau llamaba la "subitaneidad del tránsito".

El problema fundamental del Perú es la adaptación del país a las características del mundo moderno, hecho que requiere libertad a la vez que continuidad, técnica creciente, método, sentido de crecimiento, capacidad de coordinación. Todo eso puede ser condición o requisito aun para la continuación de la misma existencia nacional en el mundo que viene. Si el Perú no se presenta entonces como una unidad lo más armónica posible, inclusive para los fines de la solidaridad continental, puede sufrir no sólo desgarramientos sociales sino también nuevas mutilaciones y afrentas vergonzosas. Dentro de estos conceptos, el impulso de progreso material no deber ser tampoco detenido sino, por el contrario, continuado y ahondado.

El deber de renovación alude a una parte de los hombres dirigentes. La estabilidad, benéfica en relación con el país, tratándose de un grupo de ellos, puede ser inconveniente. Hay personajes que vienen figurando hace trece años; algunos son sobrevivientes de los once años anteriores; Urge, por eso, siquiera proporcionalmente, un cambio de promoción, dando acceso a los elementos jóvenes y permiso a la ambición, legítima.

El deber de las reformas sociales implica la maduración de planes concretos para seguir atacando progresivamente los males de nuestra realidad que cabe sintetizar en una frase: bajo nivel de vida. Acerca de esto bastante*; se* ha hablado en las dos crónicas anteriores.

El punto de vista aquí expuesto tiene cierta conexión con una historia contada por alguien que no se enojará al verla reproducida. Había unos hombres en una cabaña que adoraban a su dios. Hasta que alguien entre ellos dijo: "Esta cabaña es lóbrega, y, el ídolo primitivo. Lo mejor es dejar todo como está y aislarse elegantemente". Otro dijo: "Es verdad; pero lo mejor es prender fuego de una vez a la cabaña y a cuanto ella alberga". El tercero opinó: "Lo que conviene es sacar el mayor provecho de todo hasta donde sirva a nuestra propia conveniencia". El cuarto, en cambio, alegó: "No nos satisface la cabaña, y el ídolo no se a

[*] *Historia,* No 4, setiembre -octubre de 1943; se reprodujo en el No 7, julio - setiembre de 1944

adapta a nuestras necesidades. Pues bien, con los materiales de ella, hagamos una morada mejor y con nuestra fe erijamos algo que supere la fe de antaño". (AP, 501, 503), [1943]

5. EL PROBLEMA EDUCATIVO

5.1. Necesidades básicas de la educación en el Perú. Reflexiones 1945-1954. Ministro 1945

Una cultura para vivir mejor, expresar y comprender nuestro tiempo

En estos días en que tanto se repiten palabras como *partido, sindicato, célula, equipo,* la palabra *ateneo* u otras análogas suenan como notas que evocaran épocas más plácidas o seguras, aparentemente lejanas en el tiempo. El hombre de estos días, que ya está empezando a volar a una velocidad mayor que la del sonido, que ha cazado el átomo con el arpón de su genio, que transmite a través del espacio no sólo los sonidos sino también las imágenes y que inventa constantemente aparatos para dominar a la naturaleza o acabar con la distancia o aumentar su propia comodidad, de otro lado parece querer perder su individualidad en la urbe y en la multitud y preferir las noticias al conocimiento, lo mecánico a lo espontáneo y, por ende, las revistas y periódicos y libros con síntesis congeladas de hechos o ideas o síntesis de síntesis, así como las comidas y opiniones, las bebidas y las creencias prefabricadas o de producción en serie.

Importa afirmar la multiplicidad de la vida espiritual, la aptitud para la voluntaria convivencia, la amistosa confrontación entre diversos puntos de vista individuales, el gusto por el libro perdurable y el verso dilecto, en suma, el don de cambiar ideas sobre cosas de verdad y de belleza que *es,* desde hace siglos y debe seguir siendo siempre, uno de los placeres más auténticos que a las mentes maduras les es dable saborear.

Algo más, urge la reafirmación de los valores del espíritu, precisamente porque algunos de los que se titulan personeros de ellos en realidad están entregados hoya viejas tentaciones o al exhibicionismo del demagogo, plaga de nuestra época.

Finalizo mis palabras tratando de reiterar ante quienes puedan necesitar oída en nuestros pueblos la verdad fundamental de que nunca, y menos ahora, la cultura puede ser una masa informe de noticias, conocimientos o esquemas no sometidos a una cohesión, sugerencias o impresiones hechas de retazos no soldados y flotantes en una realidad contradictoria. Su misión es el ordenamiento y el estímulo de capacidades que vivan, expresen y comprendan su tiempo, que sepan mirar lúcidamente cada circunstancia original, que puedan cumplir mejor la mejor tarea que le es dable al hombre en la tierra que es vivir, crear, luchar. La inteligencia no *es,* de por sí, una aristocracia con privilegios y sin deberes, sino apenas un instrumento potencial. No la entendamos, por eso, como evasión o nostalgia, en contemplación exclusiva del pasado o en egoísta pereza; ni como vehículo de sombrías pasiones; ni como máquina de falsificación de valores con grandes o pequeñas estafas basadas en el pecado contra el espíritu que es la insinceridad. No la consideremos tampoco como adorno superfluo, manía de bobos o de alocados, actividad parasitaria o humillada. Sintámosla como parte viva y esencial, libre por disciplinada, en pos de valores permanentes, dentro de una sociedad a cuyas necesidades y transformaciones no podemos ser ajenos y dentro de nuestras patrias donde son tantas las tareas urgentes por hacer. En la profunda evolución en marcha en América del Sur que Christopher Isherwood registra en su reciente libro sobre ese continente que lleva el curioso título de *El Cóndor y las*

Vacas, las fuerzas intelectuales no deben estar al margen sino jugar el juego de las fuerzas de buena voluntad, de progresismo constructivo que han de evitar finalmente las amenazas oscuras del odio y la violencia hoy en fermento. En la entrada de la nueva Biblioteca Nacional de Lima puede leerse la inscripción siguiente: "La cultura, como la riqueza, es fecunda cuando se pone al servicio del hombre". (Morada, pp. 45-47) [1960]

Notas para un capítulo sobre la educación* en *el Perú [*]

He ocupado el Ministerio de Educación tan sólo durante tres meses; desde julio hasta octubre de 1945. Tres meses de absorbentes ocupaciones políticas, en un instante de desorientación y atolondramiento, tanto más lamentables cuanto que siguieron a un instante en que el país demostró que quería una práctica y eficaz convivencia entre los peruanos.

A pesar de la brevedad de esta experiencia, la considero como una de las oportunidades más fascinantes, por cuanto me permitió conocer de cerca la vida peruana y sus problemas. Las notas que siguen reflejan algunos puntos de vista entonces formulados o desarrollados más tarde, pensando y volviendo a pensar en estas cosas -a veces, como ocurre en el momento de escribir estas líneas, desde el extranjero- vinculadas con intereses permanentes del Perú.

Entre las necesidades básicas que la educación peruana presenta, creo que requieren especial atención, entre otras, las siguientes:

1) *La tecnificación del Ramo de Educación*

Nuestro Estado es un Estado empírico en muchas de sus funciones y actividades, si bien en otras -tal como ocurre, por ejemplo, en ciertas dependencias de Fomento y de Hacienda- emerge la transición hacia el Estado técnico. Esta directiva necesita ser acentuada en el ramo de Educación. Lo más nítidamente posible hay que distinguir entre sus actividades administrativas y sus funciones pedagógicas o culturales. No es que las primeras sean menos importantes o valiosas: es que son, tan sólo, distintas. Dentro del circuito de los servicios mencionados en segundo lugar -o sea los de orden pedagógico o cultural, habría que incluir no sólo determinadas reparticiones u oficinas ministeriales, sino otros organismos, tales como la Escuela Normal Central (cuidando de modo especial que en su personal no intervengan favoritismos políticos) y las demás Escuelas Normales, la Biblioteca Nacional, las bibliotecas populares en todo el país, etc. Ello implica tener un personal eficiente, especializado y bien pagado, con un margen de estabilidad en sus cargos. Pueden cambiar los ministros o aun los altos funcionarios, de acuerdo con la marea de los sucesivos regímenes y de acuerdo con los distintos períodos o etapas dentro de un mismo régimen. Ciertos cargos, en cambio (por ejemplo, los Consejos de Educación, la dirección y el profesorado de las Escuelas Normales, la jefatura de las Inspecciones y otras oficinas relacionadas con la enseñanza primaria o secundaria y sus dependencias principales, el personal de las bibliotecas públicas, etc.) deberían estar fuera de esos vaivenes. Claro es que lo anterior implica que hayan sido puestos en manos de gente capaz, preparada y espiritual y moralmente intachable.

A propósito de la tecnificación de los servicios públicos, conviene saber que las escuelas para la preparación de funcionarios se cuentan dentro del número de los nuevos planteles educacionales de mediados del siglo XX. Las Naciones Unidas han realizado un interesante experimento para atraer a empleados o futuros empleados de diversos gobiernos a una Institución de ese tipo. Nosotros en el Perú

[*] Tomado de *Notas* para el capítulo sobre Educación en una “Plan Perú”, Lima 1954.Escrito en la Universidad de Virginia en 1954

podríamos tenerla en la universidad o, tal vez mejor, bajo la directa supervigilancia del gobierno. Cabrían allí determinados cursos o estudios generales y también cursos de especialización, por ejemplo, para futuros diplomáticos o miembros del personal de Relaciones Exteriores, futuros técnicos dentro de los ramos de Hacienda, Fomento, Salubridad y Educación, etc.

2) *La planificación de largo alcance*

El sistema actual de subordinar las actividades todas del Estado a lo que disponga el presupuesto general de la república aprobado cada año por el Congreso es anticuado e inadecuado. Ciertos gastos de *funcionamiento* deberían ser aprobados en esa forma; en cambio, otros que implican la *ejecución paulatina de planes para abordar problemas específicos* deberían ser discutidos y aprobados en sus líneas generales por los organismos correspondientes y responsables en lo que dure un período presidencial. Todo gobierno debe anunciar previamente lo que pretende hacer en el campo de la educación y estudiar la forma de ejecutar esos proyectos en forma sistemática y detallada. Los cambios y enmiendas pueden venir cuando sean necesarios y previos ciertos trámites o en ciertos detalles o aspectos adjetivos; pero no por el capricho o el azar.

3) La interrelación de planes y trabajos

Nuestra organización estatal es una organización tubular; los distintos ministerios y, a veces, dentro de un mismo ministerio, las distintas dependencias funcionan separadamente, como si pertenecieran a entidades diversas. Tenemos una proliferación de líneas burocráticas en el sentido vertical, de las más altas esferas hasta los más modestos funcionarios. Nos faltan líneas horizontales de contacto entre servicios y actividades que puedan operar en niveles similares y deben, en ese caso, evitar la duplicación innecesaria y buscar, en cambio, la coordinación y la: mutua ayuda. ¡Cuántas ventajas puede reportar, por ejemplo, el contacto entre funcionarios de Educación y otros de Agricultura, Salud Pública o Fomento! Recuerdo haber auspiciado (en escala incipiente y como simple experimento) contactos de ese tipo en 1945, con resultados sorprendentes. Eso es algo que debe acentuarse y reglamentarse hasta en los más altos niveles de acción estatal. Y los planes mismos en uno u otro ramo, necesitan tener un carácter interrelacionado. ¿Cuál puede ser, por ejemplo, la repercusión en el terreno educacional de una campaña de salubridad llevada a cabo en talo cual zona? ¿En qué sentido las escuelas de una región pueden ser utilizadas en relación con un determinado proyecto agrícola? Y así sucesivamente. Los planes de educación necesitan, pues, un elástico y dúctil funcionalismo con los; planes de otros ministerios, integrando todos un Plan del Perú a cumplirse dentro de un período de seis años.

4) *Construcciones escolares*

Este asunto necesita ser encarado por una ley especial que atienda a la provisión permanente de fondos ya la realización sistemática de obras en toda la república. Los fondos pueden salir de la creación o el aumento de un determinado impuesto. Las obras no podrán cumplirse con efectividad sin un previo y minucioso estudio estadístico de los locales disponibles en toda la república, de los porcentajes de deserción escolar, etc. Cuando en líneas anteriores se ha hablado de "tecnificación" del ramo, uno de sus aspectos esenciales es precisamente el de la estadística, que ha de desarrollarse grandemente y trabajar en estrecha conjunción con la Dirección General de dicha especialidad. Algo de esta previa investigación empezamos a tratar de hacer en el Ministerio de Educación en 1945, cuando la Célula Parlamentaria Aprista presentó e hizo aprobar su propio proyecto de

construcciones escolares, más tarde no puesto en práctica.

5) *Educación ¿para qué época?*

En el período actual de su historia, el Perú esta pasando, como el resto de América Hispana, por un proceso decisivo de orden económico y social. De un lado, se está desarrollando por obra del capital extranjero y nacional (sí, del nacional también), una industrialización creciente que coexiste con una subestructura tradicional de carácter agrícola. Crece al mismo tiempo la población en toda nuestra América en forma mucho más acelerada que en cualquier otra área del mundo. La preocupación esencial de estadistas, economistas y sociólogos (y también de todos los que, sin serio, se preocupan por el futuro del continente y de nuestro país) debe ser el aumento de la capacidad de producción. Si no la elevamos, caminamos hacia el desastre. Si la elevamos, nuestro futuro es espléndido. La respuesta a este dilema es muy sencilla: mejorar los métodos de producción agrícola, ayudar a que sea lo más eficiente y sana posible nuestra evolución industrial y hacer que nuestro sistema educativo se ponga a la altura de la época en que tocará vivir a los niños, adolescentes y jóvenes ciudadanos que reciben sus servicios. No se trata de suprimir los estudios humanistas ni de descuidarlos; se trata, por lo contrario, de revitalizarlos, mirando, eso sí, hacia un nuevo humanismo, un humanismo de mediados o segunda mitad del siglo XX, que aprenda a estimar y a comprender lo que hay de permanente y de esencial en nuestra tradición cultural, pero que 'no cierre los ojos ante el mundo que nos rodea. Y se trata, al mismo tiempo, de que se abran oportunidades y ocasiones para que puedan recibir adecuada preparación quienes piensan dedicarse a los oficios o tareas o profesiones o especialidades que la actual o inmediata industrialización y la modernización agrícola del país traen o van a traer consigo.

Ello implica mirar con especial afán el problema de la educación técnica al nivel de la escuela primaria y el colegio secundario y el instituto especial, problema que quise convertir en una de las banderas de mi breve gestión ministerial y que luego fue puesto de lado por rivalidades menudas y también por errores de algunos funcionarios del mismo ramo, que bien pudieron y debieron evitarse. En todo caso en esa época empezó el renacimiento del Instituto Politécnico Nacional, que encontré en las más lamentables condiciones de atraso y desatendencia en cuanto a los alumnos atañe. Hay aquí muchas otras faceta s, incluyendo, por cierto, la necesidad urgente de vital izar y desarrollar los estudios de carácter económico y comercial. Estos últimos se llevan a cabo, como es bien sabido, no sólo por academias o escuelas que necesitan elevar su nivel y mejorar su enseñanza en general. Se llevan a cabo también en facultades o institutos universitarios.

Pero en el campo económico-comercial como en el campo de la enseñanza de las ciencias biológicas, físico-químicas y naturales y de las ciencias médicas, las universidades de nuestros países hispanoamericanos necesitan muchos recursos que hoy no poseen. ¿De dónde pueden venir ellos? Una respuesta tradicional acude fácilmente a la mente: del presupuesto general de la república. Es posible, sin embargo, que haya una fuente mucho más cuantiosa y fácil. Se trata de los programas de asistencia técnica a los países subdesarrollados. Estos programas se hallan atendidos económicamente por las grandes organizaciones internacionales - Naciones Unidas- y las agencias especializadas tales como UNESCO la Organización Mundial de la Salud, la Organización de Alimentación y Agricultura, la Oficina Internacional del Trabajo y otras, y no la Organización de Estados Americanos. También el gobierno de Estados Unidos a través de acuerdos bilaterales con distintos gobiernos del continente lleva a cabo programas de asistencia técnica. Y a él pueden asociarse eventualmente algunas fundaciones.

Si se lograra insertar dentro de la asistencia técnica la inclusión de las universidades y las escuelas especiales, algo que no se ha hecho todavía en

América u otros continentes pero que muy bien se puede hacer, se tendría una fuente de renovación y modernización de dichos institutos de enseñanza. Naturalmente que no se trataría tan sólo de aumentar los sueldos y la burocracia. Se trataría fundamentalmente de mejorar equipos de trabajo; laboratorios, bibliotecas y otros elementos auxiliares indispensables y de elaborar esquemas acerca de la forma como, a su vez, esas universidades y escuelas pueden trabajar activamente dentro de un intensificado esfuerzo para beneficiar al país al que pertenecen y al pueblo que allí vive.

Las universidades y otros centros de cultura superior en nuestros países no deben vivir al margen de las grandes necesidades y las grandes preocupaciones de nuestra época. No imparten ellas -hay que afirmarlo vigorosamente- una enseñanza a la altura de las circunstancias en muchos campos de la economía, la química, la física, las ciencias relacionadas con la alimentación y la salud de hombres y animales, la ingeniería, la educación. Ello se debe principalmente a factores de orden económico -los escasos medios de que disponen - que repercuten en la escasez o con las limitaciones de sus materiales de trabajo (bibliotecas, instrumentos, laboratorios, becas para el estudio, bolsas de viaje, etc.). Necesitamos superar esas dificultades, levantar nuestro nivel de enseñanza en esos campos, más tal vez que en otros en donde estamos mejor dotados por razones de orden histórico (tratándose de profesionales o especialidades de vieja solera en nuestro mundo cultural) o porque dependen en mayor grado del surgimiento de brillantes individuos aislados con capacidad y entusiasmo para su función.

Ello implica, a la vez, la acumulación de informaciones puestas al día y de eficaces elementos de trabajo y también la divulgación de esas informaciones en cursos y conferencias (incluyendo campañas de extensión universitaria). Pero implica, asimismo, tareas de investigación de problemas nacionales relacionados con dichas disciplinas. La obra que han empezado a llevar a cabo en su especialidad los Institutos de Biología Andina y de Etnología puede realizarse en conexión con aspectos especiales de la estadística, el comercio, la producción, la colonización, la inmigración, la conservación de recursos renovables, la industrialización efectiva y posible, ciertas modalidades de la vida agrícola y otros campos de estudio, todos ellos naturalmente en relación con análisis de situaciones concretas en el Perú de hoyo del inmediato futuro.

Y si esas investigaciones concretas y detalladas sobre el terreno mismo y no únicamente en los libros no pueden hacerse dentro de las universidades porque intereses creados no lo permite o no hay en ellas el necesario clima de tranquilidad y vigor académicos, ellas caben dentro de un Instituto de Altos Estudios Peruanos, que no es utópico fundar. Sea por obra del Estado en un momento propicio (el decreto respectivo lo tuve redactado en octubre de 1945 pero ese momento no era, por desgracia, propicio), sea por acción de un grupo de ciudadanos económicamente capaces para integrar el Patronato del nuevo organismo y cívicamente alertas ante el inmenso beneficio que podría deparase al porvenir del Perú. No es exagerado afirmar que dicho porvenir podría cambiar o recibir orientación con un instituto o escuela o centro de ese tipo.

He aquí algunas notas sintéticas y ligeras acerca de varios aspectos que el problema de la enseñanza presenta en nuestro país a las alturas de la mitad de la década de los años de 1950. Faltan muchos otros aspectos de ese mismo problema. Por ejemplo, el hecho gravísimo de que nuestro país permite hoy en una escala desoladoramente vasta que una parte muy selecta de su juventud y de sus grupos cultos en general trabajen en tareas marginales o periféricas sin utilizar sus capacidades. Por ejemplo, el hecho de que un número considerable de hombres y mujeres bien dotados intelectual y espiritualmente no lleguen hasta los estudios superiores o profesionales o si llegan hasta ellos, no trabajan lo que debieran o no se orientan hacia los campos de especialización más adecuados a su talento o más útiles para el país. Por ejemplo, el hecho de que no hemos empezado siquiera en el

Perú a tomar en serio el movimiento de la educación de los adultos. Por ejemplo, el hecho de que entre nosotros no existe el estímulo que organismos especiales o fundaciones particulares suministran a los estudiantes o profesionales para que puedan dedicarse a la función de estudiar o investigar sin tener que atender a tareas prosaicas que les dan los diarios medios de vida pero los alejan de los verdaderos campos de su vocación.

Lo que he pretendido, sin embargo, aquí no, es hacer una exposición de agravios sino ofrecer unas cuantas sugerencias sobre algunos de los nuevos modos de atacar viejos problemas nacionales, dentro del espíritu y la metodología de estos mediados del siglo XX. Son incitaciones a meditar, audaces propuestas para salir de caminos trillados, que no tienen color o propósito político y que están perfectamente convencidos de su carácter teórico o, poco práctico. Pero es preferible pensar en que, sobre el papel al menos, existen soluciones para esos problemas nacionales, por más desaforadas que ellas parezcan a algunos; en vez de dedicarse a asumir ante ellos la actitud de ignorados, la complacencia miope ante el presente o el nihilismo crítico que no sabe sino destruir.

5.2 Necesidades básicas de la educación en el Perú. Reflexiones 1956-1960. Ministro 1956-1958

Reafirmación de la mejora educativa

Hemos estado viviendo, sobre todo durante las últimas décadas, en un constante proceso de expansión educativa; pero ello no quiere decir, por cierto, que ella se haya orientado siempre ni que esté uniformemente encauzada ahora dentro del acierto y de la eficacia.

En muchas ocasiones hemos pecado y seguimos pecando a veces, a pesar de los esfuerzos que se hacen, por una dispersión sin finalidad en nuestro sistema, por superficialidad en el caudal de lo enseñado, por vicios burocráticos en la organización misma y por arbitrariedad o injusticia -que el ministro suele no conocer- o por preparación inadecuada o corruptelas en cuanto al personal docente. Queda mucho por hacer dentro del ámbito de la enseñanza misma. La educación preescolar que orgullosamente está celebrando su vigésimo séptimo aniversario, se halla en sus comienzos. La primaria, no obstante los esfuerzos últimamente intensificados y los planes en marcha, continúa abrumada por programas congestionados, libros de texto inaparentes, a veces clamorosos, y por interferencias extrañas, incluyendo las de docentes que con títulos rimbombantes destruyen la unidad de la escuela; y si el aumento de las alternas ha sido detenido inflexiblemente desde 1957, no se ha mejorado todavía el régimen de las existentes. Son sólo bellos planes formulados apenas en 1958, las iniciativas de tan urgente necesidad para mejorar las escuelas vespertinas y nocturnas acerca de las cuales se ha firmado hoy mismo un decreto dándoles por vez primera, normas y directivas generales; y está en afanoso y difícil proceso de elaboración el remodelamiento de las escuelas prevocacionales que son otro de los grandes problemas de nuestro sistema educativo. En la secundaria, a pesar de las normas emanadas del Ministerio, del Consejo Superior respectivo y de tantos directores y maestros dignos del mayor elogio, se deja sentir la aguda crisis que tiene expresión pública a veces escandalosa en los desalentadores resultados de los exámenes de ingreso a las universidades y a las escuelas superiores; todavía esos exámenes constituyen la meta no apetecible de la abrumadora mayoría de los alumnos de los colegios y Grandes Unidades Escolares. Los institutos de educación técnica, no obstante el renovador espíritu de la Dirección respectiva y de numerosos hombres y mujeres de capacidad y buena voluntad, siguen tropezando con serios obstáculos derivados del equipamiento deficiente o anticuado; de la muy relativa adecuación que entre algunos existe, en contraste con meritorios esfuerzos últimamente

acentuados, con la realidad económica circundante; y del espectro de la falta de trabajo que a través de muchos años ha aguardado implacable a gran parte de sus egresados. Salvo bellas excepciones que en ciertos casos podemos mostrar complacidos u orgullosos al extranjero, abundan en toda la república los locales escolares que no son tolerables, y el déficit en los enseres y en el material didáctico es sencillamente aterrador cuando se le mira desde una perspectiva nacional y de allí la trascendencia permanente de la Campaña Pro Mobiliario Escolar.

Sin embargo, a pesar de todos los obstáculos y dificultades, hemos avanzado en el pasado, vamos avanzando y estamos caminando, dentro de lo que lo permiten las circunstancias, en el sendero de la mejora educativa; y confiamos en que quienes vengan a sucedemos irán más lejos que nosotros.

No creemos que la cultura en sí y de por sí otorgue automáticamente la felicidad. Consideramos, en cambio, que la educación verdadera debe implicar la formación integral de la persona humana, dentro de las correspondientes circunstancias históricas, geográficas y sociales como medio para que logre ella una existencia, digna, eleve su nivel de vida y se convierta en elemento útil dentro de la sociedad.

Desde el punto de vista de la educación general -y esto lo afirma dolorosamente quien ha dedicado largos años a la historia -, el pasado sólo sirve para conocer, para comprender y para ubicamos a nosotros mismos en el tiempo; es decir, vafe en tanto y en cuanto nos ayuda dentro del presente y del futuro. Es, sobre todo, en ellos y con ellos y dentro de las condiciones y necesidades actuales e inmediatas del medio local, del país y del mundo que la educación debe establecer y mantener permanentemente funcionales relaciones. Fijando su interés en cada persona y tomando, a la vez, siempre en cuenta a la colectividad, le corresponde -como ha dicho axiomáticamente un gran maestro contemporáneo- enseñar a actuar con y para los demás, mientras hace aprender a pensar y a juzgar a cada cual por sí mismo.

La reafirmación de la mejora educativa ostenta, por todo ello, un hondo y vasto significado. Nada tiene que hacer con actos de carácter político. Agradezco profundamente las alusiones que se me han hecho con tanta cordialidad y lealtad esta noche; pero en dicha reafirmación, en verdad, no cuentan las personas que, con inevitable fugacidad, pueden estar ocupando talo cual cargo. Por el contrario, implica ella un homenaje a quienes laboraron de buena fe y con eficacia en el pasado, a todos los que desde cualquier ubicación creen estar cumpliendo con su deber ahora y también a quienes vayan por esa misma dificultosa ruta en el porvenir. Es, en cambio, un altivo desafío y una ofensiva enérgica frente a la rutina y el convencionalismo. Además, constituye un llamado permanente a la vigilia tenaz y a la crítica constructiva, de acuerdo con el principio de que la reforma no está en los decretos, ni en los discursos, ni en las circulares, ni detrás de los escritorios, sino debe empezar en el alma de uno mismo y debe constituir un fenómeno permanente y vital.

La reanimación de la mejora educativa no exalta, pues, al maestro, o al educando, o al padre de familia solos, con un sentido unilateral o aislado, sino cohesionados y en función de la educación misma, de la comunidad y del país.

Frente a las contrariedades de la brega cotidiana, a la avidez de los intereses particulares, a las miserias humanas, a la violencia de las pasiones sin freno, a los desalientos que siguen a las esperanzas prematuras e infundadas, a las complicaciones múltiples que trae consigo la tarea de enfrentarse día a día a los problemas que el pasado no llegó a solucionar y a los que el presente va creando, la reafirmación de la mejora educativa implica, a pesar de todo, un acto de fe en la naturaleza humana, en el pueblo, en el país, en la juventud, y en el porvenir del Perú. Hemos señalado para ella una semana, entre el 14 y el 21 de mayo. En verdad, le corresponde un lugar preferencial y de honor en el pensamiento de

maestros, alumnos, padres de familia y ciudadanos conscientes cada mañana cuando se moviliza el ejército bullicioso de acaso 1,500,000 niños, adolescentes, jóvenes y adultos, símbolo y expresión del Perú del porvenir en bella campaña de paz, de laboriosidad y de cultura. (Morada, pp. 49-52) [1958]

El planeamiento educativo

El objetivo del Seminario que hoy se inicia, con la garantía de las experiencias anteriores y después de larga y minuciosa preparación, ostenta, como todos nosotros lo sabemos, una importancia insospechable. El planeamiento educativo aparece como postulado, por iniciativa de la Delegación Colombiana, en la memorable Reunión de Ministros de Educación que tuvo lugar en Lima en mayo de 1956. Desde entonces ha ido re conociéndose su significado en todo el Continente. Como primer paso hacia el planeamiento en el Perú, hemos ido a la compilación y publicación de un minucioso Inventario de la Realidad Educativa con franqueza y sin temores para decir las verdades, que acaba de terminar de ser publicado en cuatro apretados volúmenes. Al discutirse el Presupuesto de la república en el Parlamento de mi país, en el pasado mes de diciembre, creí mi deber expresar las siguientes palabras que voy a permitirme citar: "No obstante la importancia de asuntos tales como la acción contra el analfabetismo o la generalización de la educación primaria o el desarrollo de la educación técnica, éstos y otros aspectos constituyen sólo parte del panorama; y, por lo tanto, se hace necesario el planeamiento integral que abarque los grados, tipos y factores del proceso de enseñar y de aprender. Nuestro país necesita hacer un análisis permanente de sus problemas educativos, a pesar de la gravedad, complejidad y volumen que puedan tener, para enfocarlos de modo realista, sistemático y gradual dentro de los límites de lo que sea posible, tanto en su área pedagógica, en la administrativa, como en la financiera". [...]

No podemos, por cierto, curar con un solo trazo deficiencias arraigadas, satisfacer totalmente necesidades angustiosas o recuperar, en uno o dos años, o en unos cuantos años el tiempo perdido o malgastado, o no integral mente empleado por generaciones anteriores, cuyos esfuerzos constructivos, por otra parte, no debemos ni podemos desconocer sino, por el contrario, necesitamos reconocer y honrar. Urge que podamos educar no sólo a niños, adolescentes y analfabetos adultos, sino también a nuestra opinión pública y a nuestras clases o sectores dirigentes y a estos últimos para que comprendan y se resignen a que los problemas educativos sean estudiados, confrontados y abordados técnicamente y en forma adecuada y a largo plazo.

Entendemos por planeamiento no el trazado ideal y vano del dibujo de una ilusa y rectilínea geometría, sobre la carne lacerada de nuestros pueblos corroídos a veces por la subproducción y el subconsumo. Lo consideramos como el maridaje fecundo entre los hechos y las ideas, el acercamiento atento y permanente de cada país oficial con el correspondiente país real, la aproximación de los olimpos burocráticos al anónimo nivel de la hierba, la apertura avizora de rutas sólidas hacia el porvenir, en lo que éste tenga de previsible. Todo ello, sin desmedro de nuestro credo democrático y de nuestro amor a la libertad, es decir, sin caer en la rigidez o el sentido prepotente o monolítico de los totalitarismos y de los absolutismos.

Otras generaciones creyeron encontrar una fórmula salvadora redactando, aprobando y promulgando leyes apriorísticas o decretos dogmáticos y dispersos, o yendo a la aplicación, a veces muy vistosa, de tratamientos intensivos pero especializados, seccionales o tubulares. El planeamiento, en cambio, no es una fórmula, sino un método sistemático y con virtualidad rectificadora, que va de abajo hacia arriba, para ir también de arriba hacia abajo; mira el sistema educativo y el ambiente que en él penetra y lo circunda como un todo bullente y en él abre vasos

comunicantes cuando éstos son fecundos, y cortes horizontales o verticales cuando son necesarios.

Frente a la discontinuidad ya la incoherencia que, según una leyenda negra, aflora demasiadas veces en la vida criolla; frente a la epilepsia y a la parálisis y a los ilusos y a los pesimistas, y también frente a los cínicos que sólo piensan en su provecho, a los que, en vano, ansían escapar hacia mundos ajenos o distantes, a los que son o pueden ser víctimas o instrumentos de la enfermedad contagiosa de los sectarismos y a los individualistas, para quienes la historia empieza con ellos y con ellos se apagará, el planeamiento integral implica, sin desmedro de la filosofía democrática, continuidad en el afán de la mejora, orden en el avance, realismo constructivo, trabajo en equipo, despersonalización, compromiso de superar la simulación, la retórica o el empirismo y de buscar raíces para tener alas en el cotidiano y permanente quehacer educativo. (Morada, pp. 54-58)

La educación es, en esencia, un asunto social

La educación pública es, de un lado, un engranaje administrativo vasto, complejo y lento, demasiado lento a pesar de todos los esfuerzos que estamos desplegando. Es un conjunto de puestos y de sueldos en toda la república, lo cual otorga al ministerio la fisonomía de una gran agencia de empleos dentro de un edificio de veintitantos pisos. Keyserling hablaba en su libro sobre América del Sur sobre su sorpresa al encontrar cómo en este continente una palabra tan profunda, tan filosófica, como *destino* se usaba para aludir a un sueldo: fulano tiene un destino o busca un destino o se ha destinado, solemos decir. Es enorme la muchedumbre de gente que quiere destinos en Educación. Hay una clase media vergonzante o una clase popular en ascenso o una clase elevada en período de transición que busca trágicamente el amparo, la protección, la limosna del erario.

Pero aliado de este aspecto económico o administrativo o de necesidades muy humanas la educación es o debe ser, tiene que ser, una estructura técnica con sentido profesional o especializado. Hoy tenemos facultades de Educación, escuelas normales, cursos de perfeccionamiento, revistas, boletines y otras publicaciones con su campo propio y cuyo número tratamos de aumentar. Van a aparecer, por ejemplo, el *Boletín de Educación Normal* y el *Boletín de Educación Primaria;* y se estudia la posibilidad del *Boletín de la Educación Secundaria* y otros sobre los, problemas propios de la secundaria nocturna.

Administración y Economía, de un lado y orientación técnico-pedagógica de otro constituyen dos pilares de la vida educacional. Pero no son los únicos: la educación es, en esencia, un asunto social, o sea de permanente interés para la colectividad toda; por eso, se habla de educación pública en el sentido de que concierne al poder público y también en el sentido de que atañe al público en general, es decir, a la gente, a la comunidad. Las escuelas, en puridad de verdad, es a ella a quien pertenecen. Son instituciones que operan como otros tantos medios o conductos por los cuales las necesidades, las aspiraciones o los intereses o los fines de la comunidad se van cumpliendo día a día, noche a noche. Su clientela está formada por los niños y los adolescentes, o sea por la reserva del potencial humano del país, y dentro de la concepción moderna, por los adultos, o sea por el potencial humano actual. Esas masas de todas las edades no sólo viven en el salón de clase y en el patio de recreo; tienen un cierto número, a veces un gran número, de horas extraescolares que no hay que dejar abandonadas al vicio o la dilapidación. De todo ello resulta obvio y lógico, aunque no siempre sea acatado, que la colectividad tiene derecho a intervenir en cuanto al *qué* deben ser las escuelas. Esto es en cuanto al *qué.*

Por otra parte, en cuanto al *cómo* debe funcionar técnicamente el sistema educativo hay un área o campo que corresponde propiamente a las autoridades respectivas, a los organismos existentes en el campo de la enseñanza particular, al

personal correspondiente y al magisterio, cuyas tareas no se deben invadir pero con las cuales se puede cooperar.

Así, por ejemplo, tratándose del congestionamiento de los programas, del exceso de tareas que se da para hacer en la casa, de las corruptelas en cuanto a carpetas de trabajo, de los abusos en lo que concierne a pensiones de enseñanza u otros cobros, tienen derecho a decir su palabra, usando los engranajes que sean más pertinentes, los miembros de la colectividad. Así pueden decir *qué pasa;* y están obligados a escuchados los educadores y los funcionarios para ordenar sobre *cómo* resolver esos problemas grandes o pequeños.

Aparte de esto, siempre y cuando trafiquen por los adecuados caminos, los ciudadanos o las entidades con espíritu cívico y social tienen muchas formas para trabajar prácticamente en beneficio, del sistema educativo. Voy a mencionar varias de dichas formas:

1) A través de las asociaciones de padres de familia en los colegios y escuelas cuya actividad es, por lo general tan benéfica y debe ser estimulada y ampliada. Me detengo aquí a hacer resaltar toda la obra de bien que han hecho y pueden seguir haciendo esas asociaciones cuya importancia es fundamental.

2) A través de las asociaciones de ex alumnos que suelen existir en algunos colegios. En un país como el nuestro donde hay tan pocas instituciones funcionando -y ése es, precisamente, dentro de su campo, uno de los méritos de los Leones, el de estar institucionalmente bien organizados en el ámbito local, nacional e internacional-, los vínculos de camaradería creados en la niñez y en la primera juventud pueden ser núcleos vivos de solidaridad social y de bien colectivo.

3) A través de los Patronatos que funcionan como consejos consultivos o juntas asesoras o de alta supervigilancia, sobre todo en los planteles de educación técnica, es decir, los de carácter industrial y agropecuario y comercial. En cada uno de ellos (y ya está autorizado dentro de la reforma actualmente iniciada) debe haber un Patronato de este tipo, compuesto por quienes van a usar o utilizar o emplear el trabajo de los egresados. Así puede adaptarse mejor la enseñanza a necesidades locales o regionales; por ejemplo, en una zona arrocera o ganadera o tabacalera o azucarera los planes y programas deben ser adaptados y condicionados, sin desmedro de ciertas características generales. Por medio de los patronatos no sólo puede orientarse mejor la enseñanza y dar la oportunidad de acentuar su carácter práctico o experimental, sino, además, evitarse o sancionarse despilfarros económicos o desórdenes administrativos o excesivas interferencias políticas. Especial importancia debe revestir el Patronato del Politécnico Nacional "José Pardo" que ya está en vías, de constituirse con el apoyo de la Sociedad Nacional de Industrias y de las entidades en ella representadas.

4) A través de una organización nacional y de organizaciones locales con la colaboración del Estado y entidades particulares, destinadas a preocuparse por los problemas sociales de la juventud y que debe estudiados y tratar de abordados. Ese Consejo Nacional de la Juventud que estamos tratando de crear y los cuerpos análogos pueden estimular, por ejemplo, el turismo juvenil, los campos de vacaciones, los deportes extraescolares, etc.

5) A través de fórums o conversatorios o symposiums que estimulen la conciencia y la atención pública por los problemas educativos con participación de los educadores mismos para evitar el empirismo o la improvisación o la superficialidad.

6) A través de los grupos que estén en condiciones de ayudar, orientar, organizar. Pueden ellos crear becas para niños, adolescentes o maestros en el

país o en el extranjero; o hacer donaciones de mobiliario o material didáctico a escuelas muy pobres; o auspiciar clases para la juventud que no va a las aulas dando a esas clases un sentido cultural, o un sentido práctico en relación con algún oficio; o colaborar en facilidades recreativas o actividades extra programáticas; o impulsar bibliotecas ambulantes. La iniciativa de crearlas en el país con un bibliobús, lanzada por miembros de la Asociación de Bibliotecarios, halló apoyo en el Ministerio de Educación; y, sobre esa base, un grupo de industriales estimulado por el señor Paul Carriquiry ha estado ayudando ejemplarmente, y el bibliobús empezará a recorrer las calles el próximo mes de julio.

7) A través de actividades culturales internas y de repercusión sobre la opinión pública en general, tales como charlas, conferencias, revistas de carácter asociacional y cultural que entretengan, ilustren e informen.

En resumen, la educación y cultura son tareas y atribuciones de la sociedad toda y no sólo del Estado. Hay en nuestra tradición una divergencia entre ellos: existe, de un lado, una tendencia hacia el individualismo que suele expresarse en la parálisis o en la epilepsia; y de otro lado una tendencia hacia la arbitrariedad y la prepotencia estatales basada en una organización vertical, tubular y cerrada. Los vasos comunicantes entre sociedad y gobierno en materias como éstas de la cultura y la educación son la mejor garantía de la vida democrática. Se ha hablado y se habla mucho de la cortina de hierro y de la cortina de bambú. Juntos, ciudadanos y funcionarios, tratemos en lo posible de romper la barrera de cemento y la barrera de papeles que suelen separar al Ministerio de Educación y a la colectividad, al país oficial y al país real. (Morada, pp. 73-77) [1957]

Los políticos y los técnicos en educación [*]

Los fines educativos no pueden ser considerados en nuestro tiempo fuera de las situaciones sociales a las que debe hacerse frente. El principio de la individualidad, que obliga a desenvolverlas posibilidades de cada uno ya orientar sobre esa base la personalidad, es esencial en la educación por más dificultosa que su aplicación aparezca en cada caso. Pero, al mismo tiempo, el quehacer educacional no puede prescindir del principio de colectividad, sociedad o, como ahora tiende a decirse, comunidad.

La formación del individuo se realiza con referencia ineludible a lo social y lo cultural. Lo social es inseparable de lo individual, aunque muchos no lo perciban. Constituyen una estructura dual, en cuanto el individuo se forma a través de múltiples experiencias interpersonales y en numerosas integraciones [**][…]

Nuestra época tan difícil, nuestra época de crisis, requiere una vigorosa educación social no sólo escolar sino también extraescolar y postescolar, que no signifique la negación del individuo sino la formación de un hombre cada vez más ligado a instancias sobre individuales pero, a la vez, bien afirmado como yo responsable. Con mucho agrado he escuchado al señor representante de la Organización Internacional del Trabajo hablar de la personalidad de cada trabajador y no de los trabajadores en abstracto. Este hombre que la educación moderna debe propugnar ha de estar lejos del individuo anárquico o de puntos de vista segmentados o tubulares, tanto como del hombre-masa, es decir, lejos del aislamiento y lejos del gregarismo. Los dirigentes o *leaders* deben educarse para vivir en la solidaridad, en la coexistencia, en la articulación, para poder cumplir su

---

[*] Discurso en la inauguración del Symposium sobre- Filosofía de la Gerencia y de las Relaciones Humanas en, la Industria, en 1958.

[**] Este tema lo ha desarrollado el autor al explicar el sentido de la historia y del Derecho, en el libro *Los fundamentos de la historia, del Derecho,* Lima, 1956, pp. 8 a 10 Y 77 a 80

misión con eficacia auténtica, sin que por ello deban descuidar el interés propio bien entendido, o, como se dice en ingles, *self-enlightened interest.* La masa debe educarse para rebajar su apariencia cuantitativa y aumentar su valor cualitativo, sobre todo en un país democrático donde tiene que convertirse en comunidad sana, orgánica y consciente para el cumplimiento de sus deberes, de sus responsabilidades, de sus derechos y de sus legítimas aspiraciones, so pena de caer periódicamente en la epilepsia o en la parálisis.

Se ha hablado en estos días del técnico y del político. Ante este symposium de técnicos y no de políticos declaro que, en cuanto a mí se refiere, no niego que estoy ejerciendo transitoriamente una función política que es, a la vez, administrativa y técnica; y declaro que anhelo cumplir dicha tarea limpiamente con un sentido objetivo, por encima de cualquier menudo interés propio o ajeno, de cualquier personal o menuda apetencia, acercándome, en la medida de lo que mis fuerzas lo permitan, al trabajo constante, a la información efectiva, a la objetividad en el criterio, a la búsqueda de las soluciones mejores dentro de lo posible. Vengo del aula, de la biblioteca y de la sala de trabajo; y a ellas volveré. No soy hombre de partido y no me gusta nada la política como voluptuosidad, como prepotencia, como truco, como negocio y como enjuague. Porque creo en la democracia y en los valores de la cultura y de la educación y porque amo al Perú y quisiera tener de este país un sentido constructivo, humano y social, acepté, abandonando tareas urgentes, el ejercicio transitorio -lo repito- de una abrumadora función que es, también vuelvo a decido, política, administrativa y técnica. En ella, dada la significación que la educación nacional ostenta para el futuro del país, quisiera acercarme, en lo posible (y esto lo digo sin miedo, sin arrogancia y sin adulación) a planteamientos que quisiera técnicos y si bien no pretendo personalmente ese título, ellos tratan de ser peruanos, educativos y sociales. En cuanto a los asuntos personales, anhelo buscar para ellos un nivel de decencia, de acuerdo con la .ley, los reglamentos, la justicia, la equidad, la lógica, el buen sentido, el interés nacional o el de la democracia. (Morada, pp. 78-80) [1958]

5.3 La problemática de la universidad peruana

Reflexiones sobre la universidad en la segunda mitad del siglo XX [*]

NI ESTACIONARISMO NI NEGATIVISMO

Hay dos actitudes fáciles ante el problema de la "reforma universitaria". (Por el exceso de abusos cometidos con estas palabras, hablaremos aquí más bien de "mejoramiento universitario".) Una de dichas actitudes es la de encogerse de hombros, o no pensar en el asunto, o soslayar el problema. Peligrosa abstención que cree "ganar" tiempo cuando, en realidad, lo pierde, pues incuba los estallidos del futuro. "No nos creemos complicaciones", dicen los que tratan de justificadas, cuando las complicaciones están allí, ya creadas, aunque acaso en espera de un propicio momento para salir a la superficie. Abordadas en el momento en que uno escoja, no en el que ellas se agudicen y arremolinen, es gesto prudente y sabio.

La otra es la actitud igualmente extrema que no procura un profundo y auténtico mejoramiento de la institución universitaria, dentro de un sentido orgánico, sino el derrumbe o destrucción de ella.

LOS DOS VACÍOS EN LA UNIVERSIDAD DE NUESTRO TIEMPO

Frente al estacionarismo y al negativismo, cabe formular precisamente la tesis del mejoramiento orgánico. Susténtase ella sobre dos conceptos básicos:

[*] Publicado en el libro *La Universidad en el siglo XX,* que editó la Facultad de Educación de la Universidad de San Marcos en 1951

a) La universidad de nuestro tiempo no tiene una relación suficiente con las transformaciones sociales de este período histórico

b) La universidad de nuestro tiempo se preocupa de las inteligencias especializadas, sobre todo en el campo profesional y no del hombre, y consiste tan sólo en un conglomerado de Facultades

Las consecuencias de ambos vacíos son fundamentales desde el punto de vista de la colectividad, llámese ésta país, pueblo, sociedad o Estado

LA FECUNDA TRADICIÓN DE LA UNIVERSIDAD

El examen de la institución universitaria en función del presente y del futuro no implica que se reniegue del pasado. La universidad en todo el mundo occidental es la portadora de una hermosa, saludable y fecunda tradición. En nombre de ella, precisamente, hay que mirar con coraje y optimismo el porvenir. El humanismo cristiano erige la universidad medieval en toda Europa y pasa a los continentes a donde la cultura occidental se extiende. La unidad y la libertad de la enseñanza y de la investigación surgen sobre esos valores, en los siglos XVIII y XIX. La orientación técnica aparece en muchos países de América Latina en los años posteriores a 1870 y la orientación pedagógica en los últimos decenios. En lo fundamental, ninguno de esos aportes debe ser destruido. Con los elementos esenciales de tan glorioso pasado - humanismo cristiano, libertad de pensar, tecnificación, profesionalización pedagógica- cabe poner a la universidad al servicio de las necesidades de nuestro tiempo y del que vendrá después.

CREAR CONCIENCIA

El mejoramiento universitario puede ser urgente; pero acaso pueda no ser posible. Hay el aspecto humano del asunto. Cualquier debate, cualquiera opinión, cualquier plan, necesitará un ambiente propicio. No sólo en el sentido de que debe existir un clima adecuado, una comprensión mínima desde el-punto de vista del momento, sino en lo que respecta a la conciencia ya la voluntad de los profesores y de los dirigentes de la universidad así como de los estudiantes, de los graduados y de la opinión pública.

Como en estos precisos momentos en el Perú no se vive de uno de los tantos períodos de "reforma universitaria", ni de "reforma de la reforma", como hay calma en este sector, el presente ensayo no intenta sino algo mínimo: presentar una contribución para que la mediten con reposo quienes aman de veras a la universidad, para que en ellos se cree o se ahonde la "conciencia" acerca de ese mejoramiento. Es un ensayo para crear conciencia y no para hacer política. Acaso el homenaje más digno a hombres como fray Tomás de San Martín, José Baquíjano y Carrillo, Toribio Rodríguez de Mendoza sea el homenaje de mirar hacia adelante con una visión creadora y constructiva. Tal es lo que modestamente se pretende aquí. No importa si esa inquietud en a dirección de un mañana mejor se aparte de los pensamientos aquí esbozados.

EL MUNDO DE HOY

El mundo contemporáneo, escenario y materia prima de nuestro tiempo, ha provenido de un desarrollo que presenta varios planos simultáneos:

a) *El aspecto técnico.* Las ciencias naturales y tecnológicas, la Medicina y la Higiene han transformado la vida de la humanidad. No podríamos vivir hoy sin los elementos, aparatos o utensilios creados por la técnica. Cabe preguntar, más bien, dado el poder que la técnica ha colocado en manos del hombre, si la civilización va a continuar existiendo con ella.

Múltiples circunstancias han dado lugar a que, desde este punto de vista, exista desnivel entre los distintos Estados del mundo. ¿Cuál debe ser la acción de los Estados menos desarrollados? Para responder a este interrogante han surgido los llamados programas de ayuda técnica, de los servicios cooperativos, o del "punto cuarto"

b) *El aspecto político-social.* El siglo XIX vio el desarrollo y la propagación de las ideas democráticas. Cualesquiera que fuesen las fallas o los errores de quienes dijeron representadas, hay un hecho fundamental: la participación del ciudadano en los asuntos de interés colectivo, en nombre del derecho de los hombres al bienestar que según Toynbee es la afirmación capital de la historia contemporánea. Preciso es unir *ese* concepto al de la defensa social, frente a los peligros internos o externos que la colectividad pudiera rodear. Hay que tomar en cuenta, al mismo tiempo, en ciertos países, el proceso incontenible de surgimiento y desarrollo de las clases medias y populares que se refleja en la creciente industrialización, en el desarrollo urbano y en otros síntomas, generadores, a su vez, del aumento de escuelas y colegios, del aumento de matrículas universitarias y de la tendencia a la proletarización de las masas estudiantiles.

LA UNIVERSIDAD Y SU MISIÓN DE, SERVIR

La universidad, desde el punto de vista *educativo,* constituye un centro dedicado a los siguientes fines:

a) La conservación y transmisión de la cultura; b) la preparación profesional; c) la formación de una conciencia social de quienes a ella acuden; d) el fomento de la investigación

Tiene, pues, la universidad una misión de servicio. Servicio de los hombres, servicio del país, servicio de la ciencia. No es lo contrario: el Estado o la colectividad al servicio de la universidad. Debe ella enseñar y estudiar la verdad y debe investigar la verdad. Las tres palabras mis importantes en una formulación de su tarea serían, así: hombre, enseñanza, investigación.

Cuando se dice "servir", a propósito de la universidad, no se entiende exclusivamente "servir a los estudiantes". Directa o indirectamente, alude dicho concepto a la colectividad toda. Hay que mirar a la universidad tan sólo como una parte de esa colectividad puesta al servicio de ella.

Tampoco hay que entender la idea de servicio en una forma superficial o pragmática. Vincúlase con la idea de ciencia, o sea de búsqueda o de exposición metódica minuciosa, crítica y objetiva de la verdad. Universidad contemporánea quiere decir servicio de la colectividad mediante el estudio y la divulgación de la ciencia.

EL CONTACTO ENTRE EL ESTUDIANTE Y LA UNIVERSIDAD

Cuando un joven (o una joven, ya que el número de mujeres está aumentando en forma impresionante en las aulas cada año) decide dedicar cuatro, o cinco, o siete, o nueve años a la vida universitaria, ¿qué se propone? Se propone, por lo general, alguna de estas tres cosas olas tres en proporción variable: adquirir cierto número de conocimientos que le permitan luego obtener un grado y un título y una renta adecuada, trabajando gracias a ellos; encontrar medios y ocasiones para desarrollar sus aptitudes y capacidad latentes; prepararse para desempeñar su propio papel de acuerdo con su valer, como miembro de la colectividad o como ciudadano.

Surge de allí un contrato (tácito porque no hay, por lo general, quien se

encargue de hablar a su debido tiempo acerca de estas cosas). El estudiante adquiere el derecho de que se le den los conocimientos, los medios (y las ocasiones, en razonable cantidad para el cumplimiento de dichos objetivos. La universidad, por su parte, si bien con tal motivo reconoce perentorios deberes, por otra parte se ve premunida de ciertos derechos. Por ejemplo, adquiere el derecho de exigir del estudiante una cuota de trabajo y una cooperación voluntaria pero sistemática dentro de la vida institucional. Ello implica, de un lado, profesores capaces, bibliotecas y laboratorios bien provistos, aulas cómodas, residencias. De otro lado, quiere decir, estudios, prácticas, pruebas de aptitud y conocimientos, vale decir, selección y autenticidad académicas.

OBJETIVOS UNIVERSITARIOS TRADICIONALES Y OBJETIVOS DENTRO DEL MUNDO DE HOY

Todo esto forma parte de lo que tradicionalmente se ha escrito acerca de los fines y de los postulados de la universidad. ¿En qué forma dichos fines y postulados de carácter individual se transforman y presentan una fase colectiva, de acuerdo con las características de nuestro tiempo señaladas ya en la primera parte de este ensayo? He aquí algunas sugerencias al respecto:

a) En relación con la formación de "hombres" (término que, por cierto, incluye también a varones y mujeres) y no sólo de especialistas, cabe revalorizar, mantener, transformar y reorientar las Facultades dedicadas a las llamadas "ciencias del espíritu". Habría que considerar, por ejemplo, los fundamentos del nuevo humanismo, del humanismo, para la segunda mitad del siglo XX y planificar con cuidado de acuerdo con él la enseñanza de la filosofía, de la literatura, de la historia, de las ciencias políticas y sociales (los nuevos *studium generale).*

b) Importa al mismo tiempo entender el papel de las facultades de ciencias biológicas, físicas y naturales y de ciencias médicas frente a los progresos contemporáneos y frente a la peculiar situación de los países llamados "no desarrollados" o "atrasados". Se habla mucho, por ejemplo, en estos días de los programas de ayuda técnica, de servicios cooperativos, o del «punto cuarto". Pero no se habla nada o casi nada de la posición de las universidades frente a esos programas.

c) La verdadera universidad requiere una atmósfera severa de trabajo y de estudio, empezando por sus pruebas de ingreso y acabando en sus grados doctorales y en los cursos para profesionales y graduados y de extensión cultural (sin perjuicio de que existan, aliado de ese plano, actividades deportivas, intelectuales o de sociabilidad que lo compensen con creces). A la vez necesita estar vital izada en nuestro tiempo por un vigoroso aliento democrático, en el sentido de que a las aulas puedan llegar y de que en ellas tengan oportunidad y facilidades para seguir adelante, orientándose en el sentido que su vocación indique, jóvenes capaces de todas las clases sociales y de todas las regiones geográficas; pero bajo la condición de que quieran, sepan y puedan trabajar.

ESCOGER Y AYUDAR A MINORÍAS

Los casos más corrientes, más numerosos y más fáciles de jóvenes que pueblan los claustros universitarios son los de quienes van en pos de un título o de un grado, para luego buscar la riqueza o, por lo menos, la tranquilidad económica mediante el trabajo profesional. Simultáneamente, casi en forma insensible, la universidad puede realizar sobre ellos la función de conservar y de transmitir la cultura y la función formativa de su conciencia social. (Esto último, en parte, ya que al respecto ejerce una influencia determinante el medio dentro del que viven esos jóvenes.)

Pero hay además, aliado de esa gran corriente de las promociones que aparecen, avanzan y salen, el grupo muy selecto de los investigadores, de los nuevos hombres de ciencia, de los futuros maestros en la misma universidad. Preciso es seleccionarlos, descubrirlos, alentarlos, ayudarlos, protegerlos, utilizarlos. Una universidad que no investiga o investiga poco (y para investigar se necesita la cooperación constante y siempre renovada de estudiantes maduros y preparados) evade una función esencial.

Cada año preciso es que se haga el recuento de lo que contribuyó la universidad, sea en el campo humanista, sea en el pedagógico, sea en el de las ciencias puras, o en el de las ciencias aplicadas, o en el de las ciencias económicas, o en el de las ciencias médicas, o en el de las ciencias jurídicas, políticas y sociales. ¿Qué hizo la universidad en cada una de esas áreas del saber y de la cultura? No los individuos por acción aislada, o heroica, o feliz, sino la universidad como asociación de profesores y de alumnos en cumplimento de un programa institucional.

LA UNIVERSIDAD NO ES SÓLO UNA ENTIDAD EDUCATIVA

Pero la universidad no es únicamente una entidad *educativa.* Es al mismo tiempo, una entidad *económica,* ya que como persona jurídica rige un patrimonio necesariamente cuantioso. Y existe en ella una esencia social, por constituir una comunidad formada por profesores, estudiantes y graduados. Por último, desde el punto de vista *nacional,* aparece como el lugar por excelencia para el estudio objetivo, sereno, desinteresado de los problemas del país y de la época presente, colaborando así en el progreso común; para el fomento de servicios tanto de orden desinteresado como práctico de extensión y asistencia y para el examen de aspectos fundamentales de interés público (sobre todo en países como los hispanoamericanos, donde hay tantas necesidades incumplidas y donde tantos beneficios debe la colectividad recibir de la cultura y de la ciencia)

ASPECTOS ECONÓMICOS DE LA INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

Prescindiendo, por ahora, de los aspectos académicos de la vida universitaria, se constata que, si son ciertas las afirmaciones anteriores, suscitan ellas numerosos y graves interrogantes. ¿Cómo administra la universidad el patrimonio a ella confiado? ¿Lo despilfarra, lo malgasta, lo dedica en cantidad excesiva a frívola publicidad o lo invierte en forma que racionalmente aparece aceptable? ¿Qué hace para incrementarlo con aportes no sólo del Estado, sino de los particulares? ¿Cómo regula la serie de sus necesidades urgentes, imprescindibles o complementarias, en relación con las rentas disponibles en un determinado año? ¿Qué providencias han sido adoptadas por el Estado para crear un mecanismo de supervigilancia, de frenos o de sanciones en relación con la inversión de esas rentas? He aquí unas cuantas cuestiones básicas que surgen frente al enunciado de que hay un complejo *aspecto económico* de creciente volumen en la institución universitaria.

VIDA SOCIAL UNIVERSITARIA

Análogo planteamiento es sugerido por la alusión al *aspecto* social desde el punto de vista interno de la institución universitaria. ¿Cuáles son las relaciones entre profesores, estudiantes y graduados? ¿Hay acogida cordial, orientadora, estimulante a los jóvenes recién ingresados en ese maravilloso capítulo de la vida humana que se abre cuando ponen por vez primera su firma en la matrícula de una Facultad? ¿Existe un régimen normal, es decir, serio, de estudios durante el año académico? ¿Tiene eficiencia debidamente cautelada la enseñanza, contratándose en el extranjero a especialistas en disciplinas, ramas o secciones en donde el país

no cuenta con personal debidamente preparado? ¿Funciona un régimen de becas, bolsas de viaje, ayuda a publicaciones y otras formas de asistencia a los jóvenes pobres y acreedores a ellas? ¿Están vinculados los graduados con su alma *máter* a través de instituciones, fiestas, romerías, desfiles, banquetes, ceremonias, donativos u otras actividades; y a través de la participación en patronatos, comités o sociedades directa o indirectamente relacionados con el gobierno de la universidad? ¿Están debidamente atendidas las residencias, los comedores, los hospitales, los campos de juegos, los clubes estudiantiles? ¿Hallan los jóvenes ocasión, mientras son estudiantes, de desarrollar su talento, su vocación o su sociabilidad en actividades deportivas, culturales, artísticas o puramente de recreo? ¿Salen los graduados de la universidad espiritualmente sanos, optimistas, bien equipados?

LA UNIVERSIDAD Y EL PAÍS

Aún más importante es la serie de preguntas que desde un *punto de vista nacional* puede hacer el Estado a través de sus más altos personeros tanto en el poder Ejecutivo como en el Legislativo y también la opinión pública, la ciudadanía entera. ¿Qué dividendo anual de servicio, de utilidad, de progreso, le da la universidad al país, en relación con ese dinero invertido en ella; y en relación con el trabajo y el tiempo de quienes allí laboran? ¿Qué problemas nacionales estudia o ha estudiado, ayuda o ha ayudado a resolver? ¿En qué sentido colabora o ha colaborado con el quehacer de quienes viven hoyo van a vivir mañana, aunque sea desde el punto de vista de ayudarles a tener conciencia acerca de tales o cuales cuestiones vitales?

LA UNIVERSIDAD Y EL ESTADO

Hay en muchos ambientes universitarios una innegable desconfianza frente al Estado. No faltan quienes creen que es preciso una separación absoluta entre éste y la universidad, para defenderla de la política, es decir, de la violencia y de la inestabilidad de los partidos. La idea decimonónica se mantiene lozana en muchas mentes que ya no aceptan los postulados *dellaissez faire, laissez passer* económico, o la rigidez del liberalismo en el campo del Derecho Constitucional.

Mucho es preciso meditar acerca de este problema. Interesa decir y volver a decir que a un Estado de derecho le conviene la investigación y la enseñanza libres de la verdad, y que le conviene, por lo tanto, que haya un lugar donde ellas sean posibles. Un Estado que no sea o que no tienda a ser de derecho no respetará las esencias de la institución universitaria; pero, precisamente entonces, cualquier norma o regla o ley será inútil. Por lo tanto, la verdadera protección de la universidad no estará en fijar barreras de papel sino en lograr para su vida una eficiencia, una estabilidad, una autenticidad tan sólidas que esas interferencias no hallen pretexto válido.

En nuestro tiempo la separación completa entre universidad y Estado, tal como pudieron soñarla hombres de otras generaciones, no es posible. Primeramente porque más y más los costos de enseñar, aprender e investigar se van haciendo más altos. Ya no está la universidad pendiente del brillo oratorio de talo cual profesor, o de la asiduidad respetuosa de tales o cuales discípulos. Ahora los factores que determinan la calidad de la universidad son el número, la selección y la organización de su personal docente y discente, el material y las facilidades de sus bibliotecas, laboratorios, museos y otras entidades similares. Todo eso quiere decir mucho dinero, crecientes cantidades de dinero, cuya fuente, en su mayor porcentaje, en países pobres, es el Estado salvo las universidades católicas. Por otra parte, de una manera u otra, los profesores en sus distintas jerarquías más y más tienden a quedar asimilados a los funcionarios públicos para los efectos de sus goces y para otros efectos. Ocurre, por todo ello, que a veces las leyes postulan una autonomía absoluta y que la realidad presenta, de un modo u otro, una

tendencia de la universidad a amoldarse a los vientos que imperan en el Estado, produciéndose una penetración clandestina y vergonzante de éste en algunos asuntos, cuando preferible sería que con valentía, decisión y limpieza asumiera el importantísimo papel que le corresponde en relación con la universidad contemporánea.

SERVICIOS DE LAS UNIVERSIDADES INGLESAS y NORTEAMERICANAS AL ESTADO

Más y más los Estados en todo el mundo se están interesando en las universidades, sea pidiendo que parte de sus investigaciones las orienten en un sentido dado, sea requiriéndolas para que preparen personal en determinadas especialidades, sin perjuicio, por cierto, de las especialidades tradicionales. A este respecto, cabe citar dos buenos ejemplos: uno es el de la creciente relación entre las universidades inglesas y las necesidades del servicio civil de ese país, cada vez más vasto y circunscrito en sus atribuciones según los tipos o ramos de los funcionarios. Otro ejemplo es el de la valiosísima ayuda que las universidades norteamericanas están prestando indirectamente al gobierno de Estados Unidos en relación con sus compromisos y obligaciones en todo el mundo que requieren un personal civil y militar, científico y administrativo conocedor de las distintas zonas o "áreas" en las que se divide el mundo. Existen varios libros y folletos dando cuenta de tal cooperación que se iniciara durante la segunda guerra mundial y ahora adquiere renovada urgencia; bastará aquí citar un informe publicado en junio de 1951 por un hombre bien conocido en el Perú, Wendell C. Bennett, titulado *Area Studies* in *American Universities,* presentando los cursos, grados e investigaciones que se siguen, dentro de las más variadas disciplinas en distintas universidades de dicho país, para las siguientes áreas: Rusia, el Lejano Oriente, Sudeste de Asia, Asia del Sur, Cercano Oriente, Europa, África y América Latina. No se trata de imitar esos trabajos, sino de evidenciar la utilidad pública que ciertos estudios universitarios de concepción no tradicional pueden tener.

PROFESORES, ALUMNOS, ESTADO Y SOCIEDAD

En pos de una fórmula sagaz para solucionar el problema de las relaciones entre Estado y universidad, he aquí algunos planteamientos básicos:

a) Como el Estado suministra la totalidad o mayor parte de las rentas universitarias, cuya cuantía es creciente, le corresponde dedicar alguna atención a la inversión de ellas, a través de los organismos respectivos.

b) Como la condición de los profesores es similar, en cierto sentido, a la de los empleados públicos y como puede haber ciertas especializaciones o investigaciones universitarias que interesen, desde un punto de vista nacional, al Estado, en cuanto se halla integrado éste por entidades de. carácter técnico, sería conveniente que a través de ellas colaborase en alguna forma en la marcha de la universidad. Dicha colaboración, convenientemente sistematizada, evitaría además peligros desde el punto de vista de los profesores en sus relaciones mutuas, de los posibles disturbios en los claustros y de las amenazas de dictadura estudiantil.

Las ideas aquí resumidas necesitan ser aclaradas dentro de las siguientes afirmaciones:

a) Deben quedar por completo en manos de órganos estrictamente universitarios la preparación anual del presupuesto y las oficinas destinadas a hacerlo efectivo. De desear sería que dicho presupuesto quedara dividido, como ocurre en muchas universidades contemporáneas, en dos: presupuesto de operaciones y presupuesto de investigaciones. Para ambos el Estado entregaría cada año una suma global, libre, en lo que fuese

posible, de la variabilidad inherente a la sujeción periódica a voto parlamentario. De lo que se trata aquí es, simplemente, de que ciertas oficias del Estado, como la Contraloría General anexa al Ministerio de Hacienda, ejerzan una alta supervigilancia sobre la efectividad en la oportuna, adecuada y pública formulación de dichos presupuestos y en relación con su cumplimiento.

b) No deben salir de la competencia de los órganos formados por profesores, alumnos y graduados dentro, de variantes que sería necesario precisar en cada uno de esos órganos, los asuntos pedagógicos, académicos o relacionados con la vida social interna. Para crear en ellos, de acuerdo con la creciente complejidad de los claustros, el equilibrio de poderes diversos, parece conveniente tomar en cuenta en algunos casos a los graduados, de preferencia a través de las asociaciones profesionales.

c) Sería ventajosa la separación de funciones entre el cuerpo o cuerpos de carácter pedagógico o académico y el que se ocupa de los asuntos administrativos y de la universidad como institución nacional, en función del país. Dicha separación está producida de hecho en las universidades norteamericanas a través de la coexistencia del *board of trustees* y de las *faculties.* En el reciente proyecto para las universidades de Alemania Occidental (1948) se establecen el Senado y la Facultad como órganos académicos y el Consejo Universitario como centro de enlace entre la universidad y la colectividad, este último con personeros de la universidad misma, del Estado y de los estamentos o grupos vinculados a ella o en ella interesados. De este amplio Consejo Universitario se hace desprender un comité ejecutivo.

d) No conviene el monopolio del Estado en la universidad; pero en los años que vienen va a ser imposible conservar su absoluta prescindencia oficial. La solución se halla acaso en una autonomía limitada y protegida desde un punto de vista funcional y orgánico, dando participación, en las cosas donde su opinión y su ayuda pueden ser útiles, a personeros técnicos del Estado, aliado de personeros de las profesiones y aun de actividades económicas.

Como ha escrito Fernando Murillo Rubiera a propósito del libro de Pedro Laín Entralgo sobre la universidad, la determinación de en qué manera y hasta dónde el Estado ha de intervenir en la institución universitaria está vinculada con la proporción en que la sociedad se encuentra interesada por la suerte de sus universidades y se sienta responsable de la vida próspera o adversa que a ellas y a los que con ellas tienen que ver les quepa. La universidad es una creación social, no del Estado, y originariamente existió una maravillosa simbiosis entre la sociedad y la universidad. Son cuatro los cuerpos o estamentos que deben colaborar, pues, en el cumplimiento de la misión de la universidad: el cuerpo docente o profesional, el cuerpo discente o escolar, el cuerpo circunviviente, esto *es,* la *so*ciedad; y el cuerpo regente, o el estado. (Morada, pp. 162-176) [1951]

La universidad moderna y la investigación científica [*]

Necesitamos reafirmar, una vez más, la misión de servicio que compete a las universidades de nuestro tiempo. Servicio del hombre y, por lo tanto, ahondamiento en el estudio de los materiales que el hombre emplea, servicio del propio país y su medio ambiente geográfico y social, servicio de la ciencia. No es lo contrario: el Estado o la colectividad al servicio de las universidades. Los cuatro conceptos más importantes en una formulación de su tarea serían: hombre, elementos que son útiles al hombre, enseñanza, investigación.

[*] Discurso en la ceremonia de la colocación de la primera piedra del local de la Facultad de Medicina Veterinaria de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 1957.

El joven que decide dedicar cuatro o siete o nueve años a la vida universitaria se propone, por lo general, adquirir un número de conocimientos que le permitan luego obtener un grado o un título, encontrar medios y ocasiones para desarrollar su capacidad y sus aptitudes, prepararse para desempeñar su propio papel en la vida de acuerdo con su valer, como profesional, como miembro de la institución universitaria y de la colectividad y como ciudadano.

Adquiere así ese joven el derecho a que se le den los conocimientos, los medios y las ocasiones para el razonable cumplimiento de dichos objetivos. La universidad, por su parte, con tal motivo, reconoce o debe reconocer deberes y, a la vez, se ve premunida de ciertos derechos. Adquiere, por ejemplo, el derecho de exigir del estudiante una cuota de trabajo y de pedirle una cooperación voluntaria pero sistemática dentro de la vida institucional. Ello implica, de un lado, profesores capaces (si es posible y sobre todo en ciertas facultades, de tiempo completo), bibliotecas, museos y laboratorios bien provistos; aulas decorosas; residencias; y, cuando la naturaleza de los estudios lo requiera, campos o centros de experimentación. De otro lado, ello quiere decir estudios, prácticas, pruebas de aptitud y de conocimientos, vale decir, autenticidad y eficiencia académicas Conservar y transmitir la cultura, tener una función formativa de la conciencia nacional y social de quienes a ella están ligados: he aquí dos fines egregios de la universidad. Pero aliado de ellos, aunque sea en relación con sus elementos más calificados, tiene que funcionar otro: el de investigar. Una universidad que no investiga o investiga poco (y para investigar se necesita la cooperación constante y siempre renovada de unos catedráticos idóneos y de unos estudiantes capaces Y preparados) evade una función esencial. Cada año podría hacerse el recuento de lo que contribuye la universidad en el campo de las distintas ciencias. No los individuos por acción aislada, heroica o feliz sino la universidad como conjunto de profesores y alumnos en cumplimiento de un programa institucional.

En lo que atañe al área que le es propia, la universidad de nuestro tiempo tiene que desbordar los límites impuestos por sus Facultades tradicionales. Las ciencias naturales y tecnológicas han transformado, directa o indirectamente, la vida de la humanidad. Todo lo que constituya materia científica, o sea todo lo que sea susceptible de la búsqueda o de la exposición metódica, minuciosa, crítica y objetiva de la verdad, puede entrar dentro del ámbito de la universidad contemporánea. Con mayor ahínco o deberá ella reclamar esa función tratándose de los conocimientos y de las habilidades que puedan redundar en aumento del índice de producción nacional, desarrollo de riquezas potenciales, lucha contra los factores que colaboran para que existan y se mantengan como tales los países subdesarrollados. (Morada, pp. 177-179) [1957]

CAPÍTULO V

LOS RESULTADOS DE LA EXPERIENCIA HISTÓRICA

1. LA REALIDAD EDUCATIVA

1.1 Para acercar el "país oficial" al "país real" *El inventario de la realidad educativa*

El decreto supremo Nº 26 de 2 de agosto de 1956 dispuso llevar a cabo un *Inventario de la Realidad Educativa,* que permita obtener datos minuciosos para un cuadro general del sistema nacional en este ramo, tal como funciona en la actualidad, es decir, con sus avances y deficiencias, a fin de que sirva de base para la formulación de un *Plan Educacional del Perú*

De lo que se trataba era, en verdad, de buscar el acercamiento sistemático y objetivo del "país legal" al "país profundo", del "país oficial" al "país real". [...]

La vasta tarea de registrar personas, cosas, métodos, conceptos, valores y relaciones presentaba como mayor dificultad la premura del tiempo señalado por el Decreto Supremo que ordena el Inventario, lo cual tenía el propósito preconcebido de movilizar, lo más activamente posible, al personal que iba á tomar parte en el trabajo; otra dificultad estuvo en la insuficiencia de funcionarios especializados para la recolección y tabulación de datos. Había, pues, que adaptar el trabajo a estas circunstancias, que hacían más laboriosa la tarea, de suyo compleja y de gran envergadura, de ir a la realización de un *Inventario Nacional,* sin partir de subdivisiones menores de carácter local o regional o por asuntos especializados.

La Comisión Coordinadora, en sus múltiples sesiones, cuyas actas figuran en los archivos correspondientes, preparó y depuró minuciosamente catorce formularios destinados a la recolección de datos en las áreas señaladas por el decreto, que fueron adicionadas de acuerdo con las necesidades y posibilidades prácticas. El ordenamiento de éstas quedó como sigue:

1. El Educando y la Población Escolar
2. El Educador
3. La Labor Escolar
4. Los Planes y Programas de Estudios
5. Las Actividades Escolares
6. El Material Escolar
7. Los Locales Escolares
8. La Supervisión Escolar
9. La Colaboración de la Escuela y la Sociedad
10. La Financiación de la Educación

RECOLECCIÓN Y ORDENAMIENTO DE DATOS

La siguiente etapa del Inventario, consistente en la recolección de datos, puso en movimiento a varios millares de maestros en todo el territorio de la república. Como era imposible traerlos a Lima para explicarles el método de trabajo, se

decidió instruir a los inspectores de educación primaria para que cada uno de ellos, en su circunscripción, hiciera concentraciones de directores de escuelas, quienes, a su vez, debían familiarizar a los maestros de sus planteles con los formularios, métodos y técnicas de recolección. De esta manera, y a pesar de la fuerte centralización administrativa que rige el sistema educativo, la Comisión Coordinadora pudo llegar a los docentes de los más apartados rincones del país en un tiempo no mayor de 50 días. A los planteles de educación secundaria común y técnica, cuyo número asciende a 117 de ambos tipos, fue fácil llegar personalmente a través de giras y mediante el contacto que tienen con sus respectivas Direcciones. [...]

El envío de los 304,255 formularios que fueron empleados se vio dificultado por las demoras e irregularidades del servicio de correos, de manera que solamente pudo ser posible iniciar la recolección de datos en los primeros días del mes de noviembre, después de tres meses de iniciadas las labores.

Hacia mediados de enero de 1957, ya habían llegado al Ministerio los datos de la mayoría de las regiones del país, incluyendo aun las más apartadas, habiéndose acusado una recepción de 100% de los planteles de educación secundaria, técnica y normal; menor aunque siempre alto porcentaje correspondió a las Inspecciones de educación primaria. [...]

Los datos recopilados son muy numerosos, a punto tal, que el Inventario que se pensaba publicar en un volumen, deberá editarse en los tomos y suplementos que sean necesarios. La labor de tabulación ha debido realizarse penosamente, por no contarse con los elementos humanos suficientes ni con los medios mecánicos adecuados. [...]

DATOS ¿PARA QUÉ?

Mediante el Inventario, cada escuela o colegio del país se ha puesto en evidencia, mostrando todo lo que tiene, la forma en que funciona, las deficiencias de que adolece. Por esto, puede presentarse un cuadro general de los *Recursos* de la Educación Peruana.

El Ministerio de Educación Pública del Perú puede afirmar enfáticamente, sin faltar a la verdad, que este Inventario se ha llevado a cabo en el menor tiempo posible y con ínfimo costo y con apego a la verdad objetiva, pese a los grandes obstáculos vencidos, gracias a las ejemplares cualidades cívicas y profesionales de gran número de educadores y funcionarios, si se tiene en cuenta que en otros países obras análogas a ésta se han cumplido en no menos de dos años e invirtiendo grandes sumas de dinero.

La presente obra no está destinada solamente al servicio de la profesión docente y de los especialistas. Debe llegar a la opinión pública para informada y orientada acerca de la situación verdadera y las necesidades de la educación nacional. Para ello, necesita ser muy explícita, libre de tecnicismo innecesario y abundante en aclaraciones sobre la estadística relacionada con nuestro fenómeno educativo.

El ordenamiento de los datos para la presentación se ha hecho por orden de materias, que corresponde a las generalidades comunes a todo el sistema, ya los diversos grados o tipos de educación. Se publicarán en la siguiente forma:

I Introducción

II Organización del Sistema Escolar

III Estadísticas Generales

IV Financiación de la Educación

V Educación Primaria (Urbana y Rural)

VI Educación Secundaria

VII Educación Técnica

VIII Educación Normal y Especial

IX Educación Física

X Educación Artística

XI Resultados Generales

El material presentado en esta forma abarca el Perú entero y todos los elementos de su sistema educativo; pero puede ser rectificado y ampliado. Muchos de esos datos han servido o están sirviendo, en cuanto revelan tendencias definitivas o inobjetables, para orientar las reformas puestas en marcha. Otros o los mismos han de ser meros puntos de partida para nuevos trabajos. Por lo demás, las posibilidades para la documentación y la investigación acerca de la educación nacional son muy amplias; y especialmente debe otorgarse atención cuidadosa a los aspectos de carácter económico, social, pedagógico, sanitario, psicológico y moral. A pesar de que aún quedan muchos testimonios que podrán ser presentados bajo los rubros a que se refiere el párrafo anterior y en los suplementos a que haya lugar, se necesita realizar sobre el terreno nuevas comprobaciones. El Inventario debe ser, en resumen, una continua y permanente tarea e integrar en forma metódica, que evite la dispersión y la confusión, las labores correspondientes al Departamento de Investigación Educativa ya mencionado, que debe ser creado en el Ministerio de Educación y al que deben agregarse funciones de Planeamiento.

En suma, los datos que consigna este Inventario servirán.

1. Para que lleguen, como se ha dicho, a la opinión pública con el fin de que se refuerce y ahonde su conciencia acerca de la importancia nacional y de las necesidades, a veces premiosas e inaplazables, de la vida educativa
2. Para que el Ejecutivo y el Congreso tengan información precisa que, junto con los resultados de la reforma iniciada con carácter experimental, les pueda servir para el planeamiento integral de medidas educativas futuras. Se espera que el elemento de objetividad aquí aportado sirva como antídoto contra influencias negativas, privilegios odiosos, incomprensiones dañinas y ciegas rutinas.
3. Como base para los inventarias periódicos que deberán llevarse a cabo.
4. Para que se efectúen estudios diversos en las Facultades de Educación, Escuelas Normales, instituciones magisteriales y entidades especializadas, o por individuos interesados en problemas educativos.

Por lo demás, el Inventario no es, en verdad, una investigación educacional. Es un punto de partida para ella a través de una descripción y un estudio organizado del sistema educativo, que comprende una cuidadosa recolección, análisis e interpretación de datos. La investigación, llega a principios y normas a través de un riguroso proceso científico. [...]

El plan educacional

Publicado el Inventario y vividas ya las primeras experiencias de las reformas parciales, debe llegar otra etapa cuyo instrumento de trabajo esencial sea una nueva Ley Orgánica de Educación. Inventario, reforma y ley tienen como misión servir como instrumentos de trabajo coadyuvantes para el Plan.

¿Qué es un Plan Educacional? Es un tratamiento ajustado del presente para que sirva como base para el desarrollo sistemático del futuro en beneficio de las

nuevas generaciones y en beneficio del país, con un sentido realista y constructivo en cuanto a su aplicación y su eficacia, buscando en lo posible y en forma progresiva, dentro de un período determinado, que podría fijarse en cinco años, la ecuación entre lo que debe ser el Ramo de Educación y las posibilidades materiales del país. En el concepto, en la determinación y en la aplicación del Plan deben privar los siguientes criterios:

1) La franqueza para aceptar los hechos negativos, malsanos o inconvenientes en contraste con el afán de ocultar taras y defectos, tratando de mirar hacia adelante y de no encerrarse en el pasado. De ahí que no tengamos miedo en presentar en este Inventario aspectos que no nos favorecen ni nos agradan, pues nos anima el afán de que ellos mismos sirvan de base para el mejoramiento. La política educativa debe ser reflejo de las necesidades del país o no será auténtica.

2) La prelación que se debe, otorgar a lo más urgente o a lo más necesario frente a lo que, teniendo importancia, puede recibir alguna demora en el tratamiento. No es posible abordar y resolver, a la vez, todos y cada uno de los problemas existentes.

3) El carácter integral e interdependiente de la política educativa frente a los tratamientos parciales o especializados que sólo, pueden ser hechos por corto tiempo y como ensayo. Preciso es romper la concepción vertical y tubular que divide al Ministerio de Educación en compartimientos estancos, tierras extrañas y distantes entre sí, a veces rivales o con mutuos celos. La coordinación y el ensamble se imponen sobre las soluciones impulsivas, intuitivas o de momento. La educación no puede ser un proceso que simplemente "crece" o se desarrolla, sino una organización que, sin desmedro de los principios democráticos sin los cuales no puede prosperar de veras, tenga bien definidos sus objetivos bajo una dirección racionalizada.

4) La previsión técnica frente a la improvisación. El esfuerzo del país para el desarrollo de la Educación no sólo debe ser realista, escalonado, coordinado sino también largo, intenso, continuo, metódico. Ello lleva a una concepción estratégica que tenga un plazo no demasiado largo pero tampoco sujeto a las transiciones anuales.

5) El trabajo en equipo frente a los personalismos. El ejemplo dado ya en la preparación y publicación del Inventario así como en la génesis de las reformas necesita ser reiterado y ampliado en la planificación. Dentro del ramo de la Educación cada cual es parte integrante de una unidad. La actitud de todos debe ser una actitud de servicio y de colaboración. Estamos aquí frente a frente a un patrimonio que no es de nadie sino de los peruanos de hoy y del futuro. Lo que se haya hecho hasta ahora o lo que se haga en el futuro no puede llevar ningún nombre propio.

6) La continuidad frente a la inestabilidad. Publicando el Inventario, llamando, en las comisiones de reformas a elementos especializados de diverso origen, formulando una ley que sólo tome en cuenta las normas que la ciencia y la realidad postulan y, sobre todo, elaborando y poniendo en ejecución un Plan minucioso y adecuado pueden crearse "barreras" ideales contra los vaivenes de la vida política y administrativa. La opinión pública, el Congreso y el Ejecutivo deben colaborar para que problemas como éstos escapen de los caprichos personales y de los intereses de grupo, de los cambios bruscos y de las incoherencias. La continuidad no quiere decir que no puedan oportunamente, y cuando sea necesario, reconsiderarse o revisarse puntos o temas o programas de acción. Estos reajustes tendrán, sin embargo, que condicionarse a las propias necesidades dinámicas del proceso educativo, a los descubrimientos y

adelantos que se vayan sucediendo, a la cooperación mayor o menor de organismos internacionales y a la alteración de los medios personales y materiales de que se dispone. Implica, asimismo, una continuidad de maestros y funcionarios administrativos del ramo, sobre la base de la competencia profesional u oficinesca o en el campo de trabajo y también sobre la base de la responsabilidad inherente al ejercicio de la función.

De todo lo anterior resulta que deben ser evitadas, dentro de lo posible, en el futuro las grandes anomalías que, con frecuencia, han aquejado en el pasado a la educación peruana:

1) El cambio frecuente, no justificado, de personal.
2) La carencia de objetivos claramente formulados para todo el sistema educativo.
3) La carencia de programas de largo alcance, de planes de trabajo y de métodos específicos.
4) Las leyes y decretos hechos *a priori* con sentido formalista y sin contacto con la auténtica realidad.

Frente a tales circunstancias el único remedio efectivo está en la planificación que, a su vez, supone las siguientes condiciones:

1) Basarse en un conocimiento minucioso y realista de la situación y los problemas del país.
2) Ser a largo plazo con periódicos reajustes y revisiones.
3) Realizarse en forma progresiva.
4) Tener orientación clara y netamente definida.
5) Abarcar el conjunto de las ramas educacionales.
6) Realizarse en escala nacional, regional y local.
7) Contar con el apoyo de la opinión pública.

El Inventario de la Realidad Educativa trata de ayudar en lo que atañe a los importantísimos puntos 1) y 7) aquí señalados. (Morada, pp. 60-72) [1957-1958]

El valor cultural y educativo de los idiomas indígenas

El valor de los dos grandes idiomas andinos es enorme para todo el que quiera conocer las altas culturas del Perú prehispánico, así como la perdurabilidad de sus formas y de su espíritu a través de los siglos. Interesan el uno como el otro, pues al historiador, al geógrafo, al literato, al antropólogo, al etnólogo, al folclorista, al sociólogo, al religioso, al educador y aun al político y no sólo al lingüista.

En relación con la educación, la persistencia del quechua y del aimara en las zonas donde los índices de analfabetismo son más altos en nuestro país crea problemas que necesitan la más cuidadosa atención. Según cálculos hechos con relación al 30 de junio de 1957 en el Ministerio de Educación Pública, hay en el Perú entre los 7 y 16 años una población alfabeta de 1'257,253 y una población analfabeta de 943,575; y entre los 17 y más años una población alfabeta 2'310,673 y una población analfabeta de 2'401,905. Es decir la cantidad de analfabetos llega en el país a más de 3 millones y 345 mil personas.

El proceso de enseñar a leer y a escribir a los niños y adolescentes y el de impartir la educación fundamental necesita tener el complemento y el paralelo indispensables en análoga tarea que, dentro de cauces propios, debe realizarse con los adultos. El educando no es hoy sólo el niño; lo es toda la población que necesita elevar su nivel de vida. Al acercarse a esos sectores disgregados del alma nacional

se constata que, en la mayoría de los casos, su habla no es el castellano, sino, sobre todo, el quechua o el aimara. Los porcentajes más bajos del alfabetismo o sea de personas que saben leer y escribir están en Huánuco (37.80%), Puno (30.87%), Cuzco (28.43%), Huancavelica (28.26%), Ayacucho (26.70%) Y Apurímac (22.75%). El castellano debe ser el medio usual de comunicación de unos peruanos con otros peruanos; constituye, además, el instrumento que, por su vasta área léxica, nos pone en contacto con la cultura y la ciencia de nuestro tiempo, pues aun en la actual era de la velocidad, del, aeroplano, de la energía atómica y del comienzo del transporte teleguiado, no se ha difundido ni parece propagarse una lengua universal. Pero, tratándose de los sectores de nuestra población que no hablan en sus hogares o entre ellos mismos el idioma español o que lo hacen deficientemente, despreciar, ignorar o vilipendiar el que emplean no sólo sería *vano* y fútil sino política y socialmente insensato. Podría alegarse acaso que periódicos tan meritorios como *Runa Soncco,* órgano eventual de la sociedad rural *Riichary* que fundara hacia 1934 Manuel Núñez Butrón, grande e injustamente olvidado trabajador intelectual muerto en 1952; o periódicos aislados de sentido proselitista como *Nucanchic, Allpa,* órgano de la federación ecuatoriana de indios aparecidos en distintas épocas; o libros de lectura como *Yachasunchis,* 'Aprendamos', que empezó a aparecer en el Perú durante la campaña de alfabetización de 1944 y como *Yachay-huasi,* publicado en Quito por Reinaldo Murqueyto en 1945, alcanzaron, en realidad, una difusión menor de lo que sus autores y editores hubiesen querido. Pero el desarrollo de la radio y, en general, el adelanto de las llamadas ayudas audiovisuales incluyendo el cine dan al empleo del lenguaje hablado, al lenguaje en idioma aborigen, una posibilidad de aplicación que el escrito nunca podrá tener. La enseñanza en idiomas aborígenes, oral y también escrita, puede ser un instrumento de trabajo básico para ampliar los conocimientos, ayudar a elevar el nivel de vida, fortalecer la conciencia patriótica, servir como puente y camino y favorecer la progresiva participación en el quehacer común nacional de los grupos de población que han nacido y crecido dentro de dichos lenguajes. (Morada, pp. 88-90) [1958]

Alfabetización y educación de adultos

La alfabetización es, pues, sólo una forma de la educación planificada, que debe comprender a niños, adolescentes y adultos. Se puede hablar de campaña de alfabetización para atraer la atención pública hacia ella; en realidad debe corresponder a un plan. En sí la alfabetización necesita estar acompañada por la defensa de la salud y de la vida de la población que recibe sus beneficios, el aprendizaje o perfeccionamiento de técnicas de trabajo, la educación para la vida del hogar, para la vida ciudadana, para el adecuado uso del tiempo libre. Especialmente en las áreas rurales ha de crear en el campesino la aspiración a vivir en un nivel superior, compatible con su dignidad, sin desenraizarse de su propio medio; lograr el mejoramiento de la organización social típica de la comunidad, exaltando sus valores propios y la difusión del idioma castellano como vínculo de la cultura universal y complemento de la unión nacional, usando en todo lo que sea utilizable el idioma aborigen, que es un valioso venero cultural y un útil instrumento de trabajo al que no hay que despreciar o abandonar para que lo recojan los demagogos y los agitadores, inspirados desde afuera.

En conjunto la educación de adultos tiene diversas modalidades:

a) La que corresponde a la llamada educación fundamental o de base;

b) La que ya no sólo dentro del área escolar y extraescolar sino también en el mundo postescolar tiende a completar el perfeccionamiento cultural, social y técnico de quienes la reciben superando las etapas básicas de la educación fundamental;

c) La que, con carácter de extensión cultural, se da en forma asistemática; y

d) La que corresponde a los cursos de postgraduados y de profesionales, a las becas y a los viajes de perfeccionamiento o investigación de especialistas y hombres de ciencia.

¿Qué es la educación fundamental o de base? Intentando hallar una definición que recoja los conceptos emitidos en la asamblea¡.general de UNESCO, reunida en Nueva Delhi en 1956, puede decirse lo siguiente: la educación fundamental tiene por objeto ayudar a los niños, adolescentes y adultos que no han gozado de los beneficios de la enseñanza por instituciones docentes, a comprender los problemas del medio en que viven y sus derechos y obligaciones de individuos y ciudadanos, a adquirir una serie de conocimientos y habilidades que les permitan progresar en sus condiciones de vida, a participar de modo más eficaz en el desarrollo económico y social de la colectividad a la que pertenecen y a desarrollar los valores morales, religiosos y patrióticos y el sentido de solidaridad humana. La educación fundamental, en resumen, está destinada a complementar un sistema escolar deficiente en las áreas tanto urbanas como rurales, económicamente subdesarrolladas.

Por su carácter integral y complejo la educación fundamental conviene que sea desarrollada en proyectos de carácter comunal, regional o nacional a cargo de equipos especializados bajo la dirección del Ministerio de Educación; pero en constante coordinación, según los casos, con los servicios de Salud, Bienestar Social, Trabajo, Agricultura, Alimentación y Fomento. La formulación de cada proyecto buscará, en lo posible, la participación y colaboración de las personas y entidades que integran los grupos sociales con él relacionados, interesando en su realización a los dirigentes naturales de los mismos y teniendo en cuenta que cada grupo debe valerse por sus propios medios hasta donde ellos lo permitan. Quiere decir, pues, que cabe aquí la acción constructiva y aun la iniciativa de las universidades, la iglesia, los municipios, los institutos armados u otras entidades, bajo acuerdos especiales. Para la formulación de un proyecto de educación fundamental, será necesario, por otra parte investigar previamente las características, necesidades y recursos de la comunidad, región o área a la que está destinado. Entre otros medios podrán utilizarse en los programas de educación de adultos: conferencias de divulgación; cursos con extensión variable, incluyendo los que usan la radio (tal como ocurre en Colombia) o la televisión y los que puedan emplearse a través de misiones pedagógicas ambulantes; proyecciones cinematográficas o por otros medios de ayuda audiovisual; carteles murales y de otro tipo; bibliotecas rodantes; museos ambulantes; cartillas, textos, periódicos monolingües o bilingües mural es o no y otros impresos; teatro popular.

En todas estas actividades de carácter educativo resulta concretamente aplicado y extendido el concepto de la "educación de la comunidad" que, rompiendo con los moldes intelectualistas y aún tan enraizados en nuestra tradición, destaca y exalta los valores sociales y colectivos; lo cual no obsta, al mismo tiempo, para que aparezca como sujeto y como objeto de esta educación el hombre como individuo con la dignidad que le debe ser 'inherente ubicándolo dentro del marco de las relaciones interpersonales que, de modo inevitable, condicionan su existir cotidiano. La educación fundamental, por ello, si es auténtica, se dirige a la realidad de las ocupaciones individuales y, al mismo tiempo, de los intereses colectivos de cada grupo que la recibe; y necesita ajustarse al ritmo de la vida local al combatir a la ignorancia y, a la vez, tratar de prevenir o de curar la enfermedad y de buscar el modo de disminuir la pobreza.

Quienes creen, que los hay en gran número y suelen estar altamente colocados en la vida política, social y financiera, que la educación no es económicamente reproductiva, deben cambiar tal punto de vista ante este obligatorio esfuerzo de las generaciones presentes que las generaciones futuras deben continuar y acentuar, con el propósito de recobrar el tiempo y las oportunidades históricamente perdidas para las grandes masas nacionales

diseminadas en el aislamiento de las aldeas y de los villorrios y para cumplir la tarea de propagación de la educación y la cultura que esas generaciones pasadas no llevaron a cabo, utilizando las técnicas que en el pasado no hubiéranse podido emplear.

El educando es, pues, hoy, no sólo el niño y el adolescente sino también el adulto.

La educación de adultos tiene su primera etapa, como queda reiterado, en la educación fundamental. Después de esa fase primaria puede desarrollarse en formas diversas de carácter cultural o técnico y lleva también consigo interrogantes de carácter metodológico y en relación con el material didáctico, que no son iguales a los que existen en la escuela primaria, en la secundaria y en la escuela normal. El tratamiento del educando aquí es distinto del que requieren el niño, el adolescente o el joven iniciado en la educación sistemática; la preparación de los maestros exige, aunque sea por las vías del autodidactismo, nociones de antropología, sociología y otras ciencias que puedan series útiles, aparte del celo *y* del tino en la selección de las técnicas pedagógicas propiamente dichas; deben ser bien graduados y orientados para sus finalidades específicas el libro, el folleto, el volante, el cartel, el periódico, la ayuda audiovisual, los medios de comunicación tales como la radio y, mañana, la televisión. Las experiencias, positivas o negativas (porque los fracasos o los esfuerzos fallidos, inevitables en todo empeño humano de grandes proporciones y a largo plazo, son también muy valiosos) hay que recogerlas y tomarlas muy en cuenta.

Los Núcleos Escolares Campesinos, los Planes de Alfabetización en estados similares al nuestro, como México, la Campaña de Educación de Adultos en Brasil y otros países, las escuelas radiofónicas de Colombia, la obra de los Centros Regionales de Educación Fundamental en México (OEA-UNESCO) ofrecen ya interesantes sugerencias, positivas o negativas, ninguna de las cuales reemplaza lo que aporte la propia experiencia nacional.

A estimular, a ayudar y orientar .el Plan de Educación de Adultos tienden las disertaciones que auspiciara la Facultad de Educación de la Universidad de San Marcos y que hoy el Ministerio a mi cargo se honra en publicar. Así, puestas a disposición de los maestros del país y del extranjero, vienen a cumplir ampliamente la generosa misión que cada uno de los distinguidos catedráticos tuvo en mente. Como pocas veces antes sucediera, universidad *Y* gobierno se ponen, juntos, al servicio del país y del hombre peruano.

Nos iremos quienes, con carácter transitorio, fuimos llamados al sacrificio sin compensaciones de nuestra tranquilidad y de nuestra independencia; pero la educación de adultos en el Perú y su forma básica, es decir, la educación fundamental, tarde o temprano, en una forma u otra, tendrá que seguir adelante y tomar efectivo impulso. De ahí la permanente importancia que este libro ha de tener. (Morada, pp. 94-98) [1957]

La educación primaria

LA SUPERVISIÓN EN LAS ESCUELAS PRIMARIAS

Tenemos los ojos bien abiertos ante las imperfecciones del pasado y del presente y la voluntad de ir constituyendo, en la medida de nuestras falibles y humanas fuerzas, la nueva escuela peruana. Al servicio de los valores morales y espirituales. Al servicio de la colectividad. Al servicio de la patria entendida como unidad de convergentes tradiciones y sobre todo como unidad de destino. Al servicio de la democracia, sin la cual no hay verdadera obra educativa y cuyo precio de luchas y divergencias, tanteos y caídas, imperfecciones y esfuerzos para irlas superando, debemos como país estar dispuestos a pagar con el fin de evitar los males mayores de la anarquía y del despotismo.

Entendemos la educación primaria no sólo como una estación o lugar de tránsito para llegar al colegio de secundaria y la universidad. Vemos en ella el ciclo en el que se comienza por ayudar a buscar la fundamentación moral y espiritual del niño sin desmedro de la tarea que incumbe al hogar; y por impartirle los conocimientos culturales más indispensables. De esta preparación debe formar parte un sistema cíclico cuidadosamente seleccionado de materias de carácter formativo o instrumental, adaptadas a la edad escolar y al ambiente. En un momento oportuno, hay que acentuar en ellas, aliado de los aspectos humanísticos o generales, los aspectos relacionados con la vida misma, la necesidad de preservarla, de elevar su nivel y de luchar en sus jornadas cotidianas, abriendo así las puertas a los que serán más tarde agricultores, obreros de taller o fábrica, empleados, comerciantes o pequeños industriales, sin que ello implique estudios o prácticas excesivas o congestionadas.

Pero no habrá educación primaria sin maestros solventes. Queremos acabar con el desgraciado y mentiroso concepto que algunos mantienen, consciente o subconscientemente, de que el magisterio es una profesión de mediocridad y vindicar para ella su carácter de auténtica aristocracia. Queremos para los funcionarios del ramo el estímulo técnico que equilibre el abrumador expedienteo administrativo, su estabilidad frente al abuso y al capricho, estabilidad que, a su vez, debe basarse en la responsabilidad; su moralización frente a la tendencia a ceder a las tentaciones del cinismo, la in escrupulosidad o el empequeñecimiento espiritual; su dignificación y superación cultural aliado del planteamiento exclusivo que suele hacerse de reclamaciones puramente gremiales o económicas que, por cierto, es preciso estudiar cuidadosamente con sincero espíritu humano para analizar en relación con el costo de vida y con las posibilidades del Estado, factor este último que desborda, por desgracia, las facultades exclusivas de un ministro de Educación.

Hay síntomas múltiples yen toda la república de que el Perú se está transformando, de que quiere una vida mejor. Este ímpetu es incontenible. El sistema: educativo no puede ni debe estar al margen de él. La educación primaria, por su propia esencia, afecta hondamente a la sustancia espiritual del país; y por lo extenso de su aplicación, el desarrollo potencial que le corresponde y la trascendencia de su contenido, cala en la entraña misma, en las zonas vitales de nuestro pueblo. A ustedes les toca, inspectores o supervisores, con herramientas de trabajo modernizadas, vigilarla y orientarla desde Tumbes hasta Tacna, desde Loreto hasta Madre de Dios.

A LOS MAESTROS PRIMARIOS [*]

Una de las más interesantes experiencias que he tenido en estos diez meses de trabajo en el ramo de Educación ha sido el contacto con los maestros primarios. Proviniendo yo de círculos universitarios con lejanas relaciones con el magisterio de Secundaria y el Instituto Pedagógico Nacional, bien pude mantenerme dentro de lo que cabe llamar la superestructura de nuestro sistema educativo. Pero, en cuanto las circunstancias me lo han permitido, he hablado con maestros y maestras primarios, he visitado escuelas en Lima y en otros lugares del país a donde he podido viajar y he tratado de estudiar situaciones y problemas en *este* mundo que los llamados intelectuales "de élite" no conocen o ignoran.

No oculto que creo haber hallado entre el magisterio primario, como en los demás sectores educativos, un porcentaje de desmoralización. No faltan, acaso, el que ha traficado o trafica con nombramientos (quisiéramos identificarlo), el que haría cualquier cosa por un ascenso, el que se arrima al abuso del poder político, el

[*] Prólogo de una Guía para las Escuelas Primarias en 1956.

fanático o el despechado. Pero hay, sin duda, un porcentaje alto de maestros auténticos, sanos, entusiastas, dispuestos a recibir el buen estímulo o a volver al mejor camino; y hay, inclusive, muchos héroes y heroínas silenciosos frente a adversas circunstancias. El encuentro y el trato con *estos* maestros son hechos honrosísimos en mi vida y mi estimación por ellos es tan alta como la que tengo a grandes figuras de la vida internacional que he podido conocer.

En nuestras escuelas, tan pobrecitas casi siempre, en contraste con algunos palacios, suelen faltar no sólo carpetas y sillas y mapas y servicios higiénicos, sino también libros, guías, orientaciones. Debemos dotarlas, en la medida de nuestras fuerzas, gradualmente, de lo que más carecen, incluyendo dentro de esos artículos de primera necesidad los mensajes que acompañen, ayuden y sostengan. De ahí la necesidad de un boletín periódico de Educación Primaria, de manuales didácticos, de circulares explicatorias, de directivas constantes sobre variados tópicos técnico-pedagógicos y administrativos. (Morada, pp. 101-104)[1958]

La educación secundaria

He; aquí algunas consideraciones someras que el Inventario de la realidad educativa y la vida nacional suscitan en lo que atañe a la educación secundaria.

LA REVOLUCIÓN QUE ES LA EDUCACIÓN DE MASAS

Es considerable el crecimiento de las cifras de alumnos de educación secundaria académica y técnica en relación con las cifras de comienzos de siglo, o aun de treinta o veinte años atrás.

Ha empezado ya, en forma inexorable, el movimiento revolucionario de la educación de masas, con todas las consecuencias que tienen que serie inherentes. La educación secundaria ha dejado de *ser* un privilegio de las clases más acomodadas, a cuyo costado solían aparecer como satélites, personeros de otros grupos sociales. Hay una clase media, inclusive una pequeña clase media, de densidad creciente, junto con la que emergen legítimos exponentes de sectores netamente populares demandando educación. En provincias, sobre todo, esos sectores son de origen netamente campesino y, a veces, sus personeros llevan genuinos nombres indígenas. Este fenómeno de proletarización del estudiantado tiene, hay que insistir en ello, un auténtico carácter revolucionario y el Estado debe *es*tar atento a él y tratar de encauzarlo. De ahí es que alcanza tan dramático significado el problema de determinar claramente los objetivos de la educación secundaria en sus distintas fases.

Por otra parte, y sin desmedro de lo anteriormente afirmado, es un hecho positivo que un alto porcentaje del alumnado que egresa de las *es*cuelas primarias no va a los colegios secundarios. En 1955 terminaron sus estudios de primaria 70,132 alumnos; y en 1956 ingresaron a secundaria común y técnica 38,216. Yendo a cifras más recientes, en 1956 terminaron primaria 69,965; y en 1957 se matricularon en primer año de los distintos planteles de secundaria sólo 40,366, o sea que no ingresaron 29,599, es decir, el 42,31 %. Los matriculados en primer año de secundaria representaron en conjunto un aumento de 5.7% sobre 1956. Por otra parte, en 1957 terminarán 5.0 año de primaria 79,607, o sea el 13.79% más que en 1956. [...]

El fácil y difícil tema de los planes y programas

Los planes y programas que últimamente han regido han sido la reforma gradual de 1935-1939; los planes y programas de 1942, después de la ley de 1941 y que, como ha expresado Carlos Sala zar Romero, no se alejaron en lo sustancial

de los anteriores que, a su vez, tenían su antecedente en 1918; el decreto de 1947 Y los programas consiguientes; la modificación efectuada en 1948; el establecimiento del estudio supervigilado en 1950 y las enmiendas resultantes de su supresión. En las asignaturas, entre 1940 y 1956, hubo estratificación, pues ellas continuaron siendo las mismas.

Ha sido voluptuosidad de algunos Ministros y directores otorgar decisiva importancia a los planes y programas y creer que en ellos está la clave única de las reformas, seleccionando asuntos y temas y olvidando al educando, o sea el niño o el adolescente, para considerar que los medios son un fin y no tomar en cuenta el sujeto de la educación. Me tocó seguir de cerca lo ocurrido en 1942 yen 1947 cuando, en realidad, más que comisiones, lo que hubo fue trato directo de los ministros con personajes considerados como expertos o eruditos en determinadas materias. La preparación aislada de programas por especialistas (muchos de ellos sin experiencia suficiente en la educación secundaria y otros con la obsesión exclusivista en su campo de trabajo), para luego no supervigilar la aplicación correspondiente ha sido nota dominante de algunos ensayos con planes y programas en el Perú. La universidad ha tenido en el pasado, a veces, una influencia nociva en nuestros colegios, tratando de llevar a ellos conocimientos excesivos, lo cual no debe llevar por cierto, a despreciar toda influencia de allí proveniente. [...]

NOTAS APROBATORIAS Y DESCONTENTO RADICAL

Los cuadros incluidos en el segundo volumen del Inventario concernientes al rendimiento escolar en la educación secundaria común por asignaturas parecen reflejar una situación favorable. Sin embargo, contra esas cifras optimistas, está el convencimiento general de que dicho nivel educativo en el Perú, como en otros países, ha servido tradicionalmente tan sólo como antesala para los estudios universitarios o superiores, a la vez que ha carecido de eficacia para cumplir esa finalidad, como lo revelan los fuertes porcentajes de aplazados o de deficientes en los exámenes de ingreso a las universidades y escuelas similares. [...]

Al Inventario hay que estudiado, pues, en ese caso (como en algunos otros) no sólo a través de las cifras netas que arroja, sino también en el significado contradictorio que ellas tienen frente a una realidad que aparece negándolas. Hay que leer, a veces, entre líneas y al revés.

Verdad es que no se ha podido crear, hasta ahora, por desgracia, órgano alguno de contacto racionalizado entre la educación secundaria y la universitaria que facilite el mejoramiento de la una y el ingreso a la otra. Las universidades y las escuelas superiores han erigido sus propios organismos para recibir a las crecientes multitudes de alumnos que tocan sus puertas para entrar año a año. Alguna o algunas de esas altas instituciones no han establecido prácticamente tamiz verdadero. Otras, por el contrario, se esmeran en reducir el número de los privilegiados que en ellas han de matricularse. No falta la que prepara no sólo sus propios cuestionarios sino sus propios libros de texto en forma tal que ellos no toman en cuenta lo que fue exigido a los alumnos durante sus cinco años de secundaria (que, por lo demás, en su mayoría, ya ha sido olvidado); y obliga a estudiar, en unos pocos meses, con nutridas noticias y rotundos puntos de vista antes no conocidos, las diversas materias. Pero éste y otros aspectos de los exámenes de ingreso no atenúan el significado del testimonio unánime de las comisiones examinadoras (aun de aquellas que aparecen como benévolas) acerca de la escasa preparación que, con honrosas excepciones, en cuanto a ciertos planteles y estudiantes, revelan dichos exámenes. [...]

LA REFORMA MÁS IMPORTANTE

Cuando se habla de reforma; no debe ser ella entendida como una fórmula mágica elaborada con unos cuantos decretos que pueden quedar escritos en el papel. No hay verdadera reforma sino la concebida como un proceso dinámico que necesita proyectarse en el tiempo y adecuarse constantemente dentro de la realidad. De ahí que ella necesite ostentar carácter experimental y desarrollo gradual. Es preciso estar dispuestos a enmendar errores y a reconocer deficiencias o excesos, sin mengua de la resolución de seguir adelante con la mirada puesta en un Perú mejor.

Es para el maestro, el que dirige la marcha del sistema educativo cama conjunto y en sus distintos aspectos esenciales, el que labora en el aula, que la reforma tiene que ser, sobre todo, ideal, norma, pauta y acción. "No existe reforma educativa tan importante como el mejoramiento de la enseñanza misma" dice el reciente informe de la Universidad de Barvard sobre; la educación en una sociedad libre.

No podrá haber, pues, reforma contra el maestro, o al margen del maestro. No *podrá haber tampoco -no lo olvidemos nunca- reforma más allá de las posibilidades pedagógicas del maestro.* Esto puede resultar patético, sobre todo en algunas áreas de la educación. Allí y en algunas otras habrá que dar asistencia técnica, preparar eficiencias y destrezas, suministrar equipos e instrumentos de trabajo mínimo porque, en muchos casos, la reforma teórica y sin materiales de trabajo no será reforma.

PRIMARIA, POSTPRIMARIA Y SECUNDARIA

En la educación secundaria la reforma deberá sencillamente buscar sus objetivos y buscar la manera mejor de llevarlos a la práctica. El primero de dichos objetivos es prolongar y consolidar la primaria, lo cual implica la suposición, que necesita ser ratificada, de que se ha adquirido ya determinados conocimientos, hábitos y habilidades. De ahí la necesidad (no bien cumplida entre nosotros, todavía) de relacionar oficinas, dependencias, funcionarios y maestros de ambos niveles. Por otra parte, dentro de las urgencias y presiones de la vida moderna, conviene abrir una oportunidad a los que, habiendo terminado la educación primaria y queriendo o necesitando seguir en la escuela, no desean o no pueden consagrar al estudio los cinco o seis años que el colegio de secundaria, demanda. Es preciso, por ello, abrir la posibilidad de la revisión o el complemento o la integración de la primaria, con finalidades culturales y de carácter práctico; vale decir, es necesario ensayar la postprimaria.

LA MARAVILLOSA ÉPOCA DE LA ADOLESCENCIA

La educación secundaria, por otra parte, no sólo es una mera continuación o ampliación del nivel anterior. Desde el punto de vista de la edad de la gran mayoría de los educandos a ella pertenecientes, es decir, los adolescentes, es un área que en sí abarca una bella y peligrosa edad. Se trata de adiestrarlos, de estimularlos, de ayudarles a obtener, en función de sus posibilidades, contenidos culturales básicos y nociones acerca del mundo, la vida y el hombre. Ésta es la tarea más elevada de la educación secundaria. El fin de la educación es formar al hombre como tal, y esa formación sólo es posible a través de la cultura; y al colegio secundario cono sólo un lugar, a veces aburrido, donde se va sólo a estudiar, sino un medio de acción del adolescente, tomando en cuenta los intereses propios de esta etapa de la vida y las posibilidades de cada cual; un centro de educación para la democracia con sentido de responsabilidad y cooperación; un lugar donde se enseña a utilizar en forma valiosa el tiempo libre del que dispone el alumno.

El plan de actividades cocurriculares deberá responder a las realidades de éste y estará en función de la idiosincrasia o las características de cada pueblo, los materiales con que deben llevarse a cabo y las posibilidades para que se puedan llevar a cabo. Una de sus mejores expresiones está en los clubes escolares que pueden ser, por ejemplo, de cooperación, actividades Cívico-sociales, periodismo, oratoria, literatura, teatro, lectura, artes, recreación deportiva, técnica, ciencias, agrícolas, ajedrez, folclore. [*]

LA SECUNDARIA COMO ETAPA PREPARATORIA

Pero estábamos hablando de los objetivos de la educación secundaria. Unos, en relación con la educación primaria, Otros, en sentido autónomo. Hay, además, por cierto, los objetivos de carácter previo o preparatorio en cuanto deben llevar fundamentalmente a la capacitación para formar ulteriores hábitos de trabajo que sean útiles para el individuo y la sociedad y (tratándose de los alumnos que se hallen expertos) a la prosecución de estudios superiores. Para estos últimos objetivos será indispensable el mejoramiento de los servicios de orientación vocacional del educando. La profesión o actividad ocupacional que escoja debe atender a despertar sus inclinaciones, intereses y aptitudes que mejor se amolden a sus condiciones personales y al provechoso desenvolvimiento de la comunidad. [...]

EL DESVÍO SUICIDA ANTE LA EDUCACIÓN TÉCNICA

La más tremenda comprobación que surge de las páginas del segundo volumen del Inventario es la del desvío de grandes sectores de la juventud peruana hacia la llamada educación técnica. El cuadro que aparece en la página 2 de ese tomo resulta, francamente, aterrador. Si se está produciendo, como se ha dicho antes, los inicios del movimiento de educación de masas con la consiguiente proletarización del estudiantado, parece, evidentemente, que la ilusión de padres de familia y educando está en el ingreso a las universidades u otros centros de cultura superior. En un país en trance de desarrollar su industrialización debe, por el contrario, estimularse, no sólo por el Estado sino por la sociedad, el desarrollo de la educación secundaria técnica. Puesto que el 75.39 % de los alumnos optó por la educación secundaria común en 1956 y, en cambio, únicamente el 10.27% por la comercial, el 8.29% por la industrial femenina, el 4.74%, por la industrial de varones, y el 1,3) % por la agropecuaria, debe inquirirse acerca de las razones de tal desproporción. Cosa distinta, pero muy importante también, es entrar en averiguaciones sobre la calidad misma de cada uno de los cuatro grupos minoritarios que, en conjunto, no alcanzan a 125% del alumnado que sigue estudios después de haber egresado de las escuelas primarias. [...]

LOS INDISPENSABLES VASOS COMUNICANTES CON LA COLECTIVIDAD

Entre los factores que han contribuido al drama de la educación técnica, aparte de los mencionados ya, no se puede omitir a la tradición de desdén que existe en el país, como en otros de América Latina, en contra de las artes manuales, los oficios y las tareas prácticas, paralela al prestigio otorgado a las letras y a las humanidades en general. Preciso es que no sólo el Estado sino los organismos representativos de las industrias, el comercio y la agricultura hagan una obra de adoctrinamiento de la juventud acerca de la altísima misión y la dignidad que al técnico cabe en nuestra época y en el Perú. Jamás se ha hecho campaña entre nosotros en ese sentido. La falta de relación entre el Estado y los

---

[*] Véanse las directivas sobre actividades cocurriculares o extraprogramáticas aprobadas por resolución ministerial de 8 de mayo de 1958.

grupos profesionales, especializados o de trabajo, ha creado un aislamiento burocrático que debe cesar tratándose de la educación en general y muy en especial, de la enseñanza industrial, comercial y agropecuaria. Necesitamos establecer vasos comunicantes entre quienes ejercen la función docente, quienes van a dedicar su vida al noble ejercicio de ser técnicos, capataces u obreros capacitados y quienes laboran ya en esos mismos campos. Tanto para afrontar los problemas de las especialidades que es preciso crear o desarrollar o estimular, como para las prácticas allí donde los talleres estatales o campos de aplicación de propiedad del Ministerio de Educación son insuficientes, como para resolver, en lo posible, lo concerniente a que hallen colocación los egresados de institutos industriales, agropecuarios, comerciales y politécnicos, esa triple interrelación es saludable. Debe quedar siempre bien entendido que el Estado no debe imponer autoritariamente sus mandatos, ni las fuerzas vivas de la producción convertir al Estado y al alumnado técnico en factores subordinados exclusivamente a sus conveniencias de grupo. Ambos elementos, el oficial y el particular, tienen un ancho camino por el que pueden avanzar juntos, trabajando en armonía, sirviendo a sus legítimos intereses, prestándose mutua ayuda y contribuyendo al progreso nacional.

La determinación de las necesidades que aparezcan para el desenvolvimiento de la producción técnica y el desarrollo económico en el país debe influir en forma decisiva para la creación futura de planteles, buscando su ubicación más adecuada, así como para la orientación de la educación de este tipo. No puede ésta caminar a ciegas, caprichosa o arbitrariamente, sujeta al vaivén de los intereses personales, de las presiones políticas o de las rutinas ya establecidas.

Surge así, por ejemplo, claramente la conclusión de que es inaceptable que los planteles no preparen especialistas para la industria textil, que es la que viene ocupando el mayor número de trabajadores; que debe haber relación entre la educación técnica y la industria de construcciones, es decir, la que sigue en importancia así como entre los planteles y las industrias de producción de alimentos, de cueros y pieles, bebidas gaseosas y alcohólicas, papel y cartón, vidrios, manufacturas de plata, vestido, cemento y mármoles y productos químicos. En cambio, aparece ahora una superabundancia de alumnado que opta por trabajos en madera, instalaciones eléctricas y radio. Tratándose de la electricidad, el número de estudiantes fue en 1956, superior al de trabajadores en servicio.

La participación de la colectividad -o, como ahora tiende a decirse, de la comunidad- será efectuada a través de patronatos y otras entidades análogas, o a través de las asociaciones de padres de familia o por medio del contacto sistemático entre el Estado, las industrias y el comercio.

LA FALTA DE EQUIPAMIENTO

Al mismo tiempo, ayudará a abordar la necesidad de modernizar, aumentar y diversificar el equipa miento de los planteles respectivos. Una de las más graves deficiencias que ellos suelen presentar (y que el Servicio Cooperativo Peruano-Norteamericano de Educación ha estado remediando, en algo, en los últimos años) es la escasez o la incipiencia de sus instrumentos de trabajo. La educación técnica es necesaria; pero es cara. Crear institutos para que vegeten o carezcan de los medios necesarios sería tarea frívola o contraproducente. Hay que decidirse un día a clausurar los que no cumplan su misión y establecer legalmente los requisitos previos para la apertura y el funcionamiento de ellos.

Por otra parte, siendo costosa la educación técnica eficiente, mucho más costosa para el potencial económico del país resultará no ofrecerla ni darle los elementos indispensables.

De todos modos, en la falta de concatenación con las demandas del desarrollo

técnico en el país, señalada en párrafos anteriores, como en la pobreza de las instalaciones y de los materiales de algunos de los planteles está, sin duda, otra de las causales de que no haya porcentajes mayores en el alumnado de ellos.

CONTRA LA ORGANIZACIÓN AISLACIONISTA Y TUBULAR

Hay un asunto más que urge sea apreciado por la conciencia pública acerca de la educación técnica. Legalmente, y sobre todo, desde el punto de vista psicológico, debe ir amainando hasta desaparecer la tendencia a manejada con criterio aislacionista y tubular desde los ministerios de Educación, Fomento, Salud Pública, Agricultura y Trabajo. Aparece así la necesidad de crear, en la nueva Ley Orgánica de Educación, un Consejo Interministerial para coordinar la obra referente a éstos como a todos los aspectos tangenciales o fronterizos del proceso educativo, para dar lugar a un desarrollo global y no a desarrollos parciales e inconexos que suelen implicar duplicación y rozamientos.

El plan de estudios de la educación técnica debe presentar, por otra parte, la flexibilidad y amplitud necesarias como para permitirle su adaptación a las necesidades nacionales, regionales y locales y la formación del personal ejecutivo requerido por las industrias, el comercio y la agricultura, así como el establecimiento de cursos de aprendizaje práctico en relación con las empresas mismas y cursos artesanales cuando a ello haya lugar; pudiendo abarcar, además, cursos para personal de mando y carreras cortas de tipo no universitario. Para el estudiante de educación técnica deben abrirse, así, diversas perspectivas que le permitan abarcar, como ya se ha dicho, estudios menores de cinco años en ciertos casos, con el fin de ayudarlo a ganarse la vida pronto si así lo desea; estudios de cinco años, para luego emplearse en centros laborales o postular en los exámenes de ingreso a las universidades o a las escuelas de cultura superior que les corresponde; y estudios de más de cinco años en politécnicos o universidades técnicas con carácter de especialización.

La gratuidad de la educación secundaria hace más imperioso el deber de fomentar la educación técnica. (Moradas, pp. 105-126) [1960]

La Educación Técnica [*]

Estoy absolutamente convencido de que la Educación Técnica debe recibir atención especial de los poderes públicos, de los sectores de la industria, la agricultura, el comercio, la banca, los órganos periodísticos y la ciudadanía en general. Para ello, hay que tomar en consideración factores que están a la vista de todos. Primero la etapa, de transición hacia el industrialismo y el mayor desarrollo económico y progreso agrícola por el que pasa o debe pasar el país para poder salir por fin algún día de su condición de país semicolonial exportador de materias primas. Además, el fenómeno de saturación que está ocurriendo en los llamados profesionales liberales, este proletariado que va surgiendo de las universidades, fenómeno que no es puramente peruano, que no es puramente latinoamericano, fenómeno que es universal, como lo reconocían ayer en la tarde varios profesores norteamericanos que han estado pocos días en esta ciudad en una misión de acercamiento entre las universidades de Estados Unidos y universidades de América Latina. ¿Cuál es la solución frente a este problema?, nos decían estos amigos de los Estados Unidos. ¿Cuál la solución frente a este fenómeno de inflación del profesionalismo? La solución es ir a lo que se llama en los Estados Unidos el *Junior College,* ir hacia una orientación de las nuevas generaciones a tareas de carácter productivo. Por encima de todos estos factores muy fáciles de percibir, hay otro

[*] Discurso al inaugurarse la Primera Convención Nacional de Directores de Planteles Oficiales de Educación Técnica de la República, en 1958

igualmente fácil de percibir y de tremenda importancia, una revolución; y aquí sí se puede aplicar en toda la magnitud de esta palabra el concepto *revolución.* Aludo a la revolución científica que está sacudiendo en estos años de la segunda mitad del siglo XX al mundo entero con una profundidad y una rapidez tales que se va a transformar el género de vida de las próximas generaciones de la era interespacial y electrónica que nosotros apenas estamos empezando a vivir y que los que vienen después de nosotros vivirán en una plenitud de la cual apenas podemos tener una idea más o menos vaga. De modo tal, que tenemos circunstancias de orden nacional, circunstancias de orden universal y científico y, al mismo tiempo, circunstancias de orden humano, económico y social que nos conducen a que veamos en la Educación Técnica un problema de interés palpitante para todos los que tengan preocupación, de un modo u otro, en el futuro de nuestro país. Necesitamos, por tal motivo, urgentemente, ir a un replanteamiento de todo el sistema de la Educación Técnica nuestra, buscando, en mi concepto, entre otras, nítidas directivas. No las vaya enumerar en un sentido exhaustivo sino solamente a señalar algunos puntos de vista.

Primero. La correlación, dentro de lo que sea posible, entre la educación técnica, la industria, el comercio, la banca y la agricultura, en las distintas ciudades, regiones o áreas del país así como con las entidades estatales y semiestatales que puedan relacionarse y las organizaciones internacionales. Aquí veo un hermoso obsequio enviado por un banco de Lima y tengo la esperanza de que sea tan sólo un símbolo, una expresión, y que más tarde se convierta en hechos tangibles de solidaridad y de vinculación más real porque así nos conviene a todos y asimismo le conviene al país, la industria, el comercio, la agricultura y la Educación Técnica. [...]

Segundo. Necesitamos urgentemente la definición de requisitos mínimos y previos para que puedan establecerse y aun para que puedan subsistir planteles de Educación Industrial de Varones, Industrial de Mujeres, Agropecuario y Comercial. [...]

El tercer punto se refiere a la flexibilidad en el ciclo de estudios de Educación Técnica. La Educación Técnica, en mi concepto, mis queridos amigos, está ahogada dentro de la rigidez, dentro del automatismo. Debemos pensar en la posibilidad de ir a los estudios de postprimaria para que el muchacho o la muchacha que salió de la escuela primaria ingrese a un sitio que no sea necesariamente el plantel de educación secundaria, sino que esté un año o dos años allí y se perfeccione o complete ciertas habilidades o manualidades y pueda salir a ganarse la vida y ser útil a la sociedad y a su hogar. Asimismo, al lado de esta posibilidad de postprimaria, debemos pensar, en algunos casos, en estudios secundarios de Educación Técnica con menos de cinco años. [...]

En cuarto lugar quiero referirme al desarrollo de una articulación más estrecha entre la educación técnica y las demás ramas educativas. [...]

En quinto lugar, trataré de la preocupación por la orientación coordinada de la Educación Técnica en una escala nacional, pero de acuerdo con las peculiaridades regionales. [...]

En sexto lugar menciono la ayuda a los educandos que terminan sus estudios o, por lo menos, a los más sobresalientes entre ellos que, a su vez, deben ser estimulados a lo largo de su aprendizaje. [...]

En séptimo lugar cabe hablar de la propaganda ente la juventud estudiantil para que ingrese a los Institutos Técnicos y entre los padres de familia, para que los apoye haciendo conocer lo que son y lo que pueden ser. [...]

En octavo lugar el sistemático planeamiento de reparaciones, modernización y ampliación de los equipos existentes, procurando el reparto adecuado de ellos.

En noveno lugar la supervisión racional, justa equitativa y, al mismo tiempo,

real y efectiva de los planteles particulares de Educación Técnica, acerca de cuya importancia ha hablado el Director de Educación Técnica en su magnífico discurso. (Morada, pp. 138-147) [1958]

1.2 La crisis permanente de la universidad peruana

La reforma universitaria de 1919

En 1918 estalló en Córdoba, Argentina, el movimiento estudiantil a favor de la reforma universitaria. El manifiesto que la definió estuvo dirigido a "los hombres libres de Sudamérica". A comienzos del siguiente año llegó al Perú el profesor y orador socialista Alfredo L. Palacios, invitado por el gobierno con motivo de su campaña alrededor de la cuestión de Tacna y Arica, y su contacto con la juventud de aquella época dejó profunda huella. Una serie de artículos de crítica a los catedráticos de la Universidad de San Marcos, iniciados con los referentes a los de la Facultad de Letras, aparecieron en los primeros meses de 1919 en el diario *La Razón,* que dirigía José Carlos Mariátegui. Fueron escritos por Raúl Porras Barrenechea, Guillermo Luna Cartland y Humberto del Águila. Agitaron el ambiente juvenil y se produjo en junio la huelga en dicha Facultad secundada luego gradualmente por las demás. Las demandas estudiantiles se fundamentaron en el anhelo de mejoramiento y modernización de la enseñanza y propugnaron la participación en el. gobierno de las universidades, la docencia libre, el derecho de tacha, la supresión de las listas y de los premios, la periodicidad de las cátedras y el concurso para ellas, la libertad de enseñar y la creación de seminarios y de becas para estudiantes pobres. El aspecto más beligerante de este programa estuvo en las tachas a veintiocho profesores.

La reforma de 1919 fue, aparte de un estallido de clases medias en la población estudiantil, una demanda clamorosa por una enseñanza mejor, una protesta ostensible contra lo que entonces se calificó como "esclerosis de la docencia". Sus postulados principales afirmaron la necesidad de elevar el nivel de la docencia, de jubilar a los catedráticos ancianos, de poner límite al derecho de propiedad sobre las cátedras, que era ejercido sin consideración al transcurso del tiempo, y de atraer a los jóvenes hacia la ciencia y la cultura. Con este último propósito, los memoriales estudiantiles plantearon la creación de la cátedra libre y el establecimiento de concursos. Con menos intensidad se habló entonces de la enseñanza práctica, aplicada y técnica a través de laboratorios, museos e instrumental adecuados; de la orientación nacionalista de los estudios; de la supresión de las listas y premios; de la participación de graduados elegidos por los estudiantes en el Consejo Universitario y de la creación de seminarios y becas para alumnos pobres. Aliado de reivindicaciones generales había demandas parciales o locales. Los estudiantes de Jurisprudencia, por ejemplo, pidieron la abolición del curso de Derecho Eclesiástico y la derogación de la ley que facilitaba el ingreso a los estudios para la profesión de abogado.

En los meses de julio y agosto de 1919 la crisis universitaria se acentuó. El 2 de agosto, una asamblea de estudiantes decretó la huelga general. Un bello manifiesto escrito por Manuel Abastos fundamentó las demandas juveniles. Empezaba con las siguientes palabras: "Por primera vez los estudiantes se dirigen al país en nombre de un ideal de cultura". El Consejo Universitario adujo que carecía de atribuciones para intervenir en asuntos internos de las Facultades y manifestó la esperanza de que la nueva ley de enseñanza podía ser la solución del problema.

Una manifestación estudiantil reunida el 4 de setiembre terminó en la plaza de armas para entregar al presidente Leguía un memorial que solicitaba su intervención en el conflicto. Leguía había sido elegido "Maestro de la Juventud" en

1918 y había manifestado simpatías hacia la reforma al asistir ello de agosto a la ceremonia de inauguración de la nueva directiva de la Federación de Estudiantes. La Federación de Estudiantes era la entidad representativa de la juventud universitaria erigida desde 1917. La habían presidido ya Fortunato Quesada, Carlos Barreda Laos y Felipe Chueca. En 1919 triunfó en las elecciones la candidatura de Hernando de Lavalle. Poco después estalló el movimiento de la reforma y surgieron los comités reformistas de las Facultades agrupados luego en el Comité Central que presidió José Manuel Calle. Es decir, entre más o menos julio y setiembre de 1919, hubo paradojalmente dos entidades elegidas por los estudiantes: la Federación y el Comité Central de Reforma. Como era previsible, ambos organismos entraron pronto en abierto desacuerdo. El rector dirigió a la Federación la respuesta al memorial del Comité que había presentado los pedidos juveniles. Después de desagradables forcejeos, el Comité renunció. La Federación quedó sola; pero no por eso se estabilizó. El 10 de setiembre se produjeron los ataques de turbas gobiernistas a las imprentas de *El Comercio* y *La Prensa.* A raíz de estos atentados la mayoría de los delegados de la Federación se apartó de sus cargos en señal de protesta. Permaneció en ella un grupo minoritario; pero el Comité de Reforma no volvió a funcionar. Después de un período de incertidumbre quedó reorganizada la directiva de la Federación a través de elecciones parciales y fue elegido presidente de ella Víctor Raúl Haya de la Torre.

Grande fue la trascendencia del decreto del 20 de setiembre de 1919, firmado por el presidente Leguía y el ministro Arturo Osores. Este decreto estableció cátedras libres en las facultades con aprobación del consejo universitario; ordenó que las facultades dieran permiso a quienes, si reunían los requisitos de la ley para ser catedráticos, solicitaran dictar algún curso correspondiente al plan de estudios; advirtió que este permiso se otorgaría previa presentación de un programa analítico y duraría un año con posibilidad de un nuevo nombramiento, si bien podía también ser anulado; dío a los solicitantes el recurso de apelar al consejo universitario si la facultad rechazaba su pedido; estableció que las cátedras libres percibirían igual renta que las principales y que esa renta sería pagada por el gobierno con cargo a la partida de extraordinarios del presupuesto de la república mientras se consignara una partida específica; ordenó que los delegados elegidos por los alumnos formaran parte del Consejo universitario, debiendo ser doctores en alguna facultad y con su mandato de dos años sin derecho a la reelección; entregó la reglamentación de la elección de los alumnos al consejo universitario; suprimió las listas y autorizó a esa entidad a solucionar los demás puntos del conflicto.

Un proyecto de ley presentado en la Asamblea Nacional el 9 de octubre por los diputados Augusto C. Peñaloza y León Vega resultó aprobado con ligeras modificaciones ese mismo día y se convirtió en la ley 4002. Declaró ella la vacancia de las cátedras con enseñanza deficiente, con lo cual dio validez a las tachas estudiantiles; facultó la provisión de ellas por el gobierno de acuerdo con el pedido de la juventud, siempre y cuando los candidatos fueran doctores en la universidad y tuviesen las cuatro quintas partes de los votos del total de los alumnos; otorgó carácter transitorio al nombramiento ministerial de estos catedráticos hasta la dación de la nueva ley de enseñanza; y prorrogó el año universitario hasta el 28 de febrero de 1920.

La ley 4002 provocó la protesta de los catedráticos de la Facultad de Medicina. Surgió así, con carácter más conciliador, la ley 4004, de 16 de octubre, que entregó la organización de la docencia universitaria a la misma universidad. Dispuso la ley 4004 que las cátedras vacantes por las tachas justas de los alumnos fueran provistas en un plazo de ocho días en Lima y de treinta en las universidades menores. Estableció, al mismo tiempo, la intervención de los alumnos en el consejo universitario, a través de los delegados que debían ser elegidos en primera votación por cuatro quintas partes de los sufragios; y, en caso de no alcanzarlos, hasta por mayoría simple en tercera votación. Correspondía al consejo universitario así integrado elegir por mayoría a los catedráticos antedichos. Nadie podía dictar dos

cátedras. Quedaron suprimidos los adjuntos. Fue establecida la jubilación forzosa de los catedráticos de setenta años de edad. El gobierno recibió autorización para modificar el proyecto de la ley de enseñanza preparado por una comisión especial nombrada años atrás por la ley 2690 y que ya había sido entregado con fecha 10 de setiembre.

En la elección efectuada a principios de noviembre de 1919, obtuvieron la mayoría de votos para ser delegados de los estudiantes en el consejo universitario, Carlos Enrique Paz Soldán y José Antonio Encinas. (HR, t. XI, pp. 66-68)

La reforma universitaria 60 *años después*

Al cabo de sesenta años medito en la reforma de 1919, que abre un nuevo capítulo en la historia de nuestras universidades, tan limpia, tan espontánea y, en aquella época, tan audaz, si bien ante los ojos de quienes hoy son catedráticos y alumnos, parece obsoleta. Ella se derivó, como muchas veces ha quedado en claro, del movimiento que surgió en 1918 en la Universidad de Córdoba, una de las más tradicionales de América, y se propagó luego a las de Buenos Aires y La Plata. El tribuno y catedrático socialista Alfredo L. Palacios, que llegó a Lima en mayo de 1919, invitado por el gobierno peruano en reconocimiento de la defensa que hizo de la causa peruana en el litigio con Chile, divulgó ante un grupo de sanmarquinos lo que significaba el movimiento cordobés. En forma indirecta actuaron como factores determinantes la guerra de 1914-18 con los acontecimientos a ella vinculados de un modo u otro y en especial la revolución rusa de 1917, así como las hondas agitaciones políticas y sociales que se sucedieron en Europa. Fue al mismo tiempo un resultado del crecimiento, cada vez mayor, en el número de alumnos de las clases medias y también de las provincias en las aulas de San Marcos. Ellos fueron vencidos cuando en 1917 acompañaron a Luís Ernesto Denegri en su batalla por la presidencia de la Federación contra el triunfador Fortunato Quesada, y nuevamente en 1918 fecha en la que su candidato fue el antiguo normalista José Antonio Encinas contra el aristocrático Carlos Barreda y Laos. Pero en cambio, eligieron ese mismo año, sorpresivamente, "Maestro de la Juventud" a Augusto B. Leguía con un claro repudio de los grandes personajes antes reverenciados en los claustros; recorrieron bulliciosamente las calles de Lima para protestar contra la suspensión de las garantías constitucionales decretadas ese mismo año por el régimen de José Pardo, apoyaron mayoritariamente la candidatura leguiísta de oposición en 1919; y con distintas figuras directivas nos lanzamos, en lo que parecía ser un salto en el vacío, a la huelga en este último año, sin conexión alguna con la política. Como ha escrito Francois Bourricaud, la juventud universitaria fue entonces la única fuerza efectiva de "contestación" y de progreso que estaba organizada o era, al menos, organizable, para ser mensajera viva de los valores universales de racionalización y de modernización en nuestra sociedad que se mantenía tradicionalista y provincial. [*]

Nuestro ideal difundido fue sobre todo el mejoramiento en la enseñanza. Me pregunto cuánto hemos avanzado para convertir ese ideal en una realidad.

Siguen en el Perú el problema de la aparición, el desarrollo y el mantenimiento de permanentes vocaciones docentes y científicas como un fenómeno personal, espontáneo, del azar; aunque haya aumentado notablemente el número de becas para alumnos, graduados y catedráticos en Europa y en Estados Unidos, inexistentes e inverosímiles en 1919.

Nosotros procedimos como si los grandes especialistas en las disciplinas universitarias, ungidos, por añadidura, por el don y la experiencia pedagógicas, estuviesen impedidos de divulgar sus conocimientos por una conspiración de

[*] Francois Bourricaud: *La universidad* a *la deriva.* Caracas, 1971. Fundación Eugenio Mendoza, p. 119. Se trata de una serie de conferencias sobre las crisis en las universidades de Francia, Estados Unidos y América Latina. Es un breve estudio, con sólo 138 páginas, el mejor que he leí do sobre tan fundamental problema.

ancianos. El problema básico era distinto: la universidad carecía de una maquinaria adecuada para la formación continua y sistemática de nuevos especialistas, así como también para ayudar a perseverar y profundizar en ese camino. Si *estos* especialistas existían para algunas asignaturas era por acción aislada, heroica o feliz. Hicimos la vivisección de la docencia universitaria en un esfuerzo de objetividad estricta, ajenos a cualquier dogma de partido. En nuestra Facultad de Letras, por ejemplo, si Pérez era un dirigente civilista, en cambio Flores tenía estrecha amistad con el leguiísmo y para Jorge Guillermo Leguía, presidente de nuestro Comité de Reforma, tacharlo implicó un drama familiar. La tácita preunción era que en todas esas asignaturas existía por algún milagroso truco *(ya* que la universidad, tan censurada, no podía haberlos generado) un grupo de jóvenes expertos. Ni siquiera fuimos a una especie de catastro de la intelectualidad nacional para averiguar, al margen de las tachas, cuáles eran los grandes valores privados de la cátedra. Ocurría, por ejemplo, que un hombre ilustre como Riva-Agüero no la tenía porque la única en su especialidad entonces existente se hallaba a cargo de Carlos Wiesse, muy respetado por los alumnos; pero podía suceder, al mismo tiempo, que no existieran Riva-Agüeros en la calle, para todas las asignaturas tachadas y más tarde declaradas vacantes en las Facultades de Letras, Jurisprudencia, Ciencias Políticas, Medicina, Ciencias, *etc.*

Se redujo nuestra terapéutica, pues, entonces, fundamentalmente, a la tacha ya la cátedra libre. Lo que había de procurar, en cambio, era la oportunidad de que los especialistas pudieran formarse en el futuro ayudándolos, estimulándolos, protegiéndolos a través de un conjunto sistemático de clases de especialización y de seminarios, de una profusión de becas y bolsas de viaje; y de las cátedras de tiempo completo. A esto era indispensable agregar, en algunos casos, considerándola una necesidad muy urgente, la importación de talentos para disciplinas no bien desarrolladas en Lima o en el Perú aunque no faltasen quienes trataran de impedirlo por celos reprobables. Nuestra reacción contra el imperialismo estático en la docencia era sana y generosa; pero más allá de la algarada, de la ley y del decreto inmediato, nacidos por razones circunstanciales, yacían problemas intocados de técnica, de método, de profesionalización científica y de estructura institucional.

José Carlos Mariátegui en sus 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana* da a entender que a la oligarquía dominante no le convenía la modernización de la universidad. No parece muy consistente su tesis. Si de ella hubieran salido no sólo mejores profesionales sino también mejores graduados en las facultades de cultura general o de ciencias, esas clases dirigentes habrían sido favorecidas. Lo que pasó fue que hubo limitaciones de dinero y de equipo, de espacio, de técnica y de ambiente; así como, sobre todo de quienes dirigían aquella entidad cultural, salvo algunas aisladas pero brillantes excepciones, falta de aptitud previsora, de espíritu creador y de concepción del futuro.

La necesidad básica, ignorada por los reformistas de 1919 y por muchos profesionales en el análisis de la crisis universitaria, era de carácter material. La universidad necesitaba rentas adecuadas y permanentes no para malversarlas en actos suntuarios o en dispendios burocráticos, sino para invertirlas austeramente, con toda clase de garantías, en aulas, bibliotecas, salas de investigación, instrumental, laboratorios, museos, *auditóriums;* para emplear también en bolsa de viaje y pensiones para alumnos, o graduados sobresalientes y pobres y en contratos o nombramientos atrayentes aunque no abusivos para especialistas diversos; para establecer, por último, residencias y comedores estudiantiles y servicios asistenciales *efi*caces para alumnos, empleados y obreros; y para proyectarse dinámicamente sobre la vida social y cultural del pueblo.

Y no se diga que todo esto era utópico en países como el nuestro, pues en esos años se aceleró en el Perú un afán de crecimiento material que dio lugar a un rápido desarrollo de la ciudad de Lima, sede de San Marcos, con el aparecer de

barrios enteros, mientras nuestra vieja casona quedó intacta, es decir, tal como había sido desde muchos años atrás.

En realidad, la lucha contra el gobierno de Leguía iniciada en 1921 resultó perjudicial para San Marcos. Lo ocurrido con la ciudad universitaria de Bogotá, en una capital de menor importancia que la del Perú, reveló que no había taras inherentes a los estudios superiores de América Latina que impidieran su modernización material.

Con el paso del tiempo, la bandera de la reforma apareció más y más teñida con los anhelos del llamado cogobierno en la universidad. Inclusive, para muchos, la reforma, más que una necesidad de dotar de mayor solvencia científica, cultural y social a esa institución, es un problema cuya clave está en la búsqueda de los máximos derechos a los estudiantes, en el acercamiento al pueblo, en la politización y en la agitación constante, síntomas de la grave crisis estructural que conmueve no sólo a América Latina sino al mundo entero. El sentido de la reforma universitaria debe desbordar en nuestro país los marcos que tradicionalmente se le ha dado. La solución, ahora de hecho imposible ante un estado de cosas anárquico, hállase teóricamente en un planteamiento funcional de la universidad que supere los esquemas partidistas. Para las izquierdas tradicionales, como para las que surgieron después, la reforma se ha ido convirtiendo más y más en una ebullición enderezada contra los grupos o círculos conservadores o hasta moderados, cuya base está en el descontento contra males y deficiencias: evidentes en provecho, acaso, de planes, disimulados o no, que no son precisamente académicos. Bajo el manto de la reforma universitaria ha quedado deshecha, a menudo, la continuidad de la vida institucional, se ha cultivado el dogmatismo y la omnisapiencia prematura de los jóvenes y se ha llegado a crear, más de una vez, climas de intimidación y de intransigencia. Las derechas tuvieron entre 1935 Y 1945 y entre 1948 y 1956 propicias oportunidades que desaprovecharon lastimosamente. La estrategia usada "por ellas, más de una vez, fue soslayar los problemas en momentos difíciles, procurar dar a toda costa la engañosa apariencia de normalidad, emplear la fuerza o, mejor, guarecerse tras ella cuando pareció necesario; y en otras ocasiones, distraer, ganar el tiempo, llegando inclusive a vergonzantes concesiones en la oscura vida diaria de las aulas. Y no faltaron, por cierto, en estas reformas y reformas de las reformas en que hemos vivido durante tantos años, ocasiones para el uso Y el abuso de esa palabra ejercido por quienes se llaman antiderechistas mediante alardes espectaculares pero intrascendentes, o con el afán de lograr la satisfacción de intereses, beneficios o vanidades personales. Las derechas permitieron, además, que otros vocearan su monopolio en las ansias de mejoramiento.

Es necesario agregar que hubo ausencia de planteamientos claros ante los grandes problemas del pasado, el presente y el porvenir. La enseñanza que recibí en la universidad fue, no obstante los méritos relativos o satisfactorios en ella invívitos, conservadora y no estuvo dentro de mi poder tratar de modificarlas en mis años de catedrático, pues no me permitieron llegara ningún cargo directivo, salvo en la Biblioteca, por cuya renovación tanto me preocupé y de la que me echaron a través de un artículo de la Ley de Educación de 1941.

Las derechas actuaron -o, mejor dicho, no actuaron en realidad siempre a la defensiva, sin valorizar bien las ventajas que les aportaría un hogar universitario sanmarquino limpio, activo, progresista, eficiente, robusto, donde el alto nivel académico y técnico, los servicios de orden social y asistencial y las comodidades materiales hicieran injusta cualquier algarada en nombre de legítimas y no escuchadas ansias de cambio. Hoy han sido barridas de la universidad.

Para obtener una adecuada calidad y para ofrecer efectivos servicios y comodidades, ésta deberá, en principio, afrontar sus grandes problemas internos. Ellos pertenecen, sobre todo, a cuatro niveles. Desde el punto de vista material, provienen de la masificación y de la proletarización que caracteriza hoya los

estudiantes; e igualmente, de las deficiencias en los locales y elementos de trabajo. En lo que, atañe a los profesores, cabe mencionar, dentro de excepciones cuyo número incrementa, los sueldos bajos, la voraz acumulación indebida de ellos, el continuo aumento de cátedras sin plan orgánico, la burocratización que ha tomado a veces carácter cínico y, con mayor frecuencia de lo que sospechan gentes no bien documentadas, la condición intimidada de los profesores y la farsa académica. Si se observa el problema de la administración interna, aparece el peligro del tortuoso crecimiento presupuestal, desordenado y carente de beneficio colectivo y el juego de viejas o nuevas camarillas con sus características de arbitrariedad y pequeñez. Estas camarillas funcionaron alrededor de unas cuantas familias poderosas antes de 1919. Reaparecieron, bajo diversas formas, después; y frente a ellas, como un castigo, surgió en sus comienzos y volvió a aparecer luego, aunque a veces se creyera que había muerto, la fórmula del cogobierno estudiantil bajo cuyo ejercicio tampoco faltaron, a veces, estas *mafias.* Cuando se mira con objetividad a los estudiantes, son visibles, aunque existan notables excepciones, la falta de disciplina de trabajo, la prepotencia y el desprecio al estudio, una endemia a la que, repito, grupos promisores son, por cierto, inmunes. Existe la paradoja de que hay buen número de profesores más técnicamente preparados que antes, bibliotecas de alto nivel en algunos ámbitos como el que abarca el Derecho en la universidad de San Marcos (la Biblioteca Central ha sido castrada) y alumnos de primera clase perdidos en la masa; pero los años académicos son crónicamente inestables.

La universidad *es,* en principio, una institución *educativa, económica, social* y *nacional.* Desde el punto de vista *educativo* constituye un centro destinado: a) a la conservación, acrecentamiento y transmisión de la cultura; b) a la formación profesional; c) a enseñar a los jóvenes a preguntarse por iniciativa propia cuestiones fundamentales, a buscar libremente la verdad, a pensar con honestidad, a ver las cosas como son, y con esa firme base, realista, proyectarse hacia un futuro mejor y tratar de concretarlo dentro de un mundo que debe cambiar; a tratar de que las nuevas generaciones sean conscientes de los valores fundamentales y también capaces de analizarlos críticamente de modo que resulten, a la vez, dentro y fuera de la sociedad, apasionadamente ligados a ella y, más allá de sus estructuras, al mismo tiempo sus promotores para volverlas más humanas y convertirse también en fiscales con mentes y conciencias capaces de controlar el poder y no vegetar sólo como victimas de él; d) al fomento de la investigación, sin la cual una universidad no es digna de *ese* nombre. Pero este organismo cultural *es,* al mismo tiempo una entidad *económica,* ya que como persona jurídica rige un patrimonio necesariamente cuantioso. Al mismo tiempo existe en ella una esencia típicamente *social,* una comunidad cívica formada por profesores, alumnos, graduados, empleados y obreros. Y desde el punto de vista *nacional,* aparece como el lugar por excelencia para el estudio objetivo, sereno, desinteresado de los problemas del país, con el fin de contribuir a su auténtico desarrollo y para el fomento de las actividades, tanto de orden desinteresado como práctico, de extensión, asistencia e investigación de aspectos fundamentales de la realidad, así como para el nexo permanente con el mundo del trabajo industrial, artesanal y agrícola. Estos últimos son los bienes que la colectividad debe recibir de la cultura y de la ciencia, sobre todo cuando, como la nuestra, ellas esconden tantas necesidades incumplidas.

Las funciones relacionadas con el manejo de un organismo tan complejo necesitan ser diferenciadas desde el punto de vista técnico o pedagógico y desde el punto de vista administrativo, sin perjuicio de que exista un directorio o patronato superior de coordinación y alta dirección, con representantes del Estado en prudente número y libres de cualquier matiz político, así como de otros sectores o grupos. Resultó insuficiente, allá en los tiempos en que fui alumno y catedrático, el consejo universitario integrado por los decanos, entidad con múltiples e indiferenciadas atribuciones pedagógicas, económicas, de gobierno e inspección de servicios, cuya labor estuvo siempre debilitada por el manejo libre que de sus

propios asuntos hicieron tradicionalmente las facultades. Las tareas de conservación, divulgación, fomento e investigación de la cultura y de la ciencia corresponden a profesores y alumnos y allí debe funcionar, prístina y verdadera, la autonomía más completa. Del mismo modo, en su carácter de comunidad cívica y para el cumplimiento de sus deberes de servicio social y bienestar físico y cultural de quienes la integran, debe estar regida la universidad por profesores, estudiantes, graduados, empleados y obreros. Los aspectos económicos de esta persona jurídica han de ponerse, en cambio, en manos de expertos o especialistas, con una autoridad efectiva y una supervigilancia adecuada en la que participen ciertos órganos del Estado como la Contraloría General de la República. Organismos Compuestos por especialistas deben ofrecer, cuando sea necesario, asesoría a los cuerpos del gobierno universitario.

No puede dejarse hoy sola a la universidad en nombre del mito decimonónico de la autonomía. No sólo el Estado sino principalmente la sociedad deben interesarse en su suerte y sentirse responsables de la vida próspera o adversa, deficiente o eficaz que a ella y a los que con ella tengan que ver, les quepa. En el cumplimiento de las tareas universitarias deben integrarse cuatro elementos: el cuerpo docente o profesoral; el cuerpo discente o escolar; el cuerpo circunviviente, esto es, la sociedad; y el cuerpo regente o el Estado.

Las consideraciones anteriores han de parecer ociosas o ingenuas si se observa el ambiente de turbulencia que impera en gran parte de nuestras universidades, muchas de ellas creadas en los últimos tiempos por razones políticas o de orgullo regional, gracias a la monstruosa libertad de que los legisladores gozaron en este ámbito, como en tantos otros, dentro de la Constitución de 1933 a las que se añadieron otras erigidas con finalidades de provecho particular. Pero quizá tengan a pesar de todo alguna validez, siquiera en parte, en aquellas entidades que, de un modo perfecto o imperfecto, exhiben un mejor estado de salud o tienden a recobrarla. Cabe preguntar si, de acuerdo con lo que insinúa Bourricaud, debemos modificar sustancial mente las ideas que el siglo XIX nos legó acerca de la llamada *instrucción superior* y, en consecuencia, analizar si es posible entre nosotros la creación de verdaderos centros de estudios y de investigación de alto nivel fuera de las universidades, inmunizados contra los fenómenos sísmicos en ellas prevalentes, por lo menos contra los peores aunque libres de la política y muy atentos a la vida social y muy adentrados en ella. No podemos estar de acuerdo con los jóvenes de Arequipa para quienes "no hay belleza con pobreza".

Tampoco es sensato aceptar que no debe trabajarse en pro de la ciencia y de la cultura dentro de la injusticia social. Es evidente que, sobre todo en nuestro tiempo, hay que buscar algún sitio donde, jóvenes de gran capacidad, cualquiera que sea su origen familiar, puedan ser educados en una atmósfera de rigor competitivo, precisamente para capacitarse ante los graves problemas de su mundo, de su tiempo y del futuro. (VH, pp. 215-224)

La crisis de la Universidad

La Universidad de San Marcos ha entrado en crisis en los últimos cuarenta años. Esta crisis tiene múltiples aspectos, entre los que cabe señalar:

1) *La crisis del crecimiento*
2) *La crisis relacionada con la extracción social del alumnado*
3) *La crisis en lo concerniente a local* y *equipamiento*
4) *La crisis económica.*
5) *La crisis de organización.*
6) *La crisis que refleja las transiciones políticas por las que han ido pasando el*

país y *el mundo*

7) *La crisis de filosofía educacional*

Así como hay una explosión demográfica en toda América Latina, ha habido una explosión estudiantil en San Marcos a lo largo del siglo XX. Una simple referencia a las estadísticas del número de matriculados lo comprueba:

1902:976

1907:789

1912:1164

1917:1331

1923:1392

1928:1849

1930:2201

1937:2237

1942:2651

1947:8102

1950:9418

1957:10,442

1964:13,966

La ley de Instrucción de 9 de marzo de 1901 había pretendido bifurcar la enseñanza secundaria al crear colegios donde se enseñaba las materias necesarias para el ingreso a los establecimientos de cultura superior y liceos para atender a las necesidades de la vida social con asignaturas aplicables a la agricultura, el comercio, la minería o las artes mecánicas. Esta tentativa no tuvo larga duración. La ley de 7 de enero de 1902 creó los colegios secundarios de enseñanza elemental y con sentido práctico, con cuatro años de estudios, y separó de ellos la enseñanza preparatoria para la instrucción superior o profesional que organizó en las Facultades de Letras y de Ciencias. Pero al recargarse los planes de estudio de los colegios y al no ponerse cauces a la orientación preuniversitaria de ellos, sus egresados creyeron natural, conveniente y hasta necesario para su prestigio personal, familiar o social aspirar a tener grados académicos. La clase dirigente, preocupada, sobre todo, por la fortuna emanada por la agricultura de exportación, deseosa de tener mano de obra barata, no dedicó seriamente su interés a orientar a la juventud hacia la educación vocacional o técnica.

El crecimiento de la población estudiantil ha estado acompañado por la proletarización de ella. A la Universidad de San Marcos ya no van ahora sólo los hijos de los ricos y de alta clase media (que, en busca de mayor estabilidad en los estudios, una mayor disciplina en el aprendizaje o por otras circunstancias, suelen preferir a la Universidad Católica).

A pesar del notable desarrollo de las matrículas, el local, las facilidades materiales y el equipo de San Marcos no han alcanzado, hasta hace poco, por lo general, modificaciones sustanciales. Los casos de nuevas facilidades ofrecidas por las Facultades de Medicina y Medicina Veterinaria han sido una excepción. Las facultades que ocuparon el local histórico del Parque Universitario y que existían en 1902 - Letras, Ciencias, Derecho, Ciencias Políticas, hoy Ciencias Económicas- han ofrecido hasta 1962 las mismas aulas que entonces. La universidad no llegó a buscar siquiera la expropiación "de las casuchas que complementan la manzana cuyo frente da al Parque Universitario. Tampoco, no obstante contar desde 1922

con adecuados terrenos en la avenida Arenales, logró repetir lo ocurrido con la Universidad de Ingeniería, que construyó hacia 1944 su magnífico local dividido en múltiples y modernos compartimentos [*]. La institución que es el símbolo del saber científico ha manejado con empirismo su economía y su patrimonio.

El desarrollo obtenido en los últimos tiempos ha implicado, a la vez, el aumento de Facultades, institutos, departamentos, catedráticos y personal administrativo. En 1902 existían las siguientes seis facultades: Letras, Ciencias, Teología, Jurisprudencia, Ciencias Políticas y Administrativas y Medicina. La evolución posterior ha elevado su número a diez: Letras, Ciencias, Derecho, Ciencias Económicas, Medicina, Educación, Química, Farmacia, Odontología, Medicina Veterinaria. Los institutos y los departamentos han proliferado. La cantidad de catedráticos y empleados ha crecido considerablemente [**]. Ya un estudio publicado en 1912, después de hacer un examen de los presupuestos universitarios entre 1901 Y 1908, anotaba la tendencia de ellos hacia la gravitación sobre los sueldos de los catedráticos y empleados, más que sobre la adquisición de útiles y gastos generales. Esta tendencia se desarrolló más al aumentar las rentas. *La falta de una reglamentación y de órganos de verdadera supervigilancia administrativa y económica ha coadyuvado a la inflación burocrática.*

La Universidad de San Marcos no ha tenido hasta hace poco tiempo rentas suficientes ni ha dado la mejor aplicación posible a las que poseyó. No ha podido cubrir sus necesidades con sus ingresos propios, con el producto de impuestos especiales y con las partidas específicas que le otorga cada año el presupuesto de la república. No ha llegado a la situación de, contar con fondos seguros, permanentes, con tendencia al crecimiento, a través no sólo de cuotas tributarias adecuadas sino también de la asignación de tierras, fincas y valores y de una adecuada administración de su patrimonio que permita dedicar las partidas anuales dadas por el Parlamento sólo a los gastos extraordinarios. Cuando el Estado vivió en la prosperidad y contribuyó, a veces pródigamente, al desarrollo material de Lima y del país (en los períodos 1922-1929, 1935-1939, 1940-1945, 1950-1955), no tuvo verdadero interés en el progreso efectivo de esta institución autónoma, inquieta, levantisca; la trató en el fondo, con recelo, como una entidad extraña parapetada en su autonomía. A lo más el Estado vio a la universidad como cuestión de carácter policial; le preocupó que estuviera tranquila, que no alterase el orden en las calles, para lo cual intrigó para que fuesen elegidos rectores amigos y, cuando creyó necesario, apeló a la prisión y al destierro de profesores o estudiantes.

Dentro de las circunstancias que, rápidamente se ha anotado *se agra*vó *la crisis* de *la estructura misma* de *la universidad.* El mismo régimen institucional otorgado por el liberalismo decimonónico cuando fueron *fe*derados San Marcos y los Colegios de San Carlos, San Fernando y Santo Toribio, siguió funcionando. El gobierno de las facultades por las juntas de catedráticos que elegían a los Decanos y podían recibir de estos prebendas y mercedes, la laxa autoridad del concejo universitario y del rector habían creado, hacia 1919, camarillas gobernantes. Contra las camarillas no era posible plantear la alternativa de la presencia del Estado que es, salvo en aislados momentos, arbitrario y empírico y, casi siempre, está teñido de beligerancia política. Tampoco se llegó a acudir a los graduados y a la colectividad.

Los únicos que tomaron una posición activa y constante frente a la crisis de la estructura universitaria fueron los estudiantes; y ellos, de acuerdo con el espíritu y la ideología del movimiento reformista propagado en todo el continente desde

[*] Otra de las muestras del descuido o de la ineptitud de la universidad ha sido, durante largos años, el abandono en que ha tenido el espléndido lote de la Av. Arenales. El modesto Museo de Historia Natural erigido en uno de sus sectores no es, ni con mucho, lo único que ha podido hacerse en un predio cuyo valor ha subido tanto con el paso de los años.

[**] En su memoria de 1964 el rector de San Marcos, Mauricio San Martín, menciona 1909 miembros del cuerpo docente, 758 empleados administrativos y 353 empleados de servicio interno.

Córdoba en 1918, proclamaron el postulado de su propia representación. *Las delegaciones estudiantiles impuestas* en *los consejos* de *las facultades y* en *el consejo universitario fueron;* en *1920 co*mo en *1930, como* en 1946-48, *como a partir* de 1956, un *castigo a los catedráticos que habían tenido* posiciones *dirigentes y que, salvo excepciones honrosas, no habían sabido dar soluciones* de *justicia, eficiencia y estabilidad a la crisis* de *la institución.*

Al drama institucional se sumaron las resonancias en el ámbito universitario de las tormentas políticas que azotaron al país. Las formas tradicionales de democracia aparente o nominal entraron en crisis a partir de 1919. El último acto ceremonioso y pacífico del predominio de la república aristocrática en la Universidad de San Marcos se verificó acaso el año de 1915 cuando los catedráticos, pertenecientes entonces a la clase social más alta, eligieron rector a *José* Pardo y Barreda, que había sido presidente del Perú entre 1904 y 1908, como una especie de acto preliminar para su nueva elección como *Jefe* del Estado que tuvo lugar en aquel mismo año. La crisis del antiguo régimen se inició cuando logró imponerse en 1919 el caudillaje demagógico de Augusto B. Leguía, muy popular entonces entre los estudiantes. En los años siguientes al ideal de la lucha por las ideas democráticas y por la reforma universitaria (o sea contra la dictadura en el gobierno del país y contra las camarillas en el manejo de la universidad) fue uniéndose la inquietud ante los graves problemas sociales internos y ante los acontecimientos del mundo. Esa intranquilidad pareció desaparecer en algunos años; pero renació después más vigorosa. El malestar en al ámbito de la juventud fue como un síntoma de un malestar social más hondo que se ha vuelto crónico en los últimos treinta años ya veces anuncia una violenta revolución. Intentos de "dictaduras organizadoras" e intermedios democráticos con tendencias al desborde demagógico se han sucedido en todo este tiempo. El miedo de las altas clases a las grandes transformaciones ha ayudado al renacimiento del militarismo y a la crisis de la legalidad. Los estudiantes no sólo se han incrementado, se han proletarizado y se han vuelto permanentemente descontentos; también se han politizado. Los partidos nuevos de carácter más o menos radical se han lanzado afanosa y persistentemente a conquistar el alma de la juventud. El local universitario, situado en el centro de la ciudad, resultó eventualmente asilo y reducto de obreros y agitadores y un centro ideal para las algaradas y los tumultos. El patio principal, escenario de tantas asambleas ruidosas, se convirtió en un verdadero *no man's land.*

También hubo una crisis de *filosofía educacional.* Salvo el caso de figuras aisladas y aun de ciertos organismos excepcionales, la universidad como institución, colectivamente, no ayudó a la formación de una *Weltanschauung,* es decir, de una concepción del mundo, una interpretación del hombre, de la vida, del país, de la época. Careció de todo plan para acentuar en su enseñanza ciertos valores, necesidades, tendencias o formas a través de las cuales la nación podía utilizar y recobrar en energía humana, en inteligencia creadora, en esfuerzo técnico, lo que gastó y diseminó en esa empresa educativa. Enseñó Derecho sin un intento de estudiar el problema que resultaba de la necesidad de dar un cauce jurídico al desarrollo y a la transformación del país. Enseñó historia nacional desdeñando o poniendo de lado los esfuerzos para interpretarla, ubicarla o tener de ella un concepto orgánico. Se despreocupó por la historia moderna y contemporánea. Evadió las grandes cuestiones de las ciencias políticas de nuestro tiempo, y las dejó a merced del propagandista y del demagogo. Enseñó las disciplinas económicas con empirismo y superficialidad, salvo notables excepciones. Permaneció al margen de los otros niveles de enseñanza y aun de las otras instituciones de cultura superior, sin dar rumbos a la escuela primaria y al colegio secundario. No colaboró a través de sus organismos o de sus figuras representativas cuando surgieron cuestiones como la de la moneda; ni suministró elementos científicos o técnicos para orientar o estimular el proceso de la industrialización del país. No orientó a sus hijos con un pensamiento vivo y

moderno que superase el dogmatismo invívito en los totalitarismos fascista y comunista. Con la excepción de ciertas facultades, institutos y catedráticos, permitió y hasta facilitó a veces la desgana para el estudio y la laxitud en las exigencias académicas.

El movimiento estudiantil que surgiera en 1919 dentro de la universidad y que pareció ahogado por las preocupaciones netamente políticas de los diez años siguientes renació -como ya se ha relatado- en 1930, 1931 y 1932, superando lo que había ocurrido en el pasado.

San Marcos estuvo clausurado entre mayo de 1932 y agosto de 1935. La representación estudiantil y otras reivindicaciones del alumnado fueron abandonadas por el estatuto promulgado por el gobierno del general Óscar Benavides el 28 de junio de 1935. Tampoco fueron aceptadas en la Ley de Educación Nº 9359 de 1° de abril de 1941. Pero cuando surgió en 1945 un renacimiento democrático, los días de 1919 y 1930-31 volvieron, intensificados, a encarnarse en una nueva generación, con tendencias extraacadémicas. Vino entonces la ley Nº 10555 de 10 abril de 1946 para otorgar a los estudiantes la representación de un tercio de los organismos de gobierno de la universidad. De ahí salió el primer rectorado de Luís Alberto Sánchez. Pero en 1948 se produjo una situación política reaccionaria similar a la de 1932 y la ley Nº 10555 fue eliminada como lo había sido el decreto ley de agosto de 1931. El decreto ley Nº 11003 de 8 de abril de 1949 volvió al régimen de 1935 y de 1941. Parecía, por segunda vez, muerto el movimiento de reforma. Sin embargo, llegó la primavera cívica de 1956, un nuevo gobierno fue elegido en comicios libres y se presentó otra vez el clima que había dado lugar a la ley Nº 10555 y la ley N. ° 13417 de 8 de abril de 1960 restauró la representación estudiantil en la proporción de un tercio y dio lugar al nuevo rectorado de Luís Alberto Sánchez. (HR, t. XI, pp. 78-82)

2. LA ESTRUCTURA DEMOGRÁFICA

La población del Perú y su crecimiento

Los datos sobre la población del Perú elaborados por Melitón Carvajal en 1896 fueron objetados por Joaquín Capelo (1911) y Alberto de Rivero (1937) por considerarlos excesivos. El censo de 1940, a los sesenta y cuatro años del censo anterior (1876), presentó la cifra total de 7'023,111 habitantes para la república con inclusión de los no censados y los selváticos. El censo nacional de junio de 1961 dio, según los resultados publicados oficialmente en abril del 1964, una población total de 10'420,357 habitantes. Los nominalmente censados fueron en 19406'207,967; en 19619'906,746. Comparada dicha cifra total con la del censo de 1940, veintiún años atrás, señala un crecimiento de 48.8%, uno de los porcentajes más elevados del mundo. Este fenómeno, surgido, al parecer, desde comienzos del siglo XX, señala un contraste con el estancamiento o desarrollo pausado a lo largo del siglo XIX. Se ha producido, pues, una revolución demográfica superior a la revolución industrial y a la revolución agrícola.

Hay aquí, en realidad, un hecho universal, especialmente notorio en los llamados países subdesarrollados o sea, aparte del continente latinoamericano, en Asia y África. Hasta finales del siglo XVIII la población del mundo se caracterizó, a la vez, por la elevada fecundidad y la elevada mortalidad. La vida media en Europa no alcanzaba los 30 años y un niño de cada cinco moría en el primer año, un hombre de cada dos moría niño. Las guerras, el hambre, las enfermedades habituales, las epidemias hacían estragos. La agricultura era rudimentaria y, además de dar escasa producción a la tierra, exigía el descanso permanente de una parte del suelo arable. La medicina no llegaba a ser todavía una ciencia. La introducción de nuevos cultivos y nuevas técnicas agrícolas, el descubrimiento de la

inoculación, que redujo la malignidad de las enfermedades infecciosas, unido a otros importantes adelantos de la medicina, la difusión de prácticas higiénicas y sanitarias, el alza del nivel de vida dentro de algunos sectores de la población han contribuido, a través de un largo proceso, en forma creciente, a la revolución demográfica. No ha sido un fenómeno súbito ni fácil. Pertenece a un tiempo histórico que se mueve mucho más lentamente que los acontecimientos y los personajes y actúa debajo de ellos; pero ejerce, a la larga, una influencia más poderosa. Alfred Sauvy, el maestro de la escuela demográfica francesa contemporánea, ha escrito en su libro *L'EuTope et sa population* (París, 1955) y su afirmación tiene valor general: "En una época en que la medicina y aun la investigación científica eran comerciales, el proceso de las técnicas médicas y su difusión sólo eran posibles en cuanto fueran aparejados con el progreso técnico en general y con el ensanchamiento del soporte económico".

Ya al avanzar el siglo XX la característica más resaltan te de la "explosión demográfica" surgida en los países subdesarrollados ha sido el alto índice de natalidad como el número crecientemente mayor de victorias en la lucha contra la muerte. [*] Con esos niveles y con la elevada mortalidad infantil, la duración probable de la vida en países como el nuestro ha sido en promedio, corta, acaso cerca de 34 a 40 años. [**] En su composición, la población del Perú, como la de las demás naciones en análogo estado es relativamente joven. En el censo de 1940 el grupo más numeroso en razón de su edad fue el de los niños con menos de cinco años, que sumó el 15.5% del total de la población. El siguiente lugar correspondió a las edades entre cinco y nueve años con el 14.9% y a continuación vino el sector de diez a catorce años con 11.7%. Los peruanos hasta catorce años sumaban el 42.1 % de la población. [***] Los países con población joven se caracterizan por un alto índice de natalidad y por el incremento sucesivo de cada generación de adultos, o sea de procreadores potenciales. Además, los índices proporcionalmente subidos de natalidad y de mortalidad y la corta duración probable de la vida no sólo llevan consigo un significado en términos de felicidad y bienestar humanos sino que también ostentan implicaciones económicas. Por ejemplo: los hombres adultos en edad de trabajar tienen, por cierto, que hacerse cargo de más dependientes y la aptitud adquirida en determinados ramos la pierde la colectividad después de una utilización relativamente breve.

Los datos detallados sobre mortalidad son difíciles de obtener, sobre todo porque una fuerte proporción de las defunciones no está certificada por médicos, al menos en cuanto a su causa. La tuberculosis, las infecciones intestinales, inclusive la diarrea y la enteritis, las fiebres tifoidea y paratifoidea, las disenterías, el paludismo y las enfermedades infecciosas agudas como la tos ferina y el sarampión juegan un importante papel. Las enfermedades venéreas hállanse muy propagadas; la prostitución clandestina es más peligrosa para diseminarlas que la de las mujeres públicas registradas a pesar de las deficiencias en la supervigilancia de ellas. La lepra presenta un problema especial no tanto por su importancia epidemiológica como por la atención que le dedica el presupuesto de la república. Los alumbramientos son particularmente azarosos tanto para la madre como para el niño. Las deficiencias en la alimentación no sólo actúan como la causa directa e

---

[*] Los estudios realizados han llegado a determinar que la mortalidad ha descendido notablemente en los últimos veinte años en el Perú. la tasa bruta de mortalidad, probablemente superior al 30% en 1940, ha sido estimada entre el 17 Y el 19% a la fecha del censo de 1961

[**] Se ha calculado que la esperanza de vida al nacimiento, esto es, los años de vida que, en promedio, tendrían por vivir cada uno de los miembros de una generación de nacimientos, ha sido en el Perú para la década 1940-50 de 34 años; y de 47 años para el periodo 1950-60. En 1991, fecha del censo, la esperanza de vida habría sido del orden de 52.5 años.

[***] En el cálculo que se ha hecho oficialmente, con cifras corregidas del censo de 1961, la población con menos de 15 años correspondía al 44.6%, la de 15 a 64, al 51.8% y la de 65 y más al 3.6%. La población económicamente activa sólo representa un poco más de la mitad de la población total. la edad media de la población de ambos sexos es de 22.8 años.

indirecta de muchas enfermedades, sino que el estado nutritivo mismo da una medida del estado de salud. La desnutrición es característica de una gran parte del pueblo peruano, como de los pueblos latinoamericanos. Se manifiesta en formas diferentes como peso, estatura y otras medidas anormales, reducida capacidad de trabajo y presencia de determinados síntomas clínicos. La causa inmediata de las deficiencias nutritivas proviene de una dieta proporcionalmente baja en proteínas, grasas, vitaminas y minerales esenciales. Para muchos individuos la situación se agrava por la presencia de enfermedades debilitantes e invasiones parasitarias. Entre los factores principales de la desnutrición están la falta de comprensión popular, las dificultades de orden económico y los hábitos dietéticos. Otros elementos que afectan la salud son el clima, los recursos naturales, la naturaleza y fertilidad del suelo, la vivienda y las condiciones específicas del trabajo. No debe omitirse, además, la sanidad general, inclusive la necesaria e incumplida purificación del agua y la leche, la adecuada destrucción de basuras y el tratamiento de aguas negras, la exterminación de los insectos y los roedores que portan microbios, como factores importantes para la eliminación de las enfermedades infecciosas agudas.

Graves como son, desde un punto de vista histórico y actual, los hechos que encuéntrase al estudiar todos estos problemas y los que le son análogos conviene insistir en la muy alta proporción de muertes atribuibles todavía a causas remediables por medios de controles conocidos-, no debe dejarse de tomar en cuenta, por otra parte, las mejoras, a veces muy importantes, obtenidas en tiempos recientes en comparación con el pasado, dentro de algunos sectores sociales.

No se ha hecho todavía la historia de la vacuna antivariolosa en el Perú. Empezó en los últimos días coloniales con la llegada de la expedición que España enviara bajo la jefatura de José Calvany en 1805, durante la administración del virrey Gabriel Avilés. La guerra de la independencia y sus secuelas hicieron posponer este problema. El gran combate emprendido contra la viruela, el principal agente de la mortalidad infantil en aquella época, sólo se reanudó con el decreto de 5 de febrero de 1845 que dio normas para la propagación de la vacuna y con la ley de 27 de noviembre de 1847 mediante la cual se crearon vacunadores ambulantes. No debieron estas normas y las que señaló el decreto de 5 de octubre de 1852 tener aplicación muy vasta cuando surgió rápidamente la epidemia de 1859-61 que provocó la acción conjunta del gobierno y de la Facultad de Medicina (resolución de 14 de diciembre de 1859 y circular a los prefectos del 21 de setiembre del mismo año). Comenzaron a funcionar desde entonces una comisión central de vacuna, así como juntas departamentales.

Otras epidemias de viruela surgieron en 1826, 1828, 1832, 1838 (traída por el ejército chileno), 1847, 1852, 1863, 1873, 1885, 1891, 1896, 1902, 1907. La malignidad de ellas ha tendido a decrecer notablemente, salvo en algunos lugares de la sierra.

Aparte de dichas epidemias, ha habido algunas más. El cólera amenazó en 1883 sin llegar a propagarse. La fiebre amarilla, originaria de las Antillas, hizo estragos en 1854 y 1856 y 1867-68; y apareció también en el Callao en 1848, en toda la costa en 1852-54 y 1875, 1882 (entre el ejército chileno de ocupación acantonado en Salaverry) y 1897 (en las provincias de Chiclayo, Pacasmayo y Truji1lo). Pero, en contraste con otros países tropicales como el Brasil, la fiebre amarilla no halló en el moderado clima de la costa muchos factores propicios para incubarse y desarrollarse en forma permanente. La bubónica se presentó por primera vez en 1903 y pudo ser dominada.

Hubo epidemias de gripe en diversas épocas; entre ellas estuvieron los años 1819, 1851, 1863, 1877, 1895, 1900. A veces esta enfermedad ostentó un nombre de circunstancias. Así fue conocida en Lima como la "Piadosa" en 1819, por su carácter benigno; la "Ferrolana" en 1851 por su coincidencia con la llegada de la

fragata española del mismo nombre; la "Mala Fe" y "Abrazo de Pinzón" en 1863; la "Argolla" y "Emisión Meiggs" en 1877; "Abrazo de don Nicolás" en 1895; "Abrazo de Romaña" en 1900.

Menos frecuencia tuvieron las epidemias de difteria, escarlatina, colerina (a veces confundida con la gripe), tifus exantemático, disentería, meningitis cerebroespinal (1910). En febrero de 1860 aparecieron por primera vez en la costa del Perú casos de beriberi entre los tripulantes del buque granadino *Napoleón,* procedente de China e islas Sándwich.

El beriberi tuvo su escenario propicio en la selva y representó el papel de un personaje principal en la campaña del Caquetá.

El reglamento del 10 de setiembre de 1826 creó las juntas de sanidad en toda la república. Entre otras normas, este reglamento señaló las correspondientes a las cuarentenas de los buques, luego ampliadas por el decreto del 25 de setiembre de 1850. La primera ordenanza de policía sanitaria de Lima fue de 1879. El gobierno de Iglesias expidió, con fecha 10 de octubre de 1884, un Reglamento General de Sanidad. Acerca de la erección de la Dirección de, Salubridad y de la obra de esta oficina, se ha tratado ya en el presente libro.

Falta estudiar documentalmente las principales fases en la historia de la lucha contra la muerte en el Perú. Importantes capítulos dentro de ella son los victoriosos combates contra la viruela, la fiebre amarilla, el paludismo y otras dolencias. Durante muchos años el paludismo fue el implacable enemigo de los trabajadores de los valles de la costa. La circunstancia de que en ellos se cultivara de preferencia la caña de azúcar, el algodón, el arroz y otros productos que requerían abundancia de agua y, de que no existiesen métodos de cultivo apropiados para evitar aniegos e inundaciones y la formación de pozos y lugares, pantanosos o húmedos favoreció la propagación de insectos transmisores de esa endemia. El desarrollo del paludismo repercutió en forma siniestra sobre la población y sobre la agricultura misma. Pero tan triste panorama ha cambiado en gran parte y algunos de los episodios de esta batalla des gorda n los límites cronológicos del presente libro y entran dentro del tiempo contemporáneo, como los que se relacionan con la propagación de sustancias para erradicar a los mosquitos infecciosos.

Los textos escolares de Historia del Perú están llenos de detalles sobre las contiendas no sólo internacionales sino internas en nuestro país; pero callan la larga epopeya que hay en el esfuerzo eminentemente peruano de identificar, analizar y curar la dolencia típica de algunas quebradas del centro, llamada la verruga. Es uno de los más bellos episodios de la verdadera historia peruana entre fines del siglo XIX y el siglo XX [*]

No hay investigaciones sistemáticas, a la luz de estadísticas serias y de análisis minucioso, acerca de la evolución de la natalidad, o sea del índice de reproducción neta, que mantiénese a un alto nivel. Por desgracia, nuestro país es muy pobre en datos e informaciones acerca de su población, sobre todo hasta 1940.

Uno de los factores que han ejercido importante influencia ha sido el del desarrollo de la paz pública entre 1885 y 1894 Y desde 1895 hasta nuestros días con breves interrupciones. La demografía peruana del siglo XIX pagó un tributo considerable con las bajas en las contiendas internacionales y civiles. La guerra de la emancipación entre 1820 y 1824 fue muy mortífera. Luego vinieron las campañas en Bolivia en 1825 yen Colombia en 1829. Después de un corto período de paz, el año de 1834 abrió un período de intensas luchas que sólo concluyeron en 1839 para reanudarse, en un ciclo, distinto, en 1841, 1842, 1843 y 1844. La paz

[*] Sobre la verruga véase en *Historia de la República* el capítulo sobre las ciencias médicas durante el periodo aquí estudiado

lograda ese año se interrumpió en 1854 y volvió a ser rota en 1856, 1857 y 1858. Los años de 1864 a 1866 fueron de honda intranquilidad, reanudada en 1868. No se ha hecho el, cálculo acerca de cuántas vidas se perdieron durante la aciaga guerra con Chile entre 1820 y 1895 en los campos de batalla o en escaramuzas diversas; hubo los fusilados, los que murieron de penalidades, los que no soportaron las campañas, los abortos, etc. Para el crecimiento de la población indígena la paz pública relativa desde 1895 debió ser un factor más influyente que las mejoras en la técnica agrícola o el desarrollo de la medicina que dicha población conoció solo en parte o a veces ignoró.

La "explosión demográfica" de América Latina, fenómeno típico de nuestro tiempo, es uno de los temas favoritos de los economistas, de los observadores sociales, de los organismos internacionales y hasta de los políticos que se preocupan por estar bien informados. La CEPAL, organismo dependiente de Naciones Unidas, ha hecho los cálculos acerca del crecimiento de la población en el Perú, cuya dinámica marca seguramente un contraste con las cifras de la primera parte del siglo.

1940-45 9.55 %

1945-50 10.2 %

1950-55 10.6 %

1955-60 12.9 %

Estos datos resultaron al estimar los índices de natalidad en 43.0 por mil y el decrecimiento de los índices de mortalidad en 24.5 por mil durante el periodo 1940-45, y el 17.4 por mil durante el periodo 1955-60. Son menores que los efectuados por el Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública, pues en éstos aparecen un índice de natalidad entre 45 y 50 por mil y un índice de mortalidad de 15 por mil que sigue bajando.

Según la CEPAL la población del Perú crece en la actualidad en una proporción de 2.6% al año (suficiente para duplicarse en 27 años) mientras que el Servicio calcula que ese crecimiento anual es de 3,4%. Investigaciones más recientes señalan un promedio anual de 2,7%. La CEPAL calculó que en el período 1955-65 el número de los peruanos debió aumentar en casi 2.5 millones, y el Servicio estima que se duplicará en más o menos veinte años y posiblemente antes, puesto que el fenómeno del descenso de la mortalidad ya mencionado es muy visible en algunas zonas urbanas importantes.

En el informe de Arthur W. Little (1960) se lee: "No hay lugar a duda que el índice de natalidad en el Perú es prácticamente tan alto como el de cualquier parte del mundo, casi el doble del de Europa occidental y los Estados Unidos. El índice de mortalidad del Perú aún es más alto que en muchos países; en realidad poco menos que el doble del índice de mortalidad de la Argentina, Puerto Rico y el área continental de los Estados Unidos; pero lo cierto es que continuará disminuyendo en función de un mayor desarrollo de los servicios de sanidad. Nuestra conclusión es que durante la década de 1960-1970 la población del Perú aumentará de 3 a 4 millones y la fuerza laboral en más de un millón y que el país habrá duplicado su población a más o menos 20 millones en 1980.

A no ser que se realicen esfuerzos sobrehumanos para alcanzar el máximo crecimiento de la economía, empleando todo medio disponible, será difícil para el Perú mantenerse adelante de la creciente avalancha de gente y mucho menos lograr un aumento, siquiera moderado, en el nivel de vida promedio".

El crecimiento demográfico no se presenta, como ya se ha repetido, exclusivamente en el Perú. Observadores norteamericanos han anotado que, por primera vez desde los días coloniales y los comienzos de la Independencia', a partir

de 1956 hubo mayor número de hombres y mujeres en América Latina que en los Estados Unidos; y que para el final del siglo XX, dentro de una estimativa "conservadora", habrá alrededor de 600'000,000 de seres humanos al sur de la frontera de los Estados Unidos y sólo la mitad de ese número, más o menos, al norte de ella, o sea en el área angloamericana.

La inmigración y la emigración

No ha habido en el Perú inmigración en gran escala a lo largo del siglo XX salvo la japonesa, que se produjo al margen del estímulo del Estado. El aporte de los sectores de población de origen paterno o .materno europeo no español en este país no debe ser examinado desde el punto de vista numérico, que es relativamente escaso, sino en función de su facilidad para adaptarse y desenvolverse dentro del conglomerado social. En los gabinetes de Piérola entre 1895 y 1899 sólo aparece Francisco Almenara Butler con apellido no español y en los de Romaña entre 1899 y 1903 cabe mencionar a José Vicente Larraburre, Adrián Ward, Eugenio Larrabure y Unanue, Teodoro Elmore y David Matto. Entre los ministros del gobierno de 1956 a 1962 figuraron los siguientes con apellidos no españoles: Dibós Dammert, Grieve, Haaker Fort, Tirado Lamb, Montoya Manfredi, Hilbck, Labarthe, Succar, Thorndike, Zarak, Pardo Heeren, Fernández Stoll. En la junta militar que rigió al país en 1962 y 1963 estuvieron Lindley, Pease y Gagliardi. Al primer ministerio del régimen inaugurado en julio de 1963 pertenecieron: Schwalb, Luna Ferreccio, Teixeira, Granthon, Pestana, Arias Stella, Cussianovich, a los que se agregaron hasta 1968 Languasco de Habich, Morales Macchiavello, Llosa Rickets, Dammert Muelle, Montagne, Fernández Sessarego, Griffiths, Cueto Fernandini, Ferrero Rebagliati, Olcese, De Andrea, Carriquiry Maurer, entre otros.

Las oportunidades que para estimular la llegada de inmigrantes europeos en gran escala presentaron el final de la primera contienda mundial, la guerra en España y las postrimerías de la segunda gran conflagración no fueron, por desgracia, aprovechadas.

La emigración nacional está lejos de constituir un fenómeno en gran escala. En ella merece especial interés la que se hizo visible en el departamento de Arequipa con rumbo a las salitreras de Tarapacá desde fines del siglo XIX, contrarrestada por las expulsiones o el éxodo tanto en esa zona, como en Antofagasta, en Arica y en Tacna para dar lugar al fenómeno de los "repatriados" en 1911" 1918 Y 1925.

Las razas

El problema racista, tal como es entendido en África del Sur o en algunas regiones meridionales de Estados Unidos, no ha existido históricamente en el Perú como en las demás regiones de América ligadas a España o a Portugal. La disminución de esta clase de tensiones otorga a nuestros países aquí una superioridad sobre los vecinos del norte. La manumisión de los esclavos fue en el Perú un hecho relativamente fácil. Todo ello no quiere decir que no existan prejuicios ante los indios, los cholos y los negros. Pero esos prejuicios no se hallan sancionados por las leyes y, más que un hondo sentido étnico, tienen carácter económico, social y cultural. El color no impide que un aborigen, un mestizo o un negroide ocupe las altas posiciones si logra acumular una fortuna o si conquista el éxito político. Pero, a pesar de estos casos de buena suerte, hay una tremenda distancia entre los campesinos de ,una hacienda serrana, por ejemplo, y la gente cultísima y refinada de Lima, acostumbrada a viajar por Europa, una distancia que no es racial ni se basa en lugar de origen sino que corresponde a un estado de cosas que cabe denominar histórico.

Los únicos brotes de persecución racista en el Perú del siglo XX han sido

contra los chinos y tendieron a repetirse contra los japoneses durante la segunda guerra mundial.

La distribución racial de los habitantes del Perú según los censos de l876 Y de 1940 es la siguiente e indica a grandes rasgos el proceso que se desarrolló dentro del periodo que es materia del presente libro.

	1876		1940	
	Número	%	Número	%
BLANCOS Y MESTIZOS	1'040,652	38.55	3'283,360	52.89
INDIOS	1'554,678	57.60	2'487,196	45.86
ORIENTALES	51,186	1.90	45,945	0.68
NEGROS	52,588	1.95	29,054	0.47
DESCONOCIDOS	2		6,412	0.1
	2'699,106	100.00	5'851,967	100.00

De esta comparación se deduce que, históricamente, se han producido los siguientes fenómenos: 1) el crecimiento notable en el porcentaje del fenómeno del mestizaje; 2) el importante aumento numérico de la población indígena; 3) la visible disminución en cantidad y en porcentaje de los asiáticos y de los negros por un fenómeno de absorción y de asimilación. El mestizaje peruano-asiático, que a muchos preocupó hasta el extremo de estigmatizado, da buenos resultados.

En resumen, no es posible negar que la sociedad peruana carece de integración y de homogeneización.

En lo que atañe al indígena, su reivindicación es una de las grandes contribuciones de los intelectuales a partir de González Prada. El reconocimiento de las comunidades a partir de la Carta Política de 1920 señala un hito en la historia del derecho legislado; pero estuvo precedido por una numerosa cantidad de tesis, monografías y artículos favorable a ese cambio de actitud histórica, o sea resultó, en verdad, una consecuencia de las directivas emanadas del Derecho de los profesores y de los graduandos y de una conciencia cada vez más generalizada. Pero el punto de vista que ha llevado a la máxima exaltación del indio por arqueólogos, historiadores, antropólogos sociales, no sólo nacionales sino también extranjeros, con la tendencia a supervalorar la cultura andina a veces con olvido o menosprecio de la cultura criolla, mestiza o peruana en un sentido integral, exhibe a este importantísimo Y marginado personaje como víctima. Ello no es criticable en cuanto tenga una base de probidad y de objetividad; pero no abarca la totalidad del problema. Para tratar de llegar hacia ella, habría que tomar en cuenta, además, lo que existió como resistencia, o aceptación parcial aparente de ciertas normas, o formas de vida, o ideas o creencias por la población indígena a través de las generaciones; y también lo que nació a lo largo de los siglos de una mezcla o combinación o confusión entre lo que dichos grupos humanos recibieron como tradición, o en su hora, como novedad.

Hay quienes tratan de resucitar la tesis de las repúblicas quechuas y aimaras con que los comunistas de 1929 trataron de oponerse a José Carlos Mariátegui.

Quienes propugnan ideas tan peregrinas usan el idioma castellano. Olvidan que las manchas de las razas mencionadas no están ubicadas predominantemente en zonas específicas del territorio, como ocurre, por ejemplo, en España con el País Vasco. El quechua hablado en las regiones serranas del sur no lo entienden los moradores del centro ni los del norte, a su vez, separados entre sí por las mismas razones.

Lógico entonces es aceptar, aunque sea desde no iguales posiciones

ideológicas, la idea de José Carlos Mariátegui, que también siguen por sus propias rutas modernos escritores como Julio Cotler en su valiosa obra *Clases, Estado* y *Nación en el Perú* (Lima, 1977) al adoptar una visión positiva de la realidad peruana no obstante la desarticulación existente entre clases, nación y Estado, con el proyecto de buscar su coherencia o su solidificación dentro de esquemas que pueden variar según el pensamiento de cada cual.

Los idiomas

Acerca de los idiomas hablados en el país, el censo de 1940 ofreció las siguientes cifras:

	%
Únicamente castellano	46.7
Castellano y uno o más idiomas extranjeros	1.7
Castellano y un idioma indígena únicamente	16.6
Idioma indígena	35.0

Aparece, pues, de estas cifras aunque ellas sean inseguras: 1) que los que sólo manejaban en 1940 los idiomas indígenas eran un grupo importante pero menor que los considerados racialmente como aborígenes; 2) que quienes hablaban únicamente castellano llegaban a una cifra inferior a la de la mayoría nacional aunque superior al sector anteriormente mencionado; 3) que esa mayoría hallábase integrada en proporción pequeña por quienes hablaban castellano y también este idioma y uno indígena. [*]

Los porcentajes antedichos varían, en los departamentos de la sierra del sur, favorablemente a quienes siguen aferrados a la tradición aborigen y constituyen un problema. En la sierra del centro, en gran parte y, sobre todo, en la sierra del norte los indios se han "castellanizado".

Desde el punto de vista educacional, la persistencia exclusiva del quechua y del aimara en las zonas donde los índices del analfabetismo son más altos corresponde al proceso histórico de difusión desigual de la cultura aportada por España al Perú en el siglo XVI. Según cálculos hechos en el Ministerio de Educación Pública con relación al 30 de junio de 1957, había entonces en el Perú, entre los 7 y 16 años, una población alfabeta de 1'257,253 y una población analfabeta de 943,575; y entre los 17 y más años una población alfabeta de 2'310,673 y una analfabeta de 2'401.905. Es decir, la cantidad de analfabetos superaba en el país la cifra de 3 millones y 345 mil personas [**]

Los idiomas indígenas (incluyendo los de la selva) no pueden ser ignorados por el legislador, el político, el educador, el funcionario en este país.

La tarea de enseñar a leer y a escribir a los niños y adolescentes y de impartirles al mismo tiempo otros conocimientos básicos necesita urgentemente tener el complemento y el paralelo indispensable en la educación fundamental que, dentro de cauces propios, deben recibir los adultos. El educando no es hoy sólo el niño; lo es toda la población que necesita elevar su nivel de vida. Al acercarse a los

---

[*] Entre 1940 y 1961, la población que habla castellano se incrementó con el 13.1 por ciento de la población de habla quechua, el 3.6 por ciento de la que habla aimara y el uno por ciento de la que usaba los dialectos aborígenes e idiomas extranjeros. Actualmente, según el censo. Habla castellano el 65 por ciento de la población peruana, correspondiendo el 33 por ciento al quechua y el resto a los demás idiomas. Estas cifras son también inseguras.

[**] las cifras del censo de 1961 son: 5'423.000 personas con 17 años o más, de los cuales 2'162,300, o sea el 39.87%, no sabían leer ni escribir. Este porcentaje fue de 57.60% en el censo de 1940.

sectores más disgregados del alma nacional se constata que, en la mayoría de los casos, su habla no es el castellano, sino, sobre todo, el quechua o el aimara. Los porcentajes más bajos del alfabetismo están, según los cálculos del Ministerio de Educación en 1957 ya mencionados, en Huánuco (37.80%), Puno (30.87%), Cuzco (28.43%), Huancavelica (28.26%), Ayacucho (26.70%) y Apurímac (22.75%), es decir, en zonas donde predominan los idiomas indígenas. El castellano debe ser el medio usual de comunicación de unos peruanos con otros peruanos. Constituye, además el instrumento que, por su vasta área léxica, los puede poner en contacto con la cultura y la ciencia de nuestro tiempo, pues aun en la actual era de la velocidad, del aeroplano, de la energía atómica y del comienzo del transporte teleguiado, no se ha difundido ni parece propagarse una lengua universal. Pero en relación de los sectores de la población peruana que no usan, en sus hogares o entre ellos mismos, el idioma español o que lo hacen deficientemente, despreciar, ignorar o vilipendiar el que emplean en la vida cotidiana no sólo seria fútil sino cultural, política y socialmente insensato. El desarrollo de la radio, el cine, y, en general, el adelanto de las llamadas ayudas audiovisuales dan al empleo en el lenguaje hablado y dentro de él a los idiomas aborígenes una posibilidad de utilización que no se ha llevado a cabo y que el escrito nunca podrá tener. La enseñanza en dichos idiomas, oral y también escrita, puede así ser un instrumento de trabajo básico para ampliar los conocimientos, ayudar a elevar el nivel de vida, fortalecer la conciencia nacional y la concepción del mundo, servir como puente y camino y favorecer la progresiva participación en el quehacer común de los grupos de población que han nacido y crecido dentro de dichos lenguajes. Es necesario, por cierto, que el Estado y las instituciones de cultura, con la ayuda de organismos internacionales hagan estudios especiales que durante demasiado tiempo han estado descuidados sobre la técnica o el método para facilitar el bilingüismo de estos importantes sectores nacionales, para orientados en el sentido de conseguir resultados fecundos.

El desarrollo de la población urbana

La ruralidad ha sido tradicionalmente el cimiento profundo de la vida nacional. Desde fines del siglo XIX comenzó a esbozarse un creciente desarrollo urbano. Este proceso se derivó del aumento de la población y también de la corriente emigratoria del campo a la ciudad y de la provincia a la capital, así como, en gran parte, de la política anexionista de las ciudades respecto á los poblados limítrofes. En la capital comenzó a tomar mayor impulso, a partir de 1918, con un tímido progreso industrial a lo que se agregó como fuerza de atracción entre 1920 y 1930, la apertura espectacular de nuevas zonas de residencia y trabajo. Sumáronse a dichos factores, cuyo ritmo llegó luego a acelerarse, el sistemático impulso a una política vial y la mejora de las comunicaciones aéreas después dé 1933 que prosiguieron y desarrollaron un proceso iniciado en el oncenio. En los años posteriores a la segunda guerra mundial todas estas circunstancias llegaron a acelerarse notoriamente, en especial el progreso de las industrias y de los transportes y el incesante avance de las urbanizaciones y de la vialidad. Al aumento natural de la población urbana se agregaron el incremerito más considerable de la migración interna del campo a la ciudad y de la Zona andina a la costeña. Este fenómeno tomó luego caracteres aluviónicos en Lima; y ha amenazado convertir a Arequipa en ciudad indígena. Faltan estudios monográficos sobre los casos de las ciudades provincianas.

A lo largo del siglo XIX se suceden cuatro etapas en la historia de Lima. Hasta 1870, más o menos, la fisonomía de la capital no tuvo cambios de importancia, salvo edificios aislados. En la época de Balta, Lima crece con la destrucción de las murallas y el surgimiento del Parque de la Exposición. Piérola inicia la transformación contemporánea, en 1895. Pero este proceso alcanza vertiginoso ritmo con Leguía a partir de 1920. Hasta entonces la ciudad, como ya se ha

repetido, terminaba por el sur en las cuadras cercanas al Paseo Colón. Se inicia así un vertiginoso ensanche en los barrios residenciales que se ubican en las zonas periféricas así como también en las áreas industriales y en los sectores históricos donde surgen a veces irreverentemente nuevas calles, casas y avenidas, a veces sin belleza arquitectónica para destrozar aun en su centro mismo la fisonomía tradicional de la ciudad de los virreyes. Así como los ferrocarriles necesita ron vías de acceso a la urbe y estaciones dentro de ella, los automóviles provocaron un cambio en el firme y en el ancho de las calzadas; los tranvías, el alumbrado eléctrico (como antes el de gas), los edificios de hormigón y los nuevos tipos de construcciones de utilidad pública (mercados, industrias, galerías comerciales) influyeron de modo decisivo en el curso del urbanismo. Surge igualmente, a partir de 1920, más o menos, un desnivel mayor entre las comodidades y servicios que ofrece la capital y los de las ciudades de provincias con una falta de proporción que antaño no era tan radical. El terremoto de 1940 acentuó la significación de las primeras barriadas en Lima y Callao. A partir de 1946, más o menos, comenzó, en contraste con el lujo de determinados distritos y sectores, el incremento acelerado de esas urbanizaciones clandestinas, de bajísimo nivel de vida, expresión del ruralismo serrano fugado a la capital en ruda contradicción con las comodidades de los sectores favorecidos por la fortuna.

Según el censo de 1961, la población rural cubre el 52.6% del total y la urbana el 47.4%. En el periodo intercensal la población urbana ha crecido a una tasa media anual de 3.63%, mientras que en la zona rural, lo ha hecho a un 1.21 %. Así pues, la población urbana ha crecido a un ritmo tres veces superior a la rural los últimos veinte años. En ello han influido las corrientes migratorias del campo a la ciudad.

La literatura contra Lima iniciada por González Prada en *Horas de lucha* tuvo repercusiones en las dos primeras décadas del siglo XX. Federico More llegó a escribir un libro titulado *Lima contra el Perú, Chile y* Bolivia. Sin embargo la gran afluencia de provincianos a la capital (cuyo número ha sido calculado en el 64% del total de ella), las amplias perspectivas abiertas por el desarrollo fabril[*I, por la mayor facilidad de comunicaciones con la sierra del centro y con el resto del país y las que provienen del tráfico aéreo y del movimiento portuario del Callao, crean realidades industriales, comerciales y económicas en general, ante las cuales no puede afirmarse que Lima representa tan sólo un núcleo parasitario de tipo meramente burocrático o cortesano. Al mismo tiempo, surgen serios problemas ante la excesiva concentración administrativa, política, demográfica o industrial y urgen planes para realizar experimentos descentralizadores en la vida estatal, sin desmedro de la unidad nacional y para procurar el encauzamiento del éxodo rural y el planeamiento orgánico de una economía más dinámica y productiva con múltiples focos de expansión.

La población de las ciudades capitales de departamento fue la siguiente, según el censo de 1940 y según el censo de 1961:

[*] En la zona Lima-Callao se concentran 3/4 de los establecimientos fabriles, 2/3 del personal que trabaja en la industria registrada y cerca de 2/3 del valor total de la industria manufacturera (Fernando Romero, *Educación* y *desarrollo económico,* Lima, 1963, p. 194)

Departamentos	Ciudades Capitales	2 de Julio de 1961	9 de junio de 1940
Amazonas	Chachapoyas	6,860	5,145
Ancash	Huaraz	20,345	11,054
Apurímac	Abancay	9,053	5,332
Arequipa	Arequipa (1)	135,358	60,725
Ayacucho	Ayacucho (2)	23,768	16,642
Cajamarca	Cajamarca (3)	22,705	14,290
Prov. Consto del Callao	Callao	155,953	69,406
Cusco	Cusco (4)	79,857	40,657
Huancavelica	Huancavelica	11,309	7,497
Huánuco	Huánuco	24,646	11,966
Ica	Ica	49,097	26,729
Junín	Huancayo [4]	64,153	36,958
La Libertad	Trujillo	100,130	20,896

Notas. Por lo general, la *población* de las ciudades capitales es la que corresponde al área urbana del distrito sede de la capital departamental.

[1] La ciudad de Arequipa, a la fecha del Censo de 1961, estuvo integrada por el sector urbano de los distritos de Arequipa y Miraflores.

[2] La ciudad de Ayacucho, a la fecha del Censo de 1961, estuvo integrada por el Sector urbano de los distritos de Ayacucho y San Juan Bautista.

[3] La ciudad del Cuzco, a la fecha del Censo de 1961, estuvo integrada por el sector urbano de los distritos de Cuzco, Santiago y 24 de Junio.

[4] La ciudad de Huancayo, a la fecha del Centro de 1961, estuvo integrada por el sector urbano de los distritos de Huancayo, Chilca y El Tambo.

Departamentos	Ciudades Capital	2 de Julio de 1961	9 de Junio 1940
Lambayeque	Chiclayo	95,667	31,539
Lima	Lima (5)	1'436,231	520,528
Loreto	Iquitos	57,777	31 ,828
Madre de Dios	Puerto Maldonado	3,518	1,032
Moquegua	Moquegua	7,795	3,718
Pasco	Cerro de Pasco (6)	21,363	17,882
Piura	Piura	42,555	19,027
Puno	Puno	24,459	13,786
San Martín	Moyobamba	8,373	7,046
Tacna	Tacna	27,499	11,025
Tumbes	Tumbes	20,885	6,172

[5] La *población* del área metropolitana de Lima, ciudad capital de la república, a la fecha del censo de 1961, estuvo integrada, por *excepción,* por los sectores urbano y rural de los distritos de Lima (Cercado), Breña, Chorrillos, La Victoria, Lince, Magdalena del Mar, Magdalena Vieja, Miraflores, Rímac, San Isidro, San José de Surco, San Martín de Porras, San Miguel, Santiago de Surco y Surquillo.

Señalan otros hitos en el desarrollo de Lima las siguientes cifras sobre la *población* de la ciudad tomadas en distintas épocas: 54,000 habitantes en 1764; 52,000 en 1793; 87,000 en 1810; 70,000, en 1826; 54,600 en 1836; 53,0 00 en 1842; *100,300* en 1859; 140,000 en 1903; 223,000 en 1920; 376,000 en 1931.

[6] La ciudad de Cerro de Pasco, a la fecha del censo de 1961, estuvo integrada por el sector urbano de los distritos de Chaupimarca y Yanacancha.

En este cuadro figuran con menos de 10,000 habitantes en 1961 Abancay, Chachapoyas, Moquegua, Puerto Maldonado y Moyabamba.

Pero, a pesar de todo, funciona inconmovible el hecho de que la capital es

más populosa que, juntas, todas las demás ciudades del país. Lo mismo ocurre con México, Caracas, Santiago, Montevideo y Buenos Aires.

Los servicios fundamentales en las ciudades

En lo que se refiere a los servicios de utilidad pública, el censo de 1940 dio para 121 ciudades capitales de departamentos y de provincias que representaban el 34.7% de la población del país, los siguientes datos:

Servicio	N." de viviendas que lo tenían	%	Viviendas que no tenían servicio	%	Total	%
Agua	136,564	52	126,051	48	262,615	100
Desagüe	123,868	47.2	138,747	52.8	262,615	100
Luz eléct.	98,464	37.5	164,151	62.5	262,615	100

Quiere decir, pues, que, cumplidos casi ciento veinte años de existencia republicana, en las ciudades peruanas sólo el 52% de las viviendas contaba con agua, de 47% estaba dotado de desagüe y el 37% disfrutaba de luz eléctrica. Resulta obvio que para el 65.3% restante de los habitantes del Perú, compuesto por vecinos de poblaciones que no eran capitales de departamento o provincia o por residentes en comarcas rurales, la situación era peor. He aquí otro caso de clamorosa desigualdad en el proceso histórico de la difusión de los elementos culturales de la civilización occidental. A estas cifras cabe agregar que había un número excesivo de casas de uno o dos dormitorios.

En julio de 1963, de un total de 3'124,000 habitantes de la población urbana, 1 694,000 no disponían de agua potable y de servicio de agua de desagüe 2' 007,000; lo que representa el 57% Y el 67.5% respectivamente. Las cifras mencionadas incluyen a la población que carece totalmente de servicio y a la que lo tiene incompleto y deficiente. [*]

Los pequeños pueblos

Una de las notas fundamentales aunque a veces olvidadas de la población peruana, como también de la del resto de América Latina, es la existencia de millares de pequeños pueblos, muchos de ellos Con no más de 400 habitantes. Sus características Son el aislamiento y el atraso. El abismo entre la capital y las ciudades importantes y esas poblaciones viene a ser tan hondo que la gente que vive en unas y otras suele no entenderse entre sí.

Esbozos de colonización interna

Aparte de los ya enumerados, un proceso notorio de movilidad geográfica empezó a fines del siglo XIX cuando, sobre todo, habitantes de las sierras del NE, junto con pobladores del resto del país y también inmigrantes de diversas partes del mundo, acudieron a la zona de Iquitos. Este movimiento duró unos sesenta años, hasta que se produjo la baja en el valor de caucho. Después de 1930 han surgido nuevas corrientes que desplazan sectores de la población de la sierra hacia la costa y hacia la selva. Este último proceso no ha alcanzado un ritmo acelerado y

[*] *El Perú construye.* Mensaje del Presidente Fernando Belaúnde Terry, lima, 1964, p. 169

ha tenido y tiene sus centros en el área del valle del Mantaro hacia Pozuzo, Tingo María y Pucallpa y asimismo, en menor cantidad, en parte de la sierra del norte en dirección de Bagua y de la de Puno y Cuzco hacia Tambopata.

Otro fenómeno, de capital importancia, ha sido el éxodo rural hacia las ciudades.

3. LA ESTRUCTURA SOCIAL

3.1 Las clases altas durante la república

Después de la conquista española la clase aristocrática en el Perú -volvemos a repetirlo- estuvo formada por tres grupos: 1) los conquistadores y encomenderos y algunos de sus descendientes; 2) los miembros de la aristocracia peninsular que, en buena parte, llegaron dentro de la alta burocracia virreinal y se radicaron en el país; 3) el grupo de familias enriquecidas en el comercio o en la minería que recibió títulos y blasones, *so*bre todo en el siglo XVIII.

La revolución de la independencia y las guerras que inmediatamente siguieron (1821-1845) crearon como un vacío social, cosa que no ocurrió en otros países como Chile, donde hubo una esencial continuidad. La revolución en el Perú se escapó de las manos de la nobleza colonial. El militarismo, con parte de una clase media ilustrada perteneciente a algunas profesiones liberales (sobre todo, abogados y sacerdotes) y sólo una pequeña fracción de la clase dirigente, asumieron desordenadamente el comando del país. Los antiguos aristócratas se empobrecieron de modo notorio. La abolición de las vinculaciones laicales, sobre todo de los mayorazgos, contribuyó mucho a este proceso inexorable. Por lo demás, debajo de las turbulencias políticas se mantuvo el estatismo social.

El dinero proveniente del guano comenzó a crear una nueva alta clase. El primer exponente visible de ella estuvo en quienes, entre los aspavientos de muchos, fueron beneficiados con la consolidación y la conversión de la deuda interna entre 1851 y 1853. La pingüe renta que el Estado disfrutó entonces permitió no sólo estos pagos a los “consolidades” sino también los de la manumisión a partir de 1855. Así fueron surgiendo los capitales que empezaron a desarrollar la propiedad urbana y la agricultura de la costa. En el progreso de ésta, después de largos años de estancamiento, fue un factor decisivo la mano de obra servil china. Pero el guano enriqueció además a algunos que comercializaban con este fertilizante. Después de 1860 empezaron los negocios de los consignatarios nacionales. Aparecieron también y se desarrollaron luego los bancos que intervenían en las operaciones de ellos. El algodón que se sembró para la exportación en los días de la querra civil en Estados Unidos y el azúcar dieron origen, al mismo tiempo, a otros enriquecidos. Estas fortunas basadas en la tierra no alcanzaron la prominecia política obtenida por los consignatarios. Contra ellos se inició una campaña enconada, que se convirtió en hecho oficial entre 1869 y 1872. La euforia económica y los grandes empréstitos de este mismo periodo crearon, a su vez, a nuevos “nuevos ricos”. Por tan diversos conductos el país resultó dominado socialmente por una burguesía que, en parte, tenía sus raíces en negocios bursátiles y con el Estado y, en parte, en la agricultura que empezaba a orientarse hacia la exportación. Consignatarios reunidos y "juramentados" según la palabra de González Prada para reaccionar contra Dreyfus, su competidor en ese negocio, banqueros cuyas emisiones excesivas de billetes contribuyeron a depreciado y cañaveleros dueños de *coolíes* formaron la más alta capa social en la década de los 1870. La depresión económica y la bancarrota fiscal diseñadas hacia 1872 agudizaron las virulencias políticas y les dieron un incipiente carácter de lucha social; y fue en esta etapa en que se comenzó a emplear la palabra "oligarquía", equivalente a "argolla". También hubo un tímido comienzo de desarrollo industrial.

Las rupturas del poder durante el siglo XIX

Luego la guerra con Chile, la invasión y la ocupación provocaron el derrumbe del aparato estatal, el empobrecimiento de todas las clases sociales, la ruina o la merma de las actividades económicas. Fue éste, pues, el cuarto gran sacudimiento sufrido por la sociedad tradicional en el Perú del siglo XIX. El primero estuvo unido a la revolución de la Independencia ya las guerras posteriores con sus características de empobrecimiento (1810-1845). Correspondió el segundo a las alteraciones provocadas en los niveles sociales más altos por el guano que, junto con la abolición de las vinculaciones laicales, resultó favoreciendo la formación de la nueva aristocracia del dinero (1845-1868). Vino en seguida una tercera época (1869-1879) caracterizada en el fondo por el predominio de una burguesía terrateniente y de negocios de inspiración cautamente libera) [*] y por una gran euforia económica y grandes empréstitos que desembocaron en la depresión, el florecimiento y las crisis bancarias, los comienzos industriales, la agricultura que continuó orientada hacia la exportación impulsada por la mano de obra servil china. Pero ninguna de las conmociones anteriores sufridas - ni la de la guerra de la independencia, ni las de las guerras civiles, ni la del agotamiento del guano ni la de la depreciación del billete bancario, ni la de la bancarrota fiscal visible ya hacia 1875 tuvieron la trascendencia del desastre consumado entre 1879 y 1883.

La gravedad de la situación que se vivió a consecuencia de esta gran catástrofe hállase reflejada en el siguiente cuadro que publicó José C. Clavero en su obra *El tesoro del Perú* (Lima, 1898) cuyas cifras son arbitrarias pero exhiben significativas variantes.

	1870	1894
Millonarios	18	O
Ricos	11,587	1,725
Acomodados	22,148	2,000
Mendigos	?	500,000
Trabajadores	1'236,000	345,000
	1 '269,753	848,725

El segundo militarismo

Caracterizó el periodo iniciado en 1884 la lenta transición a una sociedad burguesa urbana sobre la base de una agricultura costeña y una minería serrana y costeña orientadas hacia la exportación con el *hinterland* de una agricultura serrana retardataria y semifeudal. El segundo militarismo (1884-1894) restauró la paz pública, inicialmente con el amparo de la alta burguesía. Echó las bases de la reconstrucción y liquidó algunos de los problemas que dejara el pasado; pero entró luego en el anquilosamiento y demostró estar debajo del nivel que reclamaba el país para acelerar su convalecencia.

[*] Por bajo de la ignara y revoltosa oligarquía militar, alimentándose de sus concupiscencias y dispendios, y junto a la menguada turba abogadil de sus cómplices y acólitos, fue creciendo una nueva clase directora, que correspondió y pretendió reproducir a la gran burguesía europea. ¡Cuán endeble y relajado se mostró el sentimiento patriótico en la mayoría de esos burgueses criollos! En el alma de tales negociantes enriquecidos ¡qué incomprensión de las seculares tradiciones peruanas, qué estúpido y qué suicida desdén por todo lo coterráneo, qué sórdido y fenicio egoísmo! Para ellos nuestro país fue, más que nación, factoría productiva; e, incapaces de apreciar la majestad de la idea de patria, se avergonzaban luego en Europa, con el más vil rastacuerismo, de su condición de peruanos a la que debieron todo cuanto eran y tenían. Con semejantes clases superiores nos halló la guerra de Chile; y, en la confusión de la derrota, acabó el festín de Baltasar. Después el negro silencio, la convalecencia pálida, el anonimismo escéptico, las ínfimas rencillas, el marasmo, la triste procesión de las larvas grises..." (José de la Riva Agüero *Paisajes peruanos,* p. 118).

Una vez más, apareció la multitud en escena en 1894-95 con su resistencia contra la opresión y su romántico fervor caudillista, sin cambio generacional. La clase dirigente civil hizo causa común con la sublevación antimilitar. Esperaba que se lograse mediante ella la ruptura del extorsionismo oficial, la edificación rápida de un Estado de nueva planta, el surgimiento de una paz pública sólida a cuyo amparo pudiese ella tener plena libertad de acción en el manejo de sus empresas e intereses.

El segundo militarismo y la burocracia a él anexa no supieron en 1895 imponer su orden, o les faltaron dinero y cañones para ello.

El retorno oligárquico

Vino en seguida la época de reconciliación y de convivencia civil- demócrata. El partido que representaba a los grandes señores se puso al servicio del caudillo popular que demostró ser un gran estadista. La política fue entendida por ambos como zona de pacífica coexistencia. Al amparo de esta situación, se inició el ensayo de implantar los cánones de los gobiernos constitucionales europeos. Pareció, por un instante, consolidarse el régimen de los dos partidos gobernantes. Pronto, al amparo de la prosperidad creciente y del predominio que conquistaron en el aparato electoral, los civilistas arrinconaron a los demócratas. La alta clase triunfó sobre el caudillo popular. Un régimen de instituciones representativas sólo aparentes amparó este predominio, tal como ocurría también entonces en los países vecinos, Chile, Bolivia, Argentina. Hubo paz internacional, pese a algunos nubarrones, paz social, relativamente grandes negocios, fecundo despliegue intelectual.

La aristocracia virreinal se había ido desintegrando lentamente aunque de ella quedaban aisladas familias poderosas desde el punto de vista económico por su ligamen con la propiedad urbana, las haciendas de la costa, las minas y los negocios. Las diez familias más ricas del Perú en 1899 no eran las mismas que en 1879; del mismo modo como también eran distintas las de 1850 o las de 1800; pero la sociedad continuaba caracterizándose por una estructura oligárquica. Algunas de las más importantes a comienzos del siglo XX tenían entronques con las más antiguas y las nuevas habían adoptado una actitud sumisa a ellas. La aristocracia subsistía como norma de vida y como mito de estilo social. Entre tanto, por esa época, se desarrollaron nuevamente aunque con menos toxicidad, los bancos y las compañías de seguros, tomaron impulso industrias tales como la de la luz eléctrica, la textil y otras, comenzaron a proliferar las sociedades anónimas, hubo quienes sacaron buena parte de sus apreciables rentas de la propiedad urbana (aunque siguieron las antihigiénicas casas de vecindad y callejones). La agricultura de exportación a base del azúcar y del algodón fue industrializándose, surgieron adalides a veces heroicos de la minería nacional dentro del proceso general de extranjerización de esta industria. No alcanzaron, por lo demás, función rectora o de alcance nacional dentro de esta aristocracia los terratenientes de la sierra (ellos o sus personeros parapetados en el parlamento) ni quienes fugazmente se enriquecieron con el caucho de la selva. El predominio de la clase dirigente estuvo facilitado por la paz pública y por la dirección que asumió en los asuntos políticos.

Pero, a pesar de todo, esta prosperidad fue modesta hasta 1914. Así también el país vivió dentro de limitados índices en su vida hacendaria.

Algunas características de una casta cerrada

Sin embargo, sobre todo en los sectores más elevados, aparecieron algunas de las características de una casta cerrada. Los matrimonios se hacían entre un pequeño número de familias, con criterio de endogamia. La educación de los

jóvenes comenzó a efectuarse en centros de enseñanza exclusivos. Los compañeros de juego infantiles continuaron como camaradas de colegio y luego en las aulas universitarias. No había fortunas tan grandes que permitieran los abundantes viajes a Europa de los años posteriores; pero cuando estos lujos fueron posibles -ellos aumentaron a lo largo del siglo XX-, quienes pudieron disfrutarlos tomaron los mismos barcos, residieron en los mejores hoteles y buscaron idénticos balnearios de moda. El ideal de estas gentes no estuvo en Inglaterra ni en Alemania sino en París. En Lima vivieron en los barrios del "centro" en casas con ventanas de rejas y escalinatas de mármol que hoy parecen increíblemente modestas e incómodas. Algunas familias, no muchas, poseyeron coches y, a medida que fue avanzando el siglo, automóviles. En el verano se trasladaban a Ancón o a Chorrillos. Vestían con pulcritud (algunas damas y caballeros mandaban hacer sus trajes en Europa), se saludaban ceremoniosamente, iban a las mismas misas los domingos, cenaban, bebían y conversaban juntos en el Club Nacional, ocupaban las localidades de preferencia en las corridas de Acho, en el hipódromo de Santa Beatriz y en los teatros, las facultades universitarias, la Cámara de Comercio, las sesiones de directorio de los grandes bancos o de las empresas industriales y las tertulias de algunos periódicos y salones, veían figurar sus nombres en las notas sociales de los diarios. Las familias eran generalmente largas, con abundancia de sirvientes, a veces tratados como si pertenecieran a la misma unidad hogareña. Había salones donde no entraban sino quienes tenían determinados apellidos y que estaban cerrados a quienes sólo poseían el poder del dinero; y familias alas que se rodeaba de respeto, acatamiento y adulación. La hija de una de ellas dijo cierta vez en Europa: "En mi país yo soy como una princesa". Un símbolo del estado de cosas hasta entonces existente surgió en el malecón del aristocrático balneario de Chorrillos, en el que se paseaban por separado, sin que nadie osara romper las vallas invisiblemente establecidas, quienes pertenecían a los grupos considerados como de primera" de segunda y hasta de tercera. La mentalidad de los personajes más representativos de la alta clase fue moderadamente liberal en principio, aunque conservadora en el fondo y cautamente positivista. Estaban ellos bajo la ilusión de que el país había superado el oscuro período de las revoluciones y de que había alcanzado madurez y seriedad. No conocieron mucho de lo ocurrido en la época republicana aunque se avergonzaron de ella echando la culpa al militarismo y a Piérola; en cambio, tuvieron orgullo por las realizaciones del presente, a partir de 1895. Consideraron que ya eran un sólido comienzo y que no se necesitaba sino proseguir como estaban yendo las cosas para alcanzar grandes progresos. Desde Lima, no miraban hacia adentro sino afuera, buscaban parangonarse con Chile y también con la Argentina, cuyos progresos envidiaban y no querían ser comparados en Europa con las pequeñas repúblicas revoltosas e irresponsables. Tiempos Seguros y satisfechos aquellos. Parecía existir entonces plena estabilidad social, no obstante la virulenta propaganda anticivilista o antioligárquica de origen demócrata o pierolista, agudizada a partir de 1904.

Otra Vez la riqueza

La primera gran guerra mundial enseñó por primera vez en el Perú, después de los días del guano, qué era la verdadera riqueza. "Considero que no han existido capitalistas nacionales antes de la guerra europea", afirmó en la Cámara de Diputados Aníbal Maúrtua en la sesión del 9 de marzo de 1923, en un interesante debate que tuvo lugar sobre el arancel de aduanas. "Los grandes capitalistas peruanos -agregó- como el señor Larco Herrera y casi todos nuestros azucareros y algodoneros, antes de 1914, fueron habilitados de los señores Grace, Graham Rowe, Duncan Fox, etc. La guerra les permitió obtener superutilidades para poder pagar sus deudas y liberarse de hipotecas que afectaban sobre sus latifundios. Después de haber cancelado sus hipotecas renovaron sus maquinarias y sus elementos de producción..." A partir de entonces y durante la prosperidad de "los dorados años 20" comenzó a acelerarse el proceso del desarrollo industrial y

comercial. Empezaron a emerger los novísimos “nuevos ricos”?, despreciados inicialmente por quienes, ellos o sus antepasados, acaso lo habían sido otrora. Formáronse o aumentaron fortunas aliado de las antiguas sin ruptura social, y entre éstas no faltaron las que supieron adaptarse a las cambiantes circunstancias. No todo se redujo a los productos de exportación. Se desarrollaron los bancos (cuya importancia fue creciente), las compañías de seguros, las compañías anónimas en general, los negocios con la propiedad inmueble con motivo de las urbanizaciones, el comercio de importación, las fábricas, los contratos y negocios con el Estado y las prebendas de él derivadas. Aumentaron también, dentro de las grandes fortunas, las que tenían contacto directo con intereses extranjeros."Muchas de las prominentes familias de provincias se trasladaron a la capital. Hubo, crecientemente, mayor número de cosas que comprar, que disfrutar y que desear. Se comenzó a vivir en las lujosas residencias de los nuevos suburbios con un estilo aliado del cual la vida patricia de pocos años antes pareció modesta. Los cauces de la sociedad tradicional quedaron desbordados. La plutocracia heterogénea y móvil que comenzó a predominar en el plano económico llevó la inyección pacífica de nueva sangre (a veces de origen no español) a las altas esferas, lo cual implicó un fenómeno revolucionario que, si bien ha ofrecido algunas características exentas de elegancia, presenta, en conjunto, un sentido tonificante. Los anales frívolos de esta trascendente revolución hállanse en las crónicas *so*ciales de diarios y revistas, hasta 1919 y, quizás, en cierta forma, hasta 1930, reacias a acoger los nuevos nombres y más tarde abiertas de hecho a todo aquel que, teniendo dinero, quisiera figuración.

3.2 Las clases medias

En el Perú, como en toda Hispanoamérica, caracterizó a buena parte de las clases medias la fragilidad de su independencia económica y su vinculación al aparato del Estado. ¿Quiénes integraron estas clases? Medianos o modestos propietarios de bienes raíces en Lima y los que en provincias carecían de vínculos poderosos en la capital; aristócratas empobrecidos que dependían de pequeñas rentas o ingresos; empresarios industriales y de comercio desprovistos, por sus limitaciones económicas, de poder social; profesionales liberales con relativo o escaso éxito; empleados de comercio y, sobre todo, empleados públicos y personas y familias que vivían como pensionistas.

La tragedia de un importante sector de las clases medias durante el siglo XIX y comienzos del siglo XX se derivó de su heroico esfuerzo para acercarse a la aristocracia y diferenciarse de la masa obrera o artesanal. Estuvieron condenados al estilo de vida y a los ritos sociales de aquélla en el vestir y en el presentarse, constantemente superiores a sus posibilidades efectivas. Algunos de los hombres provenientes de dichas clases se encaramaron, muy a menudo, usando los peldaños de la política, y, en casos más raros, del éxito económico; otros sectores se deslizaron hacia la proletarización. Fue la suya una vida de íntimas angustias, celosamente ocultadas. Casas donde sólo el salón era accesible a las visitas y podía ser considerado como decoroso en contraste con la miseria de las habitaciones interiores; trabajos como los de costura hechos en forma vergonzante o secreta por las niñas casaderas; frecuentes visitas a las casas de préstamos, formaron, entre otras cosas, el cuadro de algunas familias menos favorecidas de las clases medias. La literatura no las ignoró. En su novelita *Las Cojinovas* Manuel Moncloa y Covarrubias presentó escenas de esta realidad y surgió una terrible palabra para anatematizar a quienes querían desesperadamente ser aristócratas o selectos y no lo eran: *huachafo.*

El ejército constituyó en el Perú, durante mucho tiempo, el único grupo homogéneo, disciplinado y verdaderamente importante de la clase media, capaz, en determinadas etapas históricas, de ponerse a la cabeza del país. Otros de los sectores de esta clase estuvieron entre los intelectuales, los empleados públicos y las profesiones liberales.

En los puestos directivos del gobierno, la educación, las finanzas, la industria, se halla hoy una proporción creciente de figuras dirigentes que pueden ser identificadas, en una forma u otra, con los nuevos grupos de un estrato alto de las clases medias, a veces más sólidas en su base económica que sus antecesoras y, salvo excepciones quizás menos escrupulosas. El incremento cuantitativo de la educación las ha robustecido. El desarrollo de ellas *es,* a pesar de todo, uno de los factores saludables, fundamentales y crecientes de las últimas cuatro décadas. La movilidad social no sólo funciona verticalmente a merced del éxito económico sino también en sentido horizontal, es decir, la base de las clases medias es hoy más ancha.

Los empleados públicos

La administración ordenada y meticulosa establecida en el virreinato y afianzada por las reformas borbónicas a mediados y a fines del siglo XVIII se derrumbó con los trastornos de los años de la independencia y de los períodos siguientes. En 1845 empezó un esfuerzo para organizarla otra vez. Sucediéronse épocas de desorden y épocas de reajuste; cabe citar entre las últimas las correspondientes a los años 1866-67 Y 1872-76. Después de la guerra con Chile hubo, en éste como en tantos otros aspectos de la vida nacional, un áspero empezar de nuevo. 1895 señala aquí, como en muchas otras cosas, un sano punto de partida: el punto de partida para un Estado jurídico y administrativo que entonces pareció próximo a consolidarse, aunque el siglo XX se ha encargado varias veces de demostrar que *este* optimismo era prematuro.

Las interferencias políticas no han permitido el pleno surgimiento de una moderna burocracia concebida como personal técnico estable y dinámico al servicio permanente y eficaz del público y del Estado. Donde más se ha avanzado en este terreno ha sido en los institutos armados y, a veces, en los ramos de Fomento, de Relaciones Exteriores y algún otro. En todos existen, sin embargo, embriones o bases para la tecnificación. Coexiste, al mismo tiempo, la costumbre de buscar en los puestos públicos un refugio para quienes no se abren paso en la vida en otros campos, o para la clientela de los partidos políticos y del mandamás de turno, o para quienes necesitan una limosna o un subsidio. Dentro de quienes profesionalmente son empleados públicos a pesar de las podas políticas hechas en 1919, 1930 y 1948 y en otros años, puede haber aptitudes y honorabilidad muy respetables o rutina ciega o también cinismo impúdico después de todas las injusticias padecidas. Se carece de un régimen bien estudiado en cuanto a las pensiones frente a su incesante y peligroso crecimiento y proliferación que algún día ha de estallar.

En el ramo de Educación hay personal especializado y competente, como también algunos funcionarios que no lo son; aquél no recibe siempre el estímulo que se le debe otorgar. Sólo a partir de la ley orgánica de 1941 se ha generalizado la profesionalización en el nivel de los colegios secundarios. En cuanto a la primaria, los cuadros de egresados de las escuelas normales no han bastado, hasta hace poco, para las creaciones anuales de plazas en los planteles de la república; de resultas de ello y por el sistema de las recomendaciones surge la creación anual de un magisterio improvisado. La educación industrial de varones y de mujeres y la agropecuaria suelen vivir desorientadas y sin enlace con la realidad del país, y la comercial tampoco obtiene la debida atención. Falta un instituto de altos estudios pedagógicos donde renueven sus conocimientos *los* maestros, aun los que ocupan los más importantes cargos. Las influencias políticas predominan demasiadas veces en los ascensos, traslados y nombramientos de inspectores, profesoras, profesores y auxiliares, y se ha acentuado en *los* últimos tiempos la ingerencia parlamentaria en este vital aspecto de la administración pública. Una ley (la 15215), sobre escalafón del magisterio fue discutida en 1964 y promulgada después aunque no aplicada efectivamente.

Médicos, abogados e ingenieros.

Los profesionales descollantes a lo largo del siglo XIX fueron los médicos y los abogados. La continuidad, la estabilidad y la eficiencia adquiridas en los estudios de San Fernando a partir de las reformas de Cayetano Heredia dieron a aquellos evidente importancia profesional y social. Las preocupaciones higiénicas y sanitarias que se fueron desarrollando a lo largo de esta centuria y se acentuaron en la siguiente, contribuyeron a que los médicos formaran un grupo respetado, de sólida influencia, muy activo en la vida política y científica, colocado no pocas veces a la vanguardia de esta última. Consultorios y visitas les sirvieron en múltiples ocasiones para el despliegue de una generosidad, un sentido humano y una abnegación nota5les. No faltaron estudios en estas ciencias que rozaron las condiciones sociales en relación con la miseria, la mala alimentación y la deficiente vivienda, aunque no hubo en ellos una intención proselitista o doctrinaria. Los ideales de la práctica profesional libre, la tolerancia ideológica y la tendencia a la especialización cortaron las derivaciones que estos aportes pudieron tener hacia una actitud socializante.

Los abogados, más numerosos que los médicos y más audaces en su actuación pública, ocuparon un puesto privilegiado en la vida política del Perú a través del siglo XIX. En cierto sentido, reemplazaron al clero en el papel importante que había desempeñado en la época colonial. Fueron durante un tiempo, junto con aquél, la única profesión preparada. Socialmente, provinieron en una época larga, a veces de las grandes familias tradicionales y también de las que podían ser calificadas como de terratenientes y pequeños propietarios provincianos. Estuvieron a la cabeza de las transformaciones jurídicas, los cambios en la codificación, la abundancia legislativa. Algunos lograron grandes fortunas en el ejercicio profesional o vasto prestigio por su elocuencia y su habilidad forense. Hubo unas cuantas respetadas dinastías de juristas formadas por abuelos, padres, hijos y nietos consagrados a la misma profesión. Muchos de los parlamentarios más distinguidos del siglo XIX fueron abogados. Del bufete y de la tribuna pasaron con facilidad al poder. Alguno o algunos estuvieron listos para redactar decretos o manifiestos o mensajes al servicio del presidente, por más arbitrario que éste apareciera. Aliado del sátrapa con entorchados siempre ha habido -dijo González Prada- el abogado de alma hebrea y de corazón cartaginés. No faltaron tampoco en juzgados y tribunales los "tinterillos" y los picapleitos para formar una fauna que, por lo demás, no es solo nacional. Por otra parte, hubo rábulas al servicio del caciquismo para despojar a los indios y que redujeron la justicia a estrecho y vacuo formulismo, a simple juego de sutilezas de práctica judicial para- invertir la verdad, legitimar la impunidad de los poderosos y acallar en presidios el clamor de los oprimidos con el recurso siempre expedito del juicio criminal. Sus nombres no oscurecen las lecciones de respeto a la ley, a las libertades ciudadanas, a la tolerancia en las ideas dadas muchas veces por abogados dignos de ese nombre. La magistratura, en general, fue, durante el siglo XIX, salvo en algunas provincias del interior, respetada y respetable. Tendió a ser a veces genuflexa ante el poder político después de 1921, con honrosas excepciones.

El establecimiento de la Escuela de Ingenieros en la década de 1870 señaló la llegada de nuevos tiempos sensibles a la industria y a la ciencia. Después de 1920 comenzó una prédica a favor de los que "hacían" para ponerlos por encima de los que hablaban. El Ministerio de Fomento, creado por Piérola y dotado de creciente importancia con motivo de los planes ferrocarrileros de principios del siglo, asumió, de hecho, durante el oncenio leguiísta, funciones de gran envergadura con las obras públicas. Los técnicos cumplieron un papel descollante en ellas. Por su parte, los ingenieros agrónomos egresados de la. Escuela fundada a principios del siglo tuvieron un papel directivo en la trascendental revolución agrícola técnica operada en la costa. Los arquitectos, a su vez, colaboraron en forma notable en el desarrollo

urbano. No hubo, en cambio, preocupación del Estado y de los particulares por asuntos también de carácter fundamental como la planificación económica y social.

En conjunto acaso la labor de los ingenieros ha sido de hecho más importante para el Perú de la primera mitad del siglo XX que la obra de los abogados. Estos han contribuido con una vasta y frondosa legislación del trabajo que beneficia a obreros y empleados (si bien no ha llegado a los campesinos) y con otras expresiones de la desigual maduración jurídica en el país. Sin embargo, en conjunto, el Derecho peruano es una mezcla de contrastes y tensiones, formalismo e improvisación, solemnidad e inestabilidad. De un lado nótase en él un espíritu de democracia, universalidad y tolerancia, la búsqueda de la perfección y el sentido avanzado de las leyes concebidas como ideal para el futuro; con ellos suelen convivir la arbitrariedad y el abuso y una realidad social, económica y política a veces lacerante aunque en creciente ebullición. Un Derecho constitucional que necesita un nuevo planteamiento con el propósito de dar eficacia, limpieza y justeza a las instituciones del Estado para ponerlas al servicio del desarrollo del país y del hombre peruano. Un Derecho administrativo frondoso, lento, reglamentista, inconexo y empírico. Un Derecho penal generoso, debilitado por la falta de un sistema penitenciario decente que lo respalde y de jueces que lo apliquen siempre con valentía, realismo, celeridad y técnica; y además contradicho por el crecimiento de los delitos político-sociales en los últimos años. Un Derecho procesal lleno de recovecos, vericuetos y desvíos a pesar de los dispositivos legales, puesto en ejecución por una magistratura que, en demasiados casos, obedece a presiones políticas de otro orden y necesita nuevas normas que saneen su reclutamiento, reposen en sólidas bases económicas y otorguen justicia a su promoción. Un Derecho comercial que ya hace tiempo desbordó y superó las limitaciones del Código. Un nutrido y disperso Derecho del trabajo que, como ya se ha anotado, todavía permite a muchos hombres del campo vivir en las condiciones que pertenecieron al siglo XVI. Un Derecho industrial que debe favorecer aún más el avance manufacturero y fabril del país en lo que tenga de conveniente y buscar una sana descentralización, sin amparar jamás los provechos exclusivos o desmesurados de grupos minúsculos. Todo ello abre anchas perspectivas para la misión que el Derecho debe cumplir en el Perú futuro: una misión de fortalecimiento nacional, maduración cívica, autenticidad institucional, tecnificación del aparato estatal, elevación del nivel de vida, aumento de la productividad, progreso económico y justicia social.

3.3 Los institutos armados

El ejército en el Perú impuso la independencia nacional. Pasó luego a formar la típica clase social republicana, un grupo dirigente heterogéneo y movedizo en una sociedad en trance de profundo reajuste estructural. Se convirtió en un rápido vehículo para el ascenso político y social de mestizos e indígenas. A través de Ramón Castilla, favoreció la supresión de los mayorazgos, de la esclavitud y del tributo. Integrado por gente de todas las clases y de todas las regiones y con capacidad para llegar a todos los rincones del territorio, tuvo carácter auténticamente representativo nacional. Aunque se notó su proclividad hacia una burocracia con una posición de predominio dentro del Presupuesto" no fueron muchos los jefes que se enriquecieron con el guano; hubo, por el contrario, casos de probidad personal como la de los Gutiérrez en una época de despilfarro aunque se haya dicho lo contrario. Castilla, Salaverry, Gamarra no fueron latifundistas; y quienes tenían tierras, como Riva-Agüero, Orbegoso, Vivanco, Echenique, Diez Canseco, no las aumentaron mediante el poder político. El militarismo de la primera época republicana no participó directamente, pues, en el crecimiento del neolatifundismo, por lo demás, innegable en aquel período. Predominaron la improvisación y el empirismo; pero surgieron también tendencias técnicas sobre todo en la artillería, que dio a los militares más profesionalización y en la marina.

La lucha contra el militarismo en nombre de la civilidad, que habían auspiciado en vano los ideólogos liberales, fue iniciada en 1844 y en 1872 por los ricos. Y aunque nuevamente los hombres uniformados predominaron en la dirección del Estado durante los diez años que siguieron a la paz con Chile, la guerra civil de 1895 fue un golpe para el ejército profesional, derrotado por los montoneros. Pero la llegada de la misión francesa y la apertura de la Escuela Militar de Chorrillos, casi inmediatamente después, abrieron una nueva y promisora etapa para él. Al amparo de la paz pública afianzada de hecho entre 1895 Y 1914, el ejército se "despolitizó", fue dócil al poder civil y se dedicó a sus tareas profesionales. Por vez primera en su historia, se tecnificó e institucionalizó metódicamente. A los jefes de antaño, a veces pintorescos y ostentosos, con bravura y entusiasmo como cualidades dominantes dentro de su profesión, reemplazó con frecuencia el jefe sobrio, disciplinado, formado en una educación se vera, casi espartana. La aristocracia, con muy contadas excepciones, desdeñó la carrera militar, a diferencia de lo que ocurriera después de la emancipación, salvo en el eventual y fugaz entusiasmo de las maniobras de 1908 y con motivo del conflicto con el Ecuador. No faltaron las actitudes de desprecio al uniforme en una sociedad que pensaba, ante todo, en el enriquecimiento a través de los negocios, o por la influencia de algunas de las ideas europeas imperantes a principios del siglo XX. Pero la vocación castrense no quedó del todo arrinconada en la vida nacional por el conflicto pertinaz en el sur, el enmarañamiento de los demás problemas de límites y la necesidad, cada vez más apremiante, a partir de 1909, de mantener el orden público.

En 1914, los dispersos grupos del parlamento, momentáneamente unificados, llamaron al ejército a arbitrar el conflicto creado que los partidos no resolvían. Fue así aquél incitado y azuzado por los políticos para actuar en la vida pública. No ocurrió como después de 1822, que los caudillos militares se lanzaron a disputarse el poder ante el vacío dejado por la aristocracia nobiliaria. Los civiles que visitaron los cuarteles para buscar una solución a su crisis interna irreparable tuvieron una actitud opuesta o antagónica a los que enarbolaron una bandera antimilitarista en 1844, 1872 Y 1895. Surgió entonces, ante jefes y oficiales, el conflicto entre la obligación de obedecer a la autoridad constituida y el imperativo de salirse de la disciplina para inspirarse en la mística de la salvación nacional. Y así no nació en ellos por acción espontánea o voluntaria - conviene fijarse mucho en esta circunstancia- la idea de que podían considerarse, en momentos supremos, los intérpretes de la voluntad del país incapaz de expresarse normalmente a través de los órganos de la vida democrática que funcionaban mal. El caso se repitió, con características peculiares, en 1919 y en 1930. No hubo hasta 1962 y desde 1914 presidente civil que terminara su período [*]

Después de 1930 la alta clase se cobijó, una vez más, bajo el amparo de los institutos armados, en cuyo seno surgió un caudillaje popular y romántico, y repitió la misma actitud, dentro de distintas circunstancias, sin esa aureola, en 1936 y 1948-56. Creyeron los militares entonces cumplir una tarea como depositarios del orden y de la paz públicos. De allí, amparada por la plutocracia, nació una gestión paternalista, afirmando que hacía más administración que política, permitiendo que algunos se dedicaran a ganar más dinero si podían (mientras otros vivían en las catacumbas) a la vez que aumentaban los goces y beneficios sociales para obreros y empleados aunque dejaban intacto el *hinterland* rural, y desarrollaban considerable e inorgánicamente el aparato del Estado. La fisonomía del país se caracterizó por un rápido aumento del presupuesto, una creciente complejidad económica y una atonía y simplismo políticos; en contraste con los años entre 1895 Y 1919 en que las rentas y los egresos fiscales eran pequeños, la economía se mantenía en cauces tradicionales y, en cambio, la política parecía orientarse, dentro de altibajos, hacia la madurez. Pero el tratamiento paternalista para los problemas de la vida pública -que, en cierto sentido, prolongaba algunas notas características

[*] La única excepción fue Manuel Prado en su primera administración, de 1939 a 1945

del oncenio leguiísta aunque, a la vez, presentaba otras facetas más saludables no pudo resultar permanente y los órganos desacreditados del sufragio popular abrieron paso a situaciones diferentes para las que el país no había sido preparado a través del cabal ejercicio de la vida cívica. A partir de 1962 el ejército quiso ir, desde arriba, al cambio de las estructuras.

De todo lo cual se deduce que dentro de las grandes transformaciones exigidas por el porvenir inmediato (eficaz reforma agraria, tecnificación del organismo estatal, arreglo del sistema tributario, planeamiento democrático, integración, desarrollo de la industrialización, esfuerzo coherente por incrementar la productividad y elevar el nivel de vida, vasta y ordenada reforma educacional), habrá que tomar en seria consideración.

Y como factor esencial el papel que han de jugar los institutos castrenses. Parece dudoso que, a la larga, asuman ellos en nuestra época la tarea de una fuerza conservadora que forme una barrera contra el desarrollo nacional para defender, en contradicción con sus orígenes históricos, prácticas, formas de vida o clases sociales periclitadas. Pero, por otra parte, muy grave sería que pretendieran constituirse en una casta parasitaria o succionadora o que tratasen de erigir el experimento de autoritarismos ambiciosos *y* arbitrarios parapetados en un Estado pretoriano, un Estado gendarme o un Estado guarnición. El entronizamiento de los militares en el poder por tiempo indefinido termina por corromperlos; *y* es una ley histórica que surgen, tarde o temprano, la división institucional con su secuela anárquica, o el estallido popular adverso como ocurriera en el Perú de 1834, de 1872 o de 1895. Tampoco conviene la eliminación o la inutilización de las fuerzas armadas en este país cuya situación geopolítica es la peor de América del Sur, por razones patrióticas, internacionales, sociales e históricas dentro de las contingencias mismas que los nuevos tiempos, plagados de peligro, han de traer consigo. La solución deseable es que ellas se vuelvan colaboradoras *y* copartícipes activos, leales *y* entusiastas en la magna obra que falta por hacer en función directiva pero hermanadas con el pueblo *y* dentro de previsores cauces verdaderamente democráticos -y no de democracia formal- *y* de salud nacional *y* social.

En las próximas décadas los ejércitos latinoamericanos tendrán inevitablemente un papel protagónico en el acontecer histórico. No son ni serán el único protagonista pero sí protagonistas por lo que hagan o dejen de hacer. De ahí que necesiten cuidar su imagen, buscar su mejoramiento técnico, defender su buen orden interno material *y* moral, lograr el respeto *y* la adhesión de la ciudadanía. El drama actual en el desarrollo de América Latina se deriva en gran medida del divorcio entre sus élites intelectuales fundamentales: la clerical, la universitaria, la de los sectores verdadera *y* sana mente progresistas en el campo del trabajo *y* de la producción *y* la militar. Hasta que surja una convergencia entre estas élites, no habrá vigor para el avance de América Latina orientado hacia el Bien Común en los ámbitos de la seguridad, la alimentación, la salud, la educación, el trabajo *y* la participación.

El Perú republicano no tuvo la conciencia del mar, no obstante el mensaje de Guisse. El Callao, en los primeros años después de la independencia, dejó pasivamente que Valparaíso le arrebatase su posición en el Pacífico. Durante la guerra entre Chile y la Confederación Perú-Boliviana, en su derrota. Ramón Castilla anunció en este orden, como en otros, un Perú avizor; y las adquisiciones de barcos para la guerra con España, entre aciertos y errores, parecieron prolongar el impulso de él emanado. Pero luego vino el abandono imprevisor al que acompañó la crisis económica y hacendaria; y la guerra de 1879 se perdió eh 1874 cuando Chile adquirió la supremacía naval en el Pacífico sur. La ausencia de una verdadera es-cuadra abochornó a los ciudadanos lúcidds durante largos años después de la paz hasta la llegada de los cruceros *Grau* y *Bolognesi* a comienzos del siglo XX. Pareció haber surgido de la nada una política naval que las adquisiciones durante los

gobiernos de Leguía y la tecnificación institucional auspiciada por este Presidente aparentemente anunciaron. Pero la duración excesiva, única en el mundo, de aquellos cruceros y otras muestras de descuido fueron, por mucho tiempo, un símbolo negativo a pesar del esfuerzo constante de jefes y oficiales dignos de su rica y hermosa tradición. Conviene revivirla y vitalizarla a la luz de las necesidades y de los problemas de los nuevos tiempos. Y conviene también recordar la importancia de que la bandera peruana flamee en los ríos amazónicos, importancia que ha de estar ligada hoy y mañana a los servicios sociales que preste.

El Perú estuvo presente desde muy temprano con Jorge Chávez en la historia mundial de la aeronáutica. Aunque la hazaña de este héroe auténtico del siglo XX se realizó lejos del cielo nacional, tratándose de un país de geografía tan variada, con tantas dificultades en el terreno Y tan grandes distancias, el descubrimiento de la tercera dimensión, o sea la altura, en la historia del hombre, significó una victoria sensacional. El país contó con una aviación militar después del final del primer conflicto europeo. A ella ingresaron distinguidos pilotos civiles para obtener merecidamente altos grados, y jefes militares que sintieron también la vocación de volar. Sus cortos anales, junto con los de la abnegada aviación civil, son muy honrosos y cuentan con muchos héroes y precursores y muchas jornadas de victoria que deben ser seguidas por otras, ya que nuestro territorio parece como un desafío y un acicate permanente. Necesitamos como Estado y como nación, en el país oficial y en el país real, para nuestro tiempo y para los tiempos que vengan" una conciencia aeronáutica. Ella implica el trazado de un amplio propósito común en esa frontera de arriba; con la aptitud para tener un plan sistemático y sano en lo concerniente a las relaciones entre el gobierno y la industria de transportes aéreos y los hombres a ella consagrados, a los reglamentos y tarifas para pasajeros Y carga, a la regulación del tránsito, a los sistemas de rutas, a la red de aeropuertos y a su adecuado emplazamiento dentro de cada una de las zonas y los rincones- del país, a los equipos de vuelo, a la formación de un personal técnicamente preparado dentro de normas cada vez mejores y a la defensa de su vida y de su seguridad.

Hasta 1921 más o menos "el guardián de las esquinas era un sujeto risible. En obras teatrales ligeras apareció como objeto de chacota. La creación de la Escuela de Policía significó el anuncio de un proceso de tecnificación y dignificación que si, a veces, ha tenido, más tarde, interrupciones o caídas y marañas o fango burocráticos, necesita, por el contrario, progreso, probidad y expansión. Mucho es lo que puede hacer en las comarcas rurales la guardia civil. La Escuela Nacional de Investigación Policial requiere también facilidades y elementos adecuados. Si, a veces, la institución policial en conjunto, como consecuencia de anómalas situaciones políticas, postergaciones, maltratas o menudas presiones, ha parecido, en algunos de sus elementos, burocratizarse o tener grandes o pequeñas corruptelas, o recaer en la arbitrariedad, otros de sus órganos son o pueden ser sanos; y la atención y la justicia que merece en conjunto han de tener una virtud terapéutica, preventiva y estimulante para grandes progresos institucionales con beneficio para el país.

3.4 El clero

Un factor de suma importancia en la vida del país a fines del siglo XIX y comienzos del XX fue la escasez de vocaciones sacerdotales. Rubén Vargas Ugarte dedica buena parte de su opúsculo *Un gravísimo problema nacional* (Lima, 1948), a resaltar que, hasta mediados de la centuria pasada, no sólo los aspirantes a las órdenes sagradas eran suficientes para atender a las necesidades de las parroquias y del culto sino que la clase sacerdotal era escogida y se distinguía tanto por el cumplimiento exacto de los deberes de su estado, como por su saber y virtudes: "Por desdicha -agrega - el alto nivel alcanzado por el clero en aquella época comenzó a descender con el advenimiento de la república y no influyó poco en su decaimiento el trastorno que en las ideas y aun en las costumbres trajo consigo el

cambio de régimen". Según sus datos, si en el Arzobispado de Lima en 1821 hubo 500 sacerdotes seculares, en 1912, no obstante el crecimiento de la capital, su cifra no pasaba de 300. El Seminario de Santo Toribio, que en 1820 albergara de 70 a 80 jóvenes, contaba en 1920 sólo 43; esta penuria era mayor en otras arquidiócesis.

Entre los fenómenos que coadyuvaron a tan grave crisis pueden ser mencionados varios de distinto carácter. Hubo merma considerable en el patrimonio eclesiástico por la proliferación de leyes regalistas, exigüidad de la ayuda estatal, disminución de los aportes particulares a través de las fundaciones piadosas y de las contribuciones para los gastos del culto. Se notó -hasta que ha surgido en los últimos tiempos una reacción- la desestima de la clase sacerdotal revelada en la escasa cantidad o la ausencia de miembros de la clase aristocrática y de la alta clase media en su seno. Surgió, asimismo, según reconoce Vargas Ugarte, una declinación en el fervor, el celo y la cultura del propio clero, deficiencia que está corrigiéndose en nuestros días. No ha dejado de influir, asimismo, la crisis en la familia cristiana tradicional.

El clero en la época de la independencia nacional no sólo fue rico y numeroso sino ejerció una influencia profunda en el país, tanto la de carácter práctico e íntimamente ligado al pueblo a través de las parroquias como la de tipo intelectual gracias al manejo de la universidad y los colegios. Pero había dentro de él un grupo inquietante: el sector intelectual que, bajo el efecto de ideas regalistas, quería cortar la acción de la Iglesia en la vida civil y, al mismo tiempo, se manifestaba antagónico a la

Compañía de Jesús y propicio para normas de disciplina interna, menor ostentación y anheloso de ponerse a la altura de los nuevos tiempos. Este sector heterodoxo del clero fue un factor importante en el Congreso Constituyente de 1822; pero luego su actividad fue decayendo hasta extinguirse. Vigil señaló, por largos años, una continuación y una audaz intensificación de la misma tendencia; pero quedó solo y no halló discípulos en el mundo eclesiástico.

A pesar de esta victoria del clero ultramontano, se produjo, desde mediados del siglo, una disminución de su influencia. Cuando Bartolomé Herrera dejó el rectorado de San Carlos para entrar en la política en 1851 y luego ir a Roma como ministro en 1853, comenzó la localización de este prestigioso plantel, primero sumiso a la doctrina de la soberanía de la inteligencia, luego tímidamente ecléctico y, después de 1855, ganado a las ideas liberales. No le quedó entonces al estado eclesiástico más órgano importante de influencia educacional sobre las clases dirigentes que el Seminario de Santo Toribio, que era también un colegio de segunda enseñanza y que tuvo una etapa de apogeo hasta 1870 más o menos. Pero, al irse definiendo más y más la separación entre los niveles de la instrucción media y la superior, predominó en aquella -salvo en el caso de las mujeres- la enseñanza laica. Los jóvenes de la aristocracia se educaron, antes de la guerra con Chile, en colegios como el de Guadalupe, el Instituto de Lima y otros similares. Sin embargo, en las clases populares hubo un renacimiento de fervor religioso o un mantenimiento de él; su punto de partida republicano estuvo en la llegada de sacerdotes como los Descalzos, la existencia de figuras bellísimas a las que se atribuyeron virtudes taumatúrgicas como el Padre Guatemala o Luisa de la Torre, la beatita de Humay, y el siempre vivo culto de imágenes veneradas.

Después de la guerra comenzó el renacimiento de la enseñanza religiosa secundaria y primaria. La llegada en 1884 de los redentoristas, que tanto se acercaron a los indios, de los salesianos y los sacerdotes de los Sagrados Corazones con inmediata gravitación sobre colegios y escuelas y de los lazaristas en 1891 para tomar a su cargo algunos seminarios, no hizo sino iniciar un proceso que ha tenido en los últimos tiempos múltiples manifestaciones. La fundación y el desarrollo de la Universidad Católica es uno de los hitos de este fenómeno. Se ha producido la reconquista espiritual de una parte de las altas clases para la religión católica y,

paralelamente, un vigoroso esfuerzo de ella para llegar por la vía educacional hasta las clases medias y populares.

En el Perú se han fundado varias congregaciones religiosas femeninas, según anota monseñor Luís Lituma en su ensayo sobre la Iglesia peruana en el siglo XX. Hasta 1930 ellas fueron las siguientes: [*]

1) La congregación de Religiosas Franciscanas de la Inmaculada Concepción, fundada por doña Carmen Álvarez, Madre Clara del Corazón de María, en 1883. Hasta 1963 fue de Derecho diocesano. Su fin institucional: educación de la niñez y juventud, pensionados para señoritas, asistencia a los pobres y enfermos, labor hospitalaria, carcelaria y en orfanatorios, labor de reeducación, evangelización de niños infieles. Está extendida en la costa, sierra y selva

2) La congregación de Terciarias Agustinas del Santísimo Salvador, fundada por el P. Eustacio Esteban, OESA, y doña Rafaela Ventimilla, en 1895. En 1927 el arzobispo Lissón le confirió los derechos propios de congregación de Derecho diocesano. Fin institucional: educación femenina, labor de preservación moral de niñas pobres. Extendida sólo en la costa

3) La congregación de Religiosas Reparadoras del Sagrado Corazón, fundada por doña Rosa Mercedes Castañeda Coello en 1896. Recibió la especial protección del Papa León XIII; hasta 1929 era la única congregación femenina que tenía su casa madre dentro del área del Vaticano. Fin institucional: adoración al Santísimo Sacramento, oración reparadora por los pecados del mundo, educación cristiana de la niñez y juventud, cuidado de los enfermos aun en sus domicilios. Extendida en Italia y en la costa del Perú.

4) La congregación de Misioneras Dominicas del Santísimo Rosario, fundada por el Vicario Apostólico de Urubamba y Madre de Dios, Ramón Zubieta, y por doña Ascensión Nicol Coñi, en 1918 y aprobada ese año por el arzobispo Lissón. Adquirió los derechos propios de congregación de Derecho pontificio. Fin institucional: educación de la niñez y juventud, asistencia de pobres y enfermos, sobre todo en tierras de infieles, actuación misionera y catequesis. Extendida en Europa, Asia y América.

5) La congregación de las Canonesas de la Cruz, fundada en 1919 por doña Teresa Candamo, y aprobada de inmediato por el arzobispo Lissón. Fin institucional: difusión de la vida litúrgica, catequesis, educación de la niñez y juventud, pensionados para universitarias y empleadas. Extendida en la costa del Perú; tuvo casas en España y Uruguay. Teresa Candamo estuvo acompañada en su labor por su hermana María. Ambas fueron hijas del presidente Manuel Candamo. Se ha iniciado el proceso de su beatificación.

Otras congregaciones femeninas peruanas en el siglo XX son la del Niño Jesús de Praga de Misioneras Parroquiales, las franciscanas concepcionistas de Copacabana y las hermanas del Servicio Social de la Inmaculada.

La legislación ha continuado teniendo a fines del siglo XIX y en la primera parte del XX como una de sus características la tendencia laicista. Así lo evidencian la reforma constitucional favorable a la libertad de cultos, la desaparición en el Código Penal de 1924 de los artículos referentes a los delitos contra la religión que consignara el Código de 1863, el movimiento a favor del matrimonio civil y el divorcio y otros hechos.

Nunca ha habido en el Perú, por lo demás, una extrema beligerancia anticlerical. No se ha producido la expulsión de órdenes y congregaciones, salvo el caso de los jesuitas en 1856, aunque luego tuvo lugar su regreso. Tampoco se ha ensayado la desamortización radical de los bienes eclesiásticos ni la creación de una

[*] Datos suministrados por monseñor Luis Lituma

nueva iglesia cismática. La historia peruana tampoco registra asesinatos en masa de obispos, curas o monjas, ni la expulsión de nuncios apostólicos.

Durante el siglo XX no han faltado los conatos de litigios entre la autoridad religiosa y la autoridad civil; pero ellos han sido menores en número y en importancia comparados con los que surgieron antes de 1860. En 1912 y 1927 se realizaron dos concilios provinciales y en diferentes fechas sínodos en Lima, Cuzco, Trujillo, Huánuco, Ayacucho y otros lugares, sin que el Estado exigiese la revisión de sus acuerdos o el *exequátur* respectivo.

Otra característica interesante de la época reciente es el desarrollo de las actividades laicas conexas con la religión, incluyendo dentro de ellas la Unión Católica de Señoras, que se fundó en 1886 a raíz del conflicto suscitado alrededor de los jesuitas. De ella han dependido o bajo su influencia se han formado varias instituciones. Estudio singular requiere también la historia de la Acción Católica y de otras entidades similares.

El paso de monseñor Emilio Lissón por el arzobispado de Lima en la segunda década del siglo XX estuvo caracterizado por algunas iniciativas interesantes, como ya se recordó al mencionar su bochornosa expulsión durante la época de Sánchez Cerro. Entre ellas cabe mencionar la creación de pequeños seminarios en provincias, los esfuerzos en pro de la vida comunitaria de los sacerdotes en los pueblos, la división parroquial en las ciudades con entrega de diversas parroquias a religiosos, la organización de la sindicatura eclesiástica y de un régimen moderno para la administración de los bienes de la Iglesia.

3.5 Los sectores populares

El artesanado y *el proletariado industrial*

El proceso de disgregación y proletarización del artesanado ante el desarrollo fabril con sus fenómenos concomitantes de concentración industrial y competencia de precios en el mercado o de proteccionismo tarifario para cerrar el paso a los productos similares del extranjero fue desarrollándose en el Perú con suma lentitud a fines del siglo XIX. El conato de crecimiento de las industrias, esbozado entre 1863 más o menos y 1879, fue roto con la guerra peruano-chilena y la crisis económica; pero volvió a emerger después de 1886 para acentuarse, dentro de su incipiencia, a partir de 1895 y localizarse otra vez casi exclusivamente en Lima. La tendencia inexorable fue hacia la proletarización del artesanado; pero ella se va definiendo en la perspectiva de una historia que, debajo de las olas de los acontecimientos sucesivos, rastree el sentido de las grandes corrientes que enlazan las postrimerías del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. En este proceso desaparecieron o se relajaron lamentablemente algunas expresiones del artesanado artístico y de creación popular local y regional.

En el movimiento obrero y artesanal comenzaron a desarrollarse, en la búsqueda de formas de aglutinamiento, tendencias mutualistas, asociacionistas e institucionalistas casi siempre con simultáneas orientaciones patrióticas y deportivas, estas últimas a través de clubes de tiro y otros. Se hizo visible, a la vez, en grupos minoritarios cultos el alba de una conciencia proletaria dentro de la influencia anarquista romántica, cuya lejana fuente estaba en España y en Italia. No hubo, sin embargo, entonces brotes de terrorismo. Surgió, a veces, la presión de la mano de obra contra la innovación y el modernizamiento de equipos industriales por las despedidas que ellas implicaban y la reducción de jornales. La incipiente clase obrera tuvo, como ocurriera en otras partes del mundo, en análoga fase de su evolución: excesiva duración de la jornada de trabajo, inseguridad en él, salarios muy bajos, deplorables características en los locales industriales y en las viviendas, desamparo absoluto ante la enfermedad, el desempleo y la vejez,

desatención ante la mujer y el niño. Una legislación previsora, cuya fecha de iniciación en el Perú (1911) es muy honrosa para el país, trató de ir mitigando en algo estas condiciones. Sin embargo, con frecuencia no llegó a ser cumplida plenamente.

Mientras que, al avanzar el siglo, se afianzó de un lado la gestión de agrupaciones obreras o semi obreras sumisas o domesticadas, entregadas a las subvenciones de gobiernos sucesivos o qu'e se contentaban con diputaciones o concejalías, comenzó a propagarse a las alturas de la primera guerra mundial - sucesor del anarquismo ácrata, que creó el sindicalismo peruano en 1904 y gestó las primeras luchas en pro de la jornada de ocho horas- la influencia del sindicalismo revolucionario apolítico, partidario de la acción directa y depositario de la mística de la huelga general como pórtico de la revolución social. En 1919 surgieron algunos estallidos terroristas. A medida que fue avanzando la década de los 920 quedaron marginados los fervores anarquistas y sindicalistas revolucionarios y emergió la influencia comunista, combatida en los medios obreros desde 1930 por la acción aprista también orientada hacia la política, en contraste con el puritanismo anarcosindicalista.

La historia del movimiento obrero peruano -que nadie ha estudiado, hasta ahora, detalladamente - ha pasado, pues, dentro del ámbito cubierto por el presente libro, por cinco periodos. El primero, a partir de la Sociedad Filantrópica que Mariano Salazar y Zapata contribuyera a fundar en 1858, llega hasta la guerra con Chile y se caracteriza por la aparición de entidades como la Sociedad Artesanos Auxilios Mutuos, la Sociedad Auxilios Póstumos, la Sociedad Tipográfica de Auxilios Mutuos y la Unión Universal de Artesanos; y se extiende a provincias con las Sociedades de Artesanos de Cuzco, Arequipa y otras ciudades entre las que estuvo Tacna con la Sociedad de Artesanos El Porvenir, de tanta importancia en la preservación de los sentimientos peruanos durante la ocupación chilena. El segundo periodo se inicia en 1886 con el surgimiento de la Confederación de Artesanos Unión Universal y llega hasta el primer Congreso Obrero en Lima en 1901 Y la fundación de la Asamblea de Sociedades Unidas. El tercero corresponde a la aparición de un movimiento obrero rebelde y beligerante de tipo anarquista en conexión con Manuel González Prada y simbolizado inicialmente por la Federación de Panaderos Estrella del Perú y por las huelgas de 1904, 1906, 1907 Y años siguientes. El cuarto empieza con la difusión de la propaganda sindicalista, el paro por la jornada de ocho horas en 1919 y el de las subsistencias ese mismo año e incluye el desarrollo de la organización gremial, los congresos obreros hasta el de 1927. Viene en seguida la represión de ese año y ábrese una quinta etapa con los comienzos del renacimiento sindical en los años siguientes.

El movimiento obrero peruano nació dentro de cauces nacionales o, mejor dicho, locales, sin ingerencia internacional. Cuando en la época de Bil1inghurst este gobernante auspició la cordialidad obrera peruano-chilena y movilizó para ello a gente de las sociedades ligadas al oficialismo, el grupo anarquista envió al país del sur, desconociendo a ese sector, al obrero Otazú, que fue recibido por el proletariado de la misma filiación. He aquí el primer capítulo en las relaciones internacionales de los obreros peruanos.

Aunque la propaganda anarquista en el país tuvo sus agentes dentro de él mismo (bajo el influjo, al principio de Manuel González Prada, directa o indirectamente), no faltaron contactos eventuales con viajeros argentinos o italianos. Es posible que, en alguna forma, llegara hasta las costas del Pacífico peruano la obra del poderoso grupo norteamericano anarquista denominado International Workers of the World (IWW). El sindicalismo revolucionario, también de raíces propias (a base de lecturas y del ejemplo de otros países), pudo haber recibido el estimulo de inductores argentinos o de otras procedencias. La presencia de peruanos en el congreso constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana de Montevideo en 1929 señaló el principio de una época en que la

acción obrera, en uno de sus ramales, quedo subordinada a directivas emanadas del extranjero.

El campesinado

Desde el punto de vista exclusivamente numérico, el hombre que continuó dominante en la vida peruana y latinoamericana fue el hombre tradicional. Lo caracterizaban el aislamiento social y ecológico, la religiosidad con un sentido distinto de la religiosidad culta de las ciudades, mezclada frecuentemente por un fondo precristiano, la resistencia al cambio, el predominio de la costumbre, la escasez de sus necesidades, la economía de subsistencia, el empleo de formas normativas rígidas para su acción frente a cada situación social definida. La inmovilidad del campesinado como clase social a pesar de cambios jurídicos más aparentes que reales fue uno de los fenómenos típicos de esta infrahistoria desde la época colonial. Tal situación se marcó con más claridad porque a otros niveles de la sociedad llegaron de modo más claro los aparatos y las técnicas de la civilización tecnológica.

El profesor Stanley J. Stein, de la Universidad de Princeton, ha formulado la pregunta sobre por qué no se produjo en el Perú andino una revolución como la que se inició en México en 1910. En este país, asevera, el movimiento de la independencia dejó las raíces de un hondo divorcio entre liberales y conservadores; y aquéllos, con Juárez, arrojaron a sus adversarios del poder político aunque no del económico y social. Luego, el régimen de Porfirio Díaz marcó, a pesar de que se ha dicho lo contrario, la primera etapa de una relativa modernización de la vida mexicana; esto aparece claro después del magistral estudio de Daniel Cosío Ville-gas. Hubo, no obstante la explotación, atisbos de cambios en la agricultura, industrialización inicial, movilización de mano de obra rural y urbana, movilidad social. Ciertos sectores agrícolas como los que producían *pulque* cerca de las vías férreas o los ingenios azucareros de Morelos y Puebla llegaron a modernizarse rápidamente, a pesar del estancado sistema de la "hacienda" en muchas zonas. Según F. Chevalier, la transformación en la zona azucarera de Morelos y Puebla agudizó un desequilibrio social y explica la intensidad de las reivindicaciones campesinas aborígenes bajo Emiliano Zapata después de 1910. En conclusión, Stein sugiere que los campesinos mexicanos se sublevaron por esa época porque sus niveles de vida y sus niveles de aspiraciones eran comparativamente más altos que los de los indios peruanos [*]

Sin embargo, hubo varias expresiones que cabe llamar de orden dinámico. Una estuvo representada por el fenómeno del incompleto mestizaje racial o cultural con sus inmensas virtualidad *es.* La segunda fueron el reclutamiento militar de los indios y el contrato de enganche y sus sucedáneos. La tercera llegó a ser constituida por el impulso que en el campo de la costa comenzó a hacerse más y más visible a través de la revolución creada por la ciencia y la economía industrial subordinada al mercado exterior. Fue una revolución agrícola paralela a la revolución demográfica. La población rural en esa zona del país no fue ya traída de la China dentro de un cuadro de servidumbre como había ocurrido a mediados del sigo XIX. Ella provino de la costa misma y también, en buena proporción, de la sierra. Fueron sobre todo peones andinos, después del negro y del asiático, los que hicieron la gran faena en los campos del azúcar y del algodón. A Chicama, por ejemplo, llegaron coronguinos, sihuasinos, huamachuquinos, usquilanos, sanmarquinos, contumazinos y jornaleros de otros lugares del Ande, del norte al centro, explotados por los contratistas bajo la ruda y cruel ley del enganche, menos terrible, sin embargo, a pesar do todo, que las del antiguo esclavo y del *coolí.* La

[*] Stanley). 5tein. "latin American Historiography" en Charles Wagley, ed. *Social Science Research on Latin America,* Columbia University Press, New York, 1964, pp. 94-96.

contrata, el "socorro", base del negocio en seres humanos con jornales muy bajos, la inhabitabilidad de los campamentos, unidos al abuso o rigor del caporal motivaron múltiples incidentes en las haciendas. Durante un tiempo se pagó con "fichas", después con vales de cartón. Las bodegas de los contratistas explotaban lo mismo al peón que al empleado. Nunca un bracero traído de la sierra encontraba medio de redimirse del adelanto o del "socorro" recibido. El paludismo y otras enfermedades hicieron estragos. El ranchería era inhospitalario. Con el tiempo, sin embargo, las condiciones sociales, económicas, jurídicas y asistenciales del trabajo rural en la costa mejoraron considerablemente.

En época reciente, se vio emerger en todo el país, al amparo de la paz pública y por la paulatina y relativa implantación de medidas sanitarias, un rápido crecimiento demográfico. Otros cambios sustanciales no se registraron, aparte del desarrollo de la vialidad. No hubo en gran escala una inmigración de otro origen, ni alcanzó desarrollo notorio la instrucción, ni el Estado amparó de veras al indígena, ni surgieron nuevos cauces por los cuales quedara atenuada la dificultad tremenda para que fueran incorporados amplios sectores de los niveles campesinos al ámbito cultural de las ciudades y las zonas más avanzadas del país.

Por otra parte, se fueron acentuando nítidamente las diferencias entre los tipos de explotación agraria entre costa y sierra. En esta última no continuó siempre la relación patriarcal cariñosa y tranquila entre propietarios de haciendas y peones de que da algunos ejemplos Markham en su historia de la guerra entre el Perú y Chile. En otros casos se produjo el retiro de las familias señoriales a la ciudad cercana o a la capital. Las prácticas tradicionales de cultivo de origen prehispánico siguieron muchas veces. La servidumbre, el bandolerismo, el abigeato, el contrabando, la mendicidad y el abuso en el empleo de la coca fueron fenómenos derivados de una situación social de deprimente agobio. Falta estudiar el tremendo impacto de la legislación concerniente al alcohol sobre la servidumbre indígena. El latifundio creció en la época republicana en desmedro de las comunidades agrarias. El problema del latifundismo y del atraso social tomó caracteres más patéticos en zonas de Puno, Cuzco, Apurímac, Huancavelica y Ayacucho, donde buena parte de la población, con sus característicos y pintorescos trajes regionales, continúa ajena al idioma castellano, en contraste con la castellanización de otras zonas del centro y del norte. No faltaron las rebeliones de protesta, hasta ahora no bien estudiadas, con infantilismo subversivo. En este libro se ha registrado la agitación endémica en la zona de Chucuito y en otras áreas y la aparición de Rumi-Maqui.

Y lo que era muy grave, en Lima, durante mucho tiempo, la élite intelectual y social tuvo ojos ciegos ante estos problemas que no sólo eran económicos y sociales sino implicaban, a la vez, déficit fisiológico por la subalimentación y también indigencia espiritual compensada no pocas veces por valiosos atisbos de arte espontáneo.

La historia republicana no debe pasar por alto a la artesanía indígena. Su tradición es muy rica. En la época prehispánica el arte textil y metalúrgico y la cerámica especialmente tuvieron una producción que siempre causará asombro. Las formas artísticas españolas propias del Renacimiento y de la etapa postrenacentista fueron introducidas, en el Perú a partir del siglo XVI. La, herencia artesanal peruana, como dice Robert P. Ebersole en su trabajo sobre la artesanía que figura entre las monografías publicadas por el Plan Regional para el Desarrollo del Sur (1959), es el resultado de la unión impuesta entre el "directo" uso pagano de la línea y la forma simbólica y, el extravagante uso de "la decoración por la decoración misma" durante la época colonial. Quizás fueron pocos los cambios, relativamente, en la artesanía durante el período comprendido entre los últimos años de aquel período y los primeros veinticinco del presente siglo; porque no hubo modificaciones notables en el transporte a través del territorio y el indígena siguió viviendo su vida marginal. Pero con el advenimiento de los ferrocarriles, las carreteras, la radio y el tráfico aéreo empieza un nuevo estilo de vida en la sierra.

La herencia artesanal tradicional está en el trance de sufrir más alteraciones que con la conquista española. Los productos de fábrica hacen ruda competencia a los que salen de las artes y oficios con raíces en el ayer, hundidos por lo general en el medio de las ciudades pequeñas o en el rural o aldeano.

3.6 El aumento de las tensiones internas

No cabe hablar, en verdad, de una sociedad peruana sino de varias articulaciones sociales, en función, en parte, de circunstancias geográficas y, sobre todo, de la variabilidad del impacto producido por los fenómenos históricos desde la conquista española hasta la introducción del industrialismo. Puede observarse en la vida nacional de los últimos cincuenta años a partir de 1919 más o menos el incremento de las tensiones sociales y político-ideológicas. Acontecimientos internacionales y fuerzas desatadas en la evolución interna las han azuzado. La presión obrera halló un estímulo en las crisis cíclicas de la economía liberal que evidenciaban cada diez u once años las contradicciones en que se movía el mundo fabril y bursátil. El fenómeno más impresionante; sin embargo, por su magnitud, fue la dificultad para el alza en el nivel de vida de amplios sectores de la población campesina. Este proceso creó situaciones lamentables de discontinuidad, de las que brotaron tanto prejuicios y egoísmos de un lado como acusaciones y dicterios de otro. Una parte de quienes a sí mismos se llamaban la aristocracia adoptó una actitud negativa o despectiva ante su propio país, continuó acariciando, como algunos de sus antecesores, la idea de que lo mejor era emigrar y ocultar capitales en el extranjero; y una parte, formada por intelectuales o estudiantes de los que plantearon la crítica social, acentuó su odio a los "oligarcas" y a veces también a Lima, la costa y los blancos. El contraste entre analfabetos o primitivos y hombres de sensibilidad ultrarrefinada pudo dar lugar a los polos de una descarga que todavía puede ser evitada con la práctica de una educación a fondo, de una rápida transformación económica y social y de una atención consciente tanto a las masas que se van incorporando a las nuevas ocupaciones urbanas como a las que viven o vegetan en el agro La rápida maduración de una conciencia lúcida ante los problemas económicos y sociales del Perú en los últimos años, en especial a través de los más recientes, es uno de los aspectos característicos de la vida en el país y anuncia positivas realizaciones en un futuro próximo. Es muy nuevo el fenómeno de los grupos jóvenes de la alta burguesía que se sienten englobados en una totalidad social y nacional -por arriba y por abajo- de la que ellos forman parte por muy ricos, muy poderosos y muy cultos que sean y cuya transformación, de una manera u otra, deben considerar como un deber. De todos modos la historia enseña que el sacrificio de las minorías privilegiadas es el precio que han debido pagar los pueblos para abrirse camino hacia el progreso que buscan; y que, desde este punto de vista, el desarrollo económico es un proceso genuinamente revolucionario que no puede efectuarse a fondo sin que cambien la posesión del mando político y la distribución del ingreso nacional.

3.7 ¿Qué ha sido, en conjunto, el Perú republicano?

Aquí concluye, por ahora, este ensayo de presentar la evolución del Perú como Estado independiente. Hay que distinguir en él entre el "país oficial" o "país legal", que no siempre ha representado el "verdadero sentido histórico del pueblo", y el "país real" o "país profundo" continuamente sumergido o humillado y que ha pugnado, a veces con intermitencias o retrocesos, por abrir cauce a sus irrealizados anhelos.

Pero ¿qué ha sido, en conjunto, el Perú republicano?

Esperanzas inmensas que los solemnes acordes del himno expresan elocuencia de tribunas en pos de la Carta más perfecta; ruido de caballos y disparos mientras

los viejos portones rechinaban al cerrarse en la capital engreída; algarada de pronunciamientos tras las gruesas paredes de antiguos conventos transformados en cuarteles; cabalgatas que rompían la paz somnolienta de los villorrios andinos; desgranarse lento de las tropas colecticias por las quebradas de 'los Andes y los arenales de la costa en la fatiga de las largas campañas; el montonero con su trabuco irrumpiendo en la calleja que poco antes pisara la tapada; el indio siempre envuelto en su poncho; la rabona desgreñada, heroica y vociferante; el intelectual pensando en París y el aristócrata pensando en Madrid; el legislador que copia las leyes de otros Estados; el guano de las islas despilfarrado, el salitre indefenso y perdido, la minería andina en manos extranjeras, el agricultor costeño preocupado con los precios del azúcar y del algodón; *coolíes* traídos por la fuerza, alemanes que se calcinan en la selva e italianos laboriosos y prósperos; grandes esperanzas súbitas y largos silencios; servilismos e inconsecuencias aliado de aisladas rebeldías tenaces y compensatorias de lealtades antiguas; aclamaciones y dicterios; condenaciones enfáticas del pasado y anuncios vibrantes de reformas radicales; retórica en los manifiestos y optimismo en los mensajes presidenciales y memorias de ministros; invectivas tremendas de los oposicionistas; los empleados públicos mal pagados o de estabilidad incierta y promociones injustas en sus cargos; tramitaciones lentas; premios a la delación y a la infidencia; editoriales solemnes en los diarios circunspectos e insidia sutil y certera, feroz y aplaudida en las hojas eventuales; oportunidades que se pierden, capacidades malogradas por la muerte prematura, la postergación aviesa o el acomodo cínico; hombres que se sobreviven a sí mismos; desgracias que parecen irremediables y renacimientos asombrosos; prepotencias que parecen inconmovibles y sucumben en un día; obras inconclusas; fulgores de heroísmo espartano aliado de disputas bizantinas; refinamientos de raza vieja y primitivismos de tribu; dulzura y crueldad; el culto por las formas, el protocolo o las precedencias; la exaltación desaforada y el olvido fácil; la inteligencia ágil y la envidia pronta; la música del Ataque de Uchumayo y de la Marcha Morán; el vals criollo, la cashua, la muliza, el cacharpari; Tarqui, Mapasingue, Torres Causana y Aguarico; Piquiza e Ingavi; el tronar jubiloso de los cañones en el Callao el 2 de mayo de 1866 y el sacrificio de Grau, Bolognesi, Jorge Chávez y de innumerables otros héroes, muchos de ellos anónimos y olvidados; el color de los cuadros de Merino, la elegancia de los retratos de Laso y su genial y frustrada intuición de que el indio podía ser un personaje pictórico; el historicismo teatral de Montera; e! alejamiento definitivo de Baca Flor; las mujeres y los próceres de Daniel Hernández; la invasión del pueblo y del paisaje peruanos en los cuadras y las xilografías de José Sabogal; el sentido de! movimiento, del color y de la belleza; la alegría de ver, la sinfonía cromática que extrae de los elementos abigarrados de la realidad una intensidad lírica en las obras de Jorge Vinatea Reinoso; las disputas entre Palma y González Prada; los costumbristas y los satíricos; Meiggs, Dreyfus, el contrato Grace, la Peruvian Corporation y La Brea y Pariñas; el puerto de Iquitos, el camino al Pichis y el ferrocarril al Ucayali; la leyenda fascinante de Fitzcarrald; el ansia de saber de Daniel Carrión y la caridad de Juana Alarco de Dammert; el tesoro del genio popular que Adolfo Vienrich reveló en pequeña parte; el hallazgo de nuevos horizontes estéticos a partir de José María Eguren y Abraham Valdelomar; el genio de César Vallejo y de José María Arguedas; la búsqueda tenaz de una interpretación de la compleja realidad peruana que a veces ha caído en los dilemas del indigenismo o el hispanismo; los horizontes culturales cada vez más amplios revelados por la arqueología; la abnegación y la ciencia de peruanos en el espíritu entre los cuales Antonio Raimondi y Augllsto Weberbauer están entre los más ilustres; la solidez y la autenticidad que, pese a muchos oropeles fugaces, hay en la tradición de los estudios jurídicos y médicos; las riquezas del patrimonio cultural del país, con excesiva frecuencia exportadas; la educación desorientada; la esperanza en el premio mayor de la lotería; los desfiles, las iluminaciones y los fuegos artificiales del 28 de julio; las corridas de gala; la cancha Meiggs y el hipódromo de Santa Beatriz; los partidos de Jútbol en la Copa Perú; *El Comercio, La Prensa* y *El Peruano;* la catedral de Arequipa y los jardines y pabellones de la

Exposición; los sabrosos platos locales y regionales y las bellas mujeres; los latifundistas y los comuneros; los nisei, los abigeos, los yanaconas; las elecciones muchas veces amañadas y que, aun cuando fueron auténticas, a veces dieron el triunfo a candidatos no deseables; los gobernantes que, según una frase usada ya en el siglo XVII, son "recibidos bajo arcos y despedidos con flechas"; la intermitente posibilidad de hacer prisiones políticas y destierros; las sombras nunca definitivamente triunfantes de la anarquía y del despotismo; la supervivencia providencial del Perú a pesar de todas las pruebas y de todos los contrastes; la majestad de una historia donde hay remordimientos y hay glorias y donde las cumbres están bordeadas por abismos.

Y, a pesar de todos los esfuerzos, una inmensa tarea por hacer.

Y, a pesar de todas las realizaciones, una bella promesa aún no cumplida.

(HR, t. XI, pp. 305-338)

4. LA ESTRUCTURA ECONÓMICA

4.1. El dinero

Ocioso sería repetir lo ya expresado sobre la historia de la moneda republicana. Cabe distinguir en ella las siguientes ocho etapas:

1) El período de subsistencia del régimen colonial de la moneda, alterado a partir de 1836, más o menos, por la infiltración del feble boliviano; 2) el periodo que se inicia con la ley de 14 de febrero de 1863 *so*bre bimetalismo y está acompañado por la presencia de los billetes bancarios; 3) el período del billete fiscal que se anuncia con el decreto de 1.0 de agosto de 1875 sobre inconvertibilidad del billete y se define con el decreto del 17 de agosto de 1877 y las leyes del 27 de enero, 4 de febrero y 28 de octubre de 1879; 4) el período de regreso al sistema de la, plata que se inicia con el repudio del billete fiscal el 18 de noviembre de 1887; 5) el período de la vigencia del patrón de oro iniciado en 1897 y sancionado por la ley de 14 de diciembre de 1901, cuyo lapso se extiende hasta 1914; 6) el períod9 de los billetes bancarios o cheques circulares desde 1914 hasta mayo de 1922, en que se creó el Banco de la Reserva; 7) el primer período del Banco de la Reserva como organismo centralizador de la moneda de papel desde 1922 hasta 1931; 8) el período en que se oficial izaron tres de los proyectos de la misión Kemmerer sobre moneda y bancos y los efectos inmediatos de ellos (1931 Y 1932). Por razones cronológicas, queda comprendida dentro de la sétima etapa la devaluación de la moneda efectuada por la ley del 11 de febrero de 1930, que creó el sol oro en reemplazo de la libra peruana El problema de la circulación de la moneda hallábase íntimamente vinculado al funcionamiento de los bancos y a su sistema de préstamos. Cuando estas instituciones de crédito se desarrollaron entre 1863 y la década de los 870, no buscaron ni tuvieron clientela entre los agricultores de todas las regiones por la sencilla razón de que la tasa de interés del préstamo era mayor que la renta de la tierra. Esta imposibilidad de dirigir los grandes flujos de moneda hacia zonas agrícolas poco rentables ayudó a frustrar el desarrollo de una dinámica circulación monetaria en es tas regiones, lo que permitió la reproducción y aun la intensificación de los intercambios naturales (trueque) y la utilización de relaciones de tipo servil o semiservil (Manuel Burga: "La hacienda en el Perú, 1850-1930: Evidencias y método" en *Tierra* y *Sociedad,* revista del Archivo del Fuero Agrario, Lima, N.o 1, abril de 1978)

Las subvenciones de los primeros bancos fueron dedicadas, sobre todo, al sector comercial. El interés que cobraban era demasiado alto, 1 % mensual.

El Banco Territorial Hipotecario, que funcionó en la década de los 870, benefició con sus préstamos fundamentalmente a la agricultura del azúcar y muy

poco a los otros tipos de cultivo, debido al incremento en la rentabilidad de dicho sector económico. Ello fue lo que hizo posible el desarrollo de esta relación. (Pablo Macera: *Las plantaciones azucareras en el Perú,* Lima, 1974).

Aquí conviene señalar la importancia que tendría un estudio acerca de los préstamos monetarios efectuados por los distintos bancos regionales que proliferaron hasta el surgimiento de la guerra con Chile. También habría que iniciar estudios sobre la política crediticia seguida por el Banco del Perú y Londres y las demás instituciones de crédito surgidas y desarrolladas durante el periodo de la Reconstrucción.

En algunas zonas como la de Arequipa, después de la guerra con Chile, por ejemplo, las grandes casas comerciales vinculadas al tráfico de la lana para la exportación de ella realizaron préstamos a los hacendados de la región andina meridional como estímulo para lo concerniente a la recolección de dicho producto por los campesinos. Inclusive, a veces, algunos recibieron dinero en depósito. Y no faltaron casos en que funcionó el sistema del trueque cuando arroz, azúcar, aguardiente y a veces coca fueron entregados a cambio de lana. En la década de los 910, sociedades agrícolas formadas en Camaná y Majes habilitaron monetaria mente a los pequeños productores para el fomento del algodón; y surgió, además, la ingerencia de los grandes comerciantes arequipeños para dominar económicamente a medianos propietarios y también a industriales emergentes. "Los grandes comerciantes arequipeños especularon, procedieron como instituciones de crédito, llegaron a constituir el sector más importante de la alta clase en la región" (Alberto Flores Galindo, Orlando Plaza y Teresa Oré: "Oligarquía y capital comercial en el sur peruano, 1870-1930" en *Debates en Sociología,* N.o 3, Lima, octubre de 1978)

El patrón de oro otorgó a la libra peruana una solvencia tal, que llegó a tener premio sobre la libra esterlina. La paridad con el dólar fue de US $ 4.86 por 1 Lp., o sea de US $ 0.486 por 1 sol. El saneamiento de la moneda en los primeros catorce años del siglo XX estuvo facilitado por la prudencia seguida durante corto tiempo con el presupuesto y la eliminación de la deuda exterior (1897 ~ 1914) han hecho que muchos olviden la situación de privilegio que dentro de este campo tuvo el Perú en comparación con otras repúblicas americanas, así como la salud hace olvidar los males invívitos en las enfermedades.

El régimen de los cheques circulares estuvo acompañado por el obsesionante afán de no volver al billete fiscal que a tan patético fin llegó en 1887. Defendida la moneda, surgió la paradoja de un tipo de cambio de 5 dólares por libra peruana al terminar la guerra mundial en 1918 (máximo de US $ 5,65 Y promedio de US. $ 5,27). La baja del cambio fue notable en 1921 y llegó al antes increíble valor de US $ 3,83 por libra peruana. Volvió a aparecer este fenómeno anómalo en 1925 pero sólo se convirtió en un mal endémico y progresivo a partir de 1930, con vastas consecuencias políticas, económicas y sociales. El cambio máximo, mínimo y medio sobre Nueva York entre 1931 y 1933, años de profunda crisis, fue el siguiente:

	Máx S/ Por dólar	Min	Medio
1931	3.74 00	3.36 00	3.58 00
1932	6.25 03	3.59 85	4.68 71
1933	6.30 00	4.28 78	5.30 68

Entre tanto, se había esparcido una gran abundancia de dinero, así como también un proceso rápido de expansión y crecimiento del Estado en mayor proporción que los del país.

Los precios

Sobre esta importante materia existe elaborado un material demasiado es caso.

No se han hecho estudios monográficos.

Cabe distinguir, dentro del periodo de 1895 a 1933, tres grandes ciclos separados por la primera guerra mundial (1914) Y el comienzo de la depresión (1929) que, en su curva, reflejan, en general, las grandes corrientes de la coyuntura internacional.

Al comienzo de aquel periodo hay la continuación de un signo descendente cuyo punto de partida estuvo, sin duda ubicado antes de la guerra con Chile, hacia 1872 para acentuarse con la invasión, las contiendas externas y civiles y el empobrecimiento general. Ya en 1898 comienzan a escucharse voces que claman contra la carestía en el costo de la vida, sobre todo en relación con la carne, el arroz, el trigo, las menestras y la sal. Existe al respecto el informe de una comisión de la Cámara de Comercio de Lima expedido el 25 de abril de 1898. Similares denuncias vuélvense mucho más insistentes en 1904 y 1906 debido, entre otras causales, al aumento de la población urbana, la tendencia de los cultivos de la costa preferir los de exportación y, sobre todo, los impuestos en relación con artículos de consumo.

Este estado de cosas coincide, por lo demás, con un fenómeno de recuperación de precios que supera las fronteras del país. Pero, con todo, se extiende entonces un techo de estabilidad con la política de equilibrio presupuestario que va a deteriorarse a partir de 1909, a la que acompaña la firmeza de la situación económica y de los mercados para los productos nacionales, dentro de sus límites de modestia.

A consecuencia de la primera guerra mundial los precios ascienden atropelladamente. Pierde la moneda su valor adquisitivo aunque sin llegar a extremos catastróficos, por la estabilidad que se logra en su régimen. Aparecen los primeros exponentes de la legislación sobre artículos de primera necesidad. Los años de 1920 y 1921 son típicos del alza de precios y presentan, además, la baja del cambio.

El alza de precios se acrecienta en 1925, 1926 y 1927. La ley N.o 523 de 6 de noviembre de 1926 eleva por un año los derechos de importación de los artículos de lujo. La depresión iniciada en 1929 acentúa la tendencia a la baja de precios que coincide con la baja del cambio. Los índices de precios medios al por mayor publicados en el Extracto Estadístico (inferiores que los de los precios al menudeo) señalan las siguientes cifras con relación al año 1913 (100)

1923:189

1924:192

1925:202

1926:203

1927:203

1928:192

1929:186

1930:178

1931:175

1932:170

Otros cálculos, también de origen oficial, exhiben algunas variantes con estas cifras, dentro de la analogía en la tendencia general. El descenso prosiguió en los años siguientes, como ya se ha anotado en los capítulos respectivos, y duró hasta 1934.

El poder adquisitivo de la moneda y la estructura social

Las fluctuaciones en los precios dan la clave sobre el poder real adquisitivo de la moneda, inciden sobre la economía de las distintas clases sociales y provocan a veces verdaderos cambios de estructura. No debe olvidarse, sin embargo, que la aparición de la moneda sana al implantarse el patrón de oro y el mantenimiento de ese principio en una lucha heroica a partir de 1914 evitaron, a pesar dé todo, sucesos tan trágicos como los que se produjeron en relación con la ruina de medianos o pequeños rentistas con la depreciación del billete en 1887. Pero la tendencia a la baja en el cambio, aun en años prósperos del siglo XX después de 1915, implicó un factor favorable para el sector de los exportadores. Con todo, no se produjo en el curso del tiempo aquí estudiado un proceso inflacionista en gran escala que redujera en forma fundamental el poder adquisitivo de la moneda peruana. Al amparo de esta situación de relativa estabilidad pudo tomar incremento económico y social la figura del rentista que tenía su fortuna, sobre tod9, en fincas o en cédulas hipotecarias o en otros valores seguros; y se difundió paulatinamente la confianza en el poder del ahorro privado. Por ello (y también por el amargo recuerdo de las especulaciones malaventuradas en la época del guano, el salitre y el billete fiscal) dominó en la alta clase social una mentalidad de prudencia.

Cuando, a partir de 1939, más o menos, comenzó a acentuarse un notorio proceso de inflación, se vio el desmedro económico de quienes dependían de acciones o valores de rédito fijo y también de quienes eran empleados o pensionistas del Estado. El caso de los que tenían cédulas de pensión expedidas en épocas no muy lejanas en que el poder adquisitivo de la moneda era asaz distinto resultó, a veces, patético. La diferencia entre el costo de vida y la cuantía de los sueldos ha hecho que muchos eviten aceptar cargos públicos; esto ha influido, por ejemplo, salvo excepciones meritísimas, en la calidad y en el prestigio de una parte del Poder Judicial no sólo de Lima sino también en provincias. Frente al empobrecimiento de quienes estaban sujetos a rentas estabilizadas, surgió el enriquecimiento notorio de ciertos empresarios, industriales, exportadores, negociantes en valores bursátiles, especuladores en el ramo de las construcciones y con el Estado y de otros personajes de análogas características "dinámicas".

La moneda boliviana, las monedas locales (fichas y *señas de haciendas), la subsistencia del trueque*

De los habitantes indígenas se ha calculado que, según el censo de 1940, el 70 o 75% dependía directamente de la agricultura o de la ganadería para mantenerse. Este grupo hacía una contribución muy pequeña desde el punto de vista de la productividad comercial por su técnica primitiva de trabajo, por la escasez de buenas tierras a su disposición y por otros factores que crearon aquí una economía de subsistencia o de trueque y no una economía de mercado. Resulta así imposible para la gran mayoría de los agricultores aborígenes producir sobrantes dentro de las condiciones en que trabajan o estar en el caso de poder comprar o poder vender. Por mucho tiempo han vivido dentro de un mundo aparte, simplemente subsistiendo, aunque en el reciente pasado y en el presente se multiplican los síntomas de que no van a seguir así. Conviene no exagerar la amplitud de este evidente proceso de rápida modernización.

Ya han sido dedicadas en el presente libro muchas páginas a los problemas creados no sólo en el sur del país sino en la economía nacional por el feble

boliviano, hasta 1863 más o menos. En tiempos posteriores, en los departamentos meridionales, la moneda de la república altiplánica siguió circulando. Al comenzar el siglo XX una gran penuria monetaria afectó a dicha zona. [oo.] Agustín Tovar, representante por Puno denunció en 1906 en el Parlamento que "en Moquegua, Tacna libre y Puno circulaba moneda boliviana". Ella fue conocida con el nombre de "soles araña"

Cualquier referencia al problema de la moneda y de los precios no debe omitir una alusión al problema que una parte significativa de la población del Perú vivió históricamente, de hecho, al margen de él o en un contacto muy relativo.

Hubo durante mucho tiempo monedas locales, es decir fichas y señas de haciendas. Este fenómeno resultó un hecho corriente en las zonas agroexportadoras de la costa, si bien al respecto no cabe una generalización absoluta. El hacendado José Ignacio Chopitea se jactó en el Senado de que .en sus dominios se pagaba con moneda contante y sonante.

En las haciendas algodoneras costeñas se dieron casos en que los propietarios entregaran sus tierras en conducción indirecta a pequeños y medianos arrendatarios y compañeros. La renta a la que se obligaban éstos, valorizada en dinero, era pagada en algodón. Una coyuntura de precios altos beneficiaba al arrendatario (menos algodón por la misma cantidad de dinero) y una coyuntura de precios bajos permitía que el arrendatario fuese el único perjudicado (más algodón por la misma cantidad de dinero).

Lo anterior es una modalidad del sistema del yanaconaje. Los algodoneros obtenían menores ganancias que los azucareros por lo cual restringieron sus gastos monetarios para convertirse en rentistas; aquéllos gozaban de una mayor rentabilidad en los cultivos y tuvieron necesidad de una mayor fuerza de trabajo (Manuel Burga, op. cit.)

Hubo muchas otras modalidades del trueque en reemplazo de la moneda. Así, por ejemplo, el sistema de pago en la Sociedad Ganadera del Centro en las primeras décadas del siglo XX fue llamado de las "acomodanas"; y en él gran parte del salario era abonado en especies como coca, papa, cebada, maíz, sal, etc., muchas de ellas producidas en las mismas haciendas de la Sociedad.

4.2 Sobre la propiedad La evolución de la propiedad

Falta hacer una investigación sistemática y seria en los protocolos notariales en Lima y provincias, el Registro de la Propiedad Inmueble, los documentos correspondientes a la contribución de predios y otros impuestos y diversos repositorios más, sin excluir los archivos de las haciendas y los familiares, para conocer la verdadera imagen de la historia de la propiedad, mucho más importante, por cierto, que la de las anécdotas políticas. En conjunto, su proceso parece haber tenido como hitos fundamentales durante e! período republicano: a) la supresión de las vinculaciones laicales y del mayorazgo que corresponde a la época de Ramón Castilla en año posterior al de las leyes promulgadas en España (I820 y 1836); b) la venta o cesión de bienes nacionales rústicos y urbanos, los de los españoles o emigrados que fueron materia de expropiación durante la guerra de la independencia y también los bienes de propios, tierras municipales y otras de condición similar; e) el apoderamiento de bienes de comunidades de indígenas por propietarios individuales al amparo de la ley de 1828 o de otras, o a través de abusos varios; d) los efectos de! Código Civil de 1852 como instrumento favorable de la libre circulación de la propiedad ya su reparto por la vía de la herencia, a través del tiempo; e) el impacto de la ley N'. o 1447 de 7 de noviembre de 1911, sobre consolidación de enfiteusis, singularmente decisivo en e! caso señalado a continuación; f) la merma en e! patrimonio de la Iglesia, iniciada con las normas republicanas contra las casas monásticas, conventos extinguidos y demás manos

muertas y proseguida a lo largo del siglo XIX y del siglo XX; g) los resultados de la condición legal de las sociedades anónimas, propicios para enmascarar el fenómeno de acaparamiento de la riqueza.

La historiografía peruana de los años próximos se enriquecerá con monografías de carácter local, regional y nacional sobre la evolución de la propiedad urbana y rústica. Como tendencias generales cabe señalar durante e! siglo XIX y el siglo XX: e! movimiento hacia la desamortización civil y eclesiástica, es decir, hacia la liberación de las, trabas para la libre enajenación que provenían de la época colonial y e! desarrollo de un neolatifundismo, o sea de la gran propiedad republicana.

La gran propiedad colonial y *republicana* y *las comunidades de indígenas*

En el Perú la gran propiedad colonial debió, en principio, tener su origen en el reparto de las tierras que habían pertenecido antes al inca y al Sol. Las de las comunidades, en principio, no entraron en esa distribución. El derecho indiano reconoció la existencia de ellas y las amparó. (Libro III, título XII, ley XVIII; libro VI, título III, ley IX; y libro VI, título III, ley XIV de la Recopilación de Indias). Hasta pudo hacerse -en beneficio de estas instituciones autóctonas que los juristas, estadistas y administradores aceptaron para injertadas en el sistema por ellos establecido- adjudicaciones de nuevos lotes por repartimiento o composición. Tierras de repartimiento eran aquellas que se daban a los indígenas en compensación de los tributos que daban al rey o al encomendero a quien éste había cedido su derecho, Tierras de composición venían a ser aquellas cuyo título se saneaba, como se dice en seguida, mediante el pago a la corona de una suma de dinero. Sobre las tierras de repartimiento el título era de usufructo y quizá sólo de uso y cada cierto tiempo, en las vistas y revistas, su extensión aumentaba o disminuía.

Contra lo que algunos han sostenido, la encomienda consistió, teóricamente, sólo en una cesión de tributos hecha por la corona en beneficio de particulares y se relacionó de hecho más bien con el trabajo personal de los indios a beneficio de los encomenderos, a pesar de las normas protectoras dictadas desde la metrópoli. Este trabajo personal pudo efectuarse por indios de las comunidades en haciendas que, por otro con cepto, pertenecían a los encomenderos. En algunos casos, sin embargo, la encomienda, de hecho, estuvo directamente unida a la adjudicación de tierras. Pudo, a la vez, haber encomiendas de indios cuyos lotes pertenecían, en principio, a las comunidades respectivas; los miembros de ellas pagaban tributo al encomendero conservando teóricamente la propiedad de sus parcelas Por lo demás, la encomienda legalmente sólo duró tres vidas, la del titular y otras dos más. A fines del siglo XVIII o a comienzos del XIX estaba extinguida o en vías de serlo.

Hubo, por cierto, despojos a los indios. Una de las formas de legalizarlos consistió no en la encomienda sino en la composición, o sea aquel método de sanear titulaciones imperfectas mediante el pago a la corona de una parte de lo que podía valer el área poseída ilegalmente en un principio. He aquí, pues, las tres raíces fundamentales de la gran propiedad colonial: el reparto de las tierras que fueron del Inca o del Sol, las tierras usurpadas de las comunidades de indígenas y legalizadas por la composición.

A pesar de todo, estas comunidades formaban importantes bloques económicos y sociales al empezar el siglo XIX. Surgió la revolución y bajo sus consignas de libertad e independencia alentó la finalidad de dar estímulo a las fuerzas productivas bajo un régimen de economía individualista. Algunos historiadores marxistas (en coincidencia con historiadores españoles de extrema derecha) la presentan como una turbia conjura de los latifundistas criollos para aumentar y fortalecer sus privilegios cortando los débiles esfuerzos del Estado borbónico para moderarlos o restringirlos. En realidad, San Martín y Bolívar, Sánchez Carrión y Luna Pizarro y muchos otros próceres no fueron terratenientes. Ellos y sus contemporáneos en la magna empresa de dar un nuevo rumbo al futuro

de América procedieron con una esencial buena fe. La idea que albergaron fue dividir las tierras (constreñidas por un sistema de vinculaciones que favorecía al Estado, al clero y a las comunidades de indígenas), entregarlas a los campesinos y desarrollar en las zonas rurales, a base de la pequeña propiedad, una clase rural próspera que aumentase la productividad y estuviera en condiciones de recibir y absorber como mercado los productos de las industrias nacientes.

El decreto de 8 de abril de 1824, expedido en Trujillo por Bolívar y Sánchez Carrión, expresó en su parte considerativa en primer lugar que "la decadencia de la agricultura de estas provincias depende en mucha parte del desaliento con que labran las tierras por hallarse las más de ellas en posesión precaria o en arrendamiento"; y que "nada es más justo que admitir a composición y vender todas las tierras sobrantes de las que han sido rematadas, compuestas o adjudicadas conforme a la ley". Y en los dos considerandos últimos mencionó este decreto la carencia de fondos del Estado para llevar a cabo la guerra y agregó que en "la Constitución política de la república radica el progreso de la Hacienda y el fomento de ramos productivos a fin de disminuir las imposiciones personales". Yen su parte resolutiva el mismo documento oficial mandó vender las tierras del Estado y excluyó de esta operación las de los indios, para declararlos propietarios de ellas con el fin de que "puedan venderlas o enajenarlas de cualquier modo". Las tierras de comunidades debían repartirse conforme a ordenanza entre los indios que no gozaran de alguna otra suerte de tierra, quedando dueños de ellas y vendiéndose las sobrantes. Ningún indio debía quedarse sin su respectivo terreno (art. 4). El decreto del 4 de julio de 1825, suscrito en el Cuzco por Bolívar y Felipe Santiago Estenós, mandó poner en ejecución el anterior, en la parte sobre reparto de tierras de comunidad, dio normas para evitar las usurpaciones de caciques y recaudadores e insistió en el principio de la pequeña propiedad para los indios, con la limitación de que no podían enajenarka hasta 1850 y jamás en favor de manos muertas. La circular del ministro José María de Pando a los prefectos fechada ello de setiembre de 1826 dispuso que los decretos de 8 de abril de 1824 y 4 de julio de 1825 sobre repartición de tierras de comunidad tuviesen cabal cumplimiento e insistió en "cuánto importa aumentar el número de propietarios y de productores, aliviar la suerte de los indígenas, poner en circulación y cultivo una riqueza estancada y estéril, procurar nuevos ingresos al erario público y formar ciudadanos de la masa de nuestros infelices proletarios". Carácter complementario tuvieron las circulares del 7 de setiembre de 1826, 19 de octubre de 1826 y 2 de noviembre de 1826 sobre facultades de los revistadores de tierras. La ley de 31 de marzo de 1828 declaró a los indígenas en pleno dominio de las tierras por ellos ocupadas por reparto o sin contradicción, es decir, mantuvo la tendencia a la propiedad privada, con la restricción de no ser enajenada sino en el caso de saber leer y escribir.

Ocurrió, sin embargo, un proceso que los hombres que consumaron la independencia no habían sospechado. Los lotes resultantes de la partición de las comunidades (allí donde ellas se dividieron en cumplimiento de los decretos y 'leyes republicanas o por desmanes no reprimidos) fueron muy numerosos pero muy pequeños. Algunos indígenas o las comunidades mismas vendieron o se vieron obligados a vender a hacendados vecinos tierras antiguamente poseídas en forma comunitaria y el señor que las compró o arrebató los convirtió en peones o arrendatarios. No sólo el Estado los abandonó al no darles crédito barato y al no defender la diminuta extensión de sus parcelas sino además actuaron en su contra autoridades políticas y autoridades judiciales, con frecuencia coludidas. Fueron fenómenos coincidentes y correlacionados la desclanización parcial del indio, el recorte de las comunidades y la centralización de la tierra en manos de terratenientes y hacendados. A la unidad comunitaria aborigen siguió la pluralidad de parcelas por la división de las tierras y tras ella vino la unidad del latifundio. El nuevo régimen de la tierra no benefició a los campesinos pobres sino a los poseedores del dinero o del poder político social. Hubo grandes haciendas de la colonia que prolongaron su vida en la república o que crecieron; y hubo otras

surgidas entonces, en parte, bajo el estímulo de la parcelación o la decadencia de las comunidades [*] El indio trabajador de su lote resultó un peón o también un arrendatario que pagó mediante su faena o la de los suyos. El servicio personal adquirió una nueva modalidad. El Código Civil de 1852 al favorecer la libertad de las partes para contratar amparó, de hecho, este fenómeno [**]

Nada más distante de lo buscado por los próceres de la Emancipación. No se consiguió "aumentar el número de propietarios y de productores, aliviar la suerte de los indígenas, poner en circulación y cultivo una riqueza estancada y estéril, procurar nuevos ingresos al erario público y formar ciudadanos de la masa de nuestros infelices proletarios", como había prometido la circular de José María de Panda a los prefectos fechada el 1. o de setiembre de 1826. [***]

Los interesados en adquirir parcelas de tierras pertenecientes a las comunidades, generalmente vecinos de ellas, hicieron a veces extender escrituras de venta por cualquier comunero y se impusieron luego sobre los demás. En otras ocasiones, dichas escrituras quedaron otorgadas por un tercero que, desde luego, no era dueño del terreno despojado. Por medio de ese documento se solicitaba judicialmente la misión en posesión del fundo así ilícitamente comprado con citación no del poseedor actual sino del intruso vendedor, y el indio usufructuario de una posesión inmemorial era sorpresivamente arrojado de la tierra de sus mayores. Con motivo de una nota dirigida al Ministerio de Gobierno con el fin de hacer resaltar la necesidad de remediar tales abusos y que llegó a conocimiento del Comité de Reforma Procesal, se dispuso en el Código de Procedimientos Civiles de 1912 que, al solicitaría posesión, se citara al poseedor o tenedor actual. Pero la violencia ola intriga siguieron tomando formas múltiples e inclusive el Código antedicho, con el interdicto de adquirir y otras figuras jurídicas, fue utilizado por ellas. No faltó la ingerencia nociva de algunas municipalidades y sociedades de beneficencia para arrendamientos de pastizal es, recaudación de rentas, etc. Otro de los medios usados fue el de la usurpación, tolerada siempre, de las aguas de regadío o impidiendo el riego del lote cultivado por el indio para obligarlo a ceder su terreno por vil precio. Hubo también expropiaciones conforme a las reglas del Código de Minería en beneficio de grandes empresas y en desmedro de las comunidades. Sobre todo, en los departamentos del sur los despojos a las, comunidades provocaron levantamientos que fueron sofocados a sangre y fuego sin que, por lo general, los periódicos de la capital dieran cuenta de ellos. En la costa, las comunidades casi desaparecieron. En algunas oportunidades, algunos comuneros, queriendo ser terratenientes, conspiraron contra ellas.

La administración de justicia, por lo general, amparó a los gamonales, lo mismo que las autoridades políticas. José Frisancho, sin embargo, señaló en 1916 que en la provincia de Lampa gran parte de los indios logró conservar sus tierras gracias a la acción de los magistrados, en contraste con lo ocurrido en otras provincias como Azángaro.

Desde el año de 1920 comenzó a funcionar en el Ministerio de Fomento la Sección de Asuntos Indígenas con un personal que se consideró suficiente y algunos ingenieros a sus órdenes. Cuando surgió algún conflicto territorial y faltaba el título correspondiente a alguna comunidad, aquella Sección acostumbró enviar

---

[*] En su libro *Del jesuitismo al indianismo,* José Frisancho atribuye este proceso a la administración de Piérola entre 1895 y 1899. Probablemente había empezado mucho antes y siguió después. Con Piérola se acentuó en las provincias donde hubo represión.

[**] El Código de Enjuiciamientos de 1852 trató de la misión en posesión, al amparo de posesión Y la restitución del despojo.

[***] Este proceso no fue exclusivo del Perú. Se realizó también en otros países americanos. Ello prueba que fue el producto natural de una serie dada de circunstancias históricas y sociales semejantes a Guillermo Hernández Rodríguez lo ha estudiado en relación con Colombia en el libro *De* los *Chibchas* a *la Colonia* ya *la República* (Del clan a la encomienda y al latifundio, Bogotá). Compárese con "El Caciquismo y el problema indígena" por José Frisancho en *Algunas vistas fiscales...,* Lima, 1916

un ingeniero a levantar el plano respectivo. Este era acompañado por un informe puntualizado. Llenadas las formalidades reglamentarias, el Ministerio citaba a todos los colindantes; si surgía alguna discrepancia, los funcionarios actuaba n como mediadores y, en un plazo máximo de dos o tres meses y con un gasto mínimo por la vía administrativa, tenía la comunidad sus límites debidamente fijados y sus títulos expeditos; o si la titulación se había perdido, a base del plano oficialmente levantado, con conocimiento e intervención de los colindantes, podía rehacerla por los medios legalmente permitidos. Como hubiese dificultades para el pago de los ingenieros, se expidió un decreto conforme al cual el valor del plano se fijaba en relación con el perímetro del terreno en una cantidad mínima. En otras ocasiones los mismos comuneros, con el propósito de sacar títulos supletorios, contrataron a algún ingeniero para que levantase el plano necesario; hubo casos, como el de la comunidad de Yántacc, en la provincia de Yauli, en que el ingeniero cobró su precio y propuso una escritura de compañía que los comuneros firmaron y que resultó ser, con gran sorpresa para ellos, de venta de sus tierras. Se estableció también, en los últimos años del régimen de Leguía, que las tierras que estuviesen en litigio con comunidades pudiesen ser expropiadas por el Estado para entregarlas luego a dichas instituciones; y determinados hacendados lograron a veces que, con este motivo, sus tierras fuesen valorizadas en exceso. Al respecto hubo luego denuncias ante el Tribunal de Sanción.

El latifundio y la hacienda no se beneficiaron únicamente con tierras de antiguas mercedes reales y con tierras de comunidades de indígenas parceladas, invadidas o arrebatadas. Otro de sus orígenes importantes estuvo en los bienes nacionales y municipales y también en las antiguas propiedades de monasterios, conventos, capellanías y manos muertas en general repartidas en virtud de leyes y decretos laicistas o por culpa de malos administradores. El movimiento destinado, en principio, a la comercialización, circulación y división de esas propiedades tendió, de hecho, a un proceso de concentración en pocas manos, aunque los debilitase la práctica del reparto sucesoral entre todos los herederos cuando no hubo sociedades anónimas. Nunca se produjo en ninguna provincia un sistemático alinderamiento o catastración de propiedades para que, en lo posterior, no fuera ya posible el acrecentamiento de un fundo en desmedro de los colindantes. Ello no obstante, quedaron en pie muchas comunidades de indígenas y la resolución legislativa del 11 de octubre de 1893 dispuso que la de Cabana y todas las demás de la república eran legítimas propietarias de los terrenos que poseían. La Constitución de 1920 abrió una nueva era cuando las reconoció y protegió, con lo cual creció la tendencia a reestructurarlas y aun hasta a formarlas poniéndolas bajo el amparo de viejos títulos, muchas veces verdaderos y, en algunas ocasiones, falsificados. [*]

La grande, pequeña y *mediana propiedad agrícola.*

Oswaldo B. González Tafur da en su libro *La agricultura peruana: Problemas y posibilidades* (Lima, 1964) algunas cifras de conjunto sobre ella correspondientes al año de 1961. Con los datos aproximados disponibles entonces presenta el siguiente cuadro:

---

[*] Sobre la simulación republicana de las leyes indianas, véase). Basadre, *Los fundamentos de la Historia del Derecho* (Lima, 1956, pp. 27-9). Saturnino Vara Cadillo, en la Sesión del Congreso Constituyente del 31 de agosto de 1932 narró el caso de Melitón Irribaren, mestizo español de Caramarca, provincia de Dos de Mayo, que en 1865 inició el negocio de los llamados "títulos Cadarcio"; papeles falsificados a favor de las comunidades. Según afirmó, se seguía traficando entonces con dichos títulos y había otros casos similares

	Pequeños y medianos Agricultores, de 2,5 a 75 hectáreas	Grandes agricultores De 75 hectáreas para arriba
Por ciento de tierra cultivada	37.2	62.8
Hectáreas por habitante	2.7	318
Hectáreas en total	669,00	1.130,400
Número de propietarios	247,902	3,553
Por ciento de propietario	98.6	1.4

Es decir, el 1.4% del total de propietarios dispone del 62.8% de las tierras en cultivo, mientras los pequeños y medianos suman el 98.6% de ese total y solamente poseen el 37.2% de las tierras en cultivo. Son (según los cálculos de González Tafur) 1'130,400 hectáreas que pertenecen a los grandes terratenientes contra aproximadamente la mitad, o sea 669,600 hectáreas, de acuerdo con los promedios de 318 y 2.7 en el cuadro que acaba de presentar. En la relación entre el área nacional de tierra cultivada y el número de propietarios, se obtiene como área promedio por cada uno la de 7.2 hectáreas, que demuestra la suma escasez de tierras agrícolas en el país.

El mismo autor señala que el sector de la agricultura que ha evolucionado la técnica y económicamente ocupa (dentro de los 2 millones de hectáreas explotadas, según él permanente1l1ente en el país) 4'000,000 de hectáreas, mientras el sector sumido en el primitivismo llegó a 1 '600,000 hectáreas. Las zonas atrasadas cubren, dice, 1'100,000 hectáreas en la sierra, 300,000 hectáreas en la costa y 200,000 hectáreas en la selva.

Los tipos de propiedad inmueble

Entre los tipos de propiedad raíz cabe señalar: 1) la propiedad agrícola industrial y de cultivo para la exportación en la costa que se inicia en sus características modernas a consecuencia de la guerra de secesión en Estados Unidos y llega, con altibajos, hasta las vísperas de la guerra con Chile para tomar considerable impulso a fines del siglo XIX y sobre todo a lo largo del siglo XX; 2) la propiedad agrícola no industrial en áreas marginales de la costa con inferiores condiciones de suelo y de abastecimiento de agua así como deficientes infraestructuras básicas; 3) la propiedad agraria en la sierra, que funciona muchas veces anacrónicamente dentro de una economía de subsistencia; 4) la propiedad agraria en la selva para la que legalmente ha sido creado un régimen altamente favorable a la creación de extensos fundas; 5) la propiedad ganadera; 6) la propiedad minera que puede ser grande, mediana o pequeña y, con frecuencia, estuvo vinculada de un modo u otro al capital extranjero; 7) la propiedad industrial que comienza a diseñarse, con cierto sentido moderno, desde 1863 para tomar incremento en los años que preceden a la guerra con Chile, quedar destruida en ella y renacer con vigor creciente a fines del siglo XIX y, sobre todo, en los años desde fines de la primera guerra mundial. Debe anotarse aquí que una de las máximas expresiones de la industria, la de los ferrocarriles, pasó en el Perú a poder extranjero y que otra de ellas, la marina mercante, no tuvo gran desarrollo hasta que se organizó débilmente una compañía oficial; 8) la propiedad urbana privada; 9) la propiedad dominada por los bancos, las compañías de seguros y el alto comercio. No hay información minuciosa disponible hasta ahora sobre este proceso en el siglo XIX y en la primera parte del siglo XX; pero, en relación con la época más reciente, existen cálculos cada vez mejores a través de los estudios concernientes a la renta nacional.

La prosperidad lograda en Loreto con el caucho entre fines del siglo XIX y 1912, más o menos, se quedó dentro de un ámbito regional y no tuvo una irradiación nacional y permanente.

Uno de los fenómenos más importantes dentro de la propiedad inmueble desde fines del siglo XVIII, acelerado durante el siglo XIX y con vastas proyecciones en el siglo XX, fue [...] la desamortización. La amortización o vinculación perpetua sustraía a aquella del comercio. Podía ser civil o eclesiástica. La civil era la vinculación de bienes raíces en determinada familia por medio de mayorazgos o capellanías laicales y también la adquisición de propiedad por cuerpos o establecimientos de beneficencia o instrucción. Llamábase *amortización eclesiástica* a la adquisición de *ese* mismo tipo de propiedad por las iglesias, monasterios y otros lugares píos. Todos los poseedores de bienes en quienes se perpetuaba el dominio de ellos por no poder enajenarlos o venderlos recibían el nombre de *manos muertas.* El régimen así creado favoreció la proliferación de los contratos en que se dividió el dominio directo y el dominio útil, como la enfiteusis y los censos. El movimiento incontrastable de la desvinculación o desamortización de la propiedad, o sea de la lucha contra las manos muertas, que destruía fórmulas anacrónicas, lastres para el incremento de la renta nacional y para la expansión del comercio en el país, constituye desde fines del siglo XVIII una de las características en el "tiempo largo" de la historia económica, jurídica y social durante el período antes mencionado, junto con el tráfico que se hace con las tierras de comunidades indígenas, y con los bienes nacionales o sea las tierras del Estado y propiedad agraria municipal, tanto en el concepto de baldíos y realengos como de propios y tierras, concejiles. En cuanto a la desamortización eclesiástica, conviene distinguir entre la enajenación de los bienes de las comunidades religiosas extinguidas o reformadas y las que, eventual y voluntariamente, al amparo de la ley, pudieron ser hechas por urgentes necesidades o por abusos de los administradores a cargo de las casas monásticas y conventos que siguieron funcionando. Todo ello, sin embargo, no condujo a la proliferación de núcleos sólidos de propietarios medianos sino a un neolatifundismo bordeado por minifundios, al amparo de la teoría individualista de la propiedad.

Mientras el sector de la agricultura de exportación de la costa fue aumentando su producto bruto desde fines del siglo XIX y a lo largo de la presente centuria, el correspondiente a los productos agropecuarios de consumo que tradicionalmente ha dado ocupación al más alto porcentaje de los habitantes logró, escaso o nulo incremento. La propiedad agraria que, en conjunto, representaba un porcentaje muy elevado en el patrimonio nacional a comienzos del siglo XIX, fue perdiendo terreno a lo largo de esa centuria y, sobre todo, en el siglo XX, a consecuencia del desarrollo de las actividades mineras (estimuladas por el ingreso del expansionista capital extranjero), de las industriales (en general, unidas al avance del maquinismo y del urbanismo), de las mercantiles y de la propiedad urbana. En cuanto a la industria, precisa distinguir la de carácter fabril a menudo amparada por el proteccionismo y la artesanal que, a pesar de su escasa participación en el producto bruto de este sector, tiene un coeficiente de ocupación que siempre ha excedido en mucho al de aquélla.

El impulso dado a las urbanizaciones y construcciones, sobre todo en la capital, desde fines del siglo XIX, acelerado a partir de 1920, produjo el rápido aumento en la valoración de los predios, sobre todo en las nuevas zonas residenciales y en el centro tradicional. El auge de los bienes urbanos tuvo y tiene poderosos vínculos con la propiedad señalada en uno de los párrafos anteriores con los números 7) y 8). Propiedad urbana y propiedad industrial son el soporte para el afincamiento de la burguesía. Pero no debe omitirse la importancia de la propiedad mercantil y financiera (gran comercio, bancos, compañías de seguros).

También este sector mercantil y financiero, como el industrial, después de una promisoria prehistoria entre 1863, más o menos, afronta la crisis, visible ya en 1872 y se hunde en la catástrofe de 1879-82, para robustecerse desde fines del siglo XIX y tender luego en forma creciente a ahondar y extender su importancia hasta dominar, a veces como una red tentacular, los demás sectores de la propiedad.

4.3. La producción

El cultivo de la tierra

La estadística agropecuaria publicada oficialmente en 1929 dio las siguientes cifras para todo el Perú:

Tipo de tierras	Hectáreas	% del total
Bajo Cultivo	1 463,867	1.2
Cultivable	4 766,052	3.8
Pastos	7 156,155	5.7
Incultivable	7230,389	5.8
Otros (Bosques, ríos, cerros, etc.)	20 616,463	16.5
	104 288,437	83.5
	124 904,900	100.00 [*]

Según estos cálculos, aproximadamente 6.9% del área total estaba dedicada a la agricultura y la ganadería; pero sólo una pequeña proporción (1.2%) hallábase efectivamente trabajada. La posibilidad de utilizar los siete millones de hectáreas correspondientes a pastizal es venía a encontrarse limitada por la circunstancia de que ellos, en su mayor parte, hállanse situados en áridas mesetas a gran altura y tienen muy baja capacidad productiva En Puna, Huancavelica y Junín, principales departamentos ganaderos, estas zonas no pueden sostener como promedio más de 1.5 a 2 cabezas de ganado ovejuno por hectárea, según un cálculo de Rómulo Ferrero en su estudio *Tierra y población* en *el Perú* (Lima, 1938).

Si bien en el cuadro citado aparecieron más de cuatro millones de hectáreas como cultivables, existían enormes dificultades para la accesibilidad de una parte de ellas. A pesar del fuerte incremento de la población, desde 1929 no se ha producido una notable ganancia en el área bajo cultivo. Este problema quedó aplazado en sus grandes aspectos hasta que fueran formulados, con recursos suficientes, imaginación vigorosa y técnica eficaz, vastos planes de carácter nacional.

Un estudio hecho por Luis Rasé Ugarte en 1945 indicó que estaban bajo cultivo no ya 1'463,867 hectáreas como en 1929 sino 1'486,000 hectáreas. El promedio venía a ser muy bajo: 0.28 hectáreas en 1929 y 0.24 hectáreas en 1943 por habitante. Oswaldo B. Gonzales Tafur en su libro *Perú, población y agricultura* (Lima, 1952) estima, sin embargo, que no se debe dividir simplemente la población del país entre el área actual de tierras productivas sino tomar en cuenta, además, el aprovechamiento de los recursos naturales que concurren directa o indirectamente a la satisfacción de las necesidades primarias.

Resulta notorio, de todos modos, que la tierra agrícola disponible es insuficiente para mantener satisfactoriamente a la población del país.

Según cálculos de 1943, casi un quinto de la tierra cultivada había sido dedicada a la producción de maíz (18%), el 15% a la producción de algodón y azúcar, un décimo al trigo y otro a la papa; poco menos que un décimo a la cebada y el resto, en pequeña proporción, a otros productos agrícolas.

---

[*] Ministerio de Fomento. *Estadística general agropecuaria del Perú del año* 1929. Lima, 1932. Otras cifras distintas en: *Resumen estadístico de la producción agropecuaria del Perú,* publicado por el Ministerio de Agricultura en 1958; *La Situación agropecuaria del Perú* 1946-1956, obra de la División de Estudios Econ6micos del 5C1PA; Carlos Derteano Urrutia, La *potencialidad agropecuaria del Perú,* Lima, 1951; Oswaldo B. Gonzales Tafur, *La agricultura peruana: Problemas* y *posibilidades,* Lima 1964 (p. 114); y *El Comercio* del 24 de noviembre de 1963 (Declaraciones de Luis J. Paz, Director de Economía Agraria del Ministerio de Agricultura). Según éste el área cultivada del país asciende a 2'099,082 hectáreas, considerándose en este total 304,000 ha de pastos cultivados.

Después de haber denunciado la gravedad del problema de la escasez de tierras en el Perú, Rómulo Ferrero en sus trabajos *Política agraria nacional* (Lima, 1940) y *La realidad económica nacional* (Lima, 1942) señaló tres líneas esenciales para abordarlo: 1.° aumento de la superficie cultivada por medio de irrigaciones, colonización de la selva, apertura de caminos, etc.; 2.° elevación de los rendimientos económicos por la enseñanza, la experimentación, la difusión del crédito, el mejoramiento de las tierras, etc.; 3.° desarrollo de otras ramas de actividad económica para absorber y dar ocupación a una parte de la población que vive del trabajo de la tierra.

Según la CEPAL en 1950, de la población total del Perú el 58% pertenecía al sector agrícola y el 42% al no agrícola.

La revolución agrícola en la costa

El incremento en el cultivo del azúcar y del algodón en la costa a lo largo del siglo XX tuvo vastas consecuencias de orden económico, técnico, hacendario y político. Hubo en esta región del país: a) expansión en el área cultivada a través de la explotación de tierras antes no utilizadas; b) mejor aprovechamiento de las aguas de riego; c) empleo sistemático del guano; d) introducción de maquinaria moderna; e) decadencia del contrato de enganche y alza de jornales que atrajo a braceros serranos y liquidó el problema de la escasez de mano de obra; f) crecimiento de la producción por hectárea; g) posibilidad para los propietarios de obtener dinero en gran cantidad y emplearlo luego en las industrias, en la mejora urbana y en otros usos, mientras ayudaban al país a disponer de una apreciable proporción de las divisas extranjeras que requiere y contribuían, al mismo tiempo, con limitaciones, al alza de presupuesto nacional a través de los impuestos de exportación. Desde el punto de vista técnico, lo que se ha hecho en la costa peruana en el siglo XX enorgullecería a cualquier país.

La producción de azúcar presenta problemas que no tiene la del algodón o la del arroz y por ello grandes unidades de cultivo son necesarias para un cultivo remunerativo. En un plano comercial, el azúcar aparece en sólo siete valles de la costa, especialmente en el norte y en el centro.

Desde principios del siglo la tendencia aquí ha sido consolidar haciendas separadas dentro de un número más limitado y más extenso de unidades. El número de los ingenios se redujo de 33 en 1922 a 15 en 1950, aunque el área de cultivo del azúcar disminuyó sólo en alrededor de 2% dentro del mismo periodo. He aquí uno de los fenómenos típicos de la reciente historia económica republicana. La concentración de la propiedad en este caso se relaciona con la finalidad de llevar a cabo el uso más conveniente de los recursos productivos: tierra, agua, capital, maquinaria, trabajo, y se halla vinculada a la competencia en los mercados extranjeros. No podría de otro modo efectuarse la explotación intensiva con inversiones considerables en equipos, implementos y mejoramiento de la tierra y con organización y capacidad administrativa excelentes. Todo lo cual no debe impedir que una legislación previsora imponga adecuadas cargas tributarias, vigile las condiciones de trabajo no sólo en cuanto al salario sino en relación con la vivienda, la educación y la higiene, fomente el desarrollo comunal y cívico, ampare la organización sindical y la autonomía de los núcleos poblados dentro de las haciendas, vaya, cuando sea necesario y tomando en cuenta los legítimos derechos de cada sector y sin trastornar la organización de la producción, a la reforma de la empresa.

El fenómeno de la concentración de la propiedad fue particularmente notable en el valle de Chicama donde, en 1950, había sólo cuatro centros, cada uno de los cuales había adquirido numerosas haciendas menores. En este valle de 100,000 hectáreas la absorción de la pequeña propiedad fue notable. En esta situación y en otras análogas conviene, sin olvidar la búsqueda de la mayor productividad,

estimular el desarrollo de focos de propiedad pequeña o mediana eficientes y de cooperativas, así como la independencia del mayor número posible de sectores de la población, para evitar las funestas consecuencias implícitas en el monopolio de la oferta de trabajo.

El algodón Tangüis, el más blanco del mundo, se ha extendido a toda el área de los valles centrales de la costa. Fermín Tangüis es una de las grandes figuras del siglo XX peruano. El algodón se cultiva en los veintisiete valles de la región. El 85% de la producción algodonera proviene de los departamentos de Piura, Lima e Ica.

Las exportaciones, entre las cuales el azúcar y el algodón ocupan el primer lugar, han desempeñado un papel decisivo en el crecimiento de la economía peruana en los últimos veinticinco años, afirmó Rómulo Ferrero en un artículo publicado en el número especial de *La Prensa* de Lima el 23 de setiembre de 1963.

Allí donde, para el cultivo del algodón o de otros artículos, existe la empresa formada y dirigida por el propietario con una eficiente intervención en el mecanismo productivo, valen las consideraciones anteriores acerca del caso del azúcar. Pero hay también predios lotizados en pequeñas parcelas que trabajan arrendatarios, aparceros o yanaconas, a veces con altos cánones. Cabe aquí regular adecuadamente los contratos pertinentes, evitar el cobro de alquileres excesivos, de seguridad en el disfrute de la tierra, ofrecer compensaciones por las mejoras que introduzca el agricultor, ayudar a que adquieran la propiedad quienes la trabajan.

En menor escala que el algodón y el azúcar, el arroz sigue como otro de los cultivos importantes de la costa. Hay en ella también rincones de producción alimenticia en pequeña escala y de ganadería. En ciertas áreas de Arequipa, Moquegua, Tacna y otras zonas dedicadas a ese tipo de cultivo, las unidades sol1 tan pequeñas que pueden resultar insuficientes para la familia del agricultor. En conjunto, la costa presentó muchas pequeñas propiedades que abarcan una parte muy diminuta del total de la superficie cultivada y relativamente pocas haciendas grandes que cubren una proporción considerable y cuya magnitud está en relación con su tipo de cultivo. La llamada "granja de familia" escasea (dice Thomas R. Ford en el libro *Manand Land in Peru,* University of Florida Press, 1955, 2.a ed. 1962). No se ha constituido con vigor la propiedad agraria media.

Las irrigaciones de la costa

Los fértiles valles representan sólo un 5% del total del área de la costa. Las obras de irrigación en esta zona han sido efectuadas, históricamente, hasta hace poco, en su mayor parte, por el esfuerzo privado. La política de los ferrocarriles que simbolizó Henry Meiggs en el siglo XIX y que a comienzos del siglo XX volvió a esbozarse con el proyecto de la línea al Ucayali, y más tarde el plan de caminos enunciado por Leguía en el oncenio y puesto en práctica sobre otras bases a partir de 1933, pospusieron la necesidad de la irrigación. La que se realizó en la pampa del Imperial de Cañete en 1923 bajo la dirección de Charles Sutton, en un área de sólo aproximadamente 8,200 hectáreas, pudo parecer el anuncio de un plan general que no llegó a continuar. Las ambiciosas obras iniciadas en Olmos poco después quedaron interrumpidas al producirse la violenta caída del régimen de Leguía. Gerardo Klinge, en un estudio publicado en el libro *Perú en cifras* en 1945, calculó que la irrigación llegó a incrementar la tierra cultivable de la costa en un 15% durante el período de 1900 a 1940; pero que durante ese lapso la población del país creció en un 84% aproximadamente, de cuyo aumento recibió la costa un número considerable. El gobierno comenzó a llevar a cabo algunos importantes proyectos a partir de 1949 (Quiroz en el departamento de Piura y Choclococha en el departamento de lea) y la tendencia a programar obras de este tipo se acentuó en tiempos más recientes. Charles Sutton, el gran propulsor de la irrigación en el Perú, estudió y clasificó aproximadamente 400,000 hectáreas de tierras áridas que

pueden ser puestas en condición de ser cultivadas. Una relación publica da en el *Peruvian Yearbook* de 1948 incluyó entre los grandes proyectos en este campo aparte de los de Quiroz y Choclococha, los siguientes: Olmos-Lambayeque (nivel alto y nivel bajo), Chao-Virú-Moche, Tumbes, Imichira-Sullana, Jequetepeque, Medio Mundo-Huacho, Chilca-San Andrés, Asia, Ñoco-Chincha, Ocoña-Arequipa, Majes-Arequipa, Santa Rosa-Arequipa, Tacna-Moquegua Y varios en la sierra. Se debe revisar dicha lista tomando en cuenta los elementos técnicos y financieros de que se dispone o se puede disponer ahora. El elemento esencial de la reforma agraria en la costa es el agua [*]. Pero el aprovechamiento de este elemento debe hacerse en armonía con el interés social para evitar el desperdicio, así como el despojo y el privilegio por los cuales algunos tengan todo lo que necesitan o más, mientras que a otros les falta, y para favorecer los cultivos que convienen al país.

El plan de irrigaciones en la costa debe estar complementado por otros en la sierra y en la ceja de montaña. El costo de éstos es proporcionalmente menor [**].

El anacronismo en *la agricultura de la sierra*

Al llegar el siglo XX a la primera década de su segunda mitad había sido roto el contraste entre el dinamismo de una agricultura moderna industrializada o de exportación en la costa y el sentido estático de la agricultura de subsistencia (o de semisubsistencia) con gran retraso tecnológico en buena parte de la sierra. La mayoría de la población radicada en zonas rurales originaba un reducido porcentaje del ingreso nacional, a consecuencia de los métodos primitivos de trabajo y de una productividad notoriamente corta con gravitación sólo sobre el consumo local.

El nivel de ingreso medio por habitantes es demasiado bajo, aun en comparación con otros piases latinoamericanos [***] Esta falta de poder adquisitivo tiene múltiples consecuencias; una de ellas es que recorta considerablemente el mercado interno para la producción industrial y crea "un cuello de botella" para el desarrollo de todos los demás sectores de la vida del país.

Por lo general, no han sido aplicadas intensivamente en la agricultura de la sierra técnicas modernas. Todavía suele ser empleada la *chaquitaclla,* un palo para excavar que proviene de una época anterior al arado y que desde 1532 ha sido mejorado solamente con el agregado de una punta de fierro [****]. En la alta sierra, donde los pastos naturales son escasos y el cultivo muy difícil o casi imposible, se practica, en grandes extensiones de terreno, una ganadería que en muchos casos sigue siendo primitiva. Vastas haciendas solían abarcar considerables extensiones de tierra no cultivada. Esta situación, que incidió sobre su baja productividad, pudo depender de la topografía, el suelo o el clima y también, en otros casos, de los defectos propios del régimen del latifundio. Aquí la concentración de la propiedad agraria resultó de un origen distinto de lo que ocurrió en la costa. En ésta provino del proceso de expansión de la empresa capitalista; en la sierra se derivó del mantenimiento o la expansión o el remedo del latifundio colonial. Con frecuencia

---

[*]Tiene acaso un valor simbólico que se diga de las personas adineradas que tienen "agua". "Agua" o "agüilla" son popularmente en el Perú, sinónimo de dinero

[**] Deficiencias de fertilización y pérdidas por erosión disminuyen la productividad del suelo en la costa, la sierra y la selva en proporción desigual. Anualmente se estima, según cálculos de Virgilio Roel Pineda en su importante libro La *economía agraria peruana* (Lima, 2 v.), que sólo por las lluvias se escurren al mar alrededor de 945 millones de toneladas de tierras muy ricas, provenientes principalmente de la sierra. Esta cantidad tan grande equivaldría más o menos a 200 mil hectáreas de suelos muy buenos que se pierden definitivamente cada año. También requiere especial atención la mala calidad de gran parte de las semillas empleadas en la agricultura.

[***] Las cifras estadísticas acusan rentas anuales estacionarias y, en ciertos casos, con tendencias regresivas del orden de SI. 2,500 en la sierra y de 5/.1,100 en la selva, regiones donde está concentrada la mayor proporción de campesinos.

[****] Según una estadística publicada por el Ministerio de Agricultura en 1958, que reproduce y comenta Virgilio Roel Pineda en su libro La *economía agraria peruana,* la sierra sólo absorbió el 16% de los tractores existentes pese a que cubre el 62.8% del área nacional cultivada, la selva ocupó el 2% de esos mismos instrumentos con un 8.5% de dicha área, mientras que las cifras para la costa fueron 82% y 28% respectivamente. Sin embargo, la sierra es la que, en los últimos años, ha tenido el incremento relativo más importante de los tractores existentes

funcionó este sistema a través del ausentismo del propietario. El contraste apareció en el minifundio, que también existió esparcido dentro de un área total mucho menor que la de la gran propiedad. Lo que se pagó al trabajador ascendía a sumas excesivamente reducidas. No es raro que llegara a menos de un sol por día. Para los llamados *colonos y* otros trabajadores en análoga condición, funcionó el deber de laborar en ciertas porciones de una gran propiedad durante un tiempo determinado, con salarios pequeños o sin ellos y, a veces, con el uso de su mujer y sus hijos como sirvientes. La relativa escasez de buenos lotes agrícolas, la falta de capital y las actitudes básicas tradicionales de propietarios y peones indígenas ante la tierra y entre sí explican el desarrollo y la conservación de este sistema que fue el de más bajo nivel en la sierra En conjunto muchas de las condiciones de vida propias del siglo XVI no desaparecieron en la vida andina en el siglo xx. [*] La palabra "gamonal" designa a quienes dominan la tierra en aquella región y domi nan también a los hombres que la trabajan. No la incluye Juan de Arona en su *Diccionario de peruanismos.* Como ha anotado Martha Hildebrandt en un artículo publicado en *El Comercio* del 12 de abril de 1963, es usada para aludir al "cacique de pueblo", al "hombre influyente por riqueza" en el Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, América Central; no ha sido difundido este término en España, Chile ni Argentina. La misma acuciosa investigadora observa que Bolívar, en una carta de octubre de 1830, al referirse al movimiento de opinión a su favor encabezado por el general Urdaneta en Bogotá, dice que "todos los gamonales han sido cabezas principales". Puede ser que se trate de un colombianismo o venezolanismo y no de una palabra aprendida por Bolívar en el Perú.

El eco de las distintas reformas agrarias en la primera parte del siglo XX, la mexicana y las europeas que, aparte de la rusa, provocaron durante algún tiempo gran optimismo (Rumania, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, países bálticos), no llegó de inmediato al Perú. Sin embargo, hubo una gran novedad para el campo. Las comunidades indígenas llegaron a ser reconocidas legalmente en la Constitución de 1920. Sus tierras no son enajenables ni prescriptibles. Algunas de ellas, de hecho, han evolucionado hacia un régimen de propiedad privada y pueden tener una distribución desigual de sus lotes. Aunque no faltaron las que demostraron espíritu progresista, otras se contentaron con atrasadas prácticas tradicionales. Muchas sufren la presión demográfica que puede lanzadas a avanzar sobre tierras vecinas. Necesitan, en general, ayuda técnica, implementos modernos, educación adecuada y su mejor porvenir radica en que puedan convertirse en cooperativas de producción y de consumo. El experimento realizado en la hacienda Vicos, en el departamento de Áncash, con la ayuda de la Universidad de Cornell, demuestra que el indígena de una comunidad retrógrada puede progresar, aumentar su productividad y organizarse si se le dan las oportunidades debidas.

La ganadería

La ganadería tiene especial importancia en el Perú dentro de las siguientes zonas: 1) en el norte en los departamentos de Piura y Cajamarca. Es te último es el primer departamento en cuanto al número de cabezas de ganado vacuno, y aquél el primero en cuanto al numero de cabezas de ganado caprino; 2) la sierra central en los departamentos de Junín, Pasco y Huancavelica, estrechamente vinculados al mercado limeño; 3) el sur de los departamentos de Puno y Ayacucho principalmente y, con un menor grado, en los de Cuzco, Apurímac y Arequipa. La región del Sur reúne más del 50% de la población ganadera del país. De ella, sólo el departamento de Puno concentra el 23.8%, 10 cual hace que sea el más

[*] Jorge Basadre planteó la tesis de la feudalidad económica en la sierra en su discurso de 1929 sobre la multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú, y en el primer tomo del libro *La Iniciación de la República.* Fue refutado por Arturo García Salazar en el N.o 1 de *Nuestra Revista Peruana* (agosto de 1929) y entabló *una* polémica sobre este asunto en el N.o 2 de la misma publicación (octubre de 1929) con el artículo "Comentario de un comentario".

importante desde este punto de vista. La población de vacunos allí existente representó casi el 50% de esta especie en el ámbito nacional. La de ovinos fue igual a las dos terceras partes del total. La población de auquénidos llegó a más de las tres cuartas partes de la especie respectiva en el territorio. Los equinos del Sur también superaron al 50% de la cifra perteneciente en total a ellos; 4) el Oriente, donde cabe diferenciar hoy las zonas norte, centro y sur.

De los millones de hectáreas de pasto natural que existen en el país la mayoría está ubicada en la cordillera. Constituye, pues, la sierra el área ganadera más importante del Perú. Los pastos naturales se encuentran, sobre todo, en las zonas superiores a los 3,000 metros de altura. La región selvática ha comenzado a ser utilizada sistemáticamente dentro de un proceso histórico que corresponde a un periodo posterior al que ha sido materia del presente libro y constituye la reserva para el futuro por su extensión y por su mayor capacidad productiva potencial.

Faltan estudios históricos sobre la ganadería en el Perú en relación con poblaciones ganaderas; recursos forrajeros; explotación de vacunos, ovinos, auquénidos, equinos, porcinos y caprinos; comercio (a veces caracterizado antaño por ferias tan pintorescas e interesantes como la de llave).

El proceso de notable crecimiento de la gran propiedad con orientación industrial izada en el Perú del siglo XX presenta una de sus manifestaciones en la región del centro con la formación de las haciendas de las Sociedades Ganaderas Corpacancha y Ganadera del Centro y de la Cerro de Pasco Corporation. La primera tuvo su directorio inicial con Domingo Olavegoya, José A. de Izcue y Edmundo de la Fuente y comenzó sus actividades en 1905 con la explotación del fundo Corpacancha y San Pedro del Caujo situado en el departamento de Junín, provincia de Yauli, distrito de Marcapomacocha, a una altura de 4,800 metros sobre el nivel del mar. Pronto amplió sus negocios y adquirió el fundo Santa Ana y, más tarde, el fundo Cuyo en el mismo distrito. En Corpacancha se implantó un tipo de producción muy moderno y se efectuó con éxito el cruzamiento de ganado lanar indígena seleccionado con reproductores puros de raza Corriedale importados anualmente en grandes partidas.

La Sociedad Ganadera del Centro fue fundada en 1910 a iniciativa de Domingo Olavegoya, quien aportó el fundo Acopalca y su anexo Chamisería. Se agregó la contribución de Juan E. Valladares con el fundo Runatullo, su anexo Viena y terrenos de montaña. Más tarde esta empresa reunió cinco grupos de haciendas, a saber: Acopalca con sus anexos Suitocancha y Chamisería; Huari con su anexo Acocra; Laive con su anexo Ingahuasi; Punto con su anexo Callanca y Runatullo con su anexo Viena y terrenos de montaña. Los fundos que poseyó se encontraban a la altura que fluctúa entre 3,300 y 4,400 metros, que son terrenos llamados de puna y terrenos al Este de la cordillera oriental de los Andes que descienden hasta 600 metros de elevación sobre el nivel del mar.

El siguiente cuadro fue presentado por Gerardo Rénique en su trabajo "Tendencias y características en el desarrollo de una empresa ganadera en los Andes centrales: el caso de la Sociedad Ganadera del Centro: 1910-1960"[*]

Laive-Ingahuasi	33,045.8 has.
Runatullo Punto	120,031.4 has.
Callanca Acopalca	13,948.0 has.
Suitocancha Huari	40,064.8 has.
Acocra	23,574.9 has.
Total	**230,664.9 has.**

[*] *Tierra y Sociedad,* revista del Archivo del Fuero Agrario, lima, N.o 1 abril de 1978

Corresponde este cuadro a la situación creada hasta mediados de la década de los 930.

Las praderas altoandinas situadas encima de los 3,500 msnm -escribe Gerardo Rénique en el estudio citado- se caracterizan por la pobreza de sus suelos, que asociada a la inclemencia del tiempo en tales alturas, hacen prácticamente inaprovechable el suelo para la agricultura, siendo la única actividad rentable la ganadería. Estas adversas condiciones ambientales han determinado que su flora esté básicamente constituida por pastos muy rústicos y de [poco] valor nutritivo capaces de *so*portar condiciones tan extremas, sobre todo la carencia de lluvias por una prolongada época (mayo-noviembre). De allí que para la sustentación de un ovino se precise como promedio, una hectárea de terreno, lo cual va a determinar que las haciendas precisen de grandes extensiones de pastos, máxime tratándose de animales especializados, de altos requerimientos nutritivos. Esta necesidad de expansión generó un conflicto casi permanente de las haciendas con las comunidades de indígenas aledañas y con sus propios pastores-huacchilleros.

En fecha temprana de su historia, la Sociedad Ganadera del Centro importó carneros reproductores Romney Marsh de Inglaterra, cuyos resultados favorables recibieron el contrapeso del ganado llamado *huaccha,* propiedad de los pastores y de calidad inferior. El ganado vacuno llegó a ser cruzado con las razas Brown Swiss y Shorton lechero y el ganado lanar con sangre Corriedale.

En la década de los 920 la Sociedad contribuyó al mejoramiento de las vías de comunicación, la instalación de una conveniente red telefónica y la adquisición de acciones en la Fábrica de Tejidos Los Andes.

"A pesar de la evolución y modernización de la explotación -sigue diciendo Rénique-, las ganancias descansaron hasta 1930 fundamentalmente en la explotación del pastor-huacchillero, cuyo trabajo presentó las siguientes características:

1. Fue un trabajo colectivo, ya que descansa en la actividad de toda la familia.

2. Careció de una jornada establecida, el pastor debe permanecer con el rebaño durante todo el día.

3. Requirió de personal idóneo, cualquier persona no puede ejercer esta actividad. Por lo general se trata de familias oriundas de las partes altas.

4. Debido a la subsistencia hasta mediados del siglo pasado de un aprovechamiento de los pastizales basados en el sistema de canchas y estancias, el ganado de comuneros, pequeños propietarios y hacendados compartieron sin límites determinados pastos de la empresa. De allí que los pastores no tuvieran la obligación por los pastos usufructuados.".

"En los años iniciales de funcionamiento el principal problema que la empresa debió afrontar fue el de la escasez de mano de obra. Debido fundamentalmente a la fuerte y desigual competencia de las explotaciones mineras de la región, sobre todo a partir del inicio de operaciones de la Cerro de Pasco Corporation, las haciendas fueron incapaces de competir con los salarios ofrecidos por estas empresas, viéndose en la necesidad de crear los mecanismos capaces de atraer y mantener a los trabajadores."

"En un primer momento la SGC recurrirá al enganche, pero aun así el problema se mantuvo, los 'enganchados' cumplen con pagar los adelantos y 'fugan' hacia las minas donde encuentran mejores salarios. Existiendo un contrato de por medio, inicialmente se organizaba su búsqueda y captura, lo que después fue dejado de lado por no resultar económico. Así a fines de la década de 1910 paulatinamente empiezan a prescindir de este tipo de mano de obra."

"En su reemplazo son aceptados los 'maquipureros' o eventuales, trabajadores contratados para el cumplimiento de una tarea determinada

abonándoseles el jornal medio de la región. Además se les otorgaba algunas 'concesiones': venta de algunos productos a precios bajos, derecho a una pequeña parcela para cultivo de alimentos, etc. Este tipo de trabajador finalmente desapareció a mediados de la década de 1920 cuando los trabajos de instalación que requerían de abundante mano de obra están virtualmente terminados."

"Además de estos trabajadores contaban con los 'huacchilleros' que pastaban tanto sus propios animales, como el proveniente de otros propietarios, comuneros o pastores (michipa), conjuntamente con el ganado propiedad de la hacienda."

"El sistema de pago era común para todos los trabajadores, consistía en un sistema de cuentas corrientes conocidas como 'acomodanas', que no era otra cosa que un mecanismo de endeudamiento para mantener a los trabajadores en la hacienda. Del salario eran deducidas las compras en la mercantil, las 'faltas' y 'quiebras' de ganado, adelantos, etc. El trabajador generalmente llegaba a fin de mes con un saldo negativo, .el cual en ocasiones muy especiales era hecho efectivo, incluyéndose en tales casos el ganado *huaccha* del pastor como parte de pago. A diferencia del caso de las llamadas haciendas 'tradicionales' la intención de este sistema no era e! de generar un ingreso adicional al propietario, sino el de evitar la migración de los trabajadores en busca de mejores ingresos. Otra de las características de este sistema de 'acomodanas' era e! hecho de que gran parte de! salario era meramente 'nominal', al estar constituido en gran porcentaje por especies como coca, papa, cebada, maíz, sal, 'yanquis', etc., muchos de los cuales eran producidos en las mismas haciendas de la SGC." Hasta aquí Rénique.

La modernización de las haciendas y las exigencias del mercado en la búsqueda de mejores calidades de lana trajeron consecuencias que desbordan los límites cronológicos de este libro.

"A manera de conclusión -termina diciendo Rénique- podemos afirmar que la SGC representa un caso de desarrollo de una empresa capitalista que para mantener y aumentar sus ganancias inicialmente se basa en formas no capitalistas de producción. Su cada vez mayor, inserción al mercado capitalista, el satisfacer sus exigencias en cuanto a cantidad y calidad, la obliga a efectuar importantes inversiones en el desarrollo de las fuerzas productivas, hasta tal punto que se ven en la necesidad de implementar relaciones de producción más 'depuradamente' capitalistas, intento que es parcialmente frustrado por la resistencia campesina a ser despojados de sus animales y así ver seriamente disminuidos sus ingresos. De otro lado es también necesario tener presentes factores de orden cultural-ideológico que actuaron a favor de los pastores: sus lazos y dependencias de familiares y vecinos de la parte baja, propietarios de las 'michipas' que estos pastaban en pastos de la hacienda a cambio de otras prestaciones o servicios; así como también la 'incapacidad' de los capitales invertidos en la SGC de realizar inversiones tendientes a modificar sustancialmente el medio, sea a través del cultivo o mejoramiento de los pastos, *fer*tilización de los suelos, y la búsqueda de un ovino adaptado a la puna, como si lo lograra la División Ganadera de la Cerro de Pasco por la magnitud de su capital en operación".

La división ganadera de la Cerro de Pasco Corporation es cronológicamente posterior a Corpacancha y a la Ganadera del Centro, y surgiópara cubrir las necesidades de carne del personal de esta compañía minera. Luego ella entró en el negocio lanero y de carnes en gran escala.

En un informe sobre la ganadería y sus aspectos sanitarios preparado por Teodoro Ramos Saco con destino al Plan Regional para e! Desarrollo del Sur, asevera este autor que en una primera etapa se creyó en el Perú que el mejoramiento de aquella vendría mediante la adquisición de re productores de alta calidad, genética. El resultado, agrega, fue un tipo de animal inferior que, después de unos años, formó una raza degenerada, más sensible al clima que el ganado criollo. En este caso se intentó solamente el mejoramiento genético, con omisión de

otros procedimientos zootécnicos como una alimentación adecuada, e! manejo y la administración de los hatos ganaderos y, sobre todo, el mejoramiento de las condiciones sanitarias.

En una segunda etapa -prosigue Ramos Saco- los centros más importantes emplearon nuevos y mejores métodos, sobre todo en lo que se refiere a la alimentación y administración de los hatos ganaderos. En consecuencia, el rendimiento fue mayor y aumentó la calidad de la producción. La tercera etapa, que ha tenido lugar en los últimos años, está constituida por la aplicación de procedimientos sanitarios basados en la organización de eficientes servicios veterinarios. Frente a estos avances surgen, sin embargo, los vastos sectores de ganadería atrasada en el país.

Estudios estadísticos comparados señalan que, a pesar de esfuerzos aislados, la población ganadera del Perú no se ha incrementado mayormente en los últimos años, en contraste con lo ocurrido con la población humana. Al relacionar estas cifras con la de los pastos en uso, se ha hablado por algunos de la existencia de una subcapitalización, a la que se agrega el índice bajo de rendimiento unitario, salvo los lugares de producción industrial. Al mismo tiempo la ganadería cubre sólo en una parte los requerimientos de carne del país, abastecidos en considerable proporción por las importaciones que han tendido en los últimos años a acrecentarse.

El problema de la alimentación

El Perú, a lo largo del siglo XIX y más allá de la primera mitad del siglo XX, descuidó el problema de la alimentación. Continuó y se ahondó el olvido de las grandes realizaciones del pasado. A diferencia del continente europeo y asiático, en los Andes, los pobladores precolombinos desarrollaron un sistema de alimentación que se adaptaba muy bien a las difíciles condiciones ecológicas existentes. Dicho sistema estaba dirigido hacia el aprovechamiento de proteínas y vegetales. Mediante el cultivo intensivo, semejante a la horticultura, fue posible el abastecimiento de alimentos de alto nivel nutritivo a una población con una densidad que sólo ha sido alcanzada nuevamente en este siglo. Los violentos cambios sociales y estructurales que trajo consigo la conquista española destruyeron el sistema de alimentación vigente; ya ello contribuyeron el desarrollo de la producción animal, así como también la utilización extensiva e ineficiente de las tierras. Los efectos resultantes -cambio de las costumbres alimenticias y pérdida de eficacia en la producción de proteínas- son visibles en los problemas nutricionales de la actualidad. Los españoles trajeron muchos productos útiles o agradables para comer o beber; y estas novedades continuaron después de la independencia. Pero faltaron el interés o la capacidad o el conocimiento para reactivar los sistemas tradicionales de producción de alimentos teniendo en cuenta las condiciones sociales y ecológicas del ande peruano. Se olvidó o despreció, salvo en casos como el de la papa, la amplia oferta alimenticia de la cultura andina, en el aspecto fisiológico-nutricional y en el agrícola. Cultivos como el del lupino, el del tarwi (talhui, tauri o chocho) fueron dejados de lado aunque su semilla muestra alto contenido de proteínas y aceite, como en el caso del frijol de soya, y aunque se trata de un acumulador de nitrógeno y liberador de fosfato que favorece a los cultivos subsiguientes; además, los troncos, cuando termina la cosecha y trillado, pueden ser utilizados como combustible. Hay otros notables productos como la quinua que sólo empiezan a ser aceptadas en el menú familiar; algunos como la cañihua siguen siendo, por lo general, desconocidos. Los anteriores son, apenas, unos cuantos ejemplos.

La población no está aún debidamente alimentada ni equilibradamente nutrida.

La subalimentación se ha debido no sólo a un fenómeno de deficiencia en la

producción sino también a la falta de poder adquisitivo del consumidor mayoritario, agudizada en las ciudades por la inanición de los últimos años. Entre 1939 y 1949 el valor de las importaciones de productos alimenticios aumentó en un 75%, con una proporción mayor que todas las demás. Según un estudio publicado en *Anales de la Facultad de Medicina* en 1960, el consumo por persona de calorías y proteínas ha empeorado de 1947 a 1966. El área dedicada en la costa a los cultivos que suministran aquellos productos no es muy considerable. Esta región es, en general, insuficiente en carnes, leche y derivados, aves y huevos, grasas y aceites, papa, trigo, frutas y artículos alimenticios diversos de menor consumo con fallas en alimentos protectores. La sierra, con deficiencias alimenticias, se abastece a sí misma en papa y otros tubérculos, maíz, cebada, quinua, cañihua, centeno, haba y otros granos leguminosos y casi en su integridad de trigo. A la vez, envía a la costa, por una necesidad de orden económico, pues es como una despensa de ella, papa, maíz, trigo, cebada, haba, quinua principalmente y también frutas y pastos. En cambio, recibe de la costa azúcar, algodón, arroz, grasas y aceites, productos industriales y algunas importaciones. Pero el abastecimiento más valioso con que la sierra contribuye a la alimentación de la costa y también de la selva consiste en carne de ganado vacuno, de carnero, de cabra, de chancho, e incluye, asimismo, aves; huevos, queso y mantequilla entre los principales productos pecuarios. Naturalmente, suministra a todo el país los cueros y lanas que necesita. Las contribuciones mencionadas, en especial las alimenticias, las hace la sierra muchas veces a expensas de sus propias necesidades.

La costa y la sierra remiten en gran cantidad artículos alimenticios a la selva; esta última región, en cambio, les manda frutas de calidad y té. Y también maderas y productos como el jebe y el barbasco, así como pieles de animales.

El nivel de la producción agrícola en h sierra hállase reducido por las técnicas elementales todavía empleadas para, cultivar, productos de tanta importancia como la papa y otros como el camote, la quinua y la cañihua. Algún día deberá hacerse un estudio sobre la triste historia del trigo en el Perú, las zonas en que fue cultivado en una u otra época, las medidas tomadas para fomentarlo, los problemas hallados para su desarrollo sea desde el punto de vista netamente agrícola (en relación por ejemplo con la plaga del hongo llamado "la roya") o del de los medios de transporte de los centros de producción a los centros de consumo. En todo caso, ostenta- interés especial no sólo histórico sino presente y desde el punto de vista del futuro, la subproducción de trigo, a pesar de existir en el país regiones propicias para este cultivo, si se obtiene mejor partido de su potencialidad agrícola. Detallados estudios requieren, asimismo, con criterio histórico, económico y social, el abastecimiento de leche para la población, el de grasas y aceites y el de carne que son los más deficientes desde el punto de vista de la producción interna. En cuanto a la carne, una publicación del Ministerio de Agricultura ha recomendado para asegurar el consumo del Perú del futuro la iniciación inmediata de un programa de desarrollo de tres zonas: Huallaga, Pucallpa y Jaén-Bagua. Perfeccionamiento metódico de las industrias actuales que son adecuadas, implantación de otras clasificables como convenientes, mejor utilización de los recursos naturales con atención especial a los que existen en determinadas zonas de la selva, sobre todo en la llamada ceja de montaña, fomento sistemático de las vías de comunicación y de las irrigaciones en la costa y en la sierra, alza de productividad y del nivel de vida, lucha contra los especuladores con los alimentos que han proliferado impunemente en los últimos tiempos, son factores inexistentes o de aparición eventual o aislada que la historia peruana en los últimos decenios del siglo XX necesitará incorporar en forma intensa, continua y coherente, lo mismo que el aseguramiento de una buena alimentación popular básica, con el fin de preparar al país para albergar y abastecer a una población de 15, 18, 20 o más millones.

La minería

La minería peruana tuvo sus grandes propulsores a veces heroicos como Eulogio Fernandini, Antenor Rizo Patrón, Lizandro Proaño, Manuel Mujica y Carassa, Ricardo Bentín, Pedro de Osma, Severino Marcionelli, Fermín Málaga Santolalla; pero se desarrolló a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX casi siempre en sus grandes explotaciones bajo el predominio del capital extranjero. En la región central, la Cerro de Paseo Copper Corporation resultó la dueña de la propiedad minera, e hizo valiosas inversiones no sólo en minas sino también en ferrocarriles, haciendas ganaderas e infraestructura vial, cambiando la fisonomía de la región.

Un contrato de transporte entre la Peruvian Corporation, propietaria del ferrocarril central, y la Cerro de Pasco, suscrito en 1909, benefició a la empresa minera pero no a otros productores o a la agricultura y la ganadería, especialmente los pequeños propietarios, con daño para el mercado interno, ante la pasividad del Estado.

Comprendió no sólo la extracción de los minerales sino también su benefició, la fundición, la refinación, el transporte y hasta la venta de los mismos. El cobre, el plomo, el oro, la plata y el petróleo fueron sus productos principales. La catástrofe financiera de 1929-30 creó una aguda depresión en la industria minera mundial y, por ende, en la peruana. El promedio anual del valor de la producción mundial en el quinquenio 1925-1929 fue de catorce mil millones de dólares americanos, pero el valor de esa misma producción en 1932 llegó sólo a seis y medio millones de los mismos dólares. En 1933 comenzó la reacción, y el valor total de los minerales producidos en el mundo subió a siete mil quinientos millones de dólares. Este renacimiento superó en mucho todos los éxitos alcanzados en el período sobre el que versa el presente libro. Las cifras correspondientes a la producción en cantidad de los principales minerales en el Perú en la etapa de la depresión fueron las siguientes:

Metales	Promedio 1925-1929	1932	1933
Cobre (TM.)	47,171	25,515	24,916
Plomo (TM.)	11,427	4,600	1,948
Bismuto (Kg.)		79,681	292,343
Oro (Gramos)	3'017,017	2'678,109	3'010,111
Plata (Kg.)	651,272	210,685	227,577
Combustibles	**Promedio 1925-1929**	**1932**	**1933**
Carbón (T.M.)	166,224	25,823	30,075
Petróleo (T M.)	1'471,196	1'313,206	1'761,733
No metálicos Sal (T. M.)	30,554	36.302	22.308
Cemento (barriles)	220,626	122,313	160,581

Entre 1934 Y 1955 se puede afirmar que la minería peruana realizó progresos notables. La segunda guerra mundial creó las esperanzas de una mayor demanda de productos minerales y en el alza de las cotizaciones en el mercado mundial. Pero el control de precios establecido por los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña fue rígido y constante, agregándose a sus efectos las fluctuaciones en los mercados europeos y el alza violenta de los precios de los materiales empleados en la explotación. Las empresas mineras trataron de compensar los efectos de estos factores con los mayores tonelajes en la extracción y el beneficio. Entre los hechos fundamentales de los progresos alcanzados entonces cabe mencionar los siguientes:

1) La aparición de nuevas empresas como la Compañía Explotadora Cotabambas (sucesora de la Cotabambas Auraria, que había quebrado), la Compañía Minera Atacocha (que ha trabajado con plomo, zinc, plata y oro) y otras entidades que llegaron a ser favorecidas con el alza de las cotizaciones de los metales en el mercado mundial después de la guerra y ampliaron sus labores y modernizaron sus métodos de trabajo.

2) El mejoramiento en los transportes. Especial significación tuvo el primer acarreo aéreo de maquinarias de minas que se hizo en el Perú en 1934. Fue llevado a cabo por la Compañía Explotadora Cotabambas, y los aviones fueron trimotores de pasajeros que habían sido adaptados; partieron desde el aeropuerto del Cuzco volando hasta Huanacopampa a 4,200 metros sobre el nivel del mar.

3) La instalación y la ampliación de plantas como la de refinación electrolítica de zinc en La Oroya, de la Cerro de Pasco Copper Corporation. Desde años atrás funcionaba la planta de concentración de Casapalca para la producción de ese metal. En Casapalca se comenzó a operar con la flotación selectiva de minerales complejos de plomo y zinc en 1925, al mismo tiempo que en Estados Unidos se perfeccionaba este sistema metalúrgico.

   La misma empresa, o sea la Cerro de Pasco Copper Corporation, había tenido graves dificultades con los daños que producían los humos de la fundición de La Oroya y con las pérdidas en metales útiles que aquellos arrastraban; y decidió construir la Central Hidroeléctrica de Malpaso, para lo cual tuvo que regular el desagüe del lago Junín con la represa de Upamayo y con otra represa en Malpaso, de 66 metros de altura sobre el nivel del lecho del río. Con la energía eléctrica obtenida se implantó en La Oroya la refinería de plomo y bismuto.

   En el campo metalúrgico, en La Oroya se consiguió mejorar el proceso de refinación del plomo y operar sobre barras de menor porcentaje en el contenido de ese metal.

   En 1935 ya operaban varias plantas para concentrar minerales de plomo como las de Huarón, Cailloma, Sacracancha, Casapalca y algunas otras más pequeñas.

4) El establecimiento de la explotación de minerales de fierro en Marcona, por la Marcona Mining Company.

5) El arreglo para la explotación de los yacimientos porfiríticos de Toquepala, Quellaveco y Cuajone por la Southern Peru Copper Corporation.

6) La iniciación y prosecución, a pesar de obstáculos, estorbos, errores y fallas, de la industria siderúrgica en Chimbote.

7) La supresión de los controles de divisas establecidos como medidas de emergencia en los años de la guerra mundial y el retorno al comercio libre a fines de 1949.

8) La promulgación del Código de Minería en 1950 y de la nueva ley de petróleo de 1952, que crearon muy favorables condiciones para el desarrollo de esta industria y para la inversión de grandes capitales.

9) La obra del Banco Minero establecido por ley N.o 9017 en 1940, para fomentar la explotación y beneficio de esta industria y en especial de la mediana y pequeña.

La industria manufacturera

Cuando la industria manufacturera moderna peruana comenzó con sus

primeros balbuceos a fines del siglo XIX y cuando tomó impulso con motivo de la primera guerra mundial y en la década de los años 20 no pudo sospecharse siquiera el progreso que iba a alcanzar pocos lustros más tarde. Las estadísticas aparecidas gracias al Cuerpo de Ingenieros, en gran parte, por la constancia de Carlos Jiménez Correa ofrecen los hitos de su historia. En 1923 publicáronse cifras según las cuales el capital invertido en las fábricas de tejidos de algodón, de lana, de harina, de jabones, de velas, de fósforos, de cigarros, de sombreros y de otras especies ascendía a cerca de 29 millones de soles para dar ocupación a más de 30,000 operarios, alcanzar una fuerza de 7,482 caballos y producir casi 230 millones de soles. Estas cantidades fueron consideradas muy altas en relación con años anteriores; hoy resultan exiguas.

En los años 1945 a 1955 la producción en este campo se desarrolló con ímpetu tan grande que llegó casi a duplicarse en relación con el pasado inmediato. [*] Más de la mitad del personal ocupado en esta actividad correspondió a las industrias alimenticias (matanza y beneficio del ganado, productos lácteos, fabricación de conserveras, manufactura de harina, azúcar, aceites y grasas, cacao, té, café y otras). La de bebidas y la textil alcanzaron análogo predominio en lo concerniente al valor de la producción. Por otra parte, dentro del proceso operado en la década mencionada, las industrias alimenticias tuvieron un desarrollo proporcionalmente menor al de otras (en especial las mecánicas de transformación) y se manifestó una moderada tendencia a la diversificación. Ello ha ocurrido sin que fuera modificada la tendencia tradicional a producir, sobre todo, bienes de consumo y no bienes intermedios y bienes de capital. Estos últimos se limitan al cemento, a una gran variedad de artículos de menor importancia procedentes de las industrias mecánicas de transformación y a la producción de llantas y neumáticos y otros rubros.

Entre las industrias alimenticias, la evaporación de leche se inició en 1942 y la de conserva de pescado comenzó, más o menos, en esa época para alcanzar en la década iniciada en 1950 crecimiento notable y singular, convirtiéndose en exportadora.

Las importaciones de manufacturas siguieron siendo un influyente factor dentro de la economía nacional y abarcaron todas las ramas de esa actividad y singularmente las químicas y las mecánicas metalúrgicas.

La elevada concentración de la industria manufacturera en el área metropolitana de Lima-Callao forma una de las características distintivas del Perú contemporáneo.

Considerable importancia siguen teniendo tanto la pequeña industria llamada no registrada porque no da razón de las informaciones que le corresponden, como la artesanía, a pesar de los factores adversos a ellas, incrementados en los últimos tiempos.

El Perú ha llegado a contar, según cifras recientes, con más de 250,000 personas empleadas directamente en establecimientos de manufactura registrados con una producción industrial de un valor bruto aproximado de 15 mil millones de soles al año. Es un avance considerable en relación con la situación existente en el país en 1900, en 1920 o en 1940.

Es, a la vez, un desarrollo pequeño en relación con lo que se necesita y lo que debe llevarse a cabo. La clave del futuro nacional y de toda Amé rica Latina está en

[*] Dentro de la distribución de la población activa del Perú correspondió a la industria el 15.5% en 1940 y el 16.6% en 1955. En 1959 esa cifra subió al 18.7% (Fernando Romero: *Educación y desarrollo económico,* lima, 1963, p. 66).

un rápido, sano, considerable y eficaz desarrollo industrial. [*]

Este movimiento necesitará marchar por las sendas que las disponibilidades en hombres, materias primas, elementos técnicos y mercados hagan viables. Deberá ser estimulado por la ayuda del crédito, la orientación, las exoneraciones, rebajas sensatas de impuestos y otras formas de promoción industrial llevadas a cabo por el gobierno; contar con personal de obreros suficiente y debidamente preparado; tener un acelerado y robusto ritmo de crecimiento; superar el tipo de inversiones a base de pequeños grupos de tipo familiar o de allegados, para buscar, en cambio, en muchos casos, vasto número de accionistas; encontrar protección legal para los inversionistas pequeños o minoritarios; utilizar métodos técnicos de dirección, producción y mercado; tomar la iniciativa para las ampliaciones de las áreas de consumo; no resguardarse detrás de la protección tarifaria para crear productos innecesariamente caros y de inferior calidad; desechar las técnicas fáciles y poco apetecibles de un bajo volumen de producción y con un alto margen de utilidad; encontrar gracias a una atinada política estatal, en ciertos casos, una estimulante competencia cuando ella redunde en beneficio del público; hacer compatibles los beneficios laborales que deben ser tan amplios como sea justo con la necesidad de no atajar el desarrollo industrial y de aumentar la productividad manufacturera.

El desequilibrio en el crecimiento nacional

Una de las notas típicas de la vida peruana en el siglo XX ha sido que el fuerte aumento habido en el producto por persona activa en la exportación ha resultado contrarrestado por el atraso de los sectores que se producen para el mercado interno, especialmente el agropecuario de consumo, a pesar de que este último grupo ha sido la fuente de renta para la mayoría de la población del país.

Al mismo tiempo, en conjunto, a pesar de eventuales retrocesos o estancamientos ha habido avances en la minería, la industria, los transportes, las comunicaciones, el comercio, los servicios generales y el gobierno. Son notorios, a lo largo del siglo, los adelantos en la industria, cuyas necesidades han sido atendidas en forma creciente por la producción de energía eléctrica; pero mucho más espectacular ha sido el auge de la minería. El porcentaje del sector gubernamental superó el aumento de la economía en conjunto, sobre todo a partir de 1920, y así se explican los mayores volúmenes de gastos presupuestales.

La vida peruana se ha desarrollado así dentro de un marcado desequilibrio en la productividad de las diversas actividades económicas. La industria fabril y también el artesanado han carecido de los estímulos de un amplio y creciente mercado nacional.

Tal ha sido el proceso que, con algunas alternativas, ha predominado durante la centuria en su primera mitad. No hace sino prolongado, en conjunto, el fenómeno que corresponde al decenio 1950-1960 estudiado en la obra titulada *Plan nacional de desarrollo económico* y *social del Perú* 1962-1971 que editó el Banco Central de Reserva, en 1962. Léese allí: "Los desajustes observados durante el pasado decenio (1950-1960) en la evolución sectorial del producto por persona activa no son otra cosa que la expresión de los profundos desequilibrios interregionales que han caracterizado el desarrollo de la economía peruana. La baja en la productividad en los sectores que dan ocupación a la mayor parte de la población activa se ha presentado en todo el país, pero su intensidad ha sido mayor

---

[*] la situación de la industria, fenómeno básico para el desarrollo del Perú del presente y del futuro, ha sido presentada por Fernando Romero no sólo en el libro ya citado, que es una guía indispensable, sino también en *La industria manufacturera y su mano de obra en* 1962 (SENATI, lima, 1963 y en la *industria peruana y sus obreros* (lima, 1958). Véanse, asimismo *Análisis y proyecciones del desarrollo económico VI. El desarrollo industrial del Perú* (México, 1959) preparado por la Secretaría de la Comisión Económica para América latina, de Naciones Unidas; y *Programa de desarrollo industrial y regional para el Perú. Un informe al Gobierno del Perú* por Arthur D. little, Ine., lima, 1960

y sus consecuencias mucho más graves en las zonas del interior. En la costa, donde se alberga sólo un 29% de la población pero se concentran las actividades más importantes y se genera alrededor de la mitad del producto y de la renta nacionales, la baja experimentada en la productividad de la agricultura de consumo, del comercio y de los servicios, fue compensada por el aumento que experimentaron los demás sectores y, en consecuencia, el producto medio por persona activa de toda la región pudo aumentar en un 11 %. En cambio, en la sierra y en la selva, esa baja en los sectores de gran ocupación no pudo ser compensada debido al predominio absoluto del sector agropecuario de consumo, la ausencia de un fuerte sector de exportación y la primacía del autoconsumo rural, todo lo cual determinó que el producto por persona activa en ambas regiones disminuyera en 8% y en 41 % respectivamente".

La influencia del factor geográfico en *la economía nacional*

No se ha otorgado suficiente atención a la importancia del factor geográfico en el funcionamiento de la economía.

Este hecho lo resalta Carl Herbold en su análisis crítico del valioso libro de Jullio Cotler *Clases, estado y nación en el Perú* (Lima, 1977). Dice: "De la topografía accidentada de la sierra y de la montaña, sobre todo, provienen los altos costos de transporte y comunicaciones yesos, más que factores meramente sociales, explican la persistencia de economías no capitalistas y modos de vida tradicionales en esas regiones (aparte de unos núcleos) y la ubicación de la economía moderna capitalista en la costa"[*]

4.4 De la economía nacional

La diversidad de la economía peruana

"Se ha dicho que el Perú y Bolivia son "pueblos gemelos". Sin embargo, la realidad del siglo XX ha acentuado las diferencias entre ambos países, que eran mucho más parecidos en los tiempos de Santa Cruz. La economía boliviana se orientó, durante las primeras décadas de este siglo, predominantemente, hacia la producción del estaño y tuvo como consecuencias la construcción de ferrocarriles para impulsarla y la acumulación de inmensas fortunas en el exterior que contrastó con el cuadro de los presupuestos deficitarios. Sin que surgieran en el Perú transformaciones espectaculares de orden social, antes bien, con una estructura análoga a la boliviana en la agricultura y la ganadería serranas por ese mismo tiempo se produjeron, en cambio, el desarrollo de la economía costeña con predominante importancia del azúcar y el algodón, los primeros pasos en un creciente progreso industrial y el fomento del petróleo y de la minería en general a base de variados productos. La clase dirigente peruana, en suma, no presentó las características económicas de la llamada "rosca" boliviana ni el Estado siguió los mismos rumbos.

A propósito de la fisonomía multifacética de la economía nacional, el informe Little dice: "El Perú tiene, una riqueza de recursos minerales que suscitaría la envidia de la mayoría de los países en actual desarrollo. Hay en las aguas del río Mantaro una de las más grandes fuentes de energía del mundo. Hay vastas zonas inexploradas que provablemente contienen petróleo y minerales aún no descubiertos... Su economía cuenta con una de las más equilibradas combinaciones

[*] Esta reseña de Carl Herbold en *Histórica,* Universidad Católica, Lima, V. 11, N.o 1, julio de 1978

de productos de exportación en América Latina [...]. Estos atributos y muchos más forman parte importante del panorama del desarrollo. Colocan al Perú en una posición bastamente superior a muchos países que afrontan problemas similares en la actualidad. Estas ventajas pueden constituir el trampolín, metafóricamente hablando, para un gran periodo de desarrollo y crecimiento económico".

Todo lo anterior no debe implicar el desconocimiento de las grandes dificultades que la geografía o un inarmónico desenvolvimiento histórico han acumulado. La topografía hostil, el alto costo de irrigaciones y colonizaciones, los obstáculos para el transporte de los principales productos de una región a otra, la lejanía ante los principales mercados mundiales, los empirismos, corruptelas, exceso o limitaciones en la acción del Estado, del capital o del trabajo, las rencillas políticas, pueden ser enumeradas entre esos obstáculos que deben ser abordados sistemáticamente y con sentido realista.

Las exportaciones

La composición de las exportaciones peruanas presentó las siguientes cifras globales entre la cuarta y la quinta década del siglo:

Exportaciones %	1944	1945	1946	1947	1948	1949	1950	1951	1952	1953	1954	1955
Prod. Agropecuarios	48	60		50	55	49	51	44	48	53	49	48
Prod. Mineros	49	37		48	45	48	45	50	47	43	46	46
No metálicos	19	13		15	16	16	14	13	11	8	8	8
Metálicos	30	24		33	32	32	31	31	36	35	38	
Prod. Manufacturados	3	3		2	3	3	4	6	6	4	5	6

La historia anterior a 1933 como "prehistoria"

No ha sido un descuido consignar es este capítulo sobre las perspectivas abiertas hacia el presente y el futuro por la historia republicana del Perú, datos que sobre pasan el hito cronológico aquí fijado. Se trata, deliberadamente de probar con unos cuantos ejemplos el intenso dinamismo de la economía peruana, en los campos agrícola costeño, minero, comercial e industrial. En estos órdenes el Perú de 1968 es un país bien distinto del Perú de 1933. La historia peruana anterior a 1933 es, en algunos aspectos, una "prehistoria". En cambio, hay y ha habido análogo atraso en los sectores que producen sólo para el mercado interno o para el autoconsumo, sobre todo el agropecuario.

El progreso del país y el nivel de vida

A lo largo del siglo XX se obtuvo un real y considerable progreso en muchos aspectos de la vida del país. La producción agrícola aumentó notablemente en artículos como el azúcar, el algodón y otros elementos así también como en la minería; y la producción industrial y las importaciones tanto para la producción como para el consumo evidenciaron. De modo similar, una gran expansión. Se han realizado obras públicas, dentro de las que tiene especial significado la construcción de carreteras. El Estado y sus servicios se expandieron. Hubo apreciables ensanches en la producción de energía eléctrica y en las principales ciudades edificáronse importantes cantidades de locales públicos comerciales y de viviendas. El Perú ha evidenciado que puede "dar de sí"

Sin embargo, los beneficios obtenidos en este periodo de rápido crecimiento han sido distribuidos desigualmente. Ha faltado, en conjunto, una mejora más

efectiva en el nivel de vida en las diferentes clases sociales de las distintas regiones. ¿Qué es el nivel de vida? No hay aquí un concepto exacto, susceptible de ser medido con precisión. Equivale, en términos generales, a un “estado de bienestar” en un sentido más bien económico que espiritual. Sus elementos básicos son el consumo suficiente de comida para propósitos de nutrición; el goce de una salud buena; la posesión de vivienda y ropa adecuadas y de recursos para la satisfacción de necesidades esenciales y la oportunidad para algún esparcimiento y descanso.

Uno de los factores de los que depende el nivel de vida es la productividad *per cápita*. Ella, a su vez, está simultáneamente relacionada con los recursos por habitante tanto naturales como creados por el hombre, la capacidad de los trabajadores; la distribución de la población por edades o la proporción de la población en edad de trabajar, la eficiencia con que la producción está organizada; y los mercados internos y externos, estos últimos ligados a las condiciones del comercio internacional.

Asimismo, influye en el nivel de vida el rendimiento de los bienes de producción que, en principio debe, en la mayor proporción posible, corresponder más tarde a una mayor producción de bienes y servicios. También importa mucho la manera como se distribuyen la producción de bien de consumo y la renta. Es frecuente conceder a este punto de la distribución de la renta una importancia primordial. Pero la producción total del Perú y de los países situados en condición análoga es tan reducida en relación con la población, que, simplemente, una mayor igualdad en las rentas, aun cuando de indudable justicia en muchos casos, habría elevado muy poco el nivel de vida de la mayoría del pueblo. A pesar de que una desigualdad grande es indeseable, el empeño tenaz de corregirla no debería permitir que se olvide la eficiencia o la productividad. A la larga y en grado considerable, el aumento de la productividad es la forma más efectiva de elevar el nivel de vida, siempre que no vaya contra derechos humanos esenciales.

Las tendencias del desarrollo económico

La revolución de la independencia arrancó al Perú y también a las demás países iberoamericanas de la órbita de la metrópoli española a portuguesa para hacerlas entrar, dentro de condiciones de dependencia, en el campo del sistema europeo. La demanda del guano y del salitre en los mercados extranjeros colocó al Perú, durante un periodo que duró entre 1842 y 1879, más o menos en una situación peculiar. El desarrollo del algodón y del azúcar después de 1860 inició el diseño de una economía de exportación destinada a abastecer de materias primas a la industria vigorosa de los grandes países capitalistas o a alimentar a las crecientes masas urbanas. Esta fisonomía se hizo mucha más definida en los últimos años del siglo XIX y en los primeros del siglo XX.

La situación así creada tuvo fluctuaciones periódicas que vinieron a hacerse más visibles durante las doradas añas 920, para que luego surgiera la depresión de las primeras y turbulentas 930. Comenzó sólo a partir de entonces, lentamente, a perfilarse en América Latina la tendencia a desarrollar las fuerzas productivas hacia la que Raúl Prebisch ha llamada el "crecimiento hacia adentro", dominado no ya únicamente par las exportaciones primarias demandadas para el mercado extranjero, sino por la búsqueda de una sustitución de importaciones y un desarrollo del mercado interior. Aníbal Pinto Santa Cruz, profesor de la Universidad de Chile, ha señalado dentro de esta evolución dos periodos: en el primero, entre las añas 30 y el final de la segunda gran guerra, se vivió a espaldas del comercio exterior que desempeñó un papel neutro a francamente desventajoso. La segunda etapa, entre los años 1944 y 1955 cambiaron, en términos globales, la prosecución del esfuerzo diversificado con una coyuntura auspiciosa del intercambio externo señalado por un aumento de los valores y la capacidad de compra de las

exportaciones. Hay síntomas alarmantes a partir de 1953 expresadas en el crecimiento demográfico, el descenso registrado por la CEPAL en la tasa media acumulativo de crecimiento anual del producto por habitante, los cambios en el comercio exterior, las perspectivas poco favorables para el alza sustancial en el precio o en el incremento de las exportaciones.

Cada época va creando la necesidad de una política propia. Como los países de América Latina no pueden afrontar sus problemas del presente y del futuro dentro de moldes tradicionales y como el ritmo de desarrollo no debe ser disminuido, ha surgido la tesis inconcebible para los políticos y los economistas en las generaciones pasadas, de que hay que erigir el ámbito más amplia del mercado común regional y disminuir el coeficiente de importaciones de otras áreas. La CEPAL llegó a calcular que "el producto global de América Latina crecería hacia 1975 en cerca de 50 por ciento más, si se establece el mercado común y también crecería más el producto bruto de cada uno de los países miembros". El mercado regional ayudaría así a superar las limitaciones que originan el subdesarrollo de las industrias productivas de bienes de capital. Además serviría para abordar el problema sumamente importante de buscar estabilidad en el poder de compra de las exportaciones latinoamericanas; y evitaría la posibilidad de crear "centros" y "periferias" en el continente, núcleos dinámicos y absorbentes y zonas deprimidas. Pero habría que cuidar celosamente que ese mercado regional no dañe, a su vez, a industrias nacionales importantes y prósperas.

Especial atención demandan las relaciones entre la zona latinoamericana y los de Estados Unidos, Europa Occidental (que tiende, a su vez, a una integración económica), Australia, Asia, África y las países bajo la órbita soviética.

La idea de desarrollo

La primera gran ilusión que tuvo el Perú republicano sobre su desarrollo material estuvo simbolizada por las tentativas para colonizar la zona amazónica. Más tarde, Enrique Meiggs divulgó y comenzó a poner en práctica la idea de que había que utilizar los recursos de la técnica propias de la época, para establecer la comunicación entre la sierra y la costa. Así surgieron los grandes ferrocarriles. El camino al Pichis señaló una nueva y distinta etapa en estos planes y significó el esfuerzo por abrir una vía hacia el oriente. Una generación más ambiciosa puso casi inmediatamente después su fe ya no en este modesto camino sino en el dificilísimo ferrocarril al Ucayali.

Leguía durante el oncenio predicó la doctrina de la vialidad ya no a través de una o de unas cuantas rutas sino en una vasta escala nacional. Al mismo tiempo puso en práctica el concepto de que debía edificarse la grandeza del porvenir dentro de un régimen bajo el cual la ciudadanía se dedicaba a trabajar apartada de la política, mientras se hacían grandes obras públicas. No faltaron entre sus sucesores quienes, con algunas variantes, lo imitaran.

Hoy se tiene una concepción más completa de la idea de desarrollo. Ya se ha generalizado el concepto de que hay una diferencia sustantiva entre los países que han logrado un considerable nivel de potencia industrial y los que, situados en América del Sur y Central, Asia y África, tienen características típicas similares en mayor o menor grado y pueden ser calificados como "subdesarrollados" o mejor, "en vías de desarrollo". Entre las principales de esas notas comunes están:

a) La alta presión demográfica. Al aumento de población no corresponde un progreso económico correlativo.

b) Gran parte de la población activa vive ocupada en la agricultura y en actividades primarias, correspondiendo a este sector un bajo porcentaje en el total de la renta.

c) Grandes masas de la población activa padecen subempleo crónico y hay insuficiente utilización de los recursos naturales. La característica del subempleo está en el empleo deficiente y en la baja productividad en amplios sectores por la deficiencia de técnica o capital.

d) Abundancia de mano de obra no calificada mal remunerada, exceso de desempleo, de subempleo y deficiencia de mano de obra especializada y técnica.

e) Dependencia de la economía de los mercados externos y deficiente desarrollo del mercado interno, en lo que se refiere a las exportaciones y a la capacidad de importación.

f) Escasa o insuficiente formación interna de capital, alto precio del dinero y bajo nivel promedio de inversiones en comparación con las necesidades de capital.

g) Baja productividad y renta promedio *per capita* en grandes sectores de la población y desigual distribución de la renta por sectores y regiones.

h) Bajo nivel de vida, de salubridad y de educación en importantes sectores de la población.

La lucha contra el subdesarrollo implica el planteamiento de todos estos problemas con miras a tratar de abordarlos gradual, coherente y sistemáticamente en la medida de lo posible. Lleva consigo un proceso constante y creciente de inversiones, el aumento en los ingresos y en la formación del capital, una política económica y financiera para sobrepasar la barrera limitativa del estancamiento o la regresión, una planificación democrática en el avance hacia el futuro con soluciones de corto y de largo plazo que tiendan al alza del nivel de vida y al aumento de la productividad, defiendan, al mismo tiempo, derechos humanos esenciales y busquen, sin mengua de ellos, la justicia social.

Algunos problemas del Perú en la segunda mitad del siglo XX

Al avanzar el siglo XX en su segunda mitad, entre los problemas del Perú como en gran parte de los países de América Latina, están los siguientes, que derivan en cierto modo de la manera como se ha desenvuelto la historia que desemboca en el presente:

- El crecimiento de la población continúa en cifras abultadas.
- Hay zonas con progreso notable en la agricultura, pero en otras se mantiene un gran atraso de resultas de los sistemas de tenencia de la tierra, o por limitación en las inversiones de capital, falta de investigación o experimentación, ausencia o desorientación en la educación rural o primitivismo en el mercado. Son numerosas las masas de campesinos desposeídos, hambrientos o ignorantes.
- La perspectiva futura para las exportaciones no está clara, por los cambios en las demandas del exterior, la competencia de otras áreas mundiales subdesarrolladas y la política comercial de las naciones industriales.
- El avance de la industrialización requiere la importación racional de capital y empréstitos e inversiones desde afuera con un sentido planificador. Las industrias existentes no han absorbido por completo la corriente de mano de obra no preparada que fluye del campo a la ciudad y los saldos de la población escolar no aceptada en las universidades.
- Los programas de alfabetización, educación primaria y vivienda no guardan ritmo proporcional con el incremento de la población. Las realizaciones, generalmente desorientadas, en el campo de la educación primaria,

secundaria, de adultos y universitaria no siempre guardan armonía con las necesidades tecnológicas del presente y del futuro.

- La estructura del Estado continúa siendo empírica. (HR, t. XI, pp. 351-380)

CAPÍTULO VI

PERÚ... SOLUCIÓN

1. PERÚ: REALIDAD Y SOLUCIÓN. 1931

Pampas* y *valles

La costa del Perú es, sobre todo, un arenal. Es un mar al revés, el antimar. Manos de gigante se llenaron varias veces para sembrar en edades mitológicas la tierra allí. Asambleas de cerros pueblan esta inmensidad. Algunos de estos cerros semejan rostros desfigurados; otros, puños amenazantes; otros, lomos de gigantescos animales que dormitan. Tras la verja de los cerros las nubes aguaitan a veces el paisaje muerto.

Antaño, el paso del hombre por estas pampas fue hazañoso e intermitente. Hoy comienzan a surcarlas automóviles y camiones. Aún más, sobre ellas vuelan periódicamente los aeroplanos. Son los aeroplanos la ironía del hombre sobre la naturaleza antes invencible o penosa. Desde ellos, se ve con un tamaño de juguete a cimas y barrancos que nadie pudo escudriñar antes. Por ellos, se vuelven de minutos los viajes que antes demoraron días y días penosos. La pampa, vista desde arriba, ya no parece sino humorísticamente una dormida calva que insectos hacendosos recorren constantemente.

Los valles son en la costa islas verdes rodeadas por la inmensidad amarilla. Tomemos como ejemplo de valle costeño, al de Ica. Por sus dunas donde se busca el camello, lea semeja al África; por sus vinos, sus uvas, sus duraznos, sus manzanas, sus naranjas recuerdan a las costas jocundas y musicales de Italia: sus lagunas lerdas tienen algo de las de Suiza. La tierra es allí como una mujer sensual que supiera vibrar pródigamente al requerimiento del amor. Tierra con senos fecundos de madre joven, tierra pagana llena de pámpanos, tierra alegre por el sol y por el vino. Aun con riego escaso o nulo, uno de sus productos más valiosos, el algodón, resiste y produce. Perforaciones de pozos tubulares han revelado que en ciertas zonas, aún más allá de los cuarenta metros de profundidad, se encuentran terrenos arcillosos aptos para el cultivo. Hay un contraste simbólico entre las reducidas cantidades para el regadío y la importancia de las plantaciones existentes. Si se aumentaran los recursos acuíferos, podrían incorporarse a la producción agrícola varias decenas de miles de hectáreas. Con el represamiento de las lagunas de Choclococha y Orcococha, derivación de las aguas de estas lagunas represadas al río de Pisco, represamientos de Letrayo y derivación de las aguas sobrantes del río Pisco y de las aguas represadas al río Ica, ese aumento es posible. Menos aún, bastaría con la derivación de los sobrantes del río Pisco al de Ica y el aprovechamiento de las aguas del subsuelo. Con lo que los agricultores han perdido en los últimos tiempos por la sequía, y con lo que los habilitadores han perdido por préstamos fallidos, se habría pagado varias veces el costo de estas obras salvadoras. Diríase, pues, que es maliciosa la mudez de la tierra polvorienta pegada a los ijares del valle actual; en ella hay algo de la tela que espera el bordado.

Todo lo anterior puede reducirse a símbolos. Lo dicho sobre la pampa costeña puede extenderse a las cordilleras y punas. Lo dicho sobre el valle iqueño, repetirse con pequeñas variantes, para otros valles costeños o serranos. Es decir, en el Perú entero la superación de las distancias y de los obstáculos que antes parecieron invencibles y de otro lado, la existencia de riquezas latentes y alcanzables. En suma, el Perú, también geográfica y económicamente, como problema y como posibilidad.

Las razones para dudar

Pero hoy más que nunca se duda del Perú y se teme por su porvenir. Taras, culpas y errores hacen incrementar los factores de disociación y de integración. Carecemos de victorias y de grandes hombres. Las estatuas de los mejores podrían empezar con torsos robustos esculpidos por finos cinceles, concluidos luego rudamente, a machetazos. Lo más grande que tuvimos se llamó sucesivamente Santa Cruz, Castilla o Piérola, yesos tres hombres murieron apartados y aislados. Nuestra historia es propicia a dos clases de sugestiones literarias: la del panfleto o de la novela de aventuras. El territorio peruano ha sido recortado por obra de la violencia o de la transacción. Las inmensas riquezas del oro y la plata coloniales, el guano y el salitre de la primera república, el petróleo y el cobre actuales no han servido de mucho. Nuestra hacienda está empeñada. Elementos no ya fusionados - lo que sería imposible y tal vez inconveniente- sino Carentes aun de la mera armonización forman nuestra realidad sociológica. El país no marcha en una dirección ya fijada sino oscila entre la dictadura y la anarquía, entre la atonía y el estallido. A pesar de las enseñanzas profundas del pasado seguimos con la femenina entrega al caudillaje. Rondando está la amenaza de una resurrección del peor tipo de caudillaje militar que si antaño sirvió de única oportunidad para romper con la infer-estructura colonial en la vida del país, llevando a indios y a mestizos al poder y los honores y desplazando a la oligarquía, hoy resulta utilizado por ella para apuntalar sus privilegios en peligro. El separatismo, el indigenismo puro y anticivilizado, el antilimeñismo y el limeñismo envidioso, pedante y ensimismado, todo lo que hay de aldeano y de lugareño aquí, envenenan más nuestra vida estrecha. Las minorías intelectuales han sido en gran parte orgullosas y egoístas y las masas no las han respetado ni seguido. Agrégase a ello el "complejo de inferioridad", tan distinto, por ejemplo, a la vanidad argentina o al orgullo chileno, "complejo" que lleva al ausentismo de muchos, mal endémico cuyo exponente es la frase "Éste es un país imposible". La influencia extranjera poderosa mediante la penetración económica es otro factor de disociación en cuanto implique absorción. Y la permeabilidad y blandura, fáciles en el carácter peruano preponderante, pueden favorecer esa absorción. Síntoma reciente y evidente de que el Estado peruano marcha mal es el abandono total de Tacna, tan pobre y tan triste, inmediatamente después de haber sido recuperada, a pesar de los quintales de literatura y de los millones de soles que se gastó en su honor cuando era ''la cautiva por Chile". Allí está patéticamente comprobada la incapacidad del Estado para abordar los problemas nacionales.

Balance final

Pero a pesar de todo, surge la esperanza al comparar los estratos sociales que convivían en el Perú al, comenzar la república con los estratos sociales del Perú actual. Acaso sólo en el hecho de la perdurabilidad del Perú se pueda fundar una deducción optimista. Porque primero vino la anarquía militar, luego la crisis económica y financiera que llegó hasta la bancarrota, en seguida el desastre internacional, para surgir después once años de dictadura organizadora; y el Perú, con todos estos males y sus amenazas coincidentes, ha sobrevivido como si su mensaje aún estuviera por decir, como si su destino aún no estuviese liquidado, como si llevase consigo una inmensa predestinación.

No ha habido integración en los estratos sociales pero sí una marcha hacia esa integración.

De las supervivencias precoloniales estudiadas anteriormente, subsiste sobre todo la comunidad indígena, a la que dirigen ya miradas atentas, en contraste con la ignorancia o la agresividad de antes. No hay conocimiento, reglamentación o utilización de ellas como durante el señorío de los incas; urgen al servicio de la justicia social mediante su conversión en cooperativas de producción y de consumo.

Las supervivencias coloniales no han desaparecido pero han sufrido bastantes atenuaciones. Ya no prima la nobleza antigua sino una alta burguesía a base de dinero con o sin estirpe, rompiéndose aunque sea imperfectamente la rigidez de otrora. El indio ha alcanzado, es cierto que en casos demasiado raros, la ascensión social, al principio por el predominio militarista, más tarde por la educación universitaria o por la acción política; claro es que quedan varios miles de analfabetos en los cuales hay por cierto muchas capacidades larvadas. Los negros no son ya esclavos y han sido reemplazados, en parte, por los chinos, acentuándose la heterogeneidad étnica: ya dijo el poeta que aquí se juntan todas las razas "como obscuros crisoles en el universal anhelo de algo nuevo".

Hay más supervivencias coloniales, también de poder decreciente. El clero sigue con una gran influencia dentro del Estado y de la nación; pero ha ido perdiendo inexorablemente esos privilegios así como su influencia privada, caso análogo a lo que está ocurriendo en España. Persiste el centralismo y acaso se ha acentuado, por los progresos industriales, el aumento de los medios de comunicación, el desenvolvimiento del rol del Estado; pero el hecho más interesante de la reciente historia peruana es la subversión de las provincias contra Lima, señal de una nueva conciencia que adviene.

En las costumbres y la vida material aumenta la influencia occidental. El avión, el automóvil, el radio van conectando y enlazando más y más. Si antes el porcentaje de nuestra semejanza con la civilización europea era de un 40 ó 45% hoy llega al 65 ó 70%. No lo olviden los que se ufanan con el uso de los aparatos que el capitalismo ha creado pero se asombran por la difusión de las ideas que emanan de los contrastes implícitos en el capitalismo.

La acentuación de la influencia occidental incrementa la dependencia del Perú dentro de la economía mundial. En 1838 Inglaterra fue impotente, no obstante sus deseos, para impedir la guerra seguida por Chile contra la Confederación Perú-Boliviana. En 1881, ya Estados Unidos había reemplazado a Inglaterra en su rol de supervigilancia; fue más lejos en su intervención pacifista pero tampoco contuvo la guerra entre Chile y Perú. Hoy Estados Unidos puede impedir inmediatamente una contienda entre el Perú y cualquiera de sus vecinos.

Ha cambiado, pues, el panorama de la emancipación, en el cual yanquis e ingleses eran seres exóticos, había exclusivo contacto con España y Francia y el país vivía más autónoma y atrasadamente. Por otra parte, disminuyen rencores y prejuicios contra los vecinos, inclusive la purulenta llaga del conflicto peruano-chileno que durante tanto tiempo pareció incurable y cuya liquidación tocó, como un castigo providencial, al mismo político que en el Perú la había enconado más. Crece, pues, el nacionalismo continental.

La acción doctrinaria camina hacia la superación de los vacíos que otrora tuvo y que ya han sido revisados en otras páginas. Se regresa a la inquietud ideológica pero acentuándose dentro de ella el miraje social. Tiéndese, a pesar del confusionismo creado por la exaltación sectaria o por la avidez del poder, a soñar en un Estado hecho por y para la nación, sobre las ruinas del Estado hecho a expensas y sobre la nación. La agitación ideológica, lejos de concentrarse en Lima, actúa también desde las provincias. Hay la esperanza de que esa Constitución que ignoró la vida local o la subordinó a una vida nacional que no existía o que implicaba el burocratismo centralista, sea reemplazada por una Constitución en la cual de la vida local se parta a la vida nacional. Sectores de las minorías intelectuales tienden a abandonar la actitud, predominante antaño, orgullosa y egoísta y a acercarse a las masas.

En el plano social y político, se ve la marea ascendente de las clases medias y populares. Irrumpen ellas en forma confusa con Piérola y su oleaje es detenido por la oligarquía (1874-1909). Renacen con Billinghurst dentro de un acentuado humor demagógico (1912-13). Después de este éxito fugaz, reaparecen con Leguía (1919) si bien no hacen sino formar, aliado de un absorbente caudillaje, una nueva oligarquía. Hoy, se conglomeran dentro de las llamadas izquierdas.

Artística y literariamente, cunde el afán por producir "ensayos en busca de nuestra expresión". Antes se creía que hacer nacionalismo en la literatura o en el arte era, simplemente, tomar temas nacionales. Quien tal hacía, ya era, por lo demás, una excepción, frente a la común postura mirando a ultramar. Y se buscaba el Perú, casi siempre, para la constatación curiosa, para la emperifollada retórica, para el escueto eruditismo, para la desviada desfiguración. Libros como 7 *Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana, Nuestra Comunidad Indígena, El Nuevo Indio, Geografía Económica del Perú, Ante el problema agrario peruano, Tempestad en los Andes, La Literatura Peruana, Necesidad de una legislación tutelar indígena, La Realidad Nacional* y otros han sido escritos recién en los últimos doce años. Coincide con ellos la aparición del arte de José Sabogal, Camilo Blas y de sus epígonos, de Carlos Sánchez Málaga, de Roberto Carpio. Estamos dentro de un proceso de aproximación a nosotros mismos. Al nacionalismo pasatiempo reemplaza el nacionalismo problema. Disminuye el número de los deslumbrados ante Europa y aumenta el número de los que quieren dar fe del Perú.

Abundan, pues, el augurio, el indicio, la tarea recién iniciada. A pesar de eso, a menudo vacilamos y renegamos. Con el desdén, la ira o la burla golpeamos entonces al Perú, exasperados o aburridos ante sus convulsiones que acaso sólo son anuncios de una forja y ante sus taras que deber nuestro es disminuir o evitar. Olvidamos entonces que los más altos destinos de la historia se han cumplido orillando abismos y que la gloria verdadera no nace sino del maridaje del esfuerzo y del dolor.

A dónde va el mundo

En medio del egoísmo, de la corrupción, de la maldad, de la ignorancia, de la inconsciencia y de la ambición, del error, lenta y contradictoriamente el mundo marcha hacia una mayor justicia social. Esa meta tiene nombres variados, según la pasión, el interés o la idea de quienes la anhelan. Genéricamente, puede ser llamada "socialismo". Acaso en la forma del comunismo que gana terreno otra vez en una nueva etapa de grandes conflictos sociales en el mundo, que sigue a la etapa de estabilización capitalista de 1923 a 1929 más o menos y a la etapa de ofensiva revolucionaria de 1917 a 1923. Acaso dentro de formas indígenas según las regiones del mundo. Naturalmente no surgirá ahora mismo; se habla aquí desde una posición estrictamente histórica, para la cual los retrocesos resultan hechos transitorios y los sacrificios aislados carecen de importancia. Algunos lo ignoran; pero son como esos romanos, muchos de ellos cultos e inteligentes, que creían bárbaro y absurdo al cristianismo.

No evaden la cuestión aquellos que proclaman la improcedencia del socialismo en estas tierras de incipiente industrialización. Se ha dicho exactamente que el hombre quiere ser ahora el fósil director en la presente edad geológica, que es naturalmente la del hombre. El progresó técnico ge los últimos tiempos consolida unilateralmente ese predominio pero se trata de ir más lejos que esa prepotencia material. Ya no basta la democracia, dentro de la cual cupieron también castas privilegiadas y que coincidió con la edad del predominio del hombre blanco en general y del anglosajón en particular. Para el futuro, la humanidad desea vivir su vida plenamente y acabar con todo privilegio social. Se trata, pues, de un fenómeno de evolución histórica integral.

Pero los mejores sectores del socialismo encuadran esta evolución dentro de las pautas que fija el marxismo. Es difícil para una mente cultivada encontrar en todos los detalles del marxismo .una absoluta verdad objetiva; aunque es difícil para un observador leal de la historia desconocer la formidable eficacia práctica que el marxismo ha tenido. El marxismo mira, por ejemplo, la marcha de la humanidad *como* un, juego dialéctico de fuerzas objetivas; pero es fácil constatar que al lado de ellas también actúan factores sicológicos e individuales en acción y reacción. El control de la Revolución Rusa (fenómeno histórico que, por lo demás, se produjo sin ser previsto por el marxismo) por Lenin y sus compañeros puede explicarse en

virtud de muchos factores sociológicos y sobre todo por el genio de éste y de aquellos; y el retroceso que implicó la "Nueva Política Económica" soviética después del comunismo de guerra de los primeros tiempos deja revolución, fue un gesto de salvadora perspicacia personal adecuándose a la verdadera realidad que había contradicho las normas rígidas de la doctrina. Por otra parte, cuando el marxismo no ve sino una larga lucha de clases moviendo la historia, señala genialmente la "explotación de unas clases por otras a tal vez de las diferentes civilizaciones, explotación que, sin embargo, no en todo momento asume caracteres de lucha como se viene a definir especialmente con la civilización capitalista. Es fácil, pues, acumular refutaciones de detalle al marxismo pero ella implicaría una tarea mezquina frente a la exactitud inconmovible de sus líneas capitales y a su prodigiosa repercusión en el mundo. En conclusión, habría que considerarlo sobre todo como un magnífico instrumento de dialéctica y de lucha que resultaría con un poder agigantado si se le completa según la época y según el país.

Realidad y solución

El destino de América está en ser proyección de Europa y realizarse cada vez más plenamente en ella, si bien adoptando al asimilar esa proyección, módulos propios. La renovación científica y cultural de Europa en los siglos XV y XVI dio lugar al nacimiento de las culturas indoamericanas. La Revolución Francesa y toda la inquietud cultural y política de Europa y Norte América a fines del siglo XVIII y principios del XIX contribuyeron decisivamente a la emancipación. Todos aquellos hechos, teóricamente extraños a nuestra realidad, inaplicables a nuestro medio, disociadores del orden de cosas antiguo, dieron lugar a la creación primero y al desenvolvimiento luego, del espíritu americano. Y los tránsitos hacia el socialismo que ocurren en el mundo nos afectarán ahora fatalmente en forma más rápida e intensa.

El socialismo es, ante todo, un modo de abordar los problemas, y un espíritu. No pueden el capitalismo pleno ni el régimen intermedio actual solucionar los problemas precapitalistas del Perú ni menos los angustiosos problemas del capitalismo ya desarrollado que también existen, porque la esencia de los regímenes vigentes está en su subordinación al interés de unos cuantos, en su egoísmo, en su codicia, en su tendencia mecanista y pecuniaria. ¿Cómo podrían, por ejemplo, resolver eficientemente en beneficio de las masas que constituyen el auténtico país la cuestión del sistema tributario, la cuestión de la tierra, cuyos trabajadores son mantenidos en la servidumbre, la cuestión de las negociaciones e industrias en gran escala cuyos provechos no van tampoco a quienes las hacen productivas? Por eso, la única solución está en el socialismo. Acabando con el capitalismo, sistema dé vida económica y social, puede el socialismo manejar al capitalismo entendido como conjunto de instrumentos modernos de producción y abordar los problemas precapitalistas en el sentido de procurar el beneficio de los más.

Ésa será la tarea no de hoy pero si del futuro. Demorará, sufrirá derrotas y traiciones, será o no precedido por estadios previos; pero el socialismo vendrá. Es por ello que las nuevas generaciones, precisamente, más que todas las otras, estas que vienen, tienen un formidable rol ante sí y el deber de procurar su mejor capacitación.

Con el socialismo debe culminar el fatigoso proceso de formación histórica del Perú. Dentro de él, vinculado más que nunca al continente ya la humanidad, el Perú debe encontrar su realidad y su solución. (PPP, pp. 238-249) [1931]

Perú: Realidad y solución. Reconsideraciones. 1978

Pampas, valles y *algo más*

Ante el criterio de un lector actual, los párrafos sobre "Pampas y Valles", en

este capítulo, necesitan ser complementados. En 1931 no se apreciaba el valor de la ceja de selva o selva alta que espera la colonización inteligente y sistemática. Tampoco se sospechaba la importancia de la vida marina cuyos millones de anchovetas, capaces de dar comida altamente proteínica, audaces industriales explotaron desde 1950 para hacer del Perú la primera nación pesquera del mundo. Una vez más se comprobó que quienes ignoran la historia repiten los errores cometidos en ella; y la prisa en las capturas tuvo semejanzas con la explotación indiscriminada del guano en el siglo XIX.

También el lector de 1978 agregará a las sumarias consideraciones aquí hechas, una referencia a la significación actual y potencial en la energía eléctrica y, en función del porvenir, de la energía nuclear. Lo que pronosticó este libro sobre el represamiento de las lagunas de Choclococha y Orcococha en el valle de Ica, se cumplió en parte en las décadas del 50 y 60. Recientísimas son en cambio las obras que reanudan y amplían - ¡Y aún no terminan! - la irrigación de Olmos que, a fines del gobierno de Leguía iniciara con visión admirable Charles Sutton, a quien la historia debe una reparación. Durante largos años quedaron abandonadas y destruyéndose en el arenal las maquinarias que ya habían sido adquiridas para este proyecto que hubiese tenido vastas consecuencias no sólo económicas sino sociales en lo que atañe a la distribución del agua y de la tierra en la región.

Predominó el odio político al gobernante caído que la auspiciara. Otros casos análogos existen que evidencian análoga discontinuidad punible; y los .sucesivos regímenes deberían aprender a continuar los esfuerzos útiles o valiosos de quienes los precedieron; no es un hecho corriente que lo hagan.

Las razones para dudar

Hay en este conjunto de párrafos diversas apreciaciones que mantienen un sentido de triste actualidad. El lector atento las ha de valorizar. En cuanto a Tacna, se ha hecho bastante por la ciudad con prioridad para lo ornamental, lo visible o superficial que, al servicio del fetichismo del progreso, a veces amenaza la identidad intransferible de este retazo peruanísimo como si existiera la intención de convertirla en una población cualquiera, camino de cualquier parte. Lo serio, lo profundo en relación con las necesidades de la zona, está en el agro cuyas necesidades de agua para el presente y el futuro no han sido todavía abordadas de veras.

Miremos ahora rápidamente el mundo de hoy, la "escena contemporánea" tan distinta a la que retratara admirablemente *José* Carlos Mariátegui.

A los 47 años transcurridos desde que apareció *Perú: Problema y Posibilidad* las incertidumbres y las amenazas en el mundo son muy visibles.

Las Naciones Unidas sirven como un costoso foro para que expongan, con mayor o menor retórica, los distintos Estados sus puntos de vista sobre asuntos muy heterogéneos. Los rozamientos entre el bando capitalista y el comunista (del Oeste con el Este) así como las abismáticas diferencias entre las zonas no desarrolladas del Sur y las potencias y superpotencias del Norte (algunas de las cuales ya han llegado a la etapa postindustriar en su evolución) e igualmente los contrastes geográficos, económicos y culturales a veces inverosímiles en la dimensión de los 150 estados miembros, cada uno de los cuales goza de igual derecho al voto, dificultan en su vida diaria la efectividad del organismo mundial, salvo los trabajos de investigación que sobre problemas concretos realizan algunas comisiones especializadas. A pesar de todo, existe como un consenso en el sentido de que se inicia la decadencia de las fórmulas de la tradición internacional basadas en la acción aislada de Estado-centrismo. Hay tendencias para superada al abordar en un nivel más amplio situaciones como las que provienen del deterioro ecológico, la pobreza, el hambre, el terrorismo y otros males. En los últimos tiempos se ha llegado a algo que pocos años antes hubiese sido considerado inaceptable: el debate sobre la considerable ampliación de la soberanía marítima en desmedro de

las grandes potencias.

La Tierra resulta mucho más estrecha que antes; Neil Armstrong, desde la Luna, la vio como una pequeña isla de polvo cósmico. El surgimiento de los viajes interespaciales no es sino el capítulo inicial de avances *e*spectaculares. Una reunión de científicos de Norteamérica y de Europa realizada en la Universidad de Munich en octubre de 1978 anunció que las fábricas espaciales iniciarán la producción en el año 2,000 y que veinte años más tarde será obtenida energía eléctrica de centrales interestelares. Ya se realiza diariamente el empleo de satélites para fines científicos, comerciales y estratégicos; y la televisión está transformando la mentalidad de las nuevas generaciones, si bien no se constata aún el peligro de que los seres humanos dejen de leer para contentarse con mirar o ver lo que ocurre en el mundo cercano o distante. Las empresas transnacionales aunque tenaz y a veces ferozmente combatidas son otra expresión de esta ruptura con el viejo estado-centrismo del que son superiores y autónomas.

Los progresos en el armamento, muchos de los cuales, los más devastadores, no son todavía conocidos por el público común, ofrecen la certeza de que una guerra entre las superpotencias sería automáticamente desastrosa para la humanidad. Pero no está descartada la aparición de conflictos bélicos en zonas dentro de la periferia del globo con el apoyo más o menos cínico de ellas. En esta época ya no hay guerras locales. Todas, de un modo u otro, tienen un alcance internacional, a veces con explosivas connotaciones sociales.

El nacionalismo, lejos de haber muerto como anunciaron no pocos expertos, es una de las fuerzas más influyentes en el siglo XX. Como quedó expresado ya en una de las anteriores "Reconsideraciones", micronacionalismos subversivos aparecen recientemente en el seno de estados que parecían tener siglos de consolidación.

Diríase, ha dicho el ex guerrillero Régis Oebray, que la nación o, por lo menos, lo que ella simboliza alberga un elemento esencial, a veces más hondo que otras categorías históricamente transitorias. Como el lenguaje -sigue diciendo- atraviesa los distintos medios de producción y halla su origen, en el clan, en la tribu y en lo que llamaron los griegos la *polis.* Las divisiones horizontales de clase -continúa- aparecen en la evolución social mucho después. El *homo sapíens* ha dado a veces a aquella idea o instinto (que está acompañada siempre por una delimitación o demarcación dentro de un espacio circunscrito) algo de sagrado con rastros de una actitud mágica que desafía la irreversibilidad del tiempo y trata de evitarla desintegración de una comunidad susceptible de caer en el caos o en la muerte.

Oebray vincula este fenómeno con lo que Rousseau escribió en su discurso sobre la desigualdad: "el primer hombre que, después de cercar su terreno, llegó a decir 'esto es mío' fue el verdadero fundador de la sociedad civil".

Hasta ahora las dictaduras llamadas del proletariado sólo echaron raíces cuando estuvieron ligadas, a las luchas por la liberación, o cuando pugnaron por mantener o propagar una identidad nacional. Según algunos, este hecho no es visible en Rusia en 1917; pero fueron las grandes batallas de defensa del territorio y de la tradición, en 1919 y después en 1941, las que permitieron el formidable apoyo de las masas a los bolcheviques. La defensa de la patria frente a la agresión extranjera intensificó las luchas de la Revolución Cubana, así como la larguísima campaña popular de Vietnam contra los franceses primero y los norteamericanos después. Por otra parte, en el seno de los estados de Europa Oriental, los hún-garos, por ejemplo, siguen en su querella con los rumanos por Transilvania; los búlgaros no olvidan a Macedonia; el experimento singular de Yugoslavia, no obstante los años que lo refrendan y el carisma de Tito, no borra los nacionalismos aglutinados cuya explosión algunos anuncian cuando llegue el momento propicio; y el poder formidable de la Unión Soviética no ha hecho desaparecer la tradición histórica de Ucrania, Georgia, los países bálticos y otras zonas. En la guerra, hasta ahora de papel, entre China y el llamado social imperialismo soviético, no faltan

elementos patrióticos y quizás racistas.

Los países de Europa Occidental, después de la última gran guerra, tan cercanos al bloque comunista y tan necesitados, a la vez, de buscar sus alternativas propias frente a Estados Unidos de Norte América, no han logrado todavía unificarse; no siempre coinciden en sus ideologías y en sus objetivos; y hállanse diversamente afectados por el desempleo y la inflación. Los nueve miembros de la Comunidad Económica Europea debaten todavía el ingreso de Grecia, España y Portugal que vendría a herir los intereses de algunos de sus sectores agrícolas regionales. El Parlamento europeo funcionará pronto; pero no sabemos si en el futuro inmediato traerá la unión sin fronteras o únicamente una cooperación más orgánica que acaso no excluya un sistema monetario común. La idea de De Gaulle sobre la Europa de las patrias no ha muerto.

Y *América Latina?* ¿Y *el Perú?*

Identificadas por algunos de manera total con el Tercer Mundo -lo cual es un error -, las repúblicas latinoamericanas coinciden con él en su situación como exportadores de materias primas. Hállanse, unas más y otras mucho menos, en vías de penoso desarrollo. Con aquellas zonas lejanas tienen o pueden tener comunes o similares intereses. Pero su ligamen con la cultura occidental que se remonta hasta el siglo XVI les otorga una situación especial y no necesitan identificarse de un modo absoluto con ellas que, además, oscilan entre influencias que les son propias.

Los esfuerzos de integración de nuestras repúblicas apenas si están en sus inicios y se hacen de arriba para abajo y no de abajo para arriba, es decir, no de la raíz a la cúpula. El Pacto Andino ha realizado el milagro de perdurar y de afirmarse aunque en su marcha en zigzag haya cometido errores y omisiones, aparte de que está teñido de burocratismo y no se haya identificado con la emoción popular. Otros acuerdos análogos pueden y deben complementarlo a lo largo y a lo ancho del continente aprovechando la experiencia obtenida, incluso un Pacto Amazónico exento de connotaciones hegemónicas. Convendría trazar pronto el esquema de un pacto de auténtica integración del Cono Sur del Pacífico dentro del que tenga cabida la justísimo aspiración portuaria de Bolivia sin los peligros que el corredor del norte de Arica entraña.

No debe ser olvidado el agorero anuncio hecho por Helio Jaguaribe de que al futuro latinoamericano asechan el peligro de caer en la condición satelizante de alguna superpotencia que no nos daría sino lo que a ella conviniera; o el de convulsionarse en una sangrienta revolución social que sería larga con resultados imprevisibles. Esperamos que haya un margen de tiempo para abordar o comenzar a abordar a fondo nuestros problemas y nuestras posibilidades en estas tierras donde se desaprovecharon tantas ocasiones propicias y donde se han perdido tantos años.

Quizás ocurra que asuman el mando de este país algunos políticos ante cuyo criterio lo importante sea volver las cosas tal como estuvieron en el pasado; o tratar de vivir como en los tiempos de Serapio Calderón; o embriagarse con el toma y daca alucinante y estéril de la vieja política. Cuanto se dice aquí enseguida intenta afirmar que, en el caso de que procedieran así, estarán muy equivocados. Las presentes reflexiones se hallan muy lejos de llevar consigo el programa de un partido político; se limitan a sintetizar las observaciones que podría hacer alguna entidad como el Club de Roma, el Instituto Tecnológico de Massachussets o la Fundación Bariloche. Señalan metas, aunque aceptan que no todas podrán ser superadas de inmediato porque la política es el arte de lo posible.

No niegan, por cierto, la inminencia de los conflictos en cualquier proceso de cambio social y aceptan la imposibilidad de evitar que él ocurra en una forma irracional. Jamás olvidemos que Ralph Dahrendorf parece anunciar que el conflicto estará permanentemente entre nosotros, y aun que constituye un elemento de

progreso, si se le acepta o se le comprende con inteligencia y sin temor. Quienes para evitar el conflicto optan beatíficamente por esperar, acaso con la esperanza de que se redondee primero el equilibrio financiero, a lo mejor descubrirán que cuando quieran, por fin, movilizarse, será ya demasiado tarde.

El desarrollo económico auténtico implicara ampliación de bienes y servicios pero no es sólo eso. Queda definido mejor en términos que elevan los niveles de subsistencia, dignidad y libertad humanas y combatan la pobreza, el desempleo y la desigualdad: Dicho desarrollo no podrá efectuarse a fondo sin que cambien por Una parte la posición del mando, que no debe ser entregado a mentes- convencionales, y, del otro lado, sin que cambie así mismo la distribución del ingreso nacional. La lucha contra el subdesarrollo implica el planteamiento coordinado de una serie de problemas con miras a tratar de, abordados gradual, coherente y sistemáticamente. Se trata de una brega que ha de implicar un proceso constante y cuidadoso de inversiones y el sano aumento de los ingresos en la formación de un capital no usurario; y de una política económica y financiera al servicio de los más para sobrepasar la barrera limitativa del estancamiento, de la regresión y también del despilfarro. Se trata, pues, de llegar a una planificación auténtica de tipo democrático, gradualista y experimental en el avance hacia el futuro, con soluciones de corto, mediano y largo plazo que tiendan al aumentó de la productividad y al alza del nivel de vida, defiendan al mismo tiempo derechos humanos esenciales y busquen, sin mengua de ellos, la justicia social.

No se trata de repetir ciegamente los errores que se haya podido cometer con buena fe o sin ella, en las décadas de los 60 y de los 70 ni negar tampoco sus aciertos Pero las experiencias aleccionadoras de la historia tomadas en conjunto y necesidades exigentes de la época que viene hacen perentorio tomar en cuenta con sentido lúcido los siguientes hechos.

- El crecimiento de la población continúa en cifras absolutas.
- Es preciso que la brecha entre ricos y pobres no se siga ensanchando. En general, hasta ahora, el desarrollo ha sido bastante asistemático y ha redundado más de una vez en una continua expansión del círculo vicioso de la pobreza.
- Hay zonas con progreso notable, en la agricultura; pero, en otras, la reforma agraria, con todas sus ventajas, no ha borrado el atraso por falta de ayuda técnica o de orientación adecuada a los campesinos y a las entidades que los representan; o por limitación en las inversiones de capital; o por deficiencias en la investigación, experimentación o mecanización; o por errores y excesos burocráticos; o por ausencia o desorientación en la educación rural; o por primitivismo en el mercado; o por la inutilidad e inconveniencia de intermediarios parásitos entre productores y consumidores, Son numerosos los trabajadores rurales todavía desposeídos, hambrientos, ignorantes o manipulados. Por eso es válida la reafirmación fundamental de que la reforma agraria debe beneficiar auténticamente al campesino pequeño y pobre y librado de la explotación, la discriminación y la servidumbre. En muchos casaos el resultado debe ser el funcionamiento sano de sistemas cooperativos o colectivos o de parcelas familiares agrupadas en comités que organicen los cultivos, sin unilateralismos dogmáticos y sin opresión centralista, con una regulación cuidadosa a cargo del Estado y con estímulos para el florecimiento de periódicos mercados de nivel local o regional.
- No conviene olvidar nunca que la base imprescindible del desarrollo auténtico está en el progreso de la agricultura. El otro prerrequisito es el avance de la industrialización. Ella debe orientarse de acuerdo con las actitudes, las necesidades y hasta los antecedentes culturales del pueblo. Requiere juiciosa importación de capital y empréstitos e inversiones desde afuera con un sentido constructivo de conveniencia nacional y, a la vez, una actitud indeclinable de defensa del interés

nacional en el presente y en el futuro ante la voracidad foránea o criolla. Hay que abandonar y condenar acerbamente los proyectos suntuarios u ornamentales simbolizados por enormes edificios y costosos monumentos. Las industrias existentes no han absorbido ni, las corrientes de mano de obra no preparada que fluye del campo a la ciudad y que deben merecer atención cuidadosa y tratamientos especiales y prácticos incluyendo quizás ensayos limitados de autogobierno en los pueblos jóvenes, ni los saldos de población escolar no aceptada en las universidades, cuyo futuro no conviene entregar a elementos impuros. Son muy aconsejables las tecnologías en pequeña escala que requieren intensa mano de obra local a fin de abrir nuevos empleos; y también los estímulos incesantes a la capacidad de trabajo con premios materiales y morales a los empresarios, técnicos, empleados y obreros que en la industria descuellen, con atención a sus justas necesidades y planteamientos. Insistimos cuando y donde sea posible en los programas que los pueblos mismos lleven a cabo, dentro de una movilización coincidente con la estrategia del desarrollo y con el apoyo técnico y material que corresponda.

- La perspectiva futura para las exportaciones no está clara por los cambios en las demandas del exterior, la competencia de otras áreas mundiales subdesarrolladas y la política comercial de las naciones industriales que aún no se ponen al servicio de los intereses de la humanidad, ya que tres cuartas partes de los recursos mundiales son aprovechados únicamente por el 30% de la población en todo el globo. No lo olvidemos en ningún momento.

- Los programas de alfabetización, educación básica y primaria y vivienda no guardan un ritmo proporcional con el incremento de la población. Las reformas generalmente desorientadas y discontinuas en el ramo de la educación no se han hecho previo un inventario minucioso de la realidad para, desde una base concreta, abordar escalonadamente las necesidades del presente en función del porvenir. Existe un alejamiento nocivo entre las esperanzas, las demandas y las aspiraciones de las generaciones jóvenes y quienes deben encauzadas y ayudarlas en lo que sea dable. Falta una atención metódica hacia el modelo que los maestros ofrecen a sus educandos. La enseñanza de la historia es sumamente defectuosa y no está en armonía con las esencias del país.

- A pesar de algunos avances en determinados sectores de la administración pública, debido a la abnegación de funcionarios que muchas veces, a través del propio sacrifico, lograron convertirse en expertos en sus campos respectivos, la estructura del Estado continúa siendo, por lo general, empírica, lo cual quiere decir que hay exceso en los trámites inútiles, duplicaciones innecesarias de tareas, pereza o desapego ante la obligación de abordar o solucionar situaciones que pueden tener urgencia, facilidades para las pequeñas o grandes *coimas.*

- El sistema tributario necesita ser perfeccionado, orientándose a que las clases más afortunadas participen efectivamente en las tareas del desarrollo nacional y no usen las vías de la deserción o de la evasión ante los impuestos razonables; en cambio, el peso de las contribuciones debe ser ligero para las clases menos favorecidas. Aunque la ortodoxia de la ciencia hacendaria repudia el llamado *ear-marked tax,* o sea el tributo dedicado a una aplicación específica, situaciones de emergencia pueden hacerlo, de hecho, aplicable para fines de interés nacional.

- No es por ahora suficiente el número de personas debidamente preparadas en asuntos específicos conectados con los problemas de

nuestros países en una escala local, regional, nacional, subcontinental y continental. Necesitamos, por eso, mucha gente especializada en el país y en el extranjero para ir al ordenamiento administrativo, la preparación y ejecución de presupuestos fiscales y la tributación, o sea para ir a un verdadero estado tecnocrático. Necesitamos, además mentes y espíritus modernos y abiertos en las industrias, el comercio, el desarrollo económico, la investigación sociológica y otras especialidades similares. Alcances saludables tendrá el esfuerzo para buscar el crecimiento de grupos dinámicos de empresarios *(entrepreneurs),* pequeños y medianos hombres de negocios, cooperativistas, campesinos prósperos, obreros capacitados, sindicatos lúcidos, profesionales con mentalidad constructiva y progresista. Como dice el informe Río al Club de Roma (1976), no importa cuánto se produce sino qué es lo que se produce y cómo se distribuye.

- Conviene elevar y ahondar el concepto de participación que reemplaza a la antigua idea del consenso. Un gobierno que no afronta la crítica responsable no encarna necesariamente la voluntad o el apoyo de los ciudadanos. El monopolio malicioso de las informaciones, la estatización rígida de las comunicaciones, la multiplicación innecesaria de las instancias intermedias, implican una negación de la participación, como resultado del hecho de que un grupo único se sustrae al control de la opinión pública. Participación supone tratar públicamente las cosas públicas, si se quiere evitar la corrupción del cuerpo social, dentro del que conviene el fomento de iniciativas ,para desarrollar formas múltiples de convivencia crítica orientadas hacia el futuro, sin facilidades ciegas para quienes pretenden derribar violentamente el sistema.

  La ausencia de participación implica, de hecho, una organización que un demócrata moderno llamaría viciosa. Que se trate de una empresa de producción o deja vida interna en un sindicato o de un partido político, el fracaso o el simulacro en la participación originan una injusticia que debe ser evitada o reparada.

  Todos los sistemas totalitarios pretenden ignorar los conflictos internos y procuran generalmente imponer a las actividades sociales un denominador común. La democracia auténtica se caracteriza, por el contrario, por sus intentos de afrontar sanamente la heterogeneidad de los valores y de los comportamientos; y es posible que los, conflictos mismos dentro de ella se conviertan en un motivo de crecimiento si, igualmente, con un sentido democrático, .el sistema demuestra que es capaz de desarrollarse y defenderse.

- No sólo hay que izar las banderas de la lucha contra el analfabetismo y la injusticia social y económica, así como por la tecnificación del aparato estatal, sino también denunciar con entereza y claridad la corrupción de los malos funcionarios públicos, cualquiera que sea su nivel, así como la incompetencia excesiva de las burocracias de las empresas estatales y otros organismos. La pelea contra el delito de enriquecimiento ilícito requiere que aparezca al servicio de ella una, legislación rápida y de ejemplar eficacia, comisiones permanentes de investigación, facilidades para la legítima denuncia popular, aplicación pe un sistema de jurados respetables que emitan fallos de conciencia con sanciones para la difamación.

- A estas alturas del siglo XX ya no es posible cerrar los ojos ante el hecho de que el Estado ha adquirido una importancia que los pensadores liberales del siglo XIX no vislumbraron. Y el estado no puede ni debe seguir siendo un conjunto de oficinas retardatarias como lo fue antaño, un botín de políticos audaces, un refugio para quienes no

hallaron cabida en las luchas de la vida social, o un instrmento fácil para el sucio juego de intereses privados. El estado debe ser por ahora y lo será por algún tiempo, un conjunto dinámico de organismos reguladores impulsores de la vida colectiva. Es menester, además, que el estado se controle y se limite a sí mismo y que deje un margen de libertad fructífera no sólo en e! plano individual, sino también; a través de su colaboración activa o indirecta para que la sociedad y los grupos sociales se organicen de un modo adecuado; en fin, que estimule la libertad y vaya al fomento de iniciativas para crear y desarrollar actitudes nuevas de convivencia crítica orientadas hacia el futuro. Lo anterior implica, que el estado en sus puestos clave no necesariamente los de tipo formal- debe tener personas preparadas. En otras palabras, requiere una tecnocracia. Y a esa tecnocracia hay que educada auténtica, sistemática y rigurosamente en el país y el extranjero, en escuelas especiales para dicha formación, pero con el requisito esencial de que mantenga y ahonde la aptitud para la eficacia rápida, la sensibilidad social y el sentido humano.

- En la relación con la Fuerza Armada el autor cree siempre válido lo que escribió en *Historia de la República del Perú* (v. XVI, en 1964, p. 1044), y que reprodujo *Bases Documentales para la Historia Republicana del Perú* (v. II) en 1971: "De todo lo cual se deduce que, dentro de las grandes transformaciones exigidas por el porvenir inmediato (reforma agraria, tecnificación del organismo estatal, arreglo del sistema tributario, planeamiento democrático, integración, desarrollo de la industrialización, esfuerzo coherente por incrementar la productividad y elevar el nivel de vida, vasta reforma educacional), habrá que tomar en seria consideración y como factor esencial el papel que han de jugar los institutos castrenses. Parece dudoso que, a la larga, asuman ellos en nuestra época la tarea de una fuerza conservadora que resiste los cambios sociales % forma una barrera contra el desarrollo nacional para defender (en contradicción con sus orígenes históricos) prácticas, formas de vida o clases sociales periclitadas. Pero, por otra parte, muy grave sería que pretendieran constituirse en una casta parasitaria o succionadora. El entronizamiento de los militares en el poder por tiempo indefinido termina por corromperlos y es una ley histórica que surgen, tarde o temprano, la división institucional con su secuela anárquica, o el estallido popular adverso como ocurriera en el Perú de 1834, de 1872 o de 1895. Tampoco conviene la eliminación o la inutilización de las fuerzas armadas, por razones patrióticas, internacionales, sociales e históricas dentro de las contingencias mismas que los nuevos tiempos, plagados de peligro, han de traer consigo. La solución deseable es que ellas se vuelvan colaboradoras y copartícipes activas, leales y entusiastas en la magna obra que falta por hacer, en función directiva pero hermanadas con el pueblo y dentro de previsores cauces verdaderamente democráticos [se entiende no de democracia formal. Nota de J. B. en 1971] y de salud nacional y social".

- Como resumen de las someras consideraciones precedentes, es necesario resaltar que el estado debe formular cuidadosamente y aplicar con inteligencia un proyecto nacional enrumbado hacia plazos inmediatos, mediatos y largos. En este caso, sería un Plan del Perú, exhumando la bella frase que formuló Manuel Lorenzo de Vidaurre. Para su elaboración, aliado de elementos técnicos conviene tener en cuenta el planteamiento que de sus necesidades y aspiraciones hagan las regiones, entendiendo esta palabra en un sentido económico, social, y no pasivamente geográfico. Cinco o seis asambleas regionales representativas del país real y no del país legal, del Perú interior y no del Perú exterior, del Perú profundo y no del Perú superficial, deberían

dar su aporte, que sería analizado, coordinado y organizado por la asamblea nacional, no sólo sobre aspectos económicos sino, además, para dilucidar problemas sociales, laborales, educacionales, culturales, de salud, de transportes y comunicaciones, y demás.

- La filosofía implícita en todas y cada una de las consideraciones anteriores tiene una inspiración socialista. Rechaza el *status quo* al que considera como caldo de cultivo para una rebelión desde abajo con imprevisibles consecuencias. No acepta tampoco la eventualidad de que nos convirtamos en satélites adicionales del mundo totalitario, o sea una especie de Bulgaria sudamericana. Entendemos como socialismo, por encima de rigideces ideológicas, la mezcla de dos ideales. De un lado, el ideal de libertad propio del liberalismo que tiene raíces cristiano-judeo-greco-latinas y se prolonga en el derecho natural y las grandes revoluciones del mundo occidental. Por otra parte, el ideal del desarrollo surgido como consecuencia de las transformaciones que emanan de la tecnología contemporánea y también por el contraste entre los mundos pobres y el mundo rico en los tiempos que corren. El socialismo aparece así como un movimiento que va a la construcción de una sociedad donde los intereses relacionados con la comunidad estén siempre por encima de los intereses particulares sin cortar el estímulo a la libre iniciativa legítima y donde las actividades de todos estén enmarcadas dentro del interés general. Lo que importa esencialmente en el socialismo 'con rostro humano' es la función que cumple la administración de los bienes. ¿En beneficio de quién? Es posible una buena gestión *so*cial de los bienes en manos privadas bajo la vigilancia de un estado exigente, así como cabe el funcionamiento de una mala gestión social en organismos estatales trabados por la ineficiencia, la lentitud burocrática o la corrupción. Así es como puede ser aceptado un pragmatismo en cuanto a los medios por los cuales se puede obtener una buena gestión, con medios variables en su alcance o en su contenido según el momento, la oportunidad o el campo de trabajo; pero con una alta finalidad irreductible.

  Toda ideología es una perspectiva parcial con pretensiones de totalidad. El esquema aquí trazado es, asimismo parcial, aunque trata de ser no dogmático. Diseña un tipo de socialismo aún no llevado a la práctica. Pero la historia narra que muchas ideas consideradas durante largo tiempo como utopías han podido transformarse en realidades. Ya hemos tenido vislumbres de este socialismo "con rostro humano" en Checoslovaquia, en Suecia, en Israel, con defectos que cabe superar; en los planes y en las esperanzas de un sector, el más respetable, de los disidentes soviéticos; en algunas teorías de la "nueva izquierda". En suma, este socialismo que reivindica a todos los que trabajan, en las más diversas esferas, quiere ser compatible con la sociedad abierta de que habló Karl Popper.

  Hace muchos años, el autor del presente libro escribió lo siguiente acerca de los tres grandes enemigos de la promesa de la vida peruana: los Podridos, los Congelados y los Incendiados [*]. [...] Toda la clave del futuro está allí: que el Perú escape del peligro de no ser sino una charca, de volverse un páramo o de convertirse en una gigantesca fogata. Que el Perú no se pierda por la obra o la inanición de los peruanos".

  A pesar de todo, sin embargo, y por encima de las desgracias que puedan venir, por más horrendas que sean, seguimos creyendo en lo que modestamente llamáramos desde 1941 "la promesa de la vida

[*] Esta idea se desarrolla en la página final de esta antología

peruana". Concepto que alguna relación tiene con lo que Ernest Bloch definió en 1959 "como el principio esperanza" en el libro de ese título en el que explicó que el hombre ha vivido siempre en la prehistoria y que el verdadero génesis está al final, y no al principio. (PPP r.,pp. 396-415) [1978]

2. MÉNTIRA O FACTIBILIDAD DEL PERÚ [*]

El Perú se va haciendo en su Historia

Hay quien le ha dicho a este escritor que ha "inventado" al Perú. No acepta la adjudicación. Insiste en que no se equivocó al señalar una continuidad en el tiempo, a pesar de todos los terremotos, dentro de una totalidad en el espacio, con mayores o menores dolorosos recortes. Un estado abarca este territorio sucesivamente desde el período de los incas y antes de él; existen desde muchos siglos en la cultura andina elementos de unificación o de semejanza, que Wendell C. Bennett llamaba la "cotradición peruana". La misma vasta zona es bautizada con el nombre de "Perú" que Garcilaso inmortaliza desde 1609, y se convierte en el virreinato así llamado hasta comienzos del siglo XIX. Luego nace la república del Perú.

Este advenimiento no se efectúa gracias al capricho de unos cuantos individuos arbitrarios. No es el resultado de una conspiración de grandes terratenientes. La vastedad del ámbito geográfico sudamericano, sus grandes antítesis y las dificultades en los transportes y en las comunicaciones hicieron imposible en aquel entonces la materialización del ideal de unos Estados Unidos del Sur. El traumático proceso que entonces se operó tuvo cauces que, al fin y al cabo, seguían una lógica, aunque ella, fuera muchas veces lamentable. En líneas generales, perduraron elevadas a un nivel político y no ya simplemente circunscritas, como antes, al plano administrativo, las "comunidades intermedias" más importantes en el imperio hispánico de ultramar. El virreinato había sido un personero del imperio de ultramar al que le ligaron vínculos verticales poderosos mientras eran escasos los vínculos horizontales con las regiones vecinas. La república abarcó, con ligeras variantes, el área del virreinato; y por eso si, por un lado, buscó su título jurídico en el principio de la libre determinación de los pueblos (en este caso los pueblos "despiertos"), por otra parte, invocó el *uti possidetis,* o sea los derechos territoriales que al Perú habían sido otorgados por la metrópoli hasta 181O, año en que empezó la lucha independentista.

El nacionalismo estatal, en América del Sur y en Centro América, tuvo, sin duda, repetimos, aspectos deplorables; pero contribuyó a superar los tercos antagonismos que bullían y en ciertos casos hasta hace poco no han muerto, entre región y región, ciudad y ciudad, provincias y capital, sierra y costa, razas y razas.

No ha habido en este suelo mareas invasoras que se enfrenten permanentemente unas a otras, sin ninguna capacidad de mezcla; ni complejos repartos de territorios; ni impasables líneas que escindan desde un punto lingüístico o religioso, en definidas zonas geográficas rivales, a sectores de la población opuestos o beligerantes entre sí de un modo radical (el País Vasco y Cataluña en España, valones y flamencos en Bélgica, angla y francocanadienses en Canadá, por ejemplo).

El transcurso de unas y otras generaciones no ha creado una integración nacional, pero sí, muy imperfectamente, tiende a formada. *El Pe*rú *se va haciendo*

[*] Revisando en 1977 conceptos de 1931, con vista a una reedición comentada de P*erú Problema y Posibilidad* (libro escrito a los veintisiete años, cuando el autor no había traspuesto todavía las fronteras nacionales y circunscribía sus investigaciones, a este país), Jorge Basadre ha apuntado en las páginas que siguen algunas reflexiones sobre el futuro del Perú, a la luz de nuestra experiencia histórica. Cap. 549-565).

en su historia. Guerras, a veces largas y muy cruentas, ocupaciones territoriales efectuadas por tropas de otros estados, contrastes sociales, raciales o culturales muy hondos o implacables choques internos no lo deshicieron.

Los momentos en que el país estuvo en trance de sucumbir fueron varios: entre ellos en 1827, 1836-39, 1842 y 1881-83. Yacente varias veces, amenazado por la escisión o el absorcionismo, el Perú logró surgir de nuevo.

El alzamiento independentista no fue, en el caso de todos los que por él lucharon, una farsa para acrecentar privilegios y ventajas. En muchísimos de sus actores, de un modo u otro, estuvo viva la esperanza que en las cartas del "Solitario de Sayán", José Faustino Sánchez Carrión, y en su periódico *El Tribuna de la República Peruana,* tiene su símbolo intelectual más alto. Cuando fue rechazada la fórmula monárquica, y fundada la república, en los ciudadanos que la sancionaron pudo haber tales o cuales equivocaciones, pero acompañadas por una esencial buena fe.

La experiencia republicana abundó en dificultades, anacronismos, errores y tremendos contrastes. Lo fundamental estuvo en el mantenimiento de injustas supervivencias coloniales. Sin embargo, este suelo no tuvo, el abominable privilegio de dar a luz únicamente bribones y malvados. Nuestra historia no es tan sólo "el muladar de más de un siglo". Dentro de una relatividad de la época y del medio, vinieron avances junto a, retrocesos y estagnaciones, hubo cumbres aliado de abismos. Frente a despotismos arbitrarios o a situaciones nacionales humillantes a lo largo del siglo XIX, por lo menos en 1834, 1854, 1865, 1894-5, 1912, 1930, 1945 y 1963, surgieron, como en 1811, 1814, 1821 Y 1824, expresiones de una patética voluntad colectiva de vivir: de vivir como peruanos, como ciudadanos bajo el signo de la dignidad. Los personajes que se destacan en aquellas jornadas aparecen rodeados por figuras, a veces anónimas, gesticulantes o silenciosas, sombrías o frenéticas, entusiastas o reconcentradas; de ellas parece recibir misteriosamente el realce y la importancia. Esos individuos (según las distintas épocas), artesanos, estudiantes, periodistas, abogados, ingenieros, médicos, mujeres, oficiales, marinos, soldados, sacerdotes, maestros, campesinos, diríase que fueran los mismos no obstante el paso de los años, y es que no simbolizan sino al pueblo, el gran protagonista de la historia (en el presente caso el pueblo "despierto"), gente en el fondo sana, anhelosa de no seguir aceptando la fuerza o la injusticia empleadas a un nivel nacional, irguiéndose contra poderosos grupos dominantes, esforzándose por legar a sus hijos una patria abierta. A su manera, en oportunidades muy distintas, aunque sucesiva y análogamente dramáticas, sin conocer las más nuevas generaciones quiénes habían sido sus predecesores, aquellos ciudadanos reivindicaron al país entre congojas innumerables pero con un ímpetu que ni las armas ni el dinero ni la intimidación pudieron detener. Partieron muchas veces de situaciones desesperadas, de pobrezas conmovedoras o de impurezas dominantes, y su mensaje esencial se enlaza con el esfuerzo de quienes, en el presente o en el futuro, anhelan superar insuficiencias condenables y otorgar al Perú el formato cívico, social, jurídico, ético, económico y cultural que necesita tener. Cualesquiera que hubiesen sido sus defectos, sus limitaciones y sus faltas que las nuevas generaciones deben superar, indican que, en momentos, sumamente difíciles, el Perú encontró adentro una fuerza, por muchos insospechada, en su pueblo y salvó graves escollos; o se levantó de la tumba por la fe en los valores que enaltecen y justifican el existir aunque muchas veces *ese* esfuerzo se estancara o desviase más tarde.

Innumerables fueron y son los casos de atropellos, injusticias, robos, desmanes y otras ignominias cometidas en este país en nombre de él y al amparo de sus símbolos y entidades representativas. Al lado de todo ese saldo hay que poner el de las vilezas, envidias, olvidos, calumnias y postergaciones. Hay que señalar, así mismo, los casos en que se ha pretendido la comercialización del sentimiento nacional con diversas formas, incluyendo la oratoria, la música y el canto. No podemos negar que hoy *está* de moda, por culpa de muchos factores, incluyendo los actos diversos de gobernantes o de personas políticamente

poderosas, el desaliento, el pesimismo, la negación del Perú. Y sin embargo la lista de la gente que de buena fe creyó en él y también murió por él, es innumerable. Toda ella refrendó con sus obras y sus actos, seguramente ignorándola, la misma afirmación que dio testimonio de la intención de ir, a pesar de todo, a un Perú. Y aliado de los que fueron, de un modo u otro, prominentes actores muchas veces sacrificados en la historia, están muchísimos que en el pensamiento, al escribir en la obra artística o científica y también en el diario, duro y anónimo trabajo, los acompañan.

¿Es lícito repudiarlos o ignorarlos porque tuvieron fe desde el aula, la oficina, el taller, la fábrica, el cuartel, el navío, el hogar o el campo, en su patria? El gran poeta inglés W. H. Auden escribió:

Among the Just, be just

Among the Filthy, filthy too

Habló así de los justos y habló de los sucios.

Un historiador con integridad debe tener esa ambivalencia ante el pasado.

Las generaciones nuevas se hallan ante viejos y graves problemas qué sus antepasados no pudieron o no supieron solucionar. Encuentran también los problemas nuevos que la época actual y el inmediato futuro generan. Nuestro deber no consiste en hundir en el fango a la totalidad del ayer, sino en analizar lo que en él pudo existir de luces y de sombras. Pero de ningún modo es dable considerar aquí a la historia como un fenómeno concluido. Nuestra historia -tercamente lo gritamos una vez más- es fundamentalmente una historia con mañana. La existencia multisecular de este país, con todas sus dificultades, debe ser utilizada como una herramienta, como un instrumento de trabajo al servicio común.

La opción propia de América Latina

Helio Jaguaribe ha dicho que la opción propia de América Latina no cuenta ya con un tiempo indefinido. "Un plazo máximo de veinte años será decisivo para América Latina y para cada uno de los países que la integran. Si en este plazo ocurren adecuadas modificaciones sustanciales en los regímenes de poder, por; lo menos de Brasil, Argentina, Chile, México, es posible que en el curso de los próximos veinte años se constituya en la región, o en parte estratégica de ella, un sistema autónomo e inte grado de desarrollo. Si el decenio transcurre sin tales modificaciones resulta probable que, dentro de algunos años, se cierren las posibilidades para un destino autónomo de América Latina por vía de las alternativas. En tal caso la región se enfrentará con la alternativa de la dependencia o la revolución y solamente podrá recuperar estabilidad después de un largo y penoso proceso en que, o bien se extirpen sus principales características nacionales convirtiéndose en un conjunto de provincias de un nuevo imperio romano, o bien, si lo permiten las circunstancias externas, venga a funcionar un tumultuoso proceso revolucionario [*].

Conviene aclarar y ahondar el concepto de desarrollo autónomo que Jaguaribe cree todavía posible. Este tendría que efectuarse, fundamentalmente, por medio de avances, retrocesos y transacciones no delictuales que ayuden, a largo plazo, a la viabilidad del sistema con el objeto de evitar su estancamiento o su desviación dentro de una serie efectiva de decisiones autónomas. Ello requeriría una eficaz afirmación nacional en el seno de la integración gradual para preservar su capacidad de autodeterminación y para movilizar, con un mínimo de eficacia, símbolos capaces de generar respuestas de solidaridad nacional y autosacrificio.

---

[*] Helio Jaguaribe, *Crisis* y *alternativas de América Latina: reforma* o *revolución*. Editorial Paidos, Buenos Aires 1972, En un-libro posterior, *Political Developments* A *General Theory and* a *Latin American* case *study* (Nueva York, Harper and Row, 1973), Jaguaribe extiende este plazo hasta treinta años.

Necesitaría demostrar fundamentalmente que no tienen características expoliatorias en provecho de una elite dominante, cualquier elite. Esta situación permitiría, por el contrario, relaciones de solidaridad entre masas y elites; buscaría la integración de las estructuras nacionales; y tendría el robustecimiento de un estado técnico a la altura de nuestro tiempo con un mínimo tolerable de las lacras que humanamente pueden afectarlo y con vías abiertas hacia el descubrimiento y la sanción de los casos fehacientes de los grandes delitos. En lo que atañe al punto de vista económico, planificaría a través de medidas de innovación tecnológica y expansión adecuada, la racionalidad social, la maximización de la capacidad nacional y regional, la incorporación de las masas a los respectivos sistemas y las condiciones de funcionamiento y desenvolvimiento, sin anticipar innecesaria o peligrosamente el futuro grado de supernacionalidad o de confederatividad iberoamericanas. No rechazaría de inmediato la sana convivencia de un pluralismo económico. Adaptaría en forma independiente y en grados variables, segÚn los requisitos de lugar, tiempo y necesidad, características de modelos diversos.

Con habilidad de maniobra en el terreno internacional, se acentuarían los contactos con Europa, con los países del Pacífico merecedores, en nuestro caso concreto, de atención especial, sin excluir a Estados Unidos o al mundo comunista, siempre y cuando quedase eliminada cualquier perspectiva de traba hegemónica, sin olvidar tampoco a los pueblos en desarrollo. (Ap., pp. 549-55)

3. EL PERÚ QUIERE UNA RADICAL RENOVACIÓN

Historia (Nro. 7, julio-setiembre de 1944.)

Hemos cometido y seguimos cometiendo el enorme delito de proclamar que ninguna inteligencia genuina del desarrollo de este país se puede basar en la anulación de nuestros fundamentos históricos y espirituales. Hemos dicho frente al aspaviento de los eruditos sin horizontes y de los disociadores de arriba y de abajo que nuestra historia es una unidad. Hemos gritado "¡Perú!" como muchos otros, si bien aquí ese grito no es como el de aquellos capitalistas que cuando dicen "Dios" están pensando "algodón". Cuando gritamos "¡Perú!, ¡Perú!" no queremos decir "nuestros privilegios injustos", así como tampoco "nuestros apetitos" o "nuestros resentimientos". Entendemos al Perú como raíz y como floración, como convivencia pero también como "promesa". Insistimos en que no se le ve, si no se le ve como problema y como posibilidad. No queremos una visión estática sino una visión dinámica de la vida y de la historia peruanas. Recordar es ir hacia el pasado, volverse hacia él pero en vista de algo, para algo, que en nuestro concepto es o debe ser el futuro. Hay tanto por hacer: en el Perú, como en toda América, la patria no está hecha, y lo que cada hora exige de sus hijos no es tan sólo una posible efectividad en su ocupación práctica sino la lucha por un ideal colectivo. Preciso es, por eso, relacionar el presente con su posible integración en la unidad ideal del país, creada por la continuidad del tiempo, sin olvidar por ello la vastedad de su destino perfilado sobre el incendiado horizonte de los tiempos que vienen.

Atentar contra la persona nacional es abrir el campo a la envidia, al despecho, a la avidez de otros que acechan o pueden ponerse de pie frente a nuestros desgarra mi en tos. No quisiéramos ver convertirse en presagio o augurio la coincidencia de que la bandera de la pobre Polonia sea también roja y blanca. En ese sentido, y sólo en ése, somos conservadores porque quisiéramos contribuir a crear un instinto de conservación nacional. Por lo demás, no queremos sino renovación, moralización y reformas sociales.

Es fácil dedicarse a negar. A los veinte años todos hemos hecho "revisión de valores". Lo importante es, sin embargo, lo que pueda presentarse veinte años después como obra propia, que no es la charla del café, ni el articulito de la revista,

ni el proyecto acariciado sino lo que haya sido Útil para los otros. La vida vale la pena de haberla vivido, sólo si se ha creado algo, cualquier cosa que sea. *Fundar, erigir, engendrar,* ésos son verbos para que los pronuncien labios de hombre.

Desconfiamos de las gesticulaciones moralizadoras o reivindicatorias y hasta inmaculadas o apostólicas de los que no son honrados en su interior, capaces de generosidad, limpios en la mente y en las manos, aptos para decir "¡No!" a la pasión subalterna y para hacerse a sí mismos y conservarse a pesar de todo.

Vivimos en tiempos duros y revueltos en que abundan por todas partes las coacciones y las intolerancias. La capacidad para agredir y para difamar tiene una explicación fácil en la pasión criolla (por ello leer nuestros periódicos del siglo XIX es recoger los peores insultos sobre todos y cada uno de nuestros hombres públicos, sin excepción); también puede ser interpretada a través de la falta de educación (hay un analfabetismo que consiste en no saber o no querer leer lo que dice el adversario); pero ella se ahonda y extiende actualmente además frente a la orgía de violencia que impera en el mundo. Después de algunos años de silencio en el Perú, sin práctica o entrenamiento para el debate público, parece que vamos una vez más a una era de *feroces* enconos. Ya asoman por ahí presagios de que estamos ardiendo en ganas de damos otra vez, como antaño, de puñadas y puntapiés para quitamos piltrafas de poder los unos contra los *otros.* Hay y ha habido el terrorismo de la fuerza bruta; pero *otros* practican también una *forma* distinta de terrorismo que es el dicterio.

Entendemos que el Perú quiere una radical renovación. Aunque den*tro* de ella estén comprendidos la llegada de los jóvenes, el paso de nuevos hombres *o* sea el advenimiento de capacidades aún no probadas *o* no bien desarrolladas todavía, implica fundamentalmente un cambio de postura, de modo, de actitud. Vemos ambular ejemplares humanos que juegan con las palabras, simulan creer en ideales, entonan a voces los cánticos de la liturgia - religiosa, política, intelectual, profesional- pero en lo íntimo son esencialmente cínicos *o* escépticos. Un inmenso aparato de mentira convencional les sirve de guarida y de trampolín. Por más que gesticulen y que aparentemente les vaya bien, están podridos. Son los venales natos. Si ejercen la magistratura, subordinan sus fallos a consideraciones de poder político *o* económico, aunque hablen campanuda mente de la Justicia y del Derecho. Dentro de la universidad les caracteriza su desgano docente, su gusto por la cátedra sólo para fines no académicos. Como abogados o médicos hacen gala de su habilidad lucrativa. A la administración pública arriban para dormir o para aprovecharse. En la política están al sol qué más alumbra.

A toda esa gente hay que combatida pero con el arma mejor que es el ejemplo contrario. Ellos, aunque parezca inverosímil, son, a su manera, también discípulos de González Prada. Tal vez oyeron decir que en el Perú donde se pone el dedo sale pus y decidieron obrar como si ello *fue*ra verdad absoluta, sacando las ventajas máximas consiguientes. Es difícil dejar de ser ladrón cuando se vive en una guarida de salteadores, como seguramente debe ser difícil no ser santo en el cielo.

Lo importante es no ceder a la tentación de participar en la feria de esos hombres. Recordar que, a pesar de ciertas apariencias contrarias, hay una vieja y bella tradición de decencia en este país. Que no se ha perdido por cierto. Ha sido el Perú el país de Yáhuar Huácac, el inca pusilánime; y de Huiracocha, el inca que se irguió sobre el desastre para dominado; el país de los aventureros ávidos de oro y también el país de san*tos* y de héroes; el país de los cortesanos que no podían hablar a los virreyes sino "con el idioma del himno y el idioma del ruego"; y el país de Túpac Amaru, Pumacahua y Zela; el país de los que arrojaron la casaca patriota en 1823 y a principios de 1824 y el país en donde en aquellos días Unánue publicaba su *Nuevo* día *del Perú;* el país donde se produjo la denota de Macacona y la carga luminosa de los Húsares de Junín; el país que en la guerra de 1879-83 produjo bizantino faccionalismo político y una figura como la de Grau, hábil como la de un ateniense y de espartano estoicismo.

Querámoslo o no, pertenecemos a una misma familia todos los que de veras consideramos al Perú no como un festín sino como una tarea. Pero *tarea* quiere decir algo que debemos meditar, estudiar y resolver sin fórmulas previas ni recetas fijas. Los pedantes de un solo libro, un solo autor, *o* de un solo ídolo, los dogmáticos presos en la monotonía de sus silogismos, los obcecados ciegos, abundan en nuestros-días en todo el mundo y contribuyen a su desconcierto y confusión. Lo que falta son hombres despiertos, inteligentes, sabios, vigilantes, constructivos, eficaces, con ideales pero no con consignas.

El impulso progresivo en el pasado cercano se simbolizó en el Perú en el nombre de un caudillo. Las clases medias y populares por ignorancia política, *o* por fascinación inmediata, o por falta de otras orientaciones, endiosaron a Piérola, Billinghurst *o* Leguía. No se trata de hacer una estimativa de esos personajes, ni siquiera de ponerlos en igual plano espiritual, moral *o* intelectual; pero pese a ciertas excrecencias inevitables, el aura romántica, equivocada o no, que los circundó en 1895, 1912 Y 1919, *fue,* siquiera en parte, generosa y sana. Se deseaba una renovación, se esperaba algo mejor, vibraba lo que hemos llamado la promesa de la vida peruana. Lo malo estuvo en que todo ello quedó subordinado a un caudillaje personal. Siguió la suerte del candidato respectivo. Al final de la vida de Piérola, se redujo a la abstención y a la negación; con Billinghurst se desmoronó fácilmente y al triunfar con Leguía terminó por mancharse e hipertrofiarse. Si hay alguna moraleja en estos episodios de nuestra historia reciente, ella consiste en que una nueva ola de progreso y renovación no debe estar subordinada a la falaz seducción de un caudillo. Debe de haber *leaders* o dirigentes; pero no hombres providenciales, dictadores en potencia, ídolos divinizados con primitivismo animista, *se*ñores que luego, como en la frase del duque de Gandía, en gusanos se convierten. (Ap., pp. 507-511) [1944]

4. FACTORES PARA SUSTENTAR NUESTRA ESPERANZA

La grandeza y la vitalidad de un país se basa en la capacidad y en la productividad de su pueblo que, sistemática y periódicamente, deben indicar no manipulados y minuciosos cuadros estadísticos de producción, consumo, circulación y distribución de la riqueza que tomen en cuenta los desniveles creados por las múltiples zonas geográfica: y los variados sectores sociales incluyendo, en lo que sea posible, los de la economía gris.

Carece de un significado histórico positivo el hecho de que se mi da tan sólo la calidad o el refinamiento de las clases altas de una nación. La Rusia del siglo XIX y comienzos del siglo XX, hundida en su inmensidad geográfica en el primitivismo de sus masas campesinas, en su medioevo agrario y en su atraso técnico, ofreció, por contraste, una de las más pulidas aristocracias de Europa, como lo comprueba el florecer de la literatura y de la música y el nacimiento maravilloso del ballet moderno en el imperio de los zares. No es el dinero ni es siquiera la ilustración lo que debe mandar si están acompañados por el egoísmo, la dejadez, la cobardía o, entre nosotros, el desprecio tradicional al cholo barato y al indio estúpido. "Los puntapiés se hicieron para el indio". "Bestia: te llaman indio" escribió sardónicamente el gran poeta puneño Gamaniel Churata. Y es necesario eliminar los motivos para que sean escritas frases como las que acabo de mencionar.

El microuniverso que es un estado requiere comando. No en un sentido tiránico o arbitrario, ni tampoco dentro de la sensualidad de gozar de la agradable oportunidad para repartir prebendas a los amigos y marginar sistemáticamente a los enemigos. Hay que entender (y doy por descontado que en ello están de acuerdo todos los distinguidos representantes de los partidos que nos acompañan), hay que entender la política no como aventura de gente ansiosa sólo de poder personal, o llena de un cinismo bien o mal disimulado y de una magnífica impiedad, o para entretenerse en juegos de engolada o vaga retórica.

Antes bien -y esto les dice, con impunidad, quien mantiene su independencia personal y se jacta de ser un francotirador convicto y confeso, la política es, en su esencia, tarea para ir al descubrimiento y la ordenación del destino nacional con la información necesaria sobre el dédalo de la vida contemporánea y otorgando su debido valor a la economía para ir venciendo, en lo que se pueda, la distancia no sólo de kilómetros geográficos sino de leguas culturales que dividen a los peruanos y para escuchar las aspiraciones y las urgencias latentes en las entrañas del pueblo. No sólo ha sido peruano; también ha ocurrido, por ejemplo, en España hasta hace poco tiempo, el drama implícito en el hecho de que faltó sentido político en los que debieron tenerlo. ¡Mucho cuidado, en relación con esto!.

Modelar un pueblo es captar sus aspiraciones en todo lo que tengan de legítimas y sus urgencias en tanto y en cuanto sean, perentorias y coordinarlas como en la copa del árbol se corona el ímpetu de la savia germina!. Es lícito anhelar para *ese* comando una capacidad vigilante, es decir, que no navegue sumiso a los oleajes del azar; equipo formado por hombres y mujeres capaces de comprender a su tiempo, preparados para las jornadas en las que debemos atacar de modo realista nuestro atraso y nuestros desniveles, movilizar espiritualmente a la colectividad y darle la conciencia de su destino, la fe en lo que puede ser y hacer, la mística para ascender en capacidad y en potencia y para ir superando la vida ciega, violenta o rudimentaria; lo cual no implica negar que ha habido aquí hermosas primaveras cívicas y alborozados momentos aurorales.

Para alcanzar nuestra maduración y nuestra modernización efectivas como estado y como sociedad, es necesario que sean sustancialmente auténticos organismos como el del sufragio liberándolo de los vicios tantas veces reiterados del fraude, la suplantación, el escamoteo o la manipulación en los votos o en los escrutinios. Esto implica, además, la sana coexistencia de los poderes públicos sin que interfieran los unos en los otros; y, sobre todo, la independencia y la austeridad del poder judicial. Y aunque la realidad venga a burlar nuestras esperanzas, alguien debe exigir porfiadamente la dación de un código de ética en el gobierno y de un régimen especial para la sanción contra el delito de enriquecimiento ilícito a base de jurados honorables e independientes que fallen con criterio de conciencia, a todo lo cual conviene agregar un sistema de sanciones severas contra, los difamadores y los calumniadores. De la rebelión sistemática contra el enriquecimiento ilícito pueden derivarse fórmulas para controlar distintos tipos de despilfarro y también estímulos para; robustecer nuestra moral colectiva disminuida en tantos casos por múltiples, Crecientes y hasta impunes evidencias de incumplimiento del deber.

La búsqueda de la autenticidad habría que llevarla, en lo posible, a otras esferas, incluyendo los directorios de aquellas entidades -algunas, no todas- donde suelen enquistarse, por tiempo indefinido, camarillas o cacicazgos, incluyendo sociedades de tipo profesional, económico o gremial, cooperativas, organismos deportivos o sociales y también sindicatos y comunidades industriales. La vida anómala que un porcentaje de estas entidades lleva tiene relación, con el hecho de que .los peruanos de nuestro tiempo han gozado en escasas ocasiones del lujo de ejercer en su plenitud el derecho del sufragio; han vivido, en años más o menos largos, ajenos a él, lo cual ha producido una tendencia fatalista o escéptica o no votar ni aun en las entidades menores.

En principio, todo el enigma de una modernización efectivamente democrática debe estar resuelto a través de la intercomunicación real entre el Estado y la Nación, entre el hombre y su comunidad local, regional y nacional; y a través de la marcha gradualista hacia una autointegración que nosotros.. no hemos conseguido aún..Lo cual no implica aceptar la tesis de una nación o naciones oprimidas porque ya, lejos en el tiempo, a comienzos del siglo XVII, el Inca Garcilaso universalizó el nombre "Perú" y lo definió al dedicar un libro inmortal "a los indios, mestizos y criollos del grande y riquísimo imperio del Perú, su hermano, pariente y paisano", dijo él textualmente. Por lo demás, ¿a qué se refieren estos mestizos que usan en sus escritos el idioma castellano?, ¿a la nacionalidad quechua o a la aimara? Las

zonas respectivas no forman hoy un todo geográfico como puede ser, por ejemplo, el país vasco. El quechua hablado en la sierra del sur no lo entienden bien quienes hablan quechua en el centro o en el norte andino y viceversa; y en ninguno de esos idiomas, tan respetables por lo demás, tan admirables en muchos sentidos, hay palabras que denominen cosas o ideas de la ciencia o de las técnicas modernas.

Estas afirmaciones no esconden una actitud conformista o reaccionaria. Alienta en ellas el reclamo para que surjan procesos de reflexión y de práctica no con el objetivo de dividir o fragmentar en un caldo de ideas que vienen de otras partes del mundo, sino dentro de la finalidad de buscar pensamientos originales, creativos y críticos con una decisión quirúrgica frente a la problemática nacional. (MP, pp. 6-9) [1979]

5. **MENSAJE ESPECIAL:**

A la juventud [*]

La primera cosa que tiene que hacer toda auténtica juventud es aprender a no venderse. Nada más grave para el futuro y para la salud moral de una nación que las asambleas de pusilámines o aprovechadores venales cuyo lenguaje común es tratarse mutuamente como respetables.

No sólo los políticos sino muchos grandes médicos y grandes abogados y profesores y aristócratas e intelectuales entran en esa lucrativa confraternidad.

El deber fundamental de un joven es el de la decencia substancial. Para construirla y sostenerla, ningún material mejor que la indiferencia necesaria para que las naturalezas subalternas importen poco.

Hay que aprender a decir que no en contra de uno mismo. Será el mejor acto que se pueda realizar en un país enfermo de consentir. Si en el espíritu de la nueva generación predomina la tendencia a decir que sí, hay que sospechar que la decadencia colectiva es tremenda. Pero nada tan sencillo aparentemente y tan difícil de hacer bien y tan delicado para realizar con rigor, nada tan arduo que requiera tanto coraje como ser hombres de afirmación y no de mera negación.

Sobre las ruinas de lo que se niega, hay que fundar lo positivo. La verdadera calidad de un espíritu depende del modo como prolonga hacia adelante su pensamiento y su acción bien parado en los pies propios, adherido con garras a las verdades sólidas y esenciales contra todos los elementos contingentes de la existencia exterior, sin confiar más que en el fruto de la dedicación de la vida a una labor clara y humana.

Chesterton ha dicho: "Yo no sabía lo que entendía por libertad hasta que la oí designar con el nuevo nombre de Dignidad Humana". Más que nunca en este instante del mundo es preciso construirse por dentro como una voluntad y como una aspiración de Dignidad. No hay mejor que aquel que logra poseer de las cosas, aun de las más temporales, una concepción intemporal.

Quien no se sienta capaz de ser religiosamente honrado en su *so*ledad se condenará fácilmente a la perdición y por sonora que sea su creencia proclamada, por ruidosos que suenen los golpes que se da al pecho, se entregará fácilmente a la individual rapiña y a todo lo peor con tal de que le otorgue poder.

Acuérdense siempre los jóvenes de eso y busquen en torno suyo a los que desdeñan el grito público y hacen de su retiro o de su callada acción la sola gloria capaz de interesados.

Desconfíen de los teóricos apurados por hacer de su orgullo un imperio y de

[*] Escrito en 1946 a solicitud de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos

los que en su arsenal recóndito sólo albergan como armas la calumnia, el insulto, la vejación. Es muy común que los gestos ampulo*sos* cubran un sistema de miserias. Guiémonos de los hombres por lo que ocultan. Lo que un hombre es en su intimidad, esto es lo único que es.

Nada de lo anterior implica un consejo de puro intelectualismo. Tan peligroso como otros puede ser el mito de la cultura, llámese humanismo del Renacimiento, filosofismo del siglo XVIII, adoración del siglo XIX por la ciencia. Hay esclavos de bienes corporales (el dinero, el lujo, el predominio) como hay esclavos de bienes intelectuales (el libro, la educación, la fama). Tanto en las limitaciones especializadas del profesionalismo como en la frivolidad del diletantismo existe, desde un ángulo distinto, análogo condenable divorcio entre la inteligencia y la realidad profunda.

Así como la ley fundamental de la economía no es la acumulación sino la utilización de los valores materiales en beneficio de las exigencias del hombre y de la civilización, también la ley fundamental de la cultura no es la acumulación del saber sino su adaptación al hombre para la realización completa de sus destinos.

El saber es como la riqueza. Fecundo cuando está al servicio del hombre; peligroso cuando está al servicio de sí mismo. De acuerdo con la jerarquía natural de los valores, no es el número de escuelas, ni el número de libros ni la cantidad de escritores lo que valoriza a un pueblo, sino la calidad de sus hombres y la naturaleza de su cultura, la sabiduría del corazón. Es el corazón lo que está en el centro del hombre total.

Al pueblo de Tacna [*]

Sé que mis palabras están siendo trasmitidas a lo largo y ancho del territorio nacional y que, por lo tanto, quizás las escuchan mis paisanos. A ellos me dirijo ahora. Recuerdo, primero, a los muertos heroicamente en episodios famosos u olvidados. Hablo, asimismo, a la gente de Tacna de hoy. A los agricultores que en cada madrugada efectúan el milagro de regar sus minúsculas y pródigas chacras con el agua escurridiza del liliputiense río Caplina. A los pioneros en la hazaña de extraer del subsuelo en la árida Yarada, el líquido elemento. A todos los que tienen sus tareas y obligaciones en aquella ciudad tan limpia y tan hermosa por sus flores y por sus recuerdos. A la Benemérita Sociedad de Artesanos de Auxilios Mutuos "El Porvenir", fundada en 1873 y aún activa. A los jóvenes, dos de los cuales me honraron, no hace muchas semanas, al izar juntos la bandera en el Paseo Cívico. A los intelectuales que, sin apoyo oficial, siguen impertérritos dirigiendo con brillo un movimiento quizás sin paralelo en el Perú de hoy. A los que dignamente representan allá a las instituciones tutelares del Estado.

A los peruanos

Hay quienes ven la historia republicana del Perú como una cueva de bandoleros o un muladar que sólo merece desprecio o condena. Algunos, en cambio, se precipitan en su recinto para querer convertido en un santuario y venerar en él a los antepasados propios y ajenos. Y no faltan los que se embelesan, como ante un tesoro, ante el dato escueto. Aquí se ha buscado, ante todo, comprensión, objetividad, coordinación, ensamble, sin odio para nadie y sin adulación para nadie, tratando de superar el atolondramiento, la vehemencia, el encono, la suciedad y la mezquindad, pagas de la vida criolla. Al procurar que se haga la "toma de conciencia" de un pasado tan turbulento y tan escabroso y al mismo tiempo tan peruano como es el del período de la república en nuestra historia, se está buscando, en realidad, una forma de maduración nacional.

---

[*]Del discurso en ocasión de recibir la Orden del Sol, enero de 1979

Tomar conciencia de la historia es hacer del pasado eso: pasado. Ello lleva a aceptado como carga de gloria y de remordimientos; pero implica, además, percibir que lo muerto, por el hecho de haber vivido en forma irrevocable, ya dejó de ser y hay que asimilado al patrimonio del presente. Somos producto del ayer y estamos viviendo en parte en lo que de él quedó al deslizarse para convertirse en presente, por todas partes nos rodea; pero a la vez tenemos que afrontar nuestra propia vida con sus propios problemas, como individuos, como generación, como pueblo, como Estado, como humanidad. (HR, v. 1, p. XVII)

Los tres grandes enemigos del porvenir mejor son los Podridos, los Congelados y los Incendiados. Los Podridos han prostituido y prostituyen palabras, conceptos, hechos o instituciones al servicio exclusivo de sus medros, de sus granjerías de sus instintos, y de sus apasiona mientas. Los Congelados se han encerrado dentro de ellos mismos, no imitan sino a quienes son sus iguales, a quienes son sus dependientes, considerando que nada más existe. Los Incendiados han quemado sin iluminar, se agitan sin construir. Los Podridos han hecho y hacen todo lo posible para que este país sea una charca; los Congelados lo ven como un páramo; y los Incendiados quisieran prender explosivos y verter venenos para que surja una gigantesca fogata.

Toda la clave del futuro está allí: que el Perú escape del peligro de no ser sino una charca, de volverse un páramo o de convertirse en una fogata. Que el Perú no se pierda por la obra o la inanición de los peruanos. (PV, p. 35)